



AL
PIE DE LA
MURALLA
BEGOÑA PRO URIARTE

Multiverso 

Fui arrancado con saña de la inocencia de la niñez. Los banelatus robaron mis juegos infantiles y aniquilaron a mis parientes y amigos, obligándome a presenciar su exterminio. Decidieron robarme mi vida para jugar con ella. Me crié entre seres sin sentimientos, que aunque de aspecto semejante al nuestro, carecen de alma y, simplemente, buscan el modo de aniquilar a una raza que creen inferior. Lo hacen a base de herirnos una y otra vez con el fuego de sus mentes. Crecí en Bankada, la ciudad más importante del supremo banelatu del oeste, y juro que cada día allí fue una batalla continua en la que todos queríamos morir. Pero ellos se empeñaban en sanarnos una y otra vez para volver a intentar matarnos al día siguiente. Hasta que una vez lo consiguieron; me mataron.

Ahora me buscan porque creen que soy el único que conoce el arma que puede acabar con ellos. Y yo solo aspiro a vivir mi vida de fantasma lejos de su muralla. Mi espectro ha encontrado refugio entre los clanes talantas que aún resisten en las montañas. Pero mi esposa es la única que se fía de mí. Dicen que conozco demasiado bien a los banelatus; lo que a sus ojos me hace más que sospechoso. Huyo de los banelatus, huyo de los talantas y huyo de mí mismo. Y me pregunto si estaré condenado a vivir eternamente solo, muriendo una y otra vez sin poder morir. Nunca nadie te contará mi historia. Y si alguien te habla de mí, nunca digas que conoces a Aner; el talanta de los ojos azules.

AL
PIE DE LA
MURALLA
BEGOÑA PRO URIARTE

Multiverso 

Al Pie de la Muralla

© Begoña Pro Uriarte

© Multiverso Editorial, 2018

© Grupo Editorial Omniverso. 2018

Dirección editorial: Miguel Ángel Pérez Muñoz

ISBN: 978-1719571739

Depósito legal: CA-308 2018

Printed in Spain

Primera edición: junio, 2018

www.multiversoeditorial.com

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright o la mención del mismo, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

«La energía no se crea ni se destruye, solo se transforma».

(Ley de conservación de la energía)

«Todo lo necesario para el triunfo del mal es que los hombres de bien no hagan nada».

Edmun Burke

«En los momentos de crisis, solo la imaginación es más importante que el conocimiento».

Albert Einstein

Para Alberto, Cintia, Dani, Edurne, Elma, Esteban, Fernando, Klara, Marijose, Natxo, Óscar,
Paula, Puy, Raquel, Rebeca y Sandra

¡Terquedad impía!

Capítulo I

Robledal de Arlaza

Aner tenía los ojos cerrados y su mente abierta. No veía, pero percibía todo cuanto le rodeaba. Su oído captó el sonido del agua que, gota a gota, escurría por una de las hojas del helecho que tenía unos pasos más atrás. Blup, blup, blup. El sonido era lento. Blup, blup, blup. En su mente dibujó cada una de esas gotas y vio cómo se unían a la pequeña corriente de agua que brotaba unas leguas más arriba, en lo alto de la ladera. Otro sonido atravesó su cabeza. El vello de todo su cuerpo se erizó y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Giró tan levemente su cabeza hacia la izquierda, que nadie hubiera dicho que había sucedido. Reconoció el sonido. Alguien había pisado una rama escondida entre el mullido suelo formado por infinidad de hojas caídas a lo largo de más de cien otoños. Abrió los ojos. El intenso azul de su iris destacó en su rostro cubierto de una mezcla de barro y pintura, que le servía de camuflaje. Su piel estaba perfectamente afeitada y su pelo castaño claro, escondido debajo de un gorro de lana de cabra, de un tono gris neutro. El tamaño de sus pupilas disminuyó mientras enfocaba lo que tenía delante. El bosque estaba pintado de verdes intensos, amarillos luminosos, rojos apremiantes y marrones matizados, y los robles crecían más altos y más frondosos que en cualquier otro lugar de la tierra conocida. Pero él no se fijó en eso. Desde su posición, agazapado detrás de un saliente originado por una roca del tamaño de tres hombres, podía observar sin ser visto. Levantó su brazo derecho y con su dedo índice señaló hacia el oeste. Esperó unos instantes. El aire fresco y la humedad del bosque penetraron en sus pulmones. Su respiración era pausada, a pesar de que sentía el peligro que se cernía cerca.

Ixaka esperaba quieto, agarrado al tronco del árbol, a una altura de unos diez pies. Sus ojos oscuros parpadearon dos veces, sin perder la visión de Aner, que quedaba justo enfrente de él y le daba la espalda. Aner era tan solo un bulto semejante a cualquier otra piedra del entorno. Había que saber que estaba allí para captar su presencia. Cuando le vio elevar su brazo, reconoció que había llegado el momento. A partir de entonces, sabía que no debía moverse ni hacer ruido. Tan solo tenía que estarse quieto y esperar la señal de su cuñado. Allí arriba estaba seguro. Eso era al menos lo que decía Aner, porque los banelatus nunca miran hacia arriba. Lo que no le había dicho su cuñado era que los banelatus tenían un olfato increíble, pero eso se lo había guardado para comentarlo en otro momento.

Aner levantó su puño derecho. Lo sostuvo durante un instante y luego sacó cuatro dedos. Ixaka recogió la indicación y la pasó a su compañero. Este, a su vez, la pasó a otro hombre. Y así, sucesivamente, hasta que la información llegó a Galder.

Una ligera brisa soplaba sobre el campamento de los talantas. Las plumas de ganso que Galder exhibía en su gorro se movieron hacia atrás, mientras escuchaba las palabras del correo. Miró a aquel hombre sin pestañear antes de preguntarle de dónde venía la información. Cuando el correo se retiró a su puesto, Galder apretó los labios y asimiló las noticias, que no eran demasiado buenas. Cuatrocientos banelatus eran más de los que había calculado que Yankel podría reunir en tan poco espacio de tiempo. Parecía como si pudieran renacer de sus cenizas. Y, además, los

tenían prácticamente encima. De haber llegado el dato de cualquier otra fuente, no lo habría creído, pero Aner había demostrado siempre que sus cálculos eran precisos. En los dos años que llevaba viviendo entre los clanes, nunca se había equivocado.

Salió de su tienda y miró al frente. Los hombres que comandaba habían demostrado ser valientes y estar llenos de coraje, pero estaban cansados. Recorrió sus rostros con la mirada. Al saberse observados, sacaron pecho y elevaron sus barbillas. El brillo de sus ojos se cubrió de fiereza, demostrando a su dux que estaban preparados. Galder estaba convencido de que darían todo por defender la tierra donde habían nacido, pero sabía que aquellos soldados, que le ofrecían su lealtad y sus vidas, estaban exhaustos.

Hizo un cálculo rápido. Si descontaba los muertos en la última batalla y los heridos, debían quedar unos doscientos cincuenta hombres. A la superioridad numérica del enemigo había que sumar otra certeza mucho más cruel. Los banelatus no luchaban, masacraban. Exterminaban todo a su paso: tierra, agua, bosques, animales y hombres. Después de cada victoria, examinaban a los supervivientes y elegían a los mejores para hacerlos prisioneros y esclavizarlos. Al resto, simplemente, los aniquilaban.

Galder hizo un gesto con su mano derecha. Inmediatamente, un asistente acudió a su presencia.

—Convoca a los guías —le pidió.

El asistente, miembro de una de las familias más humildes de su clan, se alejó con pasos rápidos. En un abrir y cerrar de ojos, los dos guías se presentaron ante el dux. Galder fijó su mirada en ellos, mientras trataba de averiguar, a través de sus gestos, el estado de ánimo de los hombres. Meder caminaba erguido, orgulloso, sus brazos alejados del cuerpo y sus puños apretados. Sacaba al resto de los hombres allí congregados más de una cabeza. Su pelo liso y oscuro estaba recogido en una coleta y su frente, circundada por una tira de llamativos colores. Sus pasos caían con aplomo sobre la tierra.

A su lado, Alaón caminaba con la mandíbula apretada. Era un hombre dotado de una extraordinaria fuerza física, con potentes brazos y piernas. Cubría su rostro con una larga y recia barba que intensificaba la fiereza de su mirada.

El dux los estudió con detenimiento. Meder, guía del quinto clan de los talantas, estaba deseoso de entrar en combate. Extremo este que se veía en sus ojos y en la fina sonrisa que exhibía su rostro, no disimulada por su barba recortada. En su mandíbula se percibía una pequeña cicatriz que enmarcaba su rostro justo allí donde se unía con el cuello.

Alaón estaba cansado de aquella maldita guerra de pequeñas batallas en la que llevaban metidos algo más de dos años. Una continua y lenta exterminación a la que los banelatus les sometían. Los clanes segundo, cuarto, sexto y séptimo habían desaparecido por completo. Se sentía agotado y tenía ganas de regresar a su casa con su familia; aunque jamás daría muestras de desfallecimiento o cansancio ante los hombres del primer clan de los talantas, de los que era su guía. Se sentía frustrado y eso le hacía estar de mal humor a menudo.

—Se acercan por el oeste —les informó el dux.

Los dos hombres se limitaron a asentir. Después de la batalla de Taorti, siempre habían sabido que tarde o temprano se volverían a encontrar. De eso hacía tres semanas. Los talantas habían logrado escapar en aquella ocasión y el enfrentamiento había quedado más o menos en tablas. Pero los banelatus no dan segundas oportunidades. Los talantas sabían que no cejarían en su empeño. De hecho, si algo había aprendido Galder de su enemigo en todo ese tiempo en el que se habían enfrentado, era que los banelatus perseguían a sus víctimas hasta el final.

Galder sabía que con un día más hubieran tenido tiempo de escapar por el río. O, al menos, de llegar a una posición mejor y, con un poco de suerte, Luar y sus hombres podrían haber entablado contacto con ellos. Pero la suerte no les había acompañado.

—¿Hay noticias de Luar? —preguntó en ese momento Meder, como si participara de sus pensamientos.

En Taorti, un pequeño poblado sito al otro lado del bosque de Arlaza, Galder había concluido que la única forma de burlar a sus enemigos era aprovecharse del factor sorpresa y dividir las fuerzas banelatus. La primera acción había sido fácil. Los banelatus estaban acostumbrados a enfrentarse a pueblos que tan solo se limitaban a defenderse; tan clara era su superioridad que no había otra opción. Pero los talantas habían sido los primeros que habían lanzado un ataque sobre ellos. Esto les había pillado por sorpresa. La segunda estrategia había sido más difícil de conseguir. Al final, habían logrado dividir sus fuerzas, pero a costa de dividir también las propias. Ahora parecía que los banelatus se habían reunido de nuevo, mientras que los talantas no habían logrado reunificar sus fuerzas.

Galder contestó negativamente.

—Debería haber estado ya aquí —comentó Alaón con cierto nerviosismo.

—Luar llegará a tiempo —dijo Meder entre dientes, saliendo en defensa del hombre que había asumido el riesgo de dividir el frente enemigo. Si bien Luar y él habían tenido sus desavenencias en el pasado, pertenecía a su clan y lo que allí estaba en juego era el honor de su gente.

Una mirada de Galder bastó para frenar aquella discusión.

—¡En formación! —exigió el dux.

Meder y Alaón saludaron con la cabeza y se retiraron para tomar posiciones. Cada uno de ellos se colocó a la cabeza de su clan. En ese momento no había tiempo para arengas ni discursos. Sus hombres lo sabían. El miedo tan solo se dulcificaba con el pensamiento de que en el último enfrentamiento habían salido ilesos. Una pequeña victoria, pero victoria al fin y al cabo. Triunfo que encorajaría a aquellos valientes.

—Avisa a Aner —ordenó Galder al asistente.

A partir de este momento, los exploradores estarían solos. «Solo confío en que Aner sepa hacer bien su trabajo», pensó mientras lo veía partir a cumplir su misión.

El robledal de Arlaza marcaba ahora el límite del territorio perteneciente a los talantas del norte. Sus posesiones se habían ido reduciendo conforme se hacía efectivo el avance de los banelatus. Nadie recordaba ya cómo habían llegado, ni cuándo ni por dónde. Habían entrado en silencio, robando en la noche la respiración inocente de los niños. La paz tranquila de los poblados de la zona se vio alterada para desembocar en ríos de sangre y desolación. La gente clamaba justicia, una justicia que ya nadie podía repartir.

Aner tensó sus músculos. Podía sentir el avance sin prisas, pero insistente, de sus enemigos. Los latidos de su corazón se escuchaban en su cabeza: bum-bum, bum-bum, acompasados a los pasos de los banelatus. Inspiró y llenó sus pulmones al máximo. Iba a necesitar de todo el aire posible para oxigenar sus músculos y de toda su concentración para enfrentarse a aquellos seres. En el último año de su vida, eso era lo único que había hecho. Una piedra golpeó su hombro. Era la señal. No se volvió. Estaban solos contra aquellos demonios. Sus exploradores no lo sabían. No tenían ni idea de que su misión era entretener lo suficiente a los banelatus para que el resto de los talantas pudieran alcanzar el barco y huir. Aner era el único que sabía que nadie los esperaría. Su orden era luchar hasta el final, y el final era la muerte. Pero él tenía otra idea. Llevarla a cabo era arriesgado y ni siquiera estaba seguro de que pudiera dar resultados. Pero estaba dispuesto a intentarlo. No dejaría morir a ninguno de sus hombres, si él podía evitarlo. Lucharía hasta el final, pero llevaría al barco a cuantos hombres pudiera.

Cerró los ojos de nuevo, por última vez. El viento apenas soplaba y, además, venía de frente. Al menos tenían esa pequeña ventaja, que evitaría que el desarrollado olfato de sus enemigos los localizara antes de lo previsto. Abrió los ojos y se giró para comprobar la posición de su cuñado en lo alto de aquel roble de ramas retorcidas. Ixaka le ofreció una de sus sinceras sonrisas. «Todavía es demasiado inocente», pensó Aner con cierto temor. Ixaka había llegado con los últimos refuerzos, hacía apenas un par de meses, junto con Marz, el hijo de Alaón. Había participado en la batalla de Taorti desde la retaguardia. No entendía ese empeño de Meder por situarlo en primera línea, insertándolo en el grupo de exploradores. Era comprensible que lo hubiera hecho con él, un recién llegado del que recelaba, pero Ixaka era el hermano pequeño de Luar y pertenecía a una de las familias de más prestigio y con más ascendencia del clan. Su sitio estaba, sin lugar a dudas, entre los guerreros que comandaba su hermano. Recordando su inexperiencia y sus recién cumplidos diecisiete años, se preguntó si Ixaka estaba preparado para morir, porque si uno no está preparado para morir, tampoco lo está para luchar. Esperaba no tener que hacer de niñera, pues tenía en mente otra idea y necesitaba de toda su concentración para llevarla a cabo.

Se giró de nuevo y se centró en su cometido. Mentalmente revisó todo su equipo. El arco y las flechas estaban preparadas y la pequeña daga, escondida en su cinturón, presta para ser usada. Sabía que era insuficiente para enfrentar las espadas enemigas, pero al menos le serviría para acabar con su propia vida. Jamás dejaría que un banelatu lo cogiera vivo. Por puro instinto, llevó su mano a la bolsa que colgaba de su cinturón. Era pequeña y contenía un polvo especial que Astu, el adivino del quinto clan de los talantas, le había mandado a través de Ixaka. Y menos mal que lo había hecho, porque ya había utilizado todas las provisiones que había llevado consigo. Sonrió justo en el instante en que el primero de los banelatus pasaba muy cerca de donde él estaba. La suerte, una vez más, estaba echada.

El iris de los ojos de Yankel se había tornado rojo. Su mirada recorrió despacio los alrededores en busca de cualquier cambio térmico que le permitiera reconocer un atisbo de vida. Hizo un gesto rápido con su brazo izquierdo señalando un árbol y un arquero se apostó a su vera. Esperó a su señal antes de disparar. Un ciervo salió entonces asustado al galope y Yankel bajó su mano. En ese instante, una flecha cruzó el aire y se clavó justo en el corazón del animal. No era lo que buscaban, pero tendrían carne fresca de la que abastecerse. Varios porteadores aparecieron y se hicieron cargo del cuadrúpedo.

El pequeño ejército banelatu reemprendió la marcha. Cuatro hombres de la máxima confianza de Yankel caminaban en cabeza. Eran expertos rastreadores y excelentes combatientes. El líder caminaba tan solo unos pasos más atrás. A fin de cuentas, se fiaba más de sus propios sentidos que de los de cualquiera de sus soldados, por muy buenos que fueran estos.

Alots, su segundo, marchaba un poco más atrás, a su derecha. Sabía la importancia que su líder había dado a esta misión. En los diez años que Yankel llevaba al mando de los ejércitos banelatus, era la primera vez que un pueblo se le resistía. Eso era una mancha para alguien como él. En su carrera militar llevaba más de cien victorias y treinta y dos clanes sometidos. Los talantas pagarían cara la fortuna que habían tenido al resistirse un poco más que el resto de los pueblos con los que se habían enfrentado. El líder nunca se había mostrado magnánimo o piadoso con nadie y esta vez no iba a ser distinto. Además, la meteorología corría en su contra. El invierno estaba próximo y ya habían aprendido cómo la nieve y el frío llegaban de golpe en esa tierra. Yankel pretendía doblegar cuanto antes a los talantas para retirarse a unas tierras más cálidas y exhibir sus prisioneros y sus conquistas ante Sadoc.

Yankel sintió la presencia cercana de los talantas poco antes de que lo hicieran los que lo acompañaban. Su rostro, oculto por un paño negro que tapaba todo excepto los ojos, no reflejó la satisfacción que sentía por dentro ni las ganas que tenía de entrar en combate. Ningún banelatu dejaba traslucir sus emociones. Eran seres hieráticos, sin sentimientos. En su lenguaje ni siquiera usaban palabras para describir las emociones.

Ixaka vio la seña de Aner indicando que el enemigo estaba próximo. A pesar de estar avisado, sintió cómo su pecho se empequeñecía. Se agarró con más fuerza al árbol en el que estaba subido y suplicó en silencio. Sus manos temblaron cuando el primer banelatu superó la posición de su cuñado. Los vio avanzar como sombras bajo sus pies. Sus ropas oscuras escondían su alma, si es que la tenían, y envolvían sus figuras de un aire fantasmagórico. Sus rostros ocultos daban a sus ojos una mirada felina. No sonríen, no muestran miedo ni satisfacción. «Son como esculturas, pero esculturas tan mortíferas cual veneno de serpiente», recordó entonces el joven las palabras de su cuñado. «Sálvate de sus miradas si quieres sobrevivir», le había advertido.

Una pequeña brisa se levantó. Si el viento cambiaba, ninguno de los que formaban parte del grupo de exploradores vería la luz de un nuevo día.

Yankel sintió una intensa excitación dentro que le preparó para la batalla. Desenvainó su espada, lo que provocó un suave siseo cuando la hoja se deslizó sobre su vaina. Aner lo oyó y

tragó saliva. En breve se escucharía el grito silencioso de los banelatus llamando a la batalla.

Galder también lo esperaba. Sus hombres permanecían de pie, escondidos entre los arbustos y los troncos de los robles. Enfrentarse a Yankel en un sitio abierto habría sido un suicidio. Aunque tampoco hacerlo entre los árboles de un bosque era sinónimo de victoria para ellos. De cualquier forma, tampoco habían tenido opción de escoger y no merecía la pena malgastar el tiempo en pensar en eso. Lo que más le preocupaba a Galder en ese momento era que funcionara el dispositivo de fuga que había organizado. Esto último dependía de tres factores. El primero de ellos era la llegada a tiempo de Luar y sus hombres para poder resistir durante el mayor tiempo posible el avance enemigo y sobrevivir cuantos más mejor. El segundo factor dependía de la pericia de Aner y sus exploradores para conducir a los banelatus, en el momento preciso, justo en dirección contraria a la de la fuga. Y, en tercer lugar, que el barco que les llevaría por el río Jumed hasta su casa no hubiera sido descubierto por los enemigos. El dux miró por última vez a sus guías y estos asintieron con sus cabezas. Todos habían ocupado sus posiciones.

El ejército de los banelatus se había desplegado por el robledal para abarcar una mayor porción de terreno. Cuando Yankel percibió dónde esperaba el enemigo, hizo replegar a sus fuerzas para concentrar todo su poder en el punto donde mayor daño podía hacer a los talantas.

Un aullido desgarrador, agudo y mortífero cruzó el bosque desde las filas de los talantas. El sol se oscureció de pronto y la mano sanguinaria de Yankel se abalanzó sobre el primero de los enemigos que salió a su encuentro. La batalla había empezado.

Un banelatu delgado, flexible y fuerte caminaba solo por el bosque. Su rostro oculto en paño negro, la espada a la cintura, guantes en sus manos, protecciones de cuero sobre su camisa y calzas ajustadas. Sus botas, hasta casi la rodilla, eran tan flexibles como su constitución y andaba tan ligero que parecía no tocar el suelo. Su mano izquierda sostenía las riendas de una criatura dócil a la que los banelatus llamaban olano y los talantas no llamaban de ninguna forma, puesto que nunca antes habían visto nada parecido. Tenían los olanos cuerpo de caballo y cabeza de perro. Esas criaturas, de aspecto pacífico, eran dóciles en las manos de sus dueños, pero había que tener cuidado con algunas especies, porque su mordisco era mortífero. Sus colmillos contenían una sustancia que paralizaba a la víctima, provocándole la muerte en apenas unos instantes.

El grito de guerra llegó a sus oídos con claridad. Se quedó quieto durante unos instantes mientras calculaba la distancia y la dirección. Luego aceleró el paso. No le gustaba moverse entre árboles. De hecho, lo habría detestado si hubiera sido capaz de poner palabras a lo que sentía, pero las manifestaciones de los estados de ánimo estaban prohibidas entre su pueblo y no había palabras para describirlas.

Era un banelatu de ciudad y no de una cualquiera. Cannvea era la ciudad más grande del supremio¹ banelatu del este, donde se concentraba todo el saber y todo el poder de su pueblo.

Aceleró el paso haciendo que su olano, al que llamaba Segundo simplemente porque era el segundo que había tenido, siguiera sus pasos. De vez en cuando, se detenía a escuchar desde

dónde venían los gritos de la batalla. Dio un rodeo para situarse detrás del resto de banelatus y avanzar con ellos. Puso mucho cuidado en no dar a conocer su presencia. Después de todo, estaba allí para observar y no para luchar. Se parapetó detrás del tronco más grueso que encontró y contempló la batalla en silencio

Las fuerzas de Yankel habían atacado justo por el centro a los talantas, de manera que estos habían quedado cortados, mientras que la columna de sus hermanos del oeste seguía intacta. El primer aullido que llamaba a la batalla se había evaporado entre las ramas de aquellos altos árboles y tan solo se escuchaba el clamor de los talantas. Los banelatus luchaban en silencio y eso desconcertaba a sus enemigos. Les hacía parecer inmunes al dolor y al sufrimiento.

El banelatu solitario centró su mirada en los talantas. No creyó ver nada especial en ellos. Morían igual que el resto de los pueblos atacados por Yankel. No había en ellos nada diferente que justificara la insistencia de Maore por conocer su secreto para resistir a las fuerzas del líder del oeste. Observó en silencio.

Aner se quitó la capa con la que se había estado cubriendo y se arrastró por el suelo unos pasos. Los exploradores, protegidos en la zona alta de los árboles, vieron el movimiento de quien los comandaba y esperaron su señal. Aner, despacio, abrió la bolsa que colgaba de su cinturón. Impregnó con el polvo la punta de su flecha y la preparó en su arco. La cuerda se tensó. Era la señal. La flecha de Aner surcó el aire con precisión y se clavó en el cuello de un banelatu.

Desde su posición, el banelatu solitario escuchó un ruido ahogado. Luego notó algo en su cabeza, inexplicable, que no había notado nunca antes. Salió de su escondite tratando de hallar qué era lo que provocaba ese estado nuevo en su interior. De pronto descubrió cómo uno de sus hermanos caía desplomado en medio de incongruentes ruidos guturales. «Una flecha ha atravesado su cuello, sí», se dijo el observador solitario, «pero eso no es suficiente para matar a uno de mis hermanos». Se acercó para observar desde un lugar más apropiado. De la cabeza del banelatu empezó a salir humo y su cuerpo quedó inerte.

Aner vio el efecto que su flecha había ocasionado en el enemigo y se permitió una leve sonrisa. Pero nada más, no era el momento de alardear. Había que seguir. Una lluvia de flechas cayó sobre la retaguardia enemiga. Los talantas sabían que no era suficiente para matar a sus enemigos, pero les distraería lo suficiente como para que los talantas guerreros cortaran sus cabezas. Aner cambió de posición y cargó otra de sus flechas. Eligió un enemigo y lanzó sin piedad.

El banelatu solitario volvió a escuchar otra vez aquel sonido gutural y de nuevo le golpeó en la cabeza esa sensación extraña. «¿Qué o quién provoca esa extraña magia sobre mis hermanos?», se preguntó. Después de todo, quizás fuera cierto que los talantas habían encontrado un arma secreta y poderosa para derrotar a los banelatus. Tal vez, después de todo, sí que tuviera algo que contar a Maore. Se acercó un poco más para averiguar de dónde procedía ese... lo que fuera. De pronto, la figura de un hombre se elevó tan solo unos pasos más adelante de donde estaba. Su pelo era más claro que los que había observado en los talantas. Su voz se elevó en unos extraños sonidos que sonaron sin sentido en sus oídos. Le pareció raro. Siempre había tenido facilidad para aprender nuevos idiomas y entenderlos, aunque no los hubiera escuchado antes, pero este parecía del todo

incomprensible.

Aner estaba a punto de lanzar otra flecha cuando sintió una presencia detrás de él. Se giró y se encontró de frente ante el banelatu solitario que lo miraba a los ojos. Aner parpadeó varias veces seguidas para evitar el contacto directo, pero sin dejar de contemplarlo. En un rápido escrutinio verificó que no llevaba la espada desenvainada y que no estaba en actitud de combate. Sin embargo, no quería presentarle un blanco tan fácil. Se giró de nuevo, apuntó y disparó con extrema precisión. La flecha salió directa hacia el cuello de otro enemigo, que cayó igual que el primero. Se alejó con rapidez de allí para evitar ser castigado por el banelatu que había quedado a su espalda.

Todo había ocurrido en un momento. El banelatu solitario aún podía ver el iris azul de Aner impregnado en sus pupilas mientras se preguntaba por qué no le había disparado. Decidió seguirlo. A lo lejos, el sonido de las espadas daba cuenta de lo cruel y dura que estaba siendo la batalla, pero al banelatu solitario le interesaba más la acción de las flechas y, en concreto, las de un talanta. A esas alturas del combate, ya se había dado cuenta de que las flechas del resto de sus compañeros no producían el mismo efecto que las que lanzaba ese talanta de los ojos azules.

Galder luchaba espada en mano. Su corazón latía dentro de su pecho en una carrera sin final. Separar la cabeza del tronco de esos condenados le resultaba más agotador de lo que recordaba, pero era la única forma de acabar con ellos. Abrió la boca en busca de aire. A su derecha, Meder empujó a un enemigo que amenazaba al dux con su espada. Este agradeció el gesto con un leve asentimiento de cabeza y se dirigió hacia el banelatu caído, buscando su cuello. Cuando lo remató en el suelo, se permitió levantar la cabeza y mirar hacia el este. Parecía que solo un milagro podría hacer que Luar llegara a tiempo.

Levantó su espada y llamó la atención de sus hombres. Los que pudieron, se reagruparon cerca de él para seguir combatiendo. Iba a ser difícil sacar a todos sus guerreros de allí, pero tenía que hacerlo. Los talantas caían a sus pies. La batalla, que hasta entonces había estado igualada, parecía ser ahora más favorable al enemigo, algo de lo que también se percató Yankel. Sometería a ese pueblo costara lo que costase.

«Es el momento», pensó el dux. Luar tendría que encontrar solo el camino de vuelta a casa y esquivar a los banelatus, si es que seguía vivo.

El sonido del cuerno resonó en el bosque tres veces. Aner sabía que había llegado su hora. Hizo un leve gesto y sus exploradores bajaron a tierra por primera vez. Se concentraron en la parte de atrás de la batalla y atacaron la retaguardia enemiga.

Uno de sus hombres cayó cerca, casi a sus pies. Sus ojos abiertos, llenos de terror, y su cara en un rictus de tremendo dolor. Tragó saliva y avanzó sin querer ceder a una muerte que parecía perseguirlo. Decidió no pensar en ello y centrarse en su cometido. Las flechas silbaban al salir del arco. Un siseo de anhelante destrucción. El trabajo y el esfuerzo se empezaron a multiplicar. La mirada de Aner se llenó de ira por un instante; fuego que parecía alimentar su arco. Estiró por cuadragésima vez su brazo izquierdo y eligió un nuevo blanco. Se preguntó cuántas veces más debería hacer ese gesto antes de descansar un poco.

El enemigo se acercaba demasiado a sus posiciones y las flechas dejarían de ser tan efectivas en cuanto los banelatus decidieran entablar el combate cuerpo a cuerpo. Pero los hombres de Aner no estaban preparados para ese tipo de asalto; no portaban espadas. Grave error que Aner había intentado solventar en esos dos años que llevaba viviendo con los talantas, pero que Meder, agarrado a las costumbres como bastión, había echado por tierra una y otra vez.

Usando la voz más alta que pudo, dio orden a sus hombres de juntarse y de retrasar posiciones para seguir lanzando flechas. El retroceso tuvo que ser frenado porque varios banelatus avanzaron hasta rodearlos. Aner lanzó entonces a sus hombres hacia adelante, haciéndolos correr en posición de punta, como si fueran un triángulo.

Meder vio la maniobra de Aner y varios disparates salieron de su boca. «Ese indisciplinado de Aner nos va a hacer perder la batalla. Si avanza un poco más hacia nosotros, en vez de guiar a los banelatus según el plan establecido, caerán sobre nosotros e incendiarán nuestro barco».

Pero Aner solo organizaba a su equipo. Quería, con sus pocos hombres, deshacerse de la encerrona a la que les iba a someter el enemigo y rodearlos. Para luego hacer un círculo de fuego. Aner parapetó a sus hombres detrás de una escalera natural que formaba el terreno y ordenó una nueva oleada de flechas.

El sonido de un cuerno grave puso en alerta el oído de Aner.

—Tu hermano —dijo dirigiéndose a Ixaka que estaba a su lado— viene por el sur.

Un sorprendido Ixaka le respondió con cara de no entender, mientras intentaba sacar la cabeza para observar. Aner lo empujó hacia abajo.

—¿Quieres que te maten? —le preguntó.

—Solo quería confirmar lo que me has dicho.

—Pero no te juegues la vida para ello. Dile a Inge que vaya a avisar a Galder.

Ixaka se movió despacio hacia atrás en busca de Inge y le transmitió la información. Cuando Aner vio que el muchacho estaba preparado, ordenó una nueva tanda de flechas para ocultar su marcha. Con Luar cerca, Galder tendría un pequeño respiro para reorganizarse. Aner preparó otra de sus flechas y se la pasó a su cuñado.

—Guarda esta flecha hasta el final —le advirtió—. No la uses hasta que yo te lo ordene.

Ixaka asintió sin pedir explicaciones, ya estaba acostumbrado a recibir órdenes extrañas provenientes del nuevo miembro de su familia. Se preguntó qué tramaría en ese momento la cabeza inquieta de Aner, pero prefirió esperar a que este se decidiera a compartir su estrategia con él. En esos instantes parecía estar tremendamente concentrado en algo.

La batalla alrededor era un enorme caos. Las posiciones de uno y otro ejército estaban indefinidas. Iba a ser difícil hacer que los banelatus cesaran en perseguir a las fuerzas guerreras

para perseguir a los arqueros. Si al menos tuviera una espada, un caballo... Una idea se materializó en su mente. No tenía un caballo, pero podía tener un olano. Apretó los labios antes de hablar mientras su mirada, perdida en algún punto de su mente, parecía llenarse de color.

—Ayúdame —le pidió a Ixaka, mientras arrastraba el cuerpo muerto de un banelatu. Cuando lo tuvieron a cubierto, Aner le quitó sus ropas y se las puso él ante la sorprendida mirada de su cuñado—. ¿Ves ese guerrero de allí? —le dijo a Ixaka cuando estuvo preparado y seguro de lo que debía intentar—. Es el mariscal. Sigue la batalla desde la retaguardia, sin participar en ella y solo se acerca para dar órdenes precisas. Comanda un centenar de banelatus. Si ocupo su lugar, ese centenar de banelatus me seguirá a mí. Quiero que me cubráis y matéis a cuantas más de esas bestias podáis. Cuando veas que esos monstruos me siguen —Ixaka pudo ver el odio que emanaba su mirada—, avanzad detrás con cuidado, como os he enseñado, cortando su retaguardia, pero sin acercaros demasiado. ¿Entendido?

Aner esperó a que Ixaka respondiera afirmativamente antes de seguir con sus instrucciones. Quería asegurarse de que había comprendido y de que seguiría al pie de la letra lo que le había transmitido.

—Quiero que tú me tengas en todo momento en tu campo de visión, pero sin descuidar tu retaguardia y, cuando te dé la orden, dis pares la flecha que te he dado todo lo más cerca de mí que puedas, sin darme. ¿Está claro? —le dijo mientras enfatizaba sus palabras con gestos de sus manos.

Ixaka asintió convencido.

—Entonces, vamos allá —le dijo, entregándole su arco para que se lo guardara.

—¿Puedo usarlo? —se atrevió a preguntar el joven Ixaka.

—¡Inténtalo! —le retó su cuñado.

Cuando los exploradores vieron levantarse a su jefe lo miraron con atención.

—Voy a salir —les dijo— Solo. Quiero que me cubráis y que luego sigáis las instrucciones de Ixaka. Vamos a hacer que esos malditos clamen por su muerte.

Tras decir eso, elevó su puño y dio un pequeño golpe al aire con su brazo. Sus hombres le imitaron.

—Cuando cuente tres —les transmitió antes de taparse la cabeza con el embozado banelatu. Sabía que así iba a ser difícil seguir su rastro, pero confiaba en Ixaka.

La llegada de Luar supuso un refuerzo decisivo para los talantas. El número de efectivos que aportó hizo que los hombres fatigados y cansados de tanto luchar tuviesen un respiro. Galder, metido en plena pelea, se preguntaba por qué Aner tardaba tanto en llevar a cabo su misión. Miró a través de los árboles, pero el enemigo, que parecía replicarse sin fin, no daba tregua. Buscó con

la mirada a Meder y se aproximó a él en cuanto se hubo librado del abrazo de ese banelatu que parecía querer ahogarle tan solo con la mirada. Quizá Aner tuviera razón cuando decía que no había que mirarles a los ojos durante mucho tiempo.

—¡Ese inútil explorador tuyo tarda mucho en realizar su trabajo! —le comentó.

Meder se molestó. No le gustaba que Galder pudiera reprochar ninguna actitud de los hombres de su clan. Sonrió entre dientes. Si ese inútil de Aner le hacía quedar mal, él mismo se encargaría de cortarle en rebanadas.

Aner respiró profundamente, se impulsó de un salto y empezó a correr a través del campo de batalla. Las flechas, las espadas, los puños y los sonidos de muerte formaron un remolino a su alrededor del que era difícil escapar. Aner centró el objetivo en su mente y se lanzó a por el mariscal. Llegó a su lado como si hubiera sido escupido desde una catapulta y lo derribó. Ambos cayeron al suelo. Aner sabía que necesitaría un arma si quería acabar con su vida antes de que él lo hiciera primero. La fuerza de ese banelatu triplicaba la suya. El nuevo miembro de los talantas sabía que el puesto de mariscal no se le asignaba a cualquiera. Lo que tenía delante, no iba a ser fácil de matar.

Talanta y banelatu rodaron por el suelo. Los ojos grises del enemigo lo miraron inexpresivos. Aner odiaba ver esa máscara sin sentimientos que se le aparecía día sí y día también en sus sueños. Sintió un intenso dolor en su pecho y el aire empezó a faltar dentro de su cuerpo. Por un instante pensó que iba a perder el conocimiento. Rebuscó en el suelo y encontró una piedra lo suficientemente grande como para aturdir a su enemigo. Le golpeó en la sien, en un intento de acabar lo más pronto posible con él. Sabía que debía darse prisa antes de que los banelatus vieran a dos de los suyos pelearse.

Las oleadas de flechas quedaban ahora muy atrás e Ixaka estaba a punto de perder el contacto visual con él. Si se alejaba un poco más, Aner acabaría siendo uno más en el paisaje mutilado del bosque. El joven se removió inquieto en su escondite mientras ordenaba una oleada más de flechas. Intentó disparar con el arco de su cuñado, pero fue incapaz. Se preguntó qué clase de cuerda usaba que parecía imposible de estirar y tensar. Dejó el arco de Aner con mucho cuidado a su lado y usó el suyo.

Aner había utilizado casi todas las reservas de sus fuerzas en golpear a ese banelatu. Miró en derredor y robó una espada de un enemigo moribundo. Sintió el frío de esa arma incluso en las paredes de sus arterias, pero se aferró a ella porque sabía que le iba a ser útil. Golpeó con la empuñadura la cabeza del mariscal y le obligó a luchar con él.

El banelatu solitario seguía el juego de Aner sin entender qué pretendía, pero daba la impresión de que sabía lo que hacía. Si hubiera podido expresar lo que su cuerpo sentía, en la cara del banelatu solitario hubiera aparecido una mueca de sorpresa, pero su rostro permanecía estático y frío como el mármol.

El mariscal rasgó el brazo de su oponente. El joven talanta sintió un dolor punzante, pero no miró la herida. Combatió a su enemigo de igual a igual hasta que en una de las tiradas el mariscal

consiguió arrojarlo al suelo. Aner rodó y rodó para no presentar un blanco fácil. Se incorporó y levantó la espada para continuar su ataque. Tardaba demasiado. Los estoques se multiplicaron y siguieron unos a otros. Aner sacó despacio la daga que ocultaba y se la preparó en la mano izquierda. Tenía que ser más rápido y más listo que el mariscal y eso era una tarea prácticamente imposible. Pero él sabía que lo podía conseguir si lograba distraer, aunque solo fuera durante un instante, su concentración. Aprovechó uno de los lances y le pisó el pie con fiereza. Eso fue suficiente para que el banelatu perdiera el contacto visual que dirigió hacia el suelo. Aner aprovechó ese momento y le clavó la daga en la sien. Después, de un solo tajo, separó la cabeza de su cuerpo.

Así de afiladas y de contundentes eran las espadas de esos desalmados. Tiró la espada que había usado para derrotar al mariscal y tomó la de este, soportando el intenso calor y frío que siguieron tras tocar su empuñadura. Después se puso su caretesa, la tela que usaban para cubrir su rostro. Miró hacia donde se escondían los suyos por última vez. Entonces comprendió Ixaka por qué era tan importante que no perdiera el contacto visual con él. En esos instantes, Aner era un banelatu más.

Ixaka hizo avanzar a los exploradores unos pies y los mandó parapetarse una vez más. Después, una oleada de flechas traspasó árboles y ramas. Aner se movió con rapidez. Por un momento, Ixaka pensó que lo había perdido, pero unos instantes después lo vio atravesar el campo de batalla en dirección sur. Se alejaba y su cuñado no tenía ni idea de hacia dónde.

Aner aguzó el oído y se dirigió hacia el olano. El animal había sido atado a la rama de un roble con cierta prisa, según se deducía del nudo apenas apretado. Se acercó despacio a él y dejó que lo olfateara. Extremó las precauciones para evitar una tarascada inoportuna. Sabía que si le dejaba montar, le obedecería hasta la muerte. Cerró los ojos y se centró en el animal. Susurró unas palabras y se montó en él. El olano se encabritó y elevó sus patas delanteras. Aner ya estaba preparado para eso y asió las riendas con fuerza y determinación, acción que el animal asumió con docilidad.

El banelatu solitario había observado las acciones del talanta de los ojos azules. Permaneció inmóvil mientras arrancaba la espada y luchaba, mientras arrebatava la vida del mariscal y asumía su personalidad, pero, cuando vio que robaba su olano, salió a gran velocidad hacia donde estaba. No podía dar crédito a todo lo que había visto hacer a ese talanta, suponiendo que lo fuera.

Aner salió disparado hacia las filas enemigas. Agitó una pequeña bandera verde en su mano. A su señal, decenas de banelatus parecieron sentir su llamada. Hizo que el olano elevara sus patas y un ladrido agudo se elevó hacia el cielo. Sin más gestos, los hombres del mariscal se reagruparon a su lado. Aner se paseó en círculo alrededor de ellos. Despacio y con disimulo, dejó que el contenido de la bolsa enviada por Astu cayera en su lento cabalgar. Los banelatus esperaban recibir nuevas órdenes, pero en cambio recibieron un gesto que no conocían.

Ixaka tenía la boca abierta y una extraña mueca de asombro dibujada en su cara. Se frotó los ojos intentando dar crédito a todo lo que acababa de ver y a punto estuvo de perderse el gesto que desde el olano le hacía su cuñado.

El banelatu solitario corría dando grandes y firmes zancadas entre los árboles. Los brazos se

movían rítmicamente a lo largo de su cuerpo y sus manos quedaban totalmente estiradas para cortar el aire por el que avanzaba. Su respiración quedaba ahogada por la tela negra que cubría su rostro.

En el otro extremo, donde la batalla se libraba cuerpo a cuerpo, los talantas descubrieron enseguida que la presión enemiga se rebajaba. Galder dio la orden de empezar la evacuación. Había comenzado una dura carrera por la vida, en la que solo sobrevivirían aquellos que llegaran a tiempo al barco. El dux solo esperaba que todo se hiciera con orden. Si cundía el pánico o la desorganización y todos los hombres abandonaban a la vez, lo único que conseguirían sería atraer al enemigo hacia su única vía de escape.

La flecha que le había lanzado Ixaka se había quedado un poco lejos de su alcance. Tenía que jugarse el todo por el todo. Se dio impulso desde el olano y saltó sobre el banelatu que tenía más cerca. El enemigo cayó al suelo por el impulso y por lo inesperado de la acción de quien creía su mariscal. Aner rodó con él por el suelo en busca de la ansiada flecha. Solo esperaba que su cuñado no se hubiera equivocado de saeta. El resto de banelatus se quedaron quietos sin saber qué hacer, puesto que no habían recibido ninguna orden concreta. Muchos creyeron que el mariscal daba una lección a un compañero por alguna falta grave de disciplina.

Aner debía darse prisa. El banelatu sobre el que se había lanzado se daría cuenta enseguida de que era un impostor por el color de sus ojos. Si daba la alerta estaba perdido. Se separó del cuerpo abatido del enemigo y cogió la flecha con su mano derecha. Sin pensárselo dos veces, la clavó decidido en el cuello de su contrincante. Las manos del banelatu se agitaron en silencio mientras de su garganta salían unos incongruentes sonidos. Aner lo arrastró con fuerza y desdén hacia donde había derramado el polvo de su bolsa. Sostuvo con fuerza la cabeza del enemigo mientras este se defendía dando patadas. De pronto, un humo negro empezó a salir de la cabeza del ser que sujetaba entre sus manos.

«¡Vamos!», pensó Aner, «arde ya!»

Una tímida llama salió de entre la hojarasca. Aner sabía que tenía el tiempo justo para saltar al otro lado, pero debía hacerlo con cuidado y en el momento adecuado para que todos los enemigos quedaran dentro del círculo que había trazado.

Una delgada y mortífera línea circular de fuego surgió de pronto del suelo. Aner se separó varios pies de la barrera de fuego que se había formado y contempló su obra. En silencio, pidió perdón a la madre naturaleza y deseó no tener que rendir cuentas ni a Basajaun ni a Basandere, señores de los bosques, por esta acción que iba a devastar gran parte de ese robledal.

Aner se quitó la caretesa y la arrojó al círculo para que se consumiera junto con los hombres del mariscal. El crepitar del fuego se elevó sobre el silencio que había quedado en esa parte del bosque.

Los exploradores contemplaron la pequeña muralla de fuego sin saber muy bien qué la había provocado. Estupefactos, atónitos, con los ojos redondos llenos de asombro y de cierta maravilla. Del interior del círculo no salía ningún lamento, ningún quejido, nada, solo vacío.

Las llamas se reflejaron en los ojos del banelatu solitario. «¿Qué ha hecho ese talanta y

cómo?»), se preguntó observando el fuego que había creado. Sus miradas se encontraron a través del círculo, como si cada uno de ellos fuera una punta del diámetro. El talanta de los ojos azules se giró de pronto y echó a correr, el banelatu salió detrás, aunque debía rodear la muralla de fuego y evitar los pequeños focos que se extendían hacia el este, empujados por el viento.

Aner llegó junto a sus exploradores y cogió su arco mientras les decía alto y claro.

—Corred hacia el barco. No miréis atrás. Corred como jamás lo habéis hecho antes. Buena suerte y nos vemos en la embarcación. ¡Ya! —les increpó. Y todos empezaron a correr a la vez que lanzaban estruendosos gritos.

El banelatu solitario saltó encima de su olano y empezó la persecución. No podía dejar que ese talanta se le escapara. Había demasiadas cosas que debía preguntarle, demasiadas cosas que tenía que aclararle.

Los primeros talantas habían llegado ya al barco. Mientras los marineros que gobernarían la nave tomaban posiciones, los guerreros que subían a bordo se preparaban desde atalayas improvisadas para defenderse de los banelatus. Sobre el bosque se elevó una fina columna de humo negro. El viento empujaba hacia la orilla la señal inequívoca del fuego y un peculiar olor a quemado se empezó a sentir en el embarcadero.

Galder, Alaón y Meder permanecían en la pequeña plataforma con un retén de hombres para ayudar a subir a bordo a todos los combatientes y protegerlos mientras lo hacían. El dux elevó unos instantes la mirada sobre las copas de los árboles. Una intensa columna de humo subía ya hacia las nubes que cubrían el bosque.

—¡Buena la ha armado ese explorador! —comentó Alaón divertido.

—¿Cómo sabes que ha sido él? —inquirió Galder.

—¿Quién si no? —insistió Alaón.

—¿Cuántos hombres faltan? —interrumpió en ese momento Meder, intentando ser práctico y quitando protagonismo a Aner.

El dux se encogió de hombros. Miró hacia el bosque. Quería ver a través de los troncos de los robles cuántos de los suyos quedaban en sus entrañas.

—Esperaremos —afirmó con rotundidad.

—No podemos esperar eternamente. Sería un suicidio.

—Aguardaremos hasta el último momento.

Meder no quiso insistir más. Algunos banelatus se asomaban por la linde del bosque. Los jefes se organizaron para formar una barrera. Galder envió a algunos de sus hombres para que salieran

a su encuentro y les cortaran el paso. Pero aquellos guerreros eran fieros, fuertes y decididos. Galder tuvo que ordenar que se lanzaran flechas desde el barco para impedir que otros cuantos se aproximaran con peligro.

El dux miraba hacia el bosque intentando decidir cuándo era el momento oportuno para partir. Se preguntó a cuántos de sus hombres debería sacrificar para iniciar una huida hacia delante. Un banelatu alto y fuerte interrumpió sus cavilaciones.

El bombeo frenético de su corazón marcaba el ritmo de las zancadas. Aner cerraba el grupo de sus exploradores exhortándoles a correr. El aire salía y entraba rápidamente por su boca y sus brazos se movían a ambos lados del tronco. El palo mayor de la embarcación que los llevaría a casa se veía a través de los últimos troncos de los robles, pero Aner sabía que no debía cantar victoria hasta no encontrarse a bordo de la embarcación

Estaban cerca del límite del bosque cuando el talanta de los ojos azules recibió un fuerte golpe en el hombro izquierdo que le hizo precipitarse contra el suelo. Su instinto de conservación le llevó a rodar sobre sí mismo, hasta que se topó con el tronco de uno de los robles. Se levantó de un salto y se puso en guardia. En frente, un solo banelatu delgado y flexible se movía hacia él. Lo reconoció. Era la tercera vez en ese día que coincidían. Se lamentó de no haberlo matado la primera vez, cuando tuvo oportunidad, pero en ese momento estaba desarmado y el propio Aner tenía otras cosas en la cabeza. Ahora era demasiado tarde para quejarse.

Aner se puso en guardia. No tenía espada, no le quedaba polvo gris, ni flechas y su arco colgaba de su pecho, totalmente inútil. Tan solo contaba con su daga y eso era como querer matar un jabalí con un frágil palito de arbusto.

Se pasó la lengua por sus labios secos y flexionó las rodillas. Enfrente, el banelatu parecía observar sus intenciones. Sus ojos oscuros, sin vida, se clavaron en los del talanta. Aner cerró en esos momentos sus párpados justo en el momento en que un agudo dolor de cabeza comenzaba a aparecer desde sus sienes. Intentó sacudírselo y olvidarse del dolor sin lograrlo. De cualquier forma, estaba acostumbrado a él y en ese momento era el menor de sus problemas. El sonido metálico de una espada al ser desenvainada le hizo volver a abrir los ojos. Le espantaba la certeza de que ese podía ser su último instante pero, aun así, estaba dispuesto a luchar hasta el final.

La espada enemiga se paseó por el aire, cortándolo con un rápido zum, zum que repiqueteó en los oídos de Aner hasta que se perdió en la oscuridad de su subconsciencia. No entendía por qué había esperado hasta el último instante para enfrentarse a él. Había tenido al menos dos oportunidades para haberlo matado. Pero no lo había hecho. Se rio y, al hacerlo, las comisuras de sus labios se ensancharon. «Yo también he tenido esa oportunidad y tampoco lo he hecho, aunque yo no buscaba el enfrentamiento con él», pensó el talanta mientras su enemigo se aproximaba con la espada baja, pero en clara posición amenazante.

Los músculos de todo su cuerpo estaban tensos y su cabeza obsesionada por conocer la intención de su oponente. Con un banelatu nunca se sabía por dónde iba a venir el primer golpe. Cualquier otro adversario revelaba, bien por sus gestos, bien por la expresión de su rostro, algún tipo de intenciones; pero los ojos grises oscuros e inexpresivos de un banelatu no dejaban

traslucir nada.

El banelatu solitario observó a aquel hombre que tenía delante. No entendía cómo ese ser inferior había cogido su olano, había acabado con la vida del mariscal de Yankel, había logrado esgrimir dos espadas banelatus diferentes y había prendido fuego a un centenar de banelatus. Pero tampoco estaba allí en ese momento para recoger explicaciones. Estas vendrían después. Lo que estaba claro era que la capacidad de ese talanta podía ser interesante para los intereses de Maore y, por tanto, debía darle caza.

Un pequeño charco de sangre se había formado a los pies de Aner. De la herida infligida por el mariscal caía despacio el preciado líquido rojo. Aner intentó ignorarlo. Si no lo hacía, corría el riesgo de empezar a sentirse cansado y lento. La espada enemiga se movió hacia él. El joven retrocedió lo justo para que no llegara a impactar sobre su pecho. Aun así, sintió el intenso fuego que emanaba de ella. Por un instante, su cara y su torso se tornaron tan rojos como el carmesí del metal en la fragua. El que tenía delante era un banelatu poderoso, capaz de pasar rápidamente su energía a la espada. Si quería salir vivo de allí, tenía que ocurrírsele algo y pronto. Pensó en escapar a través del bosque, sabía que podía hacerlo, pero eso lo único que haría sería alejarlo del embarcadero.

Ixaka se dobló sobre su cintura y apoyó las manos en las rodillas mientras intentaba recuperar el aliento. No había sido fácil llegar hasta el barco y sabía que algunos de sus compañeros se habían quedado por el camino vencidos por una espada enemiga. En cuanto lo vio, Luar salió a su encuentro y se abrazó a él dando gracias por el reencuentro.

—¿Y Aner? —le preguntó el hermano mayor y cabeza de familia.

—Viene detrás —apostilló el joven con palabras entrecortadas.

Luar estiró su cabeza intentando ver entre los sucios y ensangrentados guerreros que alcanzaban la orilla del Jumed el rostro de su cuñado. Ixaka, al ver la sombra de preocupación que asomaba al rostro de su hermano, se puso de puntillas. Aner era más rápido que él, tendría que haber llegado ya.

—Quédate aquí y búscalo entre los embarcados —le dijo Luar a su hermano mientras él descendía del barco.

Los talantas que aún quedaban vivos en el bosque llegaban en cuentagotas a la orilla. Sin embargo, los banelatus cada vez eran más numerosos y difíciles de contener. Si uno solo de ellos alcanzaba la embarcación, todos estarían perdidos. Luar se hizo un hueco entre la barrera de guerreros talantas que hacían de muralla. Preguntó por Aner, pero nadie lo había visto. Apretó el puño. «¿En qué estúpida empresa te has entretenido esta vez?», masculló entre dientes. Luar desconocía la orden que Galder le había dado a Aner.

Ixaka tampoco tenía mejor suerte buscando entre los hombres que se encontraban ya a bordo. Ninguno de los exploradores recordaba haberlo visto después de que todos iniciaran una carrera por alcanzar la orilla. Cierta desasosiego se instaló en el alma del joven guerrero. Agarrado a la

popa del barco, intercambió una mirada rápida con su hermano que permanecía aún en tierra. Luar negó con la cabeza y una sombra de dolor e intranquilidad se instaló en el joven semblante del hermano menor.

Galder dio la orden de que todos subieran a bordo.

—¿Habéis visto a Aner? —preguntó en un último intento por saber algo de él.

Meder giró su cabeza de lado a lado.

—No podemos esperar más —le dijo el guía con voz clara y apremiante.

Luar lo sabía, pero no por eso se daba por vencido. Por un momento estuvo a punto de salir él mismo a su encuentro. La mano de Meder lo retuvo.

—Es una locura.

Luar cerró los ojos resignado. Fue el último en subir a bordo. Ralentizó el paso lo más que pudo, para dar una oportunidad al destino. Ixaka se agarró con fuerza a la madera y se asomó por la borda, oteando el horizonte en una postura casi acrobática. Aner tenía que estar en algún sitio. Luar se colocó a su lado. Aner sabía defenderse solo, pero los banelatus eran enemigos letales. Empezaba a estar preocupado. Si su cuñado no aparecía, no quería ni pensar en lo difícil que iba a ser explicárselo a Zarala.

Aner se había quedado paralizado por unos instantes. Luchaba contra el dolor de cabeza que le atenazaba y el cansancio que sentía después de tantas horas de tensión. Fue entonces cuando vio cómo el palo mayor de la embarcación talanta comenzaba a moverse. Ante tal suceso, no pudo evitar que un gesto de frustración apareciera en su rostro, algo que no pasó inadvertido para el banelatu solitario. Su única escapatoria era correr, aunque no estaba seguro de poder llegar a ser más rápido que su adversario. Sacó la daga dispuesto a presentar batalla.

Su enemigo observó el desequilibrio de fuerzas y decidió que tanto mejor. No tenía ganas de perder el tiempo. Su espada resplandeció como si una luz sobrenatural la hubiera bañado. Aner aguantó la primera sacudida, pero no fue tan rápido en la segunda. Una fuerte y dolorosa quemazón se desplazó desde su hombro hasta su pecho y de su boca salió un potente grito de dolor ahogado. Cayó al suelo de rodillas. Por un momento, giró su daga para sí, amenazando con sacrificarse. Quería saber cuál era la intención de su enemigo. El banelatu tardó tan solo unos instantes en reconocer su estratagema, ya que fijó su mirada en la pequeña daga y se movió hacia él. Aner no se lo pensó. Buscó todas las fuerzas que le quedaban en el cuerpo y se abalanzó sobre su oponente. Los dos cayeron al suelo. El talanta cogió un puñado de tierra y se lo lanzó a los ojos grises de mirada dominante. Luego agarró una piedra pequeña que encontró cerca y le dio un golpe en la cabeza. Disponía de apenas unos instantes, lo sabía, y debía aprovecharlos. De un salto se puso de pie y salió a la carrera. De su boca brotó un silbido fino y agudo que ni siquiera él era capaz de oír, pero que sabía que el oído fino del olano percibiría. Al trote, el animal surgió de entre los troncos de los robles y se puso a su vera. De un salto, Aner se montó y apretó los dientes, dirigiendo al olano hacia el río. No se giró, pero sabía que el banelatu andaba cerca.

Sentía su respiración casi tan clara como la suya.

Apremió al animal. La frescura del río Jumed llegó hasta él. A lo lejos, el barco talanta empezaba a coger velocidad, pero no se podía permitir el lujo de que le vieran a lomos de aquella criatura. Hizo que el olano se metiera al agua y saltó a las aguas frías del río. El dolor de cabeza se hizo intenso. Intentó ocupar su mente en el recuerdo de Zarala y comenzó a nadar todo lo más deprisa que su brazo herido y su dolor de cabeza le dejaron.

—¡Allí! —gritó en ese momento Ixaka.

Luar siguió el gesto de su dedo y vio un punto diminuto sobre la superficie del agua. Ixaka fue a buscar una cuerda larga y Luar pidió a Galder que frenaran un poco la marcha para que Aner pudiera alcanzarlos.

—No podemos detenernos. Aner tendrá que arreglárselas solo. Es la ley del clan y él lo sabe.

—No te pido que te pares, solo que aminores la marcha. Aner lo conseguirá.

—¡Luar! —intervino entonces Meder—. No puedes pedir que pongamos en peligro a todos los clanes por esperar a un solo hombre.

—No hay banelatus cerca y solo será cuestión de un instante. La corriente lo empujará rápido hacia aquí.

—Si no se lo traga antes —cortó con brusquedad el guía Meder.

De entre los hombres que observaban la pequeña discusión que se había organizado entre los jefes, surgió un anciano de corta barba blanca y pelo del mismo color. Sus dedos delgados y finos hacían que sus brazos se alargaran sobre su cuerpo. Su rostro tenía tantas arrugas como sabiduría conservaba en su cerebro y su mirada permanecía limpia, clara y sabia.

—¡Recoged a Aner! —se limitó a decir. Y así se acabó la discusión. Los remos se izaron y el barco continuó su procesión solo por el impulso que llevaba y por la corriente, que le era favorable.

El banelatu se había lanzado también al agua y nadaba rápido en su dirección. Si un banelatu era peligroso en tierra, lo era mucho más en el agua. Además él estaba herido. Miró hacia el barco. Por un momento le pareció que se había detenido. Movié sus brazos lo más rápido que pudo. Una lluvia de flechas voló sobre su cabeza. Desde el barco cubrían su llegada. Eso hizo que el banelatu se quedara a una cierta distancia. Aner vio la cuerda que asomaba desde popa y se asió a ella. Unos brazos fuertes lo izaron a bordo. El talanta de los ojos azules se dejó caer sobre cubierta, exhausto, pero vivo. Ixaka y Luar rieron. Meder lo miró sin decir nada. Aner supo enseguida que al guía de su clan no le había gustado tener que esperarle. Ayudado por sus cuñados, se incorporó y se asomó por la popa. El banelatu había cejado en su empresa y se

retiraba hacia la orilla. Aner respiró aliviado, aunque sabía que a partir de entonces no habría muchos momentos para la tranquilidad.

Inmediatamente, los remos cayeron al agua y el barco empezó a moverse con rapidez. Los combatientes, exhaustos, se turnaron en la empresa de remar, conscientes de que tenían que poner la máxima distancia posible entre ellos y sus enemigos y de que todavía les quedaban varias jornadas antes de llegar a sus pueblos.

Aner se llevó la mano al pecho. Si algo de bueno tenía una herida provocada por una espada banelatu —siempre que no llegara a ningún órgano vital— era que cicatrizaba bien con el tiempo. Una sombra pequeña y alargada cayó entonces sobre su cuerpo y el explorador levantó la cabeza. Observó la cara arrugada que le miraba antes de que su boca se abriera en una amplia sonrisa.

—¡Bienvenido, Aner! —le dijo la voz clara y firme del anciano.

—Gracias, Astu —le contestó.

—Veo que has aprovechado bien el polvo que te llevó Ixaka —comentó el mago, mirando la columna de humo que aún era visible desde la distancia. Astu había permanecido durante todo el tiempo en el barco, mientras los hombres frenaban a los banelatus.

Ante sus palabras, Aner agachó la cabeza.

—No era mi intención quemar el bosque —dijo francamente apesadumbrado.

Astu colocó su mano sobre el hombro del joven y sonrió comprendiéndole.

—Déjame ver tus heridas.

Al anciano le gustaba estudiar con detenimiento las heridas que las armas banelatu provocaban. Los cortes superficiales eran limpios y rectos. Estos cauterizaban enseguida y la evolución siempre era buena. Pero los cortes profundos ocasionaban desgarros internos que parecían recorrer el cuerpo en zigzag. Los banelatus sabían cómo y dónde herir para capturar a un enemigo o provocarle una muerte lenta y agónica. El que había atacado a Aner en el pecho no había tenido intención de matarlo. Pero la herida del brazo era otra cosa. Astu la lavó con sumo cuidado y procedió a recomponer la carne desgarrada.

—¡Aner! Quiero hablar contigo —la voz potente de Meder sonó como una orden—. Astu —le dijo al anciano—, hay más heridos a los que curar.

Meder aún se preguntaba cómo podía estar vivo y cómo la mayoría de los exploradores lo estaban también.

—Ya tendremos tiempo de charlar —le comentó Astu al joven antes de dejarlos solos.

Aner asintió despacio y le dio las gracias. Se puso de pie, agarrándose a la madera de popa y miró a los ojos del guía de su clan. Sabía que le esperaba una bronca, aunque no tenía muy claro por qué iba a recibirla.

—¿Se puede saber quién te crees que eres? —le cuestionó Meder.

Aner sostuvo su mirada y apretó los dientes para no contestar de mala manera.

—Solo soy un explorador al que habían encomendado una misión, guía —dijo con falsa humildad.

Meder lo notó. Sabía que una de las cosas que no controlaba ese joven era su orgullo. Desde el primer día que llegó al pueblo se comportó como si supiera más que los demás y estuviera por encima de las decisiones del clan. Luar se había comprometido a «domarlo» y conseguir que entendiera de una vez por todas que el bien del clan estaba por encima del propio, pero por ahora parecía que no lo había conseguido.

—Todos los exploradores han regresado antes que tú al barco —era un reproche, pero para Aner era un milagro. Nadie pensaba que algún explorador regresara con vida.

—He tenido un encuentro inesperado con un banelatu rezagado —le aclaró.

—Siempre tienes alguna excusa, Aner, y llegará un momento en que ya no te sirvan.

Meder se giró para irse y la voz del joven le llegó ya de espaldas.

—Yo no os he pedido que me esperarais.

Meder se volvió de pronto y su cabeza se quedó a un palmo de la de Aner.

—Te lo advierto, Aner. Un solo juego más de los tuyos y te expulsaré del clan —le dijo mientras le miraba en claro reto—. Harás tu turno en los remos igual que los demás.

El talanta de los ojos azules se quedó en tensión, con los puños apretados. A unos pocos pasos vio la cara de Luar y eso bastó para evitar un enfrentamiento de puños que a buen seguro se habría organizado en pocos instantes en la cubierta. Y no le faltaban ganas a Aner de aplastar el cráneo de ese cretino de Meder, pero había prometido obediencia al clan cuando se casó con Zarala. El recuerdo de su rostro, de sus dulces ojos y de su pelo ondulado apagó el fuego de resquemor que había prendido en su ánimo.

—¡Ata en corto a Aner! —le recriminó Meder a Luar cuando pasó a su lado.

Aner vio cómo Meder y, poco después, Luar se alejaban. Ixaka titubeó. Quería acercarse a su cuñado. Había muchas cosas que quería preguntarle. Sin embargo, Aner se volvió hacia atrás y se quedó apoyado en la barandilla de popa, mientras las aguas se partían al deslizarse el barco. Ixaka comprendió que quería estar solo y se fue a realizar las tareas que le habían encomendado.

Poco tiempo después, alguien llamó a la siguiente tanda de remeros. El joven talanta no se sorprendió de ser llamado en primer lugar.

Aner no se encontraba cómodo remando. Las heridas le escocían y un dolor intenso se extendió por su cuerpo. Meder se había colocado adelante. Marcaba el ritmo y le miraba fijamente. Por eso

mismo, Aner se concentró en el remo, apretó los dientes y se tragó su propio dolor, evitando darle la satisfacción a su guía de verlo sufrir, aunque de su herida siguiera manando sangre.

Cuando acabó su turno, estaba exhausto, pero desistió de bajar a echarse a la bodega. Se quedó en cubierta, viendo las nubes que tapaban las estrellas. A lo lejos, varios relámpagos anunciaban tormenta. «Urtzi² debe estar enfadado», pensó Aner. La oscuridad impedía que nadie viera su rostro, un rostro marcado por la preocupación. Se preguntó qué querría aquel banelatu de él y si esa razón sería lo suficientemente importante como para perseguirlo hasta el pueblo. Su olano había olfateado a Aner y podía seguir su rastro con facilidad. Era necio preocuparse entonces por eso y lo sabía, pero algo dentro de él insistía en encontrar una razón para la presencia de ese banelatu que parecía estar allí no para luchar, sino por otra causa concerniente a él. Debía estar alerta y averiguar el motivo de su llegada para poder protegerse mejor.

El agua chorreaba desde su cabeza. Con las piernas aún metidas en la fría corriente, el banelatu se giró y vio alejarse el barco en el que escapaba su presa. Se mantuvo tranquilo en la orilla y miró hacia el horizonte. Sabía que, en la popa, los ojos azules de aquel talanta observaban el desenlace de su afortunada escapada. Como también sabía que su huida solo había sido una oportunidad perdida y que no iba a ser la última vez que ambos se vieran.

Salió del agua y se dirigió al bosque. Los banelatus habían desaparecido en silencio. Entre los árboles quedaba la señal inequívoca de la batalla. Cuerpos mutilados, destrucción y muerte. Observó la escena. El número de muertos de los dos bandos estaba bastante equilibrado. Anotó ese dato en su cabeza. El olor a quemado era muy intenso en ese lugar. Anduvo unos pasos más. Las llamas corrían colina arriba y el calor aún se notaba en la zona en la que se encontraba. Vio los cuerpos de varios banelatus amontonados en medio de un círculo. Aún no tenía claro qué es lo que había hecho aquel talanta para provocar ese incendio. Nunca hubiera pensado que un ser tan supuestamente inferior como él podría originar semejante caos. Se agachó y cogió un trozo de lo que parecía ser madera quemada. La olió durante un largo rato.

Había restos de algo parecido a la pólvora. «¿Cómo es posible que puedan fabricar algo así?», se preguntó. Se incorporó y miró hacia ambos lados. Emitió un sonido semejante a un aullido y su olano llegó mansamente hasta el lugar en el que se encontraba. De la boca del animal salió un gruñido de dolor agudo y prolongado. Era lo único que se escuchaba en las cercanías. De no haber sido imprescindible, habría matado allí mismo al olano por su desobediencia, pero lo necesitaba para seguir el rastro del talanta.

Maore le había exhortado a regresar lo antes posible, pero estaba claro que su misión se iba a prolongar unas semanas más de lo previsto. Un manto negro de oscuridad se empezó a extender desde el este. Varios relámpagos destacaron sobre el cielo oscuro, mientras una alfombra incandescente se arrojaba a sus pies. Muy pronto llovería y el incendio quedaría extinguido. No así la mancha grande e imperdonable que pendía sobre la figura de Yankel, incapaz de haber doblegado a unos talantas a quienes todos creían débiles e inferiores.

El banelatu solitario encontró un cobertizo en el que pasar la noche poco antes de que las primeras gotas de lluvia mojaran la tierra. Allí, en la oscuridad, se quitó la caretesa y la ropa

mojada y se preparó un buen sitio donde dormir.

El ejército de Yankel —lo que quedaba de él— recorría a marchas forzadas la orilla del río Jumed. En menos de lo que tarda en caer un rayo a la tierra, el líder de los banelatus había reorganizado sus fuerzas y obligado a todos los supervivientes a perseguir a los talantas a pie, siguiendo el curso del río. Nadie había protestado; todo se había hecho en el más absoluto de los silencios. Aquellos banelatus que caminaban en paralelo a la corriente, llevaban marcado el signo de la derrota en sus espaldas. En esos instantes, eran tan solo un ejército de sombras reducido a la menor de las categorías entre los de su especie. Y no les quedaba más remedio que recuperar el honor perdido en la batalla exterminando a los talantas. De no hacerlo, jamás podrían retornar a su lugar de origen, porque allí lo único que les esperaba era una muerte lenta y dolorosa a manos de Alabari, que tortura hasta la muerte a los banelatus y se come a aquellos de cuya boca sale la menor queja.

Todos y cada uno de los banelatus que conformaban aquel batallón habían asumido su destino. Sabían que durante los próximos días, semanas, incluso meses, no habría descanso para ellos hasta dar con el pueblo de esos talantas y acabar con todos y cada uno de ellos.

Yankel caminaba erguido delante de todos. Marcaba un fuerte ritmo. Su edecán, de nombre Umea, estaba atento a cualquier indicio que mostrara que su líder tenía alguna necesidad para presentar solícito su ayuda. Aquella jornada cubrieron sin problemas más de dos leguas. Todos sabían que era la primera de muchas caminatas y que pronto el frío cubriría las lomas de las montañas y sus cuerpos. Pero ninguno se paró a pensar en ello en esos momentos. Nada importaba, excepto reparar el honor perdido.

Algo más atrás, a la derecha del líder, caminaba su segundo, Alots. El veterano guerrero cojeaba de su pierna izquierda, en la que había recibido una flecha enemiga que había atravesado su extremidad de un lado al otro. Sin embargo, eso no preocupaba al segundo al mando de ese batallón de sombras negras. Sabía que para el día siguiente, o al siguiente como mucho, la herida estaría curada. Lo que ocupaba su mente era otro pensamiento. Buscaba en las imágenes que guardaba su cerebro alguna que le explicara cómo había ocurrido su derrota. Nunca, en todos los años que había servido en los ejércitos de Sadoc, ningún ejército banelatu había sido derrotado por unos seres inferiores. De ahí que fuera tan importante enmendar ese pequeño traspiés. Por eso ahora se encontraban en esa situación. Habían dejado atrás cadáveres y heridos. Los muertos serían olvidados y sus nombres ocultados para siempre. «En cuanto a los heridos», pensó, «los que sobrevivan deberán seguirnos a su ritmo y, por sus muertos, más les vale conseguirlo antes de que nos enfrentemos a los talantas». El resto sería olvidado para siempre, como también lo serían ellos si fracasaban. Y no había mayor deshonor para un banelatu y su grupo que ser arrojado al pozo amargo y cruel del olvido. Si no doblegaban a ese pueblo maldito, sus nombres serían borrados para siempre de la historia banelatu.

La lluvia empapó su caretesa y el agua empezó a escurrir por debajo de ella. Su rostro sin arrugas, pálido e inexpresivo se empezó a empapar. Yankel no detuvo la marcha. No lo haría hasta conseguir aplastar a los talantas. Alots apretó los puños y siguió el ritmo tremendo con que el líder castigaba a sus soldados. La lluvia amortiguaba sus pasos hundidos en el barro que se había

formado ya a la orilla del río. El agua creaba un sonido rítmico, casi metálico, al chocar contra la superficie del Jumed, pero ninguno de aquellos guerreros que seguían la corriente con la mirada perdida en la distancia se percató de ello.

Capítulo II

Supremio banelatu del oeste

El viento soplaba templado. Las gruesas cortinas, diseñadas para no dejar pasar el calor de mediodía, se mecían de adelante hacia atrás. No había presencia viva en las calles y todo era silencio en Bankada, la ciudad más grande y más importante del supremio banelatu del oeste. Sadoc observaba desde la balconada las calles que se extendían a sus pies. Su rostro era joven, sus cejas rectas y su nariz pequeña, perfectamente dibujada en mitad de aquella cara alargada. Su cabeza estaba rasurada, como correspondía al suprem³ de los banelatus. Apoyó las manos en la barandilla de mármol rosado que enmarcaba el gran mirador al que estaba asomado. Justo debajo quedaba la plaza Vencera, lugar donde se celebraban las victorias de sus ejércitos. De ella nacían todas las calles que se extendían, cual radios, hacia el exterior.

El silencio corría a través de las amplias avenidas. Pero era un silencio artificial, denso y cruel. A pesar de que los banelatus lo reverenciaban, podía volver loco a cualquiera que no estuviera acostumbrado a él.

Sadoc se giró. Sobre una amplia mesa había varios pergaminos enrollados. Todos ellos eran de excelente calidad, realizados con piel de ternera adulta. La piel de vaca y la de ternera joven no eran tan resistentes al paso del tiempo. El suprem tomó uno de ellos, lo desplegó y acarició su suave tacto. Sobre la mesa, el pergamino desplegado ocupaba todo el espacio. Se sentó y contempló las suaves tintas y los trazos perfectos que recorrían el espacio, dibujando extensos mares, montañas gigantescas, llanuras colosales y campos ricos y productivos. Todo su supremio. Un supremio sólido que se extendía día a día hacia el norte. La observación de todo ello hizo crecer su vanidad y su soberbia, pero nada de eso se transfirió a su exterior. Su semblante permaneció impasible, sus músculos inmutables. Para un banelatu, exteriorizar un sentimiento era sinónimo de debilidad. Por eso, desde pequeños, se les instruía para reprimirlos y evitarlos, ahogándolos detrás de una máscara impasible. Las palabras que los nombraban estaban prohibidas hace mucho tiempo, por lo que no se habían transmitido a las nuevas generaciones, que no sabían siquiera que hubieran existido. Los vocablos que una vez definieron la alegría, la felicidad, el miedo, la envidia, la tristeza, el odio, el dolor o la risa habían sido olvidados. Sin embargo, lo peligroso era que esos sentimientos existían.

Los ojos vivos de Sadoc, acostumbrados a observar cada mínimo detalle, recorrieron todo el pergamino. Su dedo índice de la mano derecha se deslizó sobre varios puntos hasta llegar al lugar donde combatía Yankel. El bosque de Arlaza era la puerta de entrada al mundo de los talantas. Un pueblo que estaba poniendo en demasiados aprietos al tres veces líder de sus ejércitos. Sadoc pensó que sería gratificante ver cómo Yankel explicaba su pequeño revés ante el Consejo. Aunque si lo pensaba bien, las dificultades del líder banelatu significaban contrariedades para todo el supremio.

El suprem no se giró cuando escuchó el ruido de la puerta al abrirse. Una mujer menuda, de largos cabellos negros y piel pálida atravesó el umbral y se quedó estática. Temblaba. Miró al suelo y esperó el encargo de su amo en silencio. Pasó el tiempo. El suave siseo del aire envolvía

de brisa fresca la estancia. Aun así, no era suficiente para mitigar el calor fuerte y denso de aquel día. La esclava, de nombre Erlea, escondió su rostro envejecido de miedo, dolor y olvido. A sus dieciocho años, y aun conservando la belleza intacta de una flor dulce y fresca, la pérdida del sentido de su vida la hacía parecer mucho mayor. Llevaba dos años al servicio de Sadoc, aunque para ella más parecían veinte. Cuando el suprem banelatu la arrancó del seno de su familia, solo le quedó el dolor y la amargura. Si seguía viva era solo porque había tenido mala suerte. Ya había intentado quitarse la vida en dos ocasiones. En ambas, Sadoc la había devuelto al horror. Parecía estar condenada a vivir y a acompañar la suerte de aquella criatura sin alma. La lenta danza diaria de esos seres que parecían estatuas vivientes le producía miedo y vacío a partes iguales. Hacía mucho tiempo que se sentía como si cayera en un pozo sin fondo. Llevaba dos años de caída libre y solo esperaba que la muerte le sirviera de liberación.

Sadoc se volvió al fin. Escrutó el rostro cabizbajo de su esclava. Se acercó a ella y alzó su cara, obligándola a mirarlo. «Extraña forma de envejecer la de los hombres», se dijo para sí. El suprem notó el miedo que emanaba del cuerpo de su esclava. Él no sabía lo que era el miedo, pero sentirlo en su esclava hacía crecer su propio poder en su interior. Erlea temblaba y aún lo hizo más cuando escuchó la voz metálica de su señor.

—¡Báñate y perfúmate!

Erlea bajó la mirada. Su cuerpo era la viva imagen de la derrota. Sus brazos caían inertes hacia el suelo y su mente hacía tiempo que yacía muerta y vacía. Era su cuerpo el que parecía destinado a vivir tantos años como quisiera su amo. Era peor que estar muerta.

—Ahora, vete.

La esclava se giró despacio. Sabía que, en presencia de Sadoc, sus movimientos debían ser lentos y sigilosos. Desapareció por un pasillo largo y amplio. Caminaba despacio con la vista fija en el suelo. Ni siquiera se dio cuenta de que Ganix se cruzaba con ella. El joven la miró pasar y apretó los puños. Verla así lo consumía. Recordó a la joven Erlea de hacía tres años. Vivían en la misma aldea. Ella era una muchacha dulce, alegre, llena de vida y muy bella. Ahora parecía un fantasma cuya cara recordaba a la de Erlea, pero nada más parecía quedar de ella dentro de ese cuerpo joven, ahora mucho más delgado que antes.

Ganix siguió su camino. Llamó a la puerta del suprem y esperó. La puerta se abrió y dio un paso al frente. Bajó la cabeza hasta que el suprem se le acercó. Ganix aún conservaba en su mirada cierta rebeldía y orgullo. De todos los rehenes que habían llegado de su aldea, fue el único que vivió lo suficiente como para convertirse en un esclavo. Los demás habían sido demasiado débiles y no habían superado el adiestramiento. Ganix se había mostrado desde el comienzo fuerte y decidido. Aún conservaba sus ganas de vivir, o sea, mantenía la esperanza. Para Sadoc eso era un aliciente. El sufrimiento le hacía más fuerte y poderoso. Se entretenía viendo cómo los humanos a su servicio perdían la esperanza, envejecían y morían una y otra vez. Ver ese proceso era gratificante, hasta que se cansaba y dejaba que murieran por última vez. Ganix llevaba poco tiempo a su servicio, por eso aún conservaba energías suficientes como para plantarle cara. Pero eso cambiaría tarde o temprano. Simplemente, ese esclavo resistía más de lo normal.

—Habla —le dijo Sadoc.

Con la mirada en el suelo, pero con la voz firme y clara, le anunció:

—Ha llegado un correo del norte. Trae noticias de Yankel. Espera para ser recibido por el suprem.

Aunque con frases cortas, Ganix se defendía en el idioma banelatu. Era más de lo que conseguía la mayoría de los hombres a los que sometían, quienes eran capaces de entender órdenes sencillas, pero no podían hablarlo.

—Dame el rollo.

Ganix le ofreció el pergamino que llevaba en la mano. El suprem lo leyó con atención.

—Acompáñame —le dijo.

Ganix siguió a su amo por los mismos pasillos por los que se había perdido la silueta de Erlea, pero pronto se desviaron por una amplia escalera que conducía a una sala espaciosa y llena de luz. Un banelatu vestido de negro, que se identificó como el correo número 286, se cuadró ante el suprem. Ganix esperó en la entrada y, a una señal de Sadoc, se situó detrás de este y le sirvió un vaso de vino. Al correo no se le ofreció nada. Sadoc hizo un leve gesto con la cabeza y Ganix se retiró. Cerró la puerta, pero se quedó cerca para poder oír la conversación.

Sadoc escuchó la información que le ofreció el correo 286. El número lo identificaba como miembro de la casa de Yankel, por lo que eso significaba dos cosas: la primera, que la información venía directamente del líder banelatu y que por lo tanto no había sido tergiversada por nadie; la segunda, que ese correo solo decía lo que a Yankel le convenía. El suprem hizo varias preguntas y llegó a sus propias conclusiones. El correo se retiró y Sadoc se paseó por la sala mientras ordenaba sus pensamientos.

Yankel había alardeado de que estaría en Bankada para celebrar la Retkrina. Obviamente no iba a llegar a tiempo. De eso tendría que dar cuentas ante el Consejo a su regreso y pagaría caro su error de cálculo. Sin embargo, algo bueno habían sacado de todo ese asunto de los talantas. Habían forzado la puerta de Arlaza y pronto llegarían al mismo corazón de su pueblo y dispondrían de sus recursos.

Sadoc llamó a Ganix. Este entró muy despacio y se quedó en la puerta. Los ojos de Sadoc se concentraron en su figura, que esperaba la orden de su amo.

—Mírame —le ordenó.

El esclavo elevó la vista, seguro aunque cauto. Con Sadoc nunca se sabía por dónde iba a salir el sol. Aguantó el escrutinio silencioso al que le sometió. El suprem encaró los ojos oscuros de Ganix. Todavía no había conseguido doblegar del todo su voluntad.

—Prepara todo. Voy a salir.

Ganix desapareció en silencio. La gran puerta de los aposentos del suprem se abrió sin hacer ruido. Varias decenas de almohadones y sábanas de seda presidían el centro de la estancia. La luz

entraba a raudales por los grandes ventanales del corredor del sur. La habitación estaba templada. De la parte este llegó un suave aroma a rosas y el chapoteo del agua le indicó que alguien utilizaba la gran bañera que se abría en el suelo como una piscina. Se asomó con discreción. Erlea salía en ese momento del agua. Varias esclavas menores la cubrieron con una suave tela. La piel de la esclava brilló con nitidez y Ganix sintió un leve temblor que recorrió su cuerpo. Erlea era muy bella. Sus miradas se cruzaron durante unos instantes, aunque el esclavo tuvo la certeza de que la mujer lo miró sin verlo.

El esclavo se retiró de la piscina y preparó la ropa de su amo. Luego comprobó que todo estuviera a su gusto y dio órdenes para que el olano de su amo estuviera dispuesto. Sadoc entró en silencio. Ganix le ayudó a vestirse con cuidado.

—Acompáñame —le ordenó.

Bankada, igual que todas las ciudades banelatus, estaba construida de forma radial. Sus amplias avenidas eran luminosas y siempre estaban limpias y silenciosas. Solo la parte más antigua de la ciudad tenía calles más estrechas y tejados que se chocaban. Cuando los banelatus comerciaban, lo hacían en silencio. Cuando compraban, lo hacían en susurros. Cerraban tratos con leves gestos de sus manos y de su cabeza. A veces, un imperceptible parpadeo podía bastar. El orden jerárquico era respetado y asumido y quien no lo acataba era eliminado.

Solo había dos días al año distintos entre los banelatus en los que todo se perdonaba y se permitía. Eran los días que se celebraba la Retkrina, o solsticio de invierno, y la Tratkrina, o solsticio de verano.

A mediodía, todos los habitantes de Bankada y de otras muchas ciudades banelatus se reunieron en la gran plaza situada a los pies del palacio del suprem. A pesar de que allí habría congregados más de diez mil banelatus, no se escuchaba ni el zumbido de una mosca.

Ganix se situó detrás del suprem, a una distancia de diez pasos exactos. Observó el desfile de estatuas que esperaban las palabras de su jefe para comenzar la fiesta. Más que una fiesta, parecía un funeral. Casi daba miedo. Ganix recordó las fiestas de su aldea, bulliciosas, ruidosas, llenas de risas y de juerga, con la familia cerca y un buen asado de venado o jabalí en el fuego y buen vino con el que regar el gaznate. Eso era divertirse y no lo de aquellos seres sin alma.

Sadoc comenzó a hablar. Su voz metálica se extendió por toda la plaza. De vez en cuando, algún banelatu elevaba su brazo a modo de aprobación. Para Ganix fue difícil saber si el discurso había calado o no dentro de los que escuchaban con atención. Cuando Sadoc acabó de hablar, le sorprendió la vehemencia con la que todos corearon su nombre. Sadoc se paseó entre ellos en su flamante olano, mientras todos lo aclamaban y asentían con la cabeza. Así comenzó la Retkrina de ese año. Un leve murmullo se extendió al fin y cada uno se dirigió a la casa que tenía asignada para comenzar la fiesta.

Ganix entró en el palacio detrás de su amo. Le esperaba un largo y agotador día.

La gran mesa de madera de palisandro estaba repleta de manjares y vino. Sadoc se sentó al lado de los tres miembros del Consejo. Cuando los cuatro estuvieron sentados, las más de cien personas invitadas a la fiesta hicieron lo propio. En torno a aquel festín no había risas, no había

chistes, no había nada. Esa misma ausencia hizo que el corazón de Ganix se cubriera de nostalgia. Unos seres como aquellos no se merecían dirigir sus vidas ni controlar el mundo. Sabía que Yankel tenía problemas en el norte con los talantas, por lo poco que había podido escuchar de las conversaciones de los jefes militares. Era solo una gota de esperanza en medio de un vacío que crecía reduciéndolo todo a la nada. Ganix aún tenía la esperanza de que existiría un pueblo, un lugar desde el que alguien pudiera detener el avance de esa atrocidad.

En una de las esquinas de la mesa, los cuatro hombres más poderosos hablaban apartados de los demás. El esclavo de Sadoc no pudo escuchar lo que allí se dijo porque fue conminado a permanecer apartado y a impedir el paso de cualquiera que se quisiera acercar a ellos. Sadoc pocas veces hacía uso de una guardia personal. El propio Ganix le había visto reducir a seis hombres con unos pocos golpes y la fuerza de su mente. Él mismo había sentido la fuerza de su amo la primera vez que lo llevaron ante él, como si dos manos frías lo tuvieran agarrado por las sienes e intentaran romper su cráneo. Eso le bastó para entender que Sadoc podía llegar a hacerle mucho daño sin ocasionarle la muerte.

—Yankel avanza hacia el norte en pos de los talantas —les informó el suprem.

Raitin, el miembro más veterano del Consejo, asintió despacio. Cubría su rostro una barba oscura y abundante y unas espesas cejas. Elevó su mano derecha hacia la sien del suprem, pidiéndole permiso para hablar. Este asintió tres veces, mientras miraba a los tres miembros de su Consejo, dándoles así permiso para hablar de manera informal con él.

—¿Quiere decir eso que se le han vuelto a escapar o es que ha abierto un corredor hasta sus poblados?

—Saca tus propias conclusiones.

—Yankel aseguró que el jefe de esos rebeldes presentaría hoy aquí su rendición ante ti —intervino Totakoxe. Al hacerlo, su voz sibilante delató la juventud del miembro más reciente del Consejo.

Totakoxe era brillante y su fuerza interior portentosa. Sadoc tenía puestas muchas esperanzas en ese joven banelatu. Él mismo había estado presente en su alumbramiento y captó enseguida su potencial. Desde el primer momento, fue destinado a prepararse en el arte de la guerra y la política. Y en ambos campos había destacado. A Sadoc no le extrañó cuando fue seleccionado como candidato para su Consejo. Él mismo apoyó su candidatura por dos razones: por su potencial y porque quería tener ese potencial bajo su vigilancia.

—Yankel deberá pagar por el incumplimiento de su promesa —aseguró el suprem.

—Yo puedo hacer ese encargo —se ofreció el joven oficial.

El suprem puso una mano sobre su hombro. Totakoxe era como un olano joven al que todavía hay que guiar. No podía permitir que tomara la iniciativa aún.

—Ya llegará tu hora, joven banelatu —intervino entonces el tercer miembro del Consejo, una hembra de nombre Erta. Antes de seguir hablando, tomó un gajo de naranja con miel y se lo llevó

a la boca—. Si Yankel fracasa, Sadoc siempre te puede dar a ti el mando de las fuerzas del norte.

—No dudes de que cumpliría mis promesas —aseguró un crecido Totakoxe, aunque su voz no delató emoción alguna.

—Todo a su debido tiempo —dijo entonces Sadoc, sabiendo de la rivalidad que siempre había existido entre Erta y Yankel y los duelos mortales a los que ambos se habían retado—. Lo importante ahora es que se ha abierto la puerta de Arlaza y Yankel perseguirá a los talantas hasta el corazón de su pueblo.

—Han llegado rumores hasta Bankada sobre la desaparición entera del ala del mariscal de Yankel —dijo Erta.

Sadoc conocía esa circunstancia, pero el correo número 286 no se lo había podido confirmar porque había partido sin esa información. Y el suprem sabía que no le había mentado. Seguramente, de ser cierta, Yankel se la habría ocultado. Sin embargo, Sadoc ya había puesto en marcha su propia red para confirmar esa noticia.

—Todos aquí sabemos que es cierto —dijo Totakoxe con franqueza.

—De confirmarse, sería una grave falta en Yankel —sostuvo Erta.

—Que tú utilizarías en su contra —añadió Raitin.

—Todos queremos lo mejor para los banelatus —replicó Erta con gran serenidad.

—Dejemos esta conversación para la próxima reunión del Consejo y disfrutemos de la Retkrina —les ofreció Sadoc mientras se levantaba. El suprem departió unos momentos con alguno de los invitados y luego hizo un gesto a Ganix para que le siguiera.

El esclavo estaba cansado. No había parado en todo el día. Y lo más difícil era mantener el rictus impenetrable y la pasividad de su rostro como le había ordenado su amo. Cuando vio el gesto de Sadoc, el esclavo lo siguió con sumisión. Abrió la puerta de la estancia del suprem despacio y le dejó entrar. Luego se aseguró de que todo estaba según su gusto. El susurro de unas palabras hizo que su cabeza girara hacia la izquierda. Erlea se asomó por entre las columnas. Vestía una túnica de seda azul que le cubría hasta los pies. Andaba despacio. Sus cabellos largos llegaban hasta su cintura y brillaban de manera especial. Ganix encendió varias velas. El último sol del otoño, el primero del invierno, descendía sobre el horizonte. En Bankada los otoños eran templados y húmedos; los inviernos, fríos e intensos. El astro se despidió. La piel suave de Erlea se llenó de dulzura a su paso. Ganix no pudo evitar que el deseo y la pena se asomaran a sus ojos. Sadoc lo vio. Se acercó a la mujer y dio varias vueltas a su alrededor. Ganix terminó de encender la última de las velas. La esencia de rosas llenaba el ambiente de un aroma embriagador. El esclavo hizo una leve inclinación con la cabeza y se retiró hacia la puerta. Cerró los ojos. Deseaba poder hacer algo, cualquier cosa. Pero no había nada que él pudiera hacer para mitigar la pena y la soledad de Erlea. Puso su mano sobre el pomo.

—Espera —le ordenó Sadoc.

El cuerpo de Ganix se detuvo. Quería escapar de allí.

—Ayuda a esta esclava a quitarse la ropa.

Los músculos del cuerpo de Ganix se tensaron. Tragó saliva y notó el leve temblor de su labio inferior. Apretó la boca para ocultarlo.

—Ahora —ordenó con rotundidad pero sin elevar la voz.

Ganix obedeció las órdenes. ¡Cuántas veces, en sus noches de soledad, había soñado con ese momento! Pero no así, nunca así. Sus manos cálidas recorrieron la tela que cubría el cuerpo de Erlea, bello, tierno, joven, suave. Su corazón tembló y el odio invadió su espacio por un instante. Odio hacia ese banelatu que le obligaba a sentirse así. Erlea se mantuvo impasible. Su cara estaba rígida y triste. La seda de la túnica quedó a sus pies, tan bella como ella, tan azul como su soledad, tan inerte como su alma.

En ese mismo instante, Ganix sintió un dolor intenso en su cabeza y el aire empezó a faltar dentro de su cuerpo. Sus piernas flaquearon y cayó de rodillas, mientras sus manos intentaban desasirse de unas manos invisibles.

—Nunca, jamás, me hagas repetirte una orden.

Ganix cayó exhausto en el suelo. Se quedó inmóvil, incapaz incluso de pestañear. Por un momento el mundo se había quedado en blanco. El cuerpo de Erlea comenzó a temblar de frío y de miedo. Sin atreverse a mirar a Sadoc y sin poder mirar a Ganix, retuvo su mirada fija en su propio interior. El suprem cogió con un brazo el cuerpo sin resistencia de su esclavo y lo llevó hasta una esquina. Allí ató sus manos mientras Ganix, exhausto, daba grandes bocanadas para capturar el oxígeno que le había faltado hacía unos instantes.

—Mírame bien o le haré lo mismo a ella. ¿Has comprendido?

—Sí, amo —replicó mansamente el hombre.

Sadoc se acercó a Erlea. La mujer esperaba quieta. No había cambiado de postura a pesar de que seguía temblando. El suprem se acercó al oído y le susurró unas palabras. Erlea asintió.

Ganix, agazapado en su rincón, con las manos atadas, tensó los músculos de su mandíbula y apretó sus puños. Le dolía muy dentro. Obligado a presenciar la escena, no pudo evitar que una gruesa lágrima se derramara sobre su mejilla.

Antes de entregarse a la danza sexual de Erlea, Sadoc pensó en lo estúpidos que eran esos humanos que aún se enamoraban y sufrían por amor. Él buscaba otro tipo de satisfacción, la que procede de saberse poderoso. Y eso era fácil conseguirlo frente a su esclavo.

El alba encontró a Ganix con los ojos rojos de rabia e impotencia. La espalda de Erlea se veía

brillante y tersa y su cabello caía sobre varios almohadones azules en los que reposaba su cabeza. Sadoc la miraba con intensidad. Sus ojos grises escudriñaban todo el cuerpo de la esclava que esa noche había sido suya más de tres veces.

—Abre los ojos —le exigió el suprem.

Erlea obedeció. Sus suaves ojos negros se abrieron. Parecían una noche sin luna ni estrellas. En su mirada, a pesar de todo, no había reproche, solo aceptación.

—Así me gusta —le dijo en alto para que Ganix lo escuchara—. Ahora puedes irte, pero vuelve esta noche, en cuanto el sol se haya ido.

Ganix la siguió con la mirada hasta que llegó a la puerta. La mujer no torció la cabeza, pero lo miró por el rabillo del ojo. El hombre se preguntó qué pensaría Erlea de él. El esclavo había intentado hablar con ella en numerosas ocasiones, pero no se había atrevido. A veces le parecía que Erlea estaba ausente, ida, ¿loca? Tampoco sería descabellado. Pero en ese momento, creyó ver en esos ojos oscuros un corazón que conservaba algo de esperanza.

—Ganix.

—Sí, amo.

—Puedes irte —dijo, soltando sus ataduras.

—Gracias, amo.

En cuanto cerró la puerta, apretó el paso y se adentró por los pasillos de las esclavas. Encontró a Erlea sentada en el suelo, con la mirada perdida. Se detuvo a unos pasos de ella. La joven lo miró y agachó la vista poco después. El joven se acercó a ella despacio. Se arrodilló a su lado y la abrazó. Erlea estaba fría y rígida. El contacto con el cuerpo cálido de Ganix la hizo reaccionar. Apoyó su cabeza en el hombro protector que le ofrecía y las lágrimas comenzaron a caer por su rostro, empapando la camisa del esclavo.

—Algún día, Erlea —le dijo—, te sacaré de aquí.

Ella retiró su cabeza y lo miró con la única dulzura que aún le quedaba. Ensayó una sonrisa enigmática y seductora que casi había olvidado.

—Debes irte —le pidió ella—. Si alguien te ve aquí...

Ganix asintió varias veces, se levantó y se marchó. Desde la entrada se miraron una última vez.

Capítulo III

Más allá del bosque de Arlaza

Aner contemplaba las aguas verdes del gran río Jumed desde estribor. Había pedido a todos los exploradores que se reunieran con él en cubierta a la caída del sol y aún no tenía muy claro qué les iba a decir. Diez de sus mejores hombres yacían olvidados entre las maderas quemadas del bosque. Los cadáveres habían sido abandonados sin tiempo para enterrarlos. Ni siquiera habían podido decir unas palabras de despedida o entonar unas oraciones en su nombre. El silencio se extendía sobre las aguas tranquilas del río y reverberaba en las altas montañas que se alzaban en la lejanía. Era un silencio tan abrasador que quemaba las entrañas. Era el silencio de todos sus compañeros muertos, el silencio que precedía a todas las lágrimas y gritos que estaban por llegar.

Pensaba en eso cuando escuchó las pisadas de sus compañeros exploradores. Se giró y enfrentó su rostro serio y sereno al rostro amargo de todos ellos. Pasó su lengua por los labios y miró atrás. Las curvas que dibujaba el Jumed eran igual que las curvas de la propia vida. Aner tomó una tea y prendió la mecha. Luego la colocó dentro de una cesta especial. Con una cuerda la bajó hasta la superficie del agua. Por unos instantes se balanceó demasiado y a punto estuvo de apagarse. Después, poco a poco, la cesta se equilibró hasta tocar el agua y flotar sobre ella mansamente. Cesta, tea y llama se quedaron atrás. Todos siguieron su estela asomados por la borda.

—Por las almas de todos nuestros hermanos que han perdido su vida en Arlaza —dijo Aner—. Nunca os olvidaremos: Abbat, el Fuerte; Petri, el Incansable; Harri, el Forzudo; Harri, el Picao; Sengrat, el Menor; Eate, Martillo; Lordi, el Rápido; Enaut, Correcalles y Enaut, el Viejo.

La llama se perdió hasta desaparecer entre los recovecos de la orilla del río. Aner miró a sus compañeros. En sus rostros y cuerpos se distinguía la crudeza de la reciente batalla. También se veía la certeza de quienes se saben a salvo. Aunque Aner sabía que no era así. Yankel los perseguiría por tierra o incluso por el río si conseguía construir una embarcación adecuada en poco tiempo. Puede que la nieve y el frío retrasara su llegada, pero sería solo eso: un retraso. Tragó saliva y suspiró.

—Esos hombres valientes, leales, hermanos, padres, amigos... permanecerán por siempre en nuestra memoria. Así, de alguna forma, no habrán caído en balde. Prometamos ahora recordar a todos los exploradores de los talantas, vivos y muertos, hermanos y compañeros para siempre.

Los exploradores asintieron, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Permanecieron juntos unos instantes más. Aner no añadió ninguna palabra y nadie se atrevió a interrumpir el duelo de los demás. No había nada que agregar.

A ritmo de remo, Aner intentaba apaciguar el fuego que notaba en su interior. El ruido de la madera al golpear sobre el agua se escuchaba con nitidez desde la bodega del barco. Todos remaban con fuerza. Tenían ganas de regresar a sus hogares. Cuando acabó su turno, Aner subió a

la cubierta y se sentó sobre el suelo, exhausto. Cerró los ojos abatido y cansado.

—¿Duermes? —le preguntó Astu.

El joven talanta abrió los ojos y negó con la cabeza. Ni siquiera refugiarse en el dulce recuerdo de su esposa Zarala conseguía sosegar su alma. El viejo mago se sentó a su lado.

—Dicen los hombres que han visto arder cabezas de banelatus.

Por primera vez desde que subió al barco, una sonrisa se dibujó en el rostro del arquero.

—¿Qué mezcla has utilizado esta vez?

—Siete partes de salitre, cinco de carbón y cinco de azufre. Aunque creo que puedo conseguir algo aún más potente.

—Lo necesitaremos.

—¿Tan claro tienes que nos persiguen?

Aner se volvió a mirar al brujo de su clan. El más respetado y sabio de los últimos doscientos años.

—Tú también lo sabes, Astu.

El anciano no dijo nada y los dos guardaron silencio durante unos instantes.

—¿Qué más ves, Astu? —le preguntó Aner.

Astu esperó antes de contestar. De hecho, no contestó sino que le hizo otra pregunta.

—¿Cómo sabías que iban a arder?

—Ya te lo he explicado otras veces. Los banelatus son tan poderosos porque dominan la energía de su cuerpo y la que los rodea y son capaces de transformarla. Combaten el dolor con calor. Cuando una flecha les alcanza, el calor empieza a desprenderse desde su cabeza. Yo solo apunto al lugar del que procede su energía y tu polvo hace el resto.

Astu lo miró a los ojos. Sí, esa teoría se la había explicado ya antes. Lo que quería llegar a entender era cómo Aner sabía eso de los banelatus y cómo había llegado a concebir la idea para contrarrestar lo que parecía ser su gran secreto. El brujo se levantó con asombrosa agilidad sin apartar los ojos de los del joven.

—Vienen malos tiempos, Aner. Cada uno deberá cumplir con su destino —los dos hombres se miraron—. Cuando lleguemos, prepararé más polvo para ti.

Las palabras de Astu retumbaron durante los siguientes días en la cabeza de Aner.

La luna parecía un pequeño gancho del que uno podía colgarse para subir al cielo. Resplandecía en un intenso tono amarillo sobre el horizonte oscuro. Algunas nubes negras pasaban sobre su superficie, escondiendo su delgada línea durante breves instantes. Por el oeste, aún se percibía la última claridad de un día que moría. A media noche, una fina lluvia barrió la cubierta del barco. Aner recibió el agua casi con gratitud. Tenía la mente confusa y embotada. Miró hacia la proa. Meder, Alaón y Galder llevaban dos días enteros encerrados en el camarote principal. A Aner le habría gustado poder participar. Tenía algunas ideas sobre cómo preparar una estrategia para contener a los banelatus, pero no le habían dejado intervenir. Luar sí que estaba con ellos. El joven talanta de los ojos azules tenía la esperanza de poder hablar de ello con su cuñado. Aunque era del todo imposible que él le hiciera partícipe de las conversaciones mantenidas entre los líderes de los distintos clanes, al menos podría plantearle sus dudas y sus ideas.

Ixaka apareció en ese momento en cubierta. Acababa su turno de remo. Le dolía la espalda y tenía enormes ampollas en sus manos. Estiró los brazos para desentumecer sus músculos. En esos instantes, echó de menos la cena caliente de su madre Amaduena y su dulce sonrisa. Tomó un cuenco frío y se sentó al lado de su cuñado a degustar el rancho que día tras día se servía en el barco.

—Esto está asqueroso, una vez más —le dijo a Aner.

Este se limitó a hacer una mueca.

—¿De qué crees que estarán hablando? —le preguntó a su cuñado señalando el camarote de proa.

Ixaka se encogió de hombros mientras ingería un bocado de su rancho y hacía una mueca de asco con su boca.

—Un día más comiendo esto y no hará falta que los banelatus vengan a matarnos.

—¿Tienes ganas de llegar? —le preguntó Aner.

—Me muero por una cama caliente de plumas de oca y un cocido de mi madre —suspiró con nostalgia—. Hemos tenido suerte, ¿no crees? Al menos nosotros regresamos los tres. Y eso que casi te perdemos por el camino.

—No le cuentes eso a Zarala, ¿de acuerdo? —le pidió—. No quiero que sufra.

—Como tú desees, aunque no creo que quiera saber ningún detalle de las distintas batallas.

Ixaka se levantó y tiró el resto de su rancho por la borda.

—Está asqueroso —reivindicó.

Aner no pudo evitar que una pequeña carcajada se escapara de su boca. El talanta de los ojos azules vio alejarse la figura de su cuñado. A pesar de la guerra, el joven Ixaka mantenía su sentido del humor.

La luna había escalado sobre el horizonte y se veía ya más pequeña y más blanca. El río se estrechó de repente. La voz del vigía resonó por todo el barco. La reunión de los guías y de los jefes se interrumpió. Galder observó el río a través de la luz que reflejaba la propia embarcación. A partir de ese momento había que navegar con cuidado.

—¡Echad el ancla! —gritó—. Continuaremos con las primeras luces y desembarcaremos al amanecer —concretó el dux.

El barco se movía con brusquedad sobre la superficie del agua. Eso hizo del todo imposible conciliar el sueño. El alba sorprendió los rostros pálidos y los cuerpos mareados de los talantas. Recogieron el ancla y dejaron que el barco avanzara un poco más. Antes de verterse en el mar, el río Jumed sufría un pronunciado estrechamiento. A partir de ese punto, los rápidos empujaban las embarcaciones hacia una cascada. Luego el río volvía a ensancharse y unas leguas más adelante terminaba mansamente en el mar. Por lo tanto, había que desembarcar antes de que la embarcación sufriera el arrebató exterminador del agua embravecida. El viaje en barco de los talantas llegaba a su fin.

Los ojos expertos de Galder escudriñaban el paisaje con atención. El lugar en el que debían detenerse estaba cerca. En un recodo del río, una pequeña ensenada hacía de puerto natural. A una señal suya, ayudados por los remos, condujeron el barco hacia la orilla. La embarcación chocó contra el fondo y se balanceó abruptamente. Los hombres descendieron uno a uno con cuidado. El último en hacerlo fue el dux. Quietos, en la orilla, observaron el medio de transporte que les había sacado de una muerte segura.

Aner se hizo paso entre los estáticos hombres que esperaban y buscó a su cuñado con la mirada.

—Deberíamos hundir el barco —le dijo a Luar.

Este se encaró con su cuñado. Durante los días que habían estado embarcados, los jefes se habían encargado de tomar una serie de decisiones. Y hundir el barco no era una de ellas. En cierto modo, a Luar le molestó que Aner hiciera esa indicación.

—Aner —le dijo con tono paternalista—, necesitamos el barco.

—Sé que el barco es importante, pero descubriré el punto donde hemos desembarcado y eso guiará a los banelatus directos a nuestro poblado. Podemos construir otro barco, pero no podremos hacerlo si todos estamos muertos —Aner había hablado como si cada palabra la hubiera escupido de su boca. Su rostro estaba serio.

—Sé que te preocupas, pero no te corresponde a ti tomar ese tipo de decisiones. Ya hemos hablado de todos los detalles durante estos días y la forma de actuar ha sido trazada y aprobada por todos los jefes talantas.

La tensión subió de tono entre los dos cuñados. Aner estaba decidido a hacer escuchar su opinión y Luar a dejar claro que a él no le correspondía enjuiciar las decisiones que tomaban los jefes de los talantas.

—Al menos, ocultemos de algún modo la embarcación —terció Aner al final, viendo que era

imposible la que él consideraba no ya la mejor de las opciones, sino la única opción.

—No hay tiempo para eso. Los hombres tienen ganas de llegar a sus casas.

—¿Es que no lo entiendes...?

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Meder, que había observado desde unos pasos más atrás la discusión entre los dos cuñados. Y no era el único, puesto que varios hombres habían hecho una especie de círculo a su alrededor.

Las palabras de Aner quedaron en suspenso, pero la presencia de Meder no le arredró. Giró la cabeza con la intención de hablar directamente con Meder, pero Luar se le adelantó.

—Solo discutíamos por asuntos familiares —le tranquilizó Luar.

Aner lo miró incrédulo. Su furia aumentó de pronto. La mano de Luar descansó sobre su hombro y fue peor que recibir una bofetada en el rostro.

—Mantén a tu joven cuñado controlado, Luar, o tendré que prestarte un bozal —dictaminó Meder mientras se retiraba para ocuparse de la expedición.

Los hombres que estaban cerca rieron la gracia del guía. Aner comenzó a andar detrás de Meder. La mano fuerte y grande de Luar lo detuvo por el pescuezo.

—Ni se te ocurra molestar a Meder con tus ideas —le dijo en tono grave.

—Entonces deja que yo camufle el barco. Conduciré la embarcación hacia la desembocadura y la esconderé en el Tarse.

Luar lo miró incrédulo. Lo que proponía Aner era descabellado y peligroso. Ni siquiera con cien hombres a bordo esa maniobra sería segura, mucho menos con uno solo capitaneando la nave. La corriente arrastraría el barco deprisa y sería prácticamente imposible virar a tiempo para entrar en el río Tarse, que volcaba sus aguas sobre el Jumed un poco más abajo. Y habría que remar para contrarrestar la corriente. El barco acabaría estrellado contra las rocas y hundido.

—Aner, ponte el primero en la fila y no mires atrás. Yo seré tu sombra hasta que lleguemos al quinto clan de los talantas. Mi hermana Zarala te espera. Confío en que te sepas comportar con corrección hasta nuestra llegada.

El talanta de los ojos azules claudicó. Sabía cuándo una batalla estaba perdida. Se colocó en su sitio y, muy a pesar suyo, mantuvo la boca cerrada. De nada serviría continuar una disputa con Luar en aquel sitio. Eso lo único que haría sería dejarlo en un mal lugar frente a Meder y para este sería como servirle en bandeja una victoria.

El cielo estaba despejado por el oeste, pero, por el este, una espesa niebla se deslizaba por las laderas de las montañas. Aner la contempló. Por muy deprisa que anduvieran, se les acabaría echando encima. Galder también la observó. El ascenso no era muy escarpado, pero la niebla retrasaría la marcha y la dificultaría. Un traspiés podría dar con más de un hombre en el suelo. El

talanta de los ojos azules inspiró aire y siguió de cerca al hombre que tenía delante. Su arco colgaba hacia atrás en su espalda y sus flechas, las pocas que le habían sobrado, descansaban perfectamente organizadas dentro su aljaba. Los talantas caminaban en silencio. A todos les embargaba una doble y contraria sensación. La alegría del reencuentro con los suyos quedaba en clara oposición con el dolor que sentirían aquellos cuyos seres queridos no regresaban con la expedición. A Aner le pesaba más una tercera sensación que solo parecía padecer y comprender él. La impresión de que los seguían, y más cerca de lo cabría esperar. Por un instante miró atrás. El río Jumed se veía ahora como una gorda culebra en el fondo de un gran pozo. El perfil del barco amarrado con gruesas cuerdas al embarcadero natural se apreciaba con nitidez. Ixaka, que le seguía, le golpeó en la espalda para que continuara. Aner miró adelante. «Adelante», pensó, «Es el único camino».

Las nubes, agarradas a las copas de los árboles, comenzaron a desprenderse hasta tocar suelo. La humedad calaba cabellos y ropas. Aner se frotó las manos y las resguardó debajo de sus mangas.

Galder levantó su mano derecha y todos pararon. Meder, Alaón, Luar y el resto de jefes de los clanes se juntaron a su alrededor. Los hombres bebieron agua y descansaron mientras ellos hablaban. Luar apenas abrió la boca. Llevaba todo el camino masticando la discusión que había tenido con su cuñado. Él también creía que habría sido buena idea hacer desaparecer el barco. Así lo había manifestado en las conversaciones que habían tenido lugar durante la travesía de regreso a casa entre los jefes talantas. Pero era el único que la había apoyado. Los talantas necesitaban el barco para transportar mercancías, animales y personas que de otro modo sería imposible. Recibían cereales, uva y comerciaban con plumas de ocas y ganado gracias a ese barco. Sin él se empobrecerían. Ya lo sabía, no hacía falta que se lo dijeran. Intentaba convencerse diciéndose que era poco probable que los banelatus hubieran decidido seguirlos con el ejército que les quedaba. En sus montañas, los talantas eran aún más fuertes y escurridizos. Eso sin contar con que el invierno se sentiría pronto en toda su crudeza, lo que convertiría todos los pasos en impracticables.

Luar miró la retahíla de hombres que los seguían. Tan solo se podía ver a una veintena de ellos. El resto se desdibujaba entre la niebla. Aner escuchaba a Ixaka, que charlaba con otros compañeros a su lado y trataba de incluirlo en la conversación. Pero sus esfuerzos solo cosechaban monosílabos. Parecía que su cuñado no tenía muchas ganas de conversar. Aner era un gran explorador y un buen arquero, lo que lo convertía en un excelente cazador. Pero no fue eso lo que animó a su familia a adoptarlo en su seno cuando lo encontraron malherido hacía dos años. Era otra cosa que no sabía explicar muy bien. El joven hacía que lo complicado fuera simple. No era muy hablador, pero lo que decía siempre parecía tener sentido. Hacía grandes cosas de objetos que parecían insignificantes. De una rama débil sacaba una flecha rígida y mortífera. De un viejo trozo de corteza de alcornoque olvidado hacía una suela fuerte e impermeable. De dos piedras cilíndricas sacaba un molino para moler el grano... No era de extrañar que pronto se hubiera convertido en el jefe de los exploradores talantas, aunque eso no le igualaba con el resto de jefes de los clanes. Quizás solo fuera eso, que Aner estaba dolido porque, aun siendo jefe, no había podido participar de las decisiones que habían tomado.

Aner se sintió observado y miró hacia arriba. Sus ojos se encontraron con los de Luar a través de los bancos de niebla que pasaban empujados por el viento. Luar desvió la mirada hacia Meder,

que hablaba en ese momento.

—... que los exploradores encabecen la marcha —decía el guía del quinto clan talanta.

Aner escuchó su nombre y avanzó hasta el lugar donde se encontraban los jefes. Ixaka le vio asentir un par de veces. El talanta de los ojos azules hizo un leve movimiento con su brazo derecho y emitió un sonido semejante al de un halcón en vuelo libre. Varios hombres salieron en ese momento de entre la niebla y se posicionaron en cabeza. Luar lo vio pasar a su lado. «Extraña forma de entenderse con sus hombres», pensó, «pero sumamente eficaz, como ya ha demostrado en las batallas en las que ha participado. Además, parece conocer muy bien a los banelatus. ¿Y si Aner tiene razón», se preguntó por unos instantes, «y los banelatus nos persiguen?». Mientras proseguían la marcha, Luar intentó desechar otra vez esa idea de su mente. «Los poblados talantas están bien protegidos por la naturaleza y el invierno hará el resto», se dijo para convencerse.

La niebla siempre le había producido una sensación de nostalgia. Así que cuando llegó a la cima y vio el otro lado de la ladera despejada de nubes, el calor regresó a su cuerpo. El humo de los hogares del tercer clan se podía ver en la distancia. El dedo de Aner señaló hacia él y los corazones de aquellos que lo seguían temblaron por la emoción. Dentro de unos pocos pasos, los destinos de aquellos hombres que ahora caminaban juntos se separarían y cada uno seguiría hacia su clan.

Había llovido recientemente y la tierra bajo sus pies estaba reblandecida. Un suave y gélido viento bajaba desde las montañas. Era el prolegómeno de un invierno que ya estaba encima. Las huellas de sus pequeños pies se quedaron marcadas en el camino. Sujeto a su cadera, un gran recipiente lleno de agua se balanceaba al ritmo de sus pasos. De su boca salían hermosas notas musicales en forma de melancólica canción. Era su forma de espantar los malos espíritus que acongojaban su alma. Un repentino murmullo le hizo elevar la mirada. El pelo suelto se aferró a su rostro columpiado por el viento. Con la mano que tenía libre, se apartó los cabellos que cubrían sus ojos.

Varios niños corrían de casa en casa. Gritaban algo. Zarala dejó de cantar. Sus ojos oscuros escrutaron la aldea en busca de información. Ocurría algo. Las gentes salían de sus casas y miraban hacia el sur. El corazón de la joven talanta se encogió dentro de su pecho. Podía contar sus latidos acelerados por la sensación de incertidumbre que la embargaba. Se quedó inmóvil.

Un niño de grandes ojos marrones y anchas espaldas corría hacia ella. Los movimientos de sus brazos acompañaban su veloz carrera. Las palabras llegaron entrecortadas a los oídos de la joven.

—¡... ya... tan... aquí!

El niño seguía corriendo. Cuando llegó hasta ella, se paró en seco.

—¡Tía Zarala, ya están aquí!

El corazón de la joven se agitó de golpe y a punto estuvo de dejar caer el recipiente que sostenía con su mano izquierda.

El niño se dobló unos instantes sobre su cintura. A continuación, colocó sus manos en las rodillas, buscando el aliento que le faltaba. Al ver que su tía no reaccionaba, se irguió y la cogió de la mano.

—¡Vamos! —le dijo el chiquillo—. Los hombres ya están aquí.

Un torbellino de sensaciones invadió la cabeza y el cuerpo de Zarala. Se preguntó si los hombres de su familia regresarían vivos. Era la misma pregunta que en esos instantes cruzaba la mente de todos los que esperaban en la aldea. Zarala sintió cómo sus pies se hundían más y más en el barro. Los bajos de su vestido, embarrados, quedaron atrapados en el lodazal, decididos a interrumpir sus pasos. Solo el ímpetu que imponía su sobrino, Lordi, hacía que siguiera caminando.

Su madre, Amaduena, y Dulanto, la esposa de Luar, esperaban en la puerta de su casa. Había lágrimas en el rostro de Amaduena que cruzaban su cara y parecían frenarse en las arrugas que rodeaban su boca. Dulanto la abrazó, pasando el brazo izquierdo por la espalda de su suegra. Zarala se unió a ellas con un nudo tan grande en la garganta que le impedía respirar o tragar con normalidad. Lordi agarró la mano de su tía, como si entendiera la trascendencia del momento e intentara así apoyar a sus mayores. Junto a él, y ajenos a lo que acontecía, Burni y la pequeña Almika jugaban en el barro.

Dentro de la casa se habían quedado los mayores, refugiados del frío y de los desasosiegos de las mujeres. Aunque no mostraban su angustia exteriormente, les preocupaba de igual modo la suerte que podían haber corrido las almas jóvenes de su familia. Lastur, padre de Luar, Zarala e Ixaka, miraba al fuego del hogar que con pequeñas llamas ardía en uno de los laterales de la cocina. El chisporroteo del fuego producía un pequeño eco en el interior. Todo lo demás era silencio.

Meder apareció en la distancia al frente de los hombres que avanzaban despacio. Su cinta multicolor sobre la cabeza y su gran altura hacía que destacara sobre el paisaje. Detrás de él, algunos caminaban con la vista fija al frente, otros con la mirada en el suelo. Aner, no miraba a ninguna parte. Observaba su semblante serio e impenetrable. Detrás de él marchaban los exploradores pertenecientes al quinto clan de los talantas. Su grupo cerraba la marcha en ese momento. Aner volvió su cabeza hacia ellos poco antes de traspasar la puerta del poblado. De sus compañeros caídos, tres pertenecían a su clan. Iba a ser difícil dar esa noticia a los familiares, pero Aner creía que era su deber y así lo había decidido. Antes de marchar al reencuentro de sus respectivas familias, los exploradores buscaron a la mujer de Petri, el Incansable; a la de Sengrat, el Menor; y a la madre de Enaut, Correcalles.

Aner se quedó solo delante de las tres mujeres. El murmullo había crecido en la aldea y se podían escuchar con nitidez gritos, llantos y risas; todos mezclados. Detrás de él, a unos ocho pasos, el resto de exploradores descansaban en formación de a cuatro en completo silencio. A un gesto suyo, Ixaka se adelantó y le entregó tres arcos y varias flechas. El talanta de los ojos azules se acercó a las mujeres con respeto, pero a la vez con paso decidido. Tragó saliva varias veces antes de hablar.

—Petri, Sengrat y Enaut cayeron con valentía en defensa de la libertad de su clan —les dijo con

tono grave, pero con suma entereza, remarcando el significado de sus palabras—. Con su muerte, abrieron la puerta de la victoria para su pueblo y por eso nunca serán olvidados.

Ninguna de las tres mujeres, a esas alturas, contenía el llanto. Aunque intentaban ahogar las lágrimas, era imposible frenarlas y estas fueron mayores cuando Aner puso en sus manos los arcos y las flechas. Ni siquiera estaba seguro de que pertenecieran a esos hombres, pero creía que era una forma de que aquellas mujeres desconsoladas tuvieran, en un futuro, un recuerdo que les hiciera mitigar el dolor que en esos momentos sentían. Todos los exploradores se acercaron ordenadamente a ellas y les transmitieron sus condolencias. En ese momento, en los otros dos clanes, se estaría viviendo una escena parecida. Aner había dado órdenes precisas para que se hiciera de ese modo.

Luar se abrazó a su esposa y a su madre. En medio de ese gran abrazo, los tres chiquillos quisieron meterse en medio y casi dan con su madre en el suelo. Dulanto se secó las lágrimas con ambas manos, pero eso no impidió que sus ojos volvieran a verter agua. Zarala asistía al reencuentro entre emocionada y nerviosa. Su cabeza intentaba ver entre el barullo de gente la cabellera castaña y los ojos azules de su esposo y la joven estampa de su hermano menor. La joven miró a su hermano, intentando deducir conclusiones de sus actos. Cuando se desembarazó del abrazo de su mujer y de su madre, Luar miró a su hermana.

—Ixaka y Aner vienen detrás —les confirmó.

Zarala no pudo contener más el torrente de sentimientos con el que había cargado y se hundió. Se dejó caer al suelo y sus rodillas notaron el barro húmedo y frío del suelo. Con sus manos se tapó el rostro y lloró desconsoladamente. Luar la tomó entonces por los brazos y se fundió en un fuerte abrazo protector con ella.

Poco a poco, las calles se vaciaron. El frío, la tensión y el cansancio hicieron que todos buscaran el calor y el refugio de sus hogares. Meder entró en su casa-palacio. Una construcción de dura piedra de basalto que la hacía extrañamente gris. Se encontraba en la zona más alta del poblado y en su cara norte una pared lisa y gruesa servía de muralla impenetrable. Era la parte del clan mejor protegida. De sus laterales salía un muro alto y tan grueso como dos brazos extendidos que protegía al poblado.

La estancia principal estaba caldeada y en ella esperaban impacientes Nikole, su madre, y Apain, su hermana. Las dos sonrieron al ver entrar al jefe del clan con sus ya famosas cintas de colores en la cabeza. Las últimas batallas no parecían haberle cambiado. Su aspecto seguía siendo impresionante. Sus rasgos emanaban fuerza y determinación. Las dos mujeres esperaron a que Meder cerrara la puerta. Se abrazaron durante un instante fugaz. Ninguna de las dos hizo nada por prolongar ese instante de intimidad. Sabían que al guía no le gustaban ese tipo de gestos.

Apain se retiró y mandó al servicio que trajera algo de comer para su hermano. Una joven de cabellos dorados y rostro salpicado de pequeñas pecas acudió presurosa a cumplir el encargo. Meder se sentó en una gran butaca. Cerca de él, en otro sillón similar, un anciano de mirada

perdida, cara afilada y ojos hundidos permanecía quieto, ajeno a la llegada del guía.

—¿Cómo te encuentras hoy, padre? —le preguntó Meder.

El anciano ni siquiera se inmutó. Cuando la cara de su hijo se puso frente a la suya, el hombre apenas elevó la mirada. Una extraña sonrisa asomó a sus labios dejando al descubierto una boca de la que asomaba un único diente.

Apain se acercó despacio y puso su mano sobre el hombro de su hermano. Meder elevó su cabeza justo en el momento en que su hermana negaba reiteradamente con la cabeza. La sirvienta golpeó la puerta antes de entrar y esperó para ser recibida. Portaba una bandeja con sopa caliente, un buen trozo de carne de jabalí y fruta variada. La muchacha bajó la mirada cuando se vio descubierta por el guía y sus mejillas se sonrojaron. Meder la observó con detenimiento y descaro. No recordaba haberla visto antes a su servicio. La sirvienta dejó la bandeja cerca del señor de la casa. Sus manos temblaron al hacerlo y la comida se balanceó sobre la superficie unos instantes. Turbada, la chica se dio media vuelta y avanzó a grandes pasos hacia la puerta.

—¡Espera! —escuchó.

Su cuerpo se quedó paralizado a escasos pasos de la puerta. Se giró mientras preguntaba a su señor en qué podía servirle.

—¿Cómo te llamas?

—Lexuri, señor.

—Lexuri, ayúdame a quitarme las botas —le pidió.

La sirvienta avanzó con pequeños pasos hacia el asiento de su amo. Se arrodilló frente a sus piernas y procedió a descalzar al joven alto y fuerte que descansaba allí. A su lado, Apain sonrió enigmáticamente.

—Cuando termines —le dijo Apain a la sirvienta—, prepara un baño caliente para Meder.

Zarala sintió frío en su cuerpo e, instintivamente, cruzó los brazos sobre su pecho. Entre lágrimas, una sonrisa pequeña pugnaba por salir de unos finos labios que temblaban. Eran pocas las personas que aún quedaban en las calles. A unos pocos pasos, un joven se detuvo ante ella. Sus cálidos ojos azules la miraron con ternura y amor. Aner no había olvidado la belleza perfecta de aquel rostro y la fuerza que emanaba de sus ojos oscuros. Pero al tenerla delante, aún le pareció más hermosa. Se acercó despacio y detuvo sus pies justo enfrente de los de Zarala. Levantó su mano derecha despacio y la acercó al rostro de su esposa. Lo acarició despacio. Dejó que la suavidad de su piel empapara sus manos toscas, hechas al duro trabajo de cazar y tallar la madera. Sin prisa, dejó que sus largos cabellos se enredaran entre sus dedos y se los llevó hacia el rostro para saborear su suavidad. Cerró los ojos, mientras inspiraba el aroma que emanaba de ellos. Luego, con ambas manos, agarró el rostro de su esposa y la besó durante un largo rato. Zarala se estremeció ante el contacto de ese cuerpo largamente añorado. El frío que había sentido hasta ese

instante se tornó calidez y se abandonó al contacto de los brazos fuertes de Aner, al sabor de su boca y, por fin, a la fuerza de su mirada.

—Te he echado mucho de menos —le dijo ella con sus labios aún pegados a los de su esposo.

Aner le sonrió con sincera calidez.

—Cada noche, en la arena, dibujaba tu rostro y tu voz venía a mí a través del viento —le contestó.

Zarala lo miró con tal intensidad que Aner casi tuvo miedo de sentirse tan feliz. La tomó en brazos y de esa guisa entraron en la casa de los Ezkanda. Todos miraron hacia la puerta cuando esta se abrió. Aner dejó con delicadeza a su esposa en el suelo y recibió los abrazos de su familia política. Sin soltar la mano de Zarala, saludó a todos los presentes y revolvió el cabello de los más pequeños que lo miraban con curiosidad y cierta admiración.

—Ahora, si nos disculpáis... —dijo sin mirar a nadie en concreto.

Aner estiró del brazo de Zarala y la llevó a la última de las habitaciones de la casa de los Ezkanda. Ese era el cuarto que les había sido asignado cuando contrajeron matrimonio. Zarala cerró la puerta con cuidado. Los dos jóvenes se miraron durante largo tiempo. Había mucho tiempo que recuperar. Aner fue el que primero se movió. Tomó a Zarala por el cuello y la besó con desenfreno. Había intentado olvidar cuánto la deseaba durante los días de soledad y de batalla, pero ese sentimiento seguía allí, clavado en su alma y ahora se elevaba, produciéndole un estado de intenso placer. La desnudó con impaciencia. Sus dedos torpes se trastabillaron entre las telas de su vestido manchado de barro. Ella sonrió. Zarala soltó la camisa de su esposo, atada con unas cuerdas que cerraban la parte superior en zigzag. Le ayudó a pasársela por la cabeza y en esos momentos observó las cicatrices recientes que mostraban su torso y su brazo.

Por un momento, lo miró con cierto titubeo. No quería pensar en lo cerca de la muerte que podía haber estado. El talanta de los ojos azules vio la reacción de su esposa, tomó sus manos cálidas y suaves y la arrastró hacia el lecho recubierto de plumas de oca, situado debajo de la ventana. Sin prisa, Aner rodeó a Zarala con sus brazos y la besó. Recorrió todo su cuerpo, sin poder dejar de sonreír.

Meder había decretado tres días de luto en el poblado. Durante ellos habían sido prohibidas las canciones, los juegos y las celebraciones. Un velo de tristeza cubría los primeros días del invierno de los talantas. Las noches eran ya largas y frías y los días grises y pesados. Los ancianos del clan, junto con Meder y Luar, llevaban largo rato reunidos cuando Aner abrió los ojos aquella mañana. En la tibieza de su lecho recorrió con sus dedos la espalda desnuda de Zarala. La joven talanta respondió a su contacto. La tenue luz que se filtraba por la ventana acarició su rostro cuando se giró para encontrarse con los azules ojos de su esposo. Se besaron y amanecieron amándose como si aquel fuera el último día de sus vidas.

Aner se incorporó despacio y besó a Zarala en la frente. Salió del lecho, se vistió y se colocó el arco sobre la espalda. Luego salió de la habitación. En la cocina, algo hervía en el fuego. Olía a

verduras y carne. Dulanto y Amaduena lo siguieron con la mirada. Aner las saludó dispuesto a marcharse, pero Amaduena puso delante de él un cuenco con leche y una hogaza de pan con carne.

—¡Come! —casi le ordenó—. ¿Cómo vas a engendrar a mi nieto si no te alimentas bien?

Aner se sonrojó. Con un suspiro, tomó lo que la mujer ponía en sus manos. Dulanto se rio al ver cómo su suegra ponía en apuros a un joven y fogoso guerrero solo con un par de palabras. Aner masticó de prisa y se bebió de un trago la leche de su cuenco. Luego salió, despidiéndose precipitadamente y casi en un susurro.

—¿Cómo conseguiría un hombre tan parco en palabras conquistar a mi hija? —se preguntó en alto Amaduena.

—Creo que Aner dice con la mirada lo que calla con la boca —sentenció Dulanto.

El talanta de los ojos azules miró hacia la parte alta de la aldea. Allí, en casa del guía, Meder y Luar estaban reunidos con la asamblea de ancianos. Tenían muchas decisiones que tomar. Primero debían decidir qué iba a pasar con las viudas y madres de aquellos que habían muerto. Quién se iba a hacer cargo de ellas y cómo se iban a redistribuir los trabajos de todos los que ya no estaban. Y luego había otro tema, un asunto importante, primordial, aunque Aner no estaba muy seguro de si iba a ser tratado en aquella reunión: los banelatus. Era de capital importancia organizar una defensa adecuada, reforzar los muros de piedra, asegurar la puerta y examinar los puntos débiles por donde podían ser atacados. Aner no estaba invitado a aquella reunión, aunque le habría gustado. Tenía muchas ideas que aportar, pero debería conformarse con hacer partícipe de ellas a su cuñado, Luar, en privado. Además, de todos era sabido que Aner no disfrutaba de la confianza de Meder. Por lo tanto, aunque era jefe de los exploradores, pertenecía a la familia de Luar y debía obedecer y acatar lo que el cabeza de familia dijera.

Dejó de observar la casa-palacio y se alejó en dirección opuesta. Se paró ante un espacio que quedaba a la derecha de la casa de los Ezkanda. Era el sitio que había elegido para construirse su propio hogar. Sabía que no iba a resultar fácil que Luar le diera permiso. El cabeza de familia prefería que todo su clan viviera unido, pero él estaba acostumbrado a vivir solo y necesitaba intimidad. Egoístamente, quería estar a solas con su mujer. No se sentía cómodo haciendo el amor con Zarala sabiéndose escuchado por otros. Si conseguía convencer a Luar para construir un añadido a su actual vivienda... Siguió andando mientras pensaba en la mejor manera de planteárselo a su cuñado. Salió de la aldea por la puerta sur que custodiaba en esos momentos un centinela. El hombre debía estar aburrido y entabló algo de conversación con el joven. Su llegada le había supuesto una oportunidad para sacudirse el tedio. Pero Aner no estaba por la labor de avivar aquella conversación y pronto se marchó, siguiendo la línea del grueso muro de piedra que rodeaba la aldea. Todo el paisaje se había teñido del mismo gris que reflejaban las nubes en lo alto del cielo. Aner elevó su mirada. Un espeso manto oscuro cubría todos los alrededores.

Se desplazó despacio. Arrastró su mano por la áspera piedra que servía de límite a su poblado y anotó en su cabeza los lugares más vulnerables y aquellos que necesitaban reparación. La piedra estaba peor de lo que pensaba. Esos muros no resistirían un ataque frontal y directo de los banelatus. Haría falta construir unas torres de vigía en los cuatro extremos y almacenar allí

abundante material bélico. Y había que hacerlo sin demora.

—Hoy lloverá —escuchó la voz grave y cálida de Astu, que le sacó de sus propias consideraciones. El joven asintió y miró a su interlocutor. Siempre era agradable su compañía—. Acompáñame —le pidió el anciano, mientras le entregaba una gran cesta.

Astu caminaba apoyado en un bastón fuerte de madera de avellano. Arrastraba los pies, aunque Aner sabía que eso no era símbolo de fragilidad; simplemente le gustaba calzar unos zapatos mayores de los que necesitaba y eso le hacía arrastrar los pies para que no se le escapara el calzado. El anciano hechicero miró el rostro joven del talanta adoptado. Recordó la desesperanza y la soledad que delataba su mirada cuando llegó hacía unos dos años. Ahora se veía felicidad y esperanza en esas mismas pupilas, aunque de vez en cuando una sombra de dolor y temor parecía cruzar por su rostro.

Aner acompasó sus largos pasos a los de Astu y caminó en silencio. Al hechicero se le hizo extraño ese silencio. No es que Aner fuera muy dado a conversar, pero gustaba de hacer preguntas sobre hierbas, pócimas, historia... mientras caminaban por los bosques cercanos. Pero, en esa ocasión, el joven parecía ensimismado con algún asunto importante. Hubo unos días, poco después de la llegada de Aner, en que Astu pensó en tomarlo como aprendiz. La mente del joven era como una esponja, ávida de conocimientos, pronta y abierta a la sabiduría. Aún en ese momento, Astu consideraba que Aner podía haber llegado a ser un gran hechicero, pero tenía una certeza aún mayor de que ese no era el destino del joven que caminaba a su lado.

Aner se agachó cerca de un árbol. Examinó su corteza. La cara norte de su tronco estaba cubierta de una buena capa de musgo verde y húmedo. Sus dedos tocaron la superficie y sus ojos se cerraron mientras inspiraba aire hasta sentir sus pulmones repletos. El aire traía humedad, llovería como había dicho Astu. Se levantó despacio y ayudó al anciano a recoger setas, hongos, hierbas, raíces, frutos y bayas.

Cuando la cesta estuvo llena, la tomó en sus manos y caminaron de regreso.

—¿Qué te preocupa, joven Aner? —le cuestionó Astu.

—Los muros del quinto clan están deteriorados y son débiles. Tienen enormes grietas en algunos puntos y la tierra que los sostiene se ha corrido, por lo que muchas piedras están sueltas.

—¿Quieres hablar de eso con Meder?

—Sí, pero ese es el problema. No me escuchará.

—Te escuchará si sabes acercarte a él de la forma adecuada y... con humildad.

Aner se mordió el labio inferior y su nariz se arrugó. Astu asistió a su gesto, divertido. La rivalidad entre Aner y Meder se inició justo en el mismo momento en que el joven de ojos azules puso su pie dentro de los límites del quinto clan de los talantas. Ninguno de los dos lo buscó, ninguno de los dos se dio cuenta al principio, pero era una realidad que ya no pasaba inadvertida. Y Zarala no era la causa principal, si bien la predilección de la muchacha por el extranjero no hizo sino aumentar la hostilidad que surgió en el mismo instante en que los dos hombres se

miraron. Aner y Meder tenían puntos de vista diferentes para todo: a la hora de trabajar, de organizarse, de luchar... Astu sabía que esa rivalidad podía ser peligrosa no solo para esos dos hombres, sino para la estabilidad de todo el clan, por eso midió sus palabras antes de continuar.

—Aner —empezó en tono conciliador, pues no quería avivar la llama de indisposición que permanecía dentro de él—, Meder...

—Sí, ya lo sé —le interrumpió con vehemencia—. Meder es un guía valiente, fuerte, prudente y todo lo que quieras... Quizás por eso me fastidie tanto tener que darle la razón algunas veces. Pero él no ha vivido la guerra contra los banelatus como la he vivido yo. Y lo que sirve para repeler a otras tribus, a otros hombres, no sirve para los banelatus, créeme.

—Aner, cálmate, por favor. No me refería a eso. A Meder le costará asimilar lo de Zarala. Pero, como muy bien has dicho, es un joven brillante y juicioso. Pronto encontrará otra mujer en la que depositar su amor y los asuntos pendientes entre tú y él se olvidarán —o eso quería creer.

—No entiendo por qué le fastidió tanto que Zarala y yo decidiéramos unir nuestras vidas. ¿Es que vuestras mujeres no son libres para elegir? —las palabras del joven se quedaron en el aire durante unos instantes—. Sí, ya lo sé, hasta cierto punto —se contestó él mismo—. Pero Luar dio su consentimiento. Si tiene que enfadarse con alguien, no debería ser conmigo, sino con Luar.

Aner suspiró. Había elevado demasiado el tono para dirigirse a Astu. Se disculpó por ello.

—Creo que podemos regresar. Ya tengo todo lo que necesitaba —dijo el anciano.

Caminaron en silencio. Aner acompañó a Astu hasta su casa. Una magnífica construcción de piedra amplia y luminosa de la que salía el humo de un hogar siempre encendido. Dentro, un aroma indefinido se paseaba a sus anchas por todas las estancias.

—Aner —le pidió desde la puerta—, sé prudente y busca en tu interior. Encontrarás la forma de hacer las cosas sin enfrentarte a Meder.

El joven asintió. Astu siempre se había portado bien con él y se había mostrado receptivo para responder todas las preguntas que le había planteado. El hechicero miró la estela del joven. Había en él mucha fuerza interior, pero debía aprender a canalizarla.

La reunión en casa de Meder se prolongó durante todo el día.

—Los banelatus nos dejarán en paz durante el invierno —había concluido Meder—, pero debemos estar preparados para un posible enfrentamiento con ellos a partir de la primavera.

Todos parecían estar de acuerdo con él. Se discutieron algunas estrategias que habría que poner en práctica y se definieron las líneas de actuación. Ninguna de ellas incluía el mejoramiento del muro y de las defensas. Todas iban encaminadas a la preparación de armas y a la práctica de ejercicios para enfrentarse a los enemigos en campo abierto.

Luar tenía algunas dudas sobre la convicción de todos de que los banelatus no atacarían durante el invierno, pero no las expresó en alto en ese instante porque no le pareció oportuno. Necesitaba algo más que la intuición de su cuñado para presentar sus dudas ante el guía de su clan. A Meder no le bastarían las palabras de Aner; necesitaba hechos, constataciones.

Perdido en sus propios pensamientos, Luar no se dio cuenta de que Meder ya había saltado a otro tema y hablaba sobre los hombres que habían perecido en la reciente batalla. En total, sesenta y ocho del quinto clan. Un número nada desdeñable. Se decidió reubicar algunas familias a través de lazos, aunque fueran lejanos entre ellos, y se sugirieron varios matrimonios para asegurar la manutención de todos los miembros del clan sin que supusieran una carga para otras familias.

Cuando todos abandonaron la casa-palacio del guía, Meder se quedó solo en medio de la estancia. Lexuri apareció presta con algo de comida en la misma bandeja que había usado el primer día. A Meder le gustaba observar los movimientos de su cuerpo y la turbación que sentía cuando notaba que los ojos del guía se posaban sobre ella.

Apain contempló a su hermano. Por primera vez desde que Zarala y Aner se desposaron, parecía poner los ojos en una mujer. Había acertado a la hora de elegir a Lexuri. Quizás traerla a casa como sirvienta no había sido la mejor idea, pero, después de mucho pensarlo, había decidido que esa era la única forma de que Meder se fijara en ella. Si la tenía cerca, se prendaría de esa joven, porque Lexuri era una mujer en la que se fijan los hombres. Perteneecía a una de las familias más arraigadas y tradicionales del segundo clan. A Apain le había costado convencer a sus padres, pero, al final, la promesa de un matrimonio entre su hija y el guía altamente reconocido del quinto clan había podido más en la decisión del cabeza de familia, que no de su madre, que hubiera preferido que fuera el propio Meder quien fuera a buscar a su retoño.

Meder reclamó a Lexuri para que le ayudara a desvestirse y le preparara el lecho. Apain sonrió satisfecha. La jovencísima muchacha se sintió turbada cuando tuvo que quitar las prendas de vestir de su alto y fuerte señor. Meder disfrutó del momento y del pensamiento de que esa mujer sería algún día suya. «Pero no como esposa», pensó, mientras una rara sonrisa se dibujaba en su cara. En su interior deseaba a Zarala y continuaba concibiendo que Aner no se integraría en el clan y que huiría. O bien cometería un grave error que le permitiría desterrarlo o moriría, como debería haber hecho en Arlaza. Y entonces Zarala sería suya. Solo había que esperar a que la fruta estuviera madura, y él sabía esperar. Y si mientras tanto Lexuri le servía de entretenimiento, mejor que mejor. Sabía que su hermana Apain tenía otras intenciones, pero eso no importaba en ese instante. Lo que hubiera podido prometer su hermana no era su palabra y, en todo caso, era la palabra de una mujer.

Toda la familia Ezkanda estaba sentada a la mesa para cenar, toda excepto Aner. El joven llevaba toda la tarde encerrado en su habitación. Detrás de su lecho, en un pequeño espacio reservado para sus futuros hijos y separado del resto de la estancia por una gruesa cortina, había instalado una pequeña mesa. Sobre ella se desplegaron en ese instante varios pergaminos llenos de anotaciones.

El sonido de su nombre llegó desde la distancia. El fino oído de Aner lo escuchó en el acto.

Levantó la cabeza de sus apuntes. Por la ventana solo entraba ya la negrura de la noche y una pequeña vela alimentaba la poca luz que se extendía por la habitación. Absorto en sus ideas, había perdido la noción del tiempo.

—¡Aner! —escuchó mientras salía de la habitación. La voz de su cuñado llegó a él con cierto enfado.

—Hay algunos asuntos sobre los que me gustaría hablar contigo —le dijo Aner a Luar cuando ambos se cruzaron.

—Hablabamos después. Ahora vayamos a la mesa.

El joven asintió despacio y siguió a su cuñado. Aner se deslizó hasta su sitio al lado de Zarala. Esta le sonrió con cariño y apretó su mano. Lordi y Burni, los dos niños mayores de Luar, rieron al ver que por una vez no era a ellos a los que amonestaban. Luar bendijo la mesa y todos comenzaron a comer. Aner esperaba que durante la cena Luar o Lastur hicieran alguna referencia a lo que se había tratado en casa de Meder, pero no tuvo suerte. Deseaba con todas sus fuerzas saber cuáles habían sido las decisiones tomadas allí. Si no se lo decían Luar o Lastur *motu proprio* le preguntaría a Astu, que habría sido informado por Meder.

Después de cenar, era costumbre en casa de los Ezkanda reunirse todos frente al fuego. En esos momentos, sentados en el suelo, se contaban historias. Era el momento en que la tradición oral de los talantas pasaba de generación en generación. Aner se levantó con la intención de ausentarse e ir a charlar con Astu, pero Luar vio su maniobra cuando el joven se inclinó sobre el oído de Zarala para decirle algo y le llamó.

—Aner, pasa a mi lado —le dijo.

El joven frunció el ceño, pero no dijo nada. Tendría que quedarse a escuchar las hazañas de los primeros talantas y dejar su entrevista con el hechicero para mejor ocasión. Se sentó al lado del jefe de la familia. El resplandor del fuego se reflejaba en su cara, haciendo que las sombras se proyectaran en una tétrica danza sobre las paredes.

—Ahora que eres miembro de nuestra familia, debes adaptarte a todas nuestras costumbres — escuchó que le decía su cuñado con los ojos muy fijos en los suyos, cerciorándose de que el nuevo talanta escuchara todas y cada una de las palabras que pronunciaba—. Así que ha llegado tu turno. Quizás quieras deleitarnos hoy con una historia.

Aner se quedó desconcertado. No había esperado esa invitación, aunque en el fondo no se trataba de una invitación, sino de una orden velada. Los ojos de todos y cada uno de los Ezkanda descansaron sobre su persona y el joven se sintió intimidado por la sorpresa de la invitación.

Lordi y Burni se acercaron hacia donde estaba su tío. En sus caras se notaba el interés que la proposición de su padre había despertado.

—¿Nos contarás una historia? —preguntó el menor de sus sobrinos.

Aner lo miró y sonrió para esconder su nerviosismo. Pocas eran las historias que había

escuchado antes de llegar al clan de los talantas. En su infancia no había habido mucho tiempo para cuentos ni juegos.

Luar lo miró con curiosidad. Sabía que había puesto a Aner en un pequeño aprieto. El joven siempre se había mostrado esquivo a la hora de relatar nada que tuviera que ver con su pasado. Por eso mismo, el cabeza de familia tenía interés en hacerle hablar. El joven los miró a todos. Zarala apoyó una de sus manos sobre sus hombros animándole a comenzar.

—Hace mucho, mucho tiempo —pronunció de pronto, haciendo que su voz ocupara el hueco del que se había apoderado el silencio— los hombres vivían en cuevas. Tenían frío y pasaban hambre porque la caza escaseaba. Cada año, las heladas y nieves, junto con terribles seres que les atacaban en busca de alimento, diezaban la población. Los mayores asistían impotentes a la destrucción de su propio pueblo. Un año, después de sufrir las terribles consecuencias de un invierno extremadamente frío y hostil, los ancianos decidieron reunirse para encontrar una solución. Estaban indecisos. Unos pensaban que debían emigrar y buscar un lugar mejor. Otros decían que lo mejor era quedarse e intentar mejorar allí sus condiciones de vida. Discutieron horas, días, sin ponerse de acuerdo, hasta que sobre ellos se elevó la voz del anciano de más edad que hasta entonces había escuchado sin intervenir. «Argi-harana», gritó. Y el silencio se hizo de pronto entre todos.

—¿Argi-harana? ¿Por qué gritó eso? —preguntó Lordi, interrumpiendo el relato.

—Argi-harana, el Valle de la Luz —contestó el joven, mirando a su sobrino y sonriéndole. Luego continuó—. Después de pasados unos pequeños instantes de sorpresa, el lugar se llenó de murmullos y de palabras que se tornaron en discusión. Si hasta entonces había sido difícil ponerse de acuerdo, a partir de ese instante aún lo fue más. Hasta que el jefe de todos ellos se levantó y, con un leve gesto de su mano, hizo que todos se callaran. Hasta ese extremo llegaba la autoridad de aquel hombre. El jefe se quedó quieto en medio de ellos, mientras decenas de expectantes ojos lo observaban. Todos los que allí estaban habían oído hablar del Valle de la Luz, donde el clima es cálido y el suelo fértil. Argi-harana representaba para ellos el lugar de la esperanza, el sitio donde uno puede empezar de nuevo y donde encontrar fuerzas para emprender cualquier empresa por difícil y costosa que esta sea. Allí se halla el conocimiento y las posibilidades son infinitas. Esa tierra donde el agua fresca quita la sed del alma, donde el fuego calienta sin quemar y el aire es limpio era la solución. Solo había un problema: nadie sabía exactamente dónde se encontraba. El jefe de aquellos hombres expresó en alto lo que todos pensaban: «El Valle de la Luz es a la vez lejano y cercano, próximo y esquivo», les dijo, «No podemos marchar todos en pos de algo que no sabemos con certeza dónde se halla. Sería de locos emprender un viaje en esas condiciones. Eso expondría a todo el pueblo al frío, a las bestias y al cansancio. Sin embargo, está claro que si nos quedamos en este lugar, solo conseguiremos desaparecer. Propongo —y ante esta palabra todos acentuaron su atención— que elijamos a unos cuantos hombres y que sean ellos los que vayan en su búsqueda. Quizá no encuentren el Valle de la Luz, quizá lo hagan. Quizá, simplemente encuentren un sitio mejor en el que todos logremos sobrevivir». Así habló el jefe de ese pueblo. Los hombres que le acompañaban asintieron en silencio. Seguramente esa era la única posibilidad lógica que les quedaba. Así que en ese mismo instante decidieron mandar a seis exploradores en busca de Argi-harana.

—¿Y lo encontraron? —preguntó Lordi, interesado.

Aner negó con la cabeza y el crío pareció terriblemente decepcionado.

—Esos hombres aún siguen buscándolo.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Por qué no lo encontraron?

—Porque las búsquedas importantes, las que merecen la pena, llevan su tiempo y requieren enfrentarse a muchas pruebas y decisiones trascendentales.

—Pero ¿y los hombres que esperan en las cuevas?

—Ellos siguen existiendo, enfrentándose cada día a los peligros y a los retos. Pero ahora tienen algo que antes no tenían: se llama esperanza, y esa pequeña llama es lo que les mantiene con vida. Creen que pronto esos compañeros regresarán para comunicarles una buena noticia.

Después de estas palabras, Aner se quedó en silencio. Sus ojos fijos en el fuego parecían haberse perdido en un mar de recuerdos. Nadie se atrevió a hacer comentario alguno. Ningún miembro de la familia Ezkanda recordaba haber escuchado a Aner enlazar tantas palabras seguidas. El propio joven no sabía muy bien por qué había decidido hablarles del Valle de la Luz.

—¡Hora de acostarse, niños! —se escuchó entonces la voz de Dulanto dirigiéndose a sus dos hijos.

Los niños protestaron. Querían seguir escuchando historias.

—Tío Aner —dijo Burni—, ¿nos llevas tú a la cama hoy?

Aner miró a Dulanto antes de responder. La mujer hizo un gesto afirmativo. Entonces el joven cogió a los dos niños, uno en cada brazo, y se los llevó a su dormitorio. Lejos del fuego, el frío se sentía con mayor intensidad y el vaho de las palabras se veía claramente. Los chiquillos reían sin muchas ganas de irse a dormir. Dulanto llegó unos pasos más atrás y se encargó de sus hijos varones. La pequeña Almika hacía ya un par de horas que estaba dormida. El joven besó a sus sobrinos y se despidió de ellos. La casa estaba a oscuras, tan solo iluminada por el rojo intenso que desprendía el fuego del hogar que presidía la sala que hacía las veces de comedor. Aner se acercó despacio. Pasó su brazo por detrás de su cabeza y se masajeó el cuello. Zarala estaba quieta junto al fuego. Sus ojos de gata le invitaban sin decir nada. Aner tuvo que reprimir su deseo al notar el contacto del brazo de Luar que paraba su trayectoria. A una indicación suya, los dos hombres salieron de la casa.

—¿Qué era eso de lo que querías hablarme?

El joven no se lo pensó dos veces y fue de frente en su proposición. Quizá, si se lo hubiera pensado algo más, habría intentado encontrar las palabras adecuadas. Pero no lo hizo.

—Quiero que me dejes construir una casa para Zarala y para mí en los terrenos que colindan con tu hogar, en la cara este.

Luar apretó los dientes y respiró con fuerza antes de contestar.

—Nunca nadie de mi familia ha vivido fuera del hogar de los Ezkanda —sus palabras sonaron en un tono bajo, pero a Aner no le cupo la menor duda de que había resentimiento en ellas.

—No queremos vivir...

—¿Queremos?

Aner se calló. En realidad no había hablado del tema con su esposa. La mirada de su cuñado era dura. El joven pudo ver cómo los puños de Luar se apretaban con fuerza.

—Tu casa es grande y confortable —recomenzó Aner, intentando encontrar una estrategia mejor —, pero la familia crece. Solo sería un anexo comunicado con la actual vivienda. Así todos estaríamos más cómodos y las posesiones de los Ezkanda crecerían.

—La respuesta es: no.

—Ni siquiera te ha dado tiempo a pensarlo. Tan solo dime que lo tendrás en cuenta. Yo encontraré las piedras y la construiré...

Luar soltó una carcajada que enervó al joven.

—No dispones de tiempo ni de dinero para hacerlo.

—Trabajaré el doble. No tendrás quejas de mí.

—Claro que no las tendré porque te vas a olvidar de esa idea loca. Y espero que no intentes convencer a mi hermana para que te apoye con ello. ¡Ah!, Aner, y como te sobra mucho tiempo, ayudarás a las mujeres con el desplume de los gansos.

El joven lo miró dolido y Luar vio cómo su mirada reflejaba su carácter rebelde, acostumbrado a hacer y deshacer a su antojo.

—Aner —le dijo en tono más conciliador—, hasta mis oídos han llegado algunos rumores. Dicen que durante la última batalla te vieron esgrimir una espada... —Luar se calló durante unos instantes para ver qué efecto habían causado sus palabras en su joven cuñado—. Por tu bien, espero que no sea cierto, porque, si eso es verdad y llega a oídos de Meder, podríamos tener problemas y, créeme, no nos compensa enemistarnos con el dux.

Luar cogió el hombro izquierdo de Aner con su mano derecha. Luego lo palmeó varias veces.

—Un día, y de eso no hace tanto, prometiste llegar a ser un buen talanta. No hagas que me arrepienta de haberte concedido la mano de mi hermana.

El talanta de los ojos azules le sostuvo la mirada con los labios apretados, mientras su frustración crecía por dentro. No entendía cómo los talantas podían vivir tan apegados a sus costumbres que estas no les dejaban respirar.

—¿Cuál era el otro asunto del que querías hablarme? —le preguntó Luar casi sin darle tiempo a reponerse del primer golpe.

—No era nada —le contestó rápidamente. Después de la respuesta poco receptiva de su interlocutor, de nada servía cuestionar la defensa del clan.

El cabeza de la familia Ezkanda asintió varias veces y lo miró.

—Ninguno de los dos somos hombres de grandes discursos. Me ha sorprendido la historia que has contado hoy —le dijo antes de entrar en casa.

Aner se quedó solo en medio de la gélida oscuridad. Estaba furioso. Sus esponsales parecían haber supuesto un daño mayor del previsto para la familia Ezkanda. Seguramente eso impediría medrar a su cuñado tal y como había previsto. Y por eso mismo Meder había puesto a Ixaka en primera fila del enfrentamiento. El joven percibía cierto resentimiento hacia él por parte de Luar. Sabía que no iba a resultar sencillo, pero al menos le habría gustado que hubiera considerado la propuesta. Dejó que la luna le bañara desde lo alto con su luz blanquecina. Estaba despejado y miles de estrellas se dibujaban en el lienzo negro de la noche. Hacía frío. Dio un manotazo en la jamba de la puerta y entró despacio. En medio del silencio y del frío se deslizó en su lecho caliente donde el cuerpo de su mujer lo esperaba. Pero Aner estaba demasiado furioso. Zarala se dio la vuelta y se encontró la espalda de su esposo. Pasó sus dedos sobre ella. Aner tardó en responder, pero al final sucumbió al deseo irrefrenable.

El ruido de un martillo golpeando en la fragua despertó a Aner. Sobre sus hombros, la melena suave de Zarala se desparramaba en cascada. La tímida luz que se colaba por la ventana le permitió ver el cuerpo menudo de su esposa encogido y tapado hasta casi las orejas. Se quedó quieto y cerró los ojos para no despertarla. Inspiró el suave perfume del pelo de su compañera y en sus pulmones penetró también el frío de la mañana. Pasaron algunos instantes antes de que un jaleo inusitado rompiera la quietud de la mañana. El joven se incorporó de golpe. El murmullo llegaba cada vez más claro a sus oídos. De entre las voces, se destacó la de Meder.

—¡Aner! —gritó Meder mientras golpeaba con fuerza la madera de la ventana de su habitación —, deja ya de yacer con tu esposa. ¡Deberías estar al frente de esta batida de caza!

Varias risas siguieron a lo que consideraron un comentario jocosos del guía del quinto clan de los talanta.

—¿Caza? —se preguntó en esos instantes el joven. Nadie le había hablado de ninguna batida de caza. Se rascó la cabeza y se despidió con un beso de Zarala. Se vistió de prisa y salió a la calle.

Había nevado durante la noche y una gruesa capa blanca cubría todo el poblado. La nieve, en lo alto de las casas, contrastaba con la piedra gris de sus paredes. A lo lejos, todo el bosque parecía haber sido pintado de blanco durante la noche. Aner fue recibido con silbidos y palmadas en los hombros. El joven se habría sonrojado de no ser porque la furia envolvió cualquier otro sentimiento que pudiera sentir en esos instantes. Luar y Meder encabezaron el desfile, Aner se pasó el arco por la cabeza y lo dejó descansar a su espalda.

La nieve era compacta. Si algún animal había decidido salir aquella mañana de paseo, habría dejado su impronta en el suelo, pero no sería fácil encontrar algún animal que hubiera decidido

desafiar al invierno. Los hombres se movían despacio, en pequeños grupos, para abarcar el mayor espacio posible. Después de un largo rato de reconocimiento, Aner decidió cambiar de lado y giró hacia el oeste. Meder vio que se retiraba del grupo por el rabillo del ojo y lo siguió. El joven se agachó unos pasos más adelante y observó el callado bosque entre cuyos árboles desnudos se colaba el viento. Un pequeño ruido le hizo girar su cabeza hacia la derecha. Un conejo descarado le retaba entre los palos secos de un matorral.

Muy despacio, preparó su arco para disparar una flecha. El ojo de Aner se había fijado ya en el objetivo, cuando notó un pequeño alboroto a su espalda. La leve vacilación del joven facultó la huida del conejo. Aner se giró lo justo para ver cómo una cabeza marrón en la que destacaba un gran hocico y dos gruesos cuernos avanzaba hacia él. Instintivamente apuntó con su arco. Justo cuando iba a disparar recibió un fuerte empujón en su hombro izquierdo y cayó hacia el lado contrario. Su cuerpo chocó con el frío y duro suelo. Miró desconcertado hacia el lugar que poco antes había ocupado su cuerpo y que ahora acaparaba Meder. El guía disparó una flecha y después otra, que no fueron suficientes para acabar con la vida del jabalí, pero que lo dejaron malherido. El bicho, enfurecido por el precio que habían puesto a su cabeza, echó a correr hacia Meder. Aner se levantó de un salto, apuntó y disparó. Su tiro certero acertó entre los ojos del animal, que cayó sobre un costado. El suelo se tiñó de rojo. Cuando el guía se volvió hacia Aner, su mirada dura y adusta cobró protagonismo dentro del rostro del guía.

Varios hombres se acercaron. Entre todos trataban de valorar si había sido la flecha de Aner la que había acabado con su vida del animal o si, por el contrario, lo habían hecho las del guía. El joven de los ojos azules se retiró del lugar. No quería dar motivos a Meder para que pudiera recriminarle en público. En el fondo, le daba igual apuntarse la hazaña. Para él no era tan importante como parecía ser para los talantas. Ixaka siguió a su cuñado con la mirada y se acercó a él despacio.

—Deberías reclamar tu presa.

Aner lo miró, pero no dijo nada.

—Aner —insistió el muchacho.

—No es mi presa —dictaminó muy serio el joven. Después, se perdió en un mar de espuma blanca.

Zarala se pasó el peine por el pelo por vigésimo quinta vez. Estaba nerviosa. Era un peine fabricado en madera y adornado con motivos vegetales, suave y pulido. Miró por la ventana. Los hombres aún no habían regresado de cazar y en la lejanía se escuchaban de vez en cuando gritos mezclados con los ladridos sonoros de algunos perros. La nieve devolvía al día parte de la claridad que este había perdido en las largas horas del invierno. La joven se sentó en el lecho para levantarse casi a continuación. Recorrió la estancia con pasos cortos y volvió a mirar por la ventana.

Era ya de noche cuando Aner entró en la habitación que ambos compartían. Se le hizo extraño encontrársela allí, porque a esas horas solía estar en la cocina junto con su madre y su cuñada. La

miró mientras se quitaba el arco que llevaba colgado a su espalda. El joven notó la perturbación que se había quedado impresa en su cara. Descansó con cuidado el arco y las flechas cerca de una silla y se dirigió hacia su esposa. La tomó de las manos y le hizo sentarse sobre el suave y cálido lecho. Temblaba. La sonrisa de su esposo contribuyó a difuminar su nerviosismo.

—¿Ocurre algo malo? —le interrogó él con palabras sosegadas.

Zarala se perdió sin quererlo en ese mar azul que eran sus ojos. Su rostro, impecablemente afeitado, de mirada serena, le recordó tantas y tantas cosas que habían hecho que se enamorara de él. Esa forma de mirarla, los pequeños detalles de cada día, el beso de la mañana, las flores con que le gustaba adornar su pelo, los paseos por la orilla del Jumed, sus manos tibias retirando el pelo de su rostro...

—¿Qué pasaría si te dijera que creo que estoy embarazada?

La sonrisa de Aner se ensanchó y sus pupilas se dilataron.

—Me sentiría el hombre más feliz y afortunado del mundo —le dijo en un susurro cerca de su oído.

Capítulo IV

Bankada

Supremio banelatu del oeste

La cueva que le servía de refugio agrandó el ruido conforme penetraba en sus entrañas. No miró atrás. Continuó con su paso acelerado. Andaba deprisa y a ciegas. Aunque eso no era problema para ella; podía recorrer fácilmente el laberíntico conjunto de caminos que se adentraba en la madre tierra sin luz. Se lo sabía de memoria. El problema era otro; no iba a ser fácil despistar a sus numerosos perseguidores. Además, Sadoc estaba entre ellos. Lo presentía. Sentía su presencia cada vez de manera nítida.

Varios murciélagos pasaron cerca de su cabeza a gran velocidad. «Agasa», les dijo en un susurro. Los pequeños quirópteros se abrieron paso a través de las estrechas bifurcaciones. Varios centenares de pasos más atrás atacaron a cuatro banelatus que se acercaban por allí. Los murciélagos se abalanzaron sobre ellos sin piedad, emitiendo chillidos agudos. Los perseguidores se revolviéron inquietos, defendiéndose con rápidos manotazos. Como esto no surtió efecto, intentaron en vano golpearlos con palos.

«Ineptos», pensó Sadoc. El suprem elevó su mano derecha e hizo un rápido giro de su muñeca. Inmediatamente, los pequeños mamíferos dejaron de chillar y siguieron su camino hacia el exterior de la cueva en silencio. Sadoc cerró su puño y apretó la mano. Los cuatro banelatus cayeron de rodillas en el suelo. Ni siquiera pudieron ver los ojos rojos de su líder. Una terrible opresión en el pecho les impedía tomar aire. Tras unos pantagruélicos instantes, solo uno de ellos respiraba. Sadoc se acercó a él, lo cogió por el cuello y lo puso en pie como si cogiera un muñeco de paja.

—Sigue adelante —le dijo.

El soldado no tuvo tiempo de mirar a sus compañeros muertos. Empezó a andar con su corazón desbocado y un martilleo constante en sus oídos, que intentó dominar a duras penas. Se giró al tiempo que una mueca de dolor amenazaba con cubrir su rostro. Sadoc no la vio. Si lo hubiera hecho, todo habría acabado para él en aquel mismo instante. El soldado sabía que había gastado una buena dosis de buena suerte.

El aire, cada vez más denso, era difícil de respirar. Saturene desaceleró el paso. Necesitaba almacenar oxígeno en su cuerpo. En pocos instantes iba a precisar de una dosis extra de energía. Sus perseguidores estaban demasiado cerca. A pesar de todas las precauciones que había tomado, tenía la certeza de que no ganaba terreno. Más bien al contrario. Estudió de nuevo sus posibilidades y tomó la bifurcación hacia la derecha. Los pasillos se agrandaron y una luz dorada se esparció levemente al principio, con intensidad poco después. Unos pasos más adelante, la montaña se abría en su interior a una gran oscuridad de altos techos. Enfrente, una gran piedra rectangular presidía una especie de altar. La mujer se detuvo. Sus cabellos rojos brillaron con

intensidad. Caían en plancha hasta mitad de su espalda. Se situó en el centro de la sala y esperó.

Las pisadas se volvieron cada vez más nítidas. La luz de una antorcha avanzó con rapidez por una de las bifurcaciones hasta hacerse grande y clara. Detrás de ella emergió la silueta rígida y hierática del suprem. Saturene y él se sostuvieron la mirada. A su alrededor, decenas de banelatus emergieron de entre las sombras y contemplaron la escena en silencio, sin atreverse siquiera a pestañear. Una corriente de aire frío, aparentemente imposible en aquel lugar perdido de las entrañas de la tierra, traspasó el espacio.

Sadoc se quitó su caretesa con movimientos lentos y estudiados. Después de tres días, su objetivo estaba, por fin, al alcance de sus manos. La de Saturene había sido una caza sin cuartel. Tres jornadas de intensos rastreos hasta dar con la pista adecuada.

Saturene estudió con atención a cuantos se hallaban a su alrededor. Quería saber quiénes eran aquellos que habían venido a prenderla. Varios soldados la rodearon, pero no era a ellos a quienes quería identificar. Ellos solo cumplían órdenes. Los que le interesaban se hallaban unos pasos más atrás. Los miró, empezando por los que se encontraban a su izquierda. Sus nombres rondaban en su cabeza, mientras el peso de la traición aparecía en sus ojos. Los conocía a todos, puesto que había convivido con ellos en la casa de los magos. Siguió el reconocimiento despacio, hasta que llegó al banelatu que se encontraba a la derecha: su propia hermana. Un brillo enigmático atravesó las pupilas de Saturene de norte a sur.

El suprem elevó su brazo y varios soldados avanzaron hacia la banelatu de pelo rojo. El sonido metálico de las espadas recorrió el espacio, con un presagio de muerte. Saturene tomó su vara para defenderse. Al aferrarse a ella con las dos manos, la madera tomó un color rojizo semejante al fuego. Al danzar en el aire provocó un suave siseo. Zum, zum, zum, como una llama que rasga el aire. Saturene era ágil y rápida. Los soldados a los que se enfrentaba habían sido elegidos de entre los mejores. A pesar de eso, ninguno era digno rival para una maga tan poderosa como ella. Eso ya lo sabía Sadoc y contaba con ello. De momento, lo único que buscaba era debilitar a Saturene.

El interior de la cueva no era un lugar idóneo para luchar. El oxígeno escaseaba y el suelo que pisaban era irregular y resbaladizo. Saturene repelió el ataque de cuatro espadas que iban directas a su cuerpo. Para ello utilizó su vara rígida y fuerte. Golpeó con un extremo a uno de los soldados, clavándole la punta en el estómago. El soldado se dobló sobre su vientre y cayó abatido. La pelea se prolongó largo tiempo. Saturene respiraba con lentitud, tomando el oxígeno casi a sorbos y controlando los latidos de su corazón, para que este no se acelerara.

Sadoc no se movió de su sitio en ningún momento. Saturene se defendía de manera eficaz, disciplinada y eficiente. Después de unos instantes, Saturene bajó su vara. A sus pies quedaba una veintena de soldados muertos o malheridos. En ese momento, otra veintena de soldados tomó el relevo. Así pasaron más de cinco horas. Sadoc estudiaba cada uno de los movimientos de la maga, intentando percibir cualquier atisbo de cansancio o de vulnerabilidad. La cara de Saturene seguía imperturbable.

Cuando el último de los soldados tocó suelo, Sadoc se adelantó unos pasos hasta situarse enfrente de ella. Durante unos instantes sostuvieron un duelo de miradas, tiempo en el que nadie se atrevió a moverse. Sadoc conjuró un remolino de viento, frío y fuerte, que surgió de pronto desde

el suelo. El pelo rojo de Saturene se movió enfurecido. El remolino avanzó por la cueva, chocando con fuerza contra todo lo que se encontraba y haciendo que las paredes rocosas temblaran. Al llegar a donde se encontraba Saturene, la elevó del suelo haciéndola girar en círculos. A punto estuvo de estrellar su cabeza contra una gruesa columna de piedra. Pero en el último suspiro, Saturene sacó su brazo y el viento paró. La calma regresó a la cueva y todos aquellos que presenciaban el duelo tuvieron unos instantes para recobrase de aquella pequeña tempestad que habían vivido.

La expectación creció de golpe cuando de la mano de Sadoc emergió una gran llama de un intenso naranja que, como una lengua, salió hacia Saturene. La maga se protegió con un movimiento de su brazo, tras el que se formó una especie de escudo invisible que repelió la llama. Esta se rompió en cientos de pedazos que se esparcieron por los alrededores y salpicaron a los presentes. Saturene contraatacó, recreando una pequeña llama, pálida, de un tono amarillo casi inocente. A un gesto de su dedo índice, la llama partió a gran velocidad hacia Sadoc. Este no tuvo tiempo de prepararse para recibirla y su capa prendió de repente. A su alrededor se formó un círculo de fuego. Sadoc chascó sus dedos y una fina lluvia apareció de la nada, apagando el fuego.

Según observó Saturene, el poder del suprem había crecido en los últimos años. Sadoc nunca había destacado por ser un mago excepcional, aunque siempre había sabido sacar el máximo partido a sus capacidades. Saturene había conocido magos mucho más poderosos que él. Sin embargo, algo le decía que Sadoc escondía un as bajo su manga. Y cuanto antes lo descubriera, antes podría contrarrestarlo. La maga se concentró. Trataba de predecir cuál sería el próximo movimiento de Sadoc. Su pelo se encendió y un halo de luminosidad rodeó su cuerpo. Casi parecía flotar en medio de la penumbra de la cueva.

Una gran explosión descuartizó la piedra de la pared que estaba detrás de Saturene. La maga se volvió justo a tiempo de reaccionar para apartarse y evitar ser aplastada por las decenas de rocas que aún se desprendían. Sadoc parecía dominar uno de los escalones más altos de la magia banelatu. Había provocado un fuerte desprendimiento sin apenas haber usado energía.

Saturene cerró los ojos durante un breve instante y cogió aire. Cuando abrió los ojos, dos estalagmitas cercanas tomaron vida y se convirtieron en dos largas serpientes que, sibilantes, buscaron los tobillos de Sadoc. El suprem tuvo que iniciar una especie de danza para evitar ser mordido. En uno de los lances, una de ellas rozó su pantorrilla izquierda. Sadoc sintió un fuerte latigazo. Si no actuaba pronto, el veneno correría por sus venas, provocándole la muerte. Dos jóvenes con el rango de aprendices de mago salieron entonces de entre los espectadores y se las vieron con las serpientes, colocándose delante del suprem y sirviéndole de escudo. Mientras, Sadoc colocó sus manos sobre la mordedura. Un intenso calor salió de sus palmas. El veneno dejó de circular por la corriente sanguínea y salió al exterior por el mismo sitio por el que había entrado.

El suprem apartó de un golpe a los dos jóvenes banelatus que aún le servían de escudo. Estaban allí para salvarle la vida. Los miró a los dos alternativamente y se decantó por uno de ellos. Clavó sus ojos en él y dirigió su mano derecha hacia su corazón al tiempo que murmuraba unas palabras que nadie escuchó. Solo Saturene percibió el leve movimiento de sus labios, pero ni siquiera ella descubrió lo que Sadoc estaba a punto de hacer. De pronto, el cuerpo del joven mago quedó suspendido en el aire. El suprem extrajo toda la energía de su cuerpo en un breve instante,

después del cual, el banelatu vibró un instante antes de caer inerte en el suelo. Sadoc formó una enorme bola de energía que lanzó sobre Saturene. Esta intentó evadirse a través de la pared, pero quedó atrapada en la gran bola antes de poder desaparecer.

Sadoc acababa de quebrantar la ley banelatu. Hacía mucho tiempo que ningún banelatu había osado destruir a un semejante para utilizar su energía en contra de otro. Él lo había hecho. Saturene, desde su prisión, sintió la enorme complacencia del suprem. A pesar de su cara impasible, la maga percibió su doble satisfacción. La acababa de capturar y había demostrado ser el mago más poderoso que pisaba la tierra en esos instantes. Un mago sin escrúpulos.

Hubo un tiempo en que algunos magos llegaron a ser así de poderosos. El supremio estuvo a punto de desaparecer. Después de un periodo de cruentos enfrentamientos, los banelatus llegaron a un acuerdo para redactar una ley que prohibiese la práctica de ese encantamiento. Saturene, que era con mucho la más vieja de entre todos los presentes, no conocía a nadie capaz de quebrantar la ley de ese modo. El conjuro para extraer la vida de un cuerpo era demasiado complejo y requería mucha práctica. Y, por supuesto, solo alguien como Sadoc podía salir indemne si lo utilizaba. La maga se preguntó cuántas veces antes Sadoc lo habría llevado a cabo con éxito. Miró al suprem. Su suerte estaba echada.

Aquel no era un día especialmente azul ni especialmente brillante. Era un día más del invierno de aquellas tierras donde moraban los banelatus. El viento, que había soplado con fuerza durante la mañana, se había retirado y las calles permanecían desiertas. La única actividad patente era la que provenía de la parte este de la ciudad, donde el gremio de artesanos se concentraba.

Por la mañana había habido mercado y Ganix aún andaba en las dependencias de las cocinas organizando todos los productos que una veintena de esclavos como él habían adquirido. El olor de las hortalizas le traía viejos recuerdos asociados a una infancia feliz. Sonrió para sus adentros porque aquellos días quedaban tan lejanos que apenas parecían ser ciertos. Tomó una naranja en la mano y se la llevó cerca de la cara. Se imaginó el zumo dulce que escondía. Cuando era pequeño, su primo y él cogían las naranjas del árbol, las partían en dos con ayuda de un pequeño cuchillo y las estrujaban, dejando que el líquido corriera hacia sus gargantas. Su primo siempre había sido como un hermano para él. Murió el mismo día que los banelatus llegaron a su poblado. Ganix rememoró sin quererlo el olor a quemado que se extendió por toda la zona. Aquella mañana, los banelatus ejecutaron a más de mil hombres. Los pocos que sobrevivieron fueron hechos prisioneros. Cada vez con más frecuencia, Ganix se preguntaba si no hubiera sido mejor haber perecido aquel día.

El sirviente que llevaba los recados del suprem le pilló inmerso en sus propios pensamientos. Cuando se giró, se topó de lleno con él. Ganix odiaba que fuera tan sigiloso. Se movía como un felino y sus ojos eran de un marrón tan claro que casi rozaba el amarillo, parecían sacados de uno de estos animales. No hizo falta que le dijera nada para saber que debía seguirlo de inmediato. Dejó la naranja en una cesta y salió tras sus pasos. Ganix se puso nervioso nada más pensar que debía presentarse ante Sadoc.

Una gruesa cortina granate protegía la estancia de la luz solar. A Sadoc le gustaba permanecer

en penumbra. El calor era grande dentro. Ganix observó con detenimiento el traje impecable que esperaba sobre la cama. La camisa blanca junto con el chaleco de terciopelo de un negro intensísimo. Y junto a él, la capa roja. Un escalofrío recorrió el cuerpo del joven esclavo al verla. Sadoc solo se la ponía en dos casos: bien para celebrar una victoria del ejército banelatu, bien para presidir una ejecución. Y aquel día no había ninguna victoria que celebrar.

Ganix bajó la mirada al sentir los ojos del suprem puestos en su persona. Sadoc lo miró con frialdad. Ver la turbación de su esclavo cada vez que estaba ante su presencia le producía una enorme satisfacción por dentro. Era gratificante poner en aprietos a esos humanos que no podían esconder sus sentimientos. En toda su vida, solo había conocido a uno de ellos capaz de esconder sus pensamientos y sus emociones. Aunque nunca tuvo muy clara la procedencia de aquel hombre, en cuyo rostro destacaban unos grandes ojos azules. Pero ahora eso ya no importaba porque ese hombre estaba muerto.

—Hoy me acompañarás —dijo secamente.

Ganix asintió con la cabeza varias veces sin elevar la vista hacia su interlocutor. Cada vez que su mirada coincidía con la de su amo, tenía la sensación de que su sangre se le congelaba en las venas. A base de sentir ese dolor ardiente y gélido, había aprendido a esquivar sus ojos. Sadoc montó en su impresionante olano de color negro y el esclavo lo siguió detrás. Junto a ellos marchaba la guardia personal del suprem, compuesta por nueve guerreros. Atravesaron despacio las calles de Bankada. Al suprem le gustaba que lo mirasen y que todo el mundo supiera que estaba allí. Ganix caminaba encorvado. Los banelatus, al ver pasar a su suprem, inclinaban la cabeza en señal de respeto. Era su respeto una especie de sumisión hacia quien era uno de los más feroces guerreros que los banelatus habían engendrado. En su pecho lucía una medalla de oro que lo distinguía como uno de los héroes de Kendrem. En la ciudad de Kendrem había tenido lugar una de las batallas más sangrientas y crueles que los banelatus habían llevado a cabo en su historia. Más de diez mil hombres se habían refugiado tras sus gruesos muros. Después de un asedio de más de tres meses, los banelatus, al mando de Sadoc, habían abierto una fisura en la muralla lo suficientemente grande para que un guerrero la atravesara. Una vez que el primero de los enemigos puso el pie en Kendrem, la ciudad firmó su propia sentencia de muerte. Aquel día murieron más de ocho mil personas y el resto fue hecho prisionero y esclavizado, incluidos bebés, niños y mujeres.

En las calles de Bankada no había niños. De hecho, Ganix nunca había visto a ningún banelatu menor de dieciséis años. Durante sus primeras semanas de esclavo, llegó a pensar que no existían y que esos seres que lo tenían preso quizás no se reprodujeran como los hombres. Más adelante, cuando empezó a hacerse una idea de cómo funcionaba la compleja estructura banelatu, descubrió que los niños vivían apartados de los adultos y que solo tenían contacto con los maestros encargados de su educación. La relación paternofilial o maternofilial no existía. Nadie se podía acercar a Lasor. Así era como se denominaba al área donde los niños banelatus crecían.

Las calles devolvían el eco de los cascos de los olanos que caminaban con suma elegancia. Se dirigieron por la avenida principal hacia el extremo sur de la ciudad. Allí se encontraba el área administrativa del supremo. Se pararon delante de un edificio de amplios ventanales y arquitectura sencilla. Era ese edificio una réplica del palacio del suprem y quedaba justo en frente de él. Los miembros del Consejo salieron al encuentro de Sadoc y entraron juntos en el interior.

La luz era brillante dentro a pesar de encontrarse en uno de los días de menos luz del invierno. En el interior, las paredes exhibían grandes murales y gruesas columnas sujetaban los techos de las dependencias amplias y diáfanas.

Ganix siguió a su amo hasta la entrada de la gran sala de audiencias y se detuvo ante la enorme puerta que permitía el acceso a la sala más sagrada de los banelatus. Lo que allí se decidía tenía que ser cumplido a rajatabla. No había posibilidades de interpelación o de recurso. Las puertas se cerraron tras el paso de Erta y Ganix contempló los grandes pomos de madera en los que siglos atrás se había tallado dos grandes cabezas de dragón. Esperó de pie y se mentalizó de que pasaría allí varias horas antes de que se le permitiera ir a cualquier sitio. Aquel día, seguramente, no comería.

Después de mucho tiempo inmerso en el más absoluto de los silencios, únicamente compartido con los esclavos de los otros miembros del Consejo, unos pasos surgieron del fondo del pasillo. Ganix miró hacia allí. La silueta de varios soldados banelatus, identificables por su ropa negra y el escudo de Sadoc —una gruesa roca sobre la que se alzaba una torre-fortaleza— en su pecho y en el brazo derecho, creció en la distancia. Dieciséis de ellos escoltaban a una banelatu de sexo femenino de largos cabellos del color del fuego y blanca tez de porcelana. Ganix observó la escena con detenimiento. Un pequeño escalofrío recorrió su espalda al identificar a aquella que caminaba en el centro. «¡Saturene!», se sorprendió.

Había oído hablar de aquella banelatu. Todos la reconocían como una de las magas más poderosas de aquel pueblo. Era la primera vez que la veía, pero supo que era ella. Ningún otro banelatu tenía el pelo de ese color. Al pasar junto a él, Saturene lo miró. Ganix se sorprendió porque no sintió nada parecido a lo que esperaba. No hubo dolor ni sensación de frío o calor. Saturene caminaba con la cabeza erguida y la espalda muy recta. Su pelo suelto y sus manos atadas por las muñecas indicaron a Ganix que la maga estaba allí no como invitada o como testigo de algún caso, sino como procesada. Aunque eso era impensable, se dijo el esclavo para sí. No podía concebir nada que Saturene hubiera podido hacer para que la trataran como a un criminal. La expectación creció entre los esclavos que esperaban fuera, conforme se dieron cuenta de lo que ocurría.

Las puertas se abrieron el tiempo justo para que los soldados y la maga entraran. Después, solo quedó el silencio.

Sadoc y los tres miembros del Consejo se giraron cuando se abrió la puerta. Cuatro viejos conocidos se miraron sin decir palabra alguna. A pesar de su aspecto joven y saludable, el supremo pudo detectar el peso de los años sobre las espaldas de la detenida. La que tenía delante ya no era la maga poderosa que fue antaño y que contribuyó a tantas victorias del supremo.

Saturene también escrutó con detenimiento a los cuatro banelatus que tenía delante. Allí estaban aquellos que la iban a traicionar, aquellos que habían considerado que ya no servía para los intereses dominadores de su pueblo. O quizás era por eso por lo que estaba allí, porque iban a utilizar su detención en su propio beneficio, mientras hacían creer al resto de los banelatus que era por el bien del supremo.

Totakoxe fue el primero en hablar. Su voz sonó metálica.

—Saturene, se te acusa de traición al supremio y de utilizar hechizos prohibidos contra el suprem. Este Consejo te escuchará y tú escucharás al Consejo.

Totakoxe había sido claro y directo. La maga respiró y tomó aire antes de hablar. Se adelantó unos pasos. Dejó atrás la escolta de dieciséis soldados que la habían acompañado hasta la sala. Su andar era majestuoso y su porte casi regio. Su pelo parecía encendido en fuego y se movía alrededor de su cabeza como si de él salieran verdaderas llamas. Raitin retrocedió un par de pasos. Siempre había sido un poco supersticioso con respecto a aquella banelatu.

—No veo de qué modo he podido traicionar al supremio —empezó. Y su voz inundó de calidez la sala donde se encontraban—. Siempre he cumplido las órdenes que me habéis hecho llegar, con diligencia y prontitud. He contribuido con los medios a mi alcance a las últimas victorias e incluso me ofrecí voluntaria para acompañar a Yankel. Vosotros considerasteis más oportuna mi estancia aquí y yo lo acepté.

Tras estas palabras, Sadoc se adelantó y se dirigió a ella con un tono que no dejaba lugar a dudas de que él iba a llevar el peso de aquel interrogatorio.

—Saturene —le dijo—, ayudas a los humanos. Has dicho públicamente que pueden aprender como nosotros y que pueden llegar a ser nuestros iguales.

—Te recuerdo que fuiste tú el que me pidió que los observara y te transmitiera mis impresiones sobre ellos. Durante el tiempo en que he estado en contacto con ellos, me he dado cuenta de que son más inteligentes de lo que creíamos. Siempre los hemos considerado como animales, con un intelecto menor, incapaces de desarrollar el conocimiento que nosotros hemos alcanzado, pero estaréis de acuerdo en que todos hemos tenido experiencias —y al decir esto miró a Sadoc— que han demostrado lo contrario. Los humanos son capaces de aprender nuestro idioma, de hablarlo, de estudiar nuestra historia, nuestras artes e incluso nuestras técnicas de lucha.

—¿Veis lo que os había dicho? —interrumpió Erta—. Ella misma lo está reconociendo.

—Solo digo lo que he observado.

—¡Basta! Lo que pretendes es equiparar nuestro supremio, nuestros dones y nuestra civilización a los humanos. Si ellos llegaran a saberlo, ni siquiera a sospecharlo, les daríamos esperanzas y se convertirían en una masa incontrolable que nos daría un montón de problemas.

Saturene se envolvió en silencio, buscando las palabras adecuadas.

—Puede que los banelatus seamos una civilización más avanzada, más desarrollada y más fuerte. Ciertamente vivimos más años, nos conservamos jóvenes y hemos aprendido a curarnos de enfermedades que masacran a los humanos. Y, puesto que somos una civilización más avanzada, solo pido un poco de prudencia a la hora de expandirnos. Hasta ahora lo único que hemos hecho es extender nuestras fronteras sin buscar un equilibrio, sin tener presente que quizás también podamos aprender de otros pueblos.

Sadoc se habría reído si hubiera sido capaz de recordar lo que era la risa.

—Ya has dicho demasiado —le interrumpió con cierta brusquedad—. Estar tanto tiempo al lado de los humanos ha hecho que te ablandes. Hace tiempo que debí apartarte de ellos. Ahora representas un peligro para tu propio pueblo. Eres un mal ejemplo para todos. Te dejas llevar por los sentimientos y un buen banelatu antepone los intereses del supremo a sus sentimientos porque, sencillamente, no los tiene. Has dejado que los humanos, especialmente uno, guíen tus pasos y te has atrevido a atentar contra tu suprem.

Sadoc se quedó mirándola largo rato. Quería penetrar en los pensamientos de la maga, pero se encontró con un escudo muy fuerte.

—Quizás sea verdad eso que dicen por ahí de que sentías algo por uno de esos talantas al que considerabas tu amigo, tu igual. ¿Estoy en lo cierto? Nuestra maga doblegada por el amor de un talanta.

—Te recuerdo que hubo un tiempo en que también nosotros manifestábamos nuestros sentimientos.

—De eso hace siglos. Y ya nadie lo recuerda. Entonces éramos un pueblo débil. Yo he conseguido cambiar eso. Ahora somos un pueblo poderoso y todos nos temen. Hemos conseguido avanzar. Nuestra magia y nuestra medicina están más allá de lo que ningún banelatu pudo siquiera soñar.

Sadoc la miró, sabiéndose ganador de esa pelea dialéctica. Hubo un tiempo en que el supremo había apreciado los consejos de Saturene. Pero ahora parecía haberse convertido en una sombra de lo que había sido. Ya no podía ser un ejemplo a seguir para nadie.

—¿De verdad crees que tu talanta va a regresar de entre los muertos? Ni tu magia pudo salvarle —prosiguió Sadoc.

Hubo un silencio tenso en el ambiente.

—Ya es tarde para ti, Saturene. Se te quitarán tus poderes y tus privilegios y pasarás el resto de lo que te quede de vida en la prisión de Pasarisi. Tu nombre será borrado de entre los grandes. Serás olvidada. ¡Soldados! —pidió, dirigiéndose a la guardia que esperaba inmutable al lado de la puerta—. ¡Llevaos a esta sombra sin nombre!

El silencio fuera era tan grande que el ruido de la puerta sobresaltó a Ganix. Los soldados tomaron posiciones y dejaron pasar a Sadoc y al Consejo. Rodearon a Saturene y salieron detrás. Varios esclavos, entre los que se encontraba Ganix, cerraron la marcha. La comitiva avanzó a paso ligero. El aire retumbó con el sonido de sus pasos: clap, clap, clap, clap. Avanzaron hacia el sur de la ciudad. La noticia de la detención de Saturene había corrido ya entre toda la población y decenas de curiosos comenzaron a murmurar por las calles. Ganix se sentía extraño en ese mundo irreal. Siempre se había considerado una pieza que no encajaba y en ese instante fue más consciente que nunca del sinsentido de su vida. Durante los primeros días pensó que sería

imposible no volverse loco, ahora anhelaba una locura en la que poder refugiar su sufrimiento. Conforme se alejaron, un olor nauseabundo y putrefacto llenó sus pulmones. Ganix supo con certeza que se dirigían a Pasarisi. Estar cerca de los banelatus era morir cada día, pero estar en aquella prisión era como no poder morir nunca.

La salida de los vertidos de la ciudad de Bankada se canalizaba hacia la parte sur. Un ancho canal que discurría por debajo de las calles había sido diseñado para recoger todos los vertidos de los habitantes de la capital del supremio. Todos esos desperdicios y aguas iban a parar a la parte sur, justo encima de donde discurría la prisión. Allí era donde se encontraban.

Ganix sintió una arcada y estuvo a punto de vomitar. Su estómago estaba revuelto y su tez pálida. El olor era tan horrible que incluso para los banelatus que estaban cerca era difícil contener una mueca de repugnancia.

La prisión de Pasarisi había sido construida en el subsuelo, aprovechando las galerías de lo que hacía mucho tiempo había sido una mina. Los recién llegados entraron en la única estancia que quedaba a ras de suelo. Un edificio de una sola planta rectangular, donde se hacía el primer y único registro de los detenidos. Atravesaron la primera de las puertas donde un banelatu de ojos blancos los recibió, deshaciéndose en empalagosas reverencias y palabras de alabanza hacia los miembros del Consejo y, especialmente, hacia Sadoc. El suprem pronunció unas palabras en apenas un susurro. Después, desapareció con Saturene detrás de una puerta de color negro. Todos los demás esperaron en silencio. Ganix miraba al suelo. Se sentía incómodo y un incontenible temblor le recorrió el cuerpo. De pronto, un chillido agudo, lento y doloroso invadió su cabeza. Se llevó las manos a los oídos en un gesto inútil. Era como si el lamento estuviera dentro de ella. Nunca había oído chillar a un banelatu de aquella forma. Ni siquiera sabía que pudieran hacerlo.

Al cabo, el silencio volvió a resonar en su cabeza. A pesar de la aparente normalidad, Ganix tenía la sensación de que algo se había roto para siempre en el universo. Era una extraña impresión que no sabía cómo explicar.

La puerta se abrió como por arte de magia. La silueta de Sadoc avanzó precedida de una especie de caja rectangular transparente dentro de la cual relucía una intensa luz azul. Era una luz que transmitía calor y tranquilidad y a la que uno podía mirar sin interrupción en un profundo éxtasis. Por primera vez desde que se había convertido en un invitado obligado en el mundo banelatu, a Ganix le pareció ver una mueca de gran satisfacción dibujada en la cara de su amo, pero solo era una extraña impresión provocada por las circunstancias.

Cuatro banelatus pasaron con rapidez a su lado. Se introdujeron a través de la puerta que había quedado abierta y sacaron el cuerpo debilitado de la gran maga banelatu. Sus ojos permanecían abiertos y su rostro tranquilo, aunque parecía que hubiera envejecido cientos de años de golpe. Esa fue la última vez que Ganix vio a Saturene.

Capítulo V

Territorio talanta

Cuando Aner llegó a territorio talanta, llevaba muy pocas pertenencias consigo. Sus escasas posesiones estaban guardadas en un pequeño hatillo que cargaba sobre su hombro. En él escondía algo de ropa y un raro instrumento musical que Zarala no conocía y que él llamaba rabel. Antes de comprometerse con el hombre que había llegado de lejos, la mujer solo había conseguido que tocara para ella una vez. Zarala fue consciente en aquel momento de que, por alguna circunstancia que desconocía, aquel instrumento representaba un recuerdo amargo en la vida de quien ahora era su compañero. Un recuerdo triste y agradable a la vez y muy doloroso. Ahora, observando cómo los dedos de su mano izquierda se movían con precisión por las tres cuerdas del rabel, mientras la mano derecha deslizaba el arco sobre ellas, había recordado aquel instante. Sonrió al rememorar la melodía que la había enamorado.

Aner, sabiéndose observado, levantó la vista y sacó la lengua a su esposa en un gesto de clara complicidad entre ambos. Varios talantas bailaban entre el espacio que los separaba. Todos parecían divertirse. Y hasta los más pequeños estaban despiertos, a pesar de que las estrellas llevaban varias horas sobre el cielo negro y despejado. Cuando la música cesó, Luar se acercó a su hermana.

—Tu esposo es una caja de sorpresas —le manifestó.

Zarala sonrió satisfecha sin apartar la vista de esos ojos valientes, a la vez que tímidos. Luar también lo contempló. Nunca había visto a su cuñado tan desinhibido. Quizás se estuviera adaptando a la vida del clan, por fin. Aner elevó el arco y dio tres golpes en el aire antes de iniciar una nueva melodía. A su izquierda, Burni le acompañaba con un instrumento de percusión que él mismo se había fabricado con las tripas de un cordero. El sonido de ambos músicos invitaba a la danza y a algo más. Había en la melodía una nota sensual. Aner tenía sus ojos fijos en Zarala. Por primera vez en mucho tiempo disfrutaba con el rabel. Podía ser muy bien el vino que corría por sus venas o los movimientos sensuales de su esposa. Podía ser cualquier cosa, pero todo unido le hacía sentirse bien.

Aquella noche había luna llena, luna azul la llamaban, porque era la segunda luna llena de ese mes. Poco importaba el frío, poco importaba el dolor que recientemente había sufrido el clan o, precisamente por eso, todos deseaban tener algo que celebrar. Algo que les sacara de la rutina infernal de un invierno lleno de frío, de oscuridad y tristeza. Dos grandes terneros se asaban en el fuego. Alrededor, decenas de personas, aproximadas a las brasas, acercaban sus manos en busca del calor que faltaba en sus cuerpos. Aner enfocó a lo lejos. Con su mirada, trató de atravesar la pequeña muralla que rodeaba el pueblo. El calor del cuerpo de su mujer se sentía pegado a su espalda. Se preguntó cuánto tiempo de felicidad quedaría antes de ver aproximarse a la muerte de nuevo, mientras se abandonaba al gozo efímero del roce de la mano de su mujer.

Cuando la canción concluyó, Zarala tiró de la mano de Aner y lo guio hacia las brasas. En medio de una gran hogaza de pan, puso un buen pedazo de carne y se lo dio. Se miraron durante

largo rato antes de empezar a comer.

Los ecos de la música aún resonaban en los oídos de Meder. El tan-tan del improvisado tambor de Burni despertó sus instintos. Hacía rato que se había retirado a su palacio. Las voces de aquellos que aún continuaban la fiesta llegaban como un murmullo de excitación y alegría. Lexuri le sirvió una última copa de vino. Meder la agarró por la muñeca y la atrajo hacia sí. Su boca olía a alcohol y a deseo. Los grandes ojos de la muchacha, abiertos como dos enormes lunas, tenían la palabra miedo escrita en su interior. Sabía lo que iba a ocurrir —era la tercera vez aquella semana— y sabía que ya no podría soportarlo más. Meder acercó sus labios a su cuello y le mordió. Este acto pilló desprevenida a Lexuri, que se quedó petrificada sin saber qué hacer. Tardó en reaccionar. Intentó alejarse de aquel hombre, pero no pudo. Meder le dio un pequeño empujón en sus hombros que la hizo caer. Intentó zafarse, correr y gritar. Solo pudo llorar al sentir el frío y duro suelo en su espalda. El peso del cuerpo de Meder la hundió en la miseria y la rabia. Se sintió pequeña, manipulada e inservible. Solo deseaba que el tiempo corriera veloz. Las uñas de sus manos se clavaron en la tierra sucia del suelo. Gritó de dolor y desesperación, pero nadie vino a socorrerla. Gruesas lágrimas rompieron su ingenuidad para siempre. Aquella noche de luna azul fue doblemente amarga, doblemente horrible. Había sido engañada, le habían dicho que iba al quinto clan en calidad de prometida de Meder, no para que este la convirtiera en una ramera.

La música había cesado en el exterior. Algunos hombres apagaban las últimas brasas que teñían la noche de rojo. Aner guardó con sumo cuidado el rabel en un paño de suave algodón que ni siquiera él sabía dónde había conseguido. Zarala lo tomó en sus manos como si se tratara de un bebé y se dirigieron hacia casa.

El talanta de los ojos azules miró a su esposa y la tomó en brazos. El calor del hogar de los Ezkanda entonó sus cuerpos. En silencio, Aner llevó a Zarala a su dormitorio y la dejó en el lecho. La desnudó con cuidado y recorrió su cuerpo mil y una veces con sus labios. Zarala sonreía feliz, abierta a su esposo. Aquella noche fue distinta a cualquier otra. Aner estaba más ardiente, más exigente y más receptivo, como si sus instintos se hubieran multiplicado por cien. Un placer distinto recorrió el cuerpo de Zarala.

Aner cayó exhausto a su lado. Poco después, levantó su cabeza buscando la mirada de su esposa. Por un momento temió haber sido demasiado... brusco. Pero la sonrisa de Zarala le indicó que no había sido así. La joven apoyó su cabeza en el hombro de su esposo. Aner llevó su mano al vientre de su esposa y esta cerró los ojos feliz por llevar dentro al hijo del hombre que amaba.

«¡Un hijo!», pensó él. Todavía no se había hecho a la idea. Saberse próximo a ser padre le hacía sentirse poderoso y vulnerable a la vez. Se preguntó cómo iba a ser capaz de protegerlo frente a los banelatus y deseó estar equivocado respecto a la certeza de su avance hacia el poblado. Miró a su esposa. Parecía tranquila. Dio gracias por haberla encontrado. Ella siempre le ponía en su sitio y llevaba la calma a su corazón cuando él se encontraba abatido. La besó en la frente y apagó las velas que daban color a la estancia.

La voz corrió como un alud por el poblado y enseguida se preparó una batida de búsqueda.

Meder estaba furioso y alterado. Todos pensaron que estaba seriamente preocupado por la suerte que podía haber corrido Lexuri, pero otros pensamientos ocupaban su mente. Esa maldita mujer estaba a punto de arruinar su vida.

Se paseó intranquilo por la estancia, aunque sabía que lo último que debía hacer era dejarse dominar por la incertidumbre. Tenía que mantener las apariencias. Lo importante era encontrar cuanto antes a Lexuri y a ser posible que él estuviera presente cuando eso ocurriera. Si estaba viva, él debía imponer su autoridad y ser el primero en hablar con ella. Y si estaba muerta... Mejor para todos que estuviera muerta, pero, sobre todo, mejor para ella porque si no iba a tener una muerte lenta y dolorosa. ¿Cómo se había atrevido a desaparecer así?

Todos los hombres del pueblo estaban preparados a las afueras del palacio. Esperaban la orden para partir. Entre las mujeres había miedo y nerviosismo. La posibilidad de una amenaza exterior hacía aún más patente su miedo. Zarala se despidió de Aner con un beso suave y cálido. Meder lo vio y un rayo de fuego rasgó sus párpados. El guía del quinto clan elevó su brazo izquierdo y todos se pusieron en marcha.

Los alrededores del poblado estaban cubiertos de un grueso manto de nieve. Si Lexuri había abandonado la protección del clan, sus huellas debían ser visibles. Sin embargo, sobre el suave tapiz blanco no había ninguna marca que delatara su posible marcha. Buscaron durante todo el día. Conforme avanzaba la jornada, la desesperanza crecía en inversa proporción a las horas de luz que restaban. Cuando el sol se despidió y la línea del horizonte se cerró como el párpado de un ojo que se ha quedado dormido, los hombres regresaron al poblado. Nadie hablaba. Ninguno de ellos, ateridos de frío y cansados, encontró descanso en el calor del fuego del hogar. Las mujeres agachaban la cabeza sin atreverse a preguntar y los niños, como si supieran que algo terrible se cernía sobre ellos, dejaron de hablar y de reír.

Zarala esperó despierta a Aner en su lecho. Cuando sintió su presencia, se puso de rodillas y encendió una pequeña vela. Sus ojos se encontraron durante unos instantes. Sin pronunciar ninguna palabra, Zarala ayudó a Aner a desvestirse. Despacio, le quitó la ropa mojada y la tendió sobre una pequeña mesa que quedaba debajo de la ventana. Aner escondió su cabeza entre las manos. Zarala contempló su espalda desnuda. Una pequeña cicatriz recta y horizontal cruzaba la parte de la izquierda a la altura de los riñones. La mujer colocó sus manos cálidas sobre sus hombros. Él cerró los ojos y respiró profundamente mientras sentía las caricias de su esposa. Con el dedo índice de su mano derecha, Zarala recorrió la marca en forma de rayo que Aner tenía tatuada en su nuca y que su pelo largo tapaba en ese momento. El joven sintió la curiosidad de Zarala. Se volvió y besó los labios dulces de su joven esposa para impedir que la pregunta sobre el origen de esa marca surgiera de su boca. Solo una vez Zarala le había cuestionado sobre el origen de ese tatuaje. Aner contestó con evasivas y ella entendió que no debía preguntar más sobre ello. Al menos, de momento.

Zarala condujo a Aner hacia su lecho. Recostó su cabeza sobre su hombro y escuchó los latidos lentos pero poderosos que resonaban en el pecho de él.

—Será un duro golpe para los padres de Lexuri conocer la noticia de su fallecimiento — comentó ella de pronto.

—Aún no sabemos qué ha pasado con ella.

La cara de Zarala dibujó un gesto de incredulidad.

—Es imposible que Lexuri haya sobrevivido dos días con este frío.

—Algunas personas pueden hacerlo.

—Supongo que te refieres a personas como tú o mi hermano, pero no a una mujer joven e inexperta que su viaje más largo había sido llegar aquí desde su clan. No vais a encontrar a Lexuri con vida.

Las palabras de Zarala sonaban con convencimiento.

—¿Por qué dices eso? ¿Sabes algo? —preguntó él, aunque también tenía esa sensación.

—No, no he hablado nunca con ella, pero no hace falta hablar con algunas personas para saber que sufren. Si quieres saber mi opinión, estoy convencida de que Lexuri se fue para no volver.

—¿A su clan?

—¿No quieres entender, Aner? Lexuri se fue porque no quería estar aquí ni en ninguna otra parte.

—Pero ¿por qué, por qué querría irse?

—Solo una mujer ultrajada se va para no volver.

Aner se quedó pensativo. El suave pelo de Zarala rozó su mejilla. La abrazó como si temiera perderla y besó su cabeza. Se durmieron sin separarse, buscando calor en la oscuridad de la noche de invierno.

La jornada comenzó temprano al día siguiente. Una fina lluvia acompañó la batida. Las huellas se borraron y la nieve se convirtió en un barrizal movedizo donde los pies se quedaban clavados, húmedos y fríos. Aner se abrigó debajo de su capa y se cubrió con la capucha. A su izquierda, Ixaka caminaba despacio. Le castañeaban los dientes. Aunque intentaba disimularlo, el temblor de su barbilla delataba la irritante sensación de frío. Aner, aunque no lo demostraba, estaba tenso. Cuando le comunicaron la desaparición de Lexuri, temió que los banelatus estuvieran más cerca de lo que había sospechado. Después de dos días de batida por los alrededores en busca de sus huellas, además de las de la mujer, había deducido que no había banelatus por los alrededores. Sin embargo, había algo que no encajaba. Si Lexuri había decidido abandonar voluntariamente el refugio del clan en pleno invierno, ¿cuál era la razón que le había llevado a hacerlo? Y si no había desaparecido por voluntad propia, ¿quién o qué se la había llevado? ¿Y si su esposa tenía razón?

Un viento frío sacudió el atardecer. Los hombres encendieron los primeros faroles y apuraron hasta bien entrado el anochecer antes de renunciar de nuevo a la búsqueda. El viento soplaba de cara y hacía difícil el avance. Meder caminaba cerca de Aner. Tenía la certeza, aunque le repugnara reconocerlo, que, si alguien podía encontrar a la chica, ese era él.

Los hombres iniciaron el regreso cabizbajos, sintiendo la derrota en sus hombros. Luar, Ixaka y Aner entraron en la casa en silencio. Las mujeres los miraron con ojos ansiosos, pero, al ver los rostros serios de sus hombres, desviaron las miradas sin atreverse a comentar nada. Pusieron sobre la mesa unos cuencos llenos de carne recién guisada condimentada con verduras. Luar no tenía muchas ganas de comer, pero lo hizo porque era consciente de que necesitaba reponer energías. Nadie sabía cuánto iba a durar la búsqueda.

—¿Qué creéis que le ha podido suceder a esa muchacha? —preguntó Lastur, que era demasiado mayor para participar en la batida, cuando se retiraron las mujeres.

—Lexuri echaba de menos a su familia. Se le ocurrió que podía regresar sola a su clan. Por el camino, tuvo un encuentro inesperado con alguna bestia que la ha devorado. Tendremos suerte si encontramos un hueso de su cuerpo que justifique su muerte —dijo Ixaka henchido de lógica juvenil.

Lastur miró a Luar, buscando una respuesta más acertada.

—No sé qué habrá ocurrido, pero cada hora que pasa hay menos posibilidades de encontrar con vida a esa muchacha. Las condiciones meteorológicas son insufribles ahí afuera. A eso hay que sumar las manadas de lobos y otras bestias que buscan comida. No creo que haya sobrevivido.

Hubo un silencio tenso. Los hombres hablaban en susurros para no preocupar a las mujeres con sus comentarios.

—¿Tú qué crees, Aner? —preguntó de pronto Lastur.

Todas las miradas se dirigieron al joven de los ojos azules. Aner, que no se esperaba la pregunta tan directa, jugó con la cuchara de madera dentro del cuenco para ganar tiempo. Meditó la respuesta que iba a dar y carraspeó un par de veces antes de responder.

—Creo que buscamos a Lexuri en el lugar equivocado.

Varios pares de ojos lo miraron expectantes.

—Hemos dado por hecho que Lexuri quería retornar con sus padres y hemos dirigido nuestros pasos hacia ese punto. Pero puede que estemos equivocados.

—Y, ¿qué te hace suponer eso? —inquirió Luar, poniendo en palabras la pregunta que todos tenían en mente.

—No tengo ninguna teoría al respecto. Solo barajo otras posibilidades. Seguramente nunca sepamos lo qué ocurrió... —dejó sus palabras en suspenso y los miró, mientras recordaba la conversación que había mantenido la noche anterior con su esposa.

—¿Crees que alguien o algo la obligó a irse?

—No hemos encontrado huellas o rastro que así lo demuestren.

—Entonces, ¿qué insinúas? —quiso saber Lastur.

—Solo digo que deberíamos probar a buscar en otras direcciones y que dejemos las elucubraciones para cuando aparezca Lexuri, viva o muerta.

Aner se levantó incómodo y se acercó hacia la ventana. A lo lejos se veía el resplandor que el sol babeaba tras de sí en su retirada dejando, justo en el otro lado, una densa oscuridad que tapaba todo color y forma. El aullido de un lobo partió la noche.

Un gélido viento golpeó la cara de Aner. Este se llevó la mano al cuello y se tapó hasta la nariz con un grueso pañuelo que le protegía del viento. Zarala le tendió un pequeño zurrón lleno de comida y bebida y él se pasó la correa que lo sujetaba por el cuello. Meder se acercó golpeando el suelo con sus largas piernas. Se paró en seco delante del joven y lo retó con la mirada. Aner sostuvo el contacto sin decir palabra alguna. El guía del quinto clan elevó su mano derecha y todos los hombres se pusieron en marcha. Cuando Aner fue a dar el primer paso, Meder lo detuvo.

—¿Por qué crees que no hemos encontrado ninguna señal que nos diga por dónde se fue Lexuri? —le preguntó Meder.

—Porque no hemos dado con el lugar correcto por el que se fue.

—¿Me equivoco si pienso que tienes una teoría al respecto?

El joven respiró antes de hablar y se bajó hacia el cuello la gruesa protección que se había puesto para resguardar su boca y su nariz.

—Durante estos dos días hemos ampliado la búsqueda hacia el sur, tras la pista más obvia. Hemos supuesto que Lexuri decidió regresar a su poblado. Pero quizás no sea así —en este punto, Aner detuvo su exposición y estudió las facciones de Meder. Este lo miró con tal intensidad que habría podido derretir el hielo si se lo hubiera propuesto—. O tal vez sí, pero se equivocó de dirección.

—¡Habla! —le espetó.

—Supongamos por un momento que se dirigiera al norte.

—En el norte solo hay nieve y montañas y ella lo sabía.

—Pues supongamos que se perdió.

—¿Cómo explicas que no hayamos encontrado huellas?

—La primera búsqueda se dirigió hacia el sur. Después ha nevado y llovido. Es posible que las huellas se hayan tapado o borrado.

La cara de Meder se quedó a escasas pulgadas de la suya. Los dos se miraron largamente en silencio.

—Ponte en marcha, Aner. Más te vale estar en lo cierto o yo mismo te daré un castigo ejemplar en medio de la plaza por haberme hecho perder el tiempo.

Aner apretó la mandíbula y los músculos de sus brazos se tensaron. De buena gana le habría soltado un puñetazo. Zarala se movió desde atrás, lo justo para que Aner la viera. Eso bastó para contenerse. Alzó la gruesa tela sobre su rostro hasta taparse la nariz e inició la marcha con el irritante Meder a su lado.

El joven caminaba despacio. Trataba de oír donde nadie más oye y ver donde nadie más ve. En realidad, perseguía solo una corazonada, una sospecha derivada de la conversación que había mantenido con su esposa.

Todo el grupo avanzaba en silencio. Aquel día caminaron despacio. El terreno era abrupto por esa zona. El camino se abría en grandes desfiladeros y estrechos caminos cubiertos de hielo que los hacía resbaladizos y muy peligrosos.

Era bien entrada la tarde cuando los hombres encontraron el cuerpo sin vida de Lexuri. Pendía de un pequeño saliente unos pasos más abajo del camino por donde se desplazaban. Luar fue quien alertó de su presencia. Meder se acercó al lugar señalado. Lexuri se había despeñado. Intentar elevar el cadáver era arriesgado, pero el guía se empeñó en hacerlo. Meder dirigió su mirada hacia Aner.

—Con mis respetos, señor —dijo—, intentar subir su cuerpo pondría en peligro la vida de más hombres.

—Entonces quizás quieras ser tú el que haga los honores. No podemos permitir que Lexuri permanezca ahí. Debemos dar sepultura a nuestros muertos —le respondió, elevando una de sus cejas.

El joven estaba francamente enfadado. Decenas de pares de ojos lo miraban con atención. Aner sabía que Meder buscaba cualquier excusa para reprenderlo en público, así que por esa vez se tragó sus palabras y cogió varias cuerdas. Ixaka, Luar y otros hombres elegidos por el propio Aner fueron soltando cuerda para que este se deslizara. La pared estaba fría y era difícil agarrarse a ella. Así que prácticamente descendió colgado, dependiendo de la fuerza de aquellos que lo sostenían. Cuando llegó a la altura de la muchacha gritó para que detuvieran su descenso. Antes de intentar hacer pie en algún sitio. Observó el cuerpo de la chica. Nadie sabría nunca si se había tirado a propósito o si había sido un accidente. Desvió su mirada del cadáver en busca de un hueco en el que apoyar sus pies. El lugar en el que había quedado tendida la chica apenas tenía sitio libre para apoyarse. El primer intento hizo que la tierra cediera. Resbaló y se dio un golpe en la frente. Tuvo más suerte en el segundo intento. Colocó su pie sobre la pierna de ella y logró estabilizarse.

Lexuri había quedado tendida boca arriba. Sus ojos aún estaban abiertos. Aner se sorprendió al ver que no había en su rostro signo de dolor. El frío del invierno había hecho que su cuerpo estuviera muy bien conservado. No se apreciaban golpes en su cabeza, pero sí en otras partes del cuerpo. Su vestido estaba hecho jirones, los bajos destrozados y sucios y la zona del bajo vientre teñida del color de la sangre. A ojos inexpertos, ese color bien podía parecer simples manchas de barro, pero él sabía que no lo eran. Aner tragó saliva. Había visto otras víctimas de salvajes

violaciones. Despacio, llevó su mano hacia su cara y cerró sus ojos. Luego ató con cuidado varias cuerdas alrededor de su cuerpo y tiró de una de ellas para que sus compañeros iniciaran el alzamiento. Por un instante se quedó solo, sostenido en aquel pequeño saliente en el que un mal paso podía dar con sus huesos en el vacío. La vista desde allí era tan impresionante como peligrosa. Una enorme garganta de hielo y agua se abría debajo de él. El horizonte no parecía tener fin. A su derecha, un desfiladero estrecho y profundo se extendía hasta el infinito. Todo a su alrededor estaba teñido de blanco y el aire era cortante.

Aner pegó su espalda a la pared. A pesar de toda la ropa que llevaba, sintió el frío hasta en sus huesos.

—¿Estás listo? —escuchó la voz de su cuñado un poco más arriba después de un rato interminable.

—Subidme —les dijo.

A Aner le costó asirse a la cuerda. Sus manos ateridas de frío habían perdido sensibilidad y fuerza. Enroscó la cuerda a sus piernas y se dejó llevar.

Los hombres estaban cabizbajos. Meder ordenó el regreso inmediato.

Aner no conseguía entrar en calor. Y no lo hacía porque lo que sentía no era un simple frío corporal. Era un frío que le helaba el alma. Asistió como todos al sepelio, pero se quedó lo más atrás posible. Nunca le habían gustado ese tipo de actos. No le asustaba la muerte, había convivido con ella demasiado cerca desde su infancia; simplemente quería huir de sus propios recuerdos.

Zarala observó cómo su esposo se retiraba y partió tras él.

—¿Qué ocurre, Aner? —le preguntó ella mientras entraban en casa.

Él intentó sonreír. No podía explicarle a Zarala lo que había descubierto. No podía decirle que Lexuri había sido salvajemente atacada antes de morir y que quien la había forzado era el guía de aquel clan. No podía decirle que quien la pretendió antes que él era un ser así de monstruoso. Sabía que Zarala sospechaba la verdad, pero se juró que él jamás le contaría la cruda realidad que había descubierto al descender para intentar el rescate de la joven. Sonrió con suavidad.

—Ha sido una larga jornada para todos. Y, sobre todo, muy triste.

Aquella noche no cenaron. Se refugiaron en el calor de su habitación y de su lecho y se abrazaron sin decir nada. Así estuvieron durante mucho rato, en silencio, dejándose llevar por sus propios pensamientos. Hasta que Zarala rompió ese silencio con un susurro.

—Cuando llegaste al poblado, todos pensaron que eras un salvaje que se había criado en medio de las montañas y que ni siquiera sabías hablar.

—Llevaba un montón de días caminando. Mi pelo y mi barba habían crecido.

—Estabas herido...

—Solo eran unos rasguños.

—¿Rasguños? Si no llega a ser por Astu a estas alturas estarías muerto.

—Y me hubiera perdido el placer de estar aquí contigo.

Zarala se abrazó a su cuerpo, respirando al unísono con él.

—Nunca cuentas nada de tu vida antes de tu llegada aquí. Ni de tu infancia.

—Eso es porque no hay nada que contar. Mi vida empezó cuando te conocí a ti.

—¡Todo el mundo tiene algo que contar sobre su infancia!

—Pues yo no. Te lo aseguro.

Aner se revolvió inquieto y Zarala no pudo por menos que sentirse contrariada. Siempre que había intentado saber algo sobre el pasado de su esposo se había chocado contra un muro infranqueable.

—¿Es que no confías en mí?

—¿Confías tú en mí? Antes de llegar aquí no tenía vida. Tú has dado vida a este cuerpo y sentido a mi existencia. Sin ti volvería a estar ciego, mudo, manco y perdido. Recuerdo tus manos sobre mi cabeza mientras me cortabas el pelo y me rasurabas.

—Solo lo hice porque estabas malherido y no podías moverte. Parecías un salvaje y... dabas miedo. Si mi hermano Luar no me hubiera obligado, no lo habría hecho.

—Me alegro de que te lo exigiera —Aner cerró los ojos y besó el pelo suave de Zarala.

—Te quiero —le dijo ella—, quienquiera que seas y cualquiera que sea tu pasado.

Ya había sentido antes esa sensación y no le gustaba. Era un fuego intenso que le ardía dentro del pecho y no le dejaba respirar. Había luchado otras veces contra él, pero ahora sabía que soñaba y que esa impresión solo desaparecería cuando se despertara. El problema era que no podía despertarse. Un banelatu le observaba desde lo alto. Él estaba tendido en el suelo, a punto de sentir cómo una espada se clavaba en su corazón. Y no podía hacer nada, porque hacía mucho tiempo que el vacío se había extendido por su cuerpo, dejándolo inmóvil. Solo le quedaba luchar por despertarse.

Se agitó, intentando ordenar a su cerebro que se espabilara. Al fin se despertó. Dio grandes bocanadas de aire. Su pulso estaba acelerado. La luz entraba ya por la ventana. A su lado, Zarala

dormía tranquila. Se sentó en el lecho y se rascó la cabeza. Recobró el ritmo normal de la respiración, aunque no pudo desembarazarse de un mal presentimiento. Centró su vista en su esposa. Las delicadas líneas de sus cejas se perfilaban en su frente y conferían a su rostro una pacífica sensación de sosiego. Un mechón de pelo le tapaba parte de la cara. Se lo retiró con cuidado. La contempló durante un instante más, salió del lecho, se vistió y se fue de la habitación.

Amaduena trajinaba ya por la cocina. Al ver la figura del joven, le tendió un cubo grande y lo mandó a recoger agua. Aner lo tomó en silencio y salió. El sol aún no había terminado de asomarse, a pesar de que su luz se esparcía sobre la superficie de la Tierra. Caminó despacio. El vaho de su aliento se veía con nitidez. De las chimeneas de algunas casas empezaba a salir humo y las gentes se preparaban para otro día de frío. Aner subió el agua despacio, manipulando la manilla que recogía la cuerda. Tuvo que repetir la operación varias veces hasta llenar el cubo que le había entregado su suegra. Miró al cielo. Su color era aún de un tono azul pálido, pero presagiaba un día despejado.

Amaduena vertió parte del agua que le había entregado Aner en un recipiente más pequeño y se lo mandó llevar a Luar. El joven golpeó con fuerza la puerta de la habitación del jefe de la casa. La cara de Luar se asomó poco después.

—Tengo que hablar contigo, a solas —le dijo Aner mientras le tendía el recipiente con agua.

—Después —le replicó Luar, cerrando la puerta sin darle opción a explicarse.

El joven se retiró despacio y se sentó a la mesa, pero apenas probó bocado. Luar tardó en salir. Cuando Aner lo vio asomarse por la puerta, su primer impulso fue levantarse y dirigirse hacia él, pero se contuvo en el último instante y se mantuvo concentrado en su cuenco donde le habían servido el desayuno.

Las mujeres esperaban detrás. Preparaban las tareas del día y aguardaban a que los hombres terminasen para servirse ellas.

—¿De qué querías hablarme? —preguntó por sorpresa Luar.

Aner alzó la vista de su cuenco y la clavó en su cuñado. ¿Por qué le interrogaba delante de todos cuando le había dicho que quería hablar con él a solas?

—Quería comentarte algo... en privado.

—¡Vamos, Aner! Cualquier cosa que quieras decirme pueden escucharla los demás miembros de esta familia. ¿O es que tienes miedo de dirigirte a todos?

Tras estas palabras, todos los varones de la familia dejaron lo que estaban haciendo y miraron expectantes al joven. Aner repasó con la mirada a todos antes de decidir si trataba el tema o no.

—No es nada —dijo al fin.

Luar soltó una estruendosa carcajada y otros esbozaron una sonrisa.

—¿Me has despertado para decirme que querías hablar conmigo y ahora resulta que se trataba de una tontería?

—No te he despertado para pedir hablar contigo. Te llevaba el agua.

—De cualquier forma, ahora te escucharé. Así que no me hagas perder el tiempo.

Aner se sorprendió de la dureza que transmitían las palabras de su cuñado. Nunca antes le había hablado así. Seguramente aún estaría enojado por la propuesta que le hizo de construir su propia casa para Zarala y para él. Su esposa lo miró y le animó a hablar. Aner respiró y lanzó su mensaje. De la única forma que sabía hacer.

—Creo que los banelatus están cerca. He podido examinar nuestras defensas y, la verdad, tengo serias sospechas de que estemos en condiciones de repeler un ataque...

—Espera, espera —le interrumpió Luar—. ¿Crees que los banelatus están cerca?

—Sí, lo creo.

—¿Lo crees?

Aner estaba molesto con tanta interrupción. Estaba perdiendo el hilo de lo que tenía que decir.

—Estoy seguro —dijo en un tono que sonó casi desafiante.

—Llevamos tres días rondando por los alrededores y no hemos hallado ni una mísera huella. Nada que nos haya indicado la presencia de hombre, bestia o... banelatu. ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque he tenido un sueño —dijo Aner, aunque sabía que su frase tenía poco peso como argumento. Pero era la verdad.

—Espera un momento. ¿Quieres que crea tus palabras porque lo has... soñado?

—Era el décimo tercer día del mes y lo que se sueña ese día se cumple —añadió totalmente seguro.

La sala se quedó en silencio. Aner creyó que había captado por fin la atención de quienes le escuchaban, pero su discurso interior quedó interrumpido por una gran explosión de carcajadas.

—No sé lo que creéis en el lugar del que vienes, pero te aseguro que aquí no tenemos esas creencias —replicó Luar entre carcajadas—. Aner, te creía más maduro. No me hagas creer que tienes miedo de un sueño.

—No es un sueño, es... más que eso.

—Olvídate. Si no lo haces, voy a creer que eres un cobarde. Que te dan miedo tus propios sueños.

El joven se levantó furioso. De sus ojos parecían salir pequeños rayos de ira.

—Aner, siéntate y termina el desayuno —le dijo Luar—. Y, si alguien nos ataca, hombre, animal o bestia... tan solo preocúpate de ser el primero en llegar con tus arqueros al sitio por el que comience el ataque. Y luego acata las órdenes que te sean dadas.

El joven salió de la casa a grandes zancadas. Cerró la puerta con brusquedad y miró a ambos lados. Apretó los puños hasta clavarse las uñas y se dirigió hacia el exterior de la muralla.

Zarala, roja de vergüenza, se dirigió hacia la puerta de su casa en busca de su esposo.

—¡Zarala! —oyó que la llamaba su hermano, pero ella siguió sin prestar mayor atención. Cuando salió al exterior, un golpe de frío la recibió sin avisar. Buscó a Aner con la mirada y corrió hasta alcanzarlo.

—¡Espera, Aner!

—Déjame en paz, Zarala.

Estaba furioso. Luar le había incitado a hablar solo para ponerle después en ridículo. Aceleró el paso. Quería estar solo. El joven caminaba deprisa y ella tenía problemas para seguir sus grandes zancadas.

—Mi hermano no ha querido burlarse de ti.

—Pues lo ha disimulado muy bien.

Caminaban por el exterior de la muralla. La nieve amontonada durante largas jornadas invernales amortiguaba sus pisadas. Aner se alejó para contemplar en silencio aquellos muros viejos y gastados. No resistirían el ataque de Yankel. Dio varios pasos hacia uno y otro lado. Intentaba pensar con claridad, establecer prioridades y decidir qué se podía hacer. Quizás Astu le escuchara. Sus consejos siempre eran bien recibidos. Tan inmerso estaba en sus propias cavilaciones que se olvidó de la presencia de su esposa. Esta lo miraba en silencio. Nunca lo había visto tan preocupado. La joven se acercó con cuidado hasta él y posó una mano sobre su mejilla de forma cariñosa. Él torció despacio la cabeza. No quería ser consolado por una mujer, aunque esta fuera su esposa. Había quedado como un cobarde delante de todos los hombres de su familia.

—Aner, yo te creo. Pero, entiéndelo. Luar es el jefe de nuestra familia. Él es el que decide, el que da las órdenes.

Aner se llevó las manos a la cintura. Sus pensamientos estaban lejos, vagaban hacia otros lugares. Su mirada perdida se clavó de repente en el rostro de Zarala. Estaba harto de esa sociedad tan rígida socialmente en la que nadie era escuchado y donde las mujeres estaban sometidas al criterio de sus hombres. Ni siquiera podían servirse en la mesa a la par que ellos. Era una completa estupidez.

—¡Vámonos de aquí! —le dijo en un susurro—. Los banelatus llegarán pronto y yo no podré

protegerte, protegeros —se corrigió—, detrás de estos muros. Será una masacre. Caerán sobre nosotros... —dejó la última frase en suspenso. Así no conseguiría convencer a su esposa—. Te estoy asustando.

La mano de Zarala temblaba. Aner tocó despacio el vientre de su esposa y luego la abrazó en silencio.

—No podemos huir —le dijo ella, afectada. Desde que estaba embarazada, sus emociones estaban siempre a flor de piel—. Estaremos más seguros dentro de la protección del clan. Será más fácil defendernos entre todos que exponernos ahí afuera solos.

—Está bien, no te asustes. Dentro de la fortaleza estaremos seguros y yo buscaré la forma de protegeros a los dos —le declaró mirándola. Se lo dijo para tranquilizarla. En todo momento mantuvo la apariencia de que todo estaba bien, a pesar de que algo dentro de él le decía lo contrario.

El fino oído de Aner captó un ruido que no encajaba dentro del contorno que los rodeaba. Su cuerpo se puso en tensión y elevó la mirada, buscando en la distancia algo que no se veía a simple vista.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Zarala.

—Nada —le manifestó con una sonrisa—. Hace frío. Volvamos dentro.

Aner le hizo caminar a Zarala con paso ligero y la llevó al calor del hogar de su familia. Cuando abrieron la puerta, los murmullos del interior cesaron de repente. Aner fue consciente de que hablaban de él. Se quedó quieto en la entrada un momento y luego estiró despacio de la mano de Zarala. Esta lo retuvo, se aclaró la garganta y habló despacio.

—Aner y yo tenemos que comunicaros una noticia: vamos a ser padres.

Las palabras de Zarala no produjeron sobre su familia la respuesta que ella había previsto. Aunque Aner y ella habían decidido esperar unos días más antes de dar la noticia, a Zarala le había parecido que era una forma de limar asperezas con respecto a lo que había ocurrido hacía unos instantes. El nacimiento de un bebé siempre había sido muy bien recibido entre los Ezkanda. Solo Amaduena se acercó y abrazó a su hija, dándole la enhorabuena. Algunos se levantaron y saludaron a la joven con una palmada en el hombro. Luar los miró sin decir palabra. Luego se levantó y salió al exterior para ocuparse de sus tareas.

Aner y Zarala se quedaron solos en medio de la cocina. El humo de una gran olla que estaba en el fuego vertía sobre la estancia un fuerte aroma a verduras. La joven miró a su esposo para ver el efecto que había producido en él las reacciones de su familia. El que Luar no se hubiera acercado a felicitar a la pareja significaba que, de momento, no aceptaba al nuevo miembro como parte de su gente. Zarala temió que esto enfadara aún más a su esposo. Aunque hacía relativamente poco tiempo que Aner formaba parte del quinto clan de los talantas, aprendía rápido y le constaba que conocía todas y cada una de sus tradiciones. Contrariamente a lo que podía parecer, Aner sonreía.

—¿Eres consciente de lo que ha pasado? —le preguntó Zarala un poco apurada, pero sintiendo

una gran fortaleza interior para afrontar cualquier revés con que el futuro próximo les pudiera sorprender.

Una extraña sonrisa se había quedado pegada al rostro del joven.

—¡Voy a ser padre! —le contestó aún sorprendido—. Creo que hasta este momento en que te lo he oído decir en alto no era del todo consciente de lo que eso significaba. Ven.

Aner la condujo hasta la habitación que compartían. De su viejo hatillo sacó un colgante en forma circular. Por uno de sus lados estaba representado el sol y por el otro la luna. Era un colgante semejante al que él mismo portaba.

—Quiero que guardes esto para nuestro hijo y que se lo pongas cuando nazca.

—¿Y si es niña?

—Será un niño —dijo con un sorprendente convencimiento—, pero si es niña debe llevarlo también —dijo para tranquilidad de su esposa.

El banelatu solitario dio un salto con manifiesta agilidad felina. Le molestaba la nieve bajo sus pies y la humedad que se calaba hasta los huesos, pero se había acostumbrado a ella. La caretesa calentaba el aire que respiraba. Un impresionante tono blanco presidía todo aquello que le rodeaba. Inclino la cabeza en señal de aprobación. Había tardado, pero había acabado dando con el paradero de aquel talanta de los ojos azules. Lo acababa de ver junto a una mujer talanta. Supuso que sería su compañera. Los hombres tenían compañeras, elegían a la mujer con la que pasarían el resto de sus vidas. Los banelatus no. Durante los primeros meses de sus vidas, los banelatus eran observados con detenimiento por varios expertos. Después de un tiempo, decidían su futuro. Solo unas pocas hembras eran reservadas para proseguir la especie, el resto era asignado a tareas diferentes según sus aptitudes y actitudes. Acarició la cabeza de su olano. Con la mirada, buscó un sitio en el que acampar. Debía tomar conciencia de la situación de los talantas antes de llevar a cabo su estrategia. Tenía que encontrar la forma de llevarse a ese talanta. Debía conocer todos los detalles de lo que ese talanta había hecho durante la batalla en el bosque para contárselo a Maore y, después, lo aniquilaría.

Se dirigió hacia el norte y buscó una zona más elevada desde la que observar sin ser visto.

Astu estaba en su cabaña. La suya era una casa modesta, pequeña y desordenada que no compartía con nadie más. Debería tener un aprendiz. Él ya se estaba haciendo viejo y tenía que encontrar a alguien que le sustituyera. Sin embargo, ningún joven del clan había manifestado habilidades hacia aquella ciencia y él no quería perder el tiempo enseñando a quien no estaba destinado a ello.

Aner se sentó y contempló a Astu, que removía despacio un recipiente de enormes dimensiones que hervía en el fuego. Un olor indescriptible recorría la estancia. El joven lo sintió clavado en la

parte alta de su cabeza. Para sacárselo, se levantó y recorrió despacio con sus dedos los distintos botes que Astu atesoraba en sus estanterías. Eligió uno y lo abrió. Aspiró su aroma para sacarse aquel maldito olor que le dolía. El hechicero sonrió para sí y siguió removiendo el espeso guiso que se cocinaba en el caldero.

—¿Qué estás preparando? ¿Mofetas? —le preguntó el joven.

—Veo que no has perdido tu sentido del humor.

—Nunca he tenido sentido del humor y tú lo sabes.

—¿Cuándo nacerá vuestro hijo?

Aner sonrió antes de contestar nada.

—A comienzos del otoño, ¿por qué?

Astu continuó centrado en el brebaje que preparaba sin contestar. Del caldero se escapaban grandes burbujas que anunciaba que el mejunje había entrado en ebullición. El mago asintió un par de veces, tomó una cuchara y probó la mezcla. Volvió a asentir.

—Ayúdame con esto, ¿quieres? —le pidió al joven.

Entre los dos bajaron el gran caldero al suelo ayudados de un grueso palo de madera que les sirvió para agarrar la enorme asa sin quemarse.

—¿Estás preparado?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Solo contéstame.

El joven se rascó la mejilla.

—No sé si estoy preparado o no. Pero en estos momentos me preocupa más ser capaz de proteger a Zarala. Astu, nadie me cree, pero los banelatus están cerca. Atacarán más pronto que tarde y nuestros viejos muros no están preparados para contener el ataque de Yankel. Quizás tú podrías hacer un hechizo...

La mano de Astu se apoyó en el brazo del joven.

—Mi magia no es tan poderosa como la de los banelatus. Ninguna magia lo es.

—Pero debe haber algo que podamos hacer. Dime que no estoy loco, dime que tú también sientes su presencia.

—Aner, la noche está llena de peligros, pero los talantas siempre hemos sido valientes y hemos sabido defendernos.

—Esta vez no será suficiente con ser valientes —la voz de Aner sonó dura y fría.

—No soy guerrero, pero convendrás conmigo en que es mejor luchar aquí que hacerlo afuera.

—Tendríamos alguna posibilidad si nos hubiéramos ocupado de reforzar nuestras defensas durante el invierno.

—Estos viejos muros aún son resistentes.

—Nos cazarán como a ratones. ¿Lo sabes, verdad? —le cuestionó con sus ojos fijos en los del anciano.

Astu se levantó y le hizo un gesto para que lo acompañara. Lo guio hasta un rincón donde le señaló tres grandes sacos. Abrió uno de ellos. Estaba lleno de polvo gris.

—¿No es un poco peligroso almacenar todo esto en tu casa?

—He preparado sacos más pequeños y manejables. Será más fácil de transportar y cada uno de tus arqueros podrá disponer del suyo.

Durante los siguientes días, Aner dedicó gran parte de su tiempo a preparar los sacos junto al mago. Además, entre los dos, organizaron la botica y prepararon ungüentos sanadores, cortaron trapos limpios y Astu se empeñó en tener continuamente agua hirviendo en su cocina.

Aner dedicaba los primeros momentos del día a recorrer la muralla. Reparó y reforzó todos aquellos puntos que le parecieron más vulnerables con aquel ungüento tan raro y maloliente que Astu estuvo preparando al fuego aquel día que Aner fue a verlo. En el pueblo eran testigos de sus idas y venidas, pero nadie le ayudaba. El joven sentía sus miradas. Sabía que se había corrido la voz sobre su sueño y lo que había ocurrido en casa de Luar hacía unos días estaba en boca de todos. Pero eso era algo que a Aner no le preocupaba en esos momentos.

Meder, en su fuero interno, disfrutaba con el giro que estaban dando los acontecimientos. Había tenido la impresión de que Aner sospechaba algo sobre la muerte de Lexuri. Si alguna vez osaba hacer algún comentario al respecto, que Aner empezara a ser considerado como un loco, cobarde y contrario a las tradiciones del clan talanta daría más peso a las argumentaciones del guía.

Desde la distancia, el banelatu solitario observaba día y noche. El talanta de los ojos azules parecía evaluar el estado de la muralla para llevar a cabo las correspondientes reparaciones. Lo extraño era que nadie más parecía interesado. Él era el único preocupado por la seguridad de su poblado. O quizás solo fuera que él era el encargado de hacerlo. De vez en cuando, elevaba la vista y miraba en dirección a donde se encontraba el observador, como si intuyese su presencia. Luego giraba su cabeza en dirección sur. Trabajaba deprisa, como si supiera que Yankel avanzaba cada día hacia ellos. El banelatu solitario también lo presentía. Pronto, los soldados del líder banelatu llegarían a la zona.

Aquel joven salía todos los días a primera hora al exterior de la muralla, solo y protegido tan solo por su arco. Eso lo dejaba en una situación inmejorable para que el banelatu solitario llevara a cabo su plan. Sería fácil capturarlo, montarlo en su olano y desaparecer. Y tenía que ser rápido, antes de que Yankel se presentara en el poblado. «Lo haré mañana, al amanecer, cuando salga a reparar la muralla», se dijo para sí el banelatu solitario.

Aner llegó exhausto a casa de su cuñado. Cuando entró, todos callaron. Tomó asiento en un lateral, separado de los demás hombres de la casa y esperó a que su mujer le sirviera. Agarró con su mano izquierda el cuenco de verduras y carne estofada y lo comió despacio, inmerso en sus propios pensamientos.

Cuando Zarala se acercó a retirar el cuenco, el joven sintió una tristeza y una melancolía en ella que nunca antes había percibido. Retuvo su mano y ella hizo una mueca con la cara como señal de asentimiento. El joven miró a los demás hombres, reprochándoles con la mirada el vacío que hacían a su esposa, pero nadie lo miraba a él. Sintió lástima por Zarala. Ella no se merecía el desprecio de la gente de su propia sangre. Era injusto que ella pagase por algo de lo que no era culpable.

El cielo estaba totalmente oscuro cuando se retiraron a dormir. Las estrellas brillaban tímidamente en el cielo. El joven se sentó en el borde de su lecho. Zarala se aproximó solícita y comenzó a quitarle las botas. Él la retuvo.

—Yo lo haré. Tú debes descansar —le dijo con verdadero afecto.

—Es mi deber para contigo y yo lo hago gustosa.

La joven apartó con sumo cuidado las botas de su esposo y las dejó al lado de la cama, como le gustaba a él.

—Mañana por la mañana te las limpiaré.

Miró a su esposa agradecido. Le pareció que estaba más hermosa que nunca y que su pelo brillaba con gran intensidad. Su piel, al calor de las velas encendidas, se tornaba tersa y suave. Acarició con cuidado su rostro y dejó que sus dedos cayeran sobre sus hombros, desnudándolos. La contempló como si fuera la primera vez mientras recordaba los cuidados que le había proferido mientras estuvo convaleciente. Agarró sus manos con delicadeza y dejó que esa sensación de bienestar que sentía se deslizara por cada poro de su cuerpo. Hicieron el amor despacio, buscándose en silencio, como si los dos fueran conscientes de que aquel momento era único y especial. Después, cuando las luces de las velas ya languidecían, permanecieron acurrucados uno junto al otro.

—Prométeme que, si nos atacan, correrás a la bodega de la casa y te ocultarás allí. Prométeme que no saldrás pase lo que pase hasta que yo o algún hombre de tu familia vaya a buscarte.

Zarala cerró los ojos. Cada noche, Aner le hacía prometer lo mismo y ella siempre repetía las mismas palabras.

—Haré según tú me has enseñado.

Aner pasó su brazo por la cintura de su esposa y dejó que su mano se apoyara en su vientre.

—Zarala, te quiero, betiko.

—Betiko —repitió ella adormecida—, para siempre.

Aún no había amanecido cuando Aner abrió los ojos. Una alarma interna lo despertó. Desde el primer instante supo que algo no iba bien. Se incorporó en la cama y aguzó el oído. Fuera no se escuchaba nada, pero él sabía que ocurría algo. Se calzó y se vistió con cuidado, sin hacer ruido. Cuando estuvo ataviado y calzado, movió el hombro de su esposa para despertarla.

—¿Ya ha amanecido? —preguntó ella extrañada.

—No preguntes. Vístete, despierta al resto de las mujeres y bajad a la parte de abajo con los niños. No os mováis de allí hasta que vayan a buscaros —como Zarala no parecía reaccionar, Aner se puso en frente y la cogió por ambos brazos—. ¡Hazlo ya, Zarala!

La joven esposa apreció el azul intenso de su mirada a pesar de la oscuridad que reinaba alrededor.

—Aner —le dijo mientras este salía ya por la puerta—, ten cuidado.

—Lo tendré —le aseguró.

Exterior del quinto clan de los talantas

El banelatu solitario había recogido ya todas sus pertenencias y las había cargado en su olano. Solo le faltaba borrar algunas huellas y esperar a que el talanta de los ojos azules saliera al exterior. Con el primer albor, observó cómo la niebla avanzaba sobre la colina de la montaña y ocultaba el suelo a su paso. Dispuso una gran maza con la que pensaba golpear al talanta y comprobó que su espada estaba preparada en caso de que la necesitara. Había visto luchar a ese talanta y tenía que estar prevenido. Algo que no supo identificar ni como ruido, acción o luz alertó sus sentidos. Giró su rostro hacia la entrada sur del pueblo y siguió su inspección más allá. De pronto, vio con claridad qué era lo que había hecho saltar su alarma.

Agazapados entre la niebla, decenas, centenares de banelatus avanzaban en silencio y tomaban posiciones cerca del pueblo amurallado. Con aparente inmutabilidad estudió la nueva situación. Si el talanta de los ojos azules salía en ese momento, como cada amanecer, moriría al instante. Sin embargo, sabía que aquel hombre era prudente y que nunca salía al exterior sin antes cerciorarse de que no había nadie. Se diría que sabía lo que se hacía. Miró de nuevo. Los guerreros de Yankel se movían con rapidez, aprovechando la protección que les proporcionaba la niebla. Estaba claro que debía cambiar sus planes y que gran parte de la táctica que había diseñado dependía ahora de la suerte. Ató su olano a un árbol de grueso tronco, dejó la maza y sacó su espada. Con sigilo, se

acercó a observar. «Es curioso», se dijo, «tendré que proteger a aquel talanta y preservarlo con vida hasta que consiga arrancarle su secreto y después lo mataré».

Los soldados de Yankel llegaron al exterior del quinto clan de los talantas después de dos días de camino a marchas forzadas. Los banelatus podían aguantar hasta tres días sin dormir sin mostrar ningún tipo de fatiga. El líder de los banelatus, con su segundo cerca de él, hizo aminorar la marcha cuando estaban a unos quinientos pasos de su objetivo. Después, distribuyó a sus soldados según lo que él mismo había planeado.

Antes de llegar al quinto clan, aquellos banelatus habían masacrado los otros clanes de los talantas. Ningún superviviente había podido alertar a los del quinto clan porque los únicos que seguían con vida formaban parte de la recua de prisioneros que Yankel pensaba exhibir victorioso ante Sadoc, dando por concluida su campaña en el norte. Quizás alguno hubiera logrado huir, pero eso no preocupaba a Yankel. Aquellos banelatus llevaban días saqueando y asesinando, pero ni siquiera eso había disminuido su sed de más sangre y conquista. Muy al contrario, estaban deseosos de más sangre y muerte.

Interior del quinto clan de los talantas

Aner golpeó con fuerza la puerta de Luar y entró sin esperar respuesta.

—¡Despierta, Luar! —dijo en un tono autoritario, aunque comedido.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —fue lo primero que le salió al despertarse sobresaltado. Luar sacó de debajo de varios almohadones la espada que siempre tenía al lado cuando dormía.

—¡Vamos, levántate! —lo apremió—. Nos atacan los banelatus.

Aquellas palabras pusieron de mal humor a Luar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dulanto, que se había despertado con la irrupción de Aner.

—Vuelve a dormir —le dijo Luar—. Solo es el estúpido de tu cuñado que ha tenido otro de sus sueños.

—No es un sueño. Nos atacan.

Luar se echó a reír. En ese momento, varias flechas surcaron el cielo del pequeño poblado. Las carcajadas de Luar ocultaron el zum, zum destructor que recorrió el cielo del clan, pero el sonido no pasó desapercibido para Aner. Sin esperar a que su cuñado le hiciera caso, salió de la habitación y corrió por el pasillo. Fue en busca de Ixaka, lo sacó de la cama y lo instó a que se vistiera.

—Busca al resto de los arqueros. Os quiero a todos en casa de Astu ya.

En ese momento, otra remesa de flechas surcó el cielo. Los dos jóvenes percibieron las vibraciones que producían las flechas al cortar el aire. Estaban acostumbrados a ese sonido.

—¿Qué es eso? —preguntó Ixaka. Sabía perfectamente qué era, lo que no sabía era a qué se debía.

—Flechas incendiarias. Da la alerta de fuego. Y dirígete a casa de Astu —repitió.

Sin esperar a que Ixaka dijera una palabra más, recorrió el pasillo de la casa y se fue hacia la cocina para salir al exterior. Allí se encontró con Zarala. Se miraron una última vez y se sonrieron.

—Betiko —le dijo él.

—Betiko —le contestó ella.

Se rozaron los labios y un beso frugal fue testigo de su adiós.

Exterior del quinto clan de los talantas

Entre la espesa niebla, las cabezas de los banelatus sobresalían como si se tratara de un campo sembrado de champiñones. Yankel observaba desde atrás mientras Alots, su segundo, subía y bajaba el brazo izquierdo con autoridad. Cada vez que la extremidad de Alots llegaba hasta su cadera, una oleada de flechas surcaba el cielo. El alba se tiñó de un encendido rojo de fuego. Cada banelatu disparaba dos flechas a la vez, que dejaban tras de sí una estela de humo.

Bastó una mirada de Yankel a su edecán para que este hiciera sonar una sola vez un pequeño tambor que portaba consigo. Desde su izquierda, varios grupos de soldados avanzaron en silencio. Veinte pasos más adelante se perdieron entre la niebla.

A una nueva orden de Yankel, el pequeño tambor sonó dos veces. Varias filas de soldados se desdoblaron y avanzaron hacia los muros.

El banelatu solitario se llevó el dedo índice a la boca. Su olano mitigó un ladrido que ya empezaba a surgir de su garganta. Se separó de él y, con agilidad, se movió sobre el suelo aún cubierto de nieve oculta por las bajas nubes de aquel amanecer. Con gran precisión, como si un radar exacto y perfecto lo guiara, el banelatu solitario se encaminó al extremo contrario donde los atacantes tomaban posiciones para atacar. Desde el interior se elevaban gruesas columnas de humo y los primeros gritos sonaban estremecedores.

Interior del quinto clan de los talantas

Meder salió al exterior de su casa protegido por diez veteranos soldados y comenzó a dar órdenes. Elevado sobre su gran estatura, su figura sobresalía impecable y perfectamente ataviada.

Estaba repeinado y fresco sobre el umbral de la puerta de su palacio. Hacia allí corrían ya los jefes de todas las casas.

Aner cruzó por delante, sin detenerse, y fue directo a buscar los sacos que el mago y él habían preparado el día anterior. Tenía la mirada fija en la casa de Astu, mientras su mente trazaba un plan. Meder se enojó al verlo pasar sin mirar, dirigiéndose justo hacia el lado contrario al que debería ir.

El guía del clan desvió su atención del joven por un momento y se centró en lo que debía hacer. Decenas de ojos esperaban sus palabras. Cada momento que pasaba era tiempo perdido. Poco a poco, los hombres se organizaron y acudieron hacia los muros. La lluvia de saetas ya no era tan continua y eso les permitió acercarse sin mayores problemas hacia la muralla, mientras un grupo de jóvenes intentaba apagar los incendios que las flechas incendiarias habían originado.

Las mujeres, sin que nadie les dijera nada, echaron más leña a los hogares recién encendidos y pusieron agua a hervir para arrojar sobre los atacantes.

Ixaka se había quedado a mitad de camino entre el palacio y la casa de Astu sin saber muy bien cuál era la autoridad a la que debía obedecer. Mientras, Aner sacaba a toda prisa los sacos.

—¡Ixaka! —gritó al ver que su cuñado no reaccionaba—. Reparte esto entre los arqueros.

El grupo de Aner miraba con escepticismo el saco que tenían delante. Cuando el joven les explicó lo que esperaba de ellos, su extrañeza fue en aumento, aunque no era el momento de hacer preguntas.

Meder, situado en una de las extremidades del muro, buscaba con la mirada a algún explorador.

—¡Luar! —gritó—. ¿Dónde se supone que está ese cobarde cuñado tuyo?

Luar corrió a buscarlo. Se topó con él de frente y, en silencio, pero con una mirada que lo decía todo, corrieron hacia el muro. A una orden de Aner, los arqueros se distribuyeron por el muro y comenzaron el ataque. Sin embargo, las flechas solo eran efectivas si golpeaban en la cabeza de los banelatus y esa no era una tarea fácil ya que no podían apuntar sin exponerse demasiado.

—¡Informa! —le exigió Meder.

Aner asomó su cabeza entre las piedras para evitar ser alcanzado por algún proyectil inesperado. Vio cómo centenares de banelatus se movían entre las nubes. La espesa niebla no permitía distinguirlos con nitidez, pero se intuía su avance por las siluetas que se entreveían en algunos claros. El avance era lento, pero los asaltantes no tenían prisa. Sabían que los talantas no se iban a mover de allí y eran conscientes de su superioridad numérica y de fuerza.

El joven talanta intentó dibujar en su mente el cuadro que veía del exterior a través de la niebla. Así fue informando a Meder de la situación y haciéndose una composición de la estrategia empleada por Yankel.

Los banelatus se movían en filas de a cuatro. Avanzaban hasta el muro, atacaban y dejaban el

relevo a la fila que venía detrás. Así se lo explicó Aner al guía. Eso aclaraba por qué todavía el muro resistía y por qué las bajas entre los asediados no eran aún elevadas.

Eso también explicaba por qué las flechas que volaban hacia el exterior no eran efectivas. Aner hizo que sus arqueros se juntaran y concentró los lanzamientos en un espacio menor. Asomó con cuidado la cabeza para poder observar la reacción de los atacantes a esa pequeña variación, pero nada pareció cambiar. Los gritos eran elevados entre los talantas. Las descargas de agua hirviendo no provocaban ningún tipo de exclamación entre los banelatus que las recibían, lo que llegaba a ser exasperante para aquellos que las lanzaban.

Aner contó hasta tres antes de tomar dos flechas, meterlas en su saco y colocarlas en el arco. De inmediato, se elevó, apuntó y disparó. Se agachó y recostó su espalda sobre el frío y pétreo muro. En su interior escuchó el zum de las saetas al surcar el aire y el impacto poco después sobre un banelatu. No esperó a saber el desenlace de su disparo. Contó de nuevo hasta tres y repitió la operación.

Después de varios disparos, el joven se dio una tregua para respirar. Recostado sobre una de las paredes, frunció el ceño. Había algo que no terminaba de entender. El ataque estaba siendo demasiado tranquilo, demasiado... lento. Los banelatus no atacaban de esa manera. Al menos, él no se lo había visto hacer nunca. Podía ser que Yankel hubiera cambiado de táctica, pero había algo...

Miró a su alrededor. Los hombres, desplegados a lo largo del muro donde se ejecutaba el ataque, se defendían con bastante orden. Sin embargo, todo lo demás era caos. Los focos de fuego eran incontrollables, los niños corrían de un lado a otro perdidos y miedosos. Algunas mujeres intentaban organizarse. Entre la bruma y el humo, la cara de Zarala apareció sucia y despeinada. «Debería estar en el refugio», pensó Aner. ¿Por qué no estaba escondida tal y como él le había dicho? Estaba a punto de abandonar su sitio al lado del muro cuando una mano tocó su hombro.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Ixaka.

—Todo es confusión y desconcierto entre las mujeres y los niños y el fuego se extiende. Y Yankel está dirigiendo un ataque infantil. Apenas origina daños en el muro. Es como... como si...

Aner cayó en la cuenta de algo y se asomó para constatarlo. Se levantó con tanto ímpetu que a punto estuvo de ser alcanzado por una flecha que en esos momentos volaba por encima del muro. Se agachó instintivamente y se asomó con más cuidado. La niebla ya no era tan espesa, pero, aun así, hacía difícil distinguir con precisión la disposición de las fuerzas enemigas. A pesar de eso, Aner enseguida echó en falta a alguien. El mariscal y sus hombres no estaban. Era cierto que él había acabado con la vida del mariscal y de muchos de sus guerreros, pero era un puesto dentro del ejército banelatu que no podía quedar vacante. Si el mariscal moría, el hombre más veterano del ejército era ascendido a ese puesto. El mariscal y sus hombres formaban lo que en una milicia correspondería a la caballería, aunque, en este caso, los banelatus montaban olanos en vez de caballos. Siempre había una fuerza montada, la más temida y sanguinaria, la que entraba a tropel después de que se hubiera abierto una brecha en las filas enemigas. El mariscal y sus guerreros no estaban allí. Y, si no estaban allí, eso significaba que estaban en otro lugar, donde aguardaban a que el muro se abriera para entrar. Lo que Yankel hacía era tan solo una maniobra de distracción.

En algún punto de la muralla, un grupo de soldados, camuflado entre la niebla, debía estar abriendo una brecha. Por eso el ataque de Yankel era tan lento; solo estaba ganando tiempo.

Agachado, se movió entre sus compañeros mientras les gritaba que siguieran disparando. Moviéndose todo lo deprisa que las circunstancias le permitían, intentó alcanzar la posición de Meder. A su derecha, un hombre cayó entre alaridos. Aner trató en vano de apagar el fuego que se había prendido a su ropa. Si hubiera tenido una espada se la habría clavado para evitarle aquel agónico sufrimiento, pero solo tenía su arco y las flechas. Pensó si debía... pero en aquel instante el destino decidió por él y el hombre dejó de dar alaridos. Su cuerpo se convulsionó durante unos breves instantes más y todo terminó para él. Aner continuó su camino agachado hasta llegar a la posición de Meder. En pocas palabras le explicó su teoría.

—Joven Aner, no es tu tarea pensar en eso. ¿Crees que no sé hacer mi trabajo? Mis hombres hacen rondas por la muralla y envían informes periódicos. En el resto del contorno no hay actividad.

—La niebla les habrá impedido ver bien...

—¡Basta, Aner! No tengo tiempo para esto. Quiero que no te alejes de aquí. Te quedarás a mi lado y es una orden. Continúa disparando.

El joven frunció el ceño, se tragó su orgullo y prosiguió con su tarea. Sin embargo, su mente trabajaba en lo que cada vez era más claro para él.

Exterior del quinto clan de los talantas

El banelatu solitario se acercó todo lo posible al poblado. Sabía que era cuestión de tiempo que los banelatus rompieran la muralla de viejas piedras. El talanta de los ojos azules había hecho un buen trabajo en aquellos tramos en los que había actuado, pero no había tenido tiempo de terminar su cometido.

Oculto detrás del tronco de un árbol centenario, observaba cómo un grupo de soldados de a pie, los de más bajo escalafón dentro del ejército, cavaban un hoyo justo en el lugar donde nacía la muralla. Las piedras que estaban encima comenzaron a tambalearse. Pronto lograrían abrir una brecha y franquear el obstáculo. La espesa niebla de la mañana había camuflado su oficio. Ahora que empezaba a levantar, el trabajo estaba prácticamente ejecutado. Para cuando se dieran cuenta los de dentro, sería demasiado tarde. El mariscal y sus hombres esperaban, conteniendo a sus olanos. Los animales se mostraban dóciles y sumisos, aunque sentían la tensión del momento.

El banelatu solitario aguardó en silencio. De lejos llegaban los gritos de los talantas que se defendían al otro lado de la muralla, en la parte sur, donde estaba situada la puerta principal. Entre los gritos se podía sentir también el ataque controlado y silencioso de los guerreros de Yankel. Esperaría hasta que el mariscal diera la orden de entrar. Los seguiría hasta el interior y buscaría a ese talanta de los ojos azules. Entre la confusión, nadie le echaría en falta. Se asomó de nuevo. Su cabeza estaba tapada por la caretesa.

Interior del quinto clan de los talantas

Aner disparó una vez más. Se volvió hacia el saco de flechas que colgaba a su espalda y se percató de que pronto se quedaría sin municiones. Mientras apuntaba, con el rabillo del ojo observó la posición de sus compañeros, especialmente de Meder. Esperaba el momento en que la batalla le diera la oportunidad de escabullirse para ir a comprobar su teoría. No le dio tiempo.

El ruido sonó como si el muro entero se hubiera venido abajo. Aner se volvió hacia el lugar de origen del estruendo justo a tiempo de ver volar varias piedras por los aires, como si una mano los hubiera empujado con fuerza. De entre las piedras comenzaron a asomarse decenas de cabezas de olanos. En ese instante, un viento recio empujó la niebla y barrió las nubes hacia lo alto del cielo. Lo único que quedó fue el humo, sometiendo a los ojos a un martirio de escozores y picores.

Sin pensarlo, el joven saltó del muro y se dirigió al punto por el que los enemigos entraban a tropel. Las mujeres y los niños corrían sin dirección. Aner gritó el nombre de Zarala con fuerza. Sus ojos rastrearon miradas y rostros hasta dar con el de su esposa. La joven huía de un banelatu que, colgado de su olano, intentaba darle caza. Aner sacó una de sus últimas flechas y apuntó a la cabeza de aquella bestia. Sorprendido por el inesperado impacto, cayó de su montura y fue arrastrado por el olano que seguía su carrera.

—¡Al refugio! —le gritó a su esposa—. ¡Corre al refugio!

Aner se giró de repente al sentir una sombra sobre su cabeza. El instinto le salvó de recibir una fuerte tajada de un banelatu que tenía encima. Su enemigo se plantó delante de él y blandió su espada de nuevo amenazándole. Estaba demasiado cerca para lanzarle una flecha. Sacó un pequeño cuchillo que colgaba de su cinturón. Lo agarró con fuerza, sabiendo de la inutilidad de su arma frente a la espada de su oponente. Se agachó rápidamente para eludir una herida mortal. Retrocedió todo lo más que pudo sin dejar de moverse para no facilitar a su contrincante la oportunidad de ensartarlo en su hierro. Avanzó hacia atrás. Los rápidos movimientos del banelatu le guiaban hacia el muro. Pronto estaría atrapado entre la muralla y el enemigo. Sacó una flecha y la untó con el polvo gris que aún le quedaba en el saco que colgaba de su cintura. Si iba a morir, moriría matando. Apretó los dientes con saña y se preparó para jugársela. De pronto, el banelatu que tenía delante abrió mucho los ojos y se desplomó ante él. En su cuello sobresalía una pequeña flecha negra. Miró alrededor. Esa saeta no era talanta. A través de la distancia, sus ojos se encontraron con unos ojos banelatu. Dentro de él afloró una sensación conocida. Era el mismo banelatu con el que se había encontrado en el bosque de Arlaza y del que había conseguido huir en el último instante. ¿Por qué le había salvado? El banelatu se desvaneció entre el humo y los guerreros que luchaban. Aner volvió su mirada hacia el interior del clan. Había que luchar sin descanso.

La estrategia había cambiado. Los hombres del quinto clan ya no luchaban por defender el poblado. Aquellos hombres luchaban por defender sus vidas. Aner miró con ojos de veterano guerrero. Encontró una espada banelatu clavada sobre uno de sus vecinos. Lo conocía, ese hombre había bebido con él en la última fiesta del poblado. Sin tiempo para lamentaciones, desclavó la espada y la tomó. El acero que tenía entre manos era ancho y de doble filo. Un delicado y pequeño zafiro engarzado en su empuñadura —justo en el ojo de un dragón— desvelaba que había pertenecido a uno de los oficiales de Yankel. Apretó la empuñadura con fuerza. Un intenso calor

recorrió su cuerpo a través de sus venas. Tenía que dejar que el arma lo reconociera antes de poder usarla, si no, la fuerza que contenía podía matarlo. Cuando el calor se amortiguó, la balanceó delante de él, comenzó a andar y después a correr. Dio un grito grave y potente y se lanzó contra el primer banelatu que se encontró. El mandoble se volvió ligero. Un leve zum recortaba el aire cada vez que movía sus brazos. Sus azules ojos se clavaron en los de su enemigo con fuerza, inyectados en odio y en saña. Despidió al primero de sus oponentes con relativa facilidad, clavándole un estoque perfecto en el pecho. Con los siguientes no resultó tan fácil, pero su rabia lo empujaba a luchar con más y más fervor.

Meder sabía que la situación era desesperada. Decenas de familiares y amigos caían mientras los guerreros más feroces y valientes que jamás habían existido entre los talantas no bastaban para defender la tierra que siempre había estado bajo sus pies. No hacía falta ser demasiado inteligente para darse cuenta de que iba a ser difícil ganar aquella batalla. Salvar la vida empezó a ser una idea cada vez con más peso dentro de su cabeza. Cuatro de los hombres que formaban su guardia todavía luchaban a su lado. Formaban una pequeña barrera que le separaba de los contundentes banelatus. Luar y algún otro jefe aún se mantenían cerca. Eran la única unidad compacta que resistía.

Aner se movía con agilidad aunque cada vez se notaba más cansado. Gruesas gotas de sudor caían sobre su frente a pesar de que la temperatura exterior era bastante gélida. Su rostro estaba sucio por el humo y un pequeño hilillo de sangre escurría cerca de su sien y se escapaba hacia la comisura de sus labios. Sintió el sabor salado de la sangre, pero no le dio importancia. Los banelatus parecían no perecer nunca. Cada vez había más enemigos a su alrededor y menos talantas cerca. La rabia y la angustia, juntas en su interior, le hacían luchar sin pensar. Se empezó a notar pesado. Era el cansancio o, quizás, el banelatu que tenía delante era demasiado bueno para él. Tuvo que hacer varias fintas para esquivar los golpes que se le venían encima.

Una voz lejana empezó a crecer en su interior. Sintió que alguien le llamaba. Volvió la cabeza, a pesar de que sabía exactamente de quién era la voz que sentía por dentro. Sin esperar a terminar su lucha contra el banelatu, salió disparado en dirección contraria. Todo a su alrededor estaba lleno de humo y de llamas. No se había dado cuenta hasta ese instante de que el poblado se había reducido a cenizas. Ya no quedaba prácticamente piedra sobre piedra. El banelatu lo siguió en su carrera.

Aner notó cómo se formaba un nudo en su estómago. Cuando aquel banelatu puso sus manos encima de Zarala, su cuerpo se llenó de rabia y de odio. Sus dientes se apretaron de tal forma que parecía que su mandíbula se hubiera quedado incrustada. Tenía que impedir a toda costa que se llevaran a su esposa.

—¡Zarala! —intentó hacerse oír entre el caos reinante.

Saltó por encima de varias piedras que interrumpían el camino. Estaba ya cerca de ella. Podía sentir su miedo. Sus miradas conectaron. En ellas encontraron la fuerza para resistir. Aner se había olvidado de respirar. Corría tan deprisa como sus entrenadas piernas le permitían. Debía impedir a toda costa que aquel banelatu la subiera en su olano y se la llevara. Estaba a unos diez pies de distancia cuando sintió un fuerte golpe en su espalda. La tensión propia del combate le hizo rodar por el suelo. Su respiración entrecortada apenas le llevó oxígeno a sus pulmones.

—¡Aner! —escuchó con un tono cercano a la súplica. La voz suave de su esposa lo llamaba ahora con urgencia.

«Aner», repitió el banelatu solitario desde su escondite en la distancia. Ese era el nombre del hombre que buscaba.

Un movimiento rápido de su espada le permitió a Aner parar el golpe mortal que el banelatu que le había seguido le infligió. Desde el suelo, tomó impulso para levantarse y evitó mirar directamente a los ojos de aquella bestia que le impedía llegar hasta Zarala. El joven cerró los ojos mientras buscaba en su interior algún sitio del que sacar nuevas energías para acabar cuanto antes con él. Agarró con fuerza la espada que había tomado prestada y la blandió contra su rival. Después de varias tiradas consiguió dar con la garganta de aquel banelatu. Con un movimiento rápido de su mano, tomó lo poco de polvo que le quedaba en su bolsa que aún colgaba de su cinturón y lo echó sobre la herida abierta de su rival. Una pequeña llama surgió de pronto. No se quedó a contemplarla. Se giró espada en mano para alcanzar a Zarala.

Ixaka, que había visto la vida de su hermana amenazada, se dirigió hacia ella. Consiguió que el banelatu montado en su olano perdiera parte de su equilibrio y la soltara. Para entonces Aner corría hacia ellos. Surgido de la nada, otro banelatu montado agarró por el brazo al joven Ixaka y se lo llevó arrastrando. Zarala gritó de nuevo el nombre de Aner. Este logró asir su brazo. El contacto fue leve. El banelatu empujó con su pie a Aner, quien cayó de espaldas. Desde el suelo tuvo tiempo para ver cómo Ixaka se alejaba maltratado por su captor. Un dolor intenso se instaló en su corazón. Tragó saliva mientras se intentaba poner de nuevo en pie para impedir que el otro banelatu se alejara con su esposa. En ese momento vio cómo su enemigo estiraba su mano hacia el muro que quedaba a la izquierda de Aner. No hubo tiempo de reaccionar. El talanta de los ojos azules cayó al suelo, sepultado por el peso de varias piedras que se le vinieron encima. Intentó toser. El polvo se le había metido en la nariz, en la garganta y había llegado hasta sus pulmones. Solo una palabra resonaba en su cabeza.

—¡Zarala! ¡Nooooo! —gritó. Pero su voz quedó ahogada por la molesta presión de las piedras que le cubrían parte de su cuerpo y le impedían moverse.

Capítulo VI

Interior del quinto clan de los talantas

No corría ni un pelo de aire y el humo ocupaba ahora el espacio que antes había copado la niebla. Las casas, que habían servido de hogar a varias generaciones, se habían visto reducidas a montones de piedras. Vajillas rotas y enseres quemados aparecían esparcidos por todas partes. El silencio reinaba en varios pies a la redonda.

En el pecho de Aner pesaba el muro que se había derrumbado sobre él, pero pesaba más el dolor de saber que Zarala e Ixaka habían sido llevados, a la fuerza, por aquellos seres. Y eso... eso era peor que la muerte. Apesadumbrado, intentó moverse de algún modo, para salir de aquella trampa en la que se había metido tras la caída del muro.

El banelatu solitario movió su mano en círculos. Una suave brisa brotó de su mano y se llevó el humo, testigo ingrato de lo que allí acababa de suceder. Con gran agilidad se movió entre las piedras y los cuerpos mutilados con la vista fija en el muro que un guerrero banelatu había hecho caer sobre el talanta de los ojos azules. Se acercó con cuidado, intentando adivinar dónde estaba el cuerpo de aquel a quien buscaba. Debía sacarlo de ahí y llevárselo cuanto antes. Tenía que aprovechar la ocasión, antes de que los masatras llegaran y escapar con él, si es que aún seguía con vida.

Aner sintió movimiento a su alrededor. Era un movimiento silencioso y calculado. Quien quiera que estuviera allí no era un talanta. A pesar de la incomodidad, debía hacer un esfuerzo. Se concentró todo lo que pudo e hizo que el ritmo de sus latidos disminuyera hasta casi desaparecer. Tenía que parecer que estaba muerto, si no, se arriesgaba a que aquel banelatu lo matara o se lo llevara consigo.

El banelatu solitario operaba con precisión y rapidez. Después de unos instantes, el rostro del talanta quedó al descubierto. Lo observó con interés, mientras seguía con su trabajo. Se preguntó qué tenía de especial. Algo que debía descubrir. Nunca había oído hablar de ningún hombre que hubiera conseguido montar un olano entrenado por los banelatus y, menos aún, usar una de sus espadas. La curiosidad y la intriga crecían conforme levantaba las piedras que cubrían su cuerpo. Tenía los ojos cerrados y el pelo le cubría la frente. Despacio, se lo retiró y llevó sus dedos hacia la yugular para sentir si su corazón seguía latiendo. Al tacto, su piel le pareció suave. El cuerpo del talanta estaba ya despejado. En ese instante notó la presencia de otro banelatu.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Estoy desenterrando mi espada, que se ha quedado atrapada entre estas piedras —dijo el banelatu solitario con absoluta frialdad, girándose y encarando a su interlocutor.

—Deja ese trabajo para los masatras. Ellos se encargarán. Tú vuelve a la fila. Yankel quiere regresar cuanto antes para ofrecer esta victoria a Sadoc y mostrar sus trofeos. Todos los humanos

capturados serán el premio que Yankel presentará al supremo.

El banelatu solitario se alejó unos pasos, pero, lejos de seguir el rastro de los banelatus que ya habían iniciado el regreso hacia Bankada, se quedó entre las ruinas del poblado.

Aner se sintió más liviano después de que le librasen del peso de aquellas piedras, pero sabía que el peligro no había pasado. Aquel otro banelatu estaba cerca y no tardaría en descubrirlo y, después, como ya habían dicho, llegarían los masatras.

Los masatras eran un grupo especial del ejército banelatu. Eran los únicos autorizados para recorrer el campo de batalla una vez que esta había terminado. Se encargaban de saquear y llevarse los botines y los objetos de valor que debían entregar intactos a su líder. Otro de sus cometidos era buscar supervivientes. Tenían licencia para matar a aquellos que considerasen menos valiosos o inservibles y de curar a aquellos que creían de alguna utilidad.

El banelatu que había hablado con el banelatu solitario se acercó a curiosear. Aner intentó relajarse. Si no lo conseguía, estaría a merced de aquel ser. El banelatu acercó su cara inexpresiva al rostro de Aner. Este abrió de improviso los ojos y cazó su muñeca con la mano. Sin darle tiempo a reaccionar, arrebató la espada al banelatu y se la clavó en medio del pecho. En ese mismo instante, Aner sintió una descarga en su corazón que circuló por todo su cuerpo. Si quería vivir, debía romper el vínculo con aquella espada. Si no lo hacía, la muerte del banelatu se llevaría también su propia vida. Sacó fuerzas del único pensamiento que aún le mantenía con esperanza. Pensó en Zarala, deseó con todas sus fuerzas estar con ella de nuevo. De un impulso, soltó su pierna y dio una fuerte patada contra la pierna de su rival. El golpe los separó lo suficiente como para que Aner consiguiera soltar la espada.

El banelatu se desplomó sobre el suelo, sin vida, y el talanta de los ojos azules gritó de dolor y desesperación. Entre jadeos intentó recobrar la respiración y el sentido de todo lo que pasaba. Su único pensamiento estaba en su esposa y en su cuñado. Debía ir a buscarlos, pero no estaba en condiciones. Necesitaba prepararse ropa de abrigo y algo de comida. Y un medio de transporte. Los banelatus hacían largas jornadas y, además, podían aguantar hasta tres días de viaje sin parar a dormir. Eso era lo que ocupaba su mente, pero lo que debía hacer en primer lugar era huir del poblado antes de que los masatras entraran en acción.

Al norte del poblado, a unas dos leguas, había unas cuevas que horadaban la piedra de una montaña cubierta ahora de hielo y nieve. Siglos atrás, los primeros moradores de aquellas tierras las habían usado como refugios y hogares. Fue allí donde se creía que había habitado el primer grupo de talantas. Después, conforme el hombre se hizo más sedentario y empezó a cultivar los campos, los talantas se trasladaron hacia otras zonas más llanas. Ese fue el origen de los clanes que ahora acababan de ser devastados por los banelatus.

Hasta allí llegaron los pocos hombres que habían sobrevivido a la matanza de aquel día. El miedo y el dolor marcaban sus rostros y su corazón. Aquellas personas soñadoras y libres se habían quedado sin habla. Luar miró al horizonte con ojos entornados. El sol rozaba ya el límite de la tierra. Pronto empezaría a hacer frío, pero no podían permitirse el lujo de hacer fuego, porque eso sería un reclamo para los banelatus. Luar contó quince supervivientes, a los que Astu

atendía en ese momento. Cada uno de ellos buscaba con la mirada consuelo y perdón. Consuelo por el drama vivido, perdón por haber sobrevivido.

Aner salió del poblado por el mismo hueco por el que los banelatus habían entrado a tropel con sus olanos. Eran pocas las piedras que aún se mantenían en pie. Se sintió como un fantasma, vagando por ese lugar que olía a muerte y a fuego. Aun en la distancia, podía sentir el miedo y la resignación de Zarala y el corazón intrépido y lleno de valor de su cuñado. Como si pudiera llegar hasta ellos con el pensamiento, intentó transmitirles fuerzas y ánimo. Allí, en el silencio de aquel atardecer de humo y destrucción, les prometió que iría a buscarlos costara lo que costase.

Marcadas en la tierra, vio huellas de pisadas. Miró al frente. Lo único que le quedaba era lo que llevaba en ese momento encima. Y no era mucho. Su arco se había roto cuando el muro se había derrumbado sobre él y ya no quedaban flechas que lanzar. Su única arma era una espada banelatu que portaba en su mano y que ahora había hecho suya. Miró hacia atrás. Sabía que aquel banelatu seguía acechándolo, pero también sabía que debía seguir adelante.

El suelo estaba duro y frío. Las bajas temperaturas y la fatiga de aquel día hicieron que su cuerpo se mostrara entumecido y lento. Era difícil asimilar que Zarala acababa de ser arrancada de aquellas tierras. Mientras se obligaba a seguir caminando, se preguntó cuántos talantas habrían sobrevivido a aquella jornada de horror y pesadilla y si serían capaces de aceptar el reto de seguir tras los pasos de quienes habían raptado a sus seres queridos. Elevó la vista. El cielo, curiosamente, estaba despejado. Algunas nubes moradas picoteaban el horizonte, testigos de la estela que había seguido el sol aquel día que moría en sufrimiento. Una suave brisa, húmeda y fría, frotó sus mejillas. Respiró hondo. Hasta él llegó el olor de humo y siguió su rastro.

Desde el exterior de la cueva apenas se percibía actividad. Sobre un montón de cenizas, acumuladas durante siglos en el interior de la garganta de piedra, una pequeña hoguera se afanaba por calentar los corazones abatidos de los pocos talantas que habían sobrevivido. Se habían resistido pero, al final, habían decidido hacer fuego. El humo salía al exterior por una pequeña apertura que hacía las veces de chimenea y lo enviaba al otro lado de la ladera. Desde el otro extremo no sería visible para los banelatus. Meder se paseaba en silencio entre sus vecinos, mientras un agotado Astu intentaba calmar los dolores de los heridos.

El viejo mago miró a los ojos del hombre que yacía a su lado. Por sus ojos vidriosos se escapaba la vida. Su cuerpo temblaba, cogido en espasmos imposibles de controlar. Astu se preguntó si no sería mejor arrancar de una vez el sufrimiento que aquejaba a aquel amigo. Miró en el zurrón y preparó una infusión. Mientras se cocía al fuego, visitó a la veintena de pacientes que debía sanar. Como un cuentagotas lento y desesperante, los supervivientes seguían llegando.

Luar protegió con su brazo a su esposa Dulanto y a sus tres hijos. Nada sabía de sus padres ni de sus hermanos. Arremolinados para darse calor, miraban al vacío que se cernía sobre ellos. Aunque no lo comentaban, todos sabían que, por delante, solo tenían días sin sol y sin vida.

Una silueta se recortó en la entrada. Las sombras se mecieron sobre las paredes al compás de

las pequeñas ráfagas de viento que de vez en cuando se colaban por los huecos de las rocas y hacían danzar a las llamas. Aner dio un paso hacia el interior. Enseguida notó la humedad en la punta de la nariz. Un interminable goteo llegó hasta sus oídos procedente del interior de la cueva que se perdía en las entrañas del inframundo.

Dentro sintió la tensión de los expectantes talantas y el alivio al comprobar que la silueta que había aparecido por sorpresa no se correspondía con la de un enemigo. Decenas de ojos se posaron sobre el abatido guerrero. Cuando sus propios ojos se acostumbraron a la luz interior, distinguió las facciones de los allí presentes, impregnadas de miedo, desolación y desconsuelo. Las mismas marcas que debía exhibir su rostro en esos momentos.

Nadie le saludó. Un cuchicheo intenso recorrió la estancia. Aner comprendió que hablaban de él. En la distancia reconoció a Luar y Dulanto y se acercó a hablar con ellos, pero Meder se interpuso antes de que pudiera alcanzar su posición.

—Portas una espada —le dijo Meder con cierta saña.

Aner no contestó e intentó seguir su camino. Estaba exhausto, se sentía impotente y su estómago le recordaba que llevaba horas sin probar bocado. Lo que importaba en esos momentos era estar vivo y buscar la mejor manera de continuar estándolo. ¿Qué importancia podía tener que llevara una espada? Con ella había sobrevivido y había logrado arrancar la vida de más de una veintena de banelatus.

El guía se clavó en su sitio.

—Un explorador talanta no puede esgrimir una espada.

—Supongo que te alegraría más saber que había muerto defendiéndome con una flecha y un arco, pero cuando se terminaron las municiones me pareció más razonable enfrentarme a los banelatus con una espada a hacerlo con mis puños —Aner intentó bromear porque no veía el sentido de enzarzarse en una absurda discusión.

—Has incumplido las normas de los talantas. Y no es la primera vez. Mis guerreros me han dicho que también en el bosque de Arlaza lo hiciste.

—Acabamos de luchar contra uno de los enemigos más fuertes y temibles que existen. Muchos de nuestros hermanos, padres, esposas e hijos han muerto o han sido hechos prisioneros ¿y tú te preocupas porque yo porto una espada en vez de molestarte por encontrar la manera de recuperar a los que han sido hechos prisioneros? Si nos organizamos, podemos salir tras ellos e intentar salvarlos antes de que Yankel los exhiba ante Sadoc como su trofeo.

Un murmullo molesto creció en el interior de la cueva. El tímpano de Aner vibró incómodo.

—¡Basta! —gritó Meder con autoridad—. Durante el día de hoy has incumplido todas y cada una de las órdenes que te he dado. Y hoy era un día para luchar unidos.

Aner fue a replicar, pero Meder elevó su brazo, zanjando la cuestión. El joven talanta decidió esperar. Los ojos de Meder parecían encendidos.

—Ahora escucharás, Aner Bortu —le dijo con gravedad y enfado en su voz—. Los talantas siempre hemos trabajado duro. Hemos luchado juntos cuando ha sido necesario y nos hemos defendido con valor. Pero jamás un talanta ha desobedecido las órdenes de su guía.

En ese momento, Meder hizo una pausa y llamó a Luar y Musko, los dos únicos jefes de familia que en esos momentos se encontraban allí. Ambos se acercaron despacio mientras la curiosidad crecía entre los presentes. Todos tenían interés por saber qué iba a pasar a continuación.

—Quiero que vosotros seáis mis testigos —les dijo sin dejar de mirar al joven de ojos azules. Luego se dirigió a él con crudeza—. Tu desobediencia ha costado cara en esta batalla. Vagarás durante tres días sin comida y sin bebida por los alrededores, atado de pies y manos. Si sobrevives, podrás retornar al cuarto día. Se te darán víveres y agua y podrás irte.

Aner miró a su cuñado, Luar. Algo dentro de él le reconcomía las entrañas, pero pensó que Luar estaría de su parte, por eso se dirigió a él sin hacer caso de las palabras inoportunas de Meder.

—Zarala e Ixaka han sido raptados por los banelatus. Aún podemos salvarlos si nos organizamos... —intentó decir para llamar la atención de su cuñado.

—¿Es que no lo entiendes? —le replicó este.

Su cuestión quedó suspendida en el aire. El cerebro de Aner trabajaba rápidamente. No se podía permitir el lujo de vagar tres días enteros por esas tierras. Y no era por temor a no sobrevivir, sino porque para el cuarto día sería demasiado tarde. Y su única esperanza de rescatar con vida a Zarala y a Ixaka pasaba por partir cuanto antes detrás de los banelatus y alcanzarlos antes de que llegaran a Bankada. Si iban río arriba lo podían conseguir. Mientras seguía sus propias reflexiones, no se dio cuenta de que los murmullos crecían a su alrededor. Las palabras secas de Luar le devolvieron a la realidad.

—Sea —dijo.

Musko asintió también.

—Apresadle —sentenció Meder con vehemencia, viendo por fin la hora de deshacerse de Aner. Era irritante que siempre cuestionara las costumbres del clan y quisiera tener razón.

Aner sintió las manos de los cuatro guardias de Meder, que aún quedaban con vida, en sus carnes. Se revolvió entre nervioso e incrédulo. Alguien intentó quitarle la espada, pero recibió una descarga que le hizo caer de espaldas al suelo. Un silencio espeso se hizo de pronto en la cueva. Hasta el fuego pareció extinguirse de golpe, aunque luego la llama se reavivó.

—Dame tu espada —le dijo entre dientes Meder.

Aner se la tendió, pero este, temeroso de que le sucediera como al guardia, rectificó.

—Déjala en el suelo.

El talanta de los ojos azules lo miró a los ojos.

—La dejaré si me permites hablar con Luar a solas.

A Luar no le hizo gracia la proposición. Estaba cansado y no quería enfrentarse ni a Aner ni a Meder, pero aceptó.

Los dos hombres se alejaron hacia el interior de la cueva. Todos los siguieron con la vista. Ambos cuñados se miraron durante largo rato antes de intercambiar palabra alguna. Al final, Luar desvió su mirada.

—¿Por qué? —preguntó Aner simple y secamente.

Los dedos de Luar se movieron nerviosos. Tragó saliva varias veces antes de contestar.

—No puedo ir contra las leyes del clan.

—Sabes que Meder solo me utiliza para atacarte.

—Por eso mismo. Me está poniendo a prueba.

—Tiene que haber alguna forma de que me puedas ayudar sin ponerte en evidencia.

—No la hay, Aner. Y tú lo sabes —hubo un silencio incómodo entre los dos. Hablaban en susurros para que nadie les escuchara, aunque era difícil que su conversación fuera privada—. Haré todo lo que pueda para que Meder deje que te vayas sin atarte, pero no puedo hacer más...

—Meder jamás accederá a eso. Sabe que me escaparé en cuanto me deje ir. Aunque no tenga comida o bebida sabe que lo haré de igual modo. Y tres días son demasiados...

—Meder consentirá.

—Déjalo —le pidió Aner—. Lo que me ofreces son solo migajas indignas para alguien de tu propia familia. Lo que significa que no me respetas como parte de ella. Ni siquiera respetaste a tu hermana. ¿Sabes lo que sufrió porque no quisiste reconocer al hijo que lleva dentro?

Las palabras de Aner encendieron en cólera a Luar. Este apretó el puño y lo estampó contra la mandíbula del joven. El rostro de Aner se giró con violencia, pero mantuvo la compostura. Luar se movió y abandonó la compañía del que hasta ese momento había sido su cuñado y un miembro más de su familia. Volvió junto a su mujer y a unos temerosos niños que no entendían qué acababa de pasar entre su padre y su tío.

Aner se volvió despacio. Buscó a Astu con la mirada, pero lo único que encontró fue la risa de Meder. Su carcajada fue corta y tajante.

—Astu no podrá salvarte del castigo. Él no tiene poder de decisión en asuntos de organización y disciplina.

La vena de la sien de Aner se marcó en su rostro encajado. Su mirada se endureció, su cuerpo se tensó y una palabra salió de su boca:

—¡Antzinako!

Un silencio espeso explotó en el interior de la cueva. Hasta las gotas de agua parecieron quedar congeladas de pronto. Fuera no se escuchaba sonido de aves ni de viento. Todo estaba bañado de un profundo y doloroso mutismo.

Astu miró con severidad a los dos hombres que tenía delante. Estaban en el exterior de la cueva, adonde los había llevado para hablar a solas con ellos. Sus pupilas pasaron de uno a otro. En su mente buscaba las palabras justas con las que reprender a ambos. Aunque exteriormente parecía calmado, en su interior había estallado una tormenta difícil de apaciguar. Astu era el mago del clan, el hombre sabio, el curandero. Era cierto, como había expresado Meder, que no tenía poder para imponer su voluntad ni podía interponerse en las decisiones que tomaba el grupo de jefes, pero podía opinar y podía pedir que se escucharan sus consejos. El anciano, que había visto de casi todo en su vida, aún estaba sorprendido por el cariz que había tomado la situación. Antes de hablar, tomó aire.

—¿Es que no os dais cuenta de la repercusión que puede tener este acto sobre el resto de los talantas? —dijo mirando fijamente a Aner, que era el que había lanzado el órdago.

Ninguno de los dos dijo nada. Para Meder, el Antzinako al que se había aferrado Aner solo era una forma rápida de deshacerse del joven. No había más que verlo. Se notaba que estaba en condiciones inferiores a él. En cuanto a Aner, solo pensaba en irse cuanto antes detrás de los banelatus para intentar rescatar a Zarala e Ixaka. Pero Astu no pensaba lo mismo.

—Tiene que haber alguna forma de parar esto. Ambos sabéis que no es momento de resquebrajar nuestras mermadas fuerzas, sino de aunar esfuerzos para sobrevivir. ¿No habéis tenido suficiente durante el día de hoy? ¿No ha habido suficiente dolor y suficientes pérdidas?

Los dos hombres se mantuvieron en silencio. En sus miradas se veía la determinación de ambos para seguir hasta el final.

—¡Os conmino a que cejéis en este loco intento de mataros! —les exigió Astu.

Tras una breve pausa, Meder tomó la palabra.

—Es inútil tu insistencia —determinó—. Aner ha lanzado su reto y yo lo he aceptado. Ninguno de los dos nos vamos a echar atrás. Tú límitate a prepararlo todo para el alba.

Aner asintió a modo de respuesta.

El anciano los miró a los dos antes de retirarse. Indignado y enfadado, se marchó al fondo de la cueva, donde la oscuridad envolvía sombras y vidas.

Meder sostuvo la mirada de Aner. Su rostro enjuto y severo desembocó en una cínica sonrisa. Parecía estar muy seguro de sí mismo. Con la sonrisa marcada en su cara, se giró y entró en la cueva. Aner se quedó quieto en el exterior. El frío le sentó bien después de la tensión a la que

había estado sometido. Se dejó caer despacio y se sentó. Recostó su espalda sobre la fría pared de la entrada de la cueva, al tiempo que sentía un pequeño crujido en su costado y un intenso dolor al intentar tomar aire en sus pulmones. Hacía ya rato que notaba cierto malestar en esa zona. Seguramente, cuando el muro se derrumbó cayéndole encima, debió aplastarle alguna costilla. Eso le ponía en desventaja respecto a Meder. Recostó su cabeza sobre la dura roca e intentó no pensar en nada, centrándose tan solo en aliviar el dolor físico que sentía. Cerró los ojos. Las pequeñas gotas de agua que se filtraban en el suelo calizo acompañaron sus pensamientos. Los murciélagos revoloteaban inquietos en el interior de la cueva mientras el viento soplaba suave en los alrededores. Nada parecía distinto, pero todo su mundo estaba patas arriba. Sus ojos se abrieron de repente y fijó la mirada en los arbustos que crecían unos pasos más adelante. El banelatu solitario estaba escondido ahí. No podía verle, porque la oscuridad empezaba a ser densa, pero él sabía que estaba ahí. Lo señaló con el dedo. Después de terminar lo de la mañana siguiente, tendría que vérselas con él y aclarar de una vez el juego que se traía entre manos. Se levantó, haciendo fuerza con los pies y se dirigió al interior de la cueva. Nadie se atrevió a mirarlo. Aner buscó un sitio apartado donde pasar la noche.

De la boca de Astu salían culebras y sapos en forma de palabras. Sus ojos encendidos enrojecían la pared de la cueva donde se había aislado. Nunca, jamás, en su larga y agitada vida, había tenido que hacer frente a dos cabezotas de la talla de Meder y de Aner. Y jamás nadie había osado retarse con las reglas del Antzinako durante los últimos quinientos años. El Antzinako o Antiguo era una ley que se había transmitido de generación en generación. Una forma de solventar las diferencias entre dos hombres que los primeros talantas habían ideado. Ni siquiera sabía que Aner conociera esa ley. Claro que tampoco le extrañó, porque Aner era un joven que aprendía rápido, aunque fuera parco en palabras y pareciera tímido. Sin embargo, tenía una peculiar forma de empaparse de todo cuanto le rodeaba.

Astu estaba preocupado. Mientras removía un gran caldero que hervía al fuego, intentaba ahuyentar los malos espíritus de su cabeza. En realidad no cocinaba nada, era su forma de descargar la tensión. «¡Esos dos tontos!», pensó, «¡Mira que retarse de esa manera!». Uno de ellos moriría al día siguiente, si no eran los dos. Y el clan no podía permitirse eso. Meder era un líder con una gran sangre fría. Conocía a su gente a la perfección y sabía cómo gobernarlos. Le constaba que era respetado. Bien es cierto que a veces podía excederse demostrando poca flexibilidad, como en el caso de Aner, pero sabía mantenerse firme en las situaciones difíciles. En cuanto a Aner... Aner tenía su propia visión de la vida y una peculiar acepción de los banelatus. Pero conocía a ese enemigo y sus conocimientos serían muy útiles si querían sobrevivir a aquella masacre. Estaba claro que no podían prescindir de ninguno de los dos.

El anciano miró desde su rincón hacia la estancia que ocupaban los supervivientes. Muchos cuchicheaban sobre los recientes acontecimientos. Se fijó en Luar. Al contrario de todos los demás, permanecía impassible, en silencio. Suspiró. Sabía que debía empezar a preparar el veneno y el contraveneno, pero se resistía. Esperaba un milagro que salvara al quinto clan de los talantas de una tragedia.

Dulanto retorció sus manos sobre el regazo. Estaba exhausta y su respiración era corta y rápida. Sus tres hijos la miraban sin entender, esperando encontrar en su madre una explicación que su padre no había querido darles. No entendían la palabra que su tío había pronunciado con tanta vehemencia. Pero Dulanto tenía la mirada perdida en el vacío. Habían sido demasiadas emociones adversas, excesivas pérdidas. El color de la sangre aún saltaba en sus pupilas, provocando una sensación de náusea en su estómago. Su esposo permanecía al lado de Meder. Respaldaba su causa; algo que ella no entendía.

Una tenue luminosidad se filtraba a través de la entrada de la cueva. La luz de la luna se colaba por la oscuridad, creando un haz luminoso. La silueta del cuerpo de Aner quedaba difuminada muy cerca de la boca de la cueva. Por fin se decidió. Miró a su hijo mayor y le tendió un trozo de carne y un pedazo de pan.

Lordi se quedó quieto ante su tío, mirándole con denodado interés. Aner elevó hacia él la mirada e intentó sonreírle, aunque solo consiguió que una mueca extraña ocupara su rostro.

—¿Cómo estás, Lordi? —le preguntó al muchacho.

—Madre quiere saber si necesitas algo.

—Dile que estoy bien, gracias —le contestó, mostrándose todo lo amable y cariñoso que pudo con él.

—Te he traído esto —le dijo tendiéndole el brazo.

El joven se lo agradeció. Tomó la comida que le había traído su sobrino y comenzó a comer, aunque sentía verdaderas ganas de devorar lo que tenía delante.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó.

Lordi dudó. No sabía si su padre se lo permitiría. Le había oído comentar que Aner había cometido una falta muy grave y que iba a ser castigado por eso. Giró la cabeza y miró hacia su madre. El fuego formaba sombras móviles sobre su rostro. Dulanto le sonrió y Lordi decidió sentarse junto a su tío.

—Hoy ha sido uno de los días más tristes y peligrosos en la vida de los talantas. ¿Crees que Burni y Almika están asustados?

El niño abrió mucho los ojos y asintió despacio.

—¿Crees que podrás ser fuerte para ayudarles y ayudar a tu madre?

—Creo que sí —le contestó el chico con bastante firmeza.

—Eso está bien, Lordi. Está muy bien —le aseguró Aner, revolviéndole el pelo.

—Madre pregunta si sabes algo de Zarala y de Ixaka y de otros parientes.

—Dile a Dulanto que Zarala e Ixaka partieron con los banelatus.

—¿Los van a matar? —le interrumpió el muchacho.

—No, Lordi. Mañana partiré en su busca y los traeré sanos y salvos junto a vosotros. Ahora es mejor que descanses. ¿Sabrás ser fuerte para que tus hermanos y tu madre no estén asustados?

La cabeza de Lordi se movió de arriba abajo, asintiendo. Se levantó, pero antes de irse observó a su tío.

—¿Qué va a pasar mañana, tío Aner?

—Mañana, Lordi, Meder y yo haremos un entrenamiento para que todos sepáis cómo hay que luchar contra los banelatus.

El niño permaneció en silencio durante unos instantes.

—¿No te quieren aquí, tío Aner?

—¿Por qué piensas eso?

—Dicen que tú has traído hasta aquí a los banelatus y que han matado a nuestros seres queridos por tu culpa. Pero yo no lo creo.

—Gracias, Lordi. Ahora intenta dormir. Y, si tienes miedo, piensa que arriba, en el cielo, entre las estrellas, la luna brilla protegiendo a los niños.

Aner se quedó solo. Terminó su comida e intentó recostarse. Poco después, el sueño y el cansancio le vencieron y cayó dormido.

El alba pilló a Astu trajinando por la cueva. Aún pensaba en la forma de parar todo aquello, pero no terminaba de encontrar la fórmula adecuada. Tenía que ser sutil con los dos para no dañar su orgullo. Pero ¿de qué les iba a servir su orgullo si terminaban sus jóvenes vidas entre espasmos provocados por un veneno que ellos mismos iban a ingerir voluntariamente? El anciano depositó todo lo que había preparado sobre una mesa improvisada de piedra. Allí estaban los dos pequeños pellejos que contenían el veneno que, con el primer rayo de sol, los dos hombres que habían aceptado el Antzinako se beberían. Un veneno distinto para cada uno de ellos, un veneno que ninguno de los dos conocía y que se les asignaría por sorteo. Muy cerca estaban los dos vasos de madera en los que se serviría el desayuno mortal. Completaba el ajuar diabólico un par de pellejos del tamaño de una calabaza pequeña con una cuerda para colgar del cuello. Cada uno de ellos contenía el antídoto para contrarrestar uno de los dos venenos. Esos pellejos serían colgados del cuello de cada uno de los contrincantes después de tomar el veneno. Cada uno portaría sobre su pecho el remedio que correspondía al veneno tomado por su rival. A partir de ahí, Meder y Aner lucharían a muerte por conseguir su contraveneno antes de perder la vida.

Astu notó un ligero temblor en su mano derecha. Debía hacer un último intento. Buscó a Meder

y Aner. Los dos estaban levantados ya. Meder ajustaba su cinturón y sus armas. Los movimientos de Aner eran más lentos, pero transmitían una gran dosis de seguridad. Notó cómo se llevaba la mano a su pecho. Meder advertiría enseguida que Aner tenía varias costillas contusionadas. El anciano apretó los dientes y se mordió el labio por su parte interior. Los miró con severidad.

El sonido de varias voces llegó con claridad hasta los oídos del banelatu solitario. Había sido fácil seguir al joven talanta porque no se había molestado en ocultar su camino. Es más, seguramente le había permitido hacerlo; aún recordaba su dedo señalándole desde la boca de la cueva. Se levantó con un ágil salto y asomó su cabeza. Se extrañó al ver cómo todos los talantas salían de las entrañas de la tierra. Se agazapó detrás de unos arbustos cuyas ramas aún sostenían una buena capa de nieve para observar. No era lógico que unas gentes que habían sido prácticamente exterminadas y que habían huido, se mostraran tan abiertamente en vez de permanecer ocultas.

Las personas que salían se colocaron de espaldas a la entrada de la cueva, formando un semicírculo. Allí había mujeres, niños y hombres. En medio quedaron tres personas. El más anciano llevaba el pelo blanco revuelto y sucio. Sus marcadas arrugas parecían penetrar en su piel como las piedras entrecortadas de un acantilado. Despacio, llamó a los otros dos. Cada uno de ellos se movió un paso hacia él al escuchar su nombre. Conocía al más alto, era el jefe de todo el grupo. Le había visto huir cuando la batalla parecía decidida. El joven talanta de los ojos azules, que respondía al nombre de Aner, era el otro. Los dos portaban sus armas. Eran los únicos que las llevaban. ¿Iban a realizar algún ritual después de la batalla? ¿O iban a luchar?

Alguien trajo un tronco ancho de madera y colocó dos vasos. El anciano llenó cada uno de ellos y los dos hombres los tomaron con tranquilidad. Se bebieron su contenido de un trago. A continuación, el anciano colgó algo de sus cuellos y se apartó. Los que formaban el semicírculo se separaron cuando los dos hombres sacaron las espadas. Una mujer tapó los ojos de sus hijos. Sus labios temblaron y una lágrima resbaló por su mejilla. Aner y Meder comenzaron a luchar sin piedad.

Capítulo VII

Exterior de las cuevas

Una fuerte sensación iluminó su mente y le hizo reaccionar. Se giró de golpe y partió en busca de su olano. Todo estaba preparado para partir, pero aun así miró alrededor para asegurarse de que no se dejaba nada. Le habían entrenado para hacer frente a situaciones inesperadas y sus movimientos y acciones respondían a un patrón largamente interiorizado.

Buscó ramas secas, pero todas estaban cargadas de gran humedad. Colocó sus manos extendidas sobre ellas y un ligero vapor se escapó hacia el cielo. Eligió las más adecuadas y las ató con una cuerda fina y larga que sujetó a la silla de su montura. Se montó de un salto en su olano y golpeó sus flancos para salir en carrera. Entre los árboles, el suelo mullido absorbía los golpes secos de los cascos, pero nada escondía la polvareda que levantaba su rápido avance. En frente, los dos hombres seguían combatiendo. Tendría que armar mucho jaleo para conseguir que la gente se apartara y dejaran vía libre para llegar hasta el joven talanta.

Miró hacia atrás y extendió su mano derecha. Las ramas comenzaron a arder sin llama. Se levantó la caretesa sobre el rostro y se lanzó contra la pequeña reunión de talantas.

La explanada delante de la cueva pronto se llenó de humo y de polvo. Y de mucho más. Un temor agrio y desproporcionado alcanzó los corazones de los presentes. Era imposible, pero los banelatus parecían haber seguido su rastro. Se originó entonces una estampida totalmente desordenada de todos ellos. Solo algunos hombres como Luar o Astu se pararon a observar antes de echar a correr para tomar la decisión más adecuada. El polvo y el humo les impedía ver a qué cantidad de enemigos se tenían que enfrentar. A gritos, empezaron a guiar a todos hacia las entrañas de la cueva. Aunque muchos temían la oscuridad y a los moradores que suponían habitaban allí adentro, en esos momentos era preferible ocultarse allí a ser traspasados por una espada enemiga.

Meder y Aner seguían enfrascados en su lucha. El banelatu solitario dio varias vueltas en torno suyo, pero ambos parecían estar centrados en su caza. El atacante improvisado cerró el diámetro de sus círculos hasta quedar muy próximo a ellos. Cuando estuvo cerca, sacó su espada y golpeó con fuerza a Meder en la cabeza con su pie. El guía salió despedido hacia atrás, perdió el equilibrio y se cayó al suelo de espaldas. Aner vio por primera vez al banelatu. Creía que todo lo que percibía era producto del veneno que había ingerido. Quiso reaccionar, pero ya era demasiado tarde. El banelatu lo cogió por el sobaco y lo elevó como si pesara lo mismo que una pluma de ave. Boca abajo lo soltó delante, casi sobre el cuello del olano. El cuerpo del joven talanta oscilaba a cada paso del animal. La sangre bajó a su cabeza de golpe y sintió una fuerte presión sobre sus ojos. Estuvo a punto de perder su espada, pero el banelatu se inclinó y la cogió antes de que cayera al suelo. Aner no vio qué hizo con ella. Sentía los brazos pesados y era incapaz de controlar los movimientos de su cuerpo. Le pareció que sus extremidades pesaban en exceso. Sus párpados se querían cerrar, pero él sabía que debía mantenerlos abiertos.

Tuvo la impresión momentánea de que el olano se había detenido unos instantes y que luego

salía a la carrera, a una velocidad inusitada, a la que jamás había cabalgado. Pero quizás solo se tratara de una apreciación suya porque empezaba a ser difícil distinguir la realidad de lo que su mente comenzaba a imaginar.

Después de un tiempo indefinido, su cuerpo dejó de moverse. Tal vez se habían detenido. Tuvo la impresión de caer desde muy alto. Algo duro chocó contra su espalda. Una sonrisa estúpida se enmarcó en su rostro. Quiso llevarse los dedos a la boca. Algo dentro de él le decía que debía vomitar. Pero no sabía si lo estaba consiguiendo, porque no lograba encontrar sus labios. Se incorporó hacia un lado y se retorció de dolor. Sus ojos se abrieron y se cerraron varias veces. Una sombra negra se movió delante de él. Le pareció que le hablaba, pero no entendía qué era lo que le quería decir. Se puso a cuatro patas e intentó andar, pero sus pupilas no respondían y no podía fijar la mirada en los objetos que tenía delante. Sus extremidades no le sostenían.

El banelatu solitario detuvo su olano y comprobó que nadie les había seguido. Solo entonces desmontó y agarró el cuerpo del talanta para bajarlo al suelo. A pesar de actuar con cuidado, no tuvo tiempo de sostenerlo y la espalda de Aner se golpeó contra el duro firme. El joven comenzó a hacer movimientos con sus brazos. Se incorporó y se llevó la mano a la boca provocándose un vómito. El banelatu lo miró con curiosidad sin saber muy bien por qué reaccionaba así. Agotado, el joven se tumbó de nuevo. Sus brazos y sus piernas comenzaron a agitarse, presos de espasmos. Sus ojos intentaban enfocar, aunque sin conseguirlo. El banelatu que lo había secuestrado lo observó. Así, de cerca, el azul de sus ojos era intenso. Nunca había contemplado nada igual. Acercó su mano a su cuello en busca de su pulso. Estaba desbocado. Aquel joven iba a morir y el banelatu no entendía qué es lo que le pasaba. Se tomó un instante para cerrar los ojos mientras revivía las imágenes que habían quedado almacenadas en su mente. El anciano, los vasos, lo que habían colgado en sus cuellos... Y entonces comprendió. Arrancó con cierta prisa el pellejo que colgaba de su cuello, pero enseguida lo desechó. Evidentemente lo que buscaba no estaba allí, sino colgado del cuello del otro talanta. Lo tiró lejos y rebuscó en su bolsa hasta dar con lo que necesitaba.

Hizo fuego e hirvió agua. Mientras esta entraba en ebullición, el banelatu se colocó de rodillas delante de Aner y le hizo un masaje cardiaco. Luego colocó sus manos sobre su pecho y se concentró, cerrando los ojos. Pasó un rato así hasta que el sonido burbujeante del agua le avisó de que esta estaba preparada. Entonces se levantó con gran agilidad y llegó hasta el fuego con movimientos felinos. Retiró la pequeña vasija que hervía y echó en su interior distintas plantas secas que eligió con cuidado de unos pequeños saquitos. Echó una ojeada al talanta. Aún se revolvió inquieto. Miró alrededor. Fijó sus ojos en el suelo, barriendo la zona. Se movió unos pasos y continuó con su búsqueda. Asintió levemente y se agachó. Recogió una piedra de magnesia.

Oscurecía. Un atardecer raso, de terminación rojiza, dejaba entrever las primeras luces parpadeantes en el cielo. Pronto se cerraría un nuevo día. Con rapidez, sacó un pequeño cuchillo de su cinturón y raspó la superficie de la roca. Un fino polvo se desprendió de ella. Luego lo disolvió en agua y lo vertió sobre un cuenco pequeño. Aner parecía envuelto en una nueva convulsión. El banelatu se agachó a su lado, metió el brazo por debajo de su espalda y lo incorporó levemente. Con enorme paciencia vertió la mezcla en su boca, haciéndole tragar.

Cuando el cuenco quedó vacío, el banelatu solitario depositó la cabeza de Aner con delicadeza en el suelo.

Un cuervo graznó en la lejanía y su sonido se extendió por encima de ellos. El viento empujaba las ramas vacías de los árboles cercanos. El banelatu se incorporó. El aire puro y frío penetró en sus pulmones. En un árbol cercano descansaba su olano. No tenía tiempo de ocuparse de él. Lo soltó para que se proporcionara él mismo alimento. Palmeó su lomo y descargó las alforjas. Mientras rebuscaba en ellas, el animal se acercó a Aner. Ladró un par de veces y se tumbó a su lado. Lamió su cara y emitió un sonido de angustia que se prolongó durante unos instantes.

El banelatu entrecerró los ojos al ver la actuación de su olano. Parecía como si comprendiera que aquel talanta que una vez lo había montado necesitara ayuda. Dejó que se quedara allí, de vigilante. La noche iba a ser fría y sería conveniente mantener el cuerpo del talanta caliente.

Extendió una manta en el suelo e hizo rodar a Aner hasta colocarlo encima, mientras él se cubría con una gruesa capa negra. Luego colocó sus manos sobre el estómago del joven y cerró sus ojos. Así estuvo hasta que notó que su respiración se volvía más lenta. Luego dirigió sus manos sobre el corazón del talanta de los ojos azules y estuvo largo rato sin moverse.

Aner vomitó varias veces más hasta que solo quedó bilis que echar. Un sabor amargo se agarró a su garganta y un dolor agudo dobló su estómago. Después cayó agotado mientras su cuerpo se agitaba nerviosamente. Un líquido de sabor indescriptible atravesó su garganta. El banelatu le obligaba a tomarlo. Vomitó por última vez. Luego, sintió calor a pesar de que debía hacer frío. Un calor reconfortante al que intentó asirse con desesperación.

Así pasaron la noche y parte de la mañana siguiente. El banelatu solitario inclinado sobre Aner y Aner intentando ganar la batalla a aquel veneno que amenazaba con enviarle al mundo de los muertos. Y, al otro lado, un olano que permanecía quieto y que de vez en cuando pasaba su lengua por la cara del talanta.

El banelatu solitario se incorporó. El sol apenas era una débil luz insinuada en el este. Pronto, un estallido de color sembraría la tierra de formas. Se sentó con las piernas cruzadas y las manos juntas, la espalda muy recta y los ojos cerrados. La luz del astro rey se deslizó por su silueta inmóvil. Respiraba lentamente, renovando su energía.

Aner abrió los ojos. Por primera vez en cuatro días, logró ver con claridad los objetos que le rodeaban. Amanecía en un lugar desconocido y no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Intentaba recordar. Su cabeza le devolvió el sonido de gritos y llantos y el olor a humo espeso. El rostro de Zarala le llamaba en la lejanía mientras Ixaka era arrastrado por el suelo. Se intentó incorporar para desasirse de aquel terrible recuerdo, pero un intenso pinchazo en su cabeza, por encima de su oreja izquierda, le hizo desistir de la idea. Notó cómo se le nublaba la vista y el estómago se le revolvió y cerró los ojos de nuevo para intentar que esa sensación desapareciera. Un sueño espeso cayó sobre él y se quedó dormido de nuevo.

El cuerpo del talanta se agitó, pero esta vez no era efecto del veneno, sino porque le acechaban las pesadillas. El banelatu solitario acercó la mano derecha a su rostro y la dejó a menos de un

palmo de él. Ese gesto hizo desaparecer la tensión de su cara y su cuerpo dejó de agitarse. Aner respiraba tranquilo. Pequeños mechones de pelo caían a los lados de su rostro y llegaban hasta sus hombros. La barba había empezado a crecer; una barba de un tono más claro que su cabello que apenas destacaba sobre su tez. El banelatu pasó su mano sobre ella. Era suave y dura. Nunca había sentido esa sensación, porque los de su raza no tenían pelo en el cuerpo, salvo el de la cabeza. Sus pestañas eran largas y del mismo color de su pelo. Las cejas rectas y pobladas se curvaban en los extremos del ojo. Su nariz, un poco torcida seguramente por algún golpe recibido, confluía en unos labios finos y rosados, ahora agrietados por el invierno y por el esfuerzo realizado para vencer al veneno que había corrido por sus venas y a la fiebre que lo acompañó.

El banelatu solitario se quitó la caretesa que permanentemente cubría su rostro para oxigenar su piel. De sus alforjas, sacó una camisa limpia que dos días atrás había tomado prestada de una granja abandonada, sita varias leguas más al oeste. Tras vomitar varias veces, la de Aner había quedado inservible. Despacio, soltó la cuerda que ataba la que llevaba puesta. Se ayudó de las dos manos para elevar el tronco de Aner y le quitó la camisa. Sus anchos hombros llamaron la atención del banelatu. Sin duda, el suyo era un cuerpo preparado para el esfuerzo físico. De su cuello colgaba un pequeño objeto de madera. Lo tomó en sus manos. En una de sus caras estaba representado el sol y en la otra la luna. Un fino y suave cordón de cuero negro lo sujetaba a su cuello. Cogió la camisa limpia y se la pasó por la cabeza. Apartó su pelo y descubrió un tatuaje en su nuca. Un rayo negro aparecía pintado justo donde se unen cabeza y espalda. Sin prisa, dejó que el cuerpo del talanta descansara de nuevo sobre el suelo. Tomó su brazo izquierdo para pasárselo por la manga. Sus manos eran grandes y fuertes. En el dedo índice se destacaba una cicatriz que lo cortaba de arriba abajo. Sin embargo, el dedo no se había desfigurado. Contemplaba la mano, cuando sintió una fuerte presión sobre la suya. Desvió la mirada hacia el rostro del joven. Dos grandes ojos azules le observaban.

Aner contempló por primera vez el rostro de aquel banelatu cara a cara, sin caretesa. Se habría reído de tener ganas y humor, pero se limitó a mantener el rostro inmutable. Delante de él estaba una banelatu de pelo tan negro como las plumas de un cuervo. Su nariz era pequeña y sus cejas apenas se insinuaban dentro de su rostro de un blanco tan frágil que casi parecía transparente. Sus ojos grises e inexpresivos eran iguales a los de todos los banelatus. Su boca pequeña se abrió poco a poco hasta dejar al descubierto unos dientes pequeños y casi tan blancos como su rostro. En su piel no había ninguna arruga, ningún recuerdo. Aunque los banelatus vivían muchos años y se conservaban jóvenes, aquella que tenía delante era joven de verdad. No pasaría de los veintidós.

—Soy Tixaso —se presentó—, kuntur de la uno. ¿Cómo te encuentras, Aner?

La voz de la banelatu retumbó en su mente. Sonaba metálica y aguda; un sonido que odiaba y que quería apartar de él cuanto antes. Se incorporó de repente y se sentó. Tixaso se apartó hacia atrás al sentir su presencia. Esperaba escuchar su voz, que dijera algo, pero el talanta se levantó. Se sintió algo mareado, cerró los ojos y sacudió la cabeza. Todavía hacía frío, aunque el invierno llegaba a su fin, y le sentó bien notar el fresco del mediodía en su rostro. Anduvo unos cuantos pasos, titubeante. Se notaba espeso y cansado y sus músculos apenas respondían a sus movimientos.

Tixaso salió tras él con la mano en la espada por si pretendía escapar. Después de contemplar

los alrededores y de situarse, el talanta se volvió y se encontró con la punta de la espada en su pecho. Sin desviar la vista de esos ojos grises que tanto odiaba, apartó la punta. Tixaso le dejó hacer. Aner se sentó en una piedra. El olano se acercó a él y apoyó su morro sobre su hombro. Aner lo acarició y le dio las gracias en un susurro. El animal pareció entender y respondió con un par de ladridos.

—Eres mi prisionero —dijo la banelatu.

El joven no se movió ni dio muestras de entender.

—¿Has entendido lo que te he dicho?

Aner no contestó. La miró y ella sintió, por primera vez en su vida, deseos de apartar la mirada. Se reprendió por dentro. No podía permitir que el talanta pensara que ella era débil, porque no lo era. Ningún banelatu podía rebajarse ante los talantas. Aner la observó. Era más alta de lo que le había parecido. Su espada aún seguía desenvainada y en actitud amenazante. Era una espada delgada y fina, de doble filo; ligera y mortal. En su empuñadura lucía orgullosa la silueta de un alacrán, como correspondía a un miembro de las fuerzas de élite de los kuntur banelatu, como ella había dicho. Debía ser especialmente buena para haber sido aceptada dentro de ese cuerpo siendo tan joven o, quizás, gozar de los padrinos adecuados. También entre los banelatus había corrupción. En cualquier caso, debería estar prevenido.

El talanta sintió la lengua del olano sobre su rostro y dirigió su mirada hacia él. No pensaba escaparse, esa banelatu le podía llevar hasta su esposa. Se mostraría sumiso durante el viaje y, cuando estuvieran cerca de Bankada, encontraría la forma de escabullirse y colarse en la ciudad para rescatar a Zarala y a Ixaka. Viajar en esos momentos era peligroso y esa banelatu le abriría los caminos y las puertas sin tener que desgastar sus energías. Después de todo, tampoco le había resultado tan malo que le secuestrara justo en el momento de enfrentarse a Meder. Ya ajustaría cuentas con él en otro momento. Por lo pronto, la compañía de Tixaso le facilitaría el viaje. Permaneció en silencio, obviando la presencia de su captora, pero esta se acercó a él.

—Muéstrame tus manos —le pidió mientras sacaba una cuerda de uno de sus bolsillos.

El joven no se movió. Ella pensó que el idioma iba a ser una barrera para comunicarse. La banelatu había aprendido varias palabras en el lenguaje de Aner, pero le resultaba difícil componer frases todavía. En cuanto al talanta, ¿qué se podía esperar de él? Los talantas no podían aprender el banelatu porque eran una raza inferior con muchas menos capacidades de aprendizaje y con una inteligencia menor. Eso iba a ser una barrera, pero ya se le ocurriría algo, tenía ganas de interrogar a Aner. Quería saber si lo de montar el olano había sido porque sabía cómo debía proceder o simplemente se debía a la suerte de un loco atrevido. Quería preguntarle cómo preparaba el polvo que usaba en sus flechas. Necesitaba muchas respuestas. Pero no había prisa. El viaje iba a ser largo y eso le permitiría conseguir comunicarse con él de manera fluida. De cualquier forma, Tixaso había observado lo suficiente al joven como para saber que podría ser peligroso e impredecible, así que debía tomar precauciones ahora que aún estaba débil. En cuanto comiera lo suficiente, recobraría sus fuerzas y, probablemente, sus ganas de ser libre.

La punta de la espada banelatu se hundió sobre la clavícula de Aner. Este miró a Tixaso y extendió dócilmente sus muñecas, aunque sin perder el contacto visual. No lo habría hecho con

ningún otro banelatu, porque se exponía a recibir un castigo, pero parecía que sobre Tixaso podía permitirse ese lujo.

Las cuerdas se apretaron sobre sus muñecas. Aner se dejó hacer sin esconder su mirada ni mostrar sumisión. Cuando terminó, el joven se sentó en una piedra, con la espalda recta, mirando hacia el sol. Sus ojos brillaban y los rayos de sol resbalaban por sus cabellos, tiñéndolos de un dorado claro. No había viento y el silencio los rodeaba por los cuatro costados. A lo lejos, un pájaro carpintero picoteaba la madera. Arriba, entre las nubes, un halcón desafiaba la gravedad.

Tixaso preparó algo de comer. Se sentía observaba, aunque eso no la incomodó. Al fuego, asó algo de carne. Pronto, un delicioso aroma se extendió por los alrededores. Aner llevaba cuatro días sin probar nada sólido y su estómago reaccionó al intenso olor de la comida. La vista del joven talanta se perdió en la distancia. En las últimas horas habían sucedido demasiadas contrariedades y no había tenido tiempo de asumirlas. En realidad, lo primordial era intentar rescatar a la única persona en el mundo que le había enseñado a ser feliz. Tixaso puso delante de él un cuenco con comida. Aner lo tomó sin premura. Sus manos atadas no le permitían tener demasiada libertad. Cogió la comida con la mano y se la llevó a la boca. Masticó despacio. La carne era dura, pero sabrosa. Su estómago pronto se sació. Decidió no comer más. Se sentía cansado y se tumbó en el suelo. Hacía frío, pero se quedó dormido.

Era difícil saber qué pensaba aquel talanta. En sus interminables días de entrenamiento, Tixaso se había enfrentado a muchos de ellos. Prisioneros que usaban como esclavos y como rivales a los que enfrentarse en los adiestramientos militares. Era fácil leer en ellos el miedo, saber lo que pensaban y cómo iban a reaccionar. Pero nada de eso se leía en el rostro ni en la mente de Aner.

La mañana estaba templada, Tixaso recogió todas las cosas antes de despertarle. Este notó una pequeña patada en las costillas. Abrió los ojos con rapidez. El día se teñía de luz, aunque la noche aún estaba marcada en el horizonte. Se levantó despacio. Hizo algunos equilibrios para no caer. Sus manos estaban entumecidas y frías. Intentó frotárselas para entrar en calor. La banelatu le acercó un cuenco con leche. Aún estaba caliente. Debía hacer poco que la habían ordeñado. La bebió de un trago. Un rastro blanco enmarcó sus labios. Se pasó la lengua por ellos y notó cómo la barba y el bigote crecían sobre su rostro. Luego se pasó la manga sobre la boca para secársela. Tixaso le indicó que comenzara a caminar. Ella se montó sobre el olano. Aner miró por última vez atrás. Las montañas en las que había vivido durante los dos últimos años no quedaban todavía demasiado lejos. Pintadas de blanco, con la nieve aún en sus faldas, parecían despedirse de él. Tixaso apremió a su olano. Aner comenzó a andar.

El terreno era escarpado y las rocas estaban sueltas, lo que dificultaba el pequeño descenso que habían iniciado. Aner caminaba de medio lado. Apoyaba los pies con sumo cuidado para mantener el equilibrio. No disponía de sus manos para frenar una posible caída. La banelatu cabalgaba detrás, sin apremiarle. Parecía medir la capacidad del joven para aguantar una larga caminata.

Marcharon durante gran parte del día, sin forzar el paso, pero sin detenerse apenas para comer y descansar un poco. El silencio acompañaba sus pisadas. Él no tenía nada que decir y ella no sabía cómo hacerse entender. Al final de la tarde, Tixaso captó la respiración alborotada de Aner.

El joven no daba muestras de estar cansado, pero ella sabía que así era. El sol permanecía aún en el horizonte cuando Tixaso decidió parar. La banelatu sacó de sus alforjas los enseres necesarios para pasar la noche. Aner, sin que le dijera nada, se alejó un poco y recogió palos secos. Los colocó de forma adecuada para hacer fuego. Cuando se puso a ello, Tixaso se acercó a él y lo detuvo, poniendo sus manos sobre las suyas. La banelatu estiró la mano derecha y una llama apareció silenciosa entre las ramas. Aner contempló la lumbre danzarina que surgió a continuación. Tixaso puso en sus manos varios palos con trozos de carne y el joven los asó poco a poco. Compartieron la cena en silencio. Aner se notó fatigado. Unas acentuadas ojeras habían aparecido debajo de sus ojos. Sus labios permanecían cerrados con fuerza. Los párpados se le caían mientras intentaba permanecer despierto.

—Aner —escuchó.

Su nombre sonaba distinto en labios de aquel ser que odiaba. Giró despacio su rostro. Tixaso se había quitado la caretesa y su rostro níveo resplandecía a la luz de la hoguera. La banelatu se expresaba mezclando palabras en su idioma y las que conocía de la lengua de Aner, pero este no daba muestras de entender. Al final recurrió a los gestos, pero no logró avances, por lo que cejó en su empeño.

El joven orinó con las manos atadas, luego se volvió hacia donde Tixaso había levantado el campamento. Esta le señaló la manta y él se puso de rodillas sobre ella, luego se tumbó. La banelatu susurraba cerca de él. Creía que si le hablaba con frecuencia, acabaría entendiendo algunas palabras. Aner se quedó dormido mientras escuchaba esos sonidos metálicos que salían de su garganta.

Conforme pasaron los días, Aner se empezó a sentir mejor. Las energías renovaron su espíritu, la fortaleza retornó a su cuerpo y aguantaba mejor las largas jornadas de marcha. Tixaso, aunque lo intentaba, no hacía grandes progresos con la comunicación entre ambos. No quería recurrir a la fuerza, pero lo haría si no conseguía lo que quería. Había métodos, ella los conocía y sabía usarlos.

El paisaje comenzó a cambiar. La nieve quedaba lejos después de varias semanas de viaje. La primavera había estallado en todo su esplendor y se dirigían al sur. La temperatura era templada la mayoría de los días y el cielo estrellado era un espectáculo digno de contemplar durante las noches despejadas. Aner se preguntaba a menudo si Zarala podría contemplar ese mismo cielo. No deseaba otra cosa en su vida que reencontrarse con ella. Cuando recordaba su rostro suave y su voz delicada, notaba fuerzas dentro de él para seguir adelante. Sentía impotencia al no poder estar a su lado y consolarla.

El paisaje se tornó más llano y verde conforme avanzaban hacia la tierra de los banelatus. Los perfiles de las montañas habían desaparecido. Enormes extensiones planas las habían sustituido. Los caminos estaban prácticamente desiertos. Los banelatus vivían en grandes ciudades y los pueblos de aquellas zonas habían sido abandonados o exterminados.

Aner llevaba la cuenta exacta de los días que llevaban caminando: veintiuno. Sabía que su destino era Bankada. Nunca hubiera vuelto allí de manera voluntaria, pero las circunstancias

mandaban y su único deseo era reencontrarse con Zarala. Caminaban por sendas ocultas y caminos secundarios. Raramente se encontraban con nadie y, cuando lo hacían, Tixaso era muy pulcra en evitarlos. Aquella mañana habían comenzado a caminar nada más rayar el sol. Las botas de Aner estaban desgastadas, pero sus piernas habían cogido fuerza. Caminaba delante de Tixaso. Esta observaba cada uno de sus movimientos. Algunas noches, permanecía despierta viendo cómo dormía. Aner tenía un sueño tranquilo y profundo hasta que llegaba el amanecer. Entonces su cuerpo se agitaba preso de pesadillas. A menudo pronunciaba un nombre: Zarala. Era la única palabra que le había oído decir en lo que llevaban de viaje. Poco después se despertaba sobresaltado, abría los ojos y se sentaba. Pasaba sus manos atadas por su pelo y luego se tocaba la barba. Entonces, sus ojos miraban al vacío y permanecía en silencio. Tixaso se hacía la dormida y Aner suspiraba.

Tixaso cazaba de noche, mientras el joven talanta dormía. Sus ojos estaban adaptados para ver en la oscuridad y era buena cazadora. Ningún día les había faltado bocado que echarse a la boca.

Al atardecer, llegaron a orillas de un lago. Era pequeño y tranquilo. Sus aguas oscuras reflejaban las ramas de los árboles cercanos cubiertas de hojas pintadas de un fuerte verde. Las ramas de los sauces llorones lamían la superficie. Una ligera brisa recreaba pequeñas ondas que apenas se elevaban hacia arriba.

Aner miró a Tixaso. Le mostró las manos atadas y luego le señaló el lago.

Tixaso comprendió lo que le pedía, pero se hizo la desentendida. Era una buena oportunidad para hacer que el talanta hablara. Después de varios intentos señalando el agua y sujetando su camisa sudorosa, Aner claudicó.

—Desearía bañarme —le dijo.

La banelatu se acercó unos pasos. La voz del joven no le sorprendió. Ya la había escuchado antes dando órdenes y hablando con Astu. Pero le pareció rara la firmeza y la enorme tranquilidad con las que pronunció la frase. Tixaso almacenó las palabras en su memoria.

—No me voy a escapar y tú lo sabes.

Tixaso no comprendió lo que le decía.

—No voy a escapar... —buscó otra palabra al ver que ella no comprendía— a huir... No voy a correr —le dijo al fin, haciendo un movimiento negativo con la cabeza y otro rápido con los dedos índice y corazón de su mano derecha, imitando a dos piernas en movimiento.

La banelatu se acercó y se puso delante de él, casi se rozaron. Observó sus ojos. El azul intenso de su iris resplandecía con los últimos rayos de sol. Con un movimiento rápido de su muñeca, sacó un cuchillo y cortó sus cuerdas. Aner se tomó su tiempo. Se frotó las muñecas donde se veían las marcas de la cuerda. Estiró sus brazos y los separó del cuerpo. Se quitó la ropa despacio.

Tixaso observaba desde atrás, espada en mano; todo su ser en tensión, dispuesta a reaccionar ante cualquier imprevisto o ademán extraño del talanta. Le había dado su palabra de que no intentaría huir, pero ella sabía que la palabra de un humano muchas veces no valía nada. Eran

mentirosos y embaucadores por naturaleza. Y, por tanto, carecían de honor. Eso era lo que le habían enseñado. Los músculos del talanta que se hallaba delante estaban más desarrollados que los de los otros talantas a los que ella se había enfrentado. Advirtió su respiración pausada.

Aner introdujo sus pies en el agua. Estaba fría. Notó cierto placer en la gelidez del elemento. Los cantos de las piedras se incrustaron en sus pies desnudos. Avanzó hasta que el agua le llegó a la cintura. Después, se hundió y desapareció. Fue tan sutil su movimiento que la superficie se quedó quieta, plana, estática. Después de un rato, su cabeza apareció varios pies más adentro. El sonido de su boca al expulsar el aire se extendió por los alrededores. Tixaso también respiró. No se había dado cuenta de que había contenido el aire durante todo el tiempo. La fuerza del hálito de Aner empujó el agua de la superficie al resoplar. Nadó despacio. El sol se marchaba ya por el horizonte. Una estela de luminoso rojo resplandecía sobre el agua oscura. Los últimos rayos se colaban entre las ramas de los sauces llorones. Todo estaba en calma. Dejó que el agua desentumeciera sus músculos y relajara su cuerpo. Se acercó sin prisa a la orilla y se enredó entre las ramas que colgaban hasta el suelo.

La banelatu lo perdió de vista unos instantes. Con paso firme se acercó hacia él. Lo encontró vistiéndose tranquilamente. Sus manos acariciaron las hojas delgadas y finas que cubrían el espacio. Luego se puso la camisa. Se giró y se encontró con esos ojos grises que lo miraban fijos, sin pestañear. Aner juntó sus muñecas y se las enseñó.

—¡Avanza! — le dijo ella con un gesto de su cabeza y de su espada.

Él se puso las botas y avanzó. El sol se sumergía por detrás del lago y las primeras luces hacían su aparición en lo alto. Entre los dos prepararon una hoguera y asaron la carne. La temperatura era agradable. El fuego lanzaba pequeñas chispas a los alrededores, que se fundían con la noche.

Tixaso sacó una cuerda nueva de sus alforjas y ató de nuevo las muñecas de Aner y también sus pies. El joven talanta se tumbó boca arriba. Bostezó. Estaba incómodo pero deseaba ver esa cúpula negra salpicada de puntos blancos luminosos. Cerró los ojos. Estaba cansado.

Algo le sacó de su sueño en mitad de la noche. No se despertó sobresaltado, pero sabía que algo lo había lanzado fuera de su sueño. Escuchó con atención. Alguien chapoteaba en el agua. Se giró. Tixaso no estaba tumbada. Se incorporó como pudo y se acercó a saltitos hasta la orilla. Tixaso nadaba como si fuera un delfín. La luna iluminaba la noche, redonda y grande. Su reflejo blanco creaba un enorme círculo plateado sobre la superficie oscura. Decenas de ondas se expandían hacia los lados. Aner la observó hasta que salió del agua un rato más tarde. Después, ella regresó y se tumbó.

Abandonaron el lago a primera hora de la mañana. Las nubes, bajas y esponjosas, recorrían el cielo con rapidez, empujadas por el viento. Conforme avanzaban, un nudo crecía en el estómago del talanta. Dentro de poco verían a los primeros banelatus y, quizás, incluso se podrían encontrar con el grupo de Yankel.

Tixaso cabalgaba erguida sobre su olano. Delante de ella, Aner llevaba la vista fija en el horizonte, como si buscara algo. El piso firme y liso sobre el que marchaban le permitía andar sin

mirar al suelo. Buscó en el aire cualquier signo que le indicara el lugar exacto en el que se encontraba, pero le era difícil situarse. Sentía los ojos de Tixaso clavados en su nuca. Quería apartar esa sensación de su cabeza, pero no podía. El nerviosismo crecía dentro de él.

La banelatu decidió parar. Negras nubes se agrupaban en el cielo por el oeste. La tarde se oscurecía por momentos. El aire olía a humedad.

—Espera —dijo en alto para que le oyera su acompañante—, nos refugiaremos allí arriba.

Aner siguió la dirección de su dedo. Un poco más al este, encima de una colina redondeada, se asomaba un cobertizo de planta rectangular. El primer relámpago se dibujó sobre el espeso gris de manera fugaz y breve. Un débil trueno se escuchó poco después. La tormenta aún estaba lejos. El viento comenzó a soplar con intensidad. El cabello del joven se revolvió al instante. Varios mechones cubrieron sus ojos. Se llevó las manos a la cara y se los apartó como pudo. Pero el viento era terco y parecía empecinado en jugar con su pelo.

Llegaron a la cima justo cuando las primeras gotas impactaban sobre el firme. Eran gruesas y dejaban huellas grandes y redondas sobre la tierra seca. La puerta estaba semiabierta y en el interior apenas quedaban muebles y enseres. El polvo discurría a placer por el lugar y las telarañas copaban cada uno de los rincones de la pequeña construcción. La estancia estaba dividida en dos salas. Una de ellas parecía haber servido de pequeño granero. La otra parte, separada de la anterior por una puerta que no cerraba, tenía un pequeño espacio para preparar un fogón, una mesa, cuatro sillas, en no muy buen estado, y un diván que alguien algún día había usado de cama. La madera crujió bajo sus pies. Las ventanas se abrían y cerraban a merced del viento y el sonido de la lluvia se escuchaba con nitidez dentro del refugio. Aner se acercó a una de las ventanas que estaba abierta. La lluvia caía con fuerza, arrastrando el barro colina abajo. Decenas de relámpagos surcaban el cielo con rabia, mientras el agua caía con fuerza. La cerró y el sonido de la tormenta quedó algo más lejano.

Tixaso encendió el fogón. No quedaba mucha leña, pero sería suficiente para pasar la noche. La tibia luz de la fogata transmitía un extraño brillo a los ojos del talanta. Se miraron sin decirse nada. La banelatu se acercó a él y se quitó la careta desafiante. Aner apretó la mandíbula y se quedó estático. No sabía muy bien por qué, pero notaba una fuerza dentro de él que le turbaba.

—¡Siéntate! —le exigió ella.

El joven se giró y, al hacerlo, tuvo que desviar la mirada. Dejó el asiento que parecía en mejor estado para su captora y él se decantó por uno de los más viejos. Tixaso extendió sobre la mesa las sobras del día anterior. Aquella jornada no había tenido posibilidad de cazar y con la tormenta sería imposible encontrar alguna pieza. Aner colocó con cuidado varias cerezas que había cogido del árbol mientras caminaban. Tomaron un poco de carne seca y Aner saboreó la fruta. Tixaso solo comió carne. Mientras masticaba, miró las cerezas con curiosidad. Nunca antes las había visto. Le parecía extraño que, estando relativamente cerca de su ciudad, nadie antes las hubiera descubierto. Nunca había oído hablar de unos árboles que dieran ese tipo de fruto. Se preguntó cuál sería su nombre, pero decidió no probarlas. Una gota encarnada se escapó de la comisura de los labios del joven. Se pasó la lengua despacio para recogerla. La joven banelatu lo observó con descaro. Él continuó a lo suyo. Saboreó las cerezas. Hacía mucho tiempo de la última vez que las

probó. Era muy niño. Su padre las descubrió para él. No sabía por qué había rememorado aquel instante. Recordaba el momento en que su progenitor lo levantó y lo colocó sobre sus hombros. Así llegaba a las ramas con facilidad. Fue delicioso poder cogerlas directamente y llevárselas a la boca. Eran dulces, sabrosas y en ese momento se creía feliz. Elevó la vista hacia su compañera forzosa de viaje. Sabía por qué había revivido aquel instante. Ese fue el día que vio por primera vez a un banelatu. Dejó de comer cerezas. Un pequeño montoncito de huesos se había apilado sobre la mesa. Su mirada se tornó hostil, oscura, enigmática. La lluvia continuaba tenaz en el exterior y golpeaba con fuerza sobre la techumbre. Algunas gotas se colaban impertinentes por los resquicios de un tejado en mal estado. Su golpeteo reiterativo se escuchaba cerca, acompasado. Buscó un rincón cerca del fuego y se sentó. Dormiría así, como pudiera. Con las manos atadas y la pared como almohada. Al menos, el fuego calentaba la sala y estaba seco. Cerró los ojos.

En el fogón quedaban las brasas incandescentes de madera quemada. Las cenizas envolvían el rojo ígneo del gran poder del fuego. En el rostro del talanta se reflejaba el calor del hogar. Sus facciones estaban relajadas. La lluvia había cesado. A través de la ventana se veían los árboles de cuyas ramas goteaba el agua que habían recogido. Decenas de pequeñas ramas rotas salpicaban el suelo a modo de alfombra incómoda. La tormenta, enérgica e impetuosa, había infligido un serio castigo sobre las hojas tiernas. A lo lejos, los relámpagos pintaban cientos de surcos de luz entre las nubes. Los truenos se escuchaban en la lejanía, rompiendo el cielo con un sonido amortiguado por la distancia. Tixaso se sentó de nuevo. Acercó su mano a las cerezas casi con miedo. Tomó una y tiró de ella para desengancharla del palito del que colgaba, tal y como había visto hacer a Aner. Se la llevó a la boca. Un estallido de sabor desconocido explotó dentro. No supo describirlo. Era la primera vez que probaba algo semejante. Le dio varias vueltas en su boca hasta que encontró el hueso. Lo sacó después de haber quitado de él hasta el último trocito de carne. Tras probar una, siguió otra y luego otra... así hasta que acabó con ellas.

Aner se despertó sobresaltado. Su respiración era agitada. Se incorporó y tragó saliva sin saber qué le ocurría. Desde que abrió los ojos, se dio cuenta de que algo iba mal. La casa estaba vacía. Empujó la puerta con el hombro y salió al exterior. Miró arriba, en busca del sol. El cielo estaba encapotado, pero no parecía que fuera a llover más de momento. El olano de Tixaso estaba atado a un árbol cercano, pero no había rastro de ella. Miró al cielo y después a ambos lados. Algo se encendió dentro de su cabeza. De pronto comprendió qué era lo que estaba mal. Los primeros días habían viajado hacia el sur, pero llevaban varios días de marcha hacia el este. El joven intentó concentrarse y calcular cuánto hacía que habían cambiado de rumbo. Notaba un nudo en el estómago y una sensación de agobio golpeó su pecho. No se dirigían hacia Bankada tal y como creía. Al contrario, se alejaban de la capital del supremo banelatu del oeste y, por tanto, de Zarala.

Sin pensar bien en lo que hacía, echó a correr hacia el olano. Lo desenganchó del árbol y se subió en él. Hincó las rodillas y golpeó en sus flancos. El olano partió a la carrera. Aner no miró atrás, no se molestó en averiguar dónde estaba Tixaso o qué era lo que hacía. Un único pensamiento ocupaba su mente: fuera como fuese, debía llegar a Bankada. Recorrió varios pies antes de que el olano se encabritara y levantara sus patas delanteras. Un ladrido agudo de dolor surcó el aire. Aner intentó controlar al animal, palmeando su cuello.

Como surgida de la nada, Tixaso se plantó delante de ellos, espada en mano. Ese humano estúpido trataba de huir. Tenía razón al pensar que eran incapaces de cumplir su palabra. La banelatu agarró a Aner por el hombro y lo tiró contra el suelo. Al caer, el joven se golpeó la rodilla y el rostro. De sus ojos salía un marcado odio cuya destinataria era Tixaso.

Ella lo miró desde su caretesa. Sus ojos no transmitían nada, pero a Aner no le hacía falta ver nada en ellos para saber que su actitud no le había gustado.

—¡Levántate! —dijo con voz sosegada la banelatu, pero con autoridad.

Aner no hizo ningún gesto. Estaba dolorido y cavilaba sobre las posibilidades que tenía. No le dio tiempo a tomar ninguna decisión. Tixaso le agarró del pelo y le hizo mirarla.

—No se puede desobedecer a un banelatu sin recibir el correspondiente castigo.

Aner sintió un fuerte golpe en la boca de su estómago y cayó hacia atrás.

—¡Levántate! —repitió, acompañando sus palabras con un gesto.

Aner se incorporó. La espada que había robado del banelatu durante la batalla en el quinto clan de los talantas cayó en sus manos como llovida del cielo. Tixaso se la había lanzado. Estuvo a punto de caérsele. Era difícil empuñarla con las manos atadas. No tuvo tiempo ni siquiera de sorprenderse porque Tixaso ya arremetía con el primer golpe. Aner giró su cuerpo y preparó sus brazos para frenar el golpe. El ruido de los hierros al chocar pronto surcó el aire. La banelatu luchaba sin prisa. Sabía que era superior. Sus lances eran rápidos y medidos. Intentaba cansar a su contrincante. Aner se defendía con eficacia. Hacía mucho tiempo, había alcanzado un buen nivel con esa arma, pero llevaba muchas lunas sin practicar. Durante los escasos instantes en que había blandido la espada, se había sentido cómodo, pero necesitaba hacerse de nuevo a esa rutina. La banelatu no le iba a dar esa posibilidad y le iba a castigar cuanto pudiera.

Las espadas chocaron en el aire. Los hierros parecieron ponerse al rojo vivo. Un calor creciente subió por sus manos hacia los codos. Aner empujó a la banelatu y sus cuerpos se separaron. A Tixaso no le gustaba la forma en que Aner la miraba. Notaba dentro de ella una sensación rara, a la que no podía poner nombre. Aner intentaba imponer su fuerza física. Por un momento creyó que así podría vencerla. Pero fue solo durante unos instantes. Y él sabía que eso era imposible.

El sol se asomó entre las nubes. Fugazmente bañó los cuerpos de los dos combatientes y se escabulló de nuevo. El enfrentamiento se alargaba cuando Aner recibió la primera herida. Fue en un costado. Un arañazo hecho con la punta de la espada hizo correr un hilo de sangre sobre su camisa clara. Escocía. Con agilidad, Tixaso se retiró hacia atrás. Analizó la situación y calculó por dónde y cómo debía atacar. Aner se dejaba llevar por la prisa y empezaba a ser impreciso. Eso le dio confianza. Aner pasó al ataque. Avanzó hacia ella y su espada impactó en el hombro de la banelatu. Un rasponazo superficial que ni siquiera le hizo girar su cabeza para ver la herida.

Después, todo sucedió muy deprisa. Los ataques de ella, antes espaciados, llegaron como golpes de ramas agitadas con violencia por el viento. Aner paraba las investidas como podía, ocultando su cabeza entre las manos atadas. Hasta que en un lance, la espada se le escapó de las

manos y quedó desarmado ante su rival y atacante. Clavaron su mirada el uno en el otro. Aner tuvo un mal presagio y retrocedió. No fue suficiente para esquivar el filo de la espada. Un calor abrasador recorrió el brazo y el pecho de Aner. La vista se le nubló y su cuerpo cayó pesadamente sobre el suelo. La tierra se tiñó de un rojo vivo y violento.

Capítulo VIII

Camino de Bankada

Caminaban en dos largas filas. En un lado los hombres, en el otro las mujeres, divididos por edades. Detrás de ellos quedaba un reguero de cadáveres de cuyos cuerpos daban buena cuenta las aves carroñeras. El cielo estaba lleno de puntos negros que sobrevolaban a los prisioneros, festejando el banquete que se iban a dar. Los más débiles y los heridos fueron los primeros en caer. Algunos osados que se atrevieron a desafiar el poder banelatu cayeron después, como escarmiento para aquellos que quedaban con vida.

Ixaka caminaba cabizbajo. Recordaba todo lo que Aner le había enseñado. «No mires a sus ojos», le había dicho, «Lo consideran un acto de rebeldía». El joven sentía un fuerte dolor en su tobillo izquierdo. Cojeaba. Pero mantenía el paso sin lamentos. Además, tenía el cuerpo lleno de quemaduras provocadas por la tierra y las piedras sobre las que el banelatu que lo había hecho prisionero lo había arrastrado. Su ropa estaba rota aunque, incomprensiblemente, conservaba las botas.

Zarala caminaba más atrás. Su rostro estaba serio y su mirada en el suelo, concentrada en mantener el ritmo y la fila. Ixaka estaba preocupado por ella. La había visto vomitar en varias ocasiones. De vez en cuando miraba de reojo hasta que daba con su cabeza y entonces respiraba tranquilo. «No des muestras de conocer a nadie. Lo usarán contra ti para forzarte a hacer lo que ellos quieran». Su hermana también parecía saberlo, porque evitaba establecer contacto con Ixaka. Poco a poco, los dos aprendieron a comunicarse con su silencio, para ello usaban pequeños gestos de sus manos y de su cara. Los ancianos caminaban adelante, Ixaka había visto a su padre, o al menos le había parecido reconocerlo en un anciano de mirada perdida y pelo revuelto que había visto a la hora de formarse las filas. Intentó acercarse a él para estar juntos, pero la mano dominante de un banelatu lo separó, sin darle tiempo a confirmar su visión. A menudo se preguntaba cuál habría sido la suerte de los demás miembros de su familia: de su madre, de Luar y su esposa y de sus sobrinos, y de tantos otros parientes y amigos a los que no había visto entre los prisioneros.

Pasaban la mayor parte del día andando y por la noche apenas podían dormir por el cansancio que arrastraban tras días sin freno y de escaso alimento.

Yankel observaba la fila de talantas que quedaba tras él. Se percató del estado lamentable de casi todos ellos. Ordenó reducir la marcha. Si seguían a ese ritmo no iba a quedar trofeo que presentar en su triunfo. También ordenó que se les alimentara mejor. Sus hombres protestaron. No querían compartir sus raciones, pero Yankel acalló cualquier intento de rebelión, prometiendo una mayor participación en los botines que llevaban.

El líder banelatu se dejó caer hasta el final de la caravana donde viajaban los niños. Muchos lloraban separados de sus madres. Algunos de ellos ni siquiera sabían si sus progenitores continuaban con vida o no. A Yankel le gustaba sentir su angustia y su miedo. No sabía poner nombre a esos sentimientos, lo único que sabía era que percibía una sensación única que le hacía

sentirse grande y poderoso.

Esperó hasta que el último de ellos desapareció y se colocó detrás, observando la grandeza de su conquista. Tras caer el pueblo talanta, prácticamente toda la zona norte quedaba bajo su dominio. Los últimos rebeldes que se le resistían y que habían estado a punto de provocar su caída como gran líder de la guerra estaban a punto de pasar a la historia. Sus últimas conquistas, además de hacer más grande su nombre, estaban a punto de reportarle riquezas y más esclavos. Ahora se lo podría permitir y seguro que Sadoc no se lo negaría.

Un niño de unos cinco años se volvió. Miró al olano entre cautivado y temeroso, pero, al ver los ojos sin fondo de Yankel, invadido por un miedo extremo, se quedó paralizado. Yankel sacó su espada y atravesó su pequeño cuerpecito. Fue lo más cruel que Ixaka había visto jamás. Aquella imagen que presenció por casualidad mientras buscaba la cabeza de su hermana se le quedó grabada durante el resto de su vida.

La moral de los prisioneros creció después de que se doblara el número de raciones y de agua. Lo que los cautivos tomaron por un gesto de conmiseración tan solo escondía un grado de crueldad extremo de los banelatus. Yankel solo esperaba que su fama aumentara de manera considerable y que su nombre fuera conocido, así como el temor que inspiraba. Se acercaba la noche. Ixaka había dejado de sentir miedo, pero su grado de frustración crecía por momentos. Aún conservaba intacta la esperanza y la fortaleza suficiente para mantener elevada la moral. Aunque a veces pensaba que Aner podría estar muerto o malherido, aún era más fuerte el pensamiento de que había podido escapar y caminaba en pos de ellos para rescatarlos. Buscó un sitio para pasar la noche. Se tumbó y colocó sus brazos debajo de la nuca. El cielo estaba estrellado. «Sería bonito poder subir tan alto como ellas y tocar su esplendor», pensó. Y en ese momento una mueca se dibujó en su rostro. Cualquier sitio sería preferible a caminar al encuentro de la nada.

Los banelatus no soportaban los lamentos ni los gritos. Pero estos eran inevitables entre un pueblo que avanzaba con miedo y lleno de heridas. Aquella noche, el silencio pesaba más y era más espeso. Parecía que los prisioneros iban aprendiendo las nuevas normas impuestas por los invasores. Eso o quizás solo fuera que guardaban sus escasas fuerzas para el día siguiente. En medio de la oscuridad, Zarala buscó el consuelo entre los diminutos puntos que brillaban en lo alto. Se preguntó si Aner contemplaría en esos momentos el mismo cielo. Se llevó las manos a su vientre e hizo una promesa, un juramento que solo ella y la noche conocerían. Cuidaría de ese hijo que crecía en su vientre hasta la muerte y no permitiría que nadie le hiciera daño. Una lágrima resbaló por su mejilla y fue a morir detrás de su oreja. Sintió un escalofrío. «¡Aner!», suspiró. Y con la imagen de su esposo grabada en su corazón se quedó adormilada.

Yankel se dio cuenta de que los niños retrasaban la marcha. Ya había tenido problemas con algunas madres que, al intentar ocuparse de ellos, habían provocado un pequeño caos al final de la fila de prisioneros. El líder de los banelatus pidió a su segundo que se hiciera cargo del asunto. Alots recorrió dos veces las filas de arriba abajo. Después de meditarlo, se dio cuenta de que solo tenía dos opciones. La primera era acabar con todos ellos en ese mismo momento. Según

creía, esa era la opción más correcta y la más acertada. Quizás en otro momento hubiera dado la orden sin vacilar. Pero otra idea pasó por su cabeza. Los niños humanos eran buenos esclavos. Aprendían pronto y se mostraban más dóciles que los adultos, quienes nunca se acostumbraban a la vida en cautividad. Además, Sadoc los consideraba el trofeo más preciado, porque los podía preparar a su antojo para los enfrentamientos en la arena, una de sus diversiones favoritas.

A la tercera pasada, hizo varias indicaciones con su mano. Dos soldados a sus órdenes, que marchaban a pie, sacaron de la fila a tres jóvenes. Ixaka sintió las frías manos de uno de ellos sobre los hombros. Su corazón se aceleró y sus músculos se tensaron. Todo su cuerpo se puso alerta. Rodeados por espadas banelatus, tres varones, entre ellos Ixaka, fueron obligados a esperar el paso de la retahíla de prisioneros. Zarala vio con temor el movimiento de los banelatus. El saber que Ixaka marchaba cerca le daba ánimos para continuar. Pero ¿qué pretendían hacer ahora? Sin atreverse a mirar, siguió su paso. Se dio cuenta de que sus manos y sus labios temblaban de miedo.

Yankel ordenó una parada. Zarala temió lo peor. De vez en cuando, el líder banelatu hacía detener la caravana, escogía a alguna víctima y la sacrificaba delante de todo el pueblo. Pero hasta ese momento, siempre había ajusticiado a aquellos que, de algún modo, se habían saltado sus reglas o eran demasiado débiles. E Ixaka no había hecho nada que mereciera tal escarmiento. Su cuerpo temblaba mientras esperaba la fatídica resolución. A sus ojos ni siquiera acudían las lágrimas de la rabia y de la confusión que sentía.

Unos puestos más adelante, los ojos de un anciano se llenaron de lágrimas. Su mano derecha temblaba desde hacía días, pero ahora el temblor se había acentuado. Se la sujetó con la otra mano para detener el movimiento. Algo se desgarró dentro de él. De buen grado daría su vida por aquel hijo que esperaba con asombrosa dignidad su destino. Su cuerpo estaba erguido y su cabeza ligeramente inclinada. Mantenía la mirada en sus pies y se mentalizaba para lo peor. Por un instante creyó de veras que había llegado su hora.

Instantes después apareció un banelatu junto a ellos. Era de menor estatura que aquellos que había visto hasta entonces. Parecía de carácter más nervioso, pero caminaba con aplomo. Escondía su menor capacidad como soldado debajo de una máscara imperturbable. El nuevo se presentó como traductor. Su habilidad eran las lenguas del sur. Con las del norte tenía algunos problemas, pero sus conocimientos bastaban para hacerse entender. El banelatu traductor apenas movía sus labios para pronunciar las palabras, lo que dificultaba su entendimiento. Los músculos de su cara permanecían inertes, mientras una voz, demasiado chillona, parecía salir desde la misma boca de su estómago. Ixaka permaneció atento. Aguzó el oído, sin apartar los ojos de sus pies. Trató de camuflar su nerviosismo con una máscara de aparente frialdad; aunque estaba seguro de no haber sentido tanto miedo en su vida. Ni siquiera la primera vez que había entrado en combate se encontró tan aterrorizado.

Después de varias frases, Ixaka comprendió el mensaje que querían transmitirles. Algo dentro de él se aflojó de alivio. Lo que los banelatus querían era que alguien se hiciera cargo de los niños. Lo extraño era que no se lo hubieran pedido a las mujeres y que, por el contrario, hubieran elegido a tres jóvenes. Debía de haber alguna razón. Ixaka rebuscó entre las palabras que Aner había dedicado de vez en cuando a aquellos seres y no recordaba haber escuchado nada referente al cuidado de los niños.

La punta de una espada se hincó en su clavícula sin llegar a producirle una herida. Su interlocutor le preguntó si había entendido. Él afirmó mientras movía reiteradamente su cabeza de arriba hacia abajo. La misma pregunta fue hecha a los otros dos jóvenes. Ambos asintieron, más por habérselo visto hacer a Ixaka que por haber comprendido. Ambos pensaron que si el joven había entendido se lo podría explicar a ellos. Los soldados escoltaron a los tres talantas escogidos hasta el final de la caravana. Después repartieron la ración de comida entre todos los prisioneros.

Once pares de ojos miraron a los tres jóvenes. Ixaka examinó a su vez a los niños. La mayoría eran de su clan, aunque había otros a los que no conocía. Los muchachos, desnutridos y maltrechos, miraban sin ver. O, quizás, simplemente era que habían visto demasiados actos que no deberían haber presenciado a su edad. Los dos jóvenes recogieron aquel encargo con desagrado. Se les había encomendado una tarea de mujeres y habían sido rebajados. Perderían el respeto del resto de los componentes del clan y serían mirados por encima del hombro.

Ixaka comprendió enseguida los sentimientos de sus dos acompañantes forzosos. Pero él no estaba para remilgos. Sobrevivir en aquel estado ya suponía un esfuerzo suficiente para cada día, no, mejor dicho, para cada instante. Y si además podía hacer algo por los más pequeños... Muchos días, mientras caminaba en la fila, se había preguntado qué sería de ellos. Por lo menos ahora podía acompañarlos y aliviar su infortunio.

El joven Ezkanda se acercó a ellos despacio, preguntándoles cómo se encontraban. Enseguida simpatizó con un niño de unos cuatro años, de cabellos del color del trigo en verano. Dos ojos grandes y redondos destacaban en su rostro delgado y fino, marcado por el hambre y el sufrimiento. Se sonrieron y se hicieron amigos, no hizo falta nada más.

El mayor de aquellos muchachos tenía doce años. La mayoría eran huérfanos y caminaban sin comprender cómo habían perdido una vida que, aunque sin ser fácil, estaba marcada por la seguridad y la protección familiar y del clan. Todo lo que habían conocido, su mundo, su niñez, habían sido arrebatados de pronto. Y ellos se habían quedado desnudos e indefensos ante algo que no comprendían. Además, sus mayores no podían ni ayudarlos ni consolarlos. En sus rostros se había quedado marcada la desaparición inesperada de su infancia. Todo estaba oscuro delante de ellos; sus vidas, estigmatizadas por la tragedia. A Ixaka casi le pareció imposible que algunos fueran aún capaces de sonreír. Revolvió el pelo del pequeño Ienego y este le correspondió con un ligero movimiento de sus cejas. No podía perder la esperanza. Mientras estuviera vivo...

Los días pasaban monótonos. Conforme avanzaban, el estado de los talantas era cada vez más penoso. Las largas caminatas provocaban que las carnes fueran desapareciendo de sus cuerpos y el pellejo se quedara pegado a los huesos. A pesar del aumento de las raciones, el alimento era insuficiente para aquellas personas que soportaban largas jornadas de caminata a las que no estaban acostumbradas. Los ancianos se quedaban atrás. Los latigazos que recibían para apremiarles sesgaban sus vidas para siempre. Las lágrimas silenciosas regaban la tierra sobre la que caían. Los banelatus ni siquiera les permitían pararse para enterrarlos. Los maltrechos

cuerpos quedaban expuestos a la ley de la naturaleza.

Aquella tarde, la caída del sol presagiaba una noche oscura. En poniente, unos nubarrones grises pugnaban por hacerse espacio entre las nubes teñidas de rojo. Lastur miró aquel sol que se perdía. Lo contempló como si acabara de descubrir una puesta de sol. Sus ojos ya no veían como los de aquel joven orgulloso que un día había sido. Aun así, el espectáculo le pareció asombroso. El astro rey desaparecía en silencio, empujado por la noche, o quizás fuera el sol el que tiraba de ella. Se volvió hacia sus compañeros de viaje. Algo dentro le dijo que él ya había llegado a la meta. Amaduená había muerto en sus brazos, desangrada tras la herida provocada por una espada banelatu. Su recuerdo pesaba como una losa que mantenía sus pies pegados al suelo; un suelo con el que parecían querer fundirse. Recordó la primera vez que la vio como una mujer, la primera vez que hizo el amor con ella. De eso parecía que tan solo hubieran pasado unas horas y ya quedaba tan lejos... Su niñez, su juventud y su madurez se escapaban de sus manos.

Buscó con la mirada a sus hijos. Un dolor intenso rasgó su corazón y comprendió que ya no había sitio en él para más sufrimiento. Esperó a que todos se acomodasen para dormir y se acercó a Ixaka, sin hacer el más mínimo ruido. El joven sintió una mano huesuda sobre su brazo. Se giró. A su lado, la respiración acompasada de los niños le anunció que la mayoría dormía. Las últimas luces del día le permitieron ver a su anciano padre. El pelo revuelto, la cara sucia y el rostro surcado de unas arrugas que hacía unos días no habían estado allí. Seguramente su aspecto no sería mejor que el de aquel que contemplaba.

—¿Ocurre algo, padre?

—Trae a tu hermana. Tengo algo que decirlos.

Ixaka se movió entre los talantas con sigilo, evitando pisar a nadie.

Apremiada por una angustia que se había instalado en su estómago, Zarala siguió con cuidado a su hermano menor. Cuando llegaron hasta donde esperaba Lastur, los tres se quedaron en silencio. Era la primera vez, desde que salieron del quinto clan, que estaban juntos. El anciano tomó sus manos y las palabras que dijo a continuación fueron pronunciadas con solemnidad.

El dolor pesaba sobre sus hombros y los buenos recuerdos de su vida quedaban aplastados por los amargos momentos de los últimos días. Aun así, mirando atrás, el balance le pareció positivo. Había sobrevivido a la hambruna del año cinco de su vida. Había conseguido el grado de guerrero mucho antes que ninguno de sus compañeros. Había elegido la mejor compañera posible, que le había dado tres hijos sanos y fuertes y otros tres que se habían ido antes de poder respirar el aire de la tierra de los talantas. Y había conocido a sus nietos. Aunque en esos instantes no tenía ni idea de qué suerte podían haber corrido.

—Apenas me queda un soplo de vida —les dijo. Zarala tomó su mano en ese instante. Era una mano huesuda, de largos dedos, arrugada, pero capaz aún de dar un fuerte apretón. Un grueso nudo apareció en su garganta. Tenía miedo de las palabras que su padre pudiera pronunciar a continuación—. Vuestra madre murió en el clan, durante el asalto de los banelatus. La sostuve en mis manos mientras su espíritu volaba hacia el más allá. La sentí libre en ese momento. Ahora ha llegado el momento de reunirme con ella. Ya no tengo fuerzas para dar más pasos.

—¡Padre! —susurró Zarala.

—Mantened el nombre de los Ezkanda con dignidad, como siempre lo habéis hecho. Estoy seguro de que Luar, si ha sobrevivido, vendrá a buscaros.

Ixaka no dijo nada. Pero tenía sus dudas. Dudaba mucho que Luar o Meder intentaran un rescate. Les había visto huir a través del camino que queda detrás del palacio. Además, no se arriesgarían a llevar a cabo un ataque suicida de ese tamaño. Su única esperanza era Aner. Y Aner había quedado atrapado bajo un muro. Él mismo había presenciado el momento en que la pared se había derrumbado sobre él. Nada le había comentado a su hermana sobre eso. Muchas de las posibilidades de su supervivencia, y de las de su bebé, pasaban porque pensara que su esposo estaba vivo y que vendría a buscarla. De cualquier forma, si Aner había sobrevivido, tampoco tendría una tarea fácil, puesto que debería intentar un rescate en solitario. Estaba claro que, de momento, la supervivencia dependía tan solo de sus fuerzas. Y las fuerzas se iban perdiendo en el camino.

Notó la debilidad de las palabras de su padre y la angustia creciente de Zarala. Lastur hablaba cada vez con mayor dificultad y la respiración parecía quedar en su garganta sin poder pasar hasta sus pulmones. La fatiga duró unos instantes. Luego su respiración se hizo más tranquila, más lenta, hasta que se extinguió.

No fue una despedida con honores, ni siquiera le pudieron dar un entierro como el que un guerrero de su categoría y de su casa se merecía. El cuerpo de Ixaka se tensó. Un guerrero talanta debía ser enterrado en suelo talanta, mientras una llama se encendía a su lado y las mujeres lloraban su ausencia y los hombres se daban golpes en su pecho, en señal de duelo. Un guerrero talanta debía escuchar el sonido de los tambores que le guían hacia el más allá. Pero todo eso quedaba lejos y extraño. Parecía una pesadilla.

Ixaka no se atrevió a despegarse del lado de su padre. Zarala amortiguaba sus sollozos como podía. Su cara se llenó de lágrimas silenciosas y su nariz se congestionó tanto que le fue imposible respirar. Ixaka apoyó una mano en el hombro de su hermana.

—¿Se ha ido? —preguntó ella en un suspiro, incrédula.

—Sí, Zarala.

Ixaka se movió de rodillas por el suelo y abrazó a su hermana. Esta hundió la cabeza en su hombro sin poder amortiguar un pequeño grito lastimero. El ladrido de un olano surcó el aire oscuro de la noche. Todo parecía dar vueltas alrededor y el joven se sintió mareado y sin fuerzas para sostener a su hermana y el peso de todo lo horrible que estaba sucediendo. Sacando ánimos de donde no los había, se recompuso.

—Debemos enterrarlo —expresó la joven.

—No podemos.

—Debemos enterrarlo —insistió.

—No podemos.

Las luces de las antorchas de los banelatus se movieron cerca. Los dos se quedaron petrificados. Contuvieron la respiración. Por fortuna, el soldado de guardia se alejó hacia otro lado.

—No podemos —repitió otra vez Ixaka, mientras el odio ocupaba el lugar del dolor. Sus ojos se inyectaron en sangre. No podía pensar con claridad. Se sacudió la fatiga y el cansancio. No tenían medios para excavar la tierra. Además, los banelatus se darían cuenta enseguida del movimiento de tierras y de que faltaba un anciano. Los contaban todos los días. No tardarían en averiguar que Zarala y él eran sus parientes y pagarían con sus vidas el haberlo enterrado.

—Haremos lo siguiente —le dijo a su hermana—. Colocaré un trozo de tierra en cada una de sus manos y las cerraré con fuerza. Recitaremos en silencio la despedida de los guerreros talantas y nuestros corazones, al latir, serán los tambores que lleven el dolor de la despedida en el aire. Ellos anunciarán que un gran guerrero talanta ha muerto hoy y que su esposa lo hizo poco antes mientras defendía a su clan. Será nuestra forma de despedirnos de ellos.

Así lo hicieron. Al rayar el alba, los dos hermanos se encontraban aún al lado de su padre.

—Debemos irnos —susurró Ixaka.

Zarala entendió. A pesar de su dolor, sacó fuerzas para ponerse en pie y caminar hacia el lugar de las mujeres.

—Aner vendrá a buscarnos —le aseguró antes de marcharse.

Ixaka intentó sonreírle mientras asentía.

—Nos sacará de este maldito sitio —le aseguró—. Y, si no, lo haré yo.

Zarala le dio un beso en la mejilla.

—Adiós, hermano —se despidió—. Caminaré con la frente erguida y mis pasos harán retumbar la tierra. Algún día, Ixaka, algún día...

El joven regresó cerca de los niños. Dormían. Hacía frío y unos se acurrucaban junto a los otros para darse calor. Inego se había hecho una bola.

Ponerse en marcha fue más doloroso aquel día. Cuando se dio la voz de alarma de que un anciano había muerto, un murmullo creció entre los talantas. Muchos que lo conocían movían sus cabezas con resignación. Alguien intentó entonar una canción, pero ese intento fue acallado de inmediato por los ladridos de los olanos y por el sonido sibilante del látigo al cruzar el aire; como siempre que alguien moría en el camino. Dejar atrás a los seres queridos era morir poco a poco. Cada paso pesaba como si el barro se hubiera agarrado a los pies. Zarala se comía sus lágrimas en un intento por tragarse su orgullo y su pena. Pero el dolor era tan grande que resbalaba por sus mejillas sin encontrar consuelo. Sus ojos se hincharon a la vez que en su rostro demacrado se marcaban los pómulos y desaparecían los mofletes y el color sano y bronceado de su piel.

Ixaka la observaba desde atrás, fijos sus ojos en su espalda encorvada y en sus hombros caídos. Sus pasos eran lentos y prácticamente se arrastraban por el duro camino. El joven intentaba mantener el control mientras a cada paso masticaba su odio y fraguaba una venganza imposible. A pesar de eso, no se resignaba. Caminaba con sus puños apretados en señal de furia. Su gesto adusto demostraba su malhumor. Hasta los niños se dieron cuenta del cambio. Los días de atrás, Ixaka siempre había intentado estar alegre y ser divertido, haciendo comentarios que sacaran la risa espontánea de los muchachos. Esos pequeños momentos de alegría hacían que caminaran con mayor celeridad y al banelatu encargado de su custodia no parecía importarle, mientras esos mocosos mantuvieran el ritmo impuesto por Yankel. Por eso consentía de vez en cuando ese sonido desagradable que los talantas llamaban risa y que él no sabía nombrar.

Pero aquel día Ixaka no estaba para chistes. Ienego se situó a su lado y le tiró de la manga. El joven se sintió molesto. Su mal humor explotó por dentro y se volvió dispuesto a chillarle. Sin embargo, al ver la sonrisa ingenua de su cara, reprimió su enfado y le revolvió el pelo.

—¿A dónde nos llevan? —le preguntó de pronto el pequeño dejándolo un poco fuera de juego.

—Creo que a una de sus ciudades.

Cuando pronunció estas palabras, los demás niños se arremolinaron cerca de él para escuchar. Esa información era algo que todos querían saber, pero nadie se había atrevido a preguntar todavía.

—¿Y qué harán con nosotros?

—No lo sé exactamente —les dijo con toda la sinceridad de que fue capaz, pero intentando no mostrar preocupación—. Pero sabed que alguien, algún día, vendrá a rescatarnos.

—A mí los banelatus me dan miedo —dijo uno de ellos, con apenas un hilillo de voz. Muchos asintieron en silencio.

—No debéis tenerles miedo, pero debéis saber que pueden haceros daño. Por eso os enseñaré un truco. No hay que mirarles a los ojos directamente, porque lo consideran un símbolo de ataque. Y, si algún día tenéis que huir de alguno de ellos, esconderos lo más alto que podáis, porque los banelatus nunca miran hacia arriba.

Los chicos se quedaron en silencio. Ixaka sabía que debía hablarles con sinceridad, aunque se preguntó si no habría sido demasiado franco.

—Haremos lo siguiente —les dijo para quitar un poco de hierro al asunto—. Os propongo un juego. Cada vez que un banelatu nos obligue a hacer algo que no queramos, le lanzaremos una piedra con nuestra mente. Cada vez que hieran o maten a alguien, lanzaremos flechas con nuestra imaginación. Así conseguiremos puntos que acumularemos. Cada uno llevará su propia cuenta y cada noche haremos recuento.

—¡Vaya juego más espantoso! —protestó el mayor de todos, un muchacho espigado, de cabellos oscuros. Su cara estaba manchada como la de los demás, pero sobre ella destacaba el fulgor de dos ojos del color de la miel. Su mirada era penetrante y ya marcaba el brío fogoso de una

juventud que despuntaba. Ixaka no se lo reprochó. Sabía de la difícil situación del jovenzuelo.

—Pues a mí me parece genial —replicó de inmediato Ienego—. Yo seré el primero en lanzarle una piedra con mi mente a ese banelatu gordinflón que camina unos pasos más adelante. No me gusta cómo nos mira.

Algunos muchachos rieron, a otros tan solo les quedó una mueca marcada en su cara. Pero casi todos, a su manera, combatieron a los banelatus con armas imaginarias. Y cada noche, alrededor de una pequeña fogata que Ixaka se encargaba de encender, hacían recuento de puntos. Todos menos el mayor de ellos, pero Ixaka estaba decidido a dejarle su tiempo.

Después de otras dos semanas de camino, Ixaka era el único tutor de los niños. Uno de los otros dos adultos asignados se rebeló una mañana de fría niebla. El banelatu encargado de velar por el orden dentro de las filas de los niños le atravesó con una lanza sin dar explicaciones. Estaba claro que allí o se hacía lo que él decidía o morías. El otro compañero fue reintegrado dentro de las filas de los hombres tres días después al considerar el mismo banelatu que Ixaka parecía capacitado para ocuparse de los niños. Estos habían respondido muy bien a su presencia y la marcha se llevaba a cabo sin incidencias.

Aquella noche, junto al fuego, escuchando las respiraciones tranquilas de los niños, Ixaka sintió un dolor agudo dentro de él. Se sentía impotente y se lamentaba por tener que engañar a unos muchachos, sin saber muy bien qué destino les depararía a cada uno de ellos en territorio de los banelatus. Nada bueno saldría de ello. Miró hacia el frente. Todo estaba oscuro. Al menos a ellos les dejaban hacer fuego todos los días. En la negrura de la noche intentó buscar la cara de su hermana. Se lamentó de no poder protegerla. Tras perder a sus padres, no podía soportar la idea de que algo malo pudiera sucederle a Zarala. Se tumbó boca arriba. Las estrellas parecían estar tímidas aquella noche. El cielo era un manto oscuro que envolvía su alma.

Por las órdenes impartidas sin descanso, Ixaka se percató de que algo sucedía. Todo se aclaró a lo largo de aquel día de viento norte, cuando se avistaron las primeras paredes que formaban las murallas de Bankada. Desde lejos aparecían grandes paredes blancas de altura infranqueable. Entre los banelatus se corrió la voz. La gloria y la victoria estaban tan cerca como cerca estaba la cárcel y la esclavitud para los talentos.

Aún tardaron más de media jornada en llegar hasta el nacimiento de la muralla. Yankel mandó una avanzadilla para anunciar su llegada. Cuando sus pies se clavaron al pie de la blanca muralla, las puertas de la ciudad se abrieron para él.

Ixaka notó su cuerpo en tensión. Aner nunca fue muy explícito a la hora de hablar sobre las ciudades de los banelatus. Le impresionó el tamaño exagerado de todo lo que veía. Al contrario de lo que se había imaginado, la ciudad les recibió con silencio. Ixaka se había preparado para soportar un gran griterío, burlas e improperios. Pero nada se escuchaba en el interior de la capital banelatu. Pensó que quizá no habían tenido tiempo suficiente para salir a la calle. Se equivocó.

Las puertas de madera contrastaban con el blanco inmaculado de las paredes que formaban el contorno de la ciudad. Se fijó en el mecanismo silencioso que permitía manipularlas para abrirlas

y cerrarlas. Él y los niños fueron los últimos en traspasarlas y, nada más hacerlo, las puertas se cerraron con un golpe seco. Fue lo único que se escuchó; después, solo silencio. Les hicieron avanzar en fila de a dos por una amplia calle que conducía a un gran palacio. El sol se acercaba a la línea del horizonte, pero había una extraña claridad en las calles. Conforme avanzaron, el silencio se hizo más denso e Ixaka empezó a distinguir a decenas de banelatus a ambos lados de la calle. El silencio abrasaba, porque magnificaba la insignificancia de los prisioneros y elevaba la grandeza de los banelatus. Era un silencio cruel que enfriaba el alma y vaciaba el cuerpo de existencia. Nadie hablaba, nadie se movía. Los espectadores parecían estatuas muertas, envueltas en un manto negro de mirada dormida. En aquel silencio, el miedo corría libre por las calles. El joven sintió un escalofrío. Esperaba exclamaciones y vítores, por eso aquella ausencia de sonido provocaba una sensación mucho más abrumadora e insoportable. Ixaka miró a los niños y elevó una de sus cejas en un intento por aparentar tranquilidad y transmitirles coraje, un coraje que él mismo sentía escabullirse de su cuerpo.

Zarala bajó la cabeza, conteniendo el miedo. Apretó sus manos sobre el vientre en un intento por proteger al hijo nonato. En su mano derecha agarraba el colgante que Aner le había dado para su hijo. Se aferraba a él para mantenerse alejada de la locura.

Los banelatus se inclinaban en señal de respeto al paso de Yankel y daban la espalda a los prisioneros. Era su forma de honrar a su líder y de ignorar a aquellos a los que consideraban inferiores y que pronto servirían como esclavos en distintos destinos.

Capítulo IX

Exterior del pueblo del quinto clan de los talantas

Hacía mucho tiempo que no se oía cantar a ningún pájaro. La primavera a duras penas dejaba sentir sus fuerzas renovadoras y su brisa de vida nueva. Todo en varias leguas a la redonda era caos y destrucción. Los incendios no terminaban de consumirse y el viento traía un extraño olor a muerte.

La comida escaseaba. Los bosques, antes llenos de animales y frutos, parecían haber quedado estériles. La alegría se recordaba como algo lejano e imposible de recuperar. Los niños habían olvidado las risas, los juegos, la diversión... Todos vivían en una constante tensión, escondiéndose de los banelatus.

La aldea que había cobijado al quinto clan de los talantas era solo un recuerdo de piedras amontonadas de las que sobresalían retazos de vida. El hedor allí era imposible de soportar.

Meder, Luar y otros voluntarios se paseaban con sumo cuidado entre las ruinas. Andaban con sigilo porque cualquier ruido podía alertar a los masatras. El día declinaba. Los cuerpos delgados y frágiles eran una pequeña sombra alargada sobre el piso herido de muerte. El guía del clan entornó los ojos. Hacía varios días que habían perdido la esperanza de encontrar a nadie con vida, pero, aun así, regresaban cada atardecer al poblado en un impulso obsesivo por encontrar un latido entre la destrucción. Meder, erguido sobre un montículo, movió la cabeza despacio. Donde una vez se elevaba el palacio de los guías, se abría un agujero de vacío y de dolor. A la izquierda, parte de la pared que había cobijado la chimenea de la habitación donde se celebraban las recepciones seguía en pie, en un intento orgulloso de desafiar al destino. En ese mismo lugar había encontrado el cuerpo mutilado de su hermana hacía una semana y los de sus padres. Fue duro enfrentarse a la realidad. Pero todos en aquella batalla habían perdido mucho y él debía mostrarse fuerte delante de los talantas.

Avanzó unos pasos y se situó sobre el suelo que un día fue su habitación preferida. Se vio sentado sobre su butaca. En ese instante una imagen asaltó su mente. No era de la batalla ni de los banelatus. Era la silueta frágil de Lexuri la que apresaba sus sentidos. La recordó, moviéndose en silencio por aquella misma sala y en ese instante supo que su recuerdo lo acompañaría para siempre. Y no para bien. Se sacudió la cabeza. Él no había querido hacerlo. Aquella noche... aquella noche todo se le fue de las manos. Ahora ya no tenía mucho sentido recordar aquello, pero era difícil desprenderse de esa extraña sensación. Nadie le había recriminado su muerte, nadie sabía nada. Ni siquiera Aner. «Aner, ese loco insensato», pensó. Aún se preguntaba por qué aquel banelatu se lo había llevado, privándole del privilegio de extraer de su cuerpo el último soplo de vida. Siempre había recelado de él y cada vez estaba más convencido de que Aner o bien era un espía banelatu que había abierto el camino del enemigo hasta las entrañas del mismo clan o era uno de ellos. Una sombra cubrió su cuerpo y un escalofrío traspasó su alma. Se movió con cierta prisa para alejarse de aquel lugar que los muertos ya reclamaban como suyo.

Luar se había apoyado en el único muro que permanecía en pie de lo que había sido el hogar de

su familia. Día tras día, los hombres elegidos por Meder hacían el mismo ritual. Los primeros días, sus pequeñas excursiones habían dado sus frutos. Habían rescatado con vida a un joven y habían encontrado dos cerdos y tres gallinas. Después, nada. No entendía por qué seguían exponiéndose a ser capturados por los banelatus que vigilaban las tierras conquistadas, pero él mismo, en su interior, sentía la extraña necesidad de regresar una y otra vez allí, aunque las salidas carecieran de resultados prácticos.

El recuerdo de los buenos momentos vividos entre aquellos muros apretaba su alma. Con los brazos en jarras y su mano izquierda apoyada en la empuñadura de su espada, sentía la fragilidad de la vida correr por sus venas. «Da igual lo rico que seas, da igual lo alto o lo fuerte, un día, de repente, todo lo que te rodea ha desaparecido y solo queda un vago recuerdo de la persona que fuiste», pensó.

El aire aproximó el sonido de unas palabras hasta el poblado. Al principio, Luar creyó que se las había imaginado, pero el rictus serio y el ceño fruncido en el rostro de Meder le confirmó que era algo real. Con el corazón en la garganta, los cuatro hombres que aquel día habían bajado a la aldea dejaron la ensoñación en que los mantenía la visión de sus casas destruidas y desaparecieron en dirección al bosque. Cuando ya habían andado unos cuantos pasos, Meder dio la orden de detenerse. Eligieron los troncos más gordos para esconderse.

La noche acariciaba sus rostros. Se hacía difícil distinguir ya las figuras y los matices del paisaje. Las voces habían desaparecido y Luar se preguntó si no habrían sido imaginaciones. Pero en ese mismo instante, una palabra rozó su oído. Incluyó la cabeza y se agarró al árbol, intentando escuchar sin ser visto. Con una seña de su mano hizo un gesto a los demás. Se podía palpar la tensión en sus cuerpos. Meder, con un gesto adusto, se asomó. La siguiente palabra que llegó hasta ellos dejó de ser un vago sonido para convertirse en algo tangible. Quien quiera que fuese el que se acercaba hacia aquel lugar, no era un banelatu. Meder dejó su escondite y se clavó en el suelo.

—¡Identificaos! —exigió.

Astu caminaba con pequeños y rápidos pasos por la cueva. Una línea de preocupación cruzaba su semblante de norte a sur. Apenas había pronunciado palabra alguna en los últimos días. A menudo parecía seriamente trastornado e indispuerto, pero, de repente, salía de su propia frustración y tomaba las riendas como si no hubiera pasado nada.

Dulanto le había acompañado un par de mañanas a buscar hierbas con las que preparar sus medicinas y, de paso, algo de alimento. Astu maldecía por lo bajo, comiéndose las palabras, pero la mujer era consciente de su frustración. Era como si alguien hubiera maldecido aquel suelo antes fértil y verde. Dulanto se negó a creer la evidencia, pero lo cierto era que la tierra se volvía gris y estéril. Cada vez estaba más convencida de que debían abandonar aquel sitio o acabaría por llevarse la vida de todos ellos. Pero no se había atrevido a comentarlo con nadie. Una noche se lo había insinuado a su esposo, pero este se había limitado a decirle que ella qué sabía y que dejara esas decisiones a los hombres. Dulanto había agachado la cabeza humillada y había dejado de insistir. Ahora miraba a Astu, que no dejaba de moverse por la cueva con pequeños saltitos. Y, de vez en cuando, su mirada se fijaba en el círculo de hombres que conversaban alrededor de una

gran fogata. Meder, Luar, Alaón —guía del primer clan— y otros cuatro hombres a los que Dulanto no conocía y que formaban parte del grupo que había llegado con Alaón.

El guía del primer clan y algunos miembros más de su tribu se habían encontrado con Meder en el bosque después de más de quince días vagando por los alrededores. La niebla les había desorientado en un par de ocasiones y habían tenido que retroceder. Los banelatus atacaron su clan hacía un mes y medio. Los pocos supervivientes decidieron refugiarse en la aldea de Galder, pero nunca llegaron hasta ella. En varias ocasiones tuvieron que cambiar de dirección al encontrarse con los banelatus. Entonces, determinaron seguir más al norte, hasta el quinto clan.

Alaón bajó la cabeza al contar el terrible enfrentamiento contra los banelatus. Los que estaban alrededor asintieron despacio ante sus palabras. Todos sabían de lo que hablaba y cada uno de ellos compartía su sufrimiento.

—¿No pudisteis llegar hasta el clan de Galder? —preguntó Meder.

Alaón negó con la cabeza.

—¿Y no habéis tenido ninguna noticia suya?

—Nada hasta el momento. Y lo raro es que no nos hayamos encontrado con ningún superviviente durante nuestro viaje.

—Sí, es muy extraño —confirmó Luar.

Meder enarcó las cejas, pero no fue un gesto de extrañeza o de preocupación. Simplemente, entrevió que el camino para ampliar su poder quedaba despejado. Miró a Alaón, sopesando sus posibilidades. Estaban más cerca de su territorio que de el del recién llegado. Además, aunque no había muchos supervivientes, la mayoría eran de su clan y siempre le apoyarían antes que a Alaón. Escondió una mueca de satisfacción. Pronto sería el dux de los talantas.

Alaón apretó la mandíbula. Varios días sin comer no le habían hecho perder su musculatura. Su cuerpo estaba en tensión. Se preocupaba en pensar cuántos talantas estarían perdidos en los alrededores. Examinó a todos los que rodeaban el fuego. Le extrañó que Astu no se hubiera sentado con ellos y se extrañó más aún al saber que muchos pensaban que había perdido la cabeza. Pero Astu no había perdido el juicio. Tan solo estaba centrado en otros asuntos. Le preocupaba la situación del clan. La falta de comida era cada vez más patente. El cielo parecía estar cubierto de un extraño manto que impedía al sol llegar con todas sus fuerzas a la superficie terrestre. Hasta los colores carecían de brillo e intensidad. Los animales habían desaparecido. Ni siquiera se veían insectos ni pájaros. Y cada vez aparecían más plantas con las raíces al aire, como si la tierra no aceptara acogerlas. Estaban rodeados de un extraño silencio cercano a la muerte. Por fortuna, aún quedaba agua en los riachuelos, pero el flujo disminuía cada día. Para cuando Alaón llegó a las cuevas del quinto clan, Astu ya se había dado cuenta de que tarde o temprano tendrían que abandonar aquel lugar. Aunque se negaba a la evidencia, aquella siempre había sido una tierra magnánima que había surtido de ricos y frescos frutos a sus habitantes. Pero ahora parecía que la vida les daba la espalda.

Miró en silencio a los jefes a través de las llamas pálidas de su hogar. Acercó su mano a ellas.

Antes, el fuego le traía imágenes y le permitía ver el futuro. Ahora hasta eso se le negaba. Sus pensamientos volaron hasta Aner. Se preguntó qué clase de suerte habría corrido el muchacho. Sin duda, no le faltaban agallas, pero había sido imprudente al retar al jefe de su clan. Astu tenía grandes esperanzas puestas en él. «Si es que aún sigue con vida», se dijo el hechicero. Eso era lo que intentaba averiguar a través del fuego. Tenía un presentimiento sobre el joven Aner, aunque aún no tenía muy claro qué papel podía jugar él en la guerra contra los banelatus. Suspiró. Sus viejos huesos crujieron y sintió frío en ellos. ¡Ah! Se hacía mayor. O tal vez hacía mucho tiempo ya que lo era.

Los hombres hablaban en bajo mientras las mujeres cocinaban lo poco que quedaba de comida en la reserva. Seguían sin explicarse por qué llevaban tres días sin conseguir capturar ninguna presa. Y no era por su falta de puntería o mala suerte al disparar. Simplemente, no había nada a lo que acertar.

Esa circunstancia tampoco había pasado desapercibida para los últimos hombres que se habían incorporado al pequeño poblado colgante que los supervivientes del quinto clan habían organizado en las cuevas. Alaón lo comentó después de un rato de charla. Todos asintieron y bajaron las miradas.

—Los animales volverán —aseguró Meder—. Cuando los fuegos se apaguen y los banelatus se alejen, los animales regresarán a este lugar. Tendremos que sobrevivir de otra forma, pero lo lograremos.

Alaón quería creer, pero algo en lo más profundo de su ser le hacía ser pesimista. No quiso rebatir ni certificar las palabras de Meder. Estaba cansado de los últimos días llenos de tensión y de muerte. Necesitaba restablecerse y pensar todo con calma. Debía ser prudente.

Cuando las mujeres anunciaron que la cena estaba preparada, todos se acercaron. Las porciones eran escasas y la comida estaba racionada, pero nadie se quejó. Meder cogió doble de lo que le correspondía. La mujer que le sirvió fue a protestar, pero al ver que se trataba de Meder no dijo nada. Aquella noche se quedó sin cenar. Los demás comieron en silencio. Ninguno parecía tener muchas ganas de hablar. Cuando se retiraron a dormir, Meder se encargó de que Alaón ocupara un sitio alejado del lugar de preferencia que él ocupaba. Esta acción no pasó desapercibida para el hombre ni para Astu, que observaba sin decir nada.

Durante los siguientes días, varias personas más se unieron a los refugiados de las cuevas. Cada jornada, después de regresar de las cacerías con las manos vacías, los hombres discutían sobre lo que debían hacer. Alaón empezó a expresar en voz alta la posibilidad de abandonar aquel lugar. Astu también creía que era lo más sensato, pero nadie pidió su opinión.

Meder aprovechó las palabras de Alaón para atraer a la gente hacia sus posiciones. Con muy buenas palabras, le acusó veladamente de traición a los mayores y a los talantas. Aseguró que aquella era la tierra que les pertenecía y que siempre les había ofrecido calor, cobijo y comida y que renunciar a ella sería como renegar del legado de sus mayores. Alaón explotó y se encaró con él. Le dijo que debían irse si querían sobrevivir y que siempre podían regresar más adelante, cuando las circunstancias cambiaran.

Pero Meder era más hábil que él con las palabras y se las ingenió para que todos escucharan la conversación. Al ver que varias personas asentían a sus afirmaciones, puso a Alaón contra las cuerdas, haciéndole elegir entre el clan o romper con las tradiciones.

Las tradiciones pesaban mucho entre los talantas. Las costumbres habían formado a través de los siglos unas leyes no escritas por las que se regía su vida. Meder lo expuso de tal forma que si Alaón se oponía, él mismo se ponía fuera del clan. La discusión pasó a mayores y Meder, con astucia, le propuso elegir un jefe de entre los dos.

Alaón lo miró con frialdad. No era tan bueno con las palabras como su oponente, pero no era tonto. Si aceptaba que se llevara a cabo una elección de dux, sabía que las posibilidades de salir elegido eran escasas, por no decir nulas. Y si decía que no quería exponerse a una votación, sería considerado como un cobarde delante de los demás. Además, si insistía en mover al clan contra su voluntad, las pocas probabilidades de sobrevivir quedaban reducidas a la nada.

—Todavía no sabemos si Galder ha muerto. Cada cosa a su tiempo, querido amigo —le dijo por fin a Meder.

El guía del quinto clan se relamió de esa pequeña victoria. De momento, había quedado claro que era él el que mandaba. Y más tarde... ya se vería, pero de momento se había apuntado el primer triunfo. Se quedarían y prosperarían de nuevo en aquel lugar.

A todos les pareció una buena idea. Bueno, a todos no. Alaón seguía pensando que debían moverse antes de que fuera demasiado tarde. Dulanto también lo pensaba, pero era mujer y su opinión no contaba para nada dentro del clan. Y, en cuanto a Astu, ya preparaba todo para una posible marcha.

Así pasaron la primavera. Agotaron los pocos frutos que quedaban y comieron agua hervida con diferentes hierbas. De vez en cuando, encontraban algún animal desorientado y eso les daba ánimos. Todavía creían que todo volvería a ser igual de nuevo. Pero se equivocaron. Se equivocaron al quedarse y, cuando quisieron darse cuenta, ya era demasiado tarde.

Capítulo X

Cannvea: capital del supremio banelatu del este

Aner llevaba dos años en Cannvea. Se había intentado escapar siete veces y había sido castigado por ello en cada una de esas ocasiones. Los primeros días, ocupó un cuarto al lado del de Tixaso. Una habitación con un pequeño ventanuco por el que no cabía el cuerpo de un adulto y que estaba cerrada con llave. Aquella que le había arrastrado hasta la capital del supremio banelatu del este pasó muchas horas con él durante aquellos primeros días. A Aner le costó orientarse al principio. Llegó a la ciudad en un estado de semiinconsciencia que le impedía pensar y actuar con claridad.

Cuando su mente se despejó, ya llevaba una semana de encierro involuntario. Los recuerdos llegaron a su cabeza en cuenta gotas y, con cada uno de ellos, un dolor intenso de rabia, frustración e impaciencia se instaló en su interior. En aquel primer momento de lucidez se prometió a sí mismo que no se detendría hasta lograr su libertad. O bien la conseguía o bien moriría en el intento. No había otra posibilidad para él.

Las primeras semanas Tixaso se esforzó por aprender su idioma y le obligó a enseñarle. Le hizo muchas preguntas sobre el polvo que le había visto usar contra los banelatus y de por qué parecía saber tanto sobre ellos.

Aner contestaba con evasivas siempre que podía. No quería compartir con ella ninguna información, pero ella insistía hasta darse por satisfecha. No sabía muy bien qué quería y ella tampoco daba ningún tipo de explicación. Se limitaba a preguntar y a aprender nuevas palabras y frases en la lengua de Aner. Él le explicaba con paciencia unas veces y con brusquedad otras, porque su estado de ánimo cambiaba continuamente.

—¿Qué usaste contra el mariscal? —le preguntó un día.

—Nada —le contestó él con atrevimiento.

Tixaso se encaró con él y le hizo mirarle a los ojos. Aner tragó saliva. Sabía lo que venía después, pero nada pasó. No sabía si había sido porque Tixaso se había arrepentido en el último momento o porque no había podido someterlo.

—Sabes que puedo hacerte daño —recalcó ella con palabras en el idioma de Aner que sonaban muy extrañas.

—Lo sé —le contestó Aner—. ¿Por qué quieres saber lo que usé?

—Tú no preguntas. Solo yo.

—Quizás si me dijeras...

—Solo yo —insistió.

Aner le contó lo del polvo que Astu le había facilitado. Le dijo que él no conocía la mezcla exacta. Tixaso no insistió más, pero Aner sabía que había recogido muestras de lo que quedaba en su bolsa y que no tardaría en saber la composición y las proporciones. Con eso, la única arma que él conocía que había servido contra los banelatus quedaría pronto neutralizada. Seguro que encontraban la forma de contrarrestarla.

—¿Por qué provoca fuego en nosotros? —le preguntó una mañana refulgente en la que la primavera luminosa del exterior quedaba vetada para él.

—Calor —le contestó Aner.

—Calor —repitió ella con su cara inexpresiva y su rostro frío y blanco. Luego salió. No regresó en cuatro días. Aner nunca supo en qué los ocupó.

—Tú conoces nuestras costumbres.

—Sadoc invadió mi pueblo, Urite, cuando yo tenía cuatro años. Desde entonces he estado huyendo de vosotros.

La mirada del joven se endureció al decir estas palabras y su mente pareció viajar atrás en el tiempo.

—Aunque tu huida te ha permitido seguir con vida, no parece que te haya dado resultados.

El acento y la entonación de Tixaso al pronunciar el idioma de Aner eran extraños y eso hacía que muchas palabras quedaran vacías, sin sentido. Aner se esforzaba por seguir su discurso. En esa ocasión habría jurado que había cierto tono de ironía en su voz si no hubiera sabido que los banelatus no expresaban ninguna connotación al hablar.

—¿Cuándo me dejarás marchar? —le preguntó un día Aner a bocajarro.

—Yo no decido.

—¿Cuándo! —exigió él enfadado.

—Yo no decido —repitió ella.

Aner dio un puñetazo en la pared. Fue el primero de muchos otros que solo sonaban a vacío y dolor.

Una vez transcurridos los dos primeros meses, las visitas de Tixaso se distanciaron hasta desaparecer. La monotonía era asfixiante. Se volvería loco si no ocurría nada; así que decidió fugarse. Lo intentó un día de lluvia, mientras las gruesas y frías gotas golpeaban con fuerza las paredes y el ruido era ensordecedor. La única vez que la puerta de su habitación se abría era con ocasión de las escasas visitas de Tixaso y para recibir la comida. Como las primeras habían desaparecido, esperó a escuchar los pasos que se acercaban. Dos personas se encargaban de aquella tarea. Un esclavo escuálido, con la espalda doblada, que caminaba arrastrando los pies, y un banelatu de menor rango que custodiaba la puerta mientras el humano entregaba la comida.

Aner tomó la bandeja que le servía, la dejó con cuidado como hacía siempre, pero de pronto se volvió y empujó al esclavo que cayó de bruces al suelo. Se encaró con el banelatu y lo redujo con relativa facilidad al pillarlo por sorpresa. Salió a la calle. La lluvia lo recibió con furia, pero se sintió vivo por primera vez desde su llegada. Caminó por las calles cubiertas de agua orientándose por puro instinto, sabiéndose libre. En aquella ocasión no tenía ningún plan trazado. Solo se dejó guiar por sus ganas de libertad y el amor de Zarala. Sentía que le había fallado y, en ese instante, más que nunca, deseó tenerla a su lado, agarrar su mano y sentir su dulce mirada apoyada en su cuerpo. Saberse suyo, poseído, rescatado de aquel infierno y de aquella separación que dolía en extremo. Estuvo a punto de conseguirlo y lo habría hecho de no ser porque la propia Tixaso se cruzó con él por casualidad. El joven echó a correr, pero Tixaso lanzó a todos los miembros de la fuerza alacrán contra él. Allí se acabaron sus oportunidades. Su cara se hundió en el barro. La bota de Tixaso apretaba con fuerza. Pero él no notó el dolor porque dolía más la derrota. Peor parado fue el esclavo que le había servido la comida. Murió dos días después en la prisión de la ciudad. En cuanto al banelatu que debía custodiar la puerta, fue vendido como esclavo en el mercado de la plaza una semana después. Su nombre fue borrado del censo banelatu y su familia desterrada a las Grandes Montañas Nevadas del Norte.

Aner se despertó dos días después en un lugar que no conocía. La estancia era luminosa y olía a verduras y especias, por lo que dedujo que estaba cerca de las cocinas. Un banelatu de cara alargada entró justo en el instante en que el joven intentaba incorporarse. Sintió un pinchazo agudo en los laterales de su cabeza y se llevó las manos para apretarse la zona. El banelatu, al verlo despierto, le explicó con breves frases su nueva situación y lo puso a trabajar en ese instante.

Aner pasó así a convertirse en un esclavo doméstico. Cargaba sacos de harina, de cereales y de legumbres. El ejercicio físico le sentó bien y sus músculos pronto comenzaron a desentumecerse. Vivía de manera solitaria. No se relacionaba con el resto de los esclavos y ellos tampoco le hacían mucho caso. Su presencia, muchas veces, les incomodaba, porque no era sumiso y cargaban ellos con las reprimendas de su comportamiento. Vasnes, el banelatu que le había comprado, no se atrevía a encarar los ojos de Aner.

En cuanto Aner se encontró más restablecido, ideó un nuevo plan de fuga. Esta vez se metió entre la basura que se recogía en carros y se sacaba de la ciudad cada noche. Estuvo a punto de asfixiarse por el hedor y el peso. Un olano lo olfateó en el último instante. Aner se defendió con rapidez y fuerza, pero fue acorralado por veinticinco banelatus que no querían sufrir las consecuencias de una fuga protagonizada por un humano y lo redujeron después de dos horas de frenética lucha y encarnizada persecución. Esta vez, Aner tardó más de una semana en recuperarse.

Así empezó una peregrinación de amo en amo, de casa en casa, de miseria en miseria. Daba igual la tarea que se le encomendara o las cadenas que cayeran sobre él, porque su hambre de libertad era tal y el recuerdo de Zarala tan grande que siempre encontraba la forma de intentar escaparse. Sus tentativas no pasaron inadvertidas en la ciudad, hasta que el caso llegó a oídos de Maore.

Tixaso estaba fuera de la ciudad. Así que su primera idea de que fuera ella la que se encargara del humano fugitivo quedó descartada. Como no tenía tiempo que perder, decidió enviarlo a la prisión de la ciudad y sumergirlo en una de las celdas que quedaban bajo tierra. Así allí, exento

de luz y de vida, acabaría por ser sumiso o moriría. Su suerte daba igual, porque no era de su incumbencia.

Aner fue consciente de aquella decisión una mañana nubosa del mes de mayo. Sabía que si lo encerraban allí sería como si lo enterraran vivo. Y él no estaba dispuesto a precipitarse en el olvido. Así que su mente empezó a trabajar para trazar otro plan de fuga. En esas estaba cuando se presentó ante él el propio Maore acompañado de un banelatu bajo, de finas facciones, nariz pequeña y labios tan delgados que parecían dos líneas dibujadas en su rostro. Aner se sorprendió ante su presencia, pero no movió un músculo de su cara. Le hicieron ponerse de pie y el banelatu más bajo lo observó con detenimiento, rodeándolo dos veces. Aner miró al frente, sin bajar la cabeza. En ese instante Maore se puso delante suya, a escasos palmos. El joven quiso mirarlo, pero cambió de opinión en el último instante. No quería retarlo, porque sabía que, si lo hacía, no volvería a ver la luz del sol. Y eso era lo que menos deseaba en ese instante.

Después de un intenso silencio, Maore y el recién llegado se retiraron a un rincón. Hablaron en susurros, aunque Aner escuchó su conversación. Aquel banelatu parecía estar dispuesto a canjearlo por una exorbitante cantidad de dinero. El joven se preguntó quién sería y por qué estaba dispuesto a correr el riesgo de comprarlo. Sus dudas se disiparon en los siguientes instantes.

—Soy Tandrem, tu nuevo amo. Sígueme —fueron sus palabras exactas.

Su nuevo amo depositó una bolsa de cuero sobre la cama que había usado Aner hasta aquel día. El joven calculó que con lo que había dentro se podía alimentar a toda la ciudad de Cannvea durante dos años. Tragó saliva. Aquel banelatu no le dejaría salir con vida sin haber rentabilizado aquella operación.

Todo el mundo en Cannvea conocía a Tandrem. Tandrem era uno de los mejores estrategas que la capital había dado en su historia. Su formación y carácter se asemejaban a los de Yankel en el supremo del oeste. Ningún banelatu recordaba que nunca hubiera perdido una batalla. Aunque él sabía que sí, pero se había permitido el lujo de tapar algunas derrotas inconvenientes a base de cargar sobre sus suboficiales la responsabilidad. Además, eso solo había ocurrido durante sus primeras incursiones, siendo aún joven, y pronto sus victorias le habían permitido medrar en el escalafón militar hasta situarse en la primera posición.

De entre todas sus heroicidades, se le recordaba especialmente por la batalla en la que había derrotado a los banelatus jeronés. Uno de los pueblos banelatus más fieros y atroces que hacía quince años había amenazado la existencia de Cannvea y de todo el supremo del este y que él había llevado casi a la extinción.

Pero no era por eso por lo que más se le conocía a Tandrem en Cannvea, sino por los torneos de lucha que organizaba. Eso y no la guerra lo había convertido en uno de los banelatus más ricos y prósperos del supremo. Tenía ojos donde otros no tenían, oídos donde los susurros apenas eran percibidos y un olfato excelente para escoger a los mejores y más rentables guerreros. Las luchas entretenían al pueblo en períodos de paz, permitían a los guerreros mantenerse en forma y al bolsillo de Tandrem llenarse con rapidez. Aunque las apuestas eran ilegales en el supremo,

Tandrem había conseguido burlar la ley. Las pujas se hacían sobre los esclavos y nunca sobre los banelatus. De esta forma, todo parecía legal porque ningún esclavo tenía derechos ni era amparado por la justicia. Tandrem controlaba todas las apuestas que se realizaban y era el único en el supremo del este que podía llevarlas a cabo. Él mismo se había encargado de convencer a cuantos se habían atrevido a iniciar un negocio semejante para que abandonasen la idea.

Tandrem condujo a Aner hasta sus dependencias en la zona de los guerreros. Volvía a aquel edificio de altas y limpias paredes en el que había pasado sus primeras semanas en Cannvea. Las dependencias a las que fue llevado eran aún más lujosas que las que poseía Tixaso. Se preguntó a qué venía aquel despliegue en unos seres que eran incapaces de apreciar la belleza. Mientras caminaba, memorizó cada paso, cada pared, cada puerta y cada detalle que vio. Paredes de mármol, tapices de finos hilos de oro y plata, caras alfombras de seda, cristales de colores... Sin embargo, todo ello parecía estar colocado sin gusto. Le faltaba la mano cálida de un corazón que fabricase todo aquello con sentimiento y lo colocase en una hermosa melodía.

Un esclavo que caminaba delante de Tandrem abrió una puerta y esperó al paso de su amo. Aner lo siguió. Se trataba de una habitación espaciosa y con gran luminosidad de la tercera planta del edificio. Estaba orientada al oeste y los rayos de sol entraban tímidos a aquella hora del día.

—¿Entiendes mi idioma?

Aner asintió sin elevar la vista.

—¿Sabes quién soy?

El joven volvió a asentir.

—Mañana empezará tu aleccionamiento —aseveró—. ¿Has entendido?

Por tercera vez, Aner hizo un gesto afirmativo con su cabeza.

—Mírame a los ojos —le exhortó. Tandrem había aprendido a descifrar la mirada de los humanos, a distinguir cuándo estaban enfadados o contrariados. Sabía que los esclavos luchaban con más fiereza cuando estaban enojados. Quería ver cuánto de eso había en el cuerpo de Aner.

Los dos hombres se miraron. En la mirada de Aner no encontró aquello que esperaba y por un momento pensó que quizás se había equivocado con él. Durante esos instantes ambos se midieron. Tandrem observó con descaro el azul intenso de su mirada y halló algo más valioso que el enojo que esperaba encontrar. Aquel hombre que tenía delante no le desafiaba al mirarle, como habían hecho los anteriores luchadores que había comprado. No percibió en él ese deseo de vengar su sometimiento como tantas veces había percibido. Su mayor deseo era sobrevivir. Tandrem se volvió hacia la puerta.

—Si haces lo que yo diga, vivirás. Si intentas escapar, yo mismo te daré muerte —esas fueron sus últimas palabras antes de salir por la puerta.

Aner se sentó en la cama. Era blanda y suave. El joven talanta sabía que Tandrem mimaba a sus luchadores siempre que estos le sirvieran para sus fines y también sabía que él mismo les daba

muerte cuando ya no le eran rentables o amañaba combates para que murieran en la arena. Miró hacia la ventana; allí, a lo lejos, estaba Zarala. Los separaba una eternidad, un inmenso vacío. «Algún día, Zarala, algún día», se dijo para sí. Estiró el brazo. El sol iluminó su piel y el vello rubio que la cubría. Se echó sobre la cama. Había aprendido a no lamentarse y a no rendirse.

Así fue cómo Aner se convirtió en uno de los guerreros de la arena de Tandrem. Así fue cómo completó su formación militar. Luchando y sucumbiendo primero ante los banelatus y, después, combatiéndolos con sus propias armas.

Capítulo XI

Cannvea: capital supremio banelatu del este

Tixaso entró con paso decidido en sus aposentos. Llevaba más de un año fuera de Cannvea y se le hizo raro estar bajo un techo que no fuera el propio cielo. Arrojó sobre su cama el fardo donde llevaba todas sus pertenencias. Una esclava se apresuró a acercarse y lo deshizo, disponiéndolo todo para llevar la ropa a lavar y colocar el resto de los enseres de su ama en su sitio.

—Tomaré un baño —le dijo.

La esclava salió despacio, casi de puntillas, con la cabeza muy agachada y una incipiente chepa de tanto arrastrar su pena por los pasillos de aquella casa llena de seres de porcelana. Tixaso aprovechó la ausencia de su esclava y se echó en la cama. Llevaba días durmiendo en el suelo y se le hizo extraña aquella superficie tan mullida. Cerró los párpados y vio otra vez aquellos ojos azules que no podía olvidar. Se preguntó por la suerte que habría corrido aquel talanta que hacía casi dos años había traído desde el norte. Se dijo que una vez hubiera informado a Maore sobre su misión, iría a averiguarlo.

La esclava regresó poco después. Llevaba en el brazo una suave toalla. Estornudó y el ruido hizo que Tixaso girara su cabeza. No acababa de acostumbrarse a ese sonido. La esclava dejó la toalla encima de la cama, doblada en cuatro partes. Con el mayor de los sigilos se movió por el cuarto para no molestar los pensamientos de su ama. Abrió el armario para preparar la ropa limpia. Al hacerlo, algo resbaló de sus manos y cayó al suelo. La mujer se apresuró a cogerlo, pero, al hacerlo, cayó de espaldas, repelida por algo incomprensible. Tixaso se acercó despacio y reconoció al instante el objeto que se hallaba en el suelo. No le extrañó que su esclava se hubiera caído. Envuelta en un suave paño de terciopelo azul, la espada que había usado Aner tras robársela a un banelatu descansaba dormida desde hacía muchos meses.

—¡No toques! —le pidió a la mujer que rápida se apresuraba a coger el paquete de nuevo. Tixaso le hablaba con pocas palabras. Era la mejor forma de comunicarse con aquella mujer que no podía comprender su idioma.

Tixaso se agachó con una infinita gracia, cogió la tela y la colocó sobre una mesa cercana a la ventana. Nada más cogerla, notó un intenso calor que fluyó desde la espada hacia sus manos y brazos. La sensación térmica era incómoda, le produjo un hormigueo y sintió sus brazos dormidos. El efecto desapareció al depositarla sobre la mesa.

La joven banelatu tomó un baño rápido de agua fría y dejó que su esclava la vistiera. Tras despedir a la mujer, se dirigió a la ventana. Destapó el delicado terciopelo y observó con atención aquella espada. El zafiro brillaba con intensidad y le recordó en cierto modo a la mirada de Aner. La imagen del talanta blandiendo la espada se materializó de pronto en su mente. Miró a través de la ventana que estaba abierta. Corría una suave brisa que traía perfume de jazmín, aunque ella no podía apreciarlo, porque su olfato solo catalogaba los olores según un instinto de supervivencia y no para sentirlos dentro de ella.

Con suaves movimientos de su mano, envolvió de nuevo la espada y la dejó sobre la mesa. Después se fue directa al palacio donde residía Maore. Hacía una temperatura agradable. Ni frío ni calor. Tixaso caminaba de manera armoniosa. Sus brazos se movían despacio a lo largo del cuerpo, su pelo flotaba en el aire y sus botas, de suave piel, apenas rozaban el suelo. De su cintura pendía su espada larga y afilada.

Se paró varias decenas de pasos antes de llegar al palacio. Contempló el edificio, orgullo de un pueblo grande y conquistador. Ella misma se extrañó de hacerlo. En su fachada vio detalles que nunca antes había observado. Encima de la puerta principal había varios bajorrelieves que no recordaba. Los miró preguntándose quién los habría tallado. Continuó caminando.

Un esclavo la acompañó hasta una gran sala donde Maore la esperaba. El supremo estaba sentado a una larga mesa, solo, rodeado de exquisitos manjares. Carne guisada en salsa de guisantes, aves asadas y condimentadas con miel y frutas, verduras servidas en grandes hogazas de pan recién hecho y pescados asados.

Tixaso se acercó e hizo una pequeña inclinación con su cabeza. Maore respondió con un gesto de su mano para que se acercara. Tomó asiento cerca de él y dejó que la observara. Cenaron en un ambiente tranquilo y relajado. Hablaban en un tono bajo y confidencial, aunque de respeto, como correspondía a dos banelatus que se conocen desde hace mucho tiempo, pero a los que separa el rango y la jerarquía. Después de cenar, ambos salieron a la terraza donde les sirvieron pastelitos y licores.

Las luces de Cannvea brillaban en las calles titilando y resaltando el blanco de sus casas y plazas. La luz del día aún no se había terminado de marchar y formaba un halo de un azul pálido en el horizonte. La atmósfera traía cierta carga de humedad y una suave brisa movía el pelo de Tixaso. Maore se encendió una pipa. Tixaso declinó la invitación. El humo pronto envolvió la terraza.

Tixaso miró al frente. El supremo del este se extendía a sus pies, mejor dicho, a los pies de Maore. Este aspiró con fuerza de la boquilla de la pipa y el interior se encendió de un rojo fuerte. El supremo se inclinó hacia el asiento de Tixaso y tocó su sien con el dedo índice. Había llegado el momento de hablar abiertamente. Cuando un banelatu hacía este gesto a otro, significaba que esperaba absoluta sinceridad en sus respuestas.

La joven banelatu asintió y esperó a que Maore iniciara la conversación. Tixaso llevaba meses viajando por todo el territorio banelatu. Su misión era recoger información para su supremo. En sus viajes había notado un ambiente tenso. Los pájaros se movían en círculos, desorientados a veces, descoordinados, arrastrados por un viento que no existía. No eran buenos augurios. Así se lo contó a Maore. Pero luego pasó a narrarle sucesos concretos. Sabía que el supremo valoraba los detalles y, sobre todo, los hechos. Y así narró lo que vio. Sadoc estaba inmerso en una lucha sin precedente contra los pueblos del norte. Tenía en Yankel a su máximo valedor. Parecía que esta vez sus campañas, aunque despacio, daban los frutos adecuados. Pero lo más extraño de todo era que el supremo del supremo del oeste había desplegado varios contingentes a lo largo de la frontera con el supremo del este.

—¿Qué crees que significa eso? —le preguntó con voz pausada, inalterable.

—Nos vigila, señor —le contestó ella en el mismo tono.

—¿Crees que sigue empeinado en su idea de hacer uno todo el territorio banelatu?

—Es posible.

Los dos se mantuvieron en silencio un momento.

—Dime lo que piensas —su petición era una orden.

—Sadoc... —empezó—, no está al frente de sus tropas.

—Pero está Yankel, que es su general en jefe. Así ha sido desde que él ocupa ese puesto.

—Tampoco supervisa el despliegue de tropas en la frontera.

—Es una tarea insignificante en la que un suprem no debe mezclarse.

—Los ciudadanos y visitantes que llegan desde Bankada dicen que hace mucho tiempo que el suprem no hace apariciones en público y que pasa largas temporadas en un lugar que no ha sido divulgado.

—Pero tú sabes cuál es.

—A media legua de la capital, en dirección sur, hay un yacimiento minero. Llega allí camuflado en un carro ordinario y pasan varias semanas antes de que regrese a su palacio.

—¿Qué hay en esa mina que pueda interesarle tanto?

—Por lo que he sabido, hay hierro, piritas, cobre... Nada que pueda explicar esa fijación.

—Tendrás que visitar Bankada.

—Hay un problema, señor —dijo con el mismo tono neutral y suave—. La entrada a la capital se ha restringido. Ningún banelatu entra o sale sin que su nombre aparezca en el registro que Sadoc supervisa personalmente. Y los banelatus del este necesitamos un permiso especial que tardan una semana en conceder, si es que lo conceden.

Los dos se quedaron callados durante largo rato. Las estrellas presidían la capa oscura que era ya el cielo. El humo de la pipa de Maore se había diluido en la noche. Nada se escuchaba en la lejanía, solo el vuelo rasante de algunos murciélagos que sobrevolaban la terraza.

—No quiero saber los detalles de cómo vas a hacerlo. Solo entra en Bankada y averígualo.

Tixaso bajó su cabeza a modo de asentimiento.

—Hay algo más que deberías saber, señor —le dijo ella.

—Habla —concedió el suprem.

—Sadoc está comprando todo tipo de armas a los banelatus jeronos y hace tratos con ellos.

Maore afirmó con un movimiento de su cabeza. Tomó aire con fuerza y volvió a cargar su pipa con más tabaco. En ese instante, el sonido agudo de una campana anunció que el esclavo personal de Maore tenía algo que comunicar. El suprem hizo un gesto con su mano. Un hombrecillo arrugado, que andaba con rapidez y pasos cortos, se acercó con la barbilla metida en su pecho y le dijo algo al oído.

—Hazlo pasar —le dijo.

Tixaso esperó en silencio hasta que el esclavo se marchó. Luego hizo mención de levantarse con intención de despedirse. No quería importunar a su suprem si tenía que ocuparse de algún otro asunto.

—Quédate —le dijo el suprem—. Supongo que hace mucho tiempo que Tandrem y tú no tenéis ocasión de hablar.

Tixaso tomó aire. Encontrarse con su viejo maestro siempre era un motivo de celebración. Todos los soldados del imperio del este que estaban en activo en esos momentos habían pasado por sus manos, habían sufrido sus castigos y sus severos entrenamientos y solo los mejores habían pasado a formar las fuerzas de élite. Tandrem tenía en gran estima a la joven banelatu a la que auguraba un gran destino. Tixaso tenía un don especial para leer el desarrollo de la batalla. Sabía colocarse y era buena defensora. Su punto débil era el ataque, sin duda. No le gustaba llevar la iniciativa, sino que prefería que esa tarea recayera sobre su oponente. Cuando aprendiera esa lección, sería uno de los banelatus más mortíferos y útiles al supremio que había conocido. Verla allí, con Maore, le sorprendió solo a medias, pero se guardó sus pensamientos. No era oportuno, ni digno de su cargo, expresar celos o reservas en público y menos delante del suprem.

Pronto, la casa se llenó con otras visitas y otros invitados. De esta forma, la entrevista personal de Tixaso y Maore pasó desapercibida, aunque no para Tandrem, quien había visto los vasos de licor vacíos. Además, uno de sus esclavos, que lo acompañaba a todas partes, se lo confirmó más tarde después de hablar con los esclavos del palacio.

Tandrem tenía interés por saber en qué misión andaba metida su pupila. Se acercó a ella con un vaso de licor que ella aceptó con agrado, pero que tan solo arrimó a sus labios, sin beber.

—Llevas mucho tiempo fuera de Cannvea —dejó caer.

La joven asintió mientras le miraba. En su rostro percibió el mismo rostro inmutable que recordaba haber conocido hacía mucho tiempo, cuando apenas ella era una infanta que levantaba un palmo del suelo. Tixaso llegó a la academia militar en cuanto pudo sostenerse de pie, a los nueve meses. Desde entonces se había formado en distintas disciplinas. Toleraba bien el dolor. En eso había tenido suerte, porque su energía era grande y le servía de escudo. Y eso le había ayudado a progresar y a ser respetada.

—He viajado —le comentó de pasada.

—¿Sola?

—Tú sabes que sí —afirmó categóricamente.

—Sí, lo sé.

Tandrem dejó pasar unos instantes sin decir nada, a propósito, antes de proseguir con su charla.

—Un guerrero necesita acción. Eso es lo que lo mantiene vivo. Espero que el viajar sola no te haga perder la perspectiva. Deberías venir a la arena.

—¿Todavía organizas combates? —le preguntó.

—Tixaso, llevas demasiado tiempo fuera de Cannvea. Serías un buen reclamo en mi cartel.

—Sabes que no me dedico a eso.

Tandrem lo sabía, pero no por eso perdía la esperanza. Tixaso era una gran guerrera. Sabía que poder contar con ella para un combate daría prestigio a su negocio y atraería a mucho público. Además, no tendría problemas en conseguir un rival digno que estuviera a su nivel.

—Quizás te gustaría asistir como espectadora, para empezar —la tentó el guerrero, quien sabía que ningún soldado puede negarse cuando la batalla y la lucha le llaman.

—Deberías ir —comentó Maore, viniendo desde atrás—. Además, mañana Tandrem tiene un gran cartel. Creo que se llenará la arena con ese esclavo que tú trajiste. ¿Cómo se llamaba? —le preguntó al guerrero.

Tixaso sabía su nombre. No se le había olvidado. Aner. Pero no dijo nada ¿Era posible? Una cierta dosis de interés apareció en su interior. Tandrem notó la sorpresa en el interior de la joven y lo interpretó como símbolo de haber hecho que mordiera su anzuelo. La cabeza de la joven empezó a funcionar deprisa. Ató cabos. El resto de la velada ya no le interesaba. Todo empezaba a tomar forma y unas piezas encajaban en otras. Para el final de la noche, ya tenía tomada una decisión. Su corazón latía con fuerza dentro de su pecho cuando paró a Tandrem en la puerta de salida, pero ella no se dio cuenta de esa aceleración. Estaba centrada solo en lo que iba a hacer.

El guerrero se giró al escuchar su nombre pronunciado con elegancia y suavidad.

—Quiero recuperar a mi esclavo —le dijo sin más preámbulos.

La cara impasible de Tandrem no reflejó la mezcla de alegría y sorpresa que produjeron aquellas palabras. Tandrem, cansado de las mismas apuestas de siempre, aceptó las palabras de la joven como un reto diferente.

—Pagué una enorme suma de dinero por él.

—Que supongo te habrás encargado de amortizar.

En eso no se equivocaba Tixaso. Tandrem había triplicado la inversión que había hecho con

Aner. Las dudas que tuvo en un principio se disiparon nada más verlo combatir la primera vez. Las primeras semanas le preparó combates contra otros esclavos. Desde el principio se vio que era muy superior a cualquiera de ellos. Pero Aner era un blando, tenía misericordia con ellos y nunca los mataba. Por ello recibía su correspondiente castigo, pero ni un lamento salía de su boca. Tandrem pronto vio el filón que representaba, si conseguía enfrentarlo a algún banelatu aprendiz. Los combates entre él y los guerreros banelatus pronto alcanzaron fama y se cotizaban tres o cuatro veces más que los que tenían lugar entre esclavos. El público empezó a llenar el estadio y Tandrem sus arcas.

—No tanto como crees.

—Estoy dispuesta a pagarte un precio razonable. Después de todo, yo lo traje aquí y puedo reclamarlo.

—Puedes hacerlo, pero te llevaría un montón de tiempo y papeleo. Ambos nos meteríamos en una lucha inacabable y, para cuando se resolviera el pleito, Aner podría estar muerto.

—Seguro que tú tienes una idea mejor.

—Apostemos.

—Las apuestas...

—...están prohibidas —acabó por ella—, pero no cuando se trata de apostar sobre un esclavo, porque eso se considera una transacción de bienes. Apostemos —recalcó.

—¿En qué piensas?

—Si Aner gana mañana al rival que yo elija, tú te podrás quedar con él.

—Siempre que yo no sea su rival —atajó ella antes de que Tandrem pudiera proclamar esa posibilidad.

—No serás tú, Tixaso. Pero, si Aner pierde..., aceptarás el combate que yo disponga para ti.

—Debes darme garantías de que no obligarás a Aner a perder. Sé que puedes hacerlo y seguro que le das instrucciones para cada combate simple.

—Tu sola suposición ofende mi rango.

Los dos guerreros se midieron en un silencio congelado en el tiempo. Exploraban sus posibilidades y buscaban certezas dentro del otro.

—Acepto —dijo por fin Tixaso, tendiendo su mano.

Tandrem se la estrechó con agrado, pero con la eterna imperturbabilidad que envolvía a los banelatus. Ninguno de los dos supuso en ese momento que aquel simple gesto iba a influir en los destinos de todos los implicados. Aquella noche, Tixaso tomó una decisión sin saber que eso la iba a marcar para el resto de su vida.

Tixaso no se fiaba de Tandrem. El guerrero no había alcanzado el puesto que ocupaba sin más. Hasta ahí no se llega enseñando las cartas, sino después de una carrera brillante, fruto de una constancia, esfuerzo y estrategia rígida y dura. Tandrem exigía a los demás tanto como él mismo se había exigido. Y era mucho lo que pedía de los que estaban bajo su mando. Tixaso lo sabía porque había servido en su batallón durante casi dos años.

La joven banelatu hizo sus averiguaciones. Cuando le contaron la cantidad que el último dueño de Aner había recibido por el esclavo, sus sentidos se pusieron alerta. Después, al saber el alcance de las apuestas, todavía creció más su inseguridad sobre la limpieza del combate. Aún hubo otro hecho que encajó con frialdad, pero con cierto temor: el rival de Aner iba a ser un banelatu guerrero-mago de gran poder. Todo eso unido hacía que la balanza cayera a plomo sobre el lado de Tandrem. Tendría que jugar sus bazas y hacerlo con rapidez. Debía encontrar la forma de poner un poco de peso en su platillo.

Pensativa, se apoyó sobre la mesa de su habitación. Los brazos descansaron rígidos sobre la tabla y sus ojos miraron hacia el exterior, donde se balanceaba una negra oscuridad barnizada de nubarrones grises. La luna, grande y redonda, se burlaba de ella a través de las nubes que pasaban a gran velocidad por delante de su esfera.

«Aner... Aner apreciaba su libertad», pensó mientras la luz del interior de su habitación cubría su rostro de sombras. Era lo único por lo que lucharía a vida o muerte, por lo único que estaría dispuesto a saltarse la consigna de su amo. El joven había intentado escaparse siempre que había podido. Ella no podía acercarse al talanta ni comunicarle la apuesta que estaba en juego. Pero podía... Recapacitó mientras ponía su mano a unas pulgadas del suave terciopelo que cubría la espada que había dejado sobre la mesa.

Olía a sudor, a tensión, a miedo y a orines. Olía a muerte y dolor. Olía a sangre. Aner no se acostumbraba al ritual, y ni siquiera el masaje que recibía de una joven esclava conseguía tranquilizar su espíritu. La muchacha apretaba sus delgados dedos contra sus músculos. El aceite que embadurnaba su piel permitía a la chica mover sus manos con precisión. El joven sintió la tensión en cada partícula de su ser. No estaba cómodo. Mientras mascaba en cada presión su instinto de supervivencia, su mente se intentaba cerrar para ser inmune al dolor. Pero el dolor seguía allí. Día tras día, noche tras noche.

Y ese silencio que marcaba su destino como un inexorable reloj de arena, también. Había pasado una noche intranquila en su habitación aireada y luminosa, como ocurría siempre que se acercaba un combate. No había dejado de pelear en ningún momento desde que pisó aquel dormitorio. Cuando no luchaba contra esclavos o banelatus, luchaba contra su propio miedo. El miedo a no sobrevivir a la siguiente pelea, el miedo a defraudar a aquellos que esperaban su retorno, el miedo a no volver a ver a Zarala, el miedo a haber perdido a su hijo. El temor, en fin, a seguir vivo.

Servir a Tandrem le había permitido disfrutar de algunos privilegios; incluso de cierta libertad. Podía salir por el recinto que conformaba el área militar y podía disponer de unos ahorros para

sus gastos. Incluso podía ir al mercado una vez al mes. Pero seguía siendo esclavo. Sabía que Tandrem había hecho buenos negocios con sus combates y calculaba que había triplicado su inversión inicial en él. No tenía nada que reprocharle y ya no le debía nada. Por eso, más que nunca, ahora estaba dispuesto a correr un último riesgo y jugarse el todo por el todo. Había sido fiel a las directrices marcadas por el guerrero; había vencido cuando Tandrem se lo había propuesto y había perdido cuando su amo le marcaba la señal. Al principio no podía controlar el discurso del combate, pero luego había aprendido. Aner se había convertido, con el paso de los meses, en un hábil guerrero, en un eficaz luchador y en un mortífero ejecutor. Pero solo se ensañaba con los banelatus, cuando podía, porque todavía no le era posible tener control total sobre ellos. Pensó en su rival y en sus opciones frente a él. Su oponente, un adversario aparecido a última hora, era un banelatu con poder. Tandrem no le había pasado ninguna consigna aún, pero eso daba casi igual. Las posibilidades de vencer a su contrincante eran mínimas, si es que tenía alguna. Él lo sabía y Tandrem también. Pero Aner no pensaba en las probabilidades de vencer esa noche. Si algo le quitaba el sueño, era el nuevo plan de fuga que trazaba en su mente.

La muchacha pasó una toalla suave por los brazos y después por el rostro de Aner. Este la miró con curiosidad. Intentó leer en su mirada sus sentimientos, pero ella mantenía la mirada baja. Aun así, la tristeza que arrastraba se mascaba en el aire.

—Gracias —musitó el joven. No hubo respuesta.

Aner se quedó solo en aquella habitación de blancas paredes; de pie, con los brazos en jarras. Se colocó una suave camisa de algodón y se ciñó el cinturón. Se calzó las botas que habían quedado muy cerca de él y se colocó la cota de malla sobre sus hombros. Sintió el frío calar hasta sus huesos y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Se preguntó qué tipo de armas utilizarían en aquella ocasión, ya que nunca se lo decían. Hasta que no salían y cada uno iba a una mesa distinta en la que habían separado las armas que podía usar, no sabía cómo le iba a tocar luchar.

Nada se oía fuera. A esa hora debían de haber comenzado ya los primeros combates. A él le aguardaba una tensa espera en la que ningún sonido le llevaría noticias sobre lo que sucedía en la arena. Ningún banelatu expresaba nada en voz alta. En los combates, lo único que se escuchaba era el ruido de las armas al chocar y los gritos desesperados y de dolor de los humanos que caían derrotados.

La puerta se abrió despacio. Un soldado de menor rango se quedó quieto en el umbral. Era la señal. Aner tenía la cabeza gacha y los ojos cerrados. Pedía a la diosa Mari, imploraba..., pero ya no le quedaban palabras. Al oír el ruido de la puerta abriéndose, el joven elevó la cabeza y clavó la mirada en el soldado que tenía delante. Su cara en tensión contrastó con la inexpresividad de aquel que había ido a buscarle.

Aner atravesó un estrecho pasillo. Un agudo lamento llegó desde la puerta que estaba a su izquierda, pero no tuvo tiempo de mirar dentro. Siguió avanzando. Algunos hombres se asomaron para verlo pasar. Eran aquellos que ya habían luchado aquella noche y habían sobrevivido. Al llegar a su lado, le daban palmadas en la espalda y en los hombros. Para muchos de ellos, Aner se había convertido en una especie de héroe. Era el único que había conseguido cierto respeto y había logrado derrotar a algunos banelatus. Y, además, seguía vivo. La mayoría de los humanos destinados a aquellos combates no sobrevivían más de tres meses. Él era el talanta que lo había

logrado. Tandrem no le dejaba que fueran muchas sus victorias. Solo lo hacía cuando quería humillar o castigar a algún soldado demasiado ansioso por medrar dentro del escalafón o para vengarse de aquellos que no le caían bien. Un talanta que vencía a los banelatus con demasiada facilidad habría sido contraproducente para sus propios intereses.

En la puerta que daba a la arena, le esperaba Tandrem. Un gesto de su mano sirvió para que todos desaparecieran. Aner y él se quedaron solos, envueltos en silencio. Tandrem no dijo nada. Tan solo giró tres veces la cabeza de derecha a izquierda. Esa era la seña; una seña que nunca antes había usado Tandrem con él. Sabía que tarde o temprano llegaría. Tandrem se había cansado de él y en aquel combate no solo tenía que dejarse ganar. En aquel combate, el guerrero, su dueño, había decidido que debía morir.

La arena lo recibió con frialdad. Los banelatus que ocupaban los asientos distribuidos en forma de gradas estaban de pie y vueltos de espalda. Era su forma de manifestar su descontento. Aner era un ser inferior al que no tenían siquiera en consideración. Sin embargo, algunos miraban con el rabillo del ojo a aquel talanta del que habían escuchado decir que podía ganar a un banelatu. Algunos incluso lo habían visto. La creencia de la grada era dispar. Unos pensaban que todo estaba amañado para darle emoción y, de paso, hacer que Tandrem ganara dinero. Pero ninguno manifestaba esta opinión en alto. Otros pensaban que de verdad podía hacerlo y se habían acercado para presenciar tal hecho *in situ*.

Aner fue escoltado hasta su mesa. Se acercó hasta ella despacio, pero con paso decidido, sin intentar amortiguar el sonido de sus pisadas. Un pequeño gong anunció la entrada de Petvaxo, el rival de Aner. Su espigada figura lanzó una sombra negra sobre la arena clara. Vestía totalmente de oscuro y tapaba su cabeza con una capucha. Aner había oído que lo hacía para ocultar su presencia y su poder. El joven lo siguió con la mirada. Cuando descubrió su cabeza, toda la grada hizo un gesto de asentimiento. Aner notó un calor que le asfixiaba dentro de él. Tuvo que sacudir la cabeza para eludir esa desagradable sensación. El sonido de un nuevo golpe de gong sacó a Aner de su aturdimiento. En ese momento, fue consciente de que debía concentrarse en la pelea. Su rival había logrado descentrarlo.

Sobre la mesa encontró una maza, un escudo, un cuchillo y una suave tela de terciopelo que envolvía un paquete alargado. Aner lo desenvolvió con cuidado. Su ceño se frunció en un gesto de cierta sorpresa y curiosidad. Sus manos se quedaron paralizadas al ver el objeto que se ocultaba dentro. Se volvió y repasó la grada. Buscó con la mirada de un lado a otro, hasta que la encontró. ¡Tixaso! Sus ojos se cruzaron y el corazón de Aner comenzó a latir como si no lo hubiera hecho nunca.

El gong sonó por cuarta vez. Sin más dilación, Petvaxo salió a su encuentro con la espada en alto. Aner apenas tuvo tiempo de coger el escudo y proteger su cuerpo. El golpe fue seco, duro. El talanta notó un mordisco. Cayó al suelo y con brazos y piernas se protegió debajo del escudo. Un nuevo golpe hizo tambalear sus entrañas. Rodó por el suelo para poner distancia entre su rival y él y decidir cuál iba a ser su estrategia. Tenía que llegar cuanto antes hasta su espada, antes de caer herido y de parecer un muñeco en manos de su rival. La respiración profunda y rápida de Aner llegó clara hasta las gradas. Petvaxo se acercó con dos grandes zancadas hasta el talanta. La espada resbaló sobre su escudo y rozó la cota de malla que cubría su brazo, rompiéndola. El filo del arma cortó la fina piel de su antebrazo. El escozor fue breve, pero intenso. De un salto, Aner

se retiró hacia atrás. El polvo de la arena ascendía hasta sus fosas nasales y se mezclaba con su sudor. Se pasó el dorso de su mano por la frente y apretó con fuerza el asidero de su defensa. Se movió despacio. Describió un círculo alrededor de su rival, sin perder su contacto visual, hasta que la mesa con sus armas quedó justo detrás de él.

Tixaso estaba sentada con la espalda muy recta. Asistía al combate con una especie de mezcla de interés y ansiedad que de tanto balancearse dentro de ella le hicieron notar una bola en su estómago. Esa sensación de pesadez le había acompañado otras veces después de un banquete, pero aquel día apenas había probado bocado. El pelo de Aner había crecido y lucía más claro de lo que ella recordaba. Sus ojos seguían emanando una intensa luz azul. Pero esa luz parecía haberse transmitido también a su cuerpo. Aunque ella era la única que lo notaba, había una intensa áurea que lo envolvía.

Tandrem ocupaba un asiento preferente en la grada de honor, cerca de Maore. Estaba relajado, con la espalda apoyada en el respaldo. Hablaba en susurros con uno de los soldados que tenía a su lado. La grada, a su alrededor, permanecía impasible.

Aner saltó sobre la mesa y tomó, por fin, la espada. Un calor reconfortante recorrió su brazo hasta llegar a su pecho. Su cansancio desapareció y respiró con más tranquilidad. «No sé lo que pasará a partir de ahora, pero voy a vender cara mi piel», se dijo a sí mismo. Pidió protección a Mari, alma de la tierra, maga de los cuatro elementos y de los cuatro reinos. En ese instante, elevó su brazo derecho, con el codo doblado y la punta de la espada apuntando al corazón de su rival, mientras su cuerpo permanecía protegido por el escudo abollado que había recibido los golpes anteriores. Estaba preparado. Los dos rivales se midieron antes de cargar uno contra el otro. Aner sintió un viento fuerte rozar su cabeza. Esta vez Petvaxo había fallado. También él, cuyo golpe se perdió en el vacío.

Centenares de ojos seguían el desarrollo del combate sin pestañear. Las espadas chocaban golpe tras golpe zigzagueando en el aire. El escudo de Aner salió volando y quedó boca abajo sobre la arena. El talanta dio un paso atrás y la espada de Petvaxo rozó su pecho, aunque esta vez la cota de malla resistió. El siguiente golpe, interceptado por la espada de Aner, estuvo a punto de partirle el brazo. El joven tuvo que soltar el arma, que cayó al suelo, pero de un rápido movimiento volvió a hacerse con ella. Se separaron. Aner necesitaba aire y sus jadeos se escuchaban desde las gradas. Petvaxo, poco a poco, acorralaba a su rival con ataques continuos de los que el talanta solo podía defenderse a duras penas.

Petvaxo, una vez se hubo cansado de bailar con su rival, pasó a una segunda fase. Aner sintió una ligera asfixia que intentó controlar abriendo más la boca. La espada del banelatu brillaba como el fuego y quemaba como una hoguera recién encendida cuando pasaba a su lado. Sin embargo, la de Aner parecía pesarle cada vez más en su mano. El banelatu levantó su mano e hizo un gesto rápido con sus dedos. Aner recibió el impacto y salió despedido hacia el suelo. Al caer, su cabeza se golpeó con la arena. Se sintió abotargado y algo mareado. Intentó agarrar su arma con fuerza e iniciar un ataque, pero parecía pegada al suelo. Después ocurrió algo extraño. Al ver cómo su rival elevaba de nuevo el brazo, Aner flexionó las rodillas y se pasó la espada de una mano a otra, para retornar después a la derecha. Una corriente pasó entre arma y brazo y Aner, simplemente, se dejó guiar por el arma. Con su muñeca, dio un giro rápido y detuvo la onda de energía que le había lanzado de nuevo Petvaxo, como si del golpe de otra espada se tratara. Y

funcionó. La onda, repelida por el arma del talanta, cambió de dirección y golpeó a Petvaxo, derribándolo.

Un murmullo de sorpresa llegó a la grada desde la puerta por donde salían los combatientes. Algunos luchadores esclavos se habían asomado para seguir el combate. Aner, por primera vez, sintió la incertidumbre de los banelatus espectadores. Cada vez con más confianza, Aner se defendió primero y luego pasó al ataque. Tenía que agotar a su rival y aprovechar cualquier descuido que tuviera. A partir de ese momento, Petvaxo se cuidaría más de lanzar su energía contra él.

El sonido del gong rompió el silencio del estadio.

El banelatu, viendo inútil lanzar su fuerza contra la espada de Aner, tiró la suya al suelo y cogió una daga de su mesa. En los combates en la arena no había normas, pero se seguían ciertas tradiciones. Si el combatiente de mayor rango cambiaba de arma, su rival debía hacerlo también. Aner se retiró a su mesa. Sabía que su defensa no funcionaría igual con el cuchillo y estaría a merced de Petvaxo otra vez. Miró al cuchillo y a la espada, apretó los dientes y una sonrisa maliciosa se dibujó en su cara. Nadie la vio porque se guardó muy bien de esconder su rostro bajando su barbilla todo lo más que pudo. Luego elevó la vista hacia la grada y buscó a Tixaso entre la gente. Seguía allí. El sonido del gong le pilló con el cuchillo en la mano izquierda y la espada en la derecha. Ya no podía cambiar de armas. Las cogió las dos. Se volvió hacia Petvaxo y se defendió como pudo. Entonces le miró a los ojos. La pupila del banelatu se empequeñeció. Aner lanzó un pequeño grito, potente, grave, antes de iniciar una serie de golpes. Petvaxo retrocedió lo justo. Aner se encaró con él. Esperó a que el banelatu moviera su mano. Cuando su cuerpo quedó desprotegido, dio impulso a su brazo y clavó su espada en el pecho del banelatu. Un dolor agudo e intenso recorrió por unos instantes el cuerpo de Aner mientras el banelatu caía de rodillas con la mano izquierda sobre su pecho. El rostro blanco de Petvaxo se tornó más pálido, sus labios se amorataron y su mandíbula comenzó a temblar. Pronto, la arena se tiñó de rojo. Aner se quedó frente a él rodeado del más absoluto de los silencios. Ni siquiera los esclavos se atrevieron a gritar, porque todavía no daban crédito a lo que veían.

Aner soltó el cuchillo y se llevó la mano al muslo de manera refleja. La mayoría de los espectadores permanecían en sus asientos. Esperaban ver al banelatu levantarse y volver a la carga. Tixaso, al contrario, se levantó de golpe y giró su cabeza hacia la izquierda. Nadie se dio cuenta de su gesto, salvo cuatro soldados que salieron hacia el centro de la arena y rodearon a Aner. Sin dilación, lo cogieron de los brazos y se lo llevaron de allí lo más rápido que pudieron. En su mano derecha tenía todavía la espada que había usado en el combate.

Las calles estaban vacías. Las luces titilaban mecidas por una mínima brisa, casi inapreciable. La noche era oscura, con un cielo negro de negras nubes. El aire olía a libertad y una extraña sonrisa se había instalado en los pómulos de Aner. Caminaba deprisa, arrastrado por los cuatro guardias que lo custodiaban, pero que no le habían quitado la espada que aferraba con fuerza en su mano derecha. Rápidos pasos se escucharon en la lejanía transportados por el eco por toda la ciudad. El soldado que iba delante se detuvo unos instantes y aguzó el oído. Todos se pararon.

—Sigue adelante por esta calle y no te detengas. Alguien te espera —le dijo el soldado que abría la marcha a Aner—. ¿Me has entendido?

—Sí —contestó el joven en banelatu.

Inmediatamente, la guardia que le había sacado de la arena formó un semicírculo y se olvidó del talanta. Aner dejó a los soldados y continuó su marcha. ¡Por supuesto que iba a seguir adelante! No tenía ninguna intención de detenerse. Había iniciado una carrera hacia su libertad y no iba a permitir que nada ni nadie se interpusiera. Caminó con paso decidido, pegado a las paredes. Respiró henchido de euforia. Siguió adelante. Su espada cortaba la espesura de una noche cerrada.

En el siguiente paso titubeó. Instintivamente se apretó más contra la fachada. Se detuvo del todo. Los banelatus tenían un oído muy fino. Una figura se insinuó entre la confluencia de dos calles. Aner contuvo el aliento y dejó que el banelatu que se acercaba continuara su andadura. Cuando creyó que se encontraba lo suficientemente cerca, se abalanzó sobre él.

Tixaso se volvió hacia la izquierda unas centésimas tarde. Tiempo suficiente para que el bulto que había intuido cayera sobre ella, poniéndola en una situación de desventaja. Pronto, el brazo fuerte de Aner la sujetó por la cintura inmovilizando sus brazos. La espada de doble filo del talanta rozó la fina piel de su cuello, imprimiendo la suficiente presión para que ella se diera cuenta de que iba en serio.

—No te muevas ni intentes escapar. Serás mi pasaporte para salir de aquí. Si yo muero, tú mueres —le dijo el talanta atrayéndola más hacia sí—. Solo quiero salir de Cannvea.

El cuerpo de Aner estaba empapado en sangre y sudor. Su pelo rozaba el cuello de Tixaso mientras hablaba en su oído.

—Hablas mi idioma perfectamente, sin ningún tipo de acento extraño. Pronuncias claramente cada una de las palabras —comentó Tixaso sin dejar traslucir ninguna afección en sus palabras.

La banelatu lo dijo con curiosidad. No conocía a ningún humano que hubiera sido capaz de aprender algo más que frases sueltas y cortas y siempre con una pronunciación pésima. Pero Aner no tenía tiempo para dar explicaciones.

—Ahora harás lo que yo te diga. Caminaremos hasta la puerta de entrada y distraerás al guardia mientras yo salgo. Con un poco de suerte...

—¿Cómo piensas salir? La muralla tiene una gran altura que no conseguirás escalar sin ayuda.

—Eso es cosa mía. Ahora, marchémonos.

—Espera —le pidió Tixaso—. Te he comprado a Tandrem. Ahora me perteneces.

—Yo no pertenezco a nadie. Soy libre.

En cualquier otro momento, Tixaso habría tomado esas palabras como una afrenta y no hubiera

dudado en matar a aquel insolente, pero debía ser práctica si quería que todo se desarrollase según había planificado.

—No lo entiendes. No todo es tan fácil. Por un lado, hay que tener en cuenta que has matado a Petvaxo —tras sus palabras, Aner aflojó el brazo, pero aún seguía sujetándola con fuerza—. Tandrem querrá tomar cartas en el asunto. Además, estás herido.

Aner lo sabía. Sabía que Petvaxo le había clavado su puñal en el muslo, pero la fuerza de la libertad que llenaba sus pulmones le había hecho olvidarse del dolor que sentía en la pierna.

—Yo te sacaré de aquí, pero tienes que hacer lo que yo diga. Tengo dos olanos caspes⁴ esperando para alejarnos lo más rápidamente posible. Nos dirigiremos hacia Bankada. Sé que tú quieres ir allí y yo te necesito para entrar. Los detalles te los diré por el camino.

La banelatu dejó que sus palabras calaran en el cerebro de quien la oprimía. Aner recibió su proposición con cierto escepticismo. Meditó la oferta recibida.

—No me fío de ti y tú ahora no estás en posición de dar instrucciones.

—Hagamos un adiuSTEM —le propuso ella.

A Aner le salió una pequeña carcajada.

—Tú, una banelatu de los alacranes, ¿quieres hacer un adiuSTEM conmigo?

—Entonces, ¿sabes lo que es un adiuSTEM?

—¡Claro que sé lo que es! Pero...

—Atada a mi cintura tengo una pequeña daga. Haz tú el primer corte.

Aner se tomó unos instantes. Tixaso permaneció quieta mientras que el talanta de los ojos azules tomaba una decisión, a pesar de que sabía que cualquier contratiempo podía poner muchas cosas en su contra. Pero lo que le ofrecía necesitaba su tiempo.

La mano derecha de Aner se deslizó despacio por la cadera de Tixaso en un movimiento casi felino. Después, con rapidez, metió la espada en su cinturón y sujetó la daga con fuerza. Con la mano izquierda giró el cuerpo de Tixaso, quien no opuso resistencia hasta que los dos quedaron uno frente al otro.

—Procede —dijo ella. Dentro notó una extraña sensación que nunca antes había tenido. Seguramente porque nunca antes había estado tan cerca de ningún banelatu ni de ningún talanta. Los contactos físicos entre banelatus no estaban bien considerados.

Aner acercó la punta de la daga a la frente de Tixaso e hizo un corte horizontal en mitad de la frente, cerca del nacimiento del pelo. Su sangre se deslizó despacio hacia las cejas. A continuación, entregó la daga a la banelatu para que la tomara por el mango. La joven notó la presión del brazo del talanta en su cintura. Le había permitido sacar el brazo derecho, pero no el

izquierdo. Sin apenas espacio para maniobrar, hizo un corte en la frente de Aner de idéntica medida que el que le había sido practicado a ella. En silencio, formando uno, envueltos en la oscuridad de la noche se miraron a los ojos y unieron sus cabezas.

—Ahora eres mi igual, Aner Bortu —pronunció ella—. Espero que seas digno y puedas estar a la altura de un banelatu de mi rango.

—Ahora eres mi igual, Tixaso de los alacranes —repitió él sin añadir nada más.

—Ahora suéltame —exigió ella.

Aner aún la retuvo unos instantes más antes de soltarla.

—No te fías de mí.

—No —le confirmó él categóricamente.

—He tenido muchas oportunidades de matarte. Y no lo he hecho —apuntilló.

—No sé qué razones has tenido para no hacerlo, pero eso no significa que no lo vayas a realizar la próxima vez que tengas ocasión.

—He hecho un adiestramiento contigo, debería bastarte.

—Me basta. Por el momento —le aseguró él—. Ahora marchémonos.

—¿Podrás seguirme en la oscuridad?

—Ahora llevo sangre banelatu en mis venas.

Aner había pretendido ser gracioso, pero era inútil con los banelatus. Carecían de sentido del humor y su mente parecía incapaz de discernir la ironía o los dobles sentidos.

Cientos de banelatus esperaban de pie con sus ojos puestos en la arena roja que circundaba el cuerpo sin vida de Petvaxo. En su interior se preguntaban cómo había sucedido algo que acababan de ver y a lo que no terminaban de dar crédito. Pero ninguno se atrevía a hacer ningún comentario con quienes tenía a su alrededor. Tandrem salió a la arena de un atlético salto. Había nacido hacía noventa y seis años, por lo que aún era un banelatu joven. Se agachó sobre el cuerpo inerte de su campeón y confirmó su fallecimiento colocando sus dedos sobre el cuello. Llamó a los camilleros que, prestos, acudieron a recoger el cuerpo que había quedado sobre la arena.

Tandrem los condujo a una habitación amplia, sin ventanas y de limpias paredes blancas. El cuerpo de Petvaxo quedó encima de una camilla en mitad de la sala. Tandrem despidió a los camilleros y llamó a los sanadores. Cuando llegaron los dos sanadores de su más absoluta confianza, cerró la puerta con cuidado.

—¡Reanimadle! —dijo con voz fuerte para que los que estuvieran detrás de la puerta lo

escucharan.

El sanador de más edad miró a quien había dado la orden de soslayo. Después se dirigió al centro de la mesa e inició las maniobras de reanimación, mientras el otro médico ponía sus manos extendidas con las palmas hacia abajo muy cerca de su cabeza.

Tandrem miró el rostro de Petvaxo antes de salir. Una mueca rara se había quedado adherida a su cara de manera inexplicable. Salió decidido, con la cabeza alta y dio instrucciones claras a su guardia para que no dejaran pasar a nadie hasta que él regresara. Luego se dirigió con paso firme hasta su segundo, que había seguido a su jefe en cuanto lo vio saltar a la arena. Una especie de lugarteniente de graduación alta, de anchas espaldas que ocupaba más del doble que cualquier otro banelatu.

—Tráeme al talanta y a Tixaso.

No hicieron falta más palabras. Inmediatamente, el guerrero partió para acatar sus órdenes.

El organizador de los combates que tanto éxito y dinero le habían reportado, recapacitó unos instantes. Había que ocultar la muerte de Petvaxo como fuera. Y su mente se puso a trabajar en ello. Haría correr la bula de que Petvaxo estaba vivo. Si hacía falta, diría que el guerrero había ido a la caza de Aner y, si era necesario, él mismo ajusticiaría al talanta en cuanto se lo trajeran ante su presencia. Había diferentes alternativas y quería tener todas controladas. Después de asegurarse de que había dado las órdenes adecuadas y de que todos las seguirían o morirían, regresó a su lugar en la grada. Con voz clara y potente anunció que Aner había muerto debido a las heridas provocadas por la daga de Petvaxo y que este estaba siendo atendido de las suyas, que eran de poca importancia. Luego pidió que siguieran los combates. Tuvo que mandar improvisar un par de ellos más que no estaban previstos, pero había que ganar tiempo y evitar que los asistentes a la lucha invadieran las calles y obstaculizaran la caza del esclavo.

Aner sentía fuertes latidos en su frente, a la vez que una agradable sensación de euforia instalada en su pecho. Seguía a Tixaso de cerca, casi intuyendo los pasos que la joven marcaba con supina gracilidad delante de él. Un par de veces tuvieron que medirse con guerreros que salieron a su paso, pero ambos respondieron con rapidez y cierta frialdad. La ventaja era que los banelatus luchaban en silencio y eso les permitió escapar sin que sus sonidos atrajeran a otros compañeros.

La muralla del lado este corría paralela a la margen del río. Un suave gorjeo llegaba hasta lo más alto del muro donde una atalaya cuadrada dominaba aquella zona. El soldado que la custodiaba había sido relevado hacía poco. El nuevo, al incorporarse a su puesto, había intercambiado unas breves palabras con su compañero y se había instalado cómodamente en su interior. Cuando estuvo seguro de que el soldado que se retiraba se había alejado lo suficiente, sacó una cuerda llena de nudos y la arrojó por la pared, sujetando el otro extremo a un hierro que sobresalía de la atalaya y que estaba destinado a colocar la bandera de la ciudad en los días festivos.

¡Zas!, escuchó Aner justo a la derecha de su hombro. Tixaso se adelantó y asió con fuerza la

cuerda antes de empezar su ascenso. El talanta subió poco después. Sin mediar ninguna palabra, Tixaso recogió la cuerda y se la ató a la cintura. Aner apreció el sonido relajante del agua. El caudal era denso y rápido.

—Átatela a la cintura —le dijo en apenas un susurro—. Nos lanzaremos a la vez.

Aner no tuvo tiempo de asimilar la información ni de reparar en lo que aquella caída podría significar, dada la altitud de la muralla en aquel punto. El banelatu que vigilaba aquel lugar permaneció de espaldas durante el tiempo que duraron los preparativos. De esa forma, no tendría que mentir si alguien le preguntaba si había visto algo extraño en esa parte de la muralla.

Aner apretaba el segundo de los nudos de la cuerda cuando sintió un fuerte tirón en su cuerpo. Y, después, el suelo desapareció debajo de sus pies. Abrió sus brazos y los extendió, para ofrecer algo de resistencia en su caída. Fueron unos instantes eternos en medio de la noche cerrada. El impacto con el agua fue duro, fuerte y frío y tan rápido que justo le dio tiempo de coger aire para la inmersión. Su cabeza se sumergió durante breves instantes. Al salir a la superficie, intentó contener sus ansias de buscar aire para no hacer ningún ruido que los finos oídos de los banelatus pudieran captar.

La corriente los arrastró con ferocidad durante los primeros momentos. Aner se sintió como un títere manipulado por las turbulentas aguas. La cuerda se apretaba y se aflojaba en su cintura, provocándole una sensación asfixiante. Tixaso, apenas unos pies por delante de él, se dejaba llevar. Ambos eran conscientes del peligro. Durante largo rato, sus cabezas entraron y salieron del agua en un ininterrumpido movimiento de arriba abajo. Hasta que algunos pies más abajo, el río se ensanchó en un remanso y las aguas se tranquilizaron. Aner escupió el agua de su boca y agarró la cuerda con fuerza. Estiró para comprobar que Tixaso seguía al otro lado. Nada se veía en torno a ellos. Solo les acompañaba el sonido de la corriente que les arrastraba hacia el norte.

—Y, ¿ahora qué? —se atrevió a preguntar el talanta.

—Sigue nadando —es lo único que escuchó de su compañera de fuga.

Aner, consciente ahora de su propia fatiga, se dejó llevar. Había que economizar las energías. En la negrura de la noche, lo único que veía eran los ojos de Tixaso cuando esta se giraba para comprobar que Aner la seguía sin dificultad. En medio de la oscuridad brillaban con un tono rojizo. Los banelatus podían adaptarlos así y moverse con facilidad cuando no había luz.

Habían avanzado más de una legua cuando el talanta sintió una fuerza extraña que le absorbía desde abajo. Agitó los brazos para compensar el tirón que le atraía hacia el fondo. Tixaso le escuchó chapotear y a continuación notó un golpe en su cintura. Se giró al tiempo de ver una mano de Aner saliendo a la superficie. El talanta notaba sus músculos cada vez más agarrotados. Intentó concentrarse en ascender, empujado por la imagen de Zarala que le llamaba desde su cautiverio.

Por un instante, la banelatu creyó que Aner iba a arrastrarla con él al fondo. Tiró fuerte de la cuerda para sacar el cuerpo del talanta, pero su propia cabeza acabó sumergida. Aner tomó aire en cuanto vio que su nariz salía fuera del agua y le pidió a Tixaso que cortara la cuerda para evitar arrastrarla con él. La banelatu no tuvo que pensárselo dos veces para decidir que esa sería la última de las opciones que elegiría.

—¡Déjate llevar y cuenta hasta cinco! Luego intenta subir con todas tus fuerzas, yo tiraré de la cuerda.

Tixaso no estaba muy segura de que Aner hubiera podido escuchar sus instrucciones. En cualquier caso lo intentó y gritó:

—¡Ya!

Aner se dejó llevar, guardando todas sus fuerzas —las pocas que le quedaban— para cuando llegara el momento de tirar. Contó mentalmente hasta cinco y empezó a mover brazos y piernas. El impulso se vio favorecido por la fuerza de Tixaso. Aner sintió un fuerte dolor instalado en sus sienes y un deseo enorme de inhalar aire. «Un poco más», se dijo.

Por fin, su cabeza salió a la superficie. Resopló como si de una ballena gigante se tratara y cerró los ojos al tiempo que daba las gracias por seguir vivo.

—¿Estás bien? —escuchó en un susurro justo a su lado. La cabeza de Tixaso estaba muy cerca ahora. Tanto que sus piernas acabaron chocando. Aner asintió con la cabeza—. ¿Puedes seguir un poco más?

—Sí —confirmó él.

Aner continuó. Se enfrentó en cada brazada al cansancio, al frío y al agarrotamiento. Sacó fuerzas del recuerdo de Zarala, de sus dulces ojos, de su pelo suave, de su piel de seda. Tixaso notaba el cansancio en el talanta, pero parecía que su espíritu indómito resistía.

Maore se presentó en la habitación donde Tandrem y los sanadores custodiaban el cuerpo de Petvaxo. Los asistentes al combate habían abandonado ya la arena. Era inútil retenerlos por más tiempo una vez concluido el combate estelar. Y cualquier otra excusa habría resultado sospechosa. El supremo y Tandrem se miraron antes de hablar. Lo que había ocurrido era muy grave. Nunca una muerte banelatu había sido tan incómoda de explicar y tan necesaria de ocultar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Maore a bocajarro, muy cerca de su oído.

Tandrem se esperaba la pregunta.

—Nada —dijo confiado y convencido—. Petvaxo estará convaleciente durante unos días, mientras, mis hombres encontrarán a Aner. Una vez hecho, Petvaxo en persona le dará muerte delante de todos los banelatus de Cannvea y de cuantos quieran observarlo. Y te juro aquí mismo que será una muerte lenta y dolorosa y...

Maore levantó su mano y, al instante, la voz de Tandrem se extinguió.

—Quiero saber la verdad. A mí lo que cuentas en la calle me da igual —dijo sin apartar la vista del cadáver que ocupaba el centro de la sala.

Los dos sanadores seguían con su trabajo como si Petvaxo no estuviera muerto y pudieran curar sus heridas.

—De acuerdo, hablemos. Pero no aquí.

Los dos hombres salieron de aquella sala de muerte donde dos guardias personales de Tandrem impedían el acceso a su interior. Recorrieron varios pasillos, guardando las apariencias.

Tandrem ocupaba el ala este del cuadrante militar. Le gustaba levantarse con el sol al que veía izarse sobre el horizonte mientras realizaba sus primeros ejercicios. La posesión más valiosa del jefe militar eran sus esclavos. Entre los banelatus, el número y la calidad de los esclavos servía para calcular la riqueza y el escalafón del amo. Y Tandrem era, después de Maore, quien más esclavos poseía.

Se reunieron en una sala sobria, pintada de gris. Tandrem hizo servir bebidas en su vajilla de oro e invitó a Maore a sentarse. Este prefirió quedarse de pie y, en cuanto el esclavo encargado de escanciar la bebida hubo cerrado la puerta, se encaró con Tandrem.

—Quiero saber cómo se te ha ido esto de las manos.

—A mí no se me ha ido nada de las manos. Y si tienes que preguntar a alguien, cuestiona a Tixaso. ¿Por qué has dejado que ayudara a escapar a Aner?

Tandrem intentó con esta pregunta desviar la responsabilidad hacia Tixaso, pero su cuestión no consiguió el efecto que buscaba. Más bien, fue al contrario. Algo se encendió en ese instante en el interior del suprem. Rápidamente extendió su mano derecha y se encaró con Tandrem.

—Ni una sola insinuación más. No te consiento que levantes falsos testimonios contra tu suprem.

La mano de Maore se encendió como si tuviera una bola de fuego en su interior. Tandrem permaneció impassible, pero en su interior luchaba mientras decidía cuál era la mejor opción. Si enfrentarse al fuego y a la ira de Maore o retirarse y buscar otra forma de confrontación. Se decantó por la segunda opción. Él era un jefe militar, el mejor del imperio del este, pero Maore era el suprem y no ocupaba ese cargo por casualidad. Había demostrado con creces su valía al derrotar a los grandes maestros en cada una de sus especialidades. Maore era el que mejor administraba la energía. Sabía extraerla, dominarla y usarla con precisión y destreza. Era uno de los mejores estrategas y era capaz de percibir las intenciones de los inmutables conciudadanos a través de la energía que desprendían sus cuerpos.

Los dos banelatus dejaron que pasaran unos instantes de silencio. Las aguas turbulentas de sus energías volvieron a su cauce. La mano de Maore volvió a su posición inicial y se apagó.

—Ahora, relátame lo que ha pasado —pidió el suprem.

Tandrem narró los hechos tal y como lo habían visto los espectadores. Evitó mencionar el pacto

al que habían llegado Tixaso y él.

—Simplemente se lo llevó y me gustaría saber el porqué —dijo el jefe militar.

Maore sabía que algo fallaba en la historia que acababa de escuchar, pero no hizo ningún comentario. No le convenía un enfrentamiento directo con el jefe de sus ejércitos, no ahora que Sadoc parecía estar más dispuesto que nunca a llamarse señor de todos los banelatus. Maore estaba al tanto de sus movimientos. Y no solo por los informes que le había llevado Tixaso. Él tenía otras fuentes que lo corroboraban.

—Tixaso trajo a Aner a Cannvea.

—Aunque eso le permita tener ciertos privilegios sobre él, no significa que se lo pueda llevar sin más.

—Me da igual cómo Tixaso y tú arregléis este asunto, pero espero que sepas manejar la situación de la muerte de Petvaxo con maestría. No espero menos de ti.

—Sabes que lo haré.

—No lo dudo. Por el bien de tu grupo de competición y por el de todos los banelatus.

Maore dio aquella discusión por concluida. Se dirigió hacia la puerta, pero se volvió en el umbral.

—Una cosa más... Puedes hacer lo que quieras con Aner, o lo que te deje Tixaso, pero no cuestiones a Tixaso y déjala fuera de esto.

—Dime al menos adonde se dirige Tixaso.

—Viaja hacia el oeste.

Tandrem se quedó pensativo tras la marcha de Maore. Entre los dos banelatus siempre había habido cierta rivalidad. Noventa y seis años dan mucho de sí. Aunque el suprem le había amenazado, estaba seguro de que no se atrevería a meter baza en el pequeño negocio de los combates. Después de todo, tenía la certeza de que Maore también apostaba. No abiertamente, sino a través de uno de sus esclavos. Pero sabía que no debía enfrentarse a Tixaso. No mientras estuviera bajo su protección. Tenía curiosidad por conocer la misión que le había asignado, pero en esos momentos había otros asuntos que requerían su atención. Lo importante era que había averiguado hacia dónde se dirigía Tixaso, si es que conseguía salir de Cannvea.

Capítulo XII

Bankada: capital supremo banelatu del oeste

Hay días en que uno se levanta pletórico, lleno de fuerza y con ganas de comerse el mundo. Cualquier reto le parece pequeño, cualquier esfuerzo se hace sin apenas gastar energías y la sonrisa pinta plena en el rostro. Hacía mucho tiempo que Ganix había perdido esa sensación. El sol se levantaba pesado cada día. Tardaba en subir por el horizonte y, cuando lo conseguía, el esclavo ya llevaba mucho tiempo cansado. No había retos en la monótona vida que llevaba. Lo único que llenaba sus días era el encuentro fugaz con Erlea. Un roce con su brazo en el pasillo, un intercambio de miradas o una sonrisa apenas insinuada que nunca llegaba a florecer. Había perdido la cuenta de los días, de las noches y de los meses. Estaba atrapado en un mundo sin sensaciones: gris, frío, anodino.

Ganix arrastraba los pies por las calles de Bankada. Hacía tiempo que no elevaba la vista al cielo. Se había olvidado de las estrellas y, sin embargo, en el silencio de sus noches, anhelaba la libertad y una leve esperanza quedaba aún en su alma que, aunque cada vez más extinguida, traía paz a su vida. Todavía confiaba en que alguien, algún día, conseguiría cambiar el rumbo de su existencia. Mientras tanto, arrastraba su cuerpo entre las blancas avenidas de Bankada. Se dirigió en silencio por las calles más estrechas de la ciudad. Por allí, el calor era menos sofocante.

El número de esclavos se había multiplicado por tres en los últimos dos años. La mayoría de ellos habían sido destinados a las minas en las que Sadoc parecía haber puesto tanto interés. A Ganix ni le incumbía ni le importaba saber la razón que tenía su amo para destinar tantos recursos humanos en aquel lugar. Pero no envidiaba para nada la vida de aquellos que debían satisfacer las expectativas que Sadoc se había propuesto. Algo muy importante debía buscar allí y Ganix sabía que, fuera lo que fuese, nada bueno saldría para él o para el resto de los talantas. Lo único positivo que se había derivado de la obsesión del supremo por la mina era que su interés por Erlea y el deseo de hacer daño a Ganix a través de la mujer había desaparecido.

El sol caía perpendicularmente sobre Bankada. Ganix dejó la ciudad atrás y se adentró en el camino de piedras que conducía a la boca de la mina. Decenas de soldados vigilaban a ambos lados. Cualquier intento de fuga era castigado con la muerte más dolorosa que los guerreros se podían inventar y debía ser presenciada por todos los prisioneros. Algunos hombres, desesperados, intentaban huir solo por conseguir una muerte rápida, y ni siquiera los gritos de dolor y de espanto conseguían disuadir a muchos de los que llevaban más tiempo viviendo en un continuo sufrimiento de un intento de fuga.

Ganix observó los rostros afilados, los cuerpos faltos de carne y los ojos hundidos de los hombres que trabajaban a pleno sol. Su piel, cubierta de polvo y tostada por el astro rey, aparecía oscura y sucia. Sus bocas estaban pastosas de tanto masticar tierra y sus manos llenas de callos. El esclavo de Sadoc continuó su lenta marcha. Un joven de cabellos y ojos oscuros se le quedó mirando. Le sonrió y lo saludó con un movimiento de cabeza. Ganix lo conocía. Siempre le saludaba. Era de los pocos que después de tanto tiempo conservaban su sonrisa y una mirada desafiante. Había recibido varios castigos por ello, pero parecía ser algo inherente a su carácter.

Ganix movió su cabeza y siguió adelante.

—Ixaka, ¿se puede saber qué haces?

—Saludo a Ganix —contestó el joven con su desparpajo habitual.

—¡Claro! Lo sé, pero no entiendo por qué lo haces.

—Es el esclavo de Sadoc, ¿no?

El que había preguntado asintió mientras pronunciaba un sí apenas susurrado. Tenía anchas espaldas y un grueso cuello. Por debajo de sus hombros se escapaban varios mechones de un cabello negro y largo que hacía mucho tiempo que no era peinado. Su nariz era ancha y su piel de un tono oscuro a la que no afectaba el sol asfixiante del verano.

—Algún día nos servirá. Él tiene tantas ganas de huir de aquí como nosotros. Lo veo en su mirada

—Podríamos hacerlo —dijo, pero Ixaka no supo si lo decía en serio o si hacía burla a su propuesta como tantas veces—. Si Sadoc sigue trayendo esclavos, pronto igualaremos en número a los banelatus. Podríamos originar una revuelta. Seguramente alguno de nosotros conseguiría escapar.

—Lo haremos —le aseguró Ixaka—. Algún día lo haremos.

—¿Aún sigues pensando que ese tal Aner vendrá a salvarnos?

—Sé que lo hará.

Leoiar lo miró incrédulo. Desde que se conocieron en la mina, hacía algo más de un año, siempre le había oído hablar de ese tal Aner. Los primeros días se lo tomó en serio. Casi llegó a creer que existía alguien parecido a un héroe capaz de derrotar a los banelatus. Pero pronto se cansó de oír hablar de alguien que no existía. De alguien que era solo el clavo ardiendo al que se agarraba Ixaka para no volverse loco.

La presencia silenciosa de un banelatu que se acercaba les hizo callar y centrarse en su trabajo. Los golpes de los martillos sobre las rocas mandaban sonidos en claves agudas. El polvo paseaba a sus anchas por todo el recinto. Ixaka se cubrió el rostro con un pañuelo anudado a su cuello y continuó con su trabajo. Con un cincel y un martillo golpeó la piedra que quedaba a la altura de su cadera. Una arista quedó al descubierto. Elevó su mano izquierda y esperó sin moverse hasta que notó la sombra de un soldado detrás suya. Ni siquiera se volvió. Bajó su mano y prosiguió con su trabajo. Golpeó a ambos lados de donde había aparecido la arista hasta que la roca cedió. Apareció entonces un cubo perfecto de color claro. Ixaka lo acarició como si se tratara de un objeto de mucho valor, pero el soldado que esperaba detrás se lo arrancó de las manos sin pensar.

—¡Continúa! —le dijo, desapareciendo hacia el interior de un barracón construido varios

centenares de pasos más al norte en el que Sadoc había instalado su base de operaciones.

Sadoc examinó con detenimiento el cubo recién extraído de la tierra. Medía aproximadamente tres pulgadas en cada lado. Era perfecto. Lo colocó con cuidado sobre la mesa e hizo una seña a uno de los oficiales que esperaban a su derecha. Él lo tomó en un paño y se lo llevó para que el maestro lo calificara y lo clasificara.

—¿Quién? —preguntó.

—El esclavo Ixaka, señor —respondió el soldado que lo había llevado.

El suprem se limitó a asentir y prosiguió con su trabajo. Decenas de antorchas iluminaban la estancia. Sadoc había pedido el máximo de luz en el interior, pero había mandado construir un barracón sin ventanas para evitar la mirada de curiosos. Los minerales extraídos emitían destellos ante los ojos del suprem. Él los observaba, pero seguía buscando algo especial. Tenía el presentimiento de que lo que buscaba estaba muy cerca y de que, muy pronto, conseguiría alcanzarlo y, entonces, su poder sería ilimitado.

Un nuevo soldado entró en la sala. Esperó en fila su turno. Conservó con sumo cuidado el mineral recién extraído. Cualquier descuido, cualquier tropiezo, cualquier desperfecto provocado en la mercancía era castigado con severidad.

Hacía más de diez meses que el ajetreo en la mina era continuo. Todo funcionaba como un organismo en el que cada unidad encajaba a la perfección. No se toleraba nada que se saliera de las normas establecidas. Todo estaba calculado y el suprem estaba satisfecho por ello.

Un sonido agudo se extendió por todo el espacio que comprendía la mina. Nadie pareció hacerle caso, aunque todos sabían lo que significaba. Los más débiles no pudieron evitar un leve temblor que desde su corazón se extendió a lo largo y ancho de todo su cuerpo.

La temida silueta de Sadoc no tardó en aparecer. Le acompañó un largo toque de algún instrumento de viento que Ixaka nunca había visto. Era como si el sonido saliera del mismo centro de la tierra. Todos detuvieron su trabajo y se colocaron en hilera a ambos lados del camino. Sadoc comenzó a andar. Se tomó su tiempo en observar a todos los talantas. Su dedo señaló a dos humanos que cayeron de rodillas y comenzaron a suplicar entre sollozos. Sus costillas se marcaban en la piel y sus esqueléticos brazos apenas podían sostener el peso de las herramientas que debían utilizar.

Ixaka, unos cientos de pasos más adelante, tragó saliva.

—Recuérdame que, cuando llegue mi hora, al menos tenga la dignidad de no suplicar —le dijo en un susurro a Leoiar.

Este enarcó la ceja izquierda y estuvo a punto de soltar una carcajada, a pesar de la tragedia que se estaba viviendo. Ixaka fijó su vista en el suelo. Conforme Sadoc avanzaba, el sol parecía encogerse en el cielo. Era como si su fuerza y su calor menguaran, mientras una sensación de

angustia recorría cada partícula de los cuerpos de los que esperaban bajo el astro rey. El supremo se plantó delante de Ixaka. Los músculos del talanta se tensaron. Sadoc disfrutaba incitándole. Sabía que el talanta no podía controlarse y el supremo había encontrado la forma de presionarle para que al final saltara. La consecuencia siempre era la misma: Ixaka acababa sometido a la fuerza por Sadoc y con sus huesos en el sanatorio.

Ixaka contuvo la respiración. Las palabras de Aner revoloteaban en sus oídos: «Si alguna vez te ves atrapado por los banelatus y quieres sobrevivir, pasa desapercibido». Pero él nunca había seguido su consejo. No porque no quisiera. Simplemente, no podía hacerlo. Había sido incapaz de pasar inadvertido. Hasta había conseguido que Sadoc se aprendiera su nombre. Y eso era tan mala señal como que te considerara un saco de huesos que no servía para nada. Leoiar esperaba a la derecha de Ixaka. «Por la diosa Mari, Ixaka», se repetía en su interior, «no contestes a las incitaciones de Sadoc». El veterano guerrero miró de reojo a su compañero y amigo. La sombra de Sadoc se proyectaba sobre sus piernas.

—¿Has aprendido a estarte callado? —le preguntó Sadoc en el propio idioma de Ixaka.

Este no respondió. Transcurrieron unos instantes en los que la tensión se notaba en el ambiente. Entre los talantas más alejados se intercambiaron apuestas sobre la suerte de Ixaka mientras el supremo lo miraba de arriba abajo. En cierto modo, le recordaba a un joven que conoció hacía mucho tiempo. Por desgracia, aquel joven había muerto por ser incapaz de dominarse y de mostrarse humilde. Él mismo le dio muerte y estaba seguro de que más pronto que tarde haría lo mismo con Ixaka.

—¿Crees que tu situación es, cómo decís vosotros, injusta?

El joven mantuvo la cabeza hacia abajo, pero su mirada se elevó mientras su mandíbula se encajaba con fuerza. Sadoc estudió sus movimientos que lo delataban. Estaba seguro de que lo tenía en sus garras y de que se iba a divertir un rato con él.

—¡Habla! —su voz retumbó de tal forma que pareció extenderse por cada uno de los rincones de la mina.

—No, mi señor —contestó Ixaka con toda la humildad que le fue posible transmitir en su voz.

—¡Mientes! Y ya sabes que no debes mentir a tu señor.

La sangre empezó a circular más deprisa dentro de su cuerpo, o eso era al menos lo que notaba el joven talanta. Arrimó sus brazos a sus piernas y presionó con fuerza. Pronto comprendió que soportar las vejaciones de Sadoc era algo superior a sus fuerzas. Su cuello empezó a moverse. Leoiar, a su lado, se mordió la lengua mientras pensaba: «Aguanta, Ixaka, por lo que más quieras». El veterano guerrero sabía que Sadoc cada vez se ensañaba más con su amigo y que pronto sería para él imposible de soportar. Acabaría muerto.

Sadoc se acercó a Ixaka. El joven notó su extraño olor, un aroma indefinido que no se parecía a nada de lo que antes tenía registrado en su cerebro. Quizás fuera el olor de la iniquidad, porque para él estaba claro que aquel ser, fuera lo que fuera, era la misma encarnación del mal.

«No le mires a los ojos», deseaba Leoiar. El guerrero de piel oscura meneó su cabeza de lado a lado. Hasta él podía sentir la sangre de Ixaka en plena efervescencia.

Sadoc elevó su mano hacia Ixaka. Todos miraban ya sin disimulo hacia donde estaba el suprem. Este estaba preparado para castigarlo con su energía porque era cuestión de tiempo que el joven se encarara con él. Su espíritu indómito estaba a punto de perderle. Justo en ese momento, un sonido seco y duro captó la atención de todos. Sadoc bajó su mano e Ixaka se giró hacia donde estaba Leoiar. El gigante de piel oscura se había desplomado. Su cuerpo aparecía cubierto de un polvo rojizo que se había agarrado a su piel sudorosa. La primera reacción de Ixaka fue la de moverse hacia su amigo, pero se mantuvo donde estaba. A los banelatus les encantaba descubrir relaciones familiares y de amistad entre los talantas, porque así podían usarlas en su contra.

—Doble jornada para este ser débil y menor —dio orden el suprem en ese momento—. A los demás, dadles su ración diaria, recontadlos y mandadlos a los barracones. Mañana empezaremos en cuanto salga el sol.

Sadoc giró su cabeza y todos los talantas bajaron las suyas y miraron al suelo.

—Has tenido suerte esta vez, joven Ixaka. Hoy me divertiré con ellos —dijo volviéndose hacia los dos hombres que había seleccionado antes.

El suprem se retiró y tras él vino la noche. Los soldados trajeron a las mujeres que se encargaban de repartir las raciones. Los hombres formaron en diez filas y se acercaron en orden a recibir su ración. Leoiar, desde el suelo, guiñó un ojo a su amigo.

—Intentaré guardarte algo de ración —le dijo Ixaka mientras le obligaban a ponerse en la fila. Leoiar le había salvado la vida a costa de trabajar el doble.

El joven avanzó despacio, pero aún sentía los latidos fuertes y rápidos de su corazón en el pecho. En la distancia, miró hacia las mesas donde esperaban las mujeres. Eligió la fila y avanzó en silencio, cabizbajo y arrastrando los pies. Le dolían los brazos y los hombros, le dolían los pies, pero seguía vivo. Cuando llegó a la mesa, esbozó una sonrisa. Su hermana, delante de él, también quiso responderle con otra, pero simplemente ya no le salía. Su cara estaba más afilada y sus pómulos se habían marcado en su rostro. Arrastraba unas profundas ojeras que nunca antes habían estado allí y en sus manos destacaban más que nunca unos dedos huesudos.

—¿Cómo estás? —le preguntó él mientras le servía la ración.

—Estoy bien —mintió—. ¿Y tú?

—Sadoc me tiene aprecio. No hay problema.

—No es eso lo que se oye.

Ixaka sonrió con esa sonrisa embaucadora que siempre había tenido. A Zarala le traía recuerdos de su niñez, pequeñas reminiscencias de una vida feliz que se había acabado.

—¡Vamos, vamos! —interrumpió la voz de uno de los guardias.

—No pierdas la esperanza, hermana. Aner vendrá a sacarnos de aquí.

Ixaka siempre se despedía con la misma frase y a los ojos de Zarala acudían entonces las lágrimas, que a duras penas lograba tragarse para que nadie la viera. El joven talanta rozó el brazo de Zarala y tomó la ración extra que ella siempre procuraba prepararle. Luego se alejó hacia la celda común que compartía con otros seis hombres. Se sentó en la cama de Leoiar y degustó su insípida comida. Los alimentos de los banelatus no sabían a nada, aunque tenían muchas proteínas. Escondió la ración extra debajo de la sábana de su compañero y se acostó en su cama. Nada más echarse, notó cómo el cansancio subía por sus piernas. Pensó en su hermana. El tiempo había pasado veloz por su cuerpo. En su rostro, se habían marcado pequeñas arrugas en sus ojos y en su frente. Parecía serena, pero sus ojos no podían evitar traslucir la gran pena que sentía dentro.

Zarala había intentado mantener la ilusión y la esperanza durante los primeros días de su cautiverio. Pero conforme se acercó la fecha del parto, un miedo inusitado se instaló en su cuerpo y agarrotó sus sentidos. Aun así luchó contra la angustia que sentía dentro. Un buen día desapareció, se la llevaron. Zarala recordaba aquellas semanas como una nebulosa de la que no tenía constancia. No recordaba qué había pasado. A veces se preguntaba si realmente había tenido a su bebé. Solo una extraña sensación de protección que arrancaba de su estómago y se manifestaba en su corazón le decía que debía seguir con vida para proteger a ese ser indefenso que le había sido arrebatado.

Ixaka tardó más de seis meses en volver a ver a su hermana. Para entonces él ya había sido destinado a los trabajos en la mina. Cuando por fin pudo acercarse e intercambiar unas frases con ella, Zarala se mostró lejana y desconfiada. A duras penas había logrado que le dijera algo, pero nunca había conseguido que le contara qué había pasado con su hijo. El joven talanta se sintió frustrado y una gran ansiedad creció dentro de él. Dio un manotazo en la cama. Luego cerró los ojos. «Aner, ven pronto, o será demasiado tarde cuando llegues».

La llegada de Leoiar le pilló a Ixaka dormido. Era noche cerrada y los únicos sonidos que se escuchaban eran los ronquidos de algunos hombres, las toses de los más débiles y los lamentos de los heridos y moribundos, que eran ahogados por los soldados que hacían las patrullas. Cuando los lamentos terminaban, todos sabían que no volverían a ver a esos hombres nunca más. El veterano guerrero hizo una mueca en la oscuridad, dolorido y cansado. Tanteó debajo de la sábana hasta encontrar la comida que le había procurado Ixaka, aunque ni siquiera tenía fuerzas para masticar.

—Leoiar —escuchó en el silencio más absoluto.

—Duerme, Ixaka —le pidió en un susurro tan bajo que tan solo un oído muy fino podría captar.

—¿Estás bien?

—Sí.

Ixaka sabía que mentía, pero no quiso insistir porque podían alertar a los soldados

—Gracias —le dijo el joven.

—Duerme, Ixaka.

—No olvidaré lo que has hecho por mí.

—Eso espero.

Con su caída fingida, Leoiar había logrado captar la atención del supremo y desviarla de Ixaka, pero se había ganado una dosis extra de tortura y cuatro horas adicionales de trabajo en la oscuridad. Pero creía que había valido la pena. El joven no habría soportado una nueva tanda de tortura de Sadoc.

Leoiar se tumbó en la cama, pero no pudo cerrar los ojos. Había aguantado la tortura lo mejor que había podido, pero lo que había visto hacer con aquellos dos hombres que Sadoc había señalado con el dedo... no lo podría olvidar jamás.

Zarala se había convertido en un fantasma. Era su forma de defenderse de la desgracia y de mantenerse lejos de la depresión y de la locura. Se sentía más pequeña cada día y se había acostumbrado al rondar diario de la muerte. Desde su llegada a Bankada, había visto morir a centenares de mujeres. Muchas rotas por la locura, ahogadas en su propio miedo, víctimas de la tortura en un mundo que no entendían. La vida no era vida entre las blancas paredes de Bankada, porque la vida acababa justo al pie de sus murallas.

Recorrió las calles que le restaban hasta llegar a su cuadrante, cabizbaja. A su lado marchaban otras mujeres, las mismas de siempre y, sin embargo, unas desconocidas. Condenadas todas ellas a vivir siempre el mismo día, con el mismo cansancio y el mismo miedo.

La joven no recordaba muy bien cuándo o cómo había llegado a aquella casa que le servía de vivienda. Miraba atrás y en su cabeza quedaba un hueco vacío de memoria perdida. Eso la atormentaba a veces. Desde su pequeña habitación, los finos rayos de luna traían reminiscencias de un lugar soñado, de un bosque verde, de unas casas de piedra, de risas frescas, de llanto de bebé, de olor a leche, de aroma de jazmín, de unos ojos azules... Ese lugar parecía estar tan lejos que a veces, mientras la lluvia golpeaba las calles y el ruido de las gotas llegaba hasta sus oídos, creía de verdad que solo existía en su imaginación. Solo la presencia de su hermano le recordaba que una vez había sido feliz en su aldea, que era cierto que existía otra vida lejos de aquellas murallas que robaban el alma y las ganas de vivir. A veces tenía pesadillas que la despertaban justo al amanecer. En ellas veía a Aner luchando con una gran espada, cortando cabezas de banelatus. Desde la distancia la llamaba, pero ella no entendía sus palabras. Y luego ese muro, que caía una y otra vez sobre Aner, mientras a ella se la llevaban lejos de su casa.

Una decena de soldados escoltó a las mujeres hasta sus cuartos. Zarala compartía su habitación con cuatro mujeres. Casi nunca hablaban. Por las mañanas, Zarala se levantaba animada. La esperanza compartía las primeras horas del día con ella. Se decía una y otra vez que aquellos seres no iban a poder con ella ni con sus ganas de vivir. Pero luego llegaba la ardua tarea diaria. Primero en el matadero, después en las cocinas y, por último, sirviendo a los hombres-mineros. Y llegaba la noche con su manto oscuro de dudas y sus fantasmas y las pesadillas retornaban a su mente.

Un ruido de madera informó a su cansado cerebro de que la puerta acababa de cerrarse. Mecánicamente se tumbó sobre la cama. Le dolía el hombro y le palpitaban las sienas. Los ojos pesaban. El viento se coló por la pequeña ventana abierta a la calle y empujó un mechón de pelo que había quedado sobre su frente. Fue como una suave caricia que le trajo viejos recuerdos de la mano grande de Aner sobre su piel. En silencio, lloró por esos ojos azules que no veía, por esos susurros de amor con que él regalaba sus oídos, por aquel amor que abrasaba en la distancia y hacía insoportable la separación. Los días pasaban sin noticias de su amado. Muchas veces pensaba que si no venía era porque estaba muerto y las lágrimas caían en silencio hasta morir en su cuello. Otras veces pensaba que, aunque Aner siguiera con vida, necesitaría cien ejércitos que triplicaran en número al de Sadoc para poder vencer a los banelatus y rescatar a todos los talantas.

Repitió mentalmente el nombre de Aner dos, diez, cien veces... y así se quedó dormida.

Capítulo XIII

Exterior quinto clan de los talantas

Un grito grave, leve y seco atravesó el velo de la cueva y se perdió en las entrañas de la madre tierra. Tras un intenso silencio, de repente, un pequeño gimoteo seguido de un fuerte llanto. La vida se abría paso entre la muerte. Dulanto recogió al bebé y lo envolvió en una pequeña tela en la que decenas de manchas se habían quedado incrustadas, a pesar de estar recién lavada. Eran los mudos testigos de los últimos acontecimientos trágicos que se habían sucedido y que habían convertido la rica tierra de los talantas en un terreno maldito. La mujer limpió con cuidado la carita del recién nacido y se lo entregó a su madre para que se lo pusiera al pecho. La parturienta estaba exhausta y en su rostro aparecía una mezcla de alegría, miedo y cansancio. Un leve temblor recorrió su cuerpo. Ayudada por otras mujeres, Anaiansa se recostó y tomó al bebé en brazos. Era una niña. Enseguida sintió un vínculo especial entre ambas. Ajena a las caras serias de las demás mujeres, la recién estrenada mamá acarició la mejilla de su hija. Esta, alertada por el roce de la mano de su madre, abrió los ojos y miró con curiosidad. El resto observó en silencio. Algunas se marcharon cabizbajas. Ninguna la envidiaba. Anaiansa estaba sola. Su marido había muerto recientemente en una partida de caza en la que tuvieron un encuentro fortuito con los banelatus que aún rondaban por la zona. No tenía familia, no tenía a ningún hombre que cuidara de ellas y las surtiera de comida. Su futuro y el futuro de su hija eran inciertos. Dulanto se quedó con ella y se sentó a su lado. Estaba cansada, pero era un cansancio que no se curaba con descanso. Era un agotamiento que duraba más de dos años. La pequeña meneó la cabeza buscando la fuente de su alimento. Juguetó con el pezón de su madre y luego se agarró a él con fuerza, succionando para extraer el calostro.

El resto del pueblo esperaba fuera. No llegaban a cien personas. Astu se adelantó al ver salir a las mujeres. A un gesto de Meder penetró en la cueva. La oscuridad se lo tragó. Se movía apoyado en un grueso bastón. Su pelo blanco había amarilleado y su boca había perdido varios dientes. A pesar de todo, caminaba erguido y sin titubeos. Madre e hija esperaban tranquilas en el interior. Astu le pidió el bebé a Anaiansa.

—Es una niña. No hace falta que te molestes en comprobarlo. Pero dile a Meder que no me la podrá arrebatar —fue la respuesta firme y serena de la madre.

Dulanto sintió una fuerte empatía con la mujer. Ella también era madre y la entendía, aunque sabía que su empeñamiento no iba a lograr salvar a su hija.

Meder se impacientó en el exterior. El sol había subido en el horizonte y empezaba a hacer calor. Le habría gustado refugiarse en la sombra cercana que un grueso tronco proyectaba más a la derecha, pero permaneció quieto. Entre el pueblo ya se había corrido la noticia del nacimiento de la pequeña. No había festejos. Todos sabían que estaba condenada. Era el peaje que el clan debía pagar por sobrevivir. Una niña era una carga para la comunidad. Al menos, los niños aprendían pronto a cazar y a luchar, pero esa niña y esa madre solo serían un lastre para un clan que sobrevivía a duras penas.

Astu no dijo nada. No hacía falta y hacía tiempo que no sentía ganas de decir nada. Salió despacio a la claridad y caminó sin atender a la respuesta que esperaba Meder. El silencio del viejo mago fue tomado por el guía como una señal de asentimiento a la noticia que se había extendido entre todos los presentes. Sin pensarlo, su mano derecha se acercó al cuchillo que pendía de su cinturón. No tenía sentido alargar ese momento. Lo que debía hacerse, se haría con celeridad. Él sería la mano ejecutora. Tomaría esa responsabilidad como otras veces. Por el bien del clan.

Alaón regresó de una partida de reconocimiento y se dirigió a la pequeña cueva que le servía de vivienda. Le acompañaban su hijo Marz, un muchacho de apenas quince años de complexión fuerte como su padre, y Silban, un joven de delgadas extremidades cuyos ojos parecían mirar todo siempre con curiosidad. Juntos eran como la noche y el día. Alaón tardó en acostumbrarse a la oscuridad. Desde un rincón, Galder le saludó con su habitual amabilidad. El que un día fuera el guía del primer clan se sentó a su lado. Cruzó las piernas y miró a los ojos de Galder. Este se mesó la espesa barba que cubría su rostro y dejó que Alaón se tomara su tiempo para empezar a hablar.

Entretanto, una figura sigilosa apareció ante ellos. Portaba un ánfora de agua fresca y varios vasos de barro en sus manos. Sirvió a los hombres y luego se retiró.

—¡Espera, Maldea! —le pidió Alaón.

La muchacha se giró y miró a su interlocutor con ojos brillantes y curiosos. Llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo que no se quitaba ni para dormir. Había pertenecido a su madre y, en cierto modo, llevarlo le daba cierta seguridad y ella quería creer que la protegía.

—Creo que tú también debes escuchar.

Maldea se acercó a los cuatro hombres y se sentó cerca de su hermano Silban. Compartía con él la marcada delgadez de su cuerpo y la misma mirada inquieta y nerviosa.

—¿Siguen ahí? —preguntó Galder una vez que la chica hubo tomado asiento.

Alaón tomó un nuevo sorbo del vaso y asintió despacio, con la mirada perdida. Luego retornó a la realidad y fijó sus ojos en los de Galder. El rostro del dux de todos los talantas presentaba una profunda cicatriz en su mandíbula izquierda. Había perdido el ojo de esa parte de la cara y las secuelas de la batalla contra los banelatus se contaban en todos los puntos de su cuerpo. Luar y otros hombres lo habían encontrado cerca de un riachuelo más muerto que vivo tres semanas después de refugiarse en las cuevas. Aunque no lo recordaba, debió arrastrarse hasta allí, huyendo de la muerte y de los banelatus que habían arrasado su poblado. Sus fuerzas se acabaron a la orilla de aquella pequeña corriente de agua. Así, tendido y rendido a la muerte, lo encontraron los supervivientes del quinto clan de los talantas. De no haberlo hecho, habrían acabado allí sus días.

Durante un mes luchó cuerpo a cuerpo con las sombras del más allá, hasta que un buen día su espíritu doblgó a la muerte y se inclinó hacia la vida gracias a las medicinas de Astu. Durante todo ese tiempo, Meder había estado muy preocupado, pero no era, como muchos creían, porque

sintiera pena o simpatía por el dux. El que Galder siguiera con vida suponía una amenaza para su liderazgo. Cuando le dijeron que el dux había sufrido una notable mejoría estuvo a punto de atragantarse en su propia ponzoña. Pero, cuando fue a verlo, todos sus temores se desvanecieron. Galder podía mejorar, pero nunca volvería a ser el líder ágil, fuerte y aguerrido al que todos seguirían. Y dejó de preocuparse.

Galder apenas salía de la cueva. No era solo su debilidad lo que le retenía dentro. Eran esas miradas maliciosas unas veces, de asco otras, de pena en ocasiones, que la gente le profería cuando veía su rostro, las que habían hecho que se inclinara por la posibilidad de pasar sus días en la oscuridad de aquella cueva. Alaón era el único que se acercaba, el único que le consultaba y que le pedía consejo. Poco a poco, el guía comenzó a ser sus ojos y su soporte. Nació así una extraña relación entre los dos hombres. Una amistad que se afianzó con el paso de los días y de los meses.

—Nos vigilan —concluyó Alaón.

—Pero no atacan —afirmó Galder, quien buscaba una explicación a lo que se suponía era un extraño comportamiento.

—Los banelatus nos vigilan. No somos un peligro para ellos. Saben que pueden matarnos cuando y como quieran, por eso no se preocupan por nosotros.

Los tres jóvenes asistían silenciosos a la conversación de los adultos. Giraban su cabeza de uno a otro según iban interviniendo, pero sin interrumpirles.

—¿Tú qué crees? —le interrogó Galder. Alaón sabía que buscaba una respuesta cabal y meditada. Él se tomó su tiempo.

—Creo que debemos irnos —dijo por fin Alaón. Y, al hacerlo, miró a cada uno de los que allí estaban para ver la reacción que sus palabras habían provocado. Silban agachó la cabeza. Su hijo le pidió más explicaciones con la mirada y Maldea frunció el entrecejo. Sus ojos adoptaron una forma casi redonda.

El guía del primer clan se pasó la mano por la cara. Notó su barba larga y sus marcadas arrugas. Intentó explicarse lo mejor que pudo, aunque no tenía muy claro cómo decir lo que debía decir. Había pensado mucho en todas las posibilidades que tenían y era frustrante comprobar que ninguna le garantizaba el éxito. Si le preguntaban, debería contestar que estaban condenados hicieran lo que hiciesen, pero eso jamás se lo confesaría a los tres jóvenes que aguardaban su respuesta. Y en cuanto a Galder... a él no hacía falta contarle algo que ya sabía. Pero debían hablar de ello porque tenían que elegir cuál era la mejor opción para todos.

—Sabemos que los banelatus vendrán a por nosotros. Si no es hoy, será mañana o cuando los llamen para ir a luchar a otras tierras. Por eso creo que debemos irnos. Aquí estamos acorralados. La mayoría de las cuevas en las que habitamos ahora mueren en diminutos pasadizos por los que no podemos pasar. Hay algunas galerías más anchas por las que podríamos aventurarnos, pero ninguno de los exploradores que ha mandado Meder a marcar caminos ha logrado encontrar uno que vaya a ninguna parte. Si nos adentramos en la oscuridad de esta montaña, los banelatus ni siquiera tendrán que seguirnos. Moriremos cuando se acaben las provisiones y el aire.

Alaón desgranó sus pensamientos en alto, buscando en ellos algún resquicio de esperanza que no existía. Mientras hablaba, todos lo miraban con sumo interés porque sabían que sus vidas dependían de lo que se decidiese en las próximas horas.

—Pero... —dijo después de esperar unos instantes a que todos asimilaran lo que acababa de decir— que nos marchemos no significa que nuestras vidas estén a salvo.

Ante este panorama, Maldea agachó su cabeza y se frotó las manos nerviosa. Después, se llevó el dedo gordo a la boca y comenzó a morderse las uñas.

—Nos convertiríamos en un blanco móvil para los banelatus. Seríamos vulnerables igualmente. Nos sobrepasan en número, armas y entrenamiento y, además, están mejor alimentados. Sería imposible movernos y proteger a tanta gente al mismo tiempo.

—Padre... —interrumpió Marz.

Alaón se sorprendió un poco de la interrupción de su hijo, pero dio su consentimiento para que participara de la conversación con un asentimiento de cabeza. Estaba dispuesto a escuchar cualquier cuestión aunque a primera vista pudiera parecer fuera de interés. Necesitaba saber qué pensaban los demás.

—Padre —repitió Marz—. Creo como tú que quedarnos aquí es como cavar nuestra propia sepultura. Y, aunque opino que marcharnos también nos enviaría a la muerte, creo que deberíamos pensar en una tercera alternativa...

El joven dudó unos instantes, no sabía si iba por buen camino y no estaba acostumbrado a hablar en público y menos de cuestiones tan serias.

—Padre, con todos mis respetos —dijo—, sigues pensando como guía, sigues ocupando tu mente en buscar el bien de todo tu clan, pero tu clan ha desaparecido, tu clan ahora somos nosotros. Creo que deberías pensar en ello. No tenemos posibilidades si todos nos marchamos, pero... ¿Y si fuéramos solo nosotros cinco?

Nada más decirlo, se arrepintió al ver el rostro de su padre. Pero ya estaba dicho y no había vuelta atrás. Ahora tocaba defender su punto de vista. Alaón se levantó de golpe y Marz hizo lo mismo. Por primera vez en su vida, el joven se encaró con su padre. La experiencia y la lealtad, contra la fuerza de la juventud y un espíritu que por encima de todo buscaba la supervivencia.

—Repíte eso si te atreves —le desafió Alaón—. Somos talantas y los talantas forman un grupo, un grupo muy especial en el que todos nos movemos a una. Todos cuidamos de todos.

—¿Llamas cuidar de todos a lo que hace Meder? ¡Ja!

—Eres joven para entender todavía.

—¿Joven? ¿Para entender qué? ¿Que voy a vivir aquí hasta que los banelatus concluyan que soy un ser prescindible? ¿O puede que Meder me mate antes porque decida que soy un ser improductivo para el clan y que lo haga con el consentimiento tácito de un clan que calla por el

bien de todos nosotros?

—¡Basta! —vociferó Alaón. Y su voz se extendió repetida decenas de veces al chocar contra las profundidades de la caverna.

Marz se calló. En su rostro, rojo por la furia, se marcaron las venas de la frente. La sangre le bullía, como también bullía en las venas de su padre. Se miraron durante un rato. Maldea y Silban los observaban sin atreverse a interrumpir la disputa entre padre e hijo. La muchacha se sentía incómoda y tenía ganas de marcharse, pero no se atrevía a hacerlo. Galder, por fin, se decidió a hablar.

—Tenemos que calmarnos. Sé que esta situación es incómoda para todos, pero debemos pensar con calma.

Las palabras de Galder apaciguaron algo la tensión de Alaón, pero no consiguieron aplacar la furia que Marz sentía en su interior. Estaba cansado de aquella vida. Estaba aburrido de ver muerte, de pasar hambre, de sentirse preso y observado. Con los puños aún apretados, se giró y salió de la cueva. En el exterior, el sol vigilaba alto. Parecía marcar con su movimiento cada instante de una vida miserable. Con la furia pisándole los talones, no se dio cuenta del corro que se había formado en el exterior hasta que unos gritos llamaron su atención. Se acercó al grupo de gente. Parecía que todo el pueblo estaba allí reunido.

Meder estaba en medio de todos, los ojos inyectados en sangre, pero muy digno en su enojo y revestido de una autoridad que él mismo se había inventado. Con la mano derecha en alto —de la que sobresalía un largo cuchillo— amenazaba a una mujer que apretaba un bulto sobre su pecho. A pequeños empujones se hizo paso entre la gente hasta situarse en una posición que le permitía discernir lo que ocurría. Un grito afónico y grave salió de la garganta de la mujer. Tenía apretada la mandíbula y el rostro manchado de sudor, lágrimas y miedo. Sus ojos miraban desafiantes entre los mechones de pelo que cubrían parte de su cara. Era la mirada fiera de una madre que está dispuesta a todo para defender la vida de su hijo. Marz buscó en su mente un nombre para esa mujer. La conocía poco. Se llamaba... Anaiansa. ¡Eso era! No tenía ni idea de que estuviera embarazada, pero él de esas cosas sabía poco, a pesar de que a los quince años ya debería haber descubierto los misterios de la vida. Sin embargo, esos malditos banelatus habían interrumpido sus primeros encuentros amorosos y los había sumido en un letargo donde lo importante era sobrevivir.

—¡Tu hija morirá al atardecer, con la caída del sol! —pudo escuchar de labios de Meder—. Y tú con ella si no nos la entregas.

—¡Jamás! Si me la quitáis volveré cada noche y me llevaré una de vuestras vidas —amenazó.

Muchos creyeron que se había vuelto loca y razones tenía, pero eso no hizo sino jugar a favor de la decisión de Meder, puesto que nadie querría que una mujer que había perdido su juicio revoloteara a sus anchas por los alrededores.

Meder miró a su alrededor. Por la expresión de los rostros que lo rodeaban, comprendió que nadie se iba a rebelar contra su decisión. Quizás, alguno, en su fuero interno, creyera que no era la decisión adecuada, pero todos la aceptaban, puesto que no eran ellos los que tenían que tomarla.

Meder estaba dispuesto a tomar esa pesada carga sobre sí mismo porque eso era lo que debía hacer, por el bien del clan, por el bien de su supervivencia.

Dulanto retorció la tela de su delantal entre sus manos. Con la mirada buscaba a alguien que fuera capaz de detener aquello. Pero todos los presentes, cabizbajos, parecían dispuestos a aceptar aquella sentencia. Miró a Luar, pero este evitó su mirada. «Si yo fuera hombre», pensó, «les daría una lección a esta panda de inútiles». Ella era madre. Sabía lo que costaba traer un hijo al mundo. Sabía del vínculo especial que existía entre ella y sus vástagos y sabía del dolor que significaba la muerte de uno de ellos.

—¡Apresadla! —la voz de Meder se escuchó clara y alta. Era una orden directa.

Dulanto, angustiada, tomó a sus tres hijos y les hizo retroceder. No podía permitir, bajo ninguna circunstancia, que fueran testigos de aquel brutal e inútil asesinato. Al darse la vuelta, se topó con Alaón, Silban, Maldea y Galder. Todos ellos habían salido al exterior atraídos por los gritos que se escuchaban y temerosos de que Marz, enfurecido como estaba, hubiera podido meterse en algún lío. Los cuatro ocuparon el lugar que había dejado vacante Dulanto y enseguida tomaron conciencia de lo que sucedía.

—¡Preparad todo para que se ejecute la sentencia! No esperaremos al atardecer. Dadas las circunstancias, es lo mejor para todos. Cuanto antes se haga, menos sufrirá Anaiansa.

—¿Es que nadie va a hacer nada? ¿Vais a permitir que asesinen a mi hija?

Anaiansa cayó de rodillas, muy apretada junto a su bebé. Sus sollozos y gritos envolvían el aire de un extraño ambiente.

—¡Asesinos! ¡Todos vosotros! —gritó cuando intentaron arrancar a su hija de los brazos maternos.

Meder elevó el cuchillo. Estaba dispuesto a acabar con la vida de madre e hija en aquel mismo instante. No quería que la resistencia de la mujer se contagiara y que todo cuanto empezaba a funcionar se fuera al traste. El clan había sobrevivido a la presencia silenciosa de los banelatus y a la escasez de alimentos. Se estaban adaptando a vivir en las cuevas y él sabía que podían prosperar. El clan se regeneraba gracias al esfuerzo de todos, pero especialmente al de él, que era quien había tomado las riendas de la situación y el que había asumido la responsabilidad; por muy dolorosas que hubieran sido algunas de sus decisiones. El guía cogió un pequeño impulso. El cuchillo estaba a punto de impactar contra el pecho de aquel ser que aún no había tenido tiempo ni de aprender a respirar, cuando una voz se dejó oír desde atrás.

—Yo me ocuparé de ellas.

Todos miraron hacia el lugar del que había salido la voz. Un pequeño pasillo se abrió entre la gente y dejó al descubierto al hombre que había pronunciado aquellas palabras. Decenas de miradas se clavaron en los ojos de Marz. Meder detuvo su ataque y lo sustituyó por una tremenda carcajada. La mujer aprovechó la incidencia para soltarse de los guardias que la sujetaban y cubrir con sus brazos el pequeño cuerpo de su hija.

Tras reponerse de la risa, Meder miró con desprecio al muchacho que se había atrevido a paralizar su ejecución, luego hizo como si nada hubiera ocurrido. Elevó de nuevo el cuchillo mientras los guardias rodeaban a la mujer y la dejaban sin escapatoria posible.

—He dicho que yo me haré cargo de ellas —repitió, adelantándose y situándose a unos cinco pasos de Meder.

—¿Cómo se atreve, un mocoso como tú, a interrumpir una decisión del guía?

—Has tomado esa decisión porque dices que Anaiansa y su hija son una carga para el clan porque no tienen ningún hombre que las sustenten. Yo estoy dispuesto a ser ese hombre que se encargue de ellas.

—¿Tú? Aún eres un niño.

Alaón hizo ademán de intervenir, pero el brazo de Galder lo detuvo. El muchacho estaba haciendo lo que ninguno más se había atrevido a hacer hasta ese momento. Marz se acercó a Meder. El joven era casi tan alto como él, por lo que sus palabras quedaron fuera de lugar.

—He participado en todas las pequeñas batallas que hemos librado contra los banelatus y soy, después de Luar, el que más piezas ha abatido en los últimos ocho meses. Podré cuidar de ellas y cumplir con las obligaciones del clan.

Las palabras de Marz habían levantado gran expectación entre los asistentes. Dulanto había regresado a su sitio y una leve esperanza había brotado en su corazón. Todos los ojos estaban ahora clavados en Meder y los talantas pedían una respuesta. El guía comprendió que algo había cambiado en la expresión de aquellos rostros que lo observaban. Ya no podía justificar su matanza diciendo que aquellas mujeres no tenían a nadie que se hiciera cargo de ellas. Marz, aun siendo un muchacho, había dado razones objetivas de peso y todos sabían que era un buen cazador. Todavía no igualaba la destreza de Luar, pero aún era joven.

Meder se volvió a reír.

—Tú lo has querido —dijo. El guía bajó su cuchillo y lo guardó en su funda. En el fondo, sabía que Marz no iba a ser capaz de ocuparse de Anaiansa y su bebé, y solo era cuestión de tiempo que Marz se diera cuenta de lo estúpida que había sido su propuesta. Él mismo suplicaría por la desaparición de la carga que se había echado sobre sus hombros.

Cuando todos se alejaron, Anaiansa se quedó sola en medio del claro. La luz empezaba a escasear, aunque eso daba igual, porque lo único que ella veía era la suave luz que emanaba del cuerpo de su hija. La pequeña dormía en sus brazos ajena a todo lo que acababa de ocurrir. Marz se acercó a la mujer y, por primera vez, sus ojos se encontraron.

—Soy muy joven para tener una esposa —le aclaró Marz.

—Lo sé. No te voy a pedir que te cases conmigo, pero tendrás siempre mi gratitud por lo que

has hecho. Eres valiente, Marz. Mi esposo apreciará tu gesto desde el más allá y te cuidará para que puedas protegernos.

Marz no hizo mucho caso de las últimas palabras pronunciadas por Anaiansa. Los muertos estaban muertos. Era imposible que pudieran influir en la vida de las personas. No esperaba ninguna protección especial.

Anaiansa siguió a Marz hasta la cueva. El silencio de aquel lugar se llenó con las palabras de gratitud de la mujer. Silban y Galder todavía estaban demasiado estupefactos con lo que había sucedido como para hacer ningún comentario. Alaón intercambió una mirada con su hijo cuando este entró. Mientras, Anaiansa esperó en medio sin saber muy bien adonde dirigirse. Fue Maldea, la muchacha que siempre estaba callada, la que pasaba inadvertida, quien tomó la iniciativa. Acompañó a la mujer hasta un rincón en el que ella misma había situado unas pieles y había preparado algo parecido a una cuna para la pequeña. Ambas se sentaron. El silencio inundó la estancia de una nube de incomodidad que pronto se rompió con el llanto del bebé. Anaiansa se la puso al pecho y, al instante, se calmó. Maldea observó curiosa el movimiento rítmico de los carrillos de la niña. Después de un rato, agotada, la recién nacida dejó de succionar y se quedó dormida. Anaiansa se recostó y cerró los ojos. Estaba exhausta y, al momento, cayó también en un sueño profundo.

Marz salió de la cueva. Quería alejarse del momento de tener que enfrentarse con su padre. Sabía que con su decisión le había colocado en una posición delicada, pero estaba harto de todo. Harto de tener que esconderse, de vivir de miserias, harto de ver cómo una y otra vez Meder traicionaba a la vida y nadie hacía nada por evitarlo. Se alejó por el bosque con su espada en la mano y el semblante muy serio. La oscuridad comenzaba a salir a su encuentro.

—¿Te enfrentarás a tu hijo? —preguntó Galder, elevando apenas su voz por encima del crepitar del fuego.

Eran los únicos que permanecían despiertos en aquella pequeña oscuridad en la que en algunas partes había que andar agachado. Alaón levantó su cabeza sin contestar y lanzó varias hojas a la hoguera. El fuego, ávido de alimento, las devoró sin compasión. El guía del primer clan sabía que la decisión de su hijo suponía para todos una responsabilidad que ninguno de ellos había pedido.

—Marz no es consciente de lo que ha hecho. Ha aceptado una responsabilidad para la que no está preparado y supongo que ahora mismo se estará lamentando —Alaón hizo una pausa y Galder la respetó—. Mi hijo tiene quince años, es hora de que se dé cuenta de lo que debe y no debe hacer.

—Creo que ya se ha dado cuenta. Al menos él ha tenido el valor de hacer lo que tú y yo deberíamos haber hecho hace tiempo: parar los pies a Meder. Las recién nacidas son una carga para el clan, eso dice. Y por tanto se pueden eliminar. Tu hijo tiene razón. Dime, Alaón, ¿qué pasará cuando decida que los viejos, los impedidos o las niñas menores de cinco años son también un estorbo para la supervivencia del clan?

Su pregunta se quedó suspendida en el aire. El sonido de unos pasos les alertó de la presencia de Marz. Su padre se puso de pie de un salto. Tenía muchas cosas que comentar con su hijo. Pero este empezó a hablar antes que él y no le dio lugar a ello.

—Sé que estás enojado por lo que he hecho. Supongo que ni tú quieres escuchar mis razones ni yo tengo ganas de discutir sobre ello. Quiero que sepas que creo que he hecho lo que debía hacer y quiero que entiendas que ni Anaiansa ni yo seremos una carga para vosotros. Mañana buscaré otro sitio para que podamos instalarnos. Me da igual lo que piensen los demás, me da igual lo que murmuren de mí. Estoy harto de ver muerte y más muerte. Y ahora me voy a dormir. Necesito descansar.

Alaón miró a su hijo. No sabía qué decir. Se limitó a asentir un par de veces y a seguir con la mirada el trayecto de Marz. Este se acurrucó en un rincón y se quedó dormido.

El clan descansaba. Las últimas hogueras se fueron apagando. Las alas batientes de algunos animales nocturnos se agitaban en el aire en busca de presas con las que alimentarse. La naturaleza seguía su curso.

El sol apenas había rozado el horizonte cuando Marz se puso en pie. Le esperaba un duro día de trabajo. Había pensado mucho en todo lo que había sucedido en las últimas horas, incluso en los últimos meses, y quería hacer bien las cosas. Se vistió rápido, pero evitando hacer ruido. Tenía que buscar un buen sitio para que Anaiansa y su hija se instalaran. Lo suficientemente alejado de Meder para que no interfiriera en su vida, pero a la vez cerca para poder defenderse en caso de ataque. Marz tomó su espada y se la ató al cinto. Decidido, salió fuera. Nada más poner un pie en el exterior, la voz de su padre llegó a él cercana y clara.

—¡Marz! —le llamó.

El joven se volvió y los dos se midieron durante unos instantes.

—No es necesario que te vayas de aquí.

Marz asintió en silencio.

—Ahora debo ir a cumplir con mis nuevas obligaciones.

Alaón miró a ese hijo que había crecido ante sus ojos de repente, de la noche a la mañana. Quizás fuera solo eso: que le costaba reconocer en aquel joven de anchas espaldas y fuerte complexión al hijo que necesitaba ser protegido. Marz se movió con paso firme entre la bruma que se despegaba del suelo al amanecer.

Anaiansa resultó ser una mujer fuerte y trabajadora. Atendía a su hija, que día a día ganaba peso, y pronto tomó las riendas de la organización casera. Maldea y ella se cayeron bien enseguida y juntas se revelaron como un buen equipo. La cueva estaba siempre ordenada y limpia.

El fuego siempre presto para preparar un buen cocido o un asado ligero. Anaiansa tenía facilidad para despellejar y cortar los animales que los hombres cazaban. Además, poseía una gran imaginación para transformar cualquier resto, hueso o piel en cosas útiles. Fabricaba herramientas, agujas, ropas, pellejos para conserva agua...

Marz se había vuelto serio y reservado, pero a la vez muy observador y práctico. Empleaba todas las horas de sol en distintas tareas que él mismo se había asignado. Practicaba con la espada con Silban, observaba a los banelatus, cazaba con los hombres del clan y fabricaba armas sin parar. Los anocheceres le pillaban siempre agotado, pero satisfecho. Aquella noche, como otra cualquiera, dejó sus armas al pie de las pieles que le servían de cama. Los demás ya estaban preparados para cenar. Maldea se acercó a él y le llevó un pequeño recipiente con agua para que se lavara. Siempre lo hacía, sigilosa, voluntariosa, presta. Marz metió sus manos en el agua, pero aquella noche no pudo despegar sus ojos del rostro de la muchacha. Aquella noche, Maldea se veía distinta y en Marz se despertó algo que nunca antes había sentido. Se puso nervioso y, cuando la chica le dio un paño para secarse, a punto estuvo de tirar el recipiente con el agua. Ella le sonrió al tomar el paño de nuevo de sus manos y se alejó sin decir nada. A él le hubiera gustado decir algo, aunque solo hubiera sido un simple gracias, pero no le salía ninguna palabra de su boca. La siguió con la mirada.

—¡Marz! —lo llamó su padre.

La voz de Alaón lo sacó de su ensimismamiento. Se acercó al corro que se había formado para comer. Galder entornó los ojos. La mirada del muchacho no le había pasado inadvertida. Sonrió para sus adentros, pero no dijo nada. Las mujeres sirvieron un caldo en varios cuencos de madera y los repartieron. Marz rozó la mano de Maldea al tomar el cuenco. Se percató de su suavidad y su corazón se estremeció. Al joven se le había quitado el apetito y sus ojos siguieron a partir de aquel momento el movimiento de la joven. Se llevó a la boca los bocados de carne que le sirvieron a continuación, con movimientos instintivos, sin ser consciente de lo que hacía.

El llanto de la pequeña, a la que Anaiansa llamaba Itxaropena, hizo que Maldea se moviera enseguida. Tomó a la pequeña en brazos y le cantó cerca de su rostro. Su voz llegó a los oídos de Marz como si fuera un canto celestial. Maldea dio el bebé a su madre que ya se había levantado para atenderla y se dedicó a recoger los utensilios utilizados para cenar.

Los hombres se quedaron solos y la conversación se dirigió a temas como la caza o la guerra. También hablaron de los últimos acontecimientos que habían ocurrido en el clan y de los comentarios que se hacían entre ellos.

Galder encendió una pipa y se puso a fumar. El humo lo invadió todo durante unos instantes. Entre la cortina que se formó apareció una silueta pequeña y encorvada.

—Buena conversación y buena compañía —dijo una voz con palabras claras y altas.

—Hola, Astu —le saludó Alaón—. Quizás quieras acompañarnos un rato.

El hechicero se sentó al lado de Galder y le palmeó la espalda.

—¿Has cenado? —le preguntó Alaón.

—¿Cenado? ¿Ya es tan tarde?

El viejo Astu llevaba una vida solitaria. No ocupaba ningún sitio especial en ninguna de las cuevas que los talantas habían convertido en sus casas. Vagaba de aquí para allá y muchos pensaban que se había vuelto loco y raro, aunque no tenía nada de lo primero y poco de lo segundo.

—¿Y bien? —preguntó Astu una vez que le sirvieron un trozo de carne que había sobrado—. ¿Qué ha sucedido durante los últimos días?

Astu solía vagar por los alrededores en busca de hierbas y alimentos. El tiempo se le pasaba sin darse cuenta y podían pasar varios días sin que nadie tuviera noticias de él. Galder tomó la palabra y le relató los últimos acontecimientos protagonizados por Anaiansa y Marz. Astu soltó una carcajada al escucharlo y miró con aprobación a un Marz que permanecía silencioso y como ausente.

—¡Vaya con tu hijo, Alaón! —exclamó el hechicero—, digno de tal padre. Sin embargo nuestro héroe parece muy callado esta noche.

Marz elevó la vista, que hasta entonces aparecía perdida en algún punto del suelo de la cueva. Sus labios se movieron y habló despacio. Sin embargo, no hizo ningún comentario sobre el tema del que hablaban, sino que dijo otra cosa.

—Los banelatus hacen maniobras. Hace tres días cambiaron sus rutinas y practicaron la lucha cuerpo a cuerpo. No creo que sea una simple práctica. Estoy seguro de que se preparan para algo y no creo que sea nada bueno para nosotros.

—Quizás se preparen para irse, quizás Sadoc les haya llamado para luchar con él —dijo Silban con la esperanza de un joven que todavía no ha perdido del todo la inocencia.

—No lo creo. Los banelatus nunca dejan a nadie con vida. O los matan o los esclavizan.

—Con nosotros parece que han hecho una excepción —comentó Alaón.

—No han hecho ninguna excepción. Solo han esperado a que nos reuniéramos todos en el mismo sitio.

—Pero ya han pasado casi dos años desde que llegamos aquí —añadió Galder, que estaba interesado en la opinión del joven.

—Es cierto, pero, si os habéis fijado, no hace ni un mes que los últimos integrantes del clan llegaron hasta aquí. Cada vez estoy más convencido de que nos han estado vigilando. Han permitido que todos nos reagrupáramos y, una vez que han confirmado que no queda ningún talanta más por los alrededores, se preparan para atacarnos.

—Pero lo podían haber hecho antes —insistió Silban, que no entendía la teoría de Marz.

—Para ellos es mejor atacarnos a todos a la vez. En una sola batalla nos rodearán como a

ratones y nos masacrarán. Ellos no tienen prisa. Sus vidas son el triple de largas que las nuestras. Creo que es hora de que habléis con Meder y los otros jefes y de que preparemos una estrategia para defendernos o de que incluso... abandonemos este lugar.

Las palabras de Marz fueron seguidas de un profundo silencio que no hizo sino irritar al joven.

—¿Es que no lo veis? —les gritó, provocando un intenso llanto en la pequeña que hizo volver a todos la cabeza. Anaiansa la tomó en brazos y la meció. Luego la acurrucó contra ella y la niña se calmó. A su lado, Maldea sintió cómo su corazón se aceleraba. Tenía miedo, no por las palabras que había pronunciado Marz en sí mismas, sino porque sentía dentro de ella que lo que decía se podía hacer realidad en cualquier instante.

Marz se sentía impotente. En sí mismo y alrededor estaban ocurriendo situaciones que no entendía y que en la mayoría de sus casos traspasaban su entendimiento y su comprensión. Le faltaba experiencia y consejo y su padre no parecía querer proporcionárselo. Sin embargo, lo que Alaón quería era evitar sufrimientos a su hijo, aunque no encontraba ni el momento ni las palabras adecuadas para comunicarse con él. El joven se defendía solo como podía de la presión a la que las hormonas sometían a su cuerpo y de los envites de Meder que la había tomado con él desde que salió en defensa de Anaiansa. Cuando salían a cazar, le tendía trampas para hacerle quedar mal y uno de los días estuvo a punto de alcanzarle con una flecha. Marz se salvó por los pelos. Aún notaba el roce de la saeta en su hombro y eso le erizaba la piel. Fue una mañana despejada y clara. Los hombres se habían desplegado en línea recta y acosaban a un jabalí. Cuando la presa estuvo cerca, los hombres aceleraron su paso y los gritos acompañaron la pelea entre hombres y animal. Meder aprovechó la confusión del momento. Cuando la flecha pasó apenas un dedo por encima del hombro de Marz, este se volvió y se encontró de frente con Meder que lo observaba a unos quince pasos. El joven supo de inmediato de dónde había salido la saeta. Fue a decir algo, pero fue cauto y bajó la cabeza. Meder sonrió para sí. Había sembrado miedo en el chico. Sabía que a partir de entonces sería más dócil. Era una advertencia y el chico se lo tomó como tal.

A Marz ese día lo salvó su timidez. Si se hubiera encarado con el guía, le habría dado una buena excusa a Meder para recriminarle en público e incluso matarlo. La rabia provocó que el corazón del joven se embalara. Aquel día no se le dio muy bien la caza. Su puntería no funcionó como otras veces y no se pudo apuntar ninguna pieza para su casa.

Marz regresó fastidiado. Sin decir nada, dejó sus cosas y salió de la cueva. Estaba enfadado. Su garganta emitía ruidos guturales que expresaban su indignación. Maldea se acercó a él y le llevó un vaso de agua. Marz se volvió demasiado deprisa y empujó el contenido. Agua y vaso se quedaron en el suelo.

—¡Maldita sea, mira lo que has hecho!

Maldea, sin entender, recogió el vaso del suelo y se fue presurosa.

—Espera —se lamentó el muchacho—. Yo no quería.... —pero sus palabras se quedaron en el aire en un vano intento. Marz se llevó las manos a la cara y luego sacudió los brazos.

—¡Marz! ¿Se puede saber qué es lo que te pasa hoy? —le recriminó su padre en cuanto lo vio.

—Meder ha estado a punto de matarme. Eso es lo que ha pasado.

Pero Alaón no le dejó continuar.

—Últimamente te comportas como un chiquillo consentido. Tomas decisiones a impulsos y eso no es bueno. Un hombre debe meditar todas sus acciones. Sobre todo aquellas que repercuten en los demás.

En esos momentos, Marz lo miró casi con odio. Siempre había dejado que su padre le guiara y le enseñara. Nunca le había importado que le reprendiera y le corrigiera. Pero aquella vez le dolió. Y no fue por lo que le dijo, sino porque lo había hecho delante de Maldea. Enfadado, con la ira aún marcada en sus ojos, se dio media vuelta y se fue.

—¡Marz! —lo llamó su padre—. Aún no hemos terminado.

Galder se acercó a Alaón y posó la mano en el hombro.

—Marz está creciendo deprisa. Y lo está haciendo en unas circunstancias especiales. Debes tener paciencia y confiar en él. ¿O es que no recuerdas cómo eras tú a su edad?

—Lo sé, querido amigo, pero no me gusta ver cómo se equivoca una y otra vez.

—Eso solo el tiempo lo dirá.

Alaón vio a su hijo alejarse a grandes zancadas. Llevaba los puños apretados. Sus anchas espaldas tardaron aún tiempo en desaparecer por el horizonte. Maldea, en la entrada de la cueva, ordenaba todo lo que los hombres habían traído, pero observaba con disimulo la escena que había tenido lugar muy cerca de ella.

El crujido de las hojas secas y de las pequeñas ramas que habían sembrado el suelo después de la última tormenta, resonó bajo las pisadas de Marz. Recorrió la línea que quedaba delante de las entradas de las cuevas ajeno a las miradas que desde ellas le llegaban y se aventuró a adentrarse en el bosque. Todavía había luz y él portaba su espada. Avanzó sin importarle el destino. Quería observar a los banelatus antes de irse a descansar. Sus pies se clavaban en el suelo que hacía un poco de cuesta en aquella zona. Avanzó hasta que una silueta se formó unos pasos más delante de donde él estaba. Se paró en seco y se escondió detrás de un árbol.

—¿No tendrás miedo de un viejo inválido como yo? —escuchó.

—¡Astu! ¿Qué haces solo en medio del bosque?

—Al parecer aún puedo asustar a un valiente guerrero.

—No deberías adentrarte solo en el bosque.

—Si los banelatus quisieran matarme, ya lo habrían hecho.

Marz permaneció en silencio mientras Astu mantenía su vista pegada al suelo.

—¡Anda, ya que estás aquí, ayúdame!

Marz tomó la cesta que contenía hierbas y raíces y acompañó a Astu. El hechicero sentía la presencia de aquel cuerpo que se había hecho grande casi sin contar con su dueño. Cuando caminaba, el joven parecía desgarrado, pero en él se delataba ya la fuerza de lo que muy pronto sería.

—Si no recuerdo mal —comenzó Astu—, nunca has sido un gran conversador, pero tampoco es normal que un joven como tú permanezca tanto tiempo sin hablar. ¿Hay algo que te preocupa?

—No, ¿qué habría de preocuparme?

Una ligera sonrisa se escapó de la boca del hechicero, pero no dijo nada. Un grillo comenzó a cantar en la cercanía. Su sonido recordaba a cálidas y apacibles noches de verano.

—¿Ibas a algún sitio? —le preguntó Astu después de un rato.

—Quería ver a los banelatus antes de irme a descansar.

—¿Sigues pensando que traman algo?

—¡Qué más da lo que piense! Nadie me toma en serio.

Astu apreció que con esas palabras no solo se refería a su teoría sobre los banelatus, también incluía el hecho de que nadie lo creyera capaz de cuidar de Anaiansa y de su bebé. Y de que su padre lo considerara todavía un chaval.

—Supongo que no cuesta nada ser precavido, y siempre puedes encontrar a alguien más receptivo. Ahora regresemos, se hace tarde.

Joven y anciano emprendieron el viaje de retorno. En el bosque, los pájaros realizaban sus últimos vuelos en busca de alimento antes de protegerse en sus nidos. La claridad se perdía ya muy lejos por el oeste. Caminaron despacio, sin entablar conversación, cada uno de ellos envuelto en sus propios pensamientos. Astu sintiéndose viejo y cansado, pero con ganas de vivir. Marz, perdido en una inmensa explosión de pensamientos y emociones. El bastón de Astu caía con fuerza sobre el suelo y marcaba cada paso con un sonido seco.

Los miembros del clan ocupaban una extensión grande dentro de las cuevas de la roca que usaban de guaridas. Pequeñas luces procedentes de las hogueras que habían encendido para calentar la cena se proyectaban hacia el exterior y pintaban el suelo de extrañas sombras. Astu le pidió al joven que lo acompañara a su cueva. Marz ni siquiera sabía que tuviera una. El agujero que ocupaba el hechicero era pequeño, oscuro y estaba desordenado. Así lo pudo apreciar el muchacho cuando sus ojos se hicieron a la escasa luz del interior. El viejo mago revolvió entre sus cosas. Luego puso los brazos en jarras, se quedó pensativo y se llevó la mano derecha a la

barbilla cubierta de una escasa barba que le llegaba hasta el pecho. De nuevo rebuscó entre las decenas de objetos que campaban a sus anchas por el pequeño espacio que consideraba su hogar hasta que encontró lo que buscaba.

Astu entregó una bolsa de cuero a Marz.

—Creo que esto te será más útil a ti que a mí.

Marz fue a abrirlo, pero Astu chistó llamando su atención.

—No te molestes en abrirlo. Trátalo con cuidado. Es polvo del que usaba Aner para combatir a los banelatus.

Marz miró al anciano con solemnidad. La mención del nombre de Aner le provocó cierta sensación de euforia. Meder había prohibido que nadie recordara ese nombre. El guía decía que era él quien había traído a los banelatus hasta ellos, que los había vendido.

—¿Crees que sigue vivo? —le cuestionó a Astu.

—Creo que sigue vivo y que es el único que puede llevarnos hacia una victoria sobre los banelatus.

—¿No crees que fue él quien nos vendió a ellos? —más que una pregunta, lo que Marz dirigió a Astu fue una afirmación.

—¡Papanatas! Meder solo buscaba a alguien a quien culpar que no pudiera defenderse. Y creo que logró lo que se proponía. Ni siquiera la propia familia de Aner aquí se atrevió a sacarle la cara.

Los dos reflexionaron durante unos instantes. Sus mentes se trasladaron atrás en el tiempo. Al cabo de un instante, Astu sacudió su cabeza.

—Ten cuidado, Marz —le pidió Astu—. Si está en tu cabeza idear un plan para salir de aquí y en él puede entrar un viejo anciano, me gustará escaparme contigo.

El joven lo miró con aprecio. Al menos, parecía que alguien pensaba que era hora de intentar un cambio; aunque sabía muy bien que, más que un aliado, Astu sería un estorbo si había que salir corriendo. Asintió despacio a sus palabras y se dio media vuelta para salir.

—¡Ah! Y recuerda que no es tan importante decir las cosas como saber a quién se las debemos decir.

Marz frunció el ceño. No entendía ni una palabra de lo que le decía aquel viejo. Se quedó quieto, esperando una explicación.

—¡Estos jóvenes! —se lamentó el hechicero—. Lo que quiero decir es que si quieres que te hagan una sopa, no se lo pedirías a tu padre, supongo —le dijo Astu, como si con sus palabras le hubiera abierto la puerta al grado máximo de conocimiento.

—Buenas noches, Astu. Y muchas gracias.

—Buenas noches, joven Marz. Si consigues salir de aquí, conmigo o sin mí, busca a Aner. Él sabrá qué hacer y os protegerá. Lo sé. Está escrito en las estrellas.

Marz reflexionaba sobre la conversación que había tenido con Astu unas horas antes. El fuego se había reducido a unos ligeros rescoldos cuya luz roja aún resaltaba en la oscuridad del interior. El joven miró hacia el exterior. Unas leguas más abajo, los banelatus dilucidaban acerca de su futuro. Y él no podía hacer nada. ¿O sí? El sonido de los ronquidos de su padre y de Galder se mezclaban con los ruidos que las dos mujeres hacían mientras terminaban de recoger la cena, organizaban las tareas del día siguiente y atendían a la pequeña. Marz envidió a los hombres. Él no podía conciliar el sueño. De repente, se puso de pie, apoyó sus manos sobre las caderas y empezó un ligero paseo de unos tres pasos arriba y abajo. Anaiansa le dio un codazo a Maldea. Esta miró a Marz, quien parecía del todo ensimismado en sus pensamientos. El viento ululaba en el exterior y una ligera brisa se colaba a través del agujero de la cueva.

La joven se acercó al muchacho. Era alto y fuerte. A su lado, ella se sentía minúscula. Marz ni siquiera se dio cuenta de su presencia hasta que esta le preguntó si le pasaba algo.

—No —respondió él un tanto turbado—, solo pensaba... —bajó la voz, no quería despertar a los dos hombres que dormían.

Marz detuvo su deambular y se fijó en la chica. Esta sintió su mirada clavada en los ojos, a pesar de no poder distinguir bien sus pupilas. El joven, en un impulso, agarró el brazo de Maldea y la acercó hasta donde estaba Anaiansa.

—Siéntate —le pidió.

Marz miró a uno y otro lado y se mordió el labio inferior antes de hablar. Astu le había dicho que había que saber decir las cosas a quien puede realizar la tarea encomendada.

—¿Vosotras creéis que estoy loco por pensar que los banelatus nos atacarán?

Maldea fue a abrir la boca, pero el joven no le dio tiempo ni siquiera de preparar una respuesta.

—Bueno, en realidad da igual. No podéis pensar que estoy loco por ser precavido. Me gustaría pedirlos que todo siguiera igual que siempre, pero que, mientras tanto, preparéis algo por si hay que salir de aquí a toda velocidad. Quiero que penséis qué puede sernos útil si debemos emprender un largo viaje. Algo que sea ligero, pero que nos permita acampar, preparar comida... No sé si me explico.

Marz detuvo sus explicaciones y el silencio envolvió por un instante la cueva. En ese mismo tiempo, el joven pensó que iban a reírse de él. Sin embargo, la voz cálida y protectora de Anaiansa sonó resolutiva.

—Se hará como deseas.

—Quiero que seáis discretas. Conforme preparéis todo, es importante que lo ocultemos, pero no aquí en esta cueva. Debemos encontrar un sitio mejor, fuera del alcance de las alimañas, pero lo suficientemente cerca como para poder acceder a él en caso de necesitar salir de aquí sin mirar hacia atrás. Mañana os enseñaré dónde —les dijo.

Una vez concluido su discurso, Marz dudó sobre el acierto de haber realizado esa proposición a las mujeres. Seguramente ni su padre ni Galder verían con buenos ojos lo que había hecho. Pero ya no había forma de dar marcha atrás y tampoco iba a hacer daño a nadie por preparar algunas cosas. Marz dio por concluida su charla y se levantó. Tenía la cabeza ocupada con muchos asuntos y decidió sentarse solo un rato más cerca de la hoguera. Sentir el movimiento de las mujeres detrás daba cierto aire de normalidad a la situación. Recordaba cuando vivían en el poblado y escuchaba trajar a su madre en la cocina mientras él intentaba conciliar el sueño en la habitación que compartía con sus hermanos. Ahora toda su familia estaba muerta. Tan solo su padre y él quedaban vivos. Recordó que su madre siempre se ponía triste cuando Alaón debía partir hacia una batalla y, cuando Marz empezó a acompañarle, la tristeza y el temor de perder a su marido y a su hijo mayor fue doble. Al contrario de lo que hubiera podido ser lo lógico, ellos eran los únicos supervivientes de su familia.

Una extraña añoranza se apoderó de él y sintió su corazón vacío. Cerró los ojos y notó una mano reconfortante sobre sus hombros. Abrió los ojos y la silueta de Maldea se dibujó ante él.

—¿Puedo? —le preguntó ella. Su voz sonó templada y cálida.

La nostalgia que sentía Marz se mezcló en ese momento con la calidez que albergaba la voz de la muchacha. Sus mejillas se sonrojaron, pero, por fortuna, la oscuridad ocultó este hecho.

—No creo que estés loco —le dijo Maldea.

Marz la miró agradecido y asintió. La luz de las brasas se reflejó en sus carrillos y en sus pupilas. Con la mano derecha removió las cenizas. Permaneció en silencio sin saber qué decir, ahogado por su propia timidez.

—¿De verdad crees que atacarán?

—Los banelatus se preparan para una ofensiva. Yo no entiendo mucho de guerras, pero los he visto afilando sus espadas y realizando ejercicios y maniobras. Y, créeme, van en serio —volvió su rostro hacia el de ella. Sobre su cara se pintó una sombra de preocupación. Iba a seguir describiendo todo lo que había visto, pero cambió de opinión. No quería asustar a la chica—. Quizás solo se preparen para irse a luchar lejos de aquí y nos dejen en paz. Pero, hasta estar seguros de sus intenciones, prefiero ser precavido.

El rostro de la chica se iluminó con una sonrisa y Marz se sintió mejor. Era la primera vez que había mantenido una conversación seria con Maldea y le gustaba. Pensaba que no tenían nada de lo que hablar, pero, durante el poco tiempo que habían intercambiado unas pocas palabras, se había sentido comprendido.

—Me asusta pensar que los banelatus puedan volver a atacarnos —le declaró ella mientras a su mente regresaban todas las imágenes que había vivido hacía dos años—, pero me alegra saber que hay alguien que se preocupa por nuestro bienestar.

Tras decir esto, Maldea se levantó y susurró.

—Buenas noches, Marz.

—Buenas noches, Maldea.

El muchacho la siguió con la mirada hasta que su silueta se hizo una con la oscuridad.

Anaiansa, que estaba agradecida a Marz por haberse ofrecido a cuidar de ella y de su hija, cumplió a rajatabla con las recomendaciones del muchacho. Durante los siguientes días, con la ayuda de Maldea, prepararon varias bolsas de cuero con utensilios de cocina, pellejos de agua, algo de comida, ropa y todo lo necesario para hacer fuego. También dispusieron una cuna especial para poder transportar a la niña colgada del cuello de un adulto. Después, con la ayuda de Marz, lo escondieron todo en lo alto de una roca que quedaba al oeste de donde estaban acampados los talantas. De esta forma, las dos mujeres sabían que, en caso de ataque, debían ir en aquella dirección. Marz, que continuaba con la estricta observación de los banelatus, hizo partícipe a Astu de sus planes. Este sonrió, pero no dijo nada.

La complicidad entre el joven y Maldea había crecido en los últimos días debido al secreto que compartían. Marz la seguía con la mirada cuando estaba en la cueva y buscaba cualquier excusa para poder hablar con ella, a la vez que la timidez retrocedía en su trato. Esta situación no pasó inadvertida para Alaón. Un día, viendo cómo miraba a la chica, se dio cuenta de que su hijo había crecido en todos los sentidos. Se preguntó por su edad y se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo.

Marz siempre regresaba a la cueva caída la tarde. Era probablemente el último del clan en retornar al calor de la llama del hogar. Aquella tarde su padre le tomó del brazo nada más llegar.

—Hace mucho que no compartimos una buena charla —le dijo, comenzando a caminar por la explanada que quedaba en frente de la entrada de las cuevas.

Marz asintió, mirando a su interlocutor sin saber muy bien qué significaba aquella introducción.

—¿Cuántos años tienes ya, hijo?

La cara del joven reflejó su perplejidad.

—Lo siento, Marz. Tu madre se encargaba de señalarme todos vuestros cumpleaños y de contarme vuestros progresos. Has crecido sin que me diera cuenta. Eres tan alto como yo, y he sido un necio al creer que no estabas preparado para tomar responsabilidades... de adulto.

—Siento no haberte pedido permiso para crecer, pero para mí tampoco ha sido fácil...

—No me malinterpretes, hijo. No quiero echarte nada en cara —Alaón se detuvo y los dos se quedaron uno enfrente del otro—. He visto cómo miras a Maldea y todo se ha vuelto claro de repente en mi mente. Hasta ahora era duro aceptar que te estabas haciendo un hombre, pero no puedo luchar contra el paso del tiempo. ¿Qué sabes sobre las relaciones sexuales?

—Padre... —empezó Marz casi ruborizándose. Alaón le hizo callar con el dedo.

—Si estuviéramos en nuestro poblado, te buscaría una chica especial que te iniciara. Tú ya me entiendes.

—Pero no estamos en nuestro poblado y eso a mí ahora no me interesa.

—Marz...

Alaón no pudo completar la frase. La escasa luz del atardecer quedó nublada de pronto. Un silbido ensordecedor se extendió por los alrededores. Y, de pronto, una llamarada rompió la oscuridad y provocó decenas de pequeños incendios que se extendieron con rapidez. Marz y Alaón comenzaron a correr, intentando esquivar el fuego que caía del cielo. Los gritos comenzaron a crecer entre los talantas sorprendidos por el ataque sin medio de defensa. Marz se preguntó por qué los vigías no habían dado la voz de alarma, pero, seguramente, no se habrían dado ni cuenta de cuándo había sucedido su propia muerte.

Cientos de sombras siguieron a las flechas incendiarias. Los banelatus mataban en silencio y hacían botín fácil de hombres, mujeres y niños que corrían despavoridos presas del pánico y del desconcierto. Padre e hijo recorrieron a grandes zancadas el escaso espacio que los separaba de la entrada de su cueva. Cuando llegaron, se encontraron a las mujeres, a Silban y a Galder preparando su marcha. Anaiansa llevaba una gran sábana colgada al cuello con un fuerte nudo. En los pliegues, la recién nacida dormía junto al regazo de su madre. Galder se apoyaba en un bastón, pero caminaba con seguridad. Alaón y Marz cubrieron con sus cuerpos a los cuatro y comenzaron su huida. El muchacho se quedó atrás. Volvía la cabeza para ver si lograba ver a Astu.

Meder gritaba por encima de todos. Intentaba establecer una línea defensiva con sus guerreros más fieles. Luar había llegado a su lado y procuraba detener el avance encarnizado de los enemigos. Pero no había que ser un genio militar para darse cuenta de que todo estaba perdido. Marz dijo a sus compañeros que continuaran mientras él se volvió. Tomó un escudo que alguien había olvidado en el suelo y se cubrió cabeza y torso. La espada en su mano derecha temblaba, como también lo hacía su corazón. El humo hacía llorar a sus ojos. Se tapó la cara con el antebrazo y entrecerró los ojos para poder ver mejor. Se paró en medio de la explanada. Un chiquillo cayó a sus pies y él le ayudó a levantarse. Quiso cogerlo y protegerlo, pero él, presa del pánico, se zafó y comenzó a correr. Unos pasos más adelante, su cuerpo se quedó quieto, rígido. Una flecha banelatu había traspasado su esternón. Marz tragó saliva sin poder dar crédito a tanta destrucción. En medio de los gritos de sus conciudadanos, su respiración sonaba alta y fuerte. Se giró. Ya no era posible repeler el ataque ni organizarse, cada uno buscaba salvar su vida.

Astu intentaba rodear el poblado por una vertiente escarpada. A su izquierda se abría un paso estrecho y a su derecha quedaba el abismo. No había nada más. Cuando Marz por fin lo localizó, se dio cuenta de que le iba a ser muy difícil sacarlo de allí. Se metió la espada en el cinto, tiró el escudo y se puso a escalar. Con un poco de esfuerzo logró auparse por encima de las bocas de las

cuevas y rodear la montaña abrazado a las rocas. Sus manos, sus piernas y sus brazos recibían el contacto de las piedras cortándole la piel. Marz perdió pie al apoyar su extremidad sobre una roca movida. Su cuerpo quedó suspendido del brazo izquierdo. Balanceándose, logró hacer pie después de cuatro o cinco intentos. Astu, al ver al joven, se quedó quieto pegado a la pared. Estaba a unos diez pasos por encima de él. Marz se detuvo unos instantes. Necesitaba encontrar el mejor camino para llegar hasta él. Cuando llegó hasta donde se encontraba el viejo hechicero, Marz alargó su brazo y Astu logró asirse a él. Un gran alivio se extendió por su cansado cuerpo.

—Sígueme y pisa donde yo pise —le pidió, sin soltarle de la mano.

Caminaron despacio. No en vano, en cada paso les iba la vida. El griterío abajo cesaba conforme los talantas cedían al embate de los enemigos y morían. El panorama debajo de aquellos dos hombres que luchaban por su vida era desolador.

—No mires abajo —le dijo Astu.

Marz apretó las mandíbulas y se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre. Tal era el dolor que sentía dentro que no se dio cuenta de lo que hacía. Paso a paso escaparon de aquella trampa en la que se habían metido.

Alaón, Galder, Silban y las mujeres habían llegado hasta el lugar donde habían escondido las provisiones. Al principio, a los dos hombres les había costado seguir a las dos mujeres. Solo cuando estas insistieron en que debían ir por allí porque Marz lo tenía todo preparado, consintieron.

Los tres hombres cargaron los bultos que Anaiansa y Maldea les mostraron después de quitar varias ramas que servían de tapadera al hueco donde habían dejado todo preparado. Luego siguió una tensa calma durante la cual Maldea no hacía más que preguntarse dónde estaría Marz y Anaiansa pedía en silencio a su esposo fallecido que guiara hasta ellos al joven que había salvado a su hija. Entre el humo, los que esperaban vieron aparecer dos siluetas. Alaón dejó el bulto que colgaba de su espalda y preparó presto su espada. Lo mismo hizo Galder.

—¡Padre! —escucharon.

—¡Es Marz! —exclamó Maldea sin poder evitar que su voz transmitiera la alegría que sentía.

Anaiansa respiró tranquila y dio gracias a su difunto marido en silencio.

—Debemos irnos —dijo Marz que tiraba del brazo de Astu.

Alaón aún tuvo tiempo de mirar a su hijo. Estaba sucio y ensangrentado. Sus cabellos cubiertos de humo y su rostro negro del sudor y del fuego. Una ráfaga de orgullo atravesó su corazón.

Marz se colocó al final de la fila. Contempló al extraño grupo que iba a intentar burlar a los banelatus. Su padre, al frente, con paso firme y decidido; un gran guerrero. Quizás el mejor que había dado el pueblo talanta. Un hechicero viejo que caminaba tambaleándose, pero que,

misteriosamente, se mantenía en pie y no perdía el paso. Galder, un soldado convaleciente de unas profundas y mortales heridas que había vencido a la muerte. Maldea, una muchacha ágil y fuerte a la que él deseaba proteger. Una mujer que había defendido con uñas y dientes la vida de su hija. Y un joven, Silban, que, como él, aún tenía mucho que aprender en la vida. Se preguntó cómo iban a poder escapar todos ellos de las garras de unos despiadados guerreros.

Caminando muy juntos, intentando no tropezarse y espantando al miedo y a las lágrimas, emprendieron un camino que no sabían adónde los llevaría.

Capítulo XIV

Fuera de Cannvea

Aner tosió varias veces más. El agua salía por su boca y por su nariz y un dolor agudo y molesto se instaló en sus sienes y en los laterales de su cabeza. Se llevó las manos hacia esos puntos y apretó con fuerza. Las ropas mojadas chorreaban sobre la orilla. Había perdido sus botas en la lucha de hacía unos instantes contra el remolino que le arrastraba hacia abajo y el suelo pinchaba bajo sus pies. En la oscuridad de la noche, la pequeña brisa transmitía frío a sus músculos. Tixaso, sin preguntar nada, tiró de él. Sus primeros pasos fueron dubitativos, porque sus piernas parecían incapaces de sostenerle y porque no veía el terreno sobre el que pisaba. Estaba cansado, pero sabía que debían seguir. Cuanto más avanzaran en las primeras horas, más posibilidades tenían de despistar a los posibles cazadores. O, por lo menos, de poner distancia entre ellos.

—¿Y esos olanos que habías preparado? —le preguntó Aner.

—Un poco más al norte —contestó escuetamente ella.

Anduvieron durante horas. Las lágrimas caían sobre el rostro de Aner, preso de un dolor continuo en sus pies. Se movía con los brazos estirados, intentando seguir de oídas los pasos de su compañera de fuga, a la que se mantenía atado por la cuerda, y evitar chocarse con algún elemento inesperado.

Tixaso avanzaba con la decisión y el aplomo de alguien que conoce bien el terreno y que no tiene dificultades para moverse en la oscuridad. Escuchaba la respiración rítmica de su compañero y notaba su vacilación, pero no por ello cedía ni un ápice en su ritmo.

La luz del alba clareó por fin el horizonte. A lo lejos se divisaba un cielo sin nubes. Aner pasó su antebrazo por el rostro, mientras la figura de Tixaso se formaba ante sus ojos. La banelatu se volvió por primera vez desde que salieron del agua. Aunque el talanta mantenía la compostura, ella notó su cansancio y su determinación mezclados a partes iguales. Sin palabras, prosiguieron el camino, más bien calvario para Aner, quien, sin embargo, apretaba los dientes y daba un paso más. Pensaba que cada paso que daba estaba más cerca de Zarala y más lejos de sus enemigos y eso aliviaba parte del dolor que sentía.

Era ya pasado el mediodía cuando Tixaso se detuvo. Eligió un lugar elevado desde el que poder vigilar presencias indeseadas, apartado lo suficiente del camino como para pasar inadvertidos y rodeado de árboles que camuflaban su presencia.

—¡Siéntate! —le dijo a Aner en un tono amigable, sin exigencias.

Él vaciló y Tixaso clavó sus ojos en él, intentando averiguar por qué se quedaba de pie.

—Lo siento —le contestó Aner al ver que esperaba una respuesta—. Creo que si me siento no

voy a poder levantarme de nuevo.

—¡Lo harás! Créeme. Cuando sientas el aliento cercano de nuestros perseguidores, no te quedará más remedio que correr o desear la muerte.

El joven claudicó. Sentarse le produjo un alivio momentáneo. Sus extremidades se relajaron y su cuerpo se arqueó. Por primera vez se detuvo en observar las heridas de sus pies.

—No te los toques. Espera —le dijo ella.

La banelatu desapareció. Al cabo regresó con dos bultos sobre sus hombros. Se trataba de dos bolsas de tela polvorientas, pero en perfecto estado.

—¿De dónde has sacado eso? —le interrogó Aner.

—Si uno se quiere fugar, necesita un buen plan de fuga —pronunció sin mirar a su interlocutor mientras rebuscaba en el interior de una de las bolsas.

Con sumo cuidado, sacó algo de comida y se la dio a Aner.

—Necesitarás todas tus fuerzas para seguir adelante. No tardarán mucho en averiguar por dónde escapamos. Ellos cuentan con buenos rastreadores, mejores olanos y saben que tú necesitas dormir con mayor frecuencia que nosotros.

—Ya que has preparado tan bien esta fuga, podrías al menos haber escondido unos olanos junto a las bolsas —le dijo él con cierto sarcasmo que ella no reconoció.

—Todo a su debido tiempo, Aner. Ahora voy a curarte los pies. Es una gran pérdida tener que desperdiciar el agua para lavar las heridas, pero es necesario.

Tixaso observó con detenimiento los cortes en las plantas de los pies de Aner y algunas piedras clavadas. Lavó con extremo cuidado las heridas y procedió a eliminar las partículas incrustadas. El joven talanta cerró los ojos y apretó la mandíbula. Tixaso observaba su comportamiento. Soportaba bien el dolor y su cara permanecía impassible. Podría pasar por un banelatu, excepto por sus ojos.

La banelatu estaba sentada muy cerca de él, con los pies de Aner sobre su regazo. Cuando concluyó, Tixaso se concentró y colocó sus manos sobre ellos, a muy poca distancia. El talanta sintió un calor agradable que pronto se convirtió en fuego. Pasado un tiempo, la sensación de dolor y la de calor desaparecieron. Luego se ocupó de la herida de su pierna.

—Gracias —le dijo—. Sé que un banelatu nunca da las gracias porque hacerlo significa contraer una deuda con alguien por algo digno de reconocimiento. Pero yo no soy banelatu. Dar las gracias es para mí un signo de gratitud.

Tixaso ignoró las últimas palabras de Aner. No entendía por qué a los talantas les gustaba tanto hablar. Las palabras eran solo letras usadas para comunicarse. Cuanto más claro y escueto es el mensaje, mejor llega a quien va dirigido. Se levantó y sacó varios ropajes del interior del otro

saco.

—Ponte esto —le dijo—. Mientras viajemos hacia el norte vestiremos como los banelatus. Será más seguro. Luego improvisaremos.

—Espera. ¿Has dicho hacia el norte? Bankada está hacia el oeste.

—¡Claro que está hacia el oeste! Pero daremos un rodeo. Es la única forma de despistar a los guerreros de Tandrem. Además, si caminamos hacia el oeste nos daremos de bruces con las tropas de Yankel, que están en la zona, y será difícil explicar nuestra presencia.

Aner se levantó con cuidado. Tenía los músculos tensos y agarrotados, pero no sentía más que una ligera molestia en los pies. Tomó la ropa que le tendía Tixaso y se la puso. Vestido de negro parecía más alto y más fuerte, un auténtico guerrero banelatu. Se cubrió el rostro con la caretesa. Los dos se mantuvieron la mirada hasta que ambos se giraron y comenzaron a andar.

Los primeros pasos del talanta le hicieron moverse con torpeza, pero pronto sus músculos se calentaron y avanzó de manera más confortable. Miró al frente; por delante de Tixaso se abría un horizonte esperanzador, pero aún lejano del reencuentro con Zarala. Su recuerdo seguía vívido en su mente y en su corazón. Podía recordar cada detalle de su rostro; los hoyuelos que se formaban en sus carrillos al sonreír, la profundidad de su mirada, sus manos de dedos delgados y suaves y su olor... ese olor lleno de deseo. Se llevó la mano a la espada; lucharía por ella y, si tenía que perderlo todo, al menos lo habría intentado.

Aner sujetó con fuerza la lanza que él mismo se había fabricado; listo para arrojarla sobre la presa que habían localizado. Debían buscarse el alimento diario si querían subsistir. Tixaso y él se movían entre los árboles de un bosque cercano sin apenas rozar el suelo. Sus zancadas eran pequeñas, pero rápidas. De pronto, la banelatu comenzó a correr y él hizo lo propio. Los troncos de los árboles pasaban deprisa por su lado. Debían afinar bien los movimientos para evitar cualquier choque que pudiera dar con sus huesos en el suelo. Aner vio a su presa unos pasos más adelante; era un ciervo joven, cuya cornamenta todavía era corta, pero no se podían permitir el lujo de elegir. El animal captó la presencia de sus cazadores y salió corriendo. Se inició así una persecución veloz a vida o muerte. Tixaso se abrió hacia uno de los lados. Era mediodía y el sol penetraba a través de las ramas casi despobladas de hojas a pesar de ser verano. El talanta se detuvo y husmeó en el aire para situarse. Después comenzó a correr de nuevo. El ciervo daba grandes saltos en su loca huida; presentía su final y huía con una endiablada carrera. Tixaso fue la primera en arrojar la lanza. La punta se clavó en una de sus patas. Aner lanzó después, pero su mejor posición y el descenso de la carrera del animal le permitieron ser más preciso. La lanza le atravesó por completo. Unos pies más adelante, el ciervo quedó abatido sobre la tierra seca.

Los dos llegaron a la vez al lugar. Se miraron y después contemplaron al animal. Lo cierto era que ambos formaban un estupendo dúo de caza. Arrastraron al animal hasta el lugar de acampada. Un reguero de sangre delataba su trasiego. Aner suspiró. Tixaso se había dado cuenta de que siempre lo hacía después de un gran esfuerzo. El talanta se quitó la caretesa para poder respirar mejor. Era una prenda que le incomodaba, pero le permitía esconder a Tixaso su estado de ánimo.

La banelatu comenzó el ritual preceptivo para despiezar la presa. Aner la dejó hacer. Respetaba la tarea ardua y lenta que se tomaba Tixaso, pero no participaba en ella. Encendió fuego mientras tanto. No había brisa y la temperatura era agradable. Aner se tumbó a descansar. Pequeñas nubes blancas se deslizaban empujadas a gran velocidad en lo alto. Hacia el oeste, el cielo estaba azul y claro. Lo tomó como un buen presagio. Tixaso terminó de murmurar las palabras de introducción y elevó su cuchillo. Separó la cabeza del resto del cuerpo del ciervo y comenzó a practicar unas hendiduras precisas. Una vez hubo terminado, pasó las piezas a Aner, quien asó un par y preparó las demás para llevar.

El olor era sabroso. No era la carne preferida de Aner, pero en esos instantes le pareció lo mejor del mundo. Comieron despacio, en silencio. Aner elevó su vista y la fijó en la banelatu.

—Me observas —dijo ella al cabo de un rato sin levantar la vista de su comida—. ¿Por qué?

Aner se inclinó un poco sobre ella y llevó la mano a la sien de ella, pidiendo permiso para iniciar una conversación personal.

—Los banelatus sois silenciosos por naturaleza —empezó después de recibir la aprobación por su parte—. Pero tú eres el doble de lo normal y nunca compartes tus pensamientos.

—Me formaron así, para moverme sola y encontrar el camino siempre.

—¿A qué edad fue tu primera búsqueda?

Aner se había dado cuenta de que Tixaso era algo más que un guerrero banelatu. Ella era una rastreadora. La crema de los soldados, los mimados —si es que ese término se podía aplicar a aquella raza de seres—, banelatus que tienen un don especial para orientarse, pasar inadvertidos y rastrear cualquier huella o ser vivo. A quienes demuestran esa capacidad de pequeños se les entrena en un grupo aparte. A veces, incluso individualmente. Cuando empiezan a andar, se les pone pruebas. Se les deja en un punto de la casa y deben regresar a un lugar marcado. Después se les va alejando cada vez más. A cada una de esas pruebas se les llama búsquedas.

Tixaso miró a Aner. A veces le parecía increíble que supiera tanto sobre sus costumbres.

—A los once meses.

Aner hizo una mueca y ella estudió su respuesta mientras este se levantaba.

—Parece que nunca podré escapar de ti.

—No, si yo no lo quiero.

Aner no esperaba respuesta y meneó la cabeza. Era difícil mantener una conversación cómoda y fluida. A pesar de hablar el mismo idioma banelatu que ella, a veces tenía la sensación de que usaban un lenguaje distinto. Para ella, las palabras significaban lo que decían, sin matices. Él estaba acostumbrado a que las palabras tuvieran diferente significado según el tono en que se dijeran, el contexto o quién las dijera. Y eso le hacía chocarse contra un muro. La conversación se disolvió por sí sola y murió en un silencio vacío. Aner se centró en su comida y terminó de

masticarla. Sabía que no había más tiempo. Se cercioró de haber apagado bien el fuego y colocó todo en un perfecto orden en las bolsas de tela que llevaban. Poco después, se pusieron de nuevo en camino.

Después de una hora de andadura, Tixaso elevó su brazo derecho y señaló hacia el oeste.

—Allí —dijo.

Aner dirigió la mirada hacia el punto que su compañera de fuga señalaba. En medio de una colina emergía una cabaña. Desde la distancia, parecía estar en ruinas y descuidada, pero conforme se acercaron, la pequeña edificación se transformó en una más que cómoda vivienda alargada y baja. Tixaso penetró en el interior mientras el talanta esperaba fuera, oculto en una gran capucha negra. Al poco, Aner se sintió observado. Discretamente, una cabeza le miraba desde la primera de las ventanas. Se mantuvo quieto, sin moverse, para evitar que quien observaba descubriese en él un rostro talanta. Por fin, la sombra desapareció y él vagabundó por los alrededores. Al doblar la esquina, sintió una pequeña brisa en el rostro. Cerró los ojos, se estaba bien. Abrió los párpados de repente. Miró en derredor. No parecía haber nada raro. Desde los establos le llegaron ladridos fuertes y claros. Aner se acercó. El dueño de la casa tenía una buena representación allí de olanos. Separados del resto, un par de ejemplares viejos parecía pedir al cielo que los sostuviera en pie. El talanta les examinó los dientes y los ojos. No valían ni para carga. A su espalda sonó un ladrido claro y se volvió, encontrándose de pronto ante un ejemplar joven y brioso. El olano le lamió el rostro con atrevimiento. Aner colocó su mano sobre la cabeza y lo acarició, después frotó también su cuerpo. Era suave y su piel de un color marrón oscuro. Lo ensilló y eligió otro ejemplar que también preparó. Acarició su lomo, permitiendo que lo reconociera y reconociera su olor. Pensó que eran dos ejemplares magníficos. Seguramente serían aquellos a los que Tixaso había hecho referencia antes de salir de la ciudad.

Los oídos de Aner percibieron algo que llamó su atención. Giró su cuello y aguzó el oído. Eran apenas susurros, pero esos susurros... Se dirigió hacia la pequeña ventana del cobertizo y frunció el ceño. Se tapó con la capucha y se puso la caretesa. Hacia aquel lugar se dirigía una decena de banelatus. Suspiró y miró alrededor. En el otro lado había otra ventana.

«¡Mierda!», pensó. Sus ojos y su mente trabajaron deprisa y a la vez. Se movió despacio entre los olanos para no transmitir su nerviosismo a los animales. Alguien salió de la casa. No era Tixaso. «¿Y si la han apresado?», se preguntó. Él sería el siguiente. Tenía que hacer algo y hacerlo rápido. Los banelatus tomaron posiciones y rodearon la casa. Sin pensárselo dos veces, montó en uno de los olanos que había preparado y tomó con fuerza las riendas del segundo de ellos. Luego sopló; hecho que provocó un silbido agudo y prolongado que hizo que los olanos se movieran inquietos. «¡Vamos, vamos!», pensó. De una patada, abrió las puertas y varios olanos salieron fuera. Se produjo un momento de desconcierto entre los banelatus. Aner aprovechó para acercarse a la puerta principal de la vivienda.

—¡Tixaso! —gritó.

Su olano se encabritó. Tuvo que asirse fuerte y a punto estuvo de perder las riendas del segundo de los animales. Un sol de agua amarillento descendía sobre el horizonte. Unas pequeñas cortinas de luz blanquecina traspasaban las nubes y formaban un gran abanico que se esparcía sobre el

oeste.

—¡Tixaso, sal ya! —gritó de nuevo—. ¡Nos están rodeando!

Entre el ruido de los olanos y el de los pasos de los banelatus que se acercaban, Aner escuchó los sonidos de pelea en el interior. Dudó unos instantes entre entrar o escapar.

«¡A la mierda!», se dijo con la intención de descabalgarse y entrar a ayudar a la banelatu. Pero en ese instante se abrió la puerta y Tixaso salió a grandes zancadas. Miró a derecha e izquierda y luego al frente, haciéndose cargo de la situación. De un salto se montó en el olano. El animal levantó las patas delanteras antes de obedecer las indicaciones de su nueva dueña. La banelatu se abrazó a su corto cuello y susurró unas palabras al oído del cuadrúpedo. Este pareció tranquilizarse lo suficiente como para obedecer las indicaciones que ya le daba Tixaso. Los dos jinetes emprendieron la marcha a galope tendido.

Las patas de los olanos se clavaban sobre el suelo rocoso que parecía temblar ante el paso de los fugados. A muy poca distancia se sentía la presencia de los perseguidores que habían reaccionado y cabalgaban a buen ritmo. El aire traía restos de humedad. Muy pronto llegaría la lluvia. Tixaso parecía conocerse el terreno, ya que cabalgaba con seguridad y sin mirar atrás. Por los alrededores había pocos lugares en los que camuflarse. Pequeños arbustos crecían entre los huecos de las rocas blanquecinas. No había árboles en las cercanías y la vegetación más alta apenas si llegaba a la cintura de un hombre. Tixaso se dobló sobre el cuello de su olano, en una postura lo más aerodinámica posible. La colina era más abrupta y escarpada en su cara norte. La banelatu se lanzó de prisa hacia abajo. Por un instante, Aner dejó de ver su silueta. Cuando llegó al punto en el que su compañera había desaparecido, se dio cuenta de por qué había sucedido. En ese punto, la colina descendía casi en vertical. Su sorpresa hizo que su olano notara su vacilación y el animal se detuvo al comienzo de la bajada. Una flecha silbó cerca de su oreja. Se agachó y golpeó los flancos de su olano con los talones. O moría alcanzado por una flecha banelatu o se abría la crisma en su descenso. Sinceramente, no sabía cuál de las dos opciones deseaba menos.

La verticalidad del descenso hizo que los perseguidores se dividieran, desplegándose por los alrededores. Las primeras gotas se dejaron sentir a modo de fina lluvia. Pero todavía había la suficiente luz como para hacer visibles a los dos jinetes que huían.

Cabalgaron durante más de cuatro horas sin permitir que los olanos descansaran. Tixaso había girado hacia el este, buscando una zona boscosa en la que penetrar. Las siluetas de los perseguidores habían desaparecido, pero ambos tenían la sensación de que los vigilaban desde la distancia.

En medio del bosque, la humedad se acrecentó. Los altos árboles ocultaban las nubes, pero la lluvia se sentía igualmente. Tixaso elevó su brazo derecho y Aner hizo frenar el ritmo de su olano. La banelatu echó pie a tierra y él la imitó. Sin soltar las riendas, acarició el cuello del animal. Notó los fuertes latidos de su corazón y su respiración agitada. El olano se dio por satisfecho. Continuaron a pie durante unos cuantos pasos más. Parecía que la banelatu buscaba algo; algo que apareció poco después ante sus ojos. Un pequeño riachuelo serpeaba entre los árboles y la hojarasca. El agua corría clara y fresca. Los olanos agacharon sus cuellos y bebieron. Tixaso y Aner hicieron lo mismo.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido en aquella cabaña?

—Eres demasiado lento cabalgando.

—¿Demasiado lento? —se mosqueó Aner—. Si no hubiera sido tan rápido en preparar estas cabalgaduras, a estas alturas estaríamos los dos muertos.

—Debemos continuar —dijo ella, escrutando el aire e intentando analizar la situación en la que se encontraban.

—No has contestado a mi pregunta.

—Las palabras no conseguirán sacarnos de aquí con vida —concluyó Tixaso, mientras montaba de nuevo sobre su olano.

—Eres imposible —masculló Aner entre dientes, mientras se subía encima de su olano.

—Te he oído.

—Lo he dicho para que me oyeras.

Los siguientes días se convirtieron en una huida hacia adelante sin posibilidad de escapar. El frío aliento de sus perseguidores se sentía cercano e ineludible, a pesar de que los banelatus permanecían fuera del alcance de su vista. Cabalgaban sin descanso, exigiendo el máximo de los olanos y de los jinetes. Aner dormía sobre su cabalgadura en numerosas ocasiones, atado para no caerse, y sin saber cuánto tiempo podrían unos y otros aguantar ese ritmo.

El bosque era largo e interminable y Aner se preguntó en más de una ocasión si no estarían andando en círculos, pero Tixaso no daba pie a que Aner reflejara su opinión. La lluvia seguía de compañera inoportuna. Calaba hasta los huesos y hacía incómodo el avance. El olano de Tixaso comenzó a cojear. Anochecía y las primeras luces ya hacía un rato que habían hecho su presencia en la bóveda azul. Aner se adelantó y se puso a la altura de su compañera.

—Debemos parar —dijo escuetamente.

Tixaso lo sabía. Había notado el cada vez más marcado cojear de su montura. Era un mal momento para un contratiempo, pero no quedaba más remedio que detenerse.

—Me adelantaré y buscaré un sitio donde refugiarnos.

Esta vez Tixaso no dijo nada.

El joven se adelantó unos pasos e hizo que su olano acelerara el paso. Exploró el terreno con todos sus sentidos alerta. Después de media hora, encontró un pequeño refugio. Se trataba de una cabaña que tenía parte de su techumbre derrumbada y en el interior apenas cabían cuatro personas, pero tendría que bastar. Dio media vuelta y avisó a Tixaso.

La banelatu examinó la pata del olano. Tenía algo clavado. Le acarició el cuello y el lomo hablándole al mismo tiempo que su mano descendía por su piel suave. Luego procedió a extraer el objeto y a sanar al animal. Mientras, Aner sacó las pocas provisiones que les quedaban y las racionó, de nuevo. En los últimos días no habían tenido tiempo de cazar.

Entraron en la cabaña. Aner despejó el suelo y adecentó una de las paredes; para ello recolocó varias maderas que habían quedado sueltas. Tixaso arregló una vieja silla que estaba rota. Los dos necesitaban descansar. Hasta el pétreo rostro de Tixaso reflejaba unas marcadas ojeras. Aner se sentó sobre una piedra. Estaba fría y dura, pero no le importó. Recostó su espalda sobre la pared e hizo girar su cuello para relajarlo. Luego se pasó su mano derecha por él y se estiró.

—¿Tienes que hacer siempre eso?

—Claro, mi hierática señora. Pero si os molesta tanto, podéis mirar hacia otro lado.

—¿Qué? No sé a qué te refieres...

—¡Déjalo, no importa! Comunicarse contigo a veces es imposible.

Aner se llevó un trozo de carne seca a la boca y la masticó sin ganas, a pesar de que su estómago rugía de hambre. Tixaso mordió su trozo con delicadeza, en silencio, un completo silencio y con una descarada mirada que convergía en Aner. Este se levantó y se acercó a la mesa. Apoyó las manos sobre la superficie y se dirigió a su compañera de fuga.

—Tixaso, ¿tú también tienes la sensación de que nos están dirigiendo?

—Es posible.

—¿Sabes lo que creo? —Tixaso fue a decir que no le importaba, pero Aner continuó hablando—. Creo que nos dirigen hacia algún sitio concreto donde nos acorralarán y nos cazarán como a conejos. ¿Y sabes qué más creo? Creo que no deberíamos permitirlo. Es más, creo que deberíamos atacar antes de que lo hagan ellos.

Tixaso se puso de pie en este punto y lo miró mientras acercaba su rostro al de él. No habría ni medio palmo entre ambos. La banelatu no estaba acostumbrada a que alguien como Aner —un esclavo, un talanta— hiciera siquiera un comentario sobre lo que se tenía que hacer. Mucho menos que propusiera la estrategia que se debía llevar a cabo. La tensión se notaba en el ambiente. Aner sonrió, intentando cortar la tirantez, aunque eso era algo complicado cuando quien estaba delante era Tixaso.

—Sé que lo sensato es evitar al enemigo cuando te supera en número, pero esos doce banelatus que nos persiguen no nos van a permitir evitarlos. Por mucho que huyamos de ellos, nunca lograremos escondernos como para quitarnoslos de encima. Llevamos tres días de carrera y ellos siguen detrás, a la misma distancia. Esperan porque saben que nos tendrán cuando quieran y donde ellos elijan.

Tixaso lo miraba sin apenas pestañear. Aner hacía una exposición bastante precisa de la situación.

—Propongo que demos la vuelta a la situación. Propongo que nos enfrentemos a ellos, pero donde nosotros elijamos y cuando nosotros decidamos.

—Lo que dices... es complicado.

Aner quitó sus manos de encima de la mesa y se irguió. Luego se puso en jarras.

—Pero no imposible. Y tú lo sabes.

—Estamos hablando de enfrentarnos a doce banelatus.

—A doce de los mejores banelatus del ejército de Tandrem —corrigió Aner.

Tixaso mascó en silencio las palabras de Aner. Ya durante las últimas horas había pensado en lo que ahora él ponía sobre la mesa, pero siempre había contemplado la situación como si ella fuera la única que se tenía que enfrentar a sus perseguidores. En sus pensamientos, no había tenido en cuenta a Aner como guerrero.

—Sé luchar, Tixaso. No poseo tu poder ni tu fuerza interior, pero tú me has visto dar muerte a algunos de tus compañeros. No es algo de lo que me alegre, o quizás sí, pero no estás sola. Deberíamos pensar en el modo de sorprenderlos. Además, nuestros olanos están exhaustos y no aguantarán este ritmo mucho más.

La banelatu se quedó pensativa. Aner sonrió.

—Supongo que ya has dado vueltas a esa posibilidad y estoy seguro de que tu mente ha preparado alguna estrategia.

—¿Crees que me conoces tan bien? Ni siquiera sabes lo que pienso de ti.

—Sé que te esfuerzas por seguir creyendo que soy solo un esclavo, pero hace tiempo que te preguntas si hay en mí y en mi raza algo de la inteligencia que creéis que solo poseéis vosotros.

Tixaso lo miró sin pestañear. En otro tiempo, en otra época, la banelatu no habría dudado en atravesar con su espada el corazón de aquel talanta. Pero lo necesitaba para atravesar las puertas de Bankada y llevar a cabo la labor que Maore le había encomendado.

—Habla mañana —le dijo secamente—. Ahora, descansa.

Aner se retiró hacia atrás, sin apartar su mirada. Luego buscó un rincón y se acomodó para pasar la noche. Se acurrucó sobre varios sacos y cerró los ojos. Estaba exhausto. No le costó conciliar el sueño, aunque en su mente se mezclaron pensamientos y visiones durante toda la noche.

La banelatu lo observó mientras se acomodaba y se quedaba dormido. «Extraña forma de dormir», pensó. Sus gestos, sus movimientos... todo parecía extraño en él. Pocas de las costumbres y comportamientos que le habían enseñado sobre los humanos tenían cabida en Aner. Su propio conocimiento de la vida de los banelatus lo hacía imprevisible y el haber derrotado a

Petvaxo en combate demasiado peligroso. Debería tener cuidado con eso.

Aner dormía con la mano derecha cerca de la empuñadura de su espada. Su respiración era suave y acompasada. Tixaso se decidió a buscar un sitio para hacer su guardia. La noche traía humedad y una fina lluvia seguía como compañera de viaje. En algún punto del horizonte, doce banelatus esperaban el momento de enfrentarse a los fugados. Tixaso se concentró en la vigía y en la discusión que había mantenido con Aner. A dos días del lugar en el que se encontraban, comenzaba un paso entre montañas lleno de sendas y caminos cruzados. Un verdadero laberinto para quien no conociera la zona. Tixaso estaba decidida a llegar allí con la suficiente antelación como para que sus perseguidores perdieran su rastro y se confundieran entre las múltiples ramificaciones de los caminos. Sería fácil conseguirlo si mantenían el ritmo que habían llevado hasta ese momento. De esa forma, evitarían el enfrentamiento directo con un enemigo seis veces superior en número. Pero las palabras de Aner le habían llevado a reconsiderar su plan y a mirar la situación desde un nuevo punto de vista. Había llegado a la conclusión de que quizás —solo quizás— fuera necesario analizar con mayor detenimiento todas las posibilidades. Al fin y al cabo, eso era lo que le habían enseñado.

Entre otras cosas, era probable que sus perseguidores conocieran aquel terreno igual o mejor que ella. En segundo lugar, era cierto que, desde hacía días, mantenían siempre la misma distancia y hacían notar su presencia de alguna manera. Oteó el horizonte. Una luz lejana confirmó sus pensamientos. Dio varios pasos sobre el terreno que rodeaba la vieja y destartalada cabaña y tomó aire. Sus ropas estaban mojadas, aunque ella no sentía la humedad. Su cabeza funcionaba a toda velocidad, intentando adivinar las intenciones de sus perseguidores. Necesitaba una señal, algo que delatara la táctica que iban a usar, algo que pudiera llevarle a adelantarse a sus movimientos.

El aleteo de un pájaro sobre el tejado sobresaltó el sueño de Tixaso. Hacía un par de horas que Aner la había relevado en su puesto de vigilancia, pero ella tenía la sensación de que había pasado tan solo un instante. Estaba echada sobre los mismos sacos que poco antes había usado el talanta. Se levantó de golpe con la intuición de quien percibe que ocurre algo extraño. Salió de la cabaña para localizar la silueta de Aner. Este se paseaba de un lado a otro con la espada colocada sobre sus hombros y sosteniéndola de los extremos con ambas manos. Estaba descalzo y se paseaba sobre la hierba mullida. Miraba a través de la oscuridad. Al escuchar el ruido de la puerta, giró su cabeza. Aner no dijo nada y dejó que Tixaso se acercara hasta su posición.

—¡Observa! —le dijo en cuanto estuvo a su altura.

Tixaso siguió la dirección marcada por el brazo de Aner. Había dos nuevos puntos luminosos que se percibían en la lejanía. Parecían corresponder con dos nuevas hogueras. Eran dos puntos que apenas se discernían entre la maleza que les separaba de ellos y que solo unos ojos muy aguzados podrían distinguir.

—¿Crees que se han dividido o han llegado nuevos refuerzos? —le preguntó él, sin formalismos de ningún tipo.

Tixaso caviló sobre las posibilidades. Quizás esa fuera la señal que esperaba. Por primera vez,

y sin que Aner pidiera permiso expreso a la banelatu tocando su frente, Tixaso compartió sus pensamientos con él. Y, por primera vez también, los pensamientos de ambos coincidieron.

—Creo que han empezado a desplegar. Sí.

—¿Qué hay delante de nosotros? —quiso saber él.

—A dos días de aquí hay un paso entre montañas, lleno de senderos que conducen a ninguna parte. Es probable que si llegáramos allí con suficiente antelación tuviéramos posibilidades de desvanecernos ante sus mismas narices.

—Pero no lo conseguiremos si nos rodean —pronunció Aner en un tono que era más una aseveración que una pregunta—. ¿Quiénes son? —preguntó Aner de nuevo después de una breve pausa.

Tixaso miró a los ojos de Aner. Incluso en la oscuridad que precedía al alba, sus pupilas parecían refulgir.

—¿Son soldados de Tandrem? ¿Vienen a por mí o a por ti?

—Demasiadas preguntas, talanta —dijo con firmeza ella.

—Necesito saberlo, necesito saber si...

—Si yo estoy contigo en esto. Si te voy a dejar solo o si, por el contrario, puedes confiar en mí.

Aner guardó su espada. En el silencio del día que empieza a romper apenas si fue un sonido perceptible, un leve siseo, mientras algunos pájaros comenzaban a cantarle al alba.

—¿Puedo confiar en ti? —le cuestionó y puso sus brazos en jarras, esperando una respuesta.

Seguramente, hacía unas semanas, Tixaso habría considerado aquella pregunta como una insolencia, pero en ese instante no lo hizo.

—Debes, si quieres seguir con vida —contestó, llevándose la mano a la frente, justo en el sitio en el que hacía unos días Aner había practicado una pequeña incisión.

—Entonces empecemos a pensar en una estrategia. Si al final hemos de enfrentarnos a ellos, mejor que sea donde nosotros elijamos y no donde ellos hayan decidido.

Lo que se proponían hacer no era fácil de ejecutar. La única posibilidad de victoria pasaba por enfrentarse por separado a sus perseguidores. Como mucho a dos a la vez. Y si difícil era idear un plan para atraerlos hacia donde ellos querían sin que lo descubriesen, más difícil sería llevarlo a cabo. Tixaso sabía que aquellos banelatus seguían las instrucciones de Tandrem. Todavía no tenía muy claro cómo habían dado con ellos ni cómo sabían que estaría en aquella cabaña para recoger a sus olanos.

—Alguien te ha traicionado —concluyó Aner al tratar ese tema con ella.

—Nadie conocía mis planes, excepto yo.

—Pero tú tienes unas órdenes.

Tixaso lo miró, preguntándose si debía aceptar las preguntas directas del talanta. Decidió que sí, aunque no sabía muy bien la razón.

—Sí, pero esas órdenes solo las conocía Maore y él no revela sus órdenes más que a la persona que debe ejecutarlas.

—Puede que no revelara las órdenes que te había dado, pero a Tandrem le habría bastado solo con conocer tu destino —hubo una pausa que aprovecharon cada uno de ellos para infiltrarse entre sus pensamientos—. Parece que te conoce muy bien —comentó él, mientras seguía los pasos de ella hacia lo alto de una colina.

Hablar con Aner le servía para poner en orden sus pensamientos. Era cierto que Tandrem la conocía demasiado bien. Él era quien la había entrenado y ella era todavía demasiado joven para superar a su maestro. Y era muy difícil sorprenderlo con alguna jugada que él no hubiera barajado ya antes. Aunque si bien era cierto que había logrado arrebatarse a Aner. Como también era cierto que nunca se lo perdonaría. Sabía con certeza que tarde o temprano se tendría que enfrentar a Tandrem por eso y que recibiría su castigo. Tandrem no era de los que dejan pasar una afrenta. La muerte de Petvaxo a manos de un talanta, desafiando sus propias reglas de juego y ante cientos de miradas, era ya de por sí un atropello hacia su persona y reputación. Cuanto más, cuando ese talanta había conseguido huir de la ciudad debido en gran medida a la intervención de ella.

Sin embargo, no sentía que quisiera matarla, no mientras estuviera bajo la protección directa de Maore. Y seguir bajo su protección dependía de no defraudarle y de llevar a cabo su misión con éxito.

—Tienes suerte de estar bajo las órdenes directas de Maore —le comentó Aner.

Ella se limitó a asentir.

El sol despuntó a su derecha. La frescura del amanecer se tornó fría. Ante ellos se extendía una superficie llana con algunos matorrales que llenaban varias leguas. Un buen olano podría cubrir esa distancia en poco menos de dos días sin descansar, pero no era su caso. Miró a los cuadrúpedos. Eran dos ejemplares jóvenes y sanos, pero estaban cansados y mal alimentados. Tixaso señaló un punto a la derecha. Era un pinar bastante denso, aunque no muy extenso. Tendría que ser suficiente.

—Voscram dirige el grupo —dijo Tixaso.

Aner asintió. Conocía la fama de Voscram. El mejor rastreador banelatu según muchos. Poseía un sexto sentido y un olfato incomparable. Si de por sí los banelatus eran fríos, calculadores y

metódicos; él exhibía esos dones por partida doble. Si Voscram se había mantenido en el grupo central, tenían alguna posibilidad, pero si iba en el de la derecha, sería el primero en llegar al bosque y entonces... entonces era mejor no pensar en ello.

Voscram había ordenado el despliegue durante la noche. Quería que Tixaso fuera consciente de ello y por eso había mandado que encendieran fuego a pesar de que los banelatus no necesitan luz para moverse en la oscuridad. A Voscram le gustaba jugar con aquellos a los que perseguía. Se deleitaba en acorralarlos, para luego dejarlos escapar y volver de nuevo a la carga. Pasaba horas pensando la estrategia a seguir y después la ejecutaba con precisión y constancia, de manera fría y calculada. Le habían hablado de Tixaso. Era una banelatu con gran proyección, protegida de Maore y con gran potencial, según le había explicado Tandrem. Su campo energético era poderoso. Si Tandrem la había entrenado, sería un reto enfrentarse a ella. Aunque quizás, por su juventud, no llegara a estar a la altura de una buena cacería. De cualquier forma, sus órdenes — unas órdenes que venían directamente de Tandrem— eran precisas. Con Aner podía entretenerse, pero quería a Tixaso para él. Eso significaba devolver a la banelatu viva y en perfecto estado. Era una pena, porque aquella podría haber sido una gran cacería, pero tendría que conformarse con el talanta. Voscram oteó el horizonte donde se enmarcaba un amanecer sin nubes tintado de un azul pálido. Estaban demasiado al norte para que el calor del verano se notara con intensidad...

Tixaso y Aner desayunaron copiosamente aquella mañana. Frutas, carne y cereales; además de una buena ración de queso. Todas sus provisiones. El talanta notaba un nudo en su estómago sin saber muy bien si era debido a la comida que había ingerido y que danzaba en su estómago o a la proximidad de un enfrentamiento. Nunca lo había visto, pero eran muy mentadas las cacerías de Voscram en Cannvea con talantas. En ellas se perseguía y acorralaba a los humanos como si se tratara de animales. O incluso peor aún. Igual que en los combates de Tandrem, en ellas también había apuestas clandestinas. Ahora era a él a quien iban a dar caza. Se sentía nervioso por ello. Se ajustó la caretesa.

Tixaso montó de un salto sobre su olano. Aner lo hizo despacio. Palmeó al animal en el cuello y dejó que jugara con su lengua, que pasó entre sus dedos. El talanta se limpió la mano en su pantorrilla y luego se puso los guantes. La banelatu hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Aner la copió. Después, ambos golpearon los flancos de sus olanos con decisión y los cuadrúpedos salieron a galope tendido en dirección al pinar.

Era el momento justo en que la luz del sol anticipa un amanecer despejado. Aner podía escuchar los latidos de su propio corazón, bien acompasados, sin acelerarse. Mantuvo su mirada fija en el pinar y siguió la estela que le marcaba el olano de Tixaso muy pegado a su cola.

Voscram se agachó. Con su mano derecha tomó un trozo de tierra. Estaba seca y fría. A su lado, la huella de una de las patas de los olanos de Aner o de Tixaso se veía con nitidez. Calculó el

tiempo que hacía que habían pasado por allí. Montó despacio. Los tres guerreros que le acompañaban lo imitaron mientras esperaban las órdenes de su jefe.

No había viento y el sol había comenzado a elevarse por el horizonte. Voscrám llegó hasta la vieja cabaña donde habían pasado la noche los fugados. Lo hizo sin prisa. Examinó los alrededores en los que las huellas habían desaparecido y el rastro de los dos perseguidos había sido reducido hasta su mínima expresión. Sin embargo, los ojos del experto cazador terminaron por descubrir una huella. Pero esa huella no se encaminaba hacia donde él los dirigía. «¿Por qué?», se preguntó el cazador en silencio, «¿Por qué han virado?». Desde la altura de su olano, examinó los alrededores. Él había dispuesto conducirlos en línea recta, hacia el desfiladero, para acorralarlos y enfrentarse a ellos en campo abierto. Pero parecía que los perseguidos habían intuido su idea. Daba igual, la cacería se antojaba más divertida de lo planeado. Eso estaba bien. Dos fugados que pensaban haría que la persecución tuviera más alicientes. Giró la cabeza de izquierda a derecha hasta que su vista se quedó fija en el pinar.

—¡La caza ha comenzado! —dijo en voz lo suficientemente alta como para que los tres jinetes que le acompañaban lo escucharan.

Después cogió su espada y la desenfundó. Al asirla, se tornó incandescente. La alzó en el aire, la agitó para que los otros dos grupos, que le acompañaban a una distancia exacta de 300 pasos el uno del otro, la vieran y lo siguieran.

En un movimiento instintivo, Aner y Tixaso levantaron la cabeza y la giraron hacia el sureste. Voscrám y sus banelatus aún estaban lejos, pero el aire transportaba el olor de la cacería que había comenzado. Varios petirrojos elevaron el vuelo asustados. Mientras, los dos perseguidos, inmersos de nuevo en los preparativos de bienvenida y de resistencia que preparaban, se preguntaron si dispondrían del tiempo suficiente para completar su tarea y llevar a cabo su táctica.

Cuando Voscrám y sus guerreros tocaron los lindes del pinar, este enmudeció. Los conejos se escondieron en sus madrigueras, las ardillas se ocultaron en los troncos, los cucos se encerraron en sus casas... hasta el intenso olor a pino parecía diluirse y desaparecer en el aire. Para entonces, Tixaso y Aner se habían recorrido varias veces el bosque y habían decidido por dónde iban a empezar a atacar. Habían hecho cálculos de qué grupo de los tres llegaría primero.

El agudo oído de Tixaso captó un leve sonido. Provenía de algo más al este de lo que habían calculado. La banelatu hizo un gesto a su compañero con la cabeza y Aner afirmó con un mínimo gesto de asentimiento. Se movieron con cuidado con las patas de sus olanos envueltas en telas para amortiguar el sonido de sus pasos sobre el suelo cubierto de finas hojas. Los cuadrúpedos, presintiendo la importancia de permanecer en silencio, se movieron dóciles y sin ruido.

Poco después, cuatro siluetas aparecieron delante de ellos. Tixaso y Aner se quedaron quietos. «Espera», se decía Aner aguardando el momento adecuado para iniciar su plan. Ni demasiado pronto, lo que haría que los banelatus no los siguieran por donde habían planeado, ni demasiado tarde, lo que permitiría que los perseguidores les alcanzaran antes de tiempo. «Espera», pensaba a

su vez Tixaso intentando coordinar el plan trazado.

Tixaso agarró las riendas de su olano e hizo la señal. Los dos se giraron al mismo tiempo y salieron al galope en la dirección contraria. Los cuatro banelatus reaccionaron al unísono y salieron en su persecución. El ruido de los olanos surcó el bosque, avisando a los otros dos grupos de que algo se había puesto en marcha. Disponían de poco tiempo. El corazón de Aner se aceleró tanto como el paso de su montura. Cada uno de sus músculos se puso en tensión mientras su cuerpo se preparaba para la maniobra que debía realizar. Sentía la presencia de los banelatus muy cerca y no era fácil manejar a su cabalgadura entre los pinos. Tixaso frenó el ritmo infernal de su olano. Aner se puso de pie. De un ágil salto se agarró a las ramas quebradizas y tiernas de un pino. Su olano siguió la carrera marcada por el olano que le precedía. Aner dio un salto y cayó al suelo, al mismo tiempo que Tixaso, en una hábil maniobra, refrenó a su montura y se giró plantando cara al primero de los banelatus. Este, sorprendido por el giro inesperado de Tixaso, cayó al suelo atravesado de lado a lado por la espada de ella. El banelatu agonizó en el suelo sin emitir ni un solo gemido.

Los tres banelatus restantes se volvieron hacia Aner, que esperaba en el suelo con la espada presta. Tixaso interceptó el avance de uno de ellos con un fuerte golpe en su hombro. A pesar del impacto y de la herida abierta, el banelatu parecía no querer enfrentarse a ella y preferir acorrallar a Aner. De hecho, todos parecían dirigirse hacia el talanta. Tixaso acudió en su rescate.

Las espadas se cruzaron a uno y otro lado con golpes rápidos, llenos de intención. Los de los banelatus con el objeto de infligir el máximo dolor sin llegar a matar. Los de Aner y Tixaso buscando terminar con ellos lo antes posible, porque aún quedaban otros ocho banelatus a los que enfrentarse. El combate se alargaba más de lo necesario para seguir el plan trazado, pero aquellos banelatus habían sido escogidos entre los mejores.

Tixaso dio una patada en la rodilla a uno de ellos, lo que le hizo perder el equilibrio y caer. Aner aprovechó esta circunstancia para clavar su espada en su pecho descubierto. Tixaso paró la espada de uno de los que permanecía de pie justo cuando se cernía cerca del costado del talanta. Aner rodó por el suelo. Notó un intenso dolor en su cadera al golpearse con el tronco de un árbol. En su cara se marcó una mueca de dolor que nadie vio, porque iba envuelto en la caretesa. Tuvo que hacer un movimiento rápido para detener el filo de la espada que amenazaba su cabeza. Todo esto ocurría a un ritmo vertiginoso, sin posibilidad de tregua.

Cuando los cuatro banelatus se quedaron quietos en el suelo, las pisadas de otros perseguidores se sintieron ya cerca. Aner, resentido por la pequeña paliza, se llevó la mano al estómago y caminó encorvado en busca de su olano al que llamó con un silbido prolongado. Tixaso montó deprisa. En breves instantes, los dos se alejaron del lugar donde los cuatro banelatus yacían muertos.

No había sido su intención encontrarse de narices con el grupo de Voscram, pero eso fue lo que sucedió. No hizo falta que Tixaso se lo dijera. Cuando un fuerte y frío dolor recorrió su cuerpo, lo supo. Tixaso y Aner se desviaron hacia la derecha en un intento de ganar tiempo. Voscram se tomó el tiempo necesario porque se sabía superior y le divertía ejercer sobre los fugados ese tira y afloja que influía de manera directa en sus sentimientos. Sabiendo, además, que podía darles caza como y cuando quisiera.

Mandó a dos banelatus en su persecución. Sin saberlo, con este gesto les proporcionó la ventaja que deseaban. En un pequeño claro del bosque, a lomos de los olanos, se entabló una batalla más o menos nivelada. Aner peleaba con tesón, pero a veces eso no era suficiente para contrarrestar la velocidad y fuerza que aquellos seres usaban en sus combates. Voscrám se limitaba a observar desde la distancia. Tixaso y Aner se defendían en un espacio pequeño. Por la manera de luchar, era evidente que sus atacantes querían separarlos, circunstancia que ellos deseaban evitar a toda costa.

—No te separes de mí —le comentó en ese momento Tixaso.

El talanta se movió y trató de evitar un nuevo golpe de su oponente y fue su olano quien recibió el impacto por él. Al animal no le gustó nada y, encolerizado, elevó las patas delanteras. Aner cayó al suelo.

Tixaso, en ese instante, clavó su espada de manera certera sobre su rival. Voscrám elevó su mano para dar la orden al tercer banelatu para entrar en combate. La banelatu salió a su encuentro, decidida, atacándolo con su espada como si se tratara de una lanza. El rival recibió un pequeño puntazo en el hombro, pero ni siquiera giró su cabeza para comprobar si se trataba de una herida profunda o leve.

Aner logró que el banelatu contra el que luchaba cayera al suelo. Desde allí fue más fácil luchar de igual a igual. Los primeros golpes de su oponente fueron contundentes, pero Aner esquivó dos de ellos y un tercero impactó contra el tronco de un pino, cuya corteza se desprendió. Hacía calor y el aire parecía no renovarse a ras del suelo. La respiración se hacía difícil.

Aner detuvo varios golpes hasta hacerse con la iniciativa del combate. Su espada rasgó parte del cuello del banelatu, primero, y, después, parte de su muslo. Justo en ese instante, sintió un frío intenso dentro de él. Sabía que no se debía a ninguna herida, sino a la presencia de Voscrám. Sus miradas se cruzaron durante un instante. Aner sabía que en esos momentos no estaba en condiciones de enfrentarse a él. Tixaso debió pensar lo mismo. A lomos de su olano y después de deshacerse del banelatu contra el que luchaba, alcanzó la posición de Aner y le hizo subir en su olano. El talanta asió con fuerza la mano de Tixaso y se colocó detrás de ella. Su olano había huido. Quizás él tuviera suerte de salir vivo de aquel bosque.

Al galope, esquivando los pinos que crecían muy juntos en esa parte del bosque, se alejaron de allí. Voscrám los siguió. Ella intentó orientarse para llegar a la zona del pinar donde habían preparado su estrategia. Los cuatro banelatus que restaban no andarían muy lejos. Aner, cuando reconoció el lugar, saltó del olano espada en mano doblando las rodillas para amortiguar el golpe.

Debía ser ya más de mediodía, pero la luz era escasa. Tixaso esperó a que los cuatro jinetes que caminaban hacia ella estuvieran lo más cerca posible. A continuación, hizo cambiar de dirección a su olano y apretó el paso. Los perseguidores hicieron lo mismo. Ella los dirigió con habilidad al lugar donde Aner aguardaba. Cuando este surgió de pronto, era demasiado tarde. El talanta se interpuso entre la banelatu y los perseguidores. Cruzó rápidamente, estirando de una cuerda que arrastraba un grueso tronco. Así consiguió que tres de los banelatus dieran con sus huesos en el suelo. Con un rápido movimiento de su espada, acabó con la vida de uno de ellos.

La banelatu se encontró de pronto con dos enemigos que la acechaban. Uno a lomos de un

olano, el otro desde el suelo. Aner hizo girar su espada en el aire dos veces antes de empezar un nuevo combate. Si acababan con aquellos tres banelatus, podrían enfrentarse juntos a Voscram y así tener alguna posibilidad de victoria.

Pero Voscram, viendo el cariz que habían tomado los acontecimientos, no estaba dispuesto a permitir esa opción. Era el momento de actuar. Ordenó a sus guerreros que se enfrentaran a Tixaso y él se quedó frente a frente con Aner.

El talanta colocó su espada en posición de defensa. Estaba cansado y dolorido. Sus golpes carecían de frescura y rapidez. Además, aquel guerrero había tenido tiempo suficiente de estudiar su modo de luchar y estaría prevenido para contrarrestar sus ataques. Pero Aner, pensando solo en Zarala, estaba presto a defenderse. Voscram levantó su mano e hizo un gesto rápido con ella, como si lanzara algo contra Aner. Este recibió un impacto sobre su cabeza desprotegida y se tambaleó.

Tixaso, por el rabillo del ojo, observaba a Aner. En su cabeza solo había sitio para una idea. Acabar cuanto antes con esos atacantes para salir en auxilio del talanta. Sin embargo, los tres banelatus que restaban, aunque la habían acorralado en un círculo, no parecían estar dispuestos a batirse con ella. Más bien trataban de retenerla para que no pudiera acudir en ayuda de Aner. La banelatu negó con la cabeza. Tenía que salir de ese agujero y tenía que hacerlo rápido. Con la espada extendida por delante de su cuerpo dio un par de vueltas buscando un cuerpo sobre el que impactar. Casi a la desesperada, se lanzó sobre uno de ellos. Sin querer, en su movimiento se precipitó contra una espada enemiga que acertó a herir su costado izquierdo.

El sonido de la respiración de Aner se mezcló en el aire con el de los latidos de su corazón. Ahora sí que su ritmo se había acelerado. Ella intentó calmarse. Debía evitar que la sangre se precipitara por la herida abierta.

El silencio se había perdido y apenas quedaba tiempo para pensar. Aner se movió con rapidez a pesar de tener todo el cuerpo dolorido. Si quería tener alguna posibilidad para plantar cara a un enemigo que se presumía tan temible y mortífero, necesitaba encontrar un lugar adecuado para luchar y el sitio adecuado lo habían preparado Tixaso y él en otro lugar del bosque. Hacia allí se lanzó en una carrera desenfrenada, intentando hacer creer a Voscram que huía de él para poder atraerle hacia la trampa. Esa era su única oportunidad, su última esperanza.

El primer empujón lo lanzó al suelo y le hizo rodar varios pies. El estrépito no fue muy grande, pero sí el golpe. Aner mordió el polvo, arrastrado por la inercia de la carrera que llevaba. Sin tiempo para recuperarse, un segundo golpe lo estrelló contra el tronco de un delgado pino. El impacto fue recibido por la parte baja de su columna y el dolor se extendió por toda su espalda. En un instante, perdió la noción del tiempo y del espacio. El pinar se le antojó oscuro y hostil y la presencia de Tixaso lejana. En su enorme confusión, por puro instinto de supervivencia, aún fue capaz de moverse para esquivar el golpe intencionado del banelatu. Se puso en pie con aparente firmeza, pero sintió sus piernas flojas, incapaces de sostener el peso de su cuerpo. Lanzó un enorme grito para concentrar sus fuerzas y blandió su espada con fuerza. El talanta retrocedió unos pasos ante la lluvia de sacudidas del banelatu. Se sentía lento y cansado, pero una fuerza interior, pequeña al principio, creció dentro de él. Fue como un sentimiento reconfortante y cálido, una

chispa de amor encerrada en un recuerdo. La risa de Zarala resonó en su cabeza y le insufló el valor y la fuerza que parecían haberle abandonado.

La sangre brotaba lenta, pero continuamente de la herida de su costado. A pesar de ello, Tixaso seguía luchando contra los banelatus de Voscram. Hacía rato que había dejado de sentir la presencia del cazador y de Aner. No notaba dolor, no notaba cansancio, pero era consciente de las heridas que tenía y de que necesitaba recargar sus energías si quería ser capaz de curarse a sí misma. Si no, acabaría paralizada y en manos de los guerreros del cazador. Seguramente, esas serían las órdenes que Voscram habría dado a sus secuaces, pero ella no debía permitir que sucediera. No podía caer presa de su propio agotamiento y darle la posibilidad de llevarla así ante Tandrem. Eso acabaría con su brillante hoja de servicios y, después, sería reducida a un simple soldado de los que colocan en la primera fila de combate y que son los primeros en ser masacrados por el enemigo.

Tixaso tenía mucho amor propio y un marcado sentido del honor. Le habían enseñado desde su nacimiento cuál era su sitio dentro del supremo y cuál su destino y no quería defraudar a su raza.

Aner no encontraba la forma de frenar las arremetidas de su cazador. Su cara reflejaba el esfuerzo que suponía la empresa. Cualquiera de los mandobles que él daba habrían bastado para terminar con la vida de cualquier humano, pero no eran suficiente para doblegar a Voscram. Él solo no lo conseguiría. Tenía que resistir. Sí, pero ¿hasta cuándo? «Hasta la última gota de sangre», se dijo mientras preparaba una nueva arremetida.

La vista se le nubló. Sacudió repetidamente su cabeza, buscando enfocar. Respiró en busca de aire. Voscram no parecía cansado. Aner sabía que el banelatu disfrutaba, aunque él ni siquiera fuera capaz de poner nombre a esos sentimientos. Silbó para atraer a su olano —si es que aún seguía vivo—. No estaba seguro de si lo había logrado o no ni de si de su boca había salido sonido alguno. Agotado y a punto de caer de rodillas, silbó de nuevo. Gotas de sudor y sangre caían por su rostro. Uno de sus ojos había dejado de ver. Parpadeó sin ser muy consciente de lo que hacía. Miró a su mano derecha. La espada seguía allí. Voscram parecía demasiado fuerte y demasiado alto. Se apoyó en el tronco del pino más cercano con su mano izquierda. Si aún quedaba algo de energía dentro de él, debía buscarla y usarla. Se puso recto, erguido y miró a Voscram.

Voscram dudó. Quizás si le acertaba una vez más con su espada no sobreviviría. El talanta que tenía delante se había mostrado fuerte. Y sí, había sido capaz de dar muerte a Petvaxo, pero no era digno rival para él. Deseaba darle muerte y buscaba una muerte dolorosa, pero, aunque tenía carta blanca para hacer con él lo que quisiera e incluso matarlo, Tandrem le había prometido una recompensa si se lo llevaba vivo. Eso es lo que le hizo dudar. ¿Aguantaría una embestida más? Voscram podía sanar sus heridas antes de que llegaran a Cannvea, pero no podía resucitar a un muerto.

Un silbido cruzó el aire. Tixaso sacó la espada manchada de sangre del último de los banelatus con los que se había batido. El guerrero quedó suspendido unos instantes en el aire y la banelatu le dio un golpe fuerte con su pierna, anticipando su caída. Movi6 su cabeza para localizar el lugar desde el que procedía el sonido. Taponó la herida de su costado con su mano izquierda para poder moverse sin dificultad entre los pinos. Arqueó su espalda y asíó con fuerza su hierro. En la distancia intuyó, más que vio, dos bultos. Aner aún parecía resistir, pero notó su debilidad mucho antes de llegar hasta él. El ruido de sus pasos alertó a Voscram, quien se volvió a tiempo de frenar el golpe que Tixaso había preparado. Aner aprovechó para moverse de allí y recuperar el aliento. Buscaba algo, pero estaba desorientado y débil. Siguió buscando mientras Tixaso se enfrentaba a Voscram por él. Su respiración se agitó y el suelo se llenó de pequeñas gotitas rojas que caían de sus manos y de su cuerpo. Deambuló en círculos hasta dar con lo que buscaba. Luego hizo una pequeña seña a Tixaso y acudió en su ayuda.

Voscram sacó una segunda espada que llevaba sujeta a su espalda. No le hizo falta moverse mucho para responder a los ataques que Tixaso y Aner acometían. Sin embargo, no advirtió hasta que fue demasiado tarde que ambos no atacaban ni se defendían. Lo único que hacían era llevarlo hasta una trampa. El suelo se hundió debajo de sus pies y quedó a la altura de su pecho. Superado el primer sobresalto, lo único que acertó a preguntarse fue si pensaban que así iban a derrotarlo. Podía muy fácil salir de allí impulsándose con los brazos. Y eso hizo, pero un pesado, aunque fino tronco que los fugitivos habían preparado para que cayera justo en ese mismo instante, acertó a darle de lleno en su cabeza. Voscram quedó tumbado, medio cuerpo dentro y medio fuera de la trampa. El tronco aplastaba su pecho. En el lado izquierdo de su cabeza, un gran golpe del que manaba abundante sangre había aplastado parte de su cráneo. Aner se dio cuenta de que aún respiraba, pero decidió dejar de prestarle atención. Buscó con la mirada a Tixaso. La banelatu estaba de rodillas en el suelo con los brazos apoyados en la tierra, pero con la cabeza alta y el gesto imperturbable. Aner silbó de nuevo. Una sombra se acercó a él y su olano le lamió el rostro. Cogi6 a Tixaso y la subió a lomos del animal. Luego montó él y sacudió los flancos del cuadrúpedo.

—Sácanos de aquí —le dijo al oído casi sin fuerzas.

Los tres se alejaron de aquel bosque entre las sombras del anochecer.

Capítulo XV

Camino de Bankada

Aner movió la cabeza y una terrible y aguda agonía se extendió por su cuerpo. Su rostro dibujó una profunda mueca de dolor. Todos sus músculos estaban atenazados y apenas podía moverse. Le fue imposible abrir su ojo derecho y con el izquierdo intentó enfocar. No sabía dónde se encontraba ni cómo había llegado allí ni cuánto tiempo llevaba en aquel extraño lugar. Un débil ladrido le devolvió a la realidad. Parecía que su olano había llevado a cabo su cometido y los había sacado del pinar, aunque no tenía ni idea de hacia donde los había conducido.

—¡Tixaso! —llamó. Pero su voz sonó débil y ronca. Su boca estaba seca y pastosa y llena de un desagradable sabor a sangre.

Intentó moverse. Junto a él un bulto de ropas sucias permanecía quieto. Como pudo, se arrastró hacia él. Le costaba respirar. Seguramente tendría alguna costilla fisurada o rota.

—¡Tixaso! —repitió.

La banelatu estaba quieta. Su rostro pálido y hierático parecía el de una efigie. Aner llevó su mano al cuello de Tixaso y buscó su pulso. Sus latidos eran lentos y débiles, pero mantenían cierto ritmo. Le costó un rato incorporarse. Una vez en pie, el dolor retornó a cada parte de su cuerpo. Hasta tragar saliva era doloroso e incluso pensar se hacía difícil. Aner se llevó la mano a la cara y resopló. Sus labios estaban hinchados y secos y su cabeza le martilleaba.

Alrededor se extendía una pequeña llanura. No había rastro del pinar, al menos en la distancia que su ojo alcanzaba a ver. Se moría de sed. Tixaso continuaba sin moverse, en un trance entre el sueño y la inconsciencia. Un ladrido lastimero le hizo torcer la cabeza y, al hacerlo, el dolor retornó con más intensidad. Giró el cuerpo, su olano parecía estar también malherido. Rebuscó entre sus cosas y encontró un pequeño pellejo que, milagrosamente, se había salvado. Se aventuró a dar unos pasos cortos, atento por si el aire le anunciaba algo de humedad. Después se movió guiado por su instinto. Esperaba que esta vez no le fallara. Anduvo un rato antes de encontrar un pequeño riachuelo. Se arrodilló y se lavó la cara y las manos antes de beber. El curso del agua se tornó oscuro. La frescura del líquido le devolvió algo de vida y se sintió mejor. Llenó el pellejo y regresó.

Tixaso no parecía haberse movido. Se agachó a su lado y vertió algo de agua en su mano para mojar su rostro. Pero, antes de hacerlo, detuvo su mano y contempló su gesto rígido. Estaba a punto de ayudar a una banelatu a escapar de la muerte y su cerebro, con el pragmatismo acostumbrado, se preguntaba por qué debía hacerlo. No había ninguna razón para ayudar a un miembro de esa raza que trataba a los talantas como esclavos. Se sintió poderoso al tener la vida de Tixaso en sus manos. Bien podía... La banelatu movió la cabeza y eso distrajo el curso de sus pensamientos. La imagen gastada del rostro de su padre le vino entonces a la mente. Un padre perdido, cuya muerte le catapultó a la edad adulta con tan solo siete años. Aún recordaba algunas de sus enseñanzas y ecos de palabras pasadas retronaron en sus oídos:

—El honor, hijo. Eso es lo que diferencia a unos seres de otros. Si un día llegas a ser importante y tienes grandes riquezas, deberás conducirte con honor. Y si llegado el caso pierdes todo y solo te espera la muerte, también has de acercarte a ella con honor y valentía. De manera que tu comportamiento sea siempre recto e intachable. Que nadie diga que un Bortu no sabe comportarse.

—Pero ¿por qué, padre? —le había preguntado él.

—Respeto, Aner. Solo así conseguirás el respeto de la gente.

Las palabras se perdieron en medio de los recuerdos infantiles. Aner miró de nuevo a Tixaso. Incorporó su espalda con la mano izquierda y con la derecha le dio de beber. Quizá Tixaso fuera la única banelatu que no quisiera matarlo. Con cuidado, dejó que el cuerpo de ella reposara de nuevo en el suelo y refrescó su rostro. La herida del costado de Tixaso seguía vertiendo sangre.

«Al menos por dentro parecen tener la misma sangre que nosotros», pensó Aner. El talanta lavó con cuidado sus heridas. No tenía medicinas. Las hierbas que llevaban se habían perdido en la batalla y no parecía que las que necesitaba crecieran por la zona. Cortó un trozo de su raída camisa e improvisó un vendaje para la banelatu.

El sol descendía por el horizonte. No hacía frío. Se sentó cerca de ella. Respirar era un trabajo costoso y plagado de dolor. Solo esperaba que dentro de él todos sus órganos estuvieran en el lugar correcto. Sonrió y, al hacerlo, emitió una queja lastimera. A lo lejos ululó un búho. Su estómago reclamó comida, pero no había nada que se pudiera llevar a la boca. Tixaso también necesitaba comer si quería tener energías suficientes para poder curarse sus propias heridas. Tenía que conseguir alimento. Aner elevó la vista y se encontró con la silueta de su olano recortada en medio de aquel atardecer. Negó con la cabeza. Primero, un sitio donde guarecerse. «Una cabaña sería perfecta y, si no, una cueva», pensó.

—Cuida de ella —susurró a su olano cerca de la oreja.

Aner siguió el curso del pequeño riachuelo en sentido inverso, en busca de su nacimiento. El terreno se inclinó un poco y luego la pendiente se acentuó. No había nada parecido a un refugio por allí. Decidió separarse del arroyo y probar suerte por otra parte. Se alejaba demasiado. Decidió regresar. Descendió por un pequeño sendero lleno de piedras sueltas que le hizo poner todos los sentidos en su tarea. Ese movimiento hizo que todo su cuerpo se resintiera. Intentando olvidar su dolor, siguió caminando. Miraba al suelo, suponiendo que si había un sendero, este conduciría a algún sitio. Hasta que, de pronto, se encontró en medio de un pequeño poblado derruido, cuyas casas de madera eran tan solo tablas amontonadas. El pequeño hallazgo llevó un poco de gratificación a su corazón.

Buscó con la mirada la mejor casa que aún quedaba en pie. Aceleró el paso. En ese instante, aquellas tres paredes y medio tejado le parecieron un pequeño tesoro. Limpió el suelo de estorbos y después se dedicó a rebuscar cualquier cosa que les pudiera servir. Cuando todo estuvo dispuesto, regresó en busca de Tixaso.

El olano permanecía de pie cerca de ella. La oscuridad empezaba a cubrir el paisaje. Debía darse prisa si quería llegar al refugio que había preparado antes de que las sombras lo cubrieran todo. Se arrodilló cerca de ella y le habló despacio.

—Tixaso. Sé que me oyes. He encontrado un sitio donde refugiarnos. Voy a moverte, voy a subirte encima del olano y te voy a llevar hasta allí —se calló, aguardando una respuesta o una confirmación, pero ninguna de las dos llegó—. Si no estás de acuerdo, házmelo saber. No quiero importunarte, solo quiero...

Aner dejó la frase en suspenso. «Soy tonto», pensó, «Voy a hacerlo y ya está».

El talanta apretó los dientes y levantó el cuerpo inerte de la banelatu del suelo. No fue fácil, pero, gracias a la colaboración de su olano, consiguió su propósito. Con mucho cuidado, tomó las riendas con su mano izquierda —dejando la derecha libre por si necesitaba usar su espada— y emprendió la marcha.

Su estómago volvió a protestar mientras bajaba a Tixaso del olano y la depositaba sobre una mesa. No sería muy cómoda para ella, pero pensó que sería mejor que el duro suelo. Una vez que Tixaso estuvo instalada, Aner se sentó en la tierra. Estaba exhausto. Había perdido el resuello y apenas si había hecho un pequeño esfuerzo. Alrededor solo había oscuridad. A tientas, buscó el pellejo. Su estómago se tendría que conformar con una cena líquida. También el de Tixaso y el del olano. Se sentó en un rincón y apoyó su cabeza en la pared de madera. Agotado, cayó en un sueño inquieto y superficial lleno de imágenes dolorosas que acudieron a su mente. Se encontraba en un pueblo fantasma. Quién sabía qué podía haber hecho a sus habitantes abandonar aquel sitio y cuál habría sido la causa. Los poblados de los clanes de los talantas tendrían ahora mismo un perfil parecido. ¡Zarala! Suspiró entre sueños. Sin darse cuenta, extendió su mano derecha hacia delante, buscando el abrazo de una esposa que no estaba.

Aquel amanecer raso trajo un nuevo día de silencio. Tixaso seguía quieta, pero viva. Aner se preguntó cuánto tiempo más aguantaría así. No se atrevió a tocarla. Colocó encima de ella la única capa que tenían y se estiró. Encajó el dolor y el hambre que sentía con una nueva mueca. Miró el horizonte. Se encontraba más cansado que el día anterior y parecía que a su cuerpo le hubieran dado una paliza. Sonrió al pensar en ello. Realmente le habían dado una paliza. Aunque sus heridas evolucionaban bien, sentía como si todo su interior se hubiera desencajado de su sitio.

Su estómago rugió. Debía encontrar algo con qué alimentarse. Le daba igual lo que fuera. Sin ganas, decidió aventurarse por los alrededores. A gusto se habría llevado a su olano, pero no podía dejar a Tixaso sola. Deambuló durante gran parte de la mañana sin ver rastro de animal alguno hasta que, cansado, se dejó caer sobre la fina hierba. Arrancó una de ellas y se la llevó a la boca sin resignarse a su infortunio. El sol extendía su brillo sobre la tierra y esta le devolvía pequeños guiños dorados. Aner bebió un poco más de agua y siguió su ruta. A media tarde, sin haber logrado su cometido, decidió regresar.

Sin mirar si Tixaso estaba bien o mal, se sentó en su rincón y se acurrucó. No tenía ni idea de cuántos días llevaban sin probar bocado. Solo sabía que se encontraba cada vez más débil y que su cuerpo reclamaba alimentos. Y otra noche volvía a caer sobre ellos. Miró a su olano.

El talanta se incorporó despacio y se acercó al animal. Los dos sabían lo que iba a suceder a continuación. El animal pareció leer el pensamiento de su amo y reculó. Aner lo sujetó con firmeza de las riendas y el cuadrúpedo se dejó llevar. Parecía resignado, aceptando ya su sacrificio. El talanta lo condujo con decisión a un lugar apartado.

—Lo siento. Te debemos la vida y ahora te la deberemos doblemente. Has demostrado tener más honor que la mayoría de los banelatus con los que he tropezado.

Acarició su cuello y recitó palabras suaves en su oído. Luego hundió su puñal en el cuello del animal, desgarrando su garganta. El olano ladró por última vez y emitió un corto aullido antes de caer despacio sobre el suelo llano. Aner clavó su espada con acierto, evitando la agonía final del animal. Luego lo descuartizó. La carne caliente entre sus manos impregnó sus brazos de un intenso color rojo.

Varias aves carroñeras volaron en círculo convertidas en sombras que surcaban la oscuridad de un cielo entregado a la noche. Aner, con un esfuerzo enorme, desplazó el esqueleto del olano y lo alejó todo lo que pudo del lugar donde se encontraba Tixaso. Esperaba que con eso bastara para alejar a las bestias de ellos. Algunos animales comenzaron a hacer acto de presencia. Era curioso. Llevaba dos días buscando animales y aparecían justo en ese momento.

Tixaso seguía quieta, tan quieta que Aner se acercó de nuevo a tomarle el pulso. Continuaba siendo débil, pero acompasado. Encendió fuego. Eso descubriría su posición, pero evitaría que los animales indeseados se acercaran al olor de la sangre. Luego asó la carne. Comió despacio un pequeño trozo. Se sintió extraño en medio de aquel silencio roto solo por el festín que varias aves se daban unos pasos más al sur. Preparó varios paquetes de carne y los envolvió en algunas telas que encontró. Los guardó en el zurrón que había rescatado antes de sacrificar al olano. Regresó al lado de Tixaso y volvió a ofrecerle agua. Luego se recostó en su rincón y se preparó para pasar una larga, larga noche.

Un pequeño gemido de dolor fue lo único que se permitió Aner nada más despertarse. No le quedaban fuerzas ni para estirarse y todo a su alrededor parecía dar vueltas. Se sintió mareado. Quizás la carne del olano no fuera comestible. Sintió deseos de vomitar, pero pasadas las primeras arcadas comenzó a sentirse mejor. Abrió su ojo. El día estaba nublado y hacía ya un buen rato que había amanecido. Se puso de rodillas y después, apoyándose en las paredes de madera enmohecidas, se incorporó. Miró hacia Tixaso. Algún tímido rayo de sol penetraba entre los resquicios de la madera que en otro tiempo fuera un sólido tejado y resbalaba por el níveo rostro de la banelatu.

—¡Tixaso! —llamó despacio Aner.

Esta abrió los ojos de repente y lo primero que vio fue un punto azul que la miraba. La cara de Aner estaba hinchada y amoratada y apenas podía abrir uno de sus ojos. Sus labios estaban agrietados e inflamados, pero aún conservaba fuerza y determinación en la mirada. La banelatu parpadeó varias veces.

—¿Puedes moverte?

La voz de Aner no parecía la suya. Sonaba como un trueno lejano. Estaba ronco. La cabeza del talanta desapareció de pronto de su vista. Al poco, reapareció y la ayudó a incorporarse un poco. Despacio, Tixaso bebió el agua que le ofrecía y se lo agradeció con un simple movimiento de cabeza.

—¿Puedes moverte? —repitió Aner—. Tu herida sigue abierta.

Tixaso era consciente de ello. Aquel banelatu que la había herido sabía lo que hacía. Sabía de su debilidad, pero no la iba a mostrar delante del talanta. Había pasado cinco días durmiendo. Era su forma de ahorrar energías y recuperarse, pero no había logrado que aquella herida se cerrara. La banelatu intentó incorporarse sin ayuda.

—¿Dónde me has puesto? —su voz sonó autoritaria y exigente.

—En un sitio donde no pudieran devorarte las alimañas.

—Necesito estar cerca del suelo.

—Lo que necesitas es estar viva y eso es lo que estás —replicó él con cierto enfado.

Tixaso decidió ignorar las palabras de su compañero de viaje. Aner, molesto por el poco agradecimiento que mostraba ella, se apartó de su lado. «Tiene suerte de no sentir dolor», se dijo Aner, «pero no me importaría meter mi puño en su herida y retorcerlo hasta que mi brazo entero estuviera dentro».

—Supongo que estás lista para marcharnos —se decidió a hablar en un tono en que sus palabras no sonaran a nada serio.

—Lista y preparada —escuchó para su asombro detrás de él.

Aner se giró. Tixaso se había bajado de la vieja mesa de madera e intentaba mantenerse en pie. Su cuerpo estaba algo curvado. Su mano izquierda se apoyaba en la mesa, mientras que con la derecha se taponaba la herida.

—Supongo que tampoco considerarás adecuado el vendaje que te he hecho —le dijo Aner con cierto tono de ironía, aun sabiendo que ella no iba a notar esa sutileza.

Tixaso no tomó en cuenta sus palabras y se limitó a pedir comida. Aner puso delante de ella varios trozos de carne. Ella no preguntó su procedencia y él tampoco dio más explicaciones.

—Preparémonos para la marcha. Nos quedan aún largas jornadas y Tandrem puede mandar más banelatus en nuestra búsqueda.

Aner preparó las escasas pertenencias que tenían y las que había conseguido durante los últimos días después de recorrer la aldea abandonada y se las cargó al hombro. Tixaso cogió la silla y los aperos del olano sin hacer preguntas. Nunca se sabía qué iban a necesitar y de

abandonarlos ya había tiempo. Los dos compañeros iniciaron el camino despacio, rodeados de un silencio abrasador que ninguno de los dos quería romper. Parecía que no tuvieran nada que decirse, nada de lo que hablar, a pesar de que los dos habían escapado de la muerte casi de milagro. Ambos se guardaban su orgullo y ninguno quería dar muestras de debilidad al otro.

Al mediodía, sin decirse nada, se sentaron debajo de un árbol y compartieron carne y agua. Una pequeña parada para recuperar fuerzas y, después, otra vez al camino. El silencio seguía en medio de ambos. Tixaso notaba fuertes y contradictorios vaivenes dentro del corazón de Aner sin saber muy bien a qué se debían. Aner caminaba con los puños apretados, cada paso era doloroso, pero cada paso que daba lo acercaba a Zarala y eso era lo único importante.

El día declinaba en medio del silencio espeso en el que los dos se habían empeñado en involucrase. La primera estrella clamó su protagonismo en el cielo, desaparecido ya el astro rey. Los dos viajeros contemplaron la puesta de sol sin pronunciar palabra mientras buscaban en las cercanías un lugar donde pasar la noche. Encontraron un lugar elevado y resguardado y se instalaron al raso, a pesar de que la temperatura no era muy buena. Pero no había otra opción. Aner encendió una hoguera mientras Tixaso examinaba su herida. Seguía abierta y supuraba una mezcla indeterminada de sangre y pus. A la luz del fuego, el corte tomó un color morado-azulado.

—¿Puedes hacer algo? —fue Aner el que rompió el silencio, pero ella ni siquiera le contestó, ignorando su pregunta.

El talanta se acercó a ella y tocó despacio su sien. Fue entonces cuando ella elevó la vista y observó su rostro. En ese instante fue consciente de lo maltrecho que se encontraba el propio Aner. Ahora que lo tenía cerca notaba todas y cada una de las heridas internas y externas que arrastraba su cuerpo. Tixaso asintió.

—Solo quiero decirte que puedes contar conmigo para curar tu herida. Yo... —en ese instante se detuvo sin saber si debía continuar o no. Al final se decidió—. Lo que quiero decir es que... es que, aunque no me consideres digno de ayudarte ni acreedor de ese derecho, puedes usarme si necesitas energía.

Tixaso miró a su interlocutor.

—¿Se puede saber de qué hablas, Aner?

—Sé que puedes usarme.

Tixaso se levantó de golpe.

—¿Me estás proponiendo que use la energía de tu cuerpo?

Aner asintió. Su cara seria en medio de los moratones que exhibía no hacía sino acentuar la sinceridad de sus palabras y la determinación de su ofrecimiento.

—Eso está prohibido.

—Sé que puedes hacerlo, esté prohibido o no —dijo él con plena calma.

—No sé de qué me estás hablando.

—Estás muy débil para poder sanar tu herida y, obviamente, no consigues que el flujo de energía de lo que te rodea llegue hasta ti. Pero yo puedo servir de..., no sé cómo lo llamáis, de vía o de camino.

Tixaso se sintió débil. Sin quererlo, había gastado las pocas fuerzas que le quedaban ese día después de la gran caminata en levantarse de golpe. El suelo se movió bajo sus pies y estuvo a punto de caer. Aner la sostuvo a tiempo.

—Aner, no puedo usarte. Los banelatus podemos controlar la energía de lo que nos rodea, pero no podemos usar la energía de los talantas ni para curarnos ni para matar a otros talantas. Es nuestro código de honor y lo que todos los banelatus juramos guardar cuando llegamos a la edad de dieciséis años.

Aner se rio con ganas mientras dejaba en el suelo con delicadeza a Tixaso. La banelatu se había acostumbrado a la risa del talanta y, aunque no entendía su significado, ya no le desagradaba.

—No pensaba que eras tan escrupulosa —dijo cuando terminó de reírse—. Es curioso que podáis maltratarnos, usarnos como esclavos, reducir nuestra vida a una pura miseria, herirnos hasta casi la muerte y sanarnos después a vuestro antojo y ahora, cuando tu vida está en peligro, hablas de un código de honor. Además, nadie lo sabrá nunca.

—Lo sabré yo y eso es suficiente.

—Tú sabes que estás débil, más exánime de lo que aparentas —Aner hizo una pausa, pero no dejó de mirarla—. Los banelatus no veis la muerte como nosotros, porque nuestra vida es más corta que la vuestra. Pensáis que tenéis derecho a vivir más y que nada malo os puede pasar, pero, créeme, he visto morir a banelatus más jóvenes que tú. Tixaso, te ofrezco la vida —la banelatu seguía el discurso de sus palabras con atención. Aner le hablaba despacio y con claridad, en un tono bajo, pero contundente. El talanta sabía que no la estaba convenciendo, así que decidió cambiar de argumento—. Tixaso, si Tandrem ha mandado seguirnos no es solo porque tú hayas conseguido burlar su apuesta o porque yo haya matado a su campeón. Tandrem ha estado viéndose en secreto con gente de Sadoc. Tandrem considera a Maore débil. Cree que no es un buen líder porque es blando con los talantas. Sin embargo, cree en el proyecto de Sadoc: un único supremo con un único suprem que convertirá a los banelatus en los dueños de todas las criaturas. Y ese apoyo tiene un precio, el precio es la cabeza de Maore. Sadoc conseguirá el supremo para él y Tandrem tendrá el dominio de la parte oeste del supremo.

—No te creo —le dijo sin ningún matiz en su voz, aunque analizando una y otra vez lo que Aner acababa de decir. Era cierto que Tandrem no habría tenido reparos en hablar ciertos asuntos delante de Aner. Primero porque consideraba que Aner nunca iba a ser otra cosa que su esclavo hasta su muerte. Y, segundo, porque no tenía ni idea del dominio del banelatu que tenía Aner.

—Tixaso, mi oferta es sincera, pero tiene fecha de caducidad. No te lo volveré a proponer y no me ofreceré de nuevo.

Después de decir esto, Aner se dio media vuelta y se alejó un poco. Estaba cansado de todo y

lo único que le importaba era ganar tiempo para salvar la vida de Zarala, si es que seguía viva; y tenía que seguir viva porque él así lo sentía, así lo quería, así lo necesitaba.

—Aner —dijo Tixaso. Él se volvió—. ¿Por qué me has hecho ese ofrecimiento?

El talanta la observó con detenimiento.

—Tú no lo entenderías porque nunca has mirado a los ojos de una mujer y te has sentido atrapado por ellos, porque tu corazón nunca ha latido por otra razón que no sea la de sobrevivir, porque nunca te has sentido injustamente tratada... Te podría enumerar mil razones y ninguna te ayudaría a comprender, simplemente porque los banelatus no os ayudáis entre vosotros, solo seguís órdenes, códigos de comportamiento o como sea que vosotros lo llaméis. Yo ansío volver a mirarme en los ojos de Zarala...

Aner se había perdido en sus propios pensamientos, sus ojos —ya podía abrir los dos más o menos— miraban sin ver lo que le rodeaba, porque estaba inmerso en el significado que quería dar a sus palabras. De pronto, se calló y volvió a enfocar el rostro de quien tenía delante.

—Nunca he hecho lo que me propones y con esto no digo que lo vaya a hacer —se adelantó ella.

—Pero sabes que si no lo haces... morirás. Salvo que encuentres enseguida a otro banelatu que esté dispuesto a poner sus manos sobre tu herida y eso puede ocurrir o no.

—Y, si lo hago..., tú puedes morir.

—Sé que no me matarás, sé que cogerás la energía que necesites sin llegar a exprimir mi vida del todo. No hace falta que la cojas toda de golpe, puedes hacerlo en varias sesiones.

—No entiendo tus razones para hacer este ofrecimiento.

—No hace falta que entiendas mis razones, tan solo que comprendas las tuyas.

El silencio regresó junto a ellos y se instaló de nuevo como compañero. Tixaso repasaba en su mente todo lo que le podía ayudar a decidirse. Aner, en cambio, se recostó sobre la silla de montar, puso sus manos detrás de su cabeza y miró al cielo cubierto ya de estrellas.

—Está bien —escuchó al fin—. Lo haré.

Aner se incorporó despacio y se puso a su lado. Sin que ella le dijera lo que debía hacer, Aner tomó sus manos y las puso sobre las de ella. Luego las movió hasta que las cuatro quedaron sobre la herida, a tan solo una pulgada. El talanta sintió frío al principio. Poco a poco, este fue reemplazado por una tenue calidez que se tornó más fuerte al cabo de un tiempo. Luego notó un vago sopor y una pronunciada somnolencia. Estaba cansado. Cerró los ojos y cayó en un profundo sueño.

Tixaso estaba sorprendida del manejo de Aner de la situación. Ella ni siquiera estaba segura de lo que debía hacer. Sin embargo, el talanta parecía tener claro cómo debía proceder. Las manos de

Aner eran fuertes y sujetaba las suyas con firmeza. Cuando la energía empezó a fluir, ella notó cómo su cuerpo recuperaba fuerzas. Tixaso contempló al talanta. Cuando notó que el cuerpo de él se empezaba a vaciar, despacio dio la vuelta a sus manos, de tal forma que las palmas de ambos se encontraron. Era suficiente por el momento. Aner estaba exhausto. El talanta cerró los ojos y Tixaso le ayudó a recostarse sobre la silla de montar.

Aner durmió durante horas. Un sueño profundo y reparador lo arropó a lo largo de toda la noche y parte del día siguiente. Al despertarse, se sintió relajado y tranquilo. Su cabeza estaba descansada y ya no notaba la tirantez de la hinchazón, porque esta había descendido considerablemente. Los rayos del sol incidían de manera oblicua sobre sus hombros y el calor era reconfortante.

Tixaso estaba de espaldas, con los brazos en jarras. Oteaba el horizonte. Al sentir el movimiento del talanta, se giró. Al amanecer, Aner había estado agitado como siempre; su cuerpo se había convulsionado y ella había temido por su vida. Después, de pronto, se había quedado tranquilo de nuevo y su respiración se había vuelto lenta y acompasada. La banelatu parecía restablecida. Aún se encontraba débil, pero la herida había dejado de manar sangre y apenas supuraba. Se movió despacio, con movimientos sigilosos de felino, y le lanzó un trozo de carne con suma elegancia.

—¡Come! —le espetó—. Necesitas recargar fuerzas. Y bebe —continuó después de lanzarle el pellejo de agua con fuerza—, pero hazlo despacio.

Aner masticó con cuidado. Comer le sentó bien. Después de varios pedazos, se llevó el pellejo a la boca y tomó un sorbo.

—Veo que te encuentras mejor —comentó Aner limpiándose la boca, de la que se había escurrido un poco de agua por la comisura de los labios.

Tixaso asintió por toda respuesta. Aner concluyó su comida y sintió la necesidad de estirarse. Levantó sus brazos y se agarró el codo derecho con su mano izquierda; después, el codo izquierdo con la mano derecha. Tixaso no comprendió ese movimiento. Lo ignoró y volvió a mirar el horizonte.

—Debemos continuar —dijo por todo comentario.

Aner se puso en pie y recogió sus enseres. Por primera vez en los últimos días, se encontraba con fuerzas y ganas y el dolor de su cuerpo era menos intenso. Se había imaginado que, tras ayudar a Tixaso, la debilidad y el dolor retornarían con intensidad a su cuerpo. Sin embargo, la sensación era totalmente distinta. Tixaso, unos pies más a su derecha, recogió del suelo la silla de montar y se la cargó. Los dos se pusieron en camino con la mente puesta en Bankada y deseando no tener más contratiempos. El silencio se interpuso de nuevo entre los dos y cada uno se sumergió en sus propios pensamientos. Aner ya se había acostumbrado a esos largos e interminables mutismos y en ese instante apreció que se repitiera. Tenía demasiados asuntos en la cabeza y debía prepararse para cuando llegaran a Bankada.

El paisaje empezó a cambiar a su alrededor cuatro días después. La llanura comenzó a elevarse; suavemente primero, con acritud después. El verde fue sustituido por el color de las rocas cada vez más abundantes y de mayor tamaño. A lo lejos se divisaban las cimas nevadas. En el rostro de Aner se habían marcado las ojeras; arrastraba sueño y cansancio. Pero su mirada seguía siendo de un azul vívido y refrescante. Caminaba con la caretesa puesta, que escondía su barba crecida y evitaba exponer sus sentimientos al escrutinio de su acompañante.

Las provisiones de carne casi habían desaparecido y durante la pasada jornada habían decidido empezar a racionarlas por lo que pudieran encontrarse más adelante. A pesar de eso y del peso que cargaban, mantenían un buen ritmo, haciendo largas jornadas de tirón. Las heridas de ambos casi habían cicatrizado, aunque sus cuerpos aún arrastraban marcas que recordaban el reciente enfrentamiento con Voscrum.

Pasada la media tarde, las montañas se veían ya claramente y sus perfiles, disimulados hacía unas horas, se vislumbraban ahora nítidos. Tixaso y Aner se detuvieron al pie del desfiladero que conducía a la falda de la montaña Grisol. El punto más al norte por el que pasarían y también el más frío. Aunque su paso sería breve, necesitarían hacer buena provisión de víveres y de ropas de abrigo, porque se tendrían que mover durante unos miles de pasos por entre la nieve. Desde allí, descenderían en línea recta hacia la capital del supremo del oeste.

A unos cien pasos de donde se encontraban, se divisaba una pequeña cabaña de madera oscura de la que se escapaba un humo gris que se elevaba hacia el cielo y se confundía con las nubes del mismo color. En los alrededores, un anciano partía leña.

—Talantas —aseguró Aner, quitándose la caretesa.

Tixaso asintió, repitiendo su maniobra.

—¿Podrás hacerlo? —le cuestionó Aner.

—Puedo hacer todo lo que me proponga.

Aner esbozó una leve sonrisa y meneó la cabeza. Después se giró con rapidez y se plantó delante de ella.

—¿De verdad crees que puedes comportarte como uno de nosotros? ¿En serio piensas que puedes reír, gritar, llorar...?

—No hablamos de eso —le dijo ella con gran intensidad en su mirada pero sin cambiar de expresión—. Puedo hacer creer a los otros que lo soy. Me esconderé bajo la capucha tal y como hemos hablado. Las mujeres talantas son sumisas, débiles. Nadie les presta atención cuando están fuera de su clan, fuera de su lugar de origen y menos cuando las acompaña un guerrero fuerte y decidido. Será fácil pasar desapercibida.

—¡Vaya! Ahora piensas que soy un guerrero fuerte y decidido.

—Solo creo que a los de tu raza se lo pareces, no que me lo parezcas a mí.

—Siempre tan sutil, Tixaso. Pero te diré algo. La gente es curiosa, cotilla, le gusta saber de los demás, pregunta y saca conclusiones y más en un sitio de paso como este y con los banelatus en pie de guerra.

—Deja de preocuparte por mí y piensa cómo vamos a conseguir comida y ropa de abrigo.

—Pensaba que tú te encargabas de la logística, tú eres quien preparó este viaje.

—A veces, Aner, hay que improvisar.

—Ponte la capucha y pórtate bien —le recomendó.

Las últimas palabras del talanta se quedaron en el aire, Tixaso ya había comenzado a caminar en dirección a la cabaña.

La pequeña cabaña de madera oscura estaba bien conservada. El anciano siguió con su trabajo de cortar leña cuando los dos forasteros lo saludaron. Ni siquiera se molestó en volver la cabeza. Tixaso mantuvo su capucha y Aner estudió los alrededores. Los dos habían desarrollado un instinto de protección que les hacía examinar con sumo cuidado cada uno de los rincones por los que pasaban y en los que debían acampar. A su derecha, un edificio anexo más grande parecía querer camuflarse entre varios árboles frondosos de gruesos troncos. Se trataba de una construcción sobria, con los elementos imprescindibles y desnuda de ornamentos. Su planta rectangular servía de base a dos plantas, más una tercera abuhardillada.

—Buscamos alojamiento —dijo Aner.

El anciano señaló con su mano hacia el edificio mayor y volvió a su trabajo. Tixaso caminó detrás de Aner sin pronunciar palabra. La puerta del edificio anexo se abrió al empujarla Aner con la mano. El recinto estaba oscuro y olía a verduras. Una anciana de largos cabellos grises acudió a la entrada al oír el ruido de los goznes, tridente en mano para protegerse de un posible agresor.

—Buscamos alojamiento —pronunció Aner, mostrando sus manos desnudas de armas al ver el gesto de defensa de la anciana— Me llamo Aner y esta es mi esposa.

—Mmmmmm —murmuró la anciana, inspeccionando de arriba abajo y de abajo arriba a los recién llegados.

Aner alargó su mano derecha y buscó la de Tixaso en un gesto que a la anciana le pareció muy protector. La banelatu no eludió el contacto con el talanta y dio un paso hacia él, colocándose muy cerca de su hombro. La anciana intentó entonces ver el rostro de la que creía una mujer y, por un momento, Aner temió que le pidiera que se bajara la capucha e incluso que ella misma se la quitara.

—Hemos tenido que dar varios rodeos para llegar hasta aquí —las palabras de Aner distrajeron la atención de la anciana y esta desvió su mirada hacia él. Tixaso retiró entonces la mano izquierda de su espada a la que la había acercado cuando vio que la dueña de la posada centraba su curiosidad en ella.

—Ya, ya —dijo la anciana con una voz algo chillona, pero cargada de una gran calidez que tranquilizó a Aner—. Banelatus. Últimamente este paso está muy transitado.

—Bueno para tu negocio —dijo Aner, intentando ser cortés.

—¿Adónde os dirigís? —le interrumpió la mujer, haciendo caso omiso a su comentario.

—Vamos a Islandad. De allí es la familia de mi mujer. Nuestra aldea fue reducida a cenizas. Algunos escapamos. Después de varios días de huida, cada uno decidió seguir el camino por su cuenta.

—Mmmmm —murmuró de nuevo la anciana.

El corazón de Aner se aceleró. Conocía esa aldea, había estado en ella un par de veces. Solo esperaba que la anciana no fuera de allí, porque sería difícil sostener su mentira. Tixaso notaba esos aceleramientos. Le parecía increíble que Aner no fuera capaz de controlar el ritmo de su corazón en esos momentos y más increíble aún que la anciana no se diera cuenta. Pero luego recordó que Aner sí era capaz de controlar el ritmo de su corazón. Eso al menos había hecho cuando aquel banelatu hizo que el muro cayera sobre él mientras luchaban en su aldea.

—Han llegado noticias... de que fue atacada.

Muy metida en su papel, Tixaso se llevó la mano a la boca y apretó el brazo de Aner.

—Lo siento, hija —añadió la anciana con cierta ternura.

—¿Tiene alguna habitación para nosotros? —Aner aprovechó un pequeño silencio para ir al grano. Se empezaba a cansar de tanta chachara. Solo quería llegar cuanto antes a una habitación y echarse sobre una cama.

—Son dos dineros por adelantado y dos más por cada noche que paséis aquí. La comida es aparte.

Aner rebuscó en su bolsa. Se habían repartido el dinero. Él llevaba dinero talanta y Tixaso manejaba el banelatu. Con decisión le dio cuatro dineros.

—Solo estaremos una noche, pero necesitaremos víveres y ropa de abrigo.

La anciana asintió y la mirada se le iluminó una vez tuvo las monedas que Aner le tendía en su mano. «Avariciosa», pensó Aner.

—Esperad aquí.

La mujer se ausentó y regresó con una llave oxidada en la mano.

—Nada de bebidas ni de peleas. Si armáis jaleo, mi hijo —dijo, señalando a un fornido joven de unos veinticinco años que apareció entre las sombras en ese instante— se encargará de vosotros.

—No creo que eso vaya a ser necesario —señaló, tomando la llave que la anciana aún tenía en la mano. Estirando de la mano de Tixaso, ambos subieron la escalera que les conducía al segundo piso.

—Aner —llamó la anciana—. La cena se sirve a la hora de vísperas.

El joven asintió y se giró enseguida para continuar su ascenso.

Tixaso se zafó de la mano de Aner nada más escucharse el sonido del cierre de la puerta. La habitación era estrecha, con una pequeña ventana por la que la luz solo podía entrar de perfil, si es que lo hacía. El sol estaba ya demasiado bajo para pelearse con el pequeño resquicio que dejaba la ventana y la habitación quedaba en penumbra. Una vez dentro, los dos se quedaron quietos. Aner estaba incómodo en cierto sentido, sin saber qué hacer. Tenía ganas de tumbarse en la cama y descansar, pero le pareció mal. O mejor dicho, no quería que Tixaso le creyera débil o cansado. La banelatu recorrió la estancia con la mirada. Al hacerlo, recordó cada una de las palabras y de los gestos que había presenciado. Debía decidir cuál sería la mejor estrategia a partir de ese instante. Aner, viendo a Tixaso inmersa en sus pensamientos, descargó todo lo que llevaba en un rincón y se sentó en la cama. Poco después, decidió tumbarse. Cerró los ojos y enseguida la realidad se hizo vaga y su cuerpo se presentó en ese lugar que queda entre el sueño y el presente.

—Es hora de bajar a cenar —escuchó poco después.

Aner se incorporó en la cama algo sobresaltado. Se pasó la mano por la cara y sintió la suavidad de su barba ya crecida. Se puso de pie. Algo dormido aún salió de la habitación seguido de Tixaso, quien caminaba envuelta en su capa. Buscaron un rincón apartado. La estancia se había llenado de una mezcla de olor a verduras y almizcle. La anciana, de nombre Aurela, puso sobre su mesa un par de cuencos de sopa y dos pedazos de pan. Únicamente otras dos mesas estaban ocupadas. Una de ellas, por una familia compuesta por cinco hijos, más los abuelos y los padres. Los más pequeños armaban una gran bulla y Aurela evitaba pasar cerca de ellos. En la otra, un hombre de una edad indefinida masticaba pan con profusa lentitud mientras manejaba una pequeña daga con su mano izquierda. Tixaso dejó que su capucha cayera hacia atrás, auspiciada por las sombras de la habitación. No tenía mucho apetito, pero sabía que debía comer todo cuanto pudiera para almacenar energías. Aner comía a grandes bocados, ensimismado. Sus ojos se perdían en la distancia sin enfocar nada concreto. El fuego crepitaba y hasta el comedor llegaba el sonido de una olla burbujeante. Las conversaciones, excepto las de los chiquillos, tenían lugar en suaves murmullos. Aurela se movía con soltura entre las mesas sirviendo más comida y rellenando jarras de agua. No se servía vino ni ninguna otra bebida alcohólica. Aner apuró su pequeña jarra y después se concentró en quitar toda la carne de un enorme hueso que asía con su mano izquierda. No se dio cuenta de la llegada del hijo mayor de Aurela hasta que este estuvo encima de ellos. Tixaso, más rápida, se colocó la capucha sobre su cabeza. Eako sonrió ante ese gesto.

—Mi madre dice que pensáis atravesar el desfiladero —empezó Eako, tomando un taburete y

sentándose a la mesa sin ser invitado. Aunque él se creía con el derecho, ya que, después de todo, estaba en su casa.

Aner lo miró sin hacerle partícipe de respuesta alguna, ni de palabra ni por gesto. Eako se tomó su silencio como una invitación a proseguir.

—Hay un guía, un hombre de los alrededores que conoce bien todos estos parajes. Una vez al mes hace de guía para grupos. Siempre es más seguro que viajar solos.

Aner seguía sus explicaciones sin apartar la vista de sus ojos.

—Dentro de una semana llegará aquí. Por un precio módico podéis uniros a su expedición.

—No podemos esperar tanto —habló entonces Aner de forma rápida y un poco tajante.

—Serán solo unos días y eso os puede salvar la vida.

—Agradezco tu ofrecimiento, pero estamos decididos a seguir nuestro camino. Debemos llegar cuanto antes.

—Solo piénsatelo. Mejor llegar más tarde que no llegar nunca a vuestro destino. Tienes una bella esposa. Deberías pensar en ella —concluyó mirando a Tixaso e intentando ver más allá de la sombra que cubría su rostro. Le regaló entonces una mirada y unas palabras que iban más lejos que la pura galantería o de la admiración. Aner conocía esa mirada y sabía lo que significaba y Tixaso conocía esa mirada y sabía lo que significaba para una mujer talanta casada. Pero ella no lo era.

Eako se alejó y Aner lo siguió con la mirada. Su propia expresión había cambiado. Las palabras de Eako le habían fastidiado. Detrás de ellas había una velada amenaza y a Aner no le gustaba que nadie le manipulara. Molesto, dejó el hueso sobre el plato y bebió un último sorbo de agua.

—Será mejor que subamos a la habitación —le dijo a Tixaso, volviéndose hacia ella.

La banelatu iba a replicar, pero percibió cierta tensión y decidió dejarse llevar por su intuición.

La habitación estaba fría, más fría de lo que Aner recordaba, pero no era el momento de pensar en ello. Tixaso notó gran nerviosismo dentro del talanta. Aner asió con fuerza la empuñadura de su espada que llevaba sujeta a la cintura mientras miraba a Tixaso con cara seria.

—Voy a intentar conseguir todas las provisiones que necesitamos. No te muevas de la habitación y no dejes entrar a nadie. Y ten cuidado con Eako. No me han gustado sus insinuaciones.

Sin esperar a que ella contestara, salió de la habitación, cerró la puerta y comprobó que esta se mantuviera así. Las escaleras crujieron bajo el peso de sus pies. Salió a la calle y se dirigió hacia el exterior, hacia la cabaña más pequeña. El anciano seguía allí, cortando leña como si el tiempo no hubiera pasado para él. Sus movimientos eran lentos, aunque tremendamente certeros. Cientos

de leños esperaban apilados a su derecha.

—Necesito mantas y ropa de abrigo —le dijo.

El anciano, imperturbable, continuó con su trabajo, sin mostrar interés.

—¿Dónde puedo encontrar mantas?

El anciano, sin dejar el hacha que llevaba en la mano, giró su cabeza hacia la cabaña. Aner dirigió allí sus pasos. Entreabrió la puerta y penetró en el interior. Una espesa oscuridad lo rodeaba todo. Tardó en acostumbrarse a la negrura, pero, una vez hecho, paseó su mirada por cada uno de los rincones. Lo que en principio supuso que era la vivienda del matrimonio que regentaba la posada, era un pequeño almacén. Examinó los materiales que allí se guardaban y eligió todo aquello que le pareció que les iba a ser útil, pero a la vez menos pesado. Con todo ello se dirigió de vuelta a la pequeña posada y buscó a Aurela.

—Necesitaré provisiones de carne, queso, pan y cualquier otra cosa que puedas facilitarme.

—Eso te costará dinero.

—Ponga un precio y hablaremos.

—Todo eso que llevas, más la comida... te costará quince dineros.

Aner sabía que la cantidad que pedía era desorbitada, como también sabía que él no tenía tanto dinero en su faltriquera. Quizás juntándolo con el dinero banelatu... pero esa no era una buena idea. Aurela no aceptaría esa moneda y solo mostrarla haría aflorar un montón de preguntas.

—Vayamos por partes —dijo entonces Aner, intentando poner un poco de orden. El joven preguntó por el precio de cada uno de los artículos y separó aquellos por los que merecía la pena regatear un poco. Una vez que pactó un precio cerrado con Aurela, se llevó todos los enseres a su habitación, a excepción de la comida.

—Veo que sigues decidido a traspasar el desfiladero en solitario —le comentó Eako en cuanto lo vio entrar.

—De momento, solo estoy aprovisionándome. Si va a venir más gente, prefiero tener la oportunidad de elegir el género.

El hijo de Aurela se limitó a sonreír. Aner subió las escaleras, llamó a la puerta para hacerle saber a Tixaso que era él y entró en la habitación.

—Parece que te has tomado en serio lo de las provisiones —dijo Tixaso—. Eso está bien.

—Sí, eso está bien —repitió él—. Ahora, voy a descansar. Mañana nos levantaremos al alba y dejaremos atrás este sitio. Ese Eako no me gusta... hay algo en él... Bueno, da igual. ¿Piensas dormir? —sin esperar a que ella contestara, siguió hablando—. Duerme o no, como quieras, pero no salgas de la habitación. ¿Me oyes?

Aner cerró los ojos, poco a poco se sumergió en un sueño ligero y después en un sueño profundo.

El talanta despertó sobresaltado, apoyó sus manos sobre la cama y se quedó a medio incorporar. En la habitación reinaba el silencio y la oscuridad. Era difícil saber qué era lo que lo había sacado del descanso de esa manera tan brusca. A no ser...

—¿Tixaso?

Aner se levantó de golpe. Comprobó que su espada pendía aún de su cintura y anduvo hacia la puerta a tientas, buscando el pomo al tacto. Al pequeño pasillo llegaba una tenue luz de la lumbre que aún no se había apagado en el comedor. Agarró con fuerza la barandilla de madera y voló sobre las escaleras. Todo parecía en calma. Entonces, ¿dónde estaba Tixaso? Quizás tan solo hubiera salido a tomar un poco de aire.

Una ráfaga de viento frío le dio la bienvenida al exterior. Un cielo nublado en el que de vez en cuando aparecía una media luna creciente amenazaba con descargar una pequeña cantidad de lluvia. Aner se pasó la mano por sus cabellos. El aire, casi gélido, reactivó la circulación en su cuerpo. Como todo parecía estar en orden, decidió volver dentro. Se giró, pero en ese momento algo llamó su atención. Fue un breve movimiento, casi imperceptible. O quizás tan solo fue un sonido que se quedó pendido en la atmósfera. Se dirigió hacia su derecha, sin hacer ruido, donde se insinuaban dos siluetas entre los árboles.

Tixaso andaba hacia atrás, envuelta en su capucha. Eako, con las manos separadas de su cuerpo avanzaba hacia ella. Aner entornó los ojos y se puso alerta. Cuando Eako puso su mano derecha sobre el hombro de la banelatu e intuyó la de Tixaso sobre la empuñadura de su espada, se dijo que debía hacer algo. De un movimiento rápido y ágil, se quitó la capa que llevaba y se la puso en el brazo.

—¡Ah, Eako! ¿Protegiendo a mi esposa? —dijo Aner de improviso. De tal forma que Eako aún se preguntaba de dónde había aparecido cuando sintió el aliento del talanta muy cerca de su cara —. Me he dejado la capa y la noche es fría en estos parajes.

El hijo de los posaderos se echó hacia atrás. Un poco aturullado, miró con lascivia hacia la sombra que envolvía a Tixaso, dio las buenas noches y se fue. Aner no dijo nada y acompañó en silencio el paseo de la banelatu. Caminaron sin decirse nada, en medio de una atmósfera heladora. Casi había amanecido cuando regresaron a la habitación. Aner empaquetó todo y se fue hacia la cocina en busca de la comida. En cuanto estuvieron preparados, se marcharon sin mirar atrás y sin dar explicaciones.

El viento soplaba frío y les hacía avanzar con la cabeza gacha. El sol subía por el horizonte sin conseguir calentar la mañana. Pasado el mediodía, Aner se plantó delante de Tixaso.

—No debiste abandonar la habitación —le dijo en un tono serio.

—Nunca me digas lo que debo o no debo hacer.

—Hablo en serio, Eako te podía haber descubierto. Te deseaba.

Tixaso lo miró inexpresiva, intentando encontrar el significado a lo que acababa de decir el talanta.

—Quiero decir —se adelantó él— que deseaba a la mujer que él creía que se escondía debajo de tu capucha.

—Eso no me interesa. Lo podía haber matado sin que le hubiera dado tiempo a enterarse.

—¿Crees que no lo sé? Pero eso nos habría acarreado un montón de problemas. Me prometiste que te comportarías como una talanta.

—Soy una banelatu.

Tixaso no dijo nada más. Dio por zanjada la conversación. Entendía que era un asunto del que no merecía la pena discutir con un talanta. Aner apretó los puños y los dientes y prosiguió el camino. Cuanto antes llegaran a Bankada, antes lograría librarse de su presencia.

Las paredes escarpadas y de gran altura del desfiladero agrandaban el sonido de los pasos y de la respiración entrecortada de Aner. Caminaban con paso decidido, aunque con sumo cuidado, porque cualquier ruido podía provocar un alud. La nieve que cubría toda la zona llenaba el paisaje de una paz especial. El desfiladero era igual de bello que peligroso. Una vez entrado en su garganta, había algo en el ambiente que te atrapaba.

Caminaron durante todo el día sin apenas hacer paradas. Comieron de pie y bebieron con frecuencia. A media tarde tuvieron que correr para evitar un pequeño alud que se les vino encima. El desprendimiento no fue grande, pero la nieve caía con fuerza desde gran altura y bien podía empujar el peso de un cuerpo humano. Al correr para evitar lo que se les venía encima, perdieron parte de los enseres de uno de los sacos que llevaban. Buscando con cuidado aún pudieron recuperarlo todo. Aunque eso les retrasó un poco.

Al caer la noche, buscaron un saliente donde protegerse. Estaba a unos veinte pies del suelo. La roca sobresalía lo suficiente como para cobijar dos cuerpos tumbados. Limpiaron el lugar de nieve y encendieron un pequeño fuego. Eso les mantendría calientes durante un buen tiempo. La luna creciente tardó en hacerse un hueco entre las nubes. Pero al fin apareció. Aner la miró con curiosidad. Le recordó a otra luna similar que contempló junto a Zarala y se preguntó si ella la estaría viendo en algún otro lugar. Acercó sus manos hacia las llamas que tenían un tono blanquecino. La nieve de los alrededores parecía contagiarse todo con su blancura.

Tixaso también arrimó sus manos. Sus ojos se encontraron. Todo estaba en calma, pero algo perturbaba el corazón de Aner. Intentó dormir. El frío era intenso. El viento ululaba, aunque en el parapeto de aquel saliente parecía algo lejano. El talanta se acurrucó dentro de su saco. Tixaso hizo la guardia aquella noche. A través de las pequeñas llamas que mantuvo avivadas durante todo

el tiempo, vio cómo cambiaba el paisaje y se teñía de un rosa intenso antes de amanecer. Luego el cielo se llenó de luces verdes que parecían esparcirse por toda la parte norte. Ella contempló en silencio el cambio de la naturaleza.

Partieron temprano, con la noche aún sin despedirse del todo. El día transcurrió lento y blanco. La nieve amortiguaba sus pasos y les llegaba hasta los tobillos. Aner se cubrió con su caretosa, que le ayudaba a mitigar el efecto del gélido viento que soplaba de cara. A media mañana se detuvieron para comer algo y también lo hicieron a media tarde. La luz del sol desaparecería pronto en aquel desfiladero que se convertía en un pozo oscuro en cuanto el sol acariciaba la parte alta de aquellas escarpadas paredes. Buscaron un refugio para pasar la noche. Tardaron en encontrar algo adecuado y, cuando lo hicieron, la luz ya se había marchado. Se acomodaron en una pequeña cueva que tomaron en propiedad después de asegurarse de que no estaba ocupada por ningún animal. El humo de la hoguera que prepararon se extendió deprisa por la estancia. Aner comenzó a toser y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tixaso permaneció inmutable, como siempre. Una vez instalados en el interior, tomaron una frugal cena. Aner recostó su espalda sobre la pared. No estaba tan fría como esperaba. Dejó caer su cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Estaba cansado, pero debía seguir. Ya faltaba menos para llegar a Zarala.

—Haré la primera guardia y te despertaré después. Necesito dormir un rato. Una vez que salgamos del desfiladero los encuentros con talantas y banelatus serán frecuentes y debemos estar descansados y preparados.

Aner no discutió.

—Buenas noches —dijo a modo de asentimiento.

El calor del refugio le transportó al mundo de los sueños. Cuando Tixaso lo despertó para que le relevara, se encontraba descansado y despejado.

La hoguera se había reducido a unas cuantas brasas, aunque aún desprendían calor de sus entrañas. Cuando Tixaso se despertó, la luz que anunciaba el comienzo de un nuevo día entraba ya en la cueva. La banelatu miró en derredor. Aner no estaba. Salió al exterior. El talanta estaba agazapado unos cuantos pies más adelante. Las paredes altas y agresivas del desfiladero habían sido sustituidas por otras más pequeñas. El desfiladero se había abierto en una explanada amplia. Seguramente, la noche anterior habían avanzado más de lo que pensaban y estaban más cerca de la salida de lo que creían. Aner parecía observar algo. Ella se acercó despacio. Temía que alguien los estuviera buscando. Pero, al aproximarse y ver el gesto en la cara de Aner, se tranquilizó. Al seguir el trayecto de su mirada, comprendió a qué se debía la fascinación que reflejaba su rostro.

—Son fantásticos, ¿no crees? —comentó al sentir la presencia de ella.

Y, sin mirarla ni esperar respuesta, se lanzó sobre la manada de caballos que hasta hacía unos instantes se había limitado a contemplar. Aner corrió sobre la nieve. De su garganta salieron gritos de exaltación y de alegría. Tixaso nunca lo había visto así. Aner ya había echado el ojo a uno de

ellos. Un ejemplar de una blancura tan solo igualable a la del fulgor que todo a su alrededor emanaba. Un animal que parecía haber sido esculpido en la misma nieve y, después, tocado por un dios, dotado de vida. Aner corrió tras él. No iba a permitir que se escapara.

Tixaso comprendió lo que se proponía Aner y salió detrás. Nunca se había montado sobre un caballo, pero disponer de uno les permitiría avanzar más rápido y les evitaría tener que arrastrar todo el peso de lo que llevaban.

Aner corría entre la nieve. Se sentía libre y feliz. Los caballos habían emprendido una huida frenética al presentir la presencia extraña de los dos caminantes. Entre la banelatu y el talanta consiguieron reconducir la fuga y dirigirla en mayor o menor medida hacia donde ellos deseaban. Aner, con grandes gestos y gritos, Tixaso con silencio y disciplina. Al poco rato, Aner casi se da de bruces con el caballo blanco que buscaba. Al encontrarse, el cuadrúpedo alzó sus patas delanteras en señal de ataque. Aner elevó su mano derecha. El animal dejó caer sus patas y el talanta acercó su mano a su morro. El animal le olió, relinchó y se dejó acariciar.

—Hola, Su-elur —le dijo—. Eres brioso y fuerte, eres nieve de fuego.

Aner lo ató con la cuerda que llevaba sujeta a la cintura y el animal se dejó conducir mansamente. Aner y Su-elur conectaron desde el primer momento. Poco después, Tixaso se acercó al talanta. Manejaba con seguridad un caballo zaino. Ella no le puso ningún nombre especial. Simplemente, le llamó caballo.

El talanta se entretuvo con Su-elur hablándole al oído y acariciando su lomo. Su piel refulgía tanto como el suelo sobre el que pisaban y por el que se extendía una inmensa manta blanca, impoluta. Quería de ese modo ganarse su confianza. No quería dominarlo, quería que llegaran a ser uno, porque intuía que ese caballo que tenía delante era especial. El animal parecía mirar con curiosidad al talanta que tenía delante. Quizás jamás hubiera visto uno de ellos. Aner sentía que esa manada de caballos no había estado allí por casualidad. Tenía la corazonada de que el destino de ese caballo blanco y el suyo era encontrarse. Por fin, se decidió a montar. Su-elur se dejó al principio, pero luego se debió de sentir molesto y a punto estuvo de tirarle al suelo. Aner fue más rápido y se agarró a su cuello. Su-elur movió la cabeza molesto, pero Aner le acarició y el caballo pareció conformarse y asimilar el peso extra con el que cargaba en ese momento.

El viaje durante esa jornada fue más rápido y cómodo. Los animales no parecían tener problemas en seguir las directrices de sus nuevos dueños. Para Tixaso eso era algo natural. Estaba acostumbrada a que cualquier ser vivo se doblegase ante la superioridad de los banelatus. Para Aner fue algo excepcional. Había visto lo difícil que era domar un caballo salvaje en numerosas ocasiones, por eso pensaba que lo que había ocurrido no era fruto de la casualidad. Durante el trayecto, se turnaron la silla de montar y así consiguieron que los dos animales se familiarizaran con algo que nunca habían llevado.

El sol refulgía en lo alto. Aner se colocó la mano sobre la frente a modo de visera. Las paredes del desfiladero eran ya menos altas, por lo que la sensación de peligro había disminuido. Sin embargo, había que seguir siendo precavidos, puesto que el desfiladero aún tenía suficiente altura como para prepararles una sorpresa ingrata.

Se detuvieron antes del anochecer en una cueva que encontraron y que era lo suficientemente

grande como para cobijar a monturas y jinetes. Aún quedaba alguna hora más de luz, pero, gracias a los caballos, habían avanzado más de lo previsto para ese día y era improbable que pudieran encontrar un refugio mejor donde pasar la noche.

Aner y Tixaso prepararon lo necesario para hacer fuego y descansar en silencio. Después se sentaron y repartieron la comida sin intercambiar palabra. Aner estaba distraído. Masticaba un bocado repetidamente, sin tragar, mientras contemplaba el chisporroteo de las llamas. Por eso, cuando Tixaso tocó su sien con el dedo índice, le produjo un pequeño sobresalto. Aner la miró con signos de evidente interrogación antes de dar su consentimiento con un significativo movimiento de su cabeza. Tixaso se tomó su tiempo antes de disponerse a hablar. Cuando lo hizo, se dirigió a él con palabras directas.

La banelatu era consciente de que en su camino hacia Bankada deberían atravesar algunas ciudades y poblados talantas. Eso le había recordado lo valioso que era conocer el idioma de Aner para entender sin traductores que pudieran distorsionar la verdad de todo lo que se pudiera decir en su presencia. Para Tixaso eso era importante. Eso le recordó algo. Ella siempre había tenido facilidad para aprender las distintas lenguas y dialectos de los banelatus. Incluso el jerón, un idioma ancestral y lleno de matices que hablaban los banelatus jeronos, había sido fácil de dominar para ella. Sin embargo, y aunque era capaz de entender y hacerse entender en el idioma de Aner, era consciente de que había palabras y frases que escapaban a su comprensión y eso perturbaba la paz de su mente. Tixaso necesitaba siempre de una explicación clara y lógica de todo cuanto le rodeaba. Por eso se había decidido a interrogar a Aner.

—Cuando escucho tu idioma, entiendo lo que decís y soy capaz de repetir vuestros sonidos. Sin embargo..., hay algo que no encaja en vuestras frases. En ellas añadís palabras que no tienen sentido, que no aportan nada a la esencia del mensaje.

Aner la miró con cara de estupefacción. En un primer momento no entendió a qué se podía referir su compañera de viaje. Después, tras reflexionar unos instantes, creyó comprender. Eso le hizo soltar una carcajada breve, pero sonora. Tixaso esperó impasible su respuesta. Aner podía hacer todos los gestos y ruidos que quisiera, pero estaba obligado a contestarle porque había tocado su sien y él había consentido.

Aner, después de recobrar otra vez la compostura, meditó largamente sobre su respuesta. Hubiera sido sencillo inventar una explicación lógica para satisfacer a la banelatu, pero enseguida se dio cuenta de que tendría que decirle la verdad. Había dado su asentimiento.

—Usamos palabras que describen acciones que vosotros no usáis. Por eso no las entiendes —le dijo Aner.

Tixaso mantuvo su mirada puesta en su compañero de viaje, sin cambiar de postura, y el talanta se dio cuenta de que ella esperaba alguna explicación más larga, algo más concreto.

—Lo que quiero decir es que hay palabras de mi idioma de las que habéis olvidado su correspondiente palabra en el tuyo.

—¿Por qué? —fue la corta pregunta de Tixaso.

—Porque describen cosas a las que vosotros habéis renunciado.

—Nosotros tenemos de todo, incluso objetos que vosotros ni siquiera podríais soñar en inventar. En todo caso tendría que ser al revés.

—Nosotros tenemos algo que vosotros habéis olvidado —repitió.

—Explícate —exigió ella, aunque sin cambiar el tono de la conversación.

—Nosotros tenemos lo que llamamos sentimientos —dijo él, usando la palabra en su propio idioma.

—¿Dónde se compra eso o quién lo ha inventado y por qué tiene tantas palabras para referirse a él?

Para Tixaso, siempre escueta en sus preguntas, aquella era una larga petición.

—Eso no se compra ni se inventa —dijo Aner con cierta sonrisa en su rostro—. Eso reside dentro de cada uno, reside en el corazón —le dijo, llevándose su mano derecha cerrada en un puño hacia su pecho.

Tixaso se quedó en silencio. Aner creyó que con esa explicación la banelatu se daba por satisfecha, pero se equivocó. Repasó en su mente la conversación que acababan de tener y algo llamó su atención.

—Acabas de decir que hay palabras de tu idioma cuyo correspondiente en el mío hemos olvidado. Y luego has vuelto a decir que vosotros tenéis algo que nosotros hemos olvidado. Aner Bortu, ¿estás diciendo que esas palabras existen en mi idioma? ¿Y que hemos olvidado esos «sentimientos» de los que hablas?

Aner asintió con sus ojos puestos en los de ella.

—¿Y tú conoces esas palabras en mi idioma?

El talanta volvió a asentir.

—¿Cómo es que tú las conoces? —su pregunta no sonó a exigencia o sorpresa, se limitó a seguir el curso lógico de la conversación.

—Creo que has hecho mal la pregunta. La cuestión debería ser por qué tú no las conoces o por qué nunca has oído hablar de ellas —Aner le dejó unos instantes para pensar—. Vuestros sacerdotes sagrados las llaman las palabras...

—... prohibidas —terminó por él. Después hubo una breve pausa a la que siguió una rápida pregunta—. ¿Tú puedes enseñármelas?

—Puedo hacer algo más. Puedo hacer que las recuerdes —dijo en tono suave, pero totalmente seguro.

Tixaso lo miró con tal intensidad, aunque sus ojos no cambiaron de expresión, que Aner sintió como si invadieran su mente. La banelatu confirmó que el talanta decía la verdad. En cualquier caso, no le terminaba de entrar en la cabeza que Aner no solo conociera esas palabras sino el modo de hacérselas recordar. Tenía curiosidad.

Tras tomar aire y llenar sus pulmones, Tixaso asintió.

—Para hacerlo, no me basta con que manifiestes tu consentimiento con un movimiento de tu cabeza, necesito que lo digas de viva voz.

Tixaso, sin vacilar, elevó su voz.

—Quiero que me ayudes a recordar las palabras prohibidas.

—Una vez hecho, ya no habrá vuelta atrás. Y habrá un precio que deberás pagar.

—Quiero que lo hagas —replicó ella en su habitual tono monocorde.

—¿No quieres saber el precio?

—Quiero que lo hagas —repitió ella muy convencida.

Aner avivó las llamas. Fue un gesto hecho más por ganar tiempo que por seguir un ritual. Nunca había realizado lo que se disponía a ejecutar. Solo una vez había oído hablar de las palabras prohibidas. Él era aún un muchacho de unos catorce o quince años. La persona que se lo había comentado, Sorgin, era una banelatu. Y, cuando lo hizo, había fumado opio o alguna otra sustancia para entrar en trance y no sabía si lo que le dijo era demasiado de fiar. Aun así, en aquel momento, estaba convencido de que lo que Sorgin decía era cierto. Aquella conversación, que se había mantenido perdida en su memoria, retornaba a él con asombrosa claridad en ese momento. Sorgin nunca le había mentado, así que tenía que salir bien. El talanta empezó a hablar sin moverse de su lado de la hoguera.

—A los dos días de nacer, los banelatus sois llevados ante el sacerdote sagrado. Él os asigna un nombre y confirma la sección y la tarea para la que seréis educados y entrenados.

—Eso ya lo sé —le interrumpió ella.

Aner prosiguió como si Tixaso no hubiese hablado.

—En esa misma ceremonia, y de un modo que desconozco, el sacerdote sagrado ata esas palabras, las borra de vuestra memoria. Pero hay un modo de que regresen a vosotros.

—¿Vas a seguir hablando toda la noche o vas a actuar, Aner?

—Está bien —concedió el talanta mientras se colocaba de rodillas junto a ella.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Tixaso dispuesta a colaborar.

—Nada —dijo él—. Y ahora cállate.

Aner tragó saliva y exhaló aire por su boca despacio. Después acercó su mano derecha a la parte trasera del cuello de la banelatu. Debía buscar sus vértebras cervicales, exactamente las cuatro últimas. Muy despacio, colocó su dedo meñique sobre la última, la séptima. Sin despegarlo, hizo lo mismo con el dedo anular colocándolo sobre la penúltima, la sexta. Una vez hecho esto, prosiguió con su dedo corazón, que posó con suavidad sobre la antepenúltima, la quinta. Finalizó, colocando el dedo índice sobre la cuarta. Después, sin apretar, pronunció una sola palabra: «¡Capcio!», que en el idioma banelatu significa «¡Ábrete!». Con cuidado, despegó su mano del cuello de Tixaso.

—Ya está —le dijo.

Tixaso, con su semblante impasible, miró al talanta que tenía delante, presa de una extraña curiosidad.

—No noto nada distinto. Ninguna palabra nueva acude a mi mente.

—Llegarán a ti poco a poco, conforme las necesites.

—Por tu propio bien, espero que eso que dices y todo lo que has hecho sea verdad. Si no, mi espada te atravesará antes de que te dé tiempo a pestañear.

—Será mejor que durmamos, yo al menos —dijo Aner, sacudiéndose las palabras que acababan de ser pronunciadas.

El talanta recuperó su lado de la hoguera y se tumbó dentro de su saco. Cerró los ojos. Sintió una extraña corriente de frío y de calor correr por sus venas. Poco después, esa impresión se transformó en una cálida sensación y cayó en un sueño profundo.

Capítulo XVI

Camino de Bankada

Aner estaba de mal humor. Los constantes encuentros, con talantas primero y con banelatus después, ralentizaban el viaje y él vivía con verdadera ansiedad cada instante que le alejaba de Zarala. Habían pasado dos días desde su salida del desfiladero y apenas habían recorrido media legua. Se encontraban apartados del camino, a la orilla del río, en una pequeña explanada rodeados de árboles que los protegían de miradas curiosas. Aner miraba la superficie del agua sobre la que se reflejaban los rayos de sol. Se acababa de bañar, después de varios días sin hacerlo, y, aunque al principio esa sensación de limpieza le había proporcionado cierto placer, ahora andaba de un lado a otro presa de un prolongado desasosiego. No se había calzado y caminaba despacio sobre la hierba de la orilla, sintiendo la naturaleza en las plantas de sus pies. Se había colocado la espada encima del cuello, a la espalda, mientras la sujetaba por ambos extremos con sus muñecas. A Tixaso no le sorprendió verlo así. Solía hacerlo cuando estaba preocupado o cuando se preparaba para trazar un plan. Y él, en esos instantes, trazaba un plan para rescatar a Zarala e Ixaka de la trampa que sería Bankada.

La cabeza de Tixaso estaba entretenida en otros asuntos. Ella ya tenía el plan de lo que iba a hacer meditado y dibujado. Miró al talanta. Dentro de pocos días sus vidas se separarían para siempre. Y su recuerdo ocuparía tan solo un microespacio en su mente, una mente que viviría al menos cuatro veces más que la del talanta. Se alejó del lugar. Dejó a Aner con sus meditaciones y buscó un sitio adecuado para zambullirse en el agua. Nadó durante un rato y, cuando le pareció, salió y se puso sus ropas. Aner acababa de pescar un pez de tamaño medio. Sería suficiente para cenar en aquel anochecer que se presentía cercano. El talanta miró hacia el sur. El sol descendía a su derecha, dejando un reguero de luz rosada pálida sobre el cielo. Terminó su trozo de pescado y se tumbó en el suelo, mientras miraba cómo el sol descendía lentamente. Su cabeza descansaba sobre sus manos y tenía las piernas dobladas. Tixaso lo observó e hizo lo mismo que él.

—¿Qué miras? —le preguntó ella, sin tocar su sien.

—El sol en su despedida. Cada día desciende por el oeste, pero nunca lo hace igual.

—¿Qué importancia tiene eso? Que yo sepa, siempre desciende por el oeste y sale por el este. Así ha sido siempre y así seguirá siendo, lo observes tú o no.

—Pero cada día dibuja un atardecer diferente. A veces lleno de nubes rosadas, otras lleno de luz blanquecina, otras de un espeso negro...

—Pero... —insistió ella—, ¿qué importancia tiene eso?

—Ninguna —respondió él, apartando su mirada por un instante del cielo—. Simplemente es...

—...bello —dijo ella, pronunciando por primera vez en su vida esa palabra y notando en su interior que captaba el significado que contenía, pero sin ser consciente de ese cambio.

Aner se quedó mirándola. Tixaso acababa de pronunciar una de las palabras prohibidas. Una sonrisa enigmática se dibujó en el rostro del talanta. La banelatu contempló cómo el cielo se cubría poco a poco de estrellas. Hasta ese día, Tixaso, como cualquier otro banelatu, había observado la posición del sol solo para orientarse o para saber si iba a llover o a hacer calor. Y solo había contemplado las estrellas para poder caminar sin perderse durante la noche, nunca para disfrutar de su visión. Contemplando la bóveda llena de infinitas luces grandes y pequeñas, brillantes y lejanas, se quedó dormida.

Conforme viajaban hacia el sur, la tierra que pisaban, una tierra que fue fértil y fecunda, reflejaba un panorama desolador y estéril. La mayoría de las plantaciones de cultivo estaban abandonadas o quemadas. Y las aldeas y pueblos, totalmente desiertos. Cada vez era más habitual que se toparan con grupos de gentes desesperadas, en su mayoría mujeres y niños famélicos al borde de la extenuación. Al principio, Aner se acercaba a ellos, compartía cualquier cosa que tuviera y les interrogaba acerca de cualquier asunto que les pudiera servir en su avance hacia el sur, para no ser pillados desprevenidos por patrullas de banelatus. Sin embargo, al poco, optó por esquivarlos. La mayoría de ellos no tenía información relevante y había tenido que sacar su espada para defenderse en dos ocasiones, puesto que las gentes, movidas por el hambre y la desesperación, intentaron quedarse con todo lo que el talanta llevaba, incluso su caballo.

Después de eso, Aner se quedó con un mal sabor de boca y no volvió a acercarse a los desheredados que huían.

Uno de los días, una patrulla banelatu se cruzó en su camino. Los despertaron unos gritos llenos de dolor y miedo. Aner se acercó despacio y vio cómo un grupo de seis banelatus atacaba a una de esas filas de desheredados. El talanta, sin pensárselo dos veces, ensilló a Su-elur y preparó su espada. Cuando se disponía a montar, la mano de Tixaso agarró con fuerza su brazo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Voy a evitar que esos banelatus —pronunció esta palabra con inusitada fuerza— maten a todos esos inocentes.

—Estamos demasiado cerca de Bankada.

—Me da igual.

—Conseguirás que te maten. ¿Es eso lo que quieres o quieres recuperar a Zarala?

—No puedo dejar que los maten. No puedo.

—Son seis contra uno.

—Tengo la ventaja de la sorpresa. En el bosque conseguimos acabar con Voscram y sus hombres y en tu ciudad acabé con Petvaxo.

—Aner, despierta de una vez. En el bosque éramos dos y estuvimos a punto de morir. En cuanto

a Petvaxo... ¿crees de verdad que acabaste tú solo con él?

En este punto, Aner, interesado por lo que acababa de decir, se volvió hacia ella.

—¿Me ayudaste?

—Eso da igual y tú sabes que ya es demasiado tarde para esa gente.

En ese momento, como corroborando las palabras de la banelatu, un grito desgarrador cruzó el aire. La batalla contra aquellos desheredados había sido desigual e injusta. No había supervivientes.

Aner se retiró, derrotado. Se pasó la mano por la cara y por el cuello. Intentaba mantener la calma, aunque sin lograrlo. Desde hacía mucho tiempo, nada de lo que le rodeaba parecía tener sentido. Miró a Tixaso. Era una broma macabra del destino que la única esperanza que le quedara para recuperar a Zarala pasara por confiar en una banelatu.

Aner se permitió relajar el rostro y una sonrisa espontánea brotó al instante. Inspiró aire y puso los brazos en jarras. En la lejanía, mezclada con la bruma de la mañana, se perfilaba ya el contorno de Bankada. Tixaso observó el cambio que se produjo en él ante la visión de la ciudad. Acostumbrada como estaba a analizar cualquier modificación en su aspecto, se dio cuenta de que su faz resplandecía de un modo especial y sus ojos parecían brillar.

—¡Ahí está!, por fin.

—¿Tienes claro lo que debes hacer? —le preguntó Tixaso, que acababa de llegar montada en un precioso olano.

Aner apartó la mirada de la lejanía y posó sus ojos en Tixaso. La banelatu le había explicado su plan para entrar en Bankada. En principio, era un plan simple que podía funcionar... siempre y cuando nadie lo reconociera.

—Tu plan es sencillo y claro. Solo te pido que, si alguien te pregunta por mi nombre, te inventes uno.

—¿Por qué?

—No quiero que nadie pueda relacionarme con las personas que vengo a sacar de aquí —fue su rápida contestación.

Tixaso sabía que Aner tenía pocas posibilidades, por no decir ninguna, de salir de Bankada con vida y muchas menos aún de hacerlo acompañado. Le había dejado que lo creyera porque a ella le interesaba. Pero, en cierto sentido, percibía que Aner no era un hombre que se diera fácilmente por vencido y ya lo había visto enfrentarse a situaciones difíciles antes. Aunque esta no era una situación difícil; era una situación, sencillamente, imposible para un talanta. Pero de una cosa estaba segura Tixaso: el talanta lo intentaría con todas sus fuerzas.

Descendieron la colina y avanzaron despacio. Tixaso iba montada en un olano que Aner no sabía dónde había conseguido y cuya procedencia ella tampoco se molestó en explicar. Sobre el suelo, las sombras aún borrosas de la mañana proyectaban una silueta regia de la banelatu. Detrás, los dos caballos que habían cazado en el desfiladero marchaban bien sujetos a la silla de Tixaso. Aner iba delante, atado por las muñecas. La banelatu no había apretado demasiado. Aun así, se sentía incómodo y miraba de reojo hacia su compañera. No había sido fácil dejarse atar y convertirse de pronto en un esclavo. Lo peor había sido deshacerse de su espada, que Tixaso llevaba escondida entre sus pertenencias. Pero ese era el plan de Tixaso para entrar en la ciudad. Y, aunque en cierto sentido se sentía desnudo e indefenso y durante los primeros pasos se preguntó si no habría caído en una trampa y la banelatu lo único que habría querido desde el principio había sido entregarlo a Sadoc, aceptó el plan. En cualquier caso, ya no había marcha atrás y solo el tiempo diría si sus sospechas eran fundadas o no. Se llevó las manos a la frente y pasó sus dedos por la pequeña cicatriz que había dejado el pacto que una lejana noche había hecho con Tixaso.

A cada paso, la tensión amenazaba con agarrotar los músculos del cuerpo de Aner. La sensación solo se asemejaba a esa tensión que antecede al enfrentamiento en una gran batalla. Debía controlarse y para ello se concentró en respirar, mientras se unían a las riadas de gentes que se acercaban a las puertas de Bankada.

El segundo jueves de cada mes, había mercado en Bankada. Cientos de personas se acercaban entonces a la capital del supremo del oeste. Pero no lo hacían solamente por comprar los mejores productos: telas y sedas de las mejores calidades, vasijas y cerámicas, verduras, hortalizas, las carnes más tiernas... Productos que no apreciaban por su belleza, sino que adquirirían porque eso calificaba su estatus dentro del entramado de la ciudad. El principal atractivo dentro de todo tipo de puestos era el mercado de esclavos, donde tenían lugar transacciones personales para comprar y vender talantas. No estaban permitidas las pujas, aunque algunas veces se hacían si el esclavo merecía la pena. Esa iba a ser la coartada que iba a usar Tixaso para entrar en Bankada «legalmente». Ella se dirigía allí para vender a un esclavo.

El camino que confluía en la puerta principal de Bankada se había convertido en una larga hilera variopinta. Un látigo sentenció en el aire una cruel venganza que fue a parar al débil cuerpo de un anciano. Aner percibió con claridad el silbido largo y claro con el que cortó el aire y el manifiesto zarpazo que acometió al chocar contra su espalda. No volvió la cabeza, apretó los dientes y miró al suelo. En sus entrañas quería revolverse contra esa injusticia, contra el curso de unos acontecimientos cuyos tiempos marcaban los banelatus; pero sabía que, si lo hacía, eso significaría el final de su existencia. Tixaso notó la fuerza extraña que convulsionaba por dentro a Aner. Por un instante, pensó que podría llegar a estallar, pero Aner no dio muestras exteriores de emprender acción alguna. Un poco más atrás, alguien sí que reaccionó y lo único que logró fue recibir un latigazo él también.

Aner bajó la mirada cuando se pararon ante la puerta. Su barba había crecido y su pelo era largo. Su aspecto había cambiado desde la última vez que había estado en esa ciudad de la que ya había huido una vez. Pero, aun así, no quería tener problemas y dejar que alguien lo reconociera. Mientras Tixaso —que nada sabía de la anterior estancia en la ciudad de Aner— explicaba para

qué pedía permiso para entrar en Bankada, Aner pensó con ironía en la de vueltas que da la vida. Vueltas y vueltas que a veces se empeñan en empujarnos hacia el lugar del que se pretende huir. Y ahí estaba de nuevo, al pie de la muralla de Bankada. El lugar al que había jurado que nunca volvería.

La sombra de la puerta cayó sobre él cuando avanzó hacia la ciudad donde residía el peor banelatu que conocía: Sadoc. Un escalofrío recorrió su espina dorsal e hizo que el vello de sus brazos se erizara. Levantó la cabeza. Ante sí tenía la ciudad blanca de Bankada. Con sus calles envueltas en silencio, sus edificios sin adornos, su cielo inmisericorde, sus habitantes inertes... Todo tal y como lo recordaba.

Se atrevió a mirar a Tixaso. Ella tampoco había dado su verdadero nombre a los guardias. ¿Qué se traería entre manos? «No es asunto mío», se dijo en medio de una vorágine de pensamientos. Bastante tenía con encontrar a Zarala y a Tixaso. Había pasado..., ¿cuánto tiempo desde que perdió su estela en el clan? El solo recuerdo ya se hacía del todo insoportable.

Avanzaron despacio. Sin darse cuenta, Aner arrastraba los pies, derrotado antes de entrar en combate. Esa no era una buena actitud. Se revolvió de sus propios pensamientos y se centró en cada paso que daba. A partir de ese momento, cualquier señal podía ser un indicio que le llevara hasta los seres que amaba. Se adentraron en la ciudad. El silencio era tan espeso como lo recordaba.

—Detente —le dijo Tixaso.

La banelatu se acercó adonde el talanta se había parado y miró a uno y otro lado de la calle. Cuando se aseguró de que nadie miraba, sacó un pequeño cuchillo y desató las cuerdas de Aner.

—Has dicho a los guardias que venías al mercado de esclavos.

—Sí.

—¿Has pensado cómo solucionar eso? Cuando vean que tu lote no está presente...

Tixaso lo miró a los ojos y él dejó la frase en el aire.

—La venta de esclavos es pasado mañana a las doce del mediodía —declaró ella muy seria.

—Me gustaría saber qué plan tienes para ese momento.

—No hay plan, Aner.

—¿Qué significa eso? —preguntó él con brusquedad, intentando desasirse de sus cuerdas.

—Eso significa que tienes hasta pasado mañana por la mañana para encontrar lo que buscas y salir de aquí.

El talanta no dijo nada más. Se frotó las muñecas y pensó despacio en todo lo que las palabras de Tixaso significaban. Era demasiado poco tiempo.

—Coge las riendas de los caballos y compórtate por unos momentos como un servicial esclavo. ¿Podrás hacerlo?

Aner agarró con fuerza las correas de los dos cuadrúpedos y se dejó dirigir por Tixaso.

La banelatu le hizo detenerse delante de una puerta blanca. La puerta, en sí misma, no tenía nada de particular. Era una puerta igual a todas las puertas de la ciudad. Pero sí el edificio. Aner no lo recordaba, así que debía de ser reciente. El interior se abría en un pequeño patio descubierto como todas las posadas banelatus. Lo que diferenciaba a esta era que poseía, a la izquierda, un establo para olanos.

Un servicial esclavo se acercó a ellos. Bajó la cabeza tanto que la barbilla rozó su pecho. Esperó en silencio las órdenes de Tixaso. Esta fue breve y escueta. Le habló al esclavo despacio, remarcando cada sílaba, como cuando una persona se dirige a otra a la que cree corta de entendederas. Aner bajó la cabeza para disimular una leve sonrisa.

Banelatu y talanta siguieron al esclavo a través de un amplio pasillo. El hombre les abrió la puerta de unas dependencias espaciosas que estaban divididas en varias zonas. La parte de la derecha estaba compuesta por dos habitaciones. En el centro se abría un área de descanso llena de mullidos cojines y de finas alfombras que Aner no podría usar y que Tixaso no apreciaría en su extensa belleza y comodidad. La izquierda estaba reservada para los baños. Una pequeña piscina ocupaba el centro de la estancia. De ella salía un agradable aroma a vainilla y naranja. La luz entraba a través de grandes ventanales, cuyos cortinajes, de un verde esmeralda, descorrió el esclavo. La habitación se bañó de una agradable luz.

Aner observó todo eso con la pericia de un soldado cuya vida está en constante peligro. Recordar cada detalle podía salvarle la vida. El esclavo salió discretamente. Cerró la puerta con mucho cuidado para no hacer ruido. Después de analizar todos los rincones, Aner llegó a la conclusión de que o bien Tixaso era muy rico o tenía amigos poderosos. O las dos cosas al mismo tiempo.

—Come algo —le dijo Tixaso a Aner, sin apenas levantar la voz—. No te muevas de aquí hasta que yo regrese. Iré a dejar los caballos en un sitio que te puedan ser útiles. Al oeste de la ciudad hay una puerta pequeña...

—... que solo se usa para sacar la basura de la ciudad —Aner terminó la frase por ella.

—Veo que la conoces. Cerca hay un bosque.

—El bosque de los Ansares.

—¿Has estado antes aquí? —terminó preguntando ella con curiosidad, tocando su sien.

—Sí —afirmó en el mismo tono silencioso que usaba ella.

—No hay tiempo para explicaciones y no creo que me interese mucho saberlo. Lo importante es que dejaré allí los caballos. Si te pueden servir, allí estarán.

—Solo me servirán si abandono por ese lado la ciudad.

—Piénsalo, Aner, Sadoc está en guerra con todo el este y parte del norte. En el sur ha pactado con los banelatus jeronos. El oeste es inhóspito y escarpado, pero quizás sea tu única opción.

—Lo pensaré.

—Piensa rápido y no te muevas hasta que regrese.

Tixaso se fue en silencio. Aner tomó algo de fruta. Estaba madura y fresca y tenía un intenso sabor y un delicado aroma. En otro momento, habría disfrutado de la pequeña piscina, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza para deleitarse con esos placeres. Cerca de la ventana había una mesa pequeña y dos sillas. Se sentó en una de ellas y dejó que el aire que entraba meciera sus cabellos. La luz hacía que brillaran como encendidos. Dirigió su vista hacia las calles amplias que se discernían desde la posada. Se sentía tan cerca y tan lejos de Zarala en ese momento que hasta dolía. Y tenía, debía huir de ese dolor. Se levantó de la silla con una pieza de fruta en la mano. Se descalzó. El suelo frío bajo sus pies repartió calma por todo su cuerpo.

Al cabo de un buen rato, Tixaso abrió la puerta despacio y se escurrió a través de la apertura con sigilo. Llevaba varios bultos en sus brazos que depositó encima de la mesa, a la vista del talanta. Aner la observó sin interrumpir cualquiera que fueran sus intenciones. La banelatu se movió con diligencia por la estancia, con movimientos calculados. Regresó a la mesa y cogió una tela negra, suave y limpia.

—Ponte esto —le dijo a Aner, colocando la indumentaria sobre su brazo

El talanta desdobló la tela que ella había pegado a su cuerpo. Se trataba de una túnica larga y negra, con bordados en plata en el escote y en las mangas, con una gran capucha que colgaba sobre la espalda en tonos granates.

—¡La túnica de los evocadores! —se sorprendió Aner.

—Son silenciosos y se pueden mover por Bankada sin que nadie los moleste. Ni las patrullas pueden conminarles a justificar su presencia en ningún sitio.

—Pero también son poderosos y cualquier ciudadano puede solicitar su juicio o su presencia en cualquier momento por ser fuente de sabiduría y de energía.

—Tu conocimiento de mi raza requeriría en cualquier otro momento de una explicación larga y tendida, pero no dispongo de ese tiempo —Tixaso hizo una pausa antes de proseguir. Los dos sabían que ese era un momento trascendente en sus vidas—. Ha llegado la hora de nuestra separación, Aner Bortu. Será la última vez que nos veamos.

Aner asintió y cogió al vuelo la espada banelatu que desde hacía tiempo esgrimía y que le lanzó Tixaso.

—¿Me dejas libre así, sin más?

—Me has servido para entrar en Bankada. Era lo que necesitaba. A partir de ahora nuestros destinos se separan.

Aner dudó unos instantes. No sabía bien qué debía hacer ni cómo despedirse de la que había sido su compañera en los últimos meses. Se acercó a ella y le tocó despacio la frente con su dedo índice. Prefería tener su permiso para hacer lo que iba a hacer. Tixaso asintió con cierta curiosidad. El talanta adelantó su mano derecha y estrechó la de ella con fuerza. La primera reacción de ella fue apartarla, pero, tras el breve primer instante de duda, correspondió al saludo.

—Gracias —le dijo él—. Aunque no sientas lo mismo, debo decirte que has sido una gran compañera de viaje. Te deseo que triunfes en aquello para lo que estés destinada.

Aner separó su mano y ella se quedó allí en silencio, sin mover un músculo. Nubes negras recorrían la capital banelatu. El viento las empujaba a gran velocidad y el cielo se oscurecía por momentos. En medio de aquellas tinieblas, una luz cruzó el cielo de repente. Momentos después, un estruendo se hizo dueño de la mañana. Fue en el mismo instante en que Tixaso notó como si algo dentro de ella que había estado muerto reviviera y un escalofrío se instaló en su nuca. Hacia ella se llevó la mano.

Aner recogió su ropa. Escondió la túnica y la espada entre ella. No tenía nada más, no necesitaba nada más. Abrió la puerta y escrutó el exterior. No había nadie. Antes de cerrar la puerta, las miradas de talanta y banelatu se cruzaron por última vez. El clic de la puerta cerró una página de sus vidas y abrió otra nueva. Aner se preguntó si esa nueva página traería algo más de paz a su vida. Deseaba tener algo que celebrar en medio de todo aquel mundo que los banelatus se encargaban una y otra vez de corromper. Inspiró aire y llenó sus pulmones. Un aire, el de Bankada, que había prometido no volver a respirar. «Bankada», pensó con ironía. Una ciudad a la que había jurado no retornar y, sin embargo, allí se encontraba de nuevo. Pensó en lo difícil que había sido escapar la primera vez. Esta vez, con un Sadoc más poderoso y con dos personas más, aún sería más difícil y complejo. Pero debía intentarlo. Debía rescatar a Zarala e Ixaka de las terribles garras de una ciudad que vaciaba y pudría el alma de los hombres.

Capítulo XVII

Bankada: capital supremo banelatu del oeste.

El primer trueno encontró a Sadoc sentado en un cómodo sillón en uno de los edificios anexos a la mina. Desde hacía tiempo, pasaba largas horas allí, seleccionando y clasificando minuciosamente todas las piedras que arrancaban de la tierra. Lo que él buscaba estaba allí, pero esos ineptos de esclavos eran lentos en sus trabajos y eso impedía que la extracción fuera al ritmo que él había planificado. El trueno sonó como un golpe seco e intenso que retumbó en todo Bankada y que provocó un leve temblor en las paredes del edificio que le cobijaba. Sadoc no levantó la vista de la mesa. Tomó una de las piedras en su mano. Demasiado pequeña.

Erlea se encogió tras el estruendo. Un fuerte temblor inundó su cuerpo y se quedó allí instalado. La reacción no pasó inadvertida para Sadoc. «Hasta un trueno asusta a esos talantas», pensó concentrado en su trabajo. Erlea había terminado siendo una esclava eficiente que parecía entender sus deseos sin tener que estar expresándolos a todas horas. Había cambiado en los últimos años de la sumisión a la eficacia, aunque en sus ojos seguía habitando esa mirada que los talantas exhibían siempre ante los poderosos banelatus. Esa mirada que marcaba la diferencia entre las dos razas y el abismo que él veía entre los intelectos de ambos. Era esa eficacia que le mostraba la que había hecho que fuera casi imprescindible para él. Había dejado de poseerla por la fuerza, ya no conseguía la misma reacción de Ganix. La esclava, vestida con una amplia túnica blanca sin cinturón, permanecía quieta en un rincón. En medio de aquella sala austera y sin adornos parecía un pájaro perdido en un bosque sin árboles.

Sadoc se recostó hacia atrás. Erlea leyó en ese movimiento el deseo del supremo y le sirvió un vaso de agua. Él lo alcanzó sin mirar y bebió dos largos tragos. Luego prosiguió con su trabajo.

El aire traía humedad. Pronto llovería. Mientras tanto, el cielo se llenaba de luces serpenteantes y nubes cargadas de agua. Ixaka miró al cielo. La lluvia no les eximía de su deber en las minas. El trabajo continuaría bajo la lluvia hasta el anochecer, a pesar de que en esos momentos el cielo estaba casi oscuro. Se agachó y continuó con su trabajo. Últimamente los latigazos habían arreciado y constituían casi un continuo premio a ambos lados de las filas que bregaban en las minas.

Leoiar miró a Ixaka de reojo. Su amigo continuaba siendo el mismo joven fanfarrón y optimista que un día, ahora lejano y extraño, conoció. Tenía alguna cicatriz más y una mirada más dura, pero era grato ver que no había perdido la capacidad de sonreír. El guerrero del norte dio un nuevo golpe con su martillo. El sonido se entremezcló con un nuevo trueno.

Zarala contempló el cielo mientras se desquebrajaba por los relámpagos. Un rayo cayó en la distancia e iluminó el contorno de una pequeña colina. No tenía miedo, ya no. Había elevado sus

plegarias al cielo durante días, semanas, meses, años. Y ahora ese mismo cielo parecía devolvérselas todas juntas. Pero allí, en medio de un cielo que parecía furioso y colérico, había visto un rayo de esperanza. Algo dentro de ella se había estremecido justo cuando aquel rayo había tocado la colina. Ese rayo le había hecho evocar una imagen del pasado que parecía haber muerto. Un recuerdo de ella descansando sobre un lecho caliente y suave de plumas de oca, acariciando la espalda fuerte y ancha de su esposo, deslizando sus dedos sobre el tatuaje en forma de rayo que presentaba en el cuello. Su cara enmarcó una extraña sonrisa. Era lo único que pedía, ver una vez más a Aner y sentir su protección sobre ella. No le pedía ya nada más a la vida. Un empujón la sacó de su pequeño refugio y la devolvió a la realidad.

—¡Ocúpate de él! —le dijo uno de los banelatus encargados.

Zarala miró al despojo de huesos que habían dejado a su lado. Siempre era lo mismo. El hombre que tenía delante temblaba. Su espalda estaba cubierta de grandes desgarros por los que la sangre manaba lenta pero sin tregua. Aquel hombre, como todos los que llegaban hasta ella, llevaba dentro la convulsión de la muerte. Ella sabía que no había nada que hacer. Si pudiera elegir, ella misma acabaría con el agónico sufrimiento de aquel hombre. Pero no podía. Lo miró dolida y llena de tristeza y cerró los ojos para no ver la cara de la muerte. Había aprendido a ser dura, a mirar para otro lado, mientras la muerte se paseaba cerca de ella. Podía verla cada día. A veces, incluso más de una vez. Sabía que se reía de ella, recordándole que en cualquier momento volvería a esa sala y ella sería la elegida. Zarala comenzó a cantar. Era una canción extraña, suave, dulce y melancólica a la vez. Tenía algo de mágica, algo de hechizante. Le dejaban cantar. Su voz parecía tener un efecto calmante para los hombres que no superaban el castigo corporal. Allí morían sin gritos, sin molestar. Una lágrima corrió por su mejilla. Se sorprendió a sí misma. Hacía mucho que no lloraba. Ya casi no recordaba que pudiera hacerlo. Miró por la ventana y solo dijo una palabra: «Aner».

Saturene, que estaba sentada con la espalda apoyada en la pared de la celda donde Sadoc la había encerrado, notó las vibraciones que el primero de los truenos provocó en el edificio. Su pelo rojo estaba alborotado y su mirada perdida en la pared que tenía enfrente. En el silencio de aquella cárcel —envuelta en un rancio aire viciado propio de los lugares faltos de ventilación— el ruido de aquel trueno sonó como algo impropio, fuera de lugar.

La única vida que quedaba allí era la que le proporcionaban sus propios recuerdos, cada vez más diluidos. Se negaba a morir, porque eso significaba una victoria para Sadoc; pero se sabía cada vez más cerca de la muerte y más lejos de la vida. Sin embargo, aún en medio de aquel deliberado olvido y privada de casi toda su energía, se negaba a caer en la peor de las maldiciones que un banelatu puede tener: morir ignorada por sus contemporáneos, castigada al olvido eterno o, lo que era lo mismo, a la inexistencia misma. Una luz fugaz se dibujó en el espacio oscuro. Saturene pensó que la luz de aquel relámpago debía de haber sido muy intensa si había llegado hasta las tripas de su mazmorra; en esa prisión donde solo ella parecía habitar. Cuando entró en ella, las celdas estaban abarrotadas de talantas que los banelatus usaban como cobayas. Pero, desde que Sadoc había destinado a todos los esclavos a trabajar en la mina, casi todas las celdas permanecían vacías o solo ocupadas durante la noche, cuando los trabajos se interrumpían. A veces ni siquiera eso, porque Sadoc mandaba hacer turnos las veinticuatro horas

del día. Una nueva luz se coló por entre las paredes opacas de la prisión. Saturene se levantó y contó despacio hasta la llegada del segundo trueno. La tormenta estaba sobre Bankada. Notó el nuevo temblor, esta vez dentro de su propio cuerpo, y sintió vida correr dentro de ella. Intentó recordar la última vez que eso había sucedido y tuvo que bucear muy dentro de su memoria. Su rostro dibujó una expresión enigmática, porque Saturene, aunque era banelatu, hacía tiempo que conocía las palabras prohibidas.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer cuando Tixaso se encontraba muy cerca de su destino. Eran gotas gruesas que dejaban un gran círculo de humedad sobre el adoquinado. Pronto, el olor a tierra mojada emergió desde el suelo. El día parecía dirigirse hacia el declinar de la tarde, aunque no era más de media mañana. La luz era escasa y tenue, envuelta en un tono blanquecino. Tixaso avanzó sin importarle la lluvia. En la parte de la ciudad en la que se encontraba, el silencio todavía era más profundo que en el resto de Bankada, por eso los truenos parecían aún más sonoros. Era una zona llena de casitas pequeñas y bajas, compuestas en su mayoría de dos habitaciones, una de las cuales se usaba de cocina y la otra de dormitorio. Cada una de ellas tenía un pequeño huerto o jardín adosado a su parte trasera. En esa parte de la ciudad vivían los llamados veteranos. En realidad, aunque nadie se refería a ella así, era como un cementerio de elefantes. Los banelatus viejos no podían exhibirse por el resto de las calles de la ciudad. Era una zona reservada para ellos de la que no podían salir. Decían que era así para facilitar el descanso de aquellos banelatus más ancianos, cuyo final estaba cerca. Pero era solo una forma dulce de envolver la realidad. Los ancianos banelatus molestaban a la vista del resto, porque recordaban que, aunque un banelatu podía vivir incluso trescientos años y conservarse joven y pleno de facultades, ni siquiera su raza era inmortal.

Al final de la calle, Tixaso se detuvo y golpeó la puerta pequeña que daba acceso a una casa en cuyo dintel aparecía dibujado un pequeño alacrán. Esperó con paciencia y con su habitual impasibilidad hasta que la puerta se abrió. Una figura encorvada acaparó casi todo el espacio que quedaba debajo del dintel y tapó la escasa luz proveniente del interior.

—Una luz joven viene a iluminar mis últimos días —la voz sonó en un tono muy bajo pero las palabras, perfectamente pronunciadas, se escucharon con claridad.

El anciano se movió un paso para dejar paso a la visitante. Tixaso se deslizó en silencio y avanzó hacia el interior. Una vez dentro, esperó a que su anfitrión cerrara la puerta.

—¿Qué te trae por Bankada? —le interrogó el anciano, mientras le señalaba una de las dos únicas sillas que había en la pequeña cocina.

—Información —contestó ella yendo al grano.

El anciano, de nombre Andima, la miró sin responder. Antes quería decidir hacia dónde debía continuar su conversación.

—Mi antigua alumna siempre tan directa —contestó al final Andima—. Por un momento creí que venías a despedirme.

Tixaso se quedó en ese momento mirándole. Su maestro había envejecido desde la última vez que se vieron. Andima tenía 293 años. Había vivido tiempos de gloria, tiempos de victorias encadenadas, de expansión del supremo. Pero su tiempo había pasado. Los banelatus envejecían así, de golpe, como si después de muchas vidas, el final se precipitara sobre ellos sin dejar lugar a la marcha atrás. De un día para otro, su rostro se llenaba de unas arrugas que nunca antes habían conocido, su cuerpo se encorvaba y sus manos quedaban preñadas de un leve temblor. Entonces sabían que había llegado su final. Cuando esto sucede, nadie parece querer estar a su lado.

Entonces, sin decir nada a nadie, igual que los viejos elefantes que intuyen su final, se encaminan hacia la ciudad del camino sin retorno. Así se conoce al barrio de Bankada que acoge a los banelatus durante sus últimos días, semanas, meses o incluso años. Allí, sin que nadie sea testigo de su final, mueren en silencio.

Son los propios ancianos los que se encargan de darle el último adiós al fallecido, ya que los banelatus no conservan sus lazos de sangre. El banelatu de más edad se encarga de pronunciar un breve discurso a la orilla del lago Ogal mientras el cuerpo del fallecido es colocado en una pequeña embarcación y entregado a las llamas. Ese discurso siempre termina con las mismas palabras: «Tu gloria, nuestra gloria». Si el banelatu muerto ha cumplido con la misión para la que fue entrenado y elegido, su nombre se incorpora a una lista que se conserva en una sala especial de la biblioteca. Allí, el maestro bibliotecario y sus ayudantes se encargan de recoger y escribir su vida. Si por el contrario, el fallecido no ha cumplido con esas expectativas, su nombre es olvidado para siempre.

En el rostro de Andima, traspasado por unas arrugas que habían llegado de repente, aún destacaban dos ojos redondos, grandes y sin brillo. Andima había sido un buen maestro. Siempre se había destacado por tener una mente despierta, un don de la clarividencia y un sentido estricto de la síntesis para condensar en frases breves gran cantidad de conocimientos. Había luchado en la guerra contra los jeronos, como tantos otros, y había servido bien. Pero Andima nunca había destacado en el campo de batalla. Sus armas eran otras: las palabras. Durante sus años de profesor, había escrito más de cincuenta libros y numerosos tratados con explicaciones de las más diversas teorías. En ellos analizaba los pensamientos de autores anteriores y también había escrito otros muchos con sus propias teorías. Otra de las virtudes de Andima era saber leer entre líneas e interpretar los sucesos. Por eso sus consejos siempre habían sido bien recibidos por gobernantes, comerciantes y estrategas. Muchos lo consideraban un auténtico augur.

Tixaso había sido una de sus últimas alumnas. La banelatu lo había tenido como profesor en Cannvea, donde el maestro había residido durante los últimos veinte años. Tixaso había leído y debatido con él muchas de sus obras. Ahora Andima llevaba dieciséis meses en la ciudad sin retorno y allí había acudido ella en busca de su consejo.

—Percibo algo diferente en ti —comentó Andima, enfrentando su mirada a la de su alumna.

—Mi vida ha cambiado.

—Eso significa que has dejado de teorizar y has pasado a la acción.

—Maore...

—Maore siempre ha confiado en ti, quizás hasta demasiado —le interrumpió él.

Andima se levantó despacio. Tixaso siguió con la mirada los movimientos más bien torpes de un banelatu que hasta hacía dieciséis meses había estado pleno de actividad, fuerza y vitalidad. Andima se acercó al hogar donde varios leños estaban preparados para ser encendidos. Pasó su mano por encima de ellos y una llama pequeña primero y poderosa después prendió en el hogar. La habitación se iluminó.

—Un día extraño —comentó el anciano mientras volvía a ocupar su lugar junto a la mesa.

Los truenos se escuchaban todavía afuera, aunque ahora lo hacían con menor estruendo dado que la tormenta ya había iniciado su alejamiento. A Tixaso no le pareció un día extraño. Era tan solo una tormenta más. Quizás el día estuviera un poco más gris, quizás los truenos sonaran un poco más fuerte, pero eso no tenía mayor influencia para su misión. Tixaso iba a interrogar a Andima sobre la razón de considerar a ese como un día extraño, pero la voz del anciano volvió a sonar vívidamente después de tocar su sien con el dedo índice, anticipando algo importante e íntimo.

—Esta será la última vez que nos veamos. Has dicho antes que buscabas información. Te facilitaré la información que me pidas, pero solo podrás hacerme una pregunta. Así que piénsatelo antes de interrogarme. No desperdicies la oportunidad que te ofrezco.

—Quiero saber cómo afectará lo que busca Sadoc a los banelatus —preguntó ella sin pensárselo demasiado, pues tenía claro lo que debía preguntar.

Andima se inclinó hacia delante con cierto interés. Se tomó su tiempo antes de responder. Ahora que no disponía de tiempo, casi era un lujo dejar que este corriera sin más. Pero si algo había distinguido siempre a Andima era saber marcar los tiempos de una conversación y no decir nunca una palabra de más ni una de menos.

—Aunque no sabes lo que busca Sadoc, te preocupa más saber cómo puede afectar eso a los banelatus... Tu pregunta es difícil de contestar.

—Pero has dicho que lo harías.

Andima levantó su mano derecha, pidiendo calma. El temblor de su mano fue más patente entonces.

—He dicho que es difícil, no que no lo fuera a hacer.

Tixaso permaneció atenta a las palabras y a los gestos del anciano. Sabía que cualquier movimiento, cualquier pausa, sería importante.

—Hay una sombra negra deslizándose por Bankada. Ya te he dicho antes que hoy era un día extraño. Algo puede cambiar hoy, si es que no lo ha hecho ya. Quieres saber cómo afectará lo que busca Sadoc a los banelatus; pues te diré algo y escucha mis palabras, Tixaso. Sadoc no tardará en encontrar lo que busca. Y sin duda eso traerá cambios, grandes cambios. La guerra continuará y de ella saldrá un nuevo poder. Sin embargo, lo importante aquí no será saber cómo afectará el objeto

hallado a los banelatus, sino cuál será la reacción que provoque, especialmente cuál será tu reacción cuando tengas que elegir. Y deberás elegir, Tixaso. Y te aseguro que la elección no será fácil.

Tras pronunciar estas palabras, Andima se calló. Tixaso sabía que no arrancaría un solo sonido más al anciano. Ni aunque estuviera allí detenida eternamente. El propio Andima lo había dicho y era palabra de banelatu. Ella se levantó. El taburete donde estaba sentada no emitió sonido alguno al correrlo por el suelo. Ni siquiera sus pasos sonaron en aquella estancia presidida por el fuego donde el tiempo parecía haberse detenido. Al cruzar el umbral, le pareció escuchar el crepitar del fuego junto con el ruido de la lluvia que golpeaba los tejados y se deslizaba sobre el pavimento mojado. A lo lejos, los truenos hacían temblar el cielo, pero ya no se escuchaban con tanta intensidad.

Ixaka tenía razón. Ni la más cruenta de las tormentas hizo que el trabajo se detuviera en las minas. El cielo estaba enfurecido de tal forma que parecía arrojar sobre la tierra toda su ira y su fuego. Todo ese inmenso poder que él mismo y otros contemplaban asustaba a los talantas, pero los banelatus se mantenían impertérritos en medio de aquel despliegue de ferocidad. Los talantas seguían allí, obligados por los látigos infatigables y bajo la tormenta. Las primeras gotas se precipitaron sobre ellos poco a poco. Eran cálidas, casi agradecidas. Pero la lluvia se intensificó de tal manera que empezó a hacerles daño. Los rostros, los hombros, las espaldas... recibían los ramalazos de lluvia furiosa que parecía querer lacerar la piel seca y cuarteada por el sol y el aire.

—Seguid trabajando —se escuchó una voz sin matiz alguno entre las primeras manifestaciones del aguacero.

Pronto el suelo de tierra se humedeció y se convirtió en un verdadero barrizal donde se hacía difícil mantener el equilibrio. Ixaka miró a Leoiar. Tenía el pelo empapado y el agua corría por su rostro. Y, como él, una fila de prisioneros en las mismas circunstancias. Los truenos se repetían secos y potentes. Mientras, el látigo volaba sobre ellos a la misma velocidad a la que se sucedían los relámpagos en el cielo, obligando a los talantas a continuar con su trabajo.

A Ixaka le pareció escuchar un grito. Se volvió hacia su izquierda justo a tiempo de ver cómo el compañero que estaba dos puestos más allá caía sobre el barro, lanzado por un latigazo furibundo que hizo estremecer su propio corazón. El hombre dio con sus huesos en el suelo, que se llenó de sangre tan rápido que pronto entre sus propios pies corría el agua roja. Un banelatu lo cogió por el brazo y se lo llevó de allí de tal forma que, en el instante en que el siguiente relámpago iluminó el lugar, el cuerpo del caído había desaparecido. Ixaka miró hacia la casa principal de la mina. Allí estaría su hermana. Al menos ella no tenía que soportar semejante aguacero sobre sus carnes.

Era la primera vez que entraba en el Mercado Interior. Como talanta, su presencia allí estaba vetada. Ni siquiera los esclavos podían acompañar a sus amos a ese lugar. Entró allí mitad por curiosidad, mitad por frustración. Seguía lloviendo y llevaba ya tiempo embarcado en una búsqueda infructuosa. Ninguna de sus pesquisas le había conducido a encontrar pista alguna sobre el paradero de su mujer ni de su cuñado. Los lugares lógicos a los que deberían haber sido

asignados —ella al pabellón de mujeres talantas donde se encargaban de los niños pequeños, por su condición de embarazada, e Ixaka a las fuerzas de entrenamiento— habían dado un resultado negativo. Así que había decidido hacer una visita al Mercado Interior, lugar donde se reunían los banelatus que realizaban transacciones importantes, donde se discutían precios y estrategias a seguir en los negocios y, lo más importante, donde se comentaban todos los sucesos importantes de Bankada.

Pero debía ser cuidadoso porque allí también se conocían todos y nadie comentaba nada a un desconocido. Así que tendría que mantener los ojos y los oídos bien abiertos. La entrada estaba formada por un arco de medio punto de unos diez pies de alto sin puerta. El edificio albergaba en un interior un patio porticado cuya parte central se abría al cielo. En mitad de él, una fuente vertía sus aguas sobre un pequeño estanque. El sonido invitaba al relax y a la meditación, aunque nadie parecía apreciarlo. Varias antorchas colocadas en puntos estratégicos envolvían el lugar de una tonalidad anaranjada. La tormenta, lo más fuerte de ella, se había pasado, aunque había dejado tras de sí un cielo surcado de relámpagos y una tarde gris y cerrada. Los truenos se escuchaban en la distancia.

En el interior solo había tres banelatus que conversaban en un rincón. Aner, envuelto en su capa negra, pasó a su lado. Ninguno se movió ni lo saludó, aunque los tres fueron conscientes de su presencia. El talanta ralentizó el paso a propósito para poder escuchar sus palabras. Hablaban de negocios que a él no le interesaban. Buscaba otro tipo de información. Continuó andando. Se extrañó de que hubiera tan pocos banelatus a esas horas. Él siempre había oído todo lo contrario. Siguió el trazado del rectángulo interior. En una de las esquinas se detuvo y se sentó en unas butacas preparadas para acoger pequeñas reuniones. Un recipiente lleno con una infusión caliente humeaba en el centro. Aner se sirvió con cuidado para pasar inadvertido. Se recostó en el respaldo y observó a través del pequeño espacio que su capucha formaba delante de él. No sabía qué era, pero había algo que notaba diferente en Bankada. Se tomó la infusión y se levantó con la intención de marcharse con el claro presentimiento de que allí no iba a sacar nada más que problemas. Se obligó a dar pasos pequeños y a caminar despacio, aunque su corazón y su mente le gritaban que corriera. Le quedaban cuatro pasos para alcanzar la puerta cuando notó una presencia a su espalda y una voz interrumpió su huida.

—Hace tiempo que no veíamos a un evocador por aquí —escuchó Aner al tiempo que tragaba saliva y se giraba despacio—. Quizás el evocador quiera unirse a nosotros...

Aner iba a declinar la invitación. Como evocador, podía decir simplemente que se marchaba, y por su seguridad sabía que debía hacerlo, pero, en ese momento, un dedo se acercó a él. Por un instante temió que ese dedo bajara su capucha y le descubrieran. Por fortuna, ese dedo tan solo tocó su frente por encima de su capucha. Aner asintió con un leve movimiento de su cabeza perfectamente percibido por su acompañante, quien en ese momento se abrió hacia su izquierda, invitando al que él creía un evocador a unirse a su grupo. Aner se paró en frente del que había hecho la invitación, tocó a su vez su frente y, cuando este asintió, se volvió sobre sus pasos no sin antes maldecir en su interior ese imprevisto.

—Como te decía, hace mucho tiempo que no se veía a un evocador por el mercado y nos preguntábamos qué podía haberle traído por aquí.

«Mala señal», pensó Aner mientras examinaba a sus tres fríos interlocutores antes de hablar. Debía medir sus palabras, debía ser claro, pero poco conciso a la vez; debía satisfacer la pregunta, pero sin explayarse demasiado para no meter la pata.

—La búsqueda —dijo simplemente Aner.

—Los evocadores siempre tan parcós en palabras —contestó el segundo de los banelatus con una voz muy chillona y un acento marcado característico de los banelatus del sur.

—¿Textil? —preguntó Aner en un intento de llevar la conversación hacia temas intrascendentes tras observar las finas telas de sus trajes.

—Agudo y observador. Yo comercio con telas en el norte, ellos lo hacen desde el sur.

—No es un buen negocio para el norte —comentó el tercero.

—Lo ha sido hasta hace poco y lo será después de la guerra —puntualizó el del norte por alusiones—. Aunque... —hizo una pausa— ...aunque la guerra dura más de lo que Sadoc había prometido.

Tras sus palabras, siguió un silencio intenso sin que ninguno se atreviera a añadir nada más. Aner los observó desde la seguridad de su capucha. «¿Recelan esos tres banelatus de la estrategia de Sadoc respecto a la guerra que lleva contra los talantas?», se preguntó Aner.

—El mercado está prácticamente abandonado —comentó el talanta entonces, barriendo el silencio que sentía como un invitado incómodo.

—Veo que el evocador hace mucho que no pasea por Bankada —le contestó el de la voz más chillona.

Los músculos de Aner se tensaron, todos sus sentidos alerta.

—Cada vez, más de nosotros prefieren hacer las transacciones en la mina. Nadie quiere perderse el momento en que Sadoc haga su hallazgo.

Aner digirió despacio estas últimas palabras, especialmente las de mina y hallazgo. No tenía ni idea de que hubiera una mina en Bankada.

—Ahora debo irme —dijo sin más, girándose ya para marcharse.

—Un momento —le detuvo el primer banelatu que había hablado con él—. ¿Textil, alimentación, ganado...?

—No puedo favorecer a un banelatu en detrimento de otros.

—Pero siempre es bien recibido un consejo de un evocador —dijo el segundo, aproximándose demasiado a él.

La sombra de Aner se dibujó tenue y titilante sobre el suelo de cerámica, frío y lujoso. Quizá en

otro momento hubiera apreciado su belleza, pero en ese instante le pareció que el frío se extendía desde sus pies y subía hasta su cabeza. Recordó la forma en la que había oído hablar a los evocadores, pero no se le ocurría nada lo suficientemente incierto ni lo trascendentalmente profundo que pudiera sonar como el consejo de un evocador. Estaba bloqueado, pero debía decir algo.

—Cuando la lluvia pasa, queda la tierra húmeda. Cuando el sol pasa, queda la tierra seca.

Y, diciendo esto, se fue sin esperar ningún comentario. Fuera, el aire era húmedo y varios charcos cubrían la superficie. Aner necesitaba encontrar un sitio alto desde el que poder observar sin ser visto para localizar la mina. Y sabía cuál era ese sitio.

El palacio de Sadoc estaba situado en el punto más alto de Bankada, de tal forma que, de un vistazo, cualquiera podía controlar todos los movimientos de la ciudad. Y ese cualquiera no era otro sino Sadoc, al que le gustaba pensar en su ciudad como un enorme campo de batalla donde él movía las piezas a su antojo. Acceder hasta el dormitorio del supremo no era fácil, pero tampoco imposible, ya que casi toda la guardia había sido trasladada a la mina. Tixaso sabía que había una forma de llegar y de hacerlo de manera desapercibida, aunque era la manera más difícil. Se tomó la escalada por la piedra como un reto más en su vida. Ascendió con rapidez ayudada de sus pies y manos. Una vez alcanzado su objetivo, saltó a la amplia terraza del dormitorio y se metió entre las gruesas cortinas a la espera de algún sonido proveniente del interior.

Aner tenía dos opciones. La primera era entrar en el palacio de Sadoc por la puerta de los esclavos. La segunda, usar la puerta principal. Sabía que en ninguna de las dos entradas pondrían ninguna objeción a su acceso. Pero había algunos inconvenientes que debía ponderar antes de decidirse. Por un lado, sería del todo inusual que un evocador usara la entrada de los esclavos y ese hecho sería rápidamente conocido por Sadoc. Por otro lado, si usaba la entrada principal, el supremo acabaría sabiéndolo de igual manera, aunque su visita no levantaría tantas sospechas. Había una tercera opción, que era dejar a un lado su disfraz de evocador y entrar como un talanta esclavo, pero eso supondría revelar su identidad, asunto que podría ponerle en serios problemas. Optó por la segunda posibilidad y se presentó en la puerta principal envuelto en su capa tan negra como la oscura luz que reinaba a aquellas horas.

Su paso decidido lo llevó al umbral de la puerta. Contrariamente a lo esperado, los guardias cruzaron su lanza delante de él.

—El supremo no está y no hay ninguna visita anunciada.

Aner elevó su cabeza. Lo justo para observar a aquellos que se interponían en su camino. No eran miembros de la guardia habitual del palacio. Aquellos que tenía delante eran miembros de las fuerzas de élite y llevaban puestos sus uniformes de guerra. Sus dos espadas esperaban envainadas, pero afiladas; las lanzas permanecían apiladas, cerca de sus posiciones, y media docena de olanos estaban preparados y ensillados. Protegían su tórax con grandes corazas, pero no las que Aner conocía forjadas en hierro tan fino y tan resistente como solo los maestros

forjadores sabían hacerlo. Estaban hechas de otro material que en ese momento el talanta no supo identificar. Sus botas se veían relucientes a pesar de la escasa luz de la entrada. Aner temió que si insistía acabarían registrándole. Y entonces encontrarían sus ropas talantas y su espada robada, pero algo le impulsó a intentar acceder al interior.

—No busco al suprem, sino la sabiduría que se guarda en su biblioteca —acertó a decir Aner un poco sorprendido aún por la negativa a permitir su paso.

Sin mediar palabra alguna, los cuatro banelatus que guardaban la entrada se giraron hacia el que debía ser su jefe. A una señal suya, las cuatro lanzas se hicieron a un lado y Aner comenzó a andar hacia el edificio. El banelatu al cargo de esa puerta dudó un instante si hacer acompañar al evocador por uno de sus guardias, pero el pensamiento pasó de largo por su mente. Él tenía órdenes de custodiar esa puerta y de no abandonarla. Ya habría sido inoportuno acompañar a alguien que tiene libre acceso a todos los lugares de la ciudad —salvo orden expresa en contra— y él no había recibido esa orden.

Sin querer, el talanta contempló aquella puerta blanca y tragó saliva con fuerza. Glup. El palacio de Bankada estaba iluminado por decenas de antorchas que un esclavo había encendido en cuanto las primeras nubes cubrieron el cielo de la ciudad. Una vez en el interior, Aner se movió con soltura por los pasillos hasta dar con una escalera lateral y subió lo más rápido que pudo los escalones sin pisarse la túnica. La escalera, después de los dos primeros tramos, tomaba forma de caracol en un ascenso pronunciado por el que se accedía a una pequeña almena. Al llegar arriba, Aner se asomó con cuidado por si alguien ocupaba allí el puesto de vigía. No había nadie.

La oscuridad de la tormenta se empezaba a mezclar con la oscuridad propia del atardecer. Aner escrutó con cuidado los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Y entonces vio la larga hilera de luces que se extendía al sur. Entornó los ojos para ver mejor. Decenas de sombras formaban una hilera interminable. Incluso desde la distancia se distinguían los reflejos de picos y martillos que se mezclaban con el centellear de decenas de látigos resplandecientes en blanco, estrellándose sobre cuerpos frágiles y deteriorados. Aner apretó la mandíbula y los puños. Intentó hacerse una idea de los accesos y de las proporciones de la mina, pero era difícil hacerlo desde esa distancia y con tan poca luz. Se le ocurrió una idea. Con decisión, se agarró la túnica y marchó escaleras abajo con todo el cuidado que la velocidad le permitía. No estaba acostumbrado a andar con ropajes largos y se podía pisar los bajos y rodar escaleras abajo. Al llegar al pie de las escaleras, se detuvo y se pegó a la pared. Escuchó. Una vez que solo el eco del silencio fue recogido por sus oídos, se encaminó a la biblioteca a grandes pasos.

En la biblioteca olía a tinta y a pergamino. Todo en ella daba sensación de orden y de limpieza. Recorrió con la mirada los rollos que allí se guardaban. Sus dedos se deslizaron por los nombres y claves que revelaban el contenido de esas entrañas hasta que se detuvieron en uno de ellos. Lo cogió, lo desenrolló sobre la mesa y se inclinó sobre él. Una tímida luz penetraba en la estancia a través de los ventanales cuyas cortinas permanecían descorridas. Sadoc no permitía el uso de antorchas o velas en el interior. Primero porque los banelatus no los necesitaban para leer y, en segundo lugar, por el riesgo a provocar un incendio.

Los detalles y las letras, en una brillante tinta negra, vibraron ante sus ojos. El suprem era muy detallista. Le gustaba hacer sus propios mapas y planos. Aner sabía que, en algún lugar de esa biblioteca, estarían los mapas de los dominios del supremo, de las batallas que habían tenido lugar y de las estrategias que pensaba llevar a cabo en los siguientes días. Todo ello mantenido en el más absoluto de los secretos, mantenido allí lejos de miradas curiosas de personas como Aner. Pero no se podía entretener en buscarlos en ese momento. El talanta posó su dedo índice en el lugar del plano donde había visto a los esclavos. No recordaba que hubiera nada en esa zona algunos años atrás. Leyó el epígrafe que Sadoc de su puño y letra había escrito: Minas. Aner arrugó la nariz. Si el suprem había llevado allí a los esclavos y él mismo se había trasladado allí era porque aquella tierra escondía algo importante para él, algo que intuía podría utilizar en contra de los talantas o incluso de otros banelatus. Estudió el plano con atención. Tenía que memorizar todas las anotaciones y trazos. Una vez satisfecha su curiosidad, enrolló cuidadosamente el pergamino y lo colocó tal y como estaba. Sadoc era meticuloso y, a buen seguro, detectaría hasta el más mínimo cambio.

Ganix entró en el palacio de Sadoc, como todas las tardes, por la puerta destinada a los esclavos. Dicha entrada estaba custodiada desde hacía meses por la guardia especial y excepcional del suprem. El suelo de Bankada estaba lleno de charcos, lo que había hecho que sus pies terminaran calados y una sensación irritante hacía incómodo su caminar. Chof, chof, chof. Se descalzó en la entrada y cambió sus zapatos mojados por unas cómodas zapatillas. La sensación era agradable, pero en Bankada no había tiempo para regocijarse ni siquiera en pequeños placeres. Se desplazó a paso ligero hasta las cocinas. Allí comprobó que todo estuviera en orden. Media docena de esclavos detuvieron su actividad al notar su presencia y se quedaron en posición de firmes, esperando la inspección y las órdenes. La mayoría de los esclavos que trabajaban en el palacio consideraba a Ganix eficiente. El esclavo hacía que todo funcionara tal y como Sadoc quería, lo que evitaba castigos y eso era algo de agradecer. Sin embargo, lo consideraban frío en el trato y algo engreído por ser el «favorito» del suprem, si es que ser el esclavo que estaba en la primera línea de fuego de los antojos de Sadoc representaba un honor. Ganix dejó atrás las cocinas sin mucho interés por ver cómo iba el trabajo allí. En cualquier caso, aquella noche el suprem no volvería a cenar a casa. Siguiendo su rutina, se dirigió al ala de los dormitorios.

Tixaso recorrió el espacio del dormitorio una vez más con su mirada. La estancia era amplia y estaba perfectamente ordenada. No había nada fuera de su sitio. Allí no estaba lo que buscaba. En realidad, no sabía lo que buscaba, pero había tenido la intuición de que en el palacio del suprem encontraría... algo, una pista.

Se movió con sigilo. Abrió varios cajones de una cómoda arrimada a la pared que permanecía en semipenumbra y que ya había abierto en dos ocasiones más. Revolvió la ropa que allí se apilaba en perfecto orden y que colocó tal y como la había encontrado. Iba a retirarse ya, aceptando que allí no iba a hallar nada de valor para ella, cuando algo llamó su atención al otro lado de la habitación. Las luces de los relámpagos lejanos iluminaban la estancia. Tixaso se acercó a un estrecho cajonero encajado entre dos columnas. La encimera, un pequeño rectángulo, solo estaba ocupada por dos pequeños objetos en forma de dos estrechas torres. Echó un vistazo

rápido mientras se acercaba. Estaban colocadas a la misma distancia del límite que entre ellas. Tomó una en la mano. Era fría al tacto —de algún metal desconocido para ella—, lisa, pulcramente tallada en forma de octaedro. Tomó la otra. Era igual a la primera. Medían exactamente lo mismo —lo mismo que un dedo meñique—. Colocó las dos piezas en la palma de su mano izquierda y las dejó rodar sobre ella. De pronto, las dos piezas se unieron por uno de sus lados.

Un leve sonido de pasos en la lejanía, captado por sus finos oídos, le hizo girar la cabeza en un movimiento instintivo hacia la puerta. Sin pensárselo, metió las dos piezas en uno de sus bolsillos y se dirigió hacia el gran balcón del dormitorio. Se asomó con cuidado. Abajo, cuatro soldados hacían guardia. Tendría que buscar otra salida. Se quedó quieta, pensando y escuchando. Si era el propio Sadoc el que se dirigía al dormitorio estaba perdida, pero si era alguno de sus esclavos, tenía alguna posibilidad. Los pasos aún resonaban lejanos. Y no eran los pasos del suprem. Había tiempo. Abrió con cuidado la puerta y asomó su cabeza. Nadie a la derecha. Nadie a la izquierda. Sacó todo su cuerpo, cerró despacio la puerta y se plantó en medio del pasillo moviéndose sobre la alfombra que cubría el suelo y que amortiguaba sus zancadas.

Poco antes, Aner había dejado la biblioteca y se había dirigido hacia la salida de la manera más rápida. Ya tenía lo que quería.

Ganix estaba cerca del dormitorio de su amo. Debía verificar que todo estuviera tal y como Sadoc quería por si al suprem se le ocurría pasar la noche en su palacio, aunque era improbable. Cada vez eran más las noches que el suprem pasaba en la mina. Quería estar presente en el momento del hallazgo. Pero Ganix sabía que en cualquier momento podía cambiar de opinión y regresar al palacio. Y, si llegaba el caso, todo debía estar a su gusto. Caminaba distraído. Sus pensamientos volaban en su cabeza. Estos a veces eran bellos, otras veces crueles y, en ocasiones, liberadores, pero, la mayoría de las veces, frustrantes.

Iba abstraído y, sin darse cuenta, se plantó enfrente de la puerta del dormitorio de su amo. Posó la mano sobre la manilla y la presionó hacia abajo. Suspiró y en ese suspiro iba toda su frustración y su desencanto. Entró con cuidado, casi de puntillas, en un intento de no dejar rastro de su presencia allí. Sacó con cuidado una camisa blanca de seda y un pantalón ancho del mismo color que su amo usaba para acostarse. Si el suprem no regresaba a dormir, lo recogería por la mañana. Lo colocó con sumo cuidado encima de la cama. Alrededor de él reinaba la penumbra. No se acababa de acostumbrar a la oscuridad de aquel día, una oscuridad en la que los banelatus parecían desenvolverse tan bien. Echó un vistazo general. Todo le pareció normalmente perfecto, pero debía comprobarlo tal y como le había enseñado —más bien obligado— a hacer el líder de todos aquellos locos. Uno, dos, tres pasos: la cama con su dosel negro. Cuatro, cinco, seis pasos: el armario con todas sus puertas cerradas. Siete, ocho, nueve, diez pasos: el pequeño cajonero con todos sus cajones cerrados y las dos torres...

Ganix abrió la boca y su corazón perdió un latido. La boca se le secó de repente. Miró alrededor desesperado. Palpó varias veces la superficie del mueble, incrédulo. Desesperado,

maldijo su suerte. Se agachó y buscó en el suelo. Movi6 el mueble y lo volvi6 a dejar en su sitio. Mientras, su cara se desencajaba por momentos y mostraba su desesperaci6n y su miedo. Las dos torres octa6dricas de Sadoc no estaban. Sali6 de la habitaci6n presa de un pánico helado y el pasillo le dio vueltas. Intent6 buscar en vano una soluci6n y fue en ese instante cuando le pareci6 ver una sombra en el pasillo perpendicular. Sali6 disparado, prescindiendo de ser silencioso tal y como era su mandato. Persigui6 a esa sombra como quien se agarra a un clavo ardiendo, pero la sombra pareci6 desvanecerse en la oscuridad de aquel día de tormentas.

Aner acababa de pasar por el pasillo que conducía a los aposentos del suprem. Un deseo apremiante de abandonar aquel palacio se present6 de pronto dentro de su ser. Descendi6 deprisa las escaleras que llevaban al *hall*, pero, cuando sali6 al exterior, se oblig6 a controlar sus pasos. Los evocadores no salían corriendo del palacio del suprem.

Ganix lleg6 al final del pasillo como un perturbado, negando con su cabeza. Abri6 la pequeña ventana que daba al patio exterior y entonces vio una sombra que avanzaba hacia la salida. Sintió alegría —no estaba loco— y luego miedo. Grit6 hacia los guardias: «¡Detenedlo, ha robado en el dormitorio del suprem!». Pero su grito qued6 ahogado entre el ruido de la tormenta y la enorme distancia que los separaba. Sin cerrar la ventana, emprendió una carrera desesperada hacia la salida al grito de: «¡Detenedlo!». Aunque él no tenía ninguna autoridad para dirigirse a los guardias y menos aún para darles órdenes.

Aner lleg6 a la puerta e intercambi6 unas palabras de despedida con los guardias.

Tixaso se asom6 de nuevo. La bajada por allí era arriesgada, mas debía hacerlo o pronto alguien descubriría su presencia. Una segunda ojeada para asegurarse de que nadie la importunaría en su descenso le hizo dirigir su mirada hacia la puerta. Una sombra negra hablaba con los guardias. «Un evocador», concluy6. «¿Aner?». Si era o no él, poco importaba, aunque una pequeña llama de curiosidad surgi6 en ella y se entretuvo en contemplar la escena para cerciorarse. Quería ver a través de su capucha aquellos ojos que relampagueaban como los rayos que aquella tarde rasgaban el cielo. La capucha impedía percibirlos. Uno de los guardias abri6 la puerta y ella desvi6 la mirada hacia abajo. Salt6 sobre las piedras que formaban parte de la defensa del palacio y se gir6 para descolgarse.

Ganix lleg6 a las inmediaciones de la entrada principal haciendo grandes aspavientos y gestos. Dos guardias salieron a su encuentro y le cortaron el paso. Aner escuch6 el alboroto, pero no se gir6. Su coraz6n empez6 a latir con fuerza. Cuando escuch6 el ruido de la puerta cerrarse a sus espaldas, ech6 a correr.

El esclavo vio desvanecerse la capa negra al otro lado de la puerta. Había estado a tan solo quince pasos del ladrón y esos inútiles de guardias le habían permitido largarse. El guardián al mando llegó hasta el esclavo y le señaló con la mano. Ganix se cayó de pronto y sus rodillas chocaron con el suelo. Tenía la respiración entrecortada y la sensación de que alguien le pisaba los pulmones. No era la primera vez que un banelatu lo reducía de esa forma. Sadoc lo hacía a menudo y la fuerza del suprem era mucho más brutal. Entre sus balbuceos y su mala pronunciación del idioma banelatu —que no había conseguido dominar a pesar de sus intentos—, consiguió al fin hacerse entender. En cuanto el guardián al mando comprendió la esencia de su mensaje, empezó a dar órdenes. Dos de sus guerreros salieron hacia el exterior en busca del evocador. El guardián —de nombre Falax— no creía que el evocador tuviera nada que ver con el asunto, pero debía aclarar el asunto antes de que hubiera de presentar sus explicaciones al suprem. Quizá, el evocador tan solo cumplía órdenes del propio Sadoc, aunque nadie había anunciado su presencia.

Mientras Falax pensaba en todo eso, Ganix no paraba de dar vueltas, sabiéndose hombre muerto. De pronto se detuvo y dio un par de pasos en sentido contrario. Miró hacia el muro de la edificación. Los relámpagos que se repetían en el cielo le permitieron ver a alguien que descendía por la pared vertical. Se lo señaló al guardián. Este hizo un sencillo gesto con la mano y otros dos soldados corrieron hacia allí. Falax quería al evocador, al banelatu y al esclavo ante su presencia de inmediato. Y quería aclarar el asunto antes de tener que dar explicaciones a Sadoc o, precisamente, para no tener que dárselas.

Aner sabía que le perseguían. No sabía cuál era el motivo de la persecución, pero no iba a dejar que le prendieran para averiguarlo. Pegado a las paredes de las casas y moviéndose a paso ligero, intentó alejarse lo máximo posible del palacio. Al principio corrió sin preocuparse hacia donde se dirigía, pero pronto se dio cuenta de que se alejaba de su destino. Se detuvo a recobrar aliento y a orientarse en medio de aquella oscuridad. El eco de pisadas llegó hasta sus oídos. Miró hacia arriba. De un salto se agarró a un saliente de la pared y se subió a una pequeña balconada. Se agazapó como pudo. Sudaba a pesar de que el viento soplaba del norte y traía frío y humedad. Los pasos se acercaban. Se asomó. Dos siluetas se detuvieron muy cerca del lugar desde el que se había impulsado para subir. Los dos guardias miraron a ambos lados, pero no hacia arriba. Después siguieron su camino. Aner se apoyó contra la pared del muro del edificio. «Quizá Tixaso me ha traicionado», pensó. Se asomó de nuevo. La calle parecía vacía, fría, solitaria. O quizá, simplemente, le habían descubierto. Dio un salto, dobló las rodillas y aterrizó en el suelo mojado. Los bajos de su capa absorbían el agua acumulada en las calles. Se llevó la mano izquierda a la cintura y tocó la empuñadura de su espada por encima de la capa. Debía mantener su arma oculta, pero estaba demasiado lejos de su alcance si llegaba el caso de tener que utilizarla con urgencia.

De camino a la mina, no pudo evitar pensar en Zarala y en Ixaka. Hacía dos años que no los veía y, aunque intentaba evitar ese pensamiento, sabía que existía la posibilidad de que ninguno de los dos estuviera vivo. Después de todo, dos años en manos de los banelatus eran toda una eternidad para un talanta. Y una eternidad no precisamente alegre, sino llena de penalidades, miedos y dolor. Y no todos eran capaces de soportarlo. Sin embargo, se dijo, Zarala e Ixaka eran fuertes. El viento empujó los bordes de su capucha y los hizo ondear delante de él. Las luces de la mina se veían ya cerca. Sentimientos encontrados invadieron su interior. Debía mantener la calma

y actuar con frialdad.

Se dirigió a la puerta. Era una entrada ancha, flanqueada por dos guardianes altos que permanecían quietos a ambos lados. Al contrario de lo que había supuesto, los guardianes no le cerraron el paso ni le preguntaron por su extraña presencia en aquel lugar a aquellas horas. Chispeaba. Un ligero hormigueo recorrió sus piernas. ¿Estaría Zarala tan cerca de él como deseaba?

Los talantas golpeaban las piedras bajo la atenta mirada de los guardias banelatus. Aner enseguida se percató de los cuerpos famélicos apenas cubiertos de piel. Cuerpos débiles que se esforzaban por parecer fuertes y en plena forma. Algunos lo conseguían, los demás daban pena. Esperaba que Sadoc no se paseara con frecuencia entre los esclavos. Podría pasar por evocador ante los ojos de la mayoría de los banelatus, pero sería difícil engañar al supremo. Él captaría enseguida algo diferente en él y estaría perdido. Así que era vital localizar a Ixaka o a alguien de los clanes del norte del río Jumed en el menor tiempo posible. Arropado por la oscuridad, se permitió el lujo de retirarse un poco la capucha hacia atrás. Mientras andaba, barría con los ojos las filas, a derecha e izquierda, en busca de una cara que le sonara, de unos rasgos que recordaba algo ya diluidos, de unos sentimientos que anhelaba ver florecer de nuevo dentro de él y que llevaban dos años encerrados en el corazón de Zarala. Si ella estaba muerta... él también habría muerto.

Caminaba lo más lento que podía para fijarse bien, pero sin levantar sospechas. Había más gente en aquel lugar de lo que jamás habría imaginado. El reconocimiento se iba a prolongar. Notaba los nervios a flor de piel. El sonido de las herramientas golpeando la piedra se le hizo pronto familiar. Un paso tras otro, marcando a ritmo del martillo el compás de centenas de vidas. Clin, clin, clin. El trabajo era tedioso. A su lado pasó un hombre con una carretilla donde los golpeadores colocaban los minerales arrancados a la piedra. El hombre caminaba descalzo.

El camino describió una curva que dejó al descubierto una fila interminable. Las luces de las antorchas prolongaban delgadas sombras sobre el suelo y dibujaban extrañas marcas en los rostros. A su derecha, una figura erguida golpeaba con furia una piedra gruesa de la que saltaban pequeños fragmentos que quedaban a sus pies. Centró en ella su mirada y sonrió. Se acercó con cuidado.

—Te dije que, si querías sobrevivir entre los banelatus, te abstuvieras de llamar la atención. Pero, por lo que veo, no me has hecho mucho caso.

El movimiento que Ixaka estaba trazando para golpear con más fuerza la piedra se quedó suspendido en el aire. No podía ser. Las palabras habían llegado a él tan claras... y, sin embargo, a pesar de ello, no podía dar crédito a lo que oía.

—No te pares —le conminó Aner al ver que Ixaka detenía su trabajo—. Sigue trabajando como si yo no estuviera aquí.

—¿Aner? —preguntó para confirmar.

—¿Quién si no?

—Has tardado mucho.

—Los banelatus no me lo han puesto fácil.

Ixaka sonrió para sus adentros a la vez que daba un fuerte golpe sobre la roca. Después se agachó y sacó su cincel para empezar a ejecutar un trabajo más delicado.

—¿Zarala está...?

—Zarala está viva y está aquí.

—¿Dónde? —preguntó Aner con urgencia.

Ixaka pensó con rapidez. Zarala estaba cansada y enferma. Él lo sabía, aunque se hubiera negado a reconocerlo. Su hermana no estaba preparada para ver a Aner y Aner no estaba preparado para ver a la Zarala en la que los banelatus habían convertido a su esposa. Sería mejor dar tiempo a la mujer a prepararse antes del encuentro.

—Ahora está en el edificio principal con Sadoc —añadió para evitar que Aner tuviera la tentación de echar a correr hacia ella—. Dime cómo nos vas a sacar de aquí y yo contactaré con ella cuando nos repartan la cena. Porque tendrás un plan, ¿no?

El plan de Aner era sencillo. Había pensado mucho en ello durante los dos últimos años. Primero en su breve paso por las cuevas donde se había refugiado el clan tras el asalto, después en Cannvea y, por último, durante su viaje con Tixaso. Sin embargo, debía reconocer que ninguna de las posibilidades en las que había pensado encajaba con la realidad con la que se había encontrado. Eso le había llevado a improvisar un plan sobre la marcha. Por eso su plan era sencillo y por eso debía funcionar.

—¿Dónde dormís? —le preguntó Aner.

—En la prisión —dijo señalando un punto lejano.

—¿Zarala también?

—Sí, aunque en otras dependencias.

—¿Podéis colocaros en los últimos puestos de las filas cuando os lleven allí?

—Lo haremos.

—Bien, entonces, estad preparados.

—¿No vas a contarme tu plan?

Las palabras de Ixaka se quedaron un instante sin contestación. Aner se había tenido que alejar unos pasos. Llevaba mucho tiempo allí y uno de los guardias empezaba a mirar hacia ellos.

—Debo irme —le dijo por fin—. Avisa a Zarala y estad prevenidos. Y recuerda: colocaos los

últimos en la fila.

Aner se alejó. Sonrió para sí. Era una sonrisa que surgió de su corazón. Y se sintió bien. La lluvia arreciaba, pero eso ya no tenía importancia, porque dentro de él brillaba el sol.

Ixaka cogió su martillo y golpeó con fuerza la piedra. Liberó así la tensión que llevaba gobernando su cuerpo casi dos años. Se notó más ligero, más liviano y disimuló una sonrisa que pugnaba por mostrarse en su rostro. Si algún banelatu le veía sonreír, el látigo marcaría su cuerpo y era el día menos indicado para recibir una dosis de castigo.

Tixaso se asió con fuerza a la piedra e inició el ascenso con rapidez. Su descenso había sido advertido por los guardias y ahora tendría que volver sobre sus pasos. Debía ser rápida, pero a la vez certera, porque cualquier paso en falso podía dar con sus huesos sobre el pavimento. De un salto, se impulsó por encima del muro y llegó de nuevo al punto del que hacía un instante había partido. Debía moverse con rapidez y buscar un escondite.

Capítulo XVIII

Huyendo de los banelatus

La luz amarillenta de un sol frágil se levantaba por el este. Una ligera neblina restaba nitidez al paisaje. Marz miró hacia atrás, como hacía siempre que emprendían la marcha. Aún le parecía ver el humo elevándose hacia el cielo como testigo mudo del exterminio de los clanes de los talantas, aunque de eso hacía ya muchas lunas. Su cerebro aún conservaba el olor a sangre, carne quemada y derrota que le impedía sonreír. Viajaban hacia el oeste a buen paso. Se detenían lo estrictamente necesario y dormían lo menos posible, en un intento por borrar sus propias huellas y de alejarse de los banelatus. Esperaban que estos hubieran olvidado que debían exterminarlos. Su esperanza pasaba por bordear el supremo del oeste y seguir viaje hacia tierras desconocidas hasta el fin del mundo, si es que existía.

Llevaban días sin toparse con nadie y eso podía ser algo tanto bueno como malo. La comida, aunque escasa, no les había faltado. Habían tenido que dar algún rodeo para evitar un par de partidas de banelatus, pero todo se había resuelto sin tener que enfrentarse a ellos. Al parecer, tenían órdenes distintas a las de dar caza a talantas rezagados y expuestos a los peligros de la naturaleza. Marz se preguntó si aquel grupo de ocho personas serían los únicos supervivientes de los once clanes de los talantas del norte. Se cargó el bulto que le tocaba transportar a la espalda mientras observaba cómo los demás ocupaban sus puestos. Miró al cielo. Le pareció inmenso e inalcanzable, lo mismo que su sueño de encontrar un lugar donde establecerse y poder dejar de huir. Su cabeza se meneó de izquierda a derecha. Sabía que todos estaban cansados y en sus caras se leía el esfuerzo hecho jornada tras jornada. Pero no había más opciones que seguir andando, aun sabiendo que cada paso les podía acercar tanto a la vida como a la muerte. Miró a Maldea mientras ayudaba a Anaiansa a colocarse a su bebé. La muchacha, al saberse observada, intentó sonreír, pero en sus ojos se reflejaba la pena entre las lágrimas. Agachó la mirada. No quería que Marz pensara que no era fuerte. No era bueno para el grupo que el desánimo se instalara en sus vidas, pero, a veces, era inevitable sentirse agotada.

A Astu le gustaba caminar a su paso. Por eso se colocaba siempre en cabeza para marcar el ritmo. Se notaba viejo y los huesos le molestaban. En las arrugas de su cara se leía el trayecto de una vida sin descanso. Elevó su mirada. El cielo parecía manchado de una luz apagada. Su mano delgada, de largos dedos, se agarró al grueso bastón de madera.

Galder se situó a su lado. Se sentía débil y agotado. Un par de días atrás, al ir a beber agua de un pequeño arroyo, bebió de su propio reflejo. No se reconoció en él. Sabía que ese era su rostro, pero en él no quedaba ya nada de aquel jefe de los once clanes talantas del norte. Al situarse al lado del viejo hechicero sintió el mismo temblor que notó cuando rompió con su mano el reflejo que, irónicamente, le ofrecía el agua. En su vida ya no quedaba nada más que caminar y cada vez estaba más convencido de que, fuera cual fuera la meta de aquel viaje, él no iba a conseguir llegar. Aunque no por eso iba a dejar de intentarlo.

Silban se colocó al lado de las dos mujeres. Su rostro aún parecía más afilado y delgado que de costumbre y sus ojos se destacaban sobre aquel rostro pálido. Sin embargo, su cuerpo, aunque

delgado, era fuerte y valiente.

Alaón esperó a que todos se pusieran en marcha. Observó desde atrás aquel extraño, pero compacto grupo. Sin duda, aunque variopinto, eran los mejores compañeros de viaje que nadie podía haber escogido. Vio cómo su hijo clavaba los pies en el suelo en cada paso que daba. Marz se había vuelto silencioso. Alaón notaba un pequeño muro insalvable entre los dos. Y nunca parecía llegar el momento de derruirlo.

Así comenzó una nueva jornada para aquellos fugitivos. Marz se giró de nuevo hacia atrás. Pestañeó un par de veces y después continuó la marcha. Sus pasos apenas levantaban polvo del camino. En cierto modo se sentía responsable de todos los que lo acompañaban, aunque en realidad no lo fuera. Pero era verdad que, desde que dejaron atrás las tierras de los clanes del norte, todos habían esperado sus indicaciones antes de tomar decisiones. Marz caminaba con los cinco sentidos alerta. Comprobaba en todo momento el estado físico de sus compañeros de viaje.

Después de media legua de camino, el joven se adelantó a todos. Le gustaba explorar primero el terreno sobre el que iban a pisar para evitar sorpresas. Hasta ese instante no habían tenido encuentros desagradables. Alguna alimaña que hubieron de espantar y alguna partida banelatu que parecía tener prisa por llegar a algún sitio y que no prestó mucho interés a aquel pequeño grupo.

Un ligero viento acarició su rostro y empujó sus cabellos hacia atrás. Su frente quedó al descubierto. En ella se veía una pequeña cicatriz que le dejó el golpe de una piedra lanzada por un compañero de juegos en una lejana infancia. En su mente solo quedaba una idea y esa era la de huir lo más lejos posible de los banelatus. Y solo había un lugar al que ir, un lugar que no sabía con certeza que existiera, pero del que había oído hablar en cuentos y leyendas. Un lugar que se encontraba al oeste, al otro lado del bosque mágico. Solo había un problema: atravesar dicho bosque. Los seres que lo habitaban no eran muy hospitalarios y gustaban de jugar con todo aquel viajero que se acercaba a sus lindes, o eso decían. Él solo quería atravesarlo para escapar de la muerte y así se lo pensaba explicar a los habitantes de aquel lugar, si es que querían escucharle. Quizá solo persiguiera un sueño, un cuento infantil, pero ¿qué otra cosa podía buscar ya, si no era un sueño?

El cielo devolvía una luz blanquecina. Todo parecía tranquilo, incluso demasiado. Marz escuchó el eco que producían sus propios pasos al golpear el suelo. El joven miró hacia arriba. Nubes blancas pasaban a toda velocidad sobre sus cabezas. Sin embargo, abajo, el viento apenas se dejaba sentir sobre los rostros.

Maldea buscó a Marz con la mirada. Su cuerpo había desaparecido en la distancia y una sensación de desasosiego creció dentro de ella haciéndole temblar. Se había acostumbrado a seguir la estela del cuerpo del joven y, cuando no lo veía, se sentía perdida. Se mordió los labios por dentro, pensativa. Caminar se había convertido en una costumbre. Todavía dolían los pies, las piernas, los riñones... Pero todo eso formaba parte de la misma rutina. Al menos, su hermano les hacía reír cuando se paraban a comer o a dormir.

La silueta de Marz se perfiló de pronto en la distancia. Volvía corriendo. El instinto guerrero de Alaón se puso en guardia. El joven hacía gestos con la mano, señalando hacia su derecha. Alaón enseguida captó el sentido de sus gestos. Miró alrededor.

—¡A la cuneta, echaos a la cuneta, rápido! —les conminó.

Cerca de ellos había algunos arbustos de altura y grosor insuficientes para esconderlos.

—Hacia abajo —les dijo, indicando un camino que descendía un poco más a su derecha.

Todos echaron a correr. Alaón y Silban intentaron proteger a los más lentos.

Marz corría tanto como sus largas piernas se lo permitían. En la distancia, había avistado una pequeña nube de polvo. Poco después había distinguido unas siluetas banelatus. El joven vio cómo su grupo se desviaba hacia la derecha por un pequeño sendero. Todavía estaban a suficiente distancia para darles tiempo a esconderse. Quizá al final no pasaran cerca de ellos, pero debían tomar todas las precauciones posibles. Unos pasos más adelante, se detuvo a observar parapetado por una gran roca de color blanquecino. Estaban más cerca de lo que parecía. Sin duda, los banelatus se movían con rapidez. Se volvió entonces hacia sus compañeros y echó a correr tras ellos. Desde allí eran perfectamente visibles. Tendrían que descender más y hacerlo más rápido.

—Banelatus —les dijo cuando los alcanzó. No hacía falta que lo hubiera dicho. A esas alturas lo tenían más que claro.

Todos asimilaron enseguida la palabra y lo que esta significaba para la seguridad de un grupo tan frágil. A Marz le pareció escuchar el trote veloz de los olanos. Podía tratarse solo de su imaginación, pero no podía detenerse a averiguarlo. En ese instante, Anaiansa, que iba unos pasos por delante de él, tropezó y cayó al suelo aplastando a su pequeña hija a la que transportaba en su regazo. Todos se volvieron al sentir el golpe en el suelo.

—No os detengáis —les dijo Marz que cerraba el grupo mientras ayudaba a madre e hija a ponerse de nuevo en pie.

Marz tomó entonces la improvisada cuna que servía para transportar a la niña y se la pasó sobre la cabeza.

—Corre —apremió a Anaiansa.

Esta echó a correr tras la estela del resto. Marz miró hacia atrás y hacia arriba. Los banelatus estaban allí. No podía ser que hubieran recorrido tan larga distancia en tan poco tiempo, pero así era. Alaón, Galder y Astu habían conseguido llegar hasta un pequeño bosque y no se les veía desde allí. Pero el resto había quedado a medio camino.

—¡Pegaos a la pared y agachaos! —dijo en un susurro.

Maldea contuvo la respiración y pegó su espalda a la pared de tierra que recorría el camino por el que descendían. Sus manos se agarraron a la tierra y su vista se fijó en la de Marz.

El joven se agachó también y rodeó con sus brazos al bebé que protegía. Miró a los tres que habían quedado junto a él a descubierto y sus ojos se encontraron con los de Maldea. Le sonrió y le guiñó el ojo y la muchacha sintió ganas de llorar y de reír a la vez al mezclarse en ella sentimientos tan intensos y variados.

En esos momentos, los pasos de los banelatus eran perfectamente perceptibles. El tiempo pasaba despacio. Poco después, los cascos de los olanos comenzaron a sentirse más alejados. Ninguno se movió.

Desde el bosque, los tres hombres observaban con denodada atención, dispuestos a actuar. Astu movía los labios en silencio, como si repitiera una letanía o un conjuro.

Pasó un largo rato, pero, al final, el sonido de los banelatus se perdió en la distancia. Los talantas aún tardaron en moverse. Se escondieron en el bosque y pasaron allí gran parte de la mañana reponiéndose del susto. Por la tarde prosiguieron su viaje.

Meder se despertó sobresaltado por un sueño. Sus ojos se abrieron como platos. Las estrellas aún brillaban en el cielo y la luna creciente dejaba un pequeño rastro de resplandor sobre la ladera de la colina. En la cima dormían los escasos talantas que habían sobrevivido al ataque banelatu. Meder se incorporó y se estiró. No faltaba mucho para amanecer, pero la noche aún era oscura. De la escasa veintena de personas que se congregaba allí, podía señalar a aquellos que tenían alguna posibilidad de sobrevivir. Unos nueve o diez. Los demás eran un estorbo. Se lamentó por ello. Había un par de heridos graves que se habían convertido en una carga para todos. Tarde o temprano tendrían que abandonarlos a su suerte. No iba a ser una medida popular, pero era una medida necesaria. Sabía que para ello contaría con el apoyo de Luar —quien había sobrevivido junto a toda su familia— y de un par de hombres más de su clan, que también se contaban entre los afortunados supervivientes. Los demás, seguramente, no estarían de acuerdo, pero no pondrían trabas. Al menos, no las expresarían en público. De eso se encargaría él en persona. Meder caminó hacia la parte más alta y se sentó junto a Luar, que hacía guardia a esas horas.

La noche estaba en calma. Corría un ligero viento que revolvía las llamas de la hoguera junto a la que se apostaba Luar. Meder estiró sus manos junto al fuego y miró el semblante regordete de su compañero cubierto de una espesa barba. Había perdido pelo en los últimos años y su frente parecía más ancha, lo que le daba una expresión mucho más adusta y agresiva. Sus labios estaban apretados. Miró de reojo a su jefe.

—Sin novedad —le dijo.

Meder asintió.

—¿Sigues creyendo que ir hacia el sur es la mejor de las opciones?

—Seguiremos la línea que marca la cordillera Bálbana y luego continuaremos hacia el oeste.

Esta vez fue Luar el que asintió. Después miró hacia el grupo. Le pareció ver movimiento.

Dulanto llevaba rato despierta. Hacía mucho que su sueño era ligero y lleno de interrupciones. Apoyó su cabeza sobre su brazo izquierdo y contempló el perfil de su hija pequeña, dormida a su lado. Sabía que la niña no tardaría en despertarse. Desde que los banelatus atacaron, las pesadillas acompañaban cada noche el sueño de Almika. La escasa luz no le dejó ver el rostro de

su hija, pero enseguida notó cómo se revolvía. Pronto empezó a agitarse y a gritar.

Meder miró a madre e hija con reprobación. No le gustaba que nada se saliera de lo que él había estipulado como norma. Y una de sus normas era que todos durmieran hasta que él decidiera que había que ponerse en pie. Y él no había dado aún esa orden. Si Almika continuaba llorando, acabaría por despertar al resto del grupo y los horarios se irían al carajo. Les esperaba una larga caminata que no podrían aguantar si no descansaban cuando debían hacerlo.

—Haz callar a tu hija —le dijo Meder.

Luar se levantó. Sus brazos se balancearon a lo largo de su cuerpo mientras caminaba. Al alejarse de la hoguera, sintió el frío que precede al amanecer.

—¡Haz que Almika se calle! —fueron las palabras de Luar a su mujer—. O despertará a todos.

Dulanto se mordió la lengua. Odiaba que su esposo le hablara como a una desconocida, pero nunca se atrevía a recriminárselo. Agachó la mirada y acercó el cuerpo de su hija al suyo, protegiéndola con los dos brazos. Así, Almika, recostada muy cerca de su madre, ahogó sus gritos y sus miedos en el pecho de su progenitora. Dulanto tembló. Hacía frío y estaba cansada. Sabía que ya no volvería a coger el sueño y deseaba que amaneciera pronto. Estar allí sin hacer nada la ponía nerviosa. Cerró los ojos y besó el pelo de su pequeña. Todo alrededor le recordaba aquello en lo que se había convertido su vida y no le gustaba. Ya no quedaba nada más que huir o morir y ninguna de las dos opciones se aparecía como grata. Dulanto torció el gesto. Al menos, toda su familia estaba viva, mientras que la mayoría de los que allí se encontraba había perdido a todos sus seres queridos. Tal vez solo era cuestión de tiempo que eso mismo les sucediera a ellos. Elevó en silencio una plegaria para proteger a sus hijos.

La voz potente de Meder rompió el hilo de sus reflexiones. Tocaba levantarse, recoger y comenzar a andar. Lo poco que había para comer se lo repartirían por el camino. A la incipiente luz del alba, los rostros de sus tres retoños aparecían afilados y ansiosos por tomar algo de comida. Una comida que no había y que no hacía tanto había presidido la mesa de su hogar, humeante, deliciosa. Al solo recuerdo, sus jugos gástricos comenzaron a moverse en el estómago. La saliva abundó en su boca y Dulanto tuvo que rechazar aquel recuerdo maravilloso.

Luar llegó a su lado. Se echaron al hombro las escasas pertenencias que aún conservaban y comenzaron a andar. El ritmo de Meder era fuerte y rápido. Casi marchas forzadas. No permitía que nadie se rezagara y, si alguien lo hacía, era bajo su propia responsabilidad. En aquel mermado grupo no se esperaba a nadie. Era la regla que había instalado el jefe, porque era la única manera de sobrevivir. Si alguien ponía en peligro la subsistencia del grupo, no merecía formar parte de él. Dulanto recordó cómo hacía una semana habían tenido que huir de un grupo de banelatus. Uno de los heridos más graves no pudo seguir el ritmo y quedó a su merced. Estos ni siquiera se molestaron en matarlo. Lo dejaron moribundo, aunque sabían que allí, solo, no tardaría en ser pasto de las aves. Meder tampoco permitió que nadie volviera a por él cuando el peligro hubo pasado. Alegó que ya estaban demasiado lejos para retornar y que su compañero estaba sentenciado. Aquel hombre había servido para salvar al grupo. Eso era lo que el gran jefe les había dicho y todos lo habían creído. O, mejor dicho, habían decidido que era lo que había que creer para que las conciencias descansaran tranquilas. A Dulanto le recorrió un escalofrío al

recordarlo mientras se preguntaba qué pasaría si uno de sus hijos enfermaba o se hería. El frío de la mañana caló en sus huesos y la mujer se agarró de los brazos para darse calor. Ante ellos se despertaba otro día de marcha, otro día de huida.

Capítulo XIX

Bankada: capital supremio banelatu del oeste

La sala estaba vacía de adornos. En medio, una gran mesa de madera oscura y forma rectangular presidía la estancia. Sus gruesas patas parecían aferrarse al suelo como recias raíces que se ahondan en la tierra. A lo lejos, los relámpagos y los truenos amenazaban con volver a traer una tormenta y regar de nuevo la encharcada tierra de Bankada. Sadoc extendió el mapa sobre la mesa y sujetó sus extremos con piezas de madera para que las esquinas no se doblaran. Apoyó sus manos sobre la mesa con los hombros echados hacia delante y su gesto inmutable. Un río de satisfacción bañaba sus venas, llevando hasta su cerebro un delirio de grandeza. Dentro de poco, sería el banelatu más poderoso de la historia. Los límites del supremio alcanzarían todo el mundo conocido de este a oeste y de norte a sur. Y eso era lo que contemplaba en el mapa que ahora reposaba triunfante sobre la mesa. Un mapa que él mismo había trazado con la destreza del mejor dibujante y la cabeza del mejor matemático. En él se mostraba, a una escala perfecta, cada rincón de lo que ya consideraba su supremio.

Había un pueblo que se le resistía en el sur. Unos bárbaros que se escondían en las montañas y desiertos, acostumbrados al intenso calor del día y al frío de las noches cortas. Pero él había conseguido capturar a su rey, un tal Leoiar. Tarde o temprano conseguiría un pacto atractivo para ellos que no era importante cumplir o no. Pero había aprendido que el corazón de los talantas en general y de todos los pueblos que no eran banelatus respondía al miedo, al poder y a la afectividad. Muchos hacían locuras por amor y eran capaces de rendirse y dar su vida si creían que así iban a conseguir salvar a sus seres queridos. ¡Necios! Por supuesto que también había quienes no lo hacían, pero eso era otra historia. Con esos había que jugar a otro juego.

También estaban los grupos de talantas que aún resistían en el norte. Pero cada vez esa resistencia era menor. Yankel había logrado, por fin, a base de matanzas, dispersar a los miembros de los diferentes clanes y pronto serían historia.

Claro que también estaba el tema del supremio del este y Maore. Pero, para conquistarlo, Sadoc tenía otros planes que ya había puesto en marcha.

El suprem se sentó con la espalda muy recta en una silla cuyo respaldo sobrepasaba su cabeza. Tomó la pluma con un gesto que parecía hacer volar a su mano y anotó las últimas conquistas anunciadas por sus correos. Su cabeza se movió hacia arriba y abajo en un gesto afirmativo. Se levantó y se detuvo delante de un armario. De él sacó decenas de figuritas talladas en madera. Ese era uno de sus entretenimientos. Tallar las figuras que representaban casas, guerreros, talantas, banelatus... Era su propio campo de batalla y él dirigía desde allí los designios de cuantos había decidido que formaran parte de aquella partida.

Dentro del armario, quedaron varias figuras. Representaban a aquellos que ya no le hacían falta, aquellos que habían muerto o había mandado matar.

Aner notó un ligero temblor en sus manos. Sentía emoción y temor a partes iguales. En unas horas vería a Zarala, podría tocar su rostro y enlazar sus dedos con los suyos y eso le hacía feliz. Se dirigió hacia la cárcel. Quería asegurarse de que el túnel por el que pensaba sacar a Ixaka y a Zarala existía tal y como había visto en el plano y que nada ni nadie impedía el paso por él hasta el exterior.

Entró en el edificio sin problemas. A esa hora no había prisioneros. Todos los hombres útiles estaban trabajando en la mina, lo que hacía que no hubiera vigilantes. El pequeño edificio pronto descendía hacia las entrañas de la tierra a través de una ancha escalera. Desde el primer subterráneo, las galerías se multiplicaban hacia el sur y hacia abajo en un laberinto que no parecía tener fin. A Aner le costó un poco orientarse. Tan solo había tenido un tiempo fugaz para memorizar todos los pasadizos de la mina descubiertos en el plano de Sadoc. Se detuvo ante un túnel. Tenía que ser ese. Encendió una antorcha especial que se había preparado y comenzó a contar los pasos. Uno, dos, tres, cuatro...

El suelo estaba lleno de pequeñas rocas desprendidas y animales indeterminados —a los que prefirió ignorar concentrado solo en sus pasos— que corrían a sus anchas por las tripas de la tierra. Después de doscientos cincuenta y cuatro pasos, se tropezó con un pequeño desprendimiento que tapaba el camino. Colocó la antorcha en el suelo y comenzó a escarbar con las manos. Parecía tierra suelta, pero no tenía ni idea de cuánto espacio del pasadizo podía ocupar. Después de un rato, se detuvo y cogió la antorcha. Parecía que se veía ya algo del otro lado. Quitó como pudo parte de la tierra de la parte de arriba y dejó un montón apilado en el suelo a modo de escalera. Trepó por ella y saltó al otro lado. Parecía suficiente para que Ixaka, Zarala y él pasaran, y no disponía de mucho tiempo para andar despejando todo el terreno. Quizás más adelante hubiera más tierra que quitar. Anduvo otros doscientos setenta y dos pasos más sin encontrar obstáculos. Y, por fin, vio la luz de la tormenta reflejarse a lo lejos. Al fin había dado con la salida. Una salida que estaba cerrada por una verja de hierro. Pero Aner ya se lo esperaba. Sacó una pequeña pala que había escondido junto a su espada, debajo de su disfraz de evocador, y comenzó a cavar. La tierra estaba húmeda porque hasta ella había llegado el agua de la lluvia. Sin embargo, se manejaba con facilidad y pronto consiguió abrir un hueco por debajo de la verja. Un hueco que debería bastar para que lo atravesara el cuerpo de cualquier talanta, por muy grueso que fuera. Y no creía que este fuera el caso de dos personas que llevaban dos años siendo prisioneros de los banelatus. También cabía la posibilidad de que la lluvia arrastrara parte de tierra de nuevo sobre la salida, taponándola. En ese caso, debería excavar de nuevo.

Regresó por el mismo camino. Todo estaba preparado. Calculó el tiempo que le había llevado llegar y volver por el consumo de la antorcha que llevaba y buscó un escondite. Ya solo quedaba esperar.

Tixaso, con su acostumbrada frialdad, calculó todas las posibilidades que tenía para abandonar el palacio de Sadoc. La misión llevaría su tiempo. Había que despistar a los guardias que, alertados por aquel esclavo, se habían desplegado por el palacio. Eso implicaba paciencia y mucha calma. Los relámpagos se volvían a repetir en el exterior y llenaban el cielo de líneas blancas que rompían la negrura de la noche. No tenía prisa, pero prefería irse de allí antes del amanecer. Aunque sin precipitarse. No quería caer en manos de aquellos guardias y tener que

enfrentarse a la fría ira de Sadoc.

Ixaka golpeó de nuevo la piedra. Esta se rompió, dejando al descubierto una veta del mineral que escondía. Tomó la piedra en sus manos y la elevó para contemplarla a la luz. Quería estar seguro antes de pulirla. No tenía mala pinta, pero estaba demasiado oscuro como para asegurar que era un buen hallazgo. Se decidió y llamó al guardia con un gesto de su mano. El banelatu acudió al lugar y tomó la piedra que Ixaka le alcanzaba. La analizó con ojos de experto. No quería entregar a Sadoc algo estropeado. Se tomó su tiempo. La lluvia empapaba los hombros de Ixaka y el agua corría por sus cejas sin evitar llegar a sus ojos. Los pies se escurrían entre la fina capa de barro en que se había convertido todo. El joven se preguntó cuándo terminaría aquel suplicio. «Pronto», se dijo, «esta noche». El guardia se alejó. Ixaka aprovechó para acercarse a Leoiar.

—Por un momento creí que ese evocador iba a acabar con tu vida.

En la cara de Ixaka se reflejó una mueca pícaro y travieso que pudo ver claramente el rey de los talantas del sur, aunque duró apenas lo que tarda en apagarse una vela.

—Esta noche, Leoiar. Esta noche es la noche.

—¿La noche de mojarnos? —le replicó el otro con marcada socarronería.

—Ja, ja. Es la noche en que vamos a abandonar Bankada.

—¿Y qué confluencia de astros se ha dado para que eso suceda?

—El evocador que has visto era en realidad Aner. Tiene un plan para sacarnos de aquí.

Leoiar lo miró entonces con interés.

—¿Así que tu Aner existe de verdad?

Ixaka asintió.

—¿Acaso lo dudabas?

—Empezaba a creer que era un fantasma, un recuerdo al que te agarrabas para no volverte loco en este agujero. De cualquier forma, olvidémonos de eso. ¿Y ese tal Aner va a sacarnos de aquí... él solo?

—Tú límitate a seguir las instrucciones.

—¿Y qué debemos hacer?

—Cuando regresemos a nuestras celdas, asegúrate de quedarte al final de todos.

Aner echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en la piedra. Sabía que los prisioneros aún tardarían en regresar. Si es que regresaban y Sadoc no decidía que había que trabajar hasta el alba. Todo a su alrededor estaba oscuro. Tan solo a lo lejos se distinguía un pequeño resplandor. Pero no importaba. Se sentía cómodo en la oscuridad. Ocupó su tiempo en recordar cada una de las facciones de Zarala. Durante esos dos años, se había preguntado a menudo si seguiría con vida. Y ahora, que parecía faltar tan poco para verla de nuevo, quería estar seguro de recordar cada una de las líneas de su rostro, la forma de su cuerpo, el pelo movido por el viento sobre su cara, el movimiento de sus caderas al andar, sus pasos pequeños y firmes... Había tanto que recordar, tanto que echaba de menos...

Tixaso recorrió uno de los pasillos con pies de plomo, sus rodillas flexionadas y su cuerpo de perfil, preparado para saltar a la menor ocasión. Sería bueno abandonar el palacio sin derramar sangre, pero lo haría si no quedaba más remedio. Había visto a los soldados que custodiaban el recinto. Eran soldados de élite, pero ella también lo era y no dudaría en enfrentarse a ellos. Luego sería más difícil salir de la ciudad, pero de eso ya se preocuparía en su momento.

El guardia encargado de la seguridad del palacio no estaba satisfecho con los resultados de la búsqueda del intruso. Hacía mucho que él mismo habría ejecutado a los ineptos que daban vueltas por el recinto, si no hubiera sido porque necesitaba de todos los efectivos que Sadoc le había otorgado. Dando grandes zancadas, se aproximó a Ganix y dirigió su mano hacia él.

—Vuelve con Sadoc y ni una palabra de lo que aquí ha ocurrido. Nosotros nos encargaremos.

Ganix se llevó instintivamente las manos al cuello anticipándose a algo que iba a ocurrir. Una sensación próxima a la asfixia apareció pronto por todo alrededor sin que él pudiera hacer nada para que desapareciera. Era una advertencia y así se lo tomó.

—Sí, amo guardián —le contestó en tono sumiso y con palabras entrecortadas.

El esclavo no se hizo esperar y abandonó en ese mismo instante el lugar, camino de la mina. Temblaba. Sadoc se daría cuenta enseguida de que ocultaba algo y no tendría más remedio que confesar. Y ahí acabarían sus días. Tendría que intentarlo. Debía intentar ocultárselo al supremo.

El día llevaba muchas horas vestido de noche cuando el encargado de la mina tocó la campana que llamaba a cenar. Ixaka miró hacia el lugar del que salía el sonido. Le extrañó no ver la silueta de Sadoc hierática al pie de la casa que se había hecho construir en la mina. Si no estaba allí era porque estaba muy ocupado. Eso podía ser una buena o una mala señal.

Poco a poco, los hombres dejaron sus quehaceres y se encaminaron hacia las mesas donde repartían la comida. Sus pasos eran cortos y los pies arrastraban por el suelo, pesados de barro y cansancio. Sus ropas empapadas transmitían gelidez a sus huesos y muchas mandíbulas temblaban ateridas de frío. Ixaka esperó a que la mayoría de sus compañeros se alejaran, recogió con

cuidado sus herramientas y se las sujetó en el interior de la camisa. Cada día, los guardias recogían las herramientas y se las llevaban para que a ningún esclavo se le ocurriera la idea de forzar un ataque con ellas. Pero Ixaka tenía un plan. Algunos compañeros dejaban las herramientas tiradas cerca de su puesto de trabajo. Les apremiaba más comer que recoger los utensilios. Así que él aprovechó esta circunstancia y se llevó también las de algún compañero. Cuando descubrieran que no tenía las herramientas, a buen seguro pondría en un aprieto a ese compañero, pero él las necesitaba por si las cosas se torcían mientras huían de Bankada. Y, con banelatus de por medio, había muchas posibilidades de que algo así ocurriera.

Leoiar había corrido la voz entre sus hombres y todos ellos hicieron la misma operación que Ixaka llevaba a cabo. Después, se pusieron a la cola. Ixaka se aseguró de situarse en la mesa que despachaba su hermana. Poco a poco, la cola avanzó hasta que los dos hermanos estuvieron frente a frente. No llovía, pero las ropas húmedas se pegaban al cuerpo y acentuaban la sensación de gelidez. Temblaba también por la emoción de poderle contar una buena noticia a su hermana. Zarala sirvió la comida en el plato de su hermano. Sus ojos se encontraron frente a frente e Ixaka no pudo reprimir una amplia sonrisa.

—Aner está aquí —le dijo escuetamente.

El brazo de Zarala perdió fuerza y a punto estuvo de derramar la comida que había cargado en el cazo. Ixaka acercó su mano a la de ella y la apretó.

—Aner nos va a sacar de aquí esta noche —pronunció en un susurro—. Sitúate a mi lado cuando regresemos a las celdas.

Ixaka no pudo decir más porque recibió un empujón del que estaba situado detrás de él para que se diera prisa.

Zarala siguió con la mirada a su hermano. No sabía si llorar o sonreír, si chillar o si ponerse a reír como una loca. Sabía que debía reprimirse, pero era difícil cuando tanta emoción embargaba su cuerpo menudo. Sus manos empezaron a temblar. Imperceptiblemente al principio, más intensamente después y ya no pudo evitar que las lágrimas resbalasen por sus mejillas. Las gotas saladas de sus lágrimas se mezclaron con el agua dulce de la lluvia mientras su cabeza no paraba de repetir el nombre de Aner. «Aner, Aner, Aner, Aner...».

Ixaka elevó las cejas y Leoiar asintió despacio. Era tarde cuando los guardias los condujeron hacia la prisión. Ixaka bajó la cabeza. No quería que los guardias pudieran ver la expresión de felicidad que se reflejaba en su rostro. Dejó que su pelo mojado se quedara pegado en la cara. El chapoteo de sus pasos le hizo sentir vivo de nuevo. Apretó los puños y sintió calor dentro de su cuerpo húmedo por fuera.

Ganix daba vueltas en la habitación donde esperaba las órdenes de Sadoc. Su corazón latía con una inusitada velocidad. Se frotó las manos mientras imploraba al cielo que el supremo no lo requiriera aquella noche. Su nerviosismo era tan patente que, incluso Erlea, que pasó por la sala

para preparar la cena de Sadoc, le interrogó acerca de su estado.

Sadoc contempló de nuevo la gran mesa donde había desplegado el enorme plano de su supremo. Sobre él, distintas piezas colocadas en los puntos adecuados le daban una idea de la situación de todos sus dominios. Extendió su mano hacia el norte y una pequeña figura ardió de repente. Luego hizo lo mismo apuntando hacia Cannvea y otra figura de madera explotó. Aún repitió el movimiento una vez más. En esta ocasión, hacia el sur. Otra llama prendió en una figura de madera. Los tres frentes que Sadoc pretendía dominar en las próximas semanas.

Ruidos de pasos lejanos alertaron a Aner. Se levantó y se apoyó lo más que pudo contra la pared. Poco a poco el ruido se elevó. Entre el sonido de pies arrastrándose se escuchaban palabras susurradas. A los banelatus no les gustaba que los hombres alborotaran. Además, casi todos los esclavos estaban tan cansados que no tenían ni ganas de compartir una charla. Pegado a la pared, se acercó a la boca del pasadizo que ocupaba. Las sombras de los prisioneros se alargaban por los pasillos. Formaban figuras fantasmagóricas que danzaban en una noche embrujada. Cerraba la fila de los prisioneros un banelatu que portaba una antorcha.

Aner se asomó con cautela cuando el guardián terminó de pasar por su lado. Un sexto sentido hizo que el banelatu girara la cabeza. La silueta de Aner, vestido de evocador, salió de las sombras. El banelatu tardó en procesar la información que veían sus ojos. Mientras se preguntaba qué podría hacer allí el evocador, Aner se acercó a él y le clavó el cuchillo que tenía escondido debajo de la manga directamente en el corazón.

—¡Ixaka! —susurró al reconocer a su cuñado al final de la fila.

El joven se giró. Su cara no podía esconder la amplia sonrisa que brotó de manera espontánea. Llevaba de la mano a una mujer de cabellos oscuros. Esta se quedó mirando la figura envuelta en aquella túnica oscura, a cuyos pies descansaba un banelatu con un cuchillo clavado en el pecho y los ojos abiertos en los que no quedaba ni una gota de vida. Aner, despacio, se retiró la capucha hacia atrás. Zarala abrió la boca y se agarró las manos sobre su regazo. No estaba segura de creer lo que sus ojos le mostraban. Aner se acercó hacia ella y la agarró despacio por la cintura. Llevaba tanto tiempo soñando con ese momento que todas las penurias que había pasado le parecían ahora lejanas. Acarició su pelo, dejando que sus dedos se enredaran entre aquellos cabellos que, aunque sucios y despeinados, le devolvían tantos recuerdos.

Zarala deslizó con lentitud su mano por la cara de su esposo. Aún no se creía que estuviera allí delante. Este le sonrió. Entre la oscuridad y la intensidad del momento, el talanta no alcanzó a ver las ojeras del rostro de su esposa ni la debilidad de su cuerpo.

Ixaka dejó que los dos esposos tuvieran un pequeño momento para ellos. Mientras, él mismo, Leoiar y sus hombres se prepararon con las armas improvisadas que habían escondido para recibir órdenes. Aner, que navegaba en los ojos de su esposa, desvió la mirada por unos instantes. Vio a todos aquellos hombres delante suya e interrogó a su cuñado con la mirada. Este se encogió de hombros. Aner soltó a su esposa y tomó a Ixaka por el brazo.

—¿De qué va todo esto?

—Estos son Leoiar y sus hombres, además de varios de nuestros vecinos. No podemos dejarlos aquí.

Aner miró muy seria y muy fijamente a su cuñado.

—No tengo previsto un plan de fuga para toda esta gente. Dos personas pasan inadvertidas el tiempo suficiente para ponerse a salvo antes de que salte la alarma. Pero estamos hablando de decenas de hombres.

—Entonces, démonos prisa. Además, seguro que se te ocurre algo.

—¿Crees que si fuera tan sencillo llevaría dos años intentando llegar hasta vosotros?

Aner estaba enfadado. Tenía la mandíbula apretada y hablaba entre dientes. La loca y absurda idea de Ixaka de alertar a todos aquellos hombres podía dar con todos ellos delante de Sadoc y eso era lo último que quería en su vida. Miró a su esposa.

—Aner —suplicó—, sácanos de aquí.

El talanta, que se había olvidado por unos instantes de su mujer, se volvió hacia esta.

—Zarala, ¿nuestro hijo...?

La frase quedó suspendida en el aire. La mujer no contestó. Su expresión ni siquiera cambió en su cara. Parecía como si no hubiera escuchado la pregunta. Fue Ixaka el que se acercó a su cuñado y meneó la cabeza de lado a lado. Aner no quiso preguntar más. El silencio se cortaba en el ambiente y distintos sentimientos atravesaron su corazón. Pero él sabía que no había sitio para sentimientos en ese instante. No cuando sus vidas pendían de un hilo. Aner claudicó. No había tiempo para pensar ni para lamentarse. Ahora tocaba correr. Los otros guardianes enseguida se darían cuenta de que todos los prisioneros del final de la fila habían desaparecido y de que el guardián de cola estaba muerto.

—Está bien. Seguid este pasadizo. A mitad de camino encontraréis un obstáculo, un montón de tierra que deberéis saltar. El corredor termina en una verja de hierro. He excavado debajo de ella un hueco lo suficientemente grande como para que el cuerpo de una persona pase por él. Una vez fuera, dirigíos al oeste. Allí, en los lindes del bosque, hay dos caballos amarrados. Adentraos en el bosque y seguid la ruta del oeste. Y ahora saca a tu hermana de aquí.

—¿Y tú?

—Yo me quedaré a cubriros la huida —Aner hizo una mueca y le dio un pequeño golpe de reprimenda a su cuñado en la cabeza—. Y ahora idos. ¡Ya! —les apremió. Besó a su esposa y la miró.

—Te quiero. Betiko —dijeron los dos a la vez.

Zarala desapareció por el hueco oscuro seguida de su hermano y de los demás hombres. No había tiempo que perder. Aner sabía que, si los banelatus descubrían el pasadizo que estaban utilizando para alcanzar el exterior, aquel se podía convertir en una ratonera. Si todos intentaban saltar el obstáculo de tierra a la vez o si llegaban demasiados al mismo tiempo a la salida de verjas, podría haber decenas de asfixiados y aplastamientos. Sacudió la cabeza mientras retiraba un par de antorchas que colgaban en las paredes cercanas y se las pasaba a los hombres que desfilaban por delante de él hacia su libertad o hacia su muerte.

Leoiar dio instrucciones a sus hombres sobre lo que se iban a encontrar en el túnel. Había estado muy atento a las palabras de Aner. Mientras sus hombres desaparecían tras la estela de Ixaka, el rey de los talantas del sur se dirigió a Aner.

—Este es Aioro —le dijo, agarrando a un muchacho fornido de tez morena por el hombro derecho—. Te ayudará en lo que necesites.

El aludido asintió, dando énfasis a lo que su rey le pedía. Su rostro serio y redondo mostraba la fidelidad que profesaba a su líder. Aner le dio las gracias con un gesto, a la vez que se lamentaba de que todo lo que había planeado se hubiera ido al traste.

Los guardianes de los prisioneros no tardaron en darse cuenta de que algo raro ocurría. El guardián al mando ordenó que todo el grupo se detuviera delante de sus celdas para hacer el recuento y envió a uno de sus hombres a ver si el último de los guardias había tenido algún tipo de problema.

Aner y Aioro tomaron el cadáver del banelatu y lo alejaron del lugar en el que había caído muerto. Para ocultar el rastro de sangre, Aner echaba tierra que él mismo había recogido en su bolsillo mientras esperaba. Aunque eso no ocultaría el olor al fino olfato de los banelatus, al menos retrasaría algo el descubrimiento.

«¡Aner!». El talanta sacudió la cabeza y miró en derredor. No había nadie, pero a él le había parecido escuchar su nombre. Siguió con su trabajo. «¡Aner!», escuchó de nuevo. Esta vez con mayor nitidez. Pero no era un sonido exterior. Era como si alguien le llamara y él escuchara esa llamada en el interior de su cabeza. Algo imposible. «Será por los nervios de esta situación que no he previsto», se dijo sin hacer demasiado caso y prosiguió con su tarea. «¡Aner!», volvió a escuchar. Y esta vez ya no le cupo duda de que no era algo imaginado.

—Por aquí —le indicó a Aioro, llevándolo hacia un pasadizo. El aire estaba viciado en aquella parte de la prisión. Hacía mucho tiempo que por allí no se asomaba ni una sola brizna de aire fresco. Aioro sintió cierto mareo la tercera vez que tuvo que tomar aire. El cadáver que llevaban cada vez pesaba más y se hacía incómodo de transportar.

«¡Aner!». La voz de una mujer guiaba al talanta hacia las entrañas de la tierra. Aioro no se atrevió a decir nada, pero empezaba a asustarse. La visibilidad disminuía conforme avanzaban. A lo lejos se escuchaban los sonidos de pasos ligeros. Los guardias debían estar ya buscando a los fugados. Aner se detuvo por fin delante de una de las celdas. Una silueta se acercó hacia la reja. Su pelo rojo aún destacaba a la tenue luz del lugar.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo la mujer.

—No tanto para alguien que puede vivir cientos de años —un breve silencio siguió a las palabras pronunciadas por Aner.

—¿A qué esperas para sacarme de aquí?

—Pensaba que esa parte te tocaba a ti.

—¿Crees que si pudiera hacerlo estaría aún aquí?

—¿Y se puede saber cómo has acabado en este agujero? —interrogó Aner, mientras dejaba el cadáver en el suelo y procedía a intentar forzar la puerta enrejada.

—Es una larga historia. Mejor te la cuento otro día.

—Como quieras —terció él con una sonrisa—. Aioro, ayúdame, ¿quieres? —le pidió a su acompañante.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —le preguntó el talanta del sur extrañado de escuchar a Aner hablar en aquel idioma tan odiado.

—Vamos a sacar a Sorgin de aquí y meteremos el cadáver en la celda.

—¿Una banelatu? —preguntó dubitativo.

—No es una banelatu cualquiera. Al menos no una como tú crees.

—Todos los banelatus son crueles —dijo con severidad el venido del sur.

—No voy a discutir contigo sobre ello —se encaró Aner—. Si quieres ayudar bien, si no, no molestes.

—Leoiar no estaría de acuerdo...

—Leoiar te ha mandado conmigo para que me ayudes y no me gustaría tener que decirle que has muerto mientras nos fugábamos. Ahora procedamos.

Aioro dudó, pero al final se puso manos a la obra para intentar forzar la cerradura.

—Podrías ayudar un poco —le dijo Aner a Saturene.

—Ya te he dicho que no puedo —contestó esta muy seria.

—Supongo que eso también me lo explicarás luego.

—Sí —contestó parcamente.

Aner y Aioro emplearon todas sus fuerzas. Hacían mucho ruido, pero esperaban que no llegara a ser escuchado por los guardias desplegados por la prisión. Por fin, la cerradura saltó de golpe y Saturene salió despacio.

—Sorgin —le dijo Aner, quien siempre se dirigía con ese nombre a Saturene— estás...

—... vieja —terminó la frase por él.

—No iba a decir eso.

—Aner, todavía puedo leer en tus ojos. Y ahora no os quedéis mirando como pasmarotes. Vamos.

Los dos hombres introdujeron el cuerpo del hombre muerto dentro de la celda y siguieron a Saturene por los pasadizos de la prisión.

Mientras tanto, el guardián al mando de los prisioneros había hecho arrodillarse delante de él a uno de los prisioneros.

—¿Dónde están los que faltan? —le interrogó con su voz metálica.

—No lo sé —balbuceó el otro, que sintió una fuerte presión en su garganta que impedía el paso del aire hacia los pulmones.

El banelatu dio una patada fuerte en el pecho del hombre que se estaba poniendo morado por la falta de aire. El talanta cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra el suelo. Los jadeos del hombre herido se escucharon por todas las celdas y una angustia recorrió los corazones de todos los esclavos. La mayoría de ellos no entendía qué era lo que ocurría. Pero pronto se corrió la voz de que varios hombres habían podido escapar y el nerviosismo cundió entre todos.

El jefe banelatu, Rensis, habló al oído de uno de sus subordinados. Este desapareció a grandes zancadas, aunque sin correr. Poco después, decenas de soldados tomaron el recinto. Rensis sacó su espada y la clavó en el pecho del hombre agonizante en el suelo. Este dejó de respirar entre grandes jadeos y convulsiones. Rensis, como casi todos los banelatus, temía la ira de Sadoc, así que decidió terminar con la fuga a su manera antes de tener que dar la alarma y de presentar sus explicaciones al suprem. Pero algo incontrolable había empezado a avanzar por las galerías subterráneas de Bankada.

Aner escuchaba la fuerte respiración de Aioro que marchaba detrás de él. El aire enrarecido creaba una sensación de pesadez dentro del pecho. Parecía increíble que Saturene hubiera conseguido sobrevivir en ese ambiente. Mientras caminaban, Aner le explicó a la vieja banelatu todo lo que había acontecido en las últimas horas. Cómo había entrado en la ciudad haciéndose pasar por un esclavo gracias a la intervención de Tixaso. Cómo después se había ocultado en las ropas de un evocador —«Veo que ahora has subido de categoría», le dijo de forma irónica Saturene al nombrar este hecho— y cómo se había liado todo al tener que sacar de allí a decenas de talantas en vez de a dos.

—Si no fuera complicado, no sería divertido —le dijo Saturene, quien caminaba deprisa. Los

pasos de los guardias se oían cerca, pero Saturene parecía apañárselas para ir esquivándolos por galerías alternativas y evitar tropezarse con ellos, a pesar de que se sentían casi al lado.

—Tenemos que llegar hasta el pasadizo que había previsto para la huida —les dijo Aner.

—No —contestó muy segura Saturene—. Si los guardias no han descubierto aún el sitio por donde tus amigos han salido, lo único que haremos será lanzarlos sobre ellos. Y si por desgracia lo han descubierto, iríamos de cabeza a la boca del lobo. Habrá que buscar otra salida.

Zarala avanzaba agarrada al brazo de su hermano. Los dos abrían la marcha portando una antorcha que iluminaba el estrecho pasadizo por el que marchaban en busca de la libertad. La mujer aún sentía el reciente contacto de Aner en su cuerpo y en su rostro. Gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas, bañando de emoción su cara, a la vez que el miedo a que Aner no lograra salir de allí empañaba su recién estrenada alegría. Salvaron el primero de los obstáculos que había mencionado Aner sin complicaciones y siguieron adelante. Detrás, decenas de hombres silenciosos los seguían sin perder el paso.

—Debemos llegar a la entrada principal —le dijo Saturene a Aner—. Debo recoger algo de allí.

—Pero es una locura. Habrá decenas de guardias vigilando esa sala.

—Un evocador no debería tener problemas.

—Entonces te dejaré mi túnica.

—Yo estoy vieja y mis miembros están agarrotados.

—Je, je —rio Aner—. Dime qué es lo que quieres coger.

—En la sala principal hay un armario. Dentro de él una caja. Quiero esa caja.

—Supongo que es inútil preguntar qué contiene...

—No tantas preguntas, Aner. Y date prisa.

El joven talanta dejó a Saturene y a Aioro escondidos detrás de una gruesa columna que una estalactita y una estalagmita habían formado al juntarse. Explicó de manera escueta a Aioro su pequeña misión y salió hacia la sala principal que daba acceso a la prisión y a todas las celdas. Un guardia vigilaba atento a todo aquel que entraba y salía del lugar. Cuando vio al evocador le dio el alto, pretendiendo aclarar el porqué de su aparición en ese lugar.

—¿Qué haces aquí y quién te ha mandado?

—Vengo a recoger algo por orden de tu superior. Con todo este jaleo, esto ya no es un lugar

seguro y hay ciertas... cosas que no deben caer en las manos equivocadas.

Aner no esperó respuesta y se dirigió al armario. La puerta estaba cerrada. Apretó los puños. Con testigos no podía forzar la cerradura, pero no tenía otra elección. Así que sacó su cuchillo y comenzó a zarandear la puerta hasta que cedió.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó el guardia, con su espada en la mano, dispuesto a intervenir.

—Tu superior ha olvidado darme la llave del armario —le contestó mientras curioseaba el interior. Cuatro cajas, al parecer todas iguales, ocupaban el espacio superior del mueble. «¿Cómo se supone que voy a saber cuál es la caja?», se dijo entre dientes.

El guardia, que estaba decidido a averiguar lo que sucedía con el evocador, se acercó con el arma en alto.

—¿Por qué no has usado tus poderes para abrir el armario?

«Buena pregunta», se dijo Aner para sus adentros mientras se arremangaba la túnica y sacaba su espada y asestaba el primer golpe. Del choque de los dos hierros saltaron pequeñas chispas. Los dos contrincantes se movían rápidos, con agilidad, brincando sobre el suelo. La mesa que hacía las veces de escritorio, donde se anotaban las entradas y las salidas, pronto acabó por los suelos hecha astillas. Los combatientes se separaron y se tomaron su tiempo para medirse. Aner agarró el hierro con la mano derecha y lo sujetó casi a la altura de su hombro, apuntando a su rival. Se movió en círculo, siempre en guardia, hasta encontrar la mejor posición de ataque. En ese momento, el banelatu arremetió contra él. Aner esquivó la estocada por la mínima. Sujetó la espada con las dos manos y la dirigió al costado del banelatu, que ya caía hacia delante desequilibrado por la fuerza de su propio empuje. Sabía que su rival no chillaría, que de su boca no saldría ni el más mínimo lamento. Así que todo fue más fácil, ya que su muerte no llamó la atención de los guardias que se movían sin tregua por cada uno de los laberínticos túneles de la prisión.

Sin tiempo para recuperarse, se volvió hacia el armario y contempló las cuatro cajas. Pasó la mano por delante de ellas. Cuando llegó a la tercera, sintió una pequeña ráfaga de calor. Acercó sus manos a ella y la agarró, llevándosela hacia donde esperaban Saturene y Aioro.

—¿Es esta? —preguntó Aner en cuanto estuvo a su lado.

Saturene tomó la caja y asintió. Una pequeña mueca parecida a una sonrisa se dibujó en su rostro. Aner contuvo su curiosidad y no preguntó sobre el contenido, aunque sentía deseos de saberlo.

—Seguidme —les dijo la vieja banelatu una vez tuvo a buen recaudo su caja—. Si queremos ayudar a vuestros amigos, deberemos montar un poco de jaleo por aquí.

—Te lo tomas como si fuera algo divertido.

—Espera y verás lo divertido que va a ser el día de hoy para Sadoc.

Aner no preguntó nada, pero tenía la impresión de que lo que tenía en mente Saturene era algo personal entre ella y el supremo. Solo esperaba haber salido de Bankada antes de ver el rostro de aquel que era nombrado como jefe supremo de los banelatus.

Los primeros gritos se escucharon en el túnel poco después de que los primeros talantas lograran salir al exterior. Los banelatus habían dado al fin con el lugar de escape de los prisioneros. A pesar de ir prevenidos, a los talantas que caminaban al final de la fila les fue muy difícil defenderse de los atacantes en un lugar tan estrecho y pronto se empezaron a escuchar los primeros lamentos. Sin embargo, la estrechez del pasadizo también jugó a favor de los que huían, ya que los perseguidores no podían luchar más que de uno en uno.

Los talantas comenzaron a apretujarse unos contra otros y algunos terminaron en el suelo, pisoteados por sus propios compañeros. Ixaka y Leoiar ayudaban a los que se asomaban por debajo de la reja, sacándolos de golpe, estirando de sus brazos.

—Hacia el oeste —les indicaban una vez fuera—. No os detengáis ni miréis atrás. Id hacia el bosque y protegedos dentro de él.

Ixaka a duras penas había conseguido que su hermana se fuera con los primeros fugados. Había insistido en esperar a Aner. Había tenido que emplearse a fondo para hacerle entender que lo primero era que se pusiera a salvo. Le había tenido que decir que si Aner lograba salir de allí y a ella le pasaba algo, no habría lugar en el mundo en el que él pudiera esconderse de la ira de su cuñado. Zarala aceptó a regañadientes.

Poco a poco salieron más y más hombres, pero el ritmo no era suficientemente rápido y los talantas que quedaban dentro tenían dificultades para contener a los banelatus. Los del exterior comenzaron a escuchar los gritos.

—¡Rápido! —gritó alguien.

Varios hombres se turnaban para ayudar a los que asomaban sus cabezas, mientras otros intentaban hacer el agujero más grande. Ixaka y Leoiar tenían a un hombre cogido por las manos cuando le escucharon chillar. Más que un chillido era un grito lastimero, mortal y lleno de dolor. Un aullido. El hombre se les escapó de las manos y entonces comprendieron que lo próximo que saldría de aquel túnel ya no sería un talanta, sino varios banelatus. Los dos amigos se miraron entre sí y echaron a correr. Los otros hombres que quedaban cerca los imitaron. Ixaka dio gracias a la diosa Mari porque su hermana hubiera desaparecido de allí hacía ya rato. Ella no hubiera aguantado una carrera como aquella. Leoiar giró su cabeza. Quería saber cuántos banelatus le seguían.

—Son cuatro —le gritó a su compañero—. Podemos hacerles frente.

Ixaka no estaba muy seguro de que eso fuera posible. Pero para cuando se dio cuenta, su compañero ya se había parado, plantándoles cara. El joven talanta temía que nuevos banelatus salieran del pasadizo y la supuesta ventaja quedara reducida a nada. Ixaka se volvió también. Los banelatus le parecieron más grandes que de costumbre. Leoiar ya había llamado a los hombres y

todos juntos formaron una media luna que intentaba atrapar a los atacantes en el centro para luego cerrarse sobre ellos. Eran más, era cierto, pero tan solo podían enfrentar piedras, martillos y cinceles contra espadas y energía. Ixaka agarró con fuerza el martillo y lo colocó delante de su cuerpo a modo de defensa. En el primer choque, varios hombres salieron disparados hacia atrás y cayeron sobre el suelo. A la siguiente embestida, otros tantos hombres fueron derribados de la misma forma que sus compañeros. Ixaka lamentó no tener un poco del polvo gris que Aner usaba para untar sus flechas.

Hubo un tercer intento, pero los banelatus parecían resistir indemnes en su sitio.

—¡Todos a la vez! —gritó Leoiar a sus hombres. Se le notaba que estaba acostumbrado a dar órdenes y sus hombres a cumplirlas.

«Aquí estoy por fin», se dijo Ixaka. Lo que tanto había soñado desde que los banelatus lo tomaron como esclavo, poder enfrentarse a ellos, estaba ocurriendo y no iba a desaprovechar la ocasión que el destino parecía proporcionarle. El joven empezó a dar golpes. Por sus padres, por su hermana, por los niños de la aldea. Por todos los que se habían quedado en el camino...

El joven parecía estar imbuido de una enorme fuerza que, poco a poco, se transmitió al resto de los presentes. Varios hombres estaban heridos, pero también lo estaban dos de los banelatus. Leoiar así se lo transmitió a sus compañeros y ellos se animaron por tal hecho. El rey de los talantas del sur tenía en la mano un cincel y un martillo. Se aferró a ellos y se lanzó sobre uno de los enemigos heridos. La espada del banelatu le rozó el brazo y sintió como si una serpiente le hubiera mordido. Apretó los dientes y, sin importarle si su herida era importante o no, se impulsó lo suficiente para alcanzar el cuerpo del banelatu, quien recibió un buen impacto del cincel en pleno pecho. Ixaka aprovechó el momento y se abalanzó sobre él, proporcionándole un fuerte impacto en la cabeza. El banelatu se tambaleó y cayó al suelo. Decenas de hombres se echaron sobre él, golpeándolo hasta que su corazón dejó de latir. Su muerte fue celebrada como correspondía y los gritos de victoria animaron a los otros.

Aún tardaron en caer los otros tres banelatus. Sin embargo, ningún compañero suyo salió del pasadizo, lo que permitió a los hombres acabar con sus vidas. Cuando la lucha terminó, la alegría se mezcló con la realidad. Era cierto que habían matado a los cuatro banelatus, pero les había costado a ellos la vida de seis compañeros. Era un alto precio el que habían pagado, a pesar de que así habían también preservado muchas vidas. Escondieron los cadáveres de los banelatus como buenamente pudieron y apartaron los cadáveres de los talantas. No había tiempo para enterrarlos ni para funerales. No podían quemarlos porque el humo llamaría demasiado la atención. Solo quedaba abandonarlos en algún lugar protegido. Trabajaron rápido, asistieron a los heridos y se marcharon lo más velozmente posible. Tuvieron que dejar atrás las espadas. Nadie sabía qué tenían esas malditas espadas banelatus que nadie las podía empuñar sin sentir como si miles de cristales se clavaran en su interior.

—¿Te acuerdas de lo que te enseñé sobre el aceite del templo Mayor?

Aner asintió.

—Lo recuerdo, pero no sé por qué me preguntas eso ahora.

—Vamos a usarlo para crear un poco de jaleo por aquí.

—Si no te conociera, pensaría que lo estás pasando bien.

—Soy ya demasiado vieja. Debo aprovechar el tiempo que me queda.

—No quisiera preguntártelo, pero ¿qué te propones?

—Vamos a hacer un poco de ruido y..., bueno, será mejor que te lo explique sobre la marcha.

El templo Mayor llevaba mucho tiempo cerrado. Sadoc había prohibido toda celebración en él y nadie se había atrevido a llevarle la contraria. El único que lo había hecho había tenido una muerte terrible a manos del propio suprem. Desde entonces, los ritos sagrados se llevaban a cabo en el propio palacio del suprem y era él el que los dirigía. La orden de sacerdotes que se encargaba de su cuidado había sido disuelta y sus nombres olvidados. Pero antes, en tiempos no tan lejanos, el templo Mayor había sido el centro de los tributos a los seres supremos. Entonces, en él ardía una llama eterna. Las sacerdotisas se encargaban de preparar un aceite especial que daba a la llama un brillo verde. Cuando se cerró el templo, el propio Sadoc apagó la llama. Lo hizo de forma espectacular. Primero elevó la llama sobre las cabezas de todos. Su brillo produjo un bonito espectáculo y vistió el amanecer de aquel día de nubes verdes y luces del mismo color que se movían como estrellas por el cielo. Después sopló suavemente. El aire se transformó en viento, el viento en huracán y la llama se apagó.

Saturene sabía que el templo se había cerrado, pero nunca llegó a desalojarse. Así que la vieja banelatu suponía que el aceite que las sacerdotisas habían fabricado seguiría allí.

Los registros continuaban dentro de la cárcel. Con orden y disciplina, los guardias registraban cada rincón de la cárcel.

En el exterior, el cielo todavía reflejaba la luz de decenas de relámpagos que resquebrajaban la oscuridad. Aioro siguió a Saturene y Aner con serias dudas acerca de su misión. Pero él estaba allí para obedecer y, si analizaba bien la situación, si quería salir vivo de Bankada no tenía más remedio que seguir a ese hombre al que su rey había mandado asistir.

El templo estaba cerca de la prisión. Por las calles corría el agua vertida durante horas por nubes negras y gruesas. Las tres siluetas se desplazaron por las rúas llenas de charcos. Los alrededores del templo estaban silenciosos, pero no era un silencio como el que siempre reinaba en Bankada. Era un silencio denso, bañado en miedo. Un escalofrío recorrió la espalda de los dos talantas. Aner hizo fuerza para abrir la puerta. Esperaba una fuerte oposición, pero la apertura cedió enseguida. Cuando entraron, les invadió una sensación de vacío. Las paredes repelían ecos de palabras pronunciadas en tiempos lejanos, produciendo cacofonías turbadoras. Aner sacó la espada. Sabía que no debería haber nadie allí, pero no se fiaba de la oscuridad. Saturene, como banelatu, podía moverse en ella sin mayor problema, pero él necesitaba sentir seguridad.

—Buena espada —le comentó al talanta—. Filo poderoso, extremadamente afilada, flexible y resistente.

—No tenía ni idea que entendieras de armas.

—Y no tengo ni idea. Pero conocí al banelatu para el que fue diseñada. Si tú la llevas ahora es por dos razones. La primera es que su anterior dueño está muerto. La segunda, que no fue digno portador de ella. Debes tener cuidado, Aner. Es una espada poderosa. Mientras tú la domines, te servirá con fidelidad, pero si dejas que ella te domine a ti... puede llegar a destruirte. No lo olvides.

El talanta asintió despacio. Por un momento había olvidado la presencia de Aioro. Su respiración forzada, cerca de él, le hizo recordar su presencia. Al talanta venido del sur se le hacía extraño escuchar a Aner hablar en el idioma de sus captores. Debía de ser alguien especial o alguien muy temible. Se inclinó por pensar lo primero. Ixaka había hablado mucho de él durante los dos años que habían compartido en aquella cárcel. Siempre había dicho que los sacaría de allí. Muchos habían acabado burlándose de su insistencia. Pero Ixaka nunca había cejado en sus consideraciones. El joven talanta siempre había dicho que Aner conocía muy bien a los banelatus, que los había observado y que había estudiado sus costumbres. Por eso había podido vencerlos en varias ocasiones. Casi nadie creía en esas historias cuando las contaba. Pero ahora que Aner estaba delante de él, sentía curiosidad por averiguar si la fama que había sembrado su cuñado estaba bien fundada o si, por el contrario, era toda una sarta de mentiras encadenadas unas detrás de otras para mantener la esperanza de unos hombres reducidos a escombros humanos. De momento, había conseguido llegar hasta ellos y conducir a unos cuantos hasta la salida —o eso esperaba—. Habría que ver ahora si era capaz de salir él mismo de Bankada antes de que amaneciera.

Las palabras de Aner interrumpieron sus reflexiones. El talanta de los ojos azules le explicó lo que se proponían hacer.

—Procura no separarte de mí —le advirtió.

Saturene encendió una pequeña antorcha que colgaba de la pared. La estancia se dibujó ante sus ojos. Se encontraban en una pequeña habitación de suelo de mármol presidida por un ara en tonos rosáceos. La atmósfera allí era apabullante. Aner sintió ganas, por un momento, de salir corriendo, pero se contuvo. Saturene se movió con soltura por la estancia. Camuflada en la esquina, del mismo color que la pared, había una puerta. Saturene la atravesó y los dos hombres la siguieron. El aire dentro era denso, faltar de oxígeno. Hacía calor. Aioro intentó tomar aire dentro de su pecho. Se quedó en el umbral, sin atreverse a pasar. Creyó en serio que si entraba allí, moriría. Aner siguió a la vieja banelatu. Varias tinajas grandes y pequeñas, de diferentes colores y arrinconadas contra la pared, formaban dos filas. Saturene tenía las manos ocupadas con la caja que había cogido Aner de la prisión. Por eso le pidió a este que se encargara de sacar dos tinajas grandes afuera. El talanta las sacó de la habitación y, después, con la ayuda de Aioro, las arrastraron hasta el exterior. Saturene continuaba en el interior. Aner regresó a buscarla.

—¿Se puede saber qué buscas?

—Los sacerdotes del templo usaban unas carretas para mover las tinajas.

Recorriendo con la mirada el almacén que tenían delante, ambos buscaron en silencio. Las sombras pálidas y temblorosas se precipitaban contra las paredes. Aner removió unos cuantos muebles. Detrás de ellos apareció, por fin, una carretilla. Tenía delante una rueda grande de madera que crujía al andar. Salieron al exterior y cargaron una de las tinajas. Se dedicaron a recorrer gran parte de las calles adyacentes a la prisión derramando sobre sus caminos el aceite, que quedaba flotando sobre el agua. Después, hicieron lo mismo con la otra. Aner y Aioro se quedaron expectantes, esperando a que Saturene hiciera algo. Aner se acercó a la vieja.

—¿Y? —la interrogó.

Saturene movió su mano. Parecía que el contacto con el exterior le había proporcionado algo de energía. Solo se necesitaba un poco de esa energía para producir calor. Un calor lo suficientemente fuerte como para que se quemara el aceite. Saturene lo intentó, pero fue como si hubiera apuntado en otra dirección. Su energía chocó contra la pared y fue absorbida por ella.

—¿Qué ocurre?

—Sadoc decidió que era una influencia negativa para el supremio.

—¡Le desafiaste!

—A Sadoc no se le puede desafiar, Aner. Y tú lo sabes. Solo se pueden usar ciertas tretas, pero corres el peligro de ser descubierto.

Aner dirigió su mirada hacia la caja que portaba Saturene y empezó a comprender qué era lo que contenía.

—Sadoc te robó tu energía, pero no te la quitó toda puesto que sigues viva.

Saturene asintió.

—Pensaba que vuestra energía se renovaba constantemente.

—No es tan sencillo como eso. Sadoc solo decidió que era peor castigo que siguiera viva a darme muerte. El olvido eterno. Aner, tú debes iniciar esto.

—No soy un banelatu.

—Pero manejas una espada banelatu. Da un golpe con ella sobre el agua.

Aner miró el charco de agua bajo sus pies. La luz intermitente, producida por los relámpagos que aún serpenteaban en el cielo, le permitió apreciar su negra sombra sobre él. El agua corría por el centro de la calle. Él tomó su espada con cierta indecisión. No sabía muy bien qué hacer.

—Debes darte prisa o el aceite desaparecerá y el trabajo que nos hemos tomado no servirá para nada.

—No sé qué debo hacer.

—Solo da un golpe, pero deberás dirigir la energía que libere la espada.

—Lo dices como si tuviera que dirigir un caballo.

—El ejemplo puede servir.

El joven talanta pidió a Aioro que se apartara lo máximo posible. Si el aceite llegaba a prender, podía quemar los pies y las ropas de todos ellos. Aner agarró su arma con las dos manos y la elevó sobre su cabeza. La bajó deprisa. La espada chocó contra el suelo y salpicó agua hasta su cara, sin producir ningún efecto más. Aner miró a Saturene, pero esta no dijo nada.

«Concéntrate», escuchó Aner dentro de su cabeza. El talanta inspiró aire con fuerza y volvió a elevar su espada.

«Concéntrate en la espada. Llámala por su nombre», volvió a escuchar una voz interior.

—Mi espada no tiene nombre —dijo en voz alta.

—Sí lo tiene. Úsalo. Si quieres llegar a dominar la espada, debes conocer su nombre.

Aner volvió a inspirar aire por la nariz, despacio, y lo expulsó por la boca, de golpe. Cerró los ojos. Varias imágenes pasaron de pronto por su mente. Imágenes nítidas de luchas anteriores en las que él no había estado, pero que sabía que habían ocurrido. Batallas en las que la espada que portaba había participado. Aioro esperaba impaciente. Aner tuvo la tentación de abrir los ojos. Las imágenes percibidas eran demasiado duras, demasiado terribles para seguir contemplándolas.

Saturene le volvió a hablar: «No abras los ojos. Concéntrate».

La mandíbula de Aner se tensó y su cara, de por sí pálida, se tornó del color de la cera. Se sentía atrapado dentro de esas terribles visiones que se sucedían de manera vertiginosa y que le daban la sensación de estar precipitándose por un vacío interminable. De pronto, todas las imágenes se detuvieron y comenzaron a moverse despacio, de tal forma que fue capaz de captar hasta los más mínimos detalles. Casi delante de sus ojos tenía el filo de la espada que portaba un banelatu y que se alzó sobre su cabeza. Por ese filo parecía resbalar una llama constante grande, roja e intensa. Y entonces un nombre vino a su cabeza: «Hoja de Fuego». Después, las imágenes se desvanecieron.

La respiración de Aner era ahora fuerte y rápida y su corazón palpitaba con celeridad. Con decisión, bajó la espada e hizo chocar su punta sobre el agua, donde el aceite flotaba. Una pequeña chispa se soltó entonces de su hoja y encendió el aceite. Aner contempló cómo la llama se diseminaba vertiginosa sobre el agua, mientras le acompañaba un sonido particular. Zuum, zuum, zuuuuum.

Aioro, Saturene y Aner emprendieron una carrera tan rápida como sus pies les permitían en el sentido opuesto al que el fuego se propagaba.

Sadoc levantó la cabeza del plano y se quedó escuchando. Zum, zuuuuummm. Miró con los ojos a un lado y a otro en busca de la fuente de aquel sonido. La primera explosión sonó lejana, pero no pasó inadvertida para su fino oído. Con paso rápido se dirigió a la puerta y la abrió de par en par. Interrogó con la mirada a un par de guardias apostados allí que permanecían en posición de firmes. Pero no se movieron. Salió a un gran pasillo donde reinaba el silencio. Por un pequeño instante creyó que aquel sonido había sido solo producto de su imaginación, pero, al momento, lo volvió a escuchar. Zuummm, zuuum. Detrás de él marchaban cuatro guardias que lo seguían a una distancia prudencial. No querían que, si por una casualidad el suprem cambiaba la dirección de sus pasos, pudiera darse de morros con ellos.

Con paso decidido atravesó una de las salas de mayor tamaño donde le era servida la comida. Allí, reconcomiéndose los higadillos y retorciéndose las manos, aguardaba Ganix. Este, al ver al suprem entrar, tragó saliva y esperó lo peor, puesto que no parecía que Sadoc hubiera llegado hasta allí para pedir alimentos. El esclavo lo siguió con la mirada mientras abría la puerta exterior. Un viento frío atravesó el umbral e hizo moverse las llamas de las antorchas que colgaban en las paredes.

Zum, volvió a oírse. Ganix dio unos pasos y se quedó detrás de la guardia. Desde allí no podía ver la vista que sí contemplaba el suprem, aunque sí apreciar el resplandor que parecía provenir de toda la ciudad. «Extraña tormenta», pensó el esclavo.

Erlea, nerviosa por la suerte que podría correr Ganix —al que tenía un gran aprecio—, llegó cabizbaja hasta el punto que ocupaba el esclavo. Sin atreverse a articular palabra, la mujer dirigió una mirada interrogativa al hombre. Este se encogió de hombros y esperó detrás.

Sadoc observó con atención. Algo extraño ocurría en Bankada. Y nada podía ocurrir en Bankada sin el consentimiento y el conocimiento de su suprem. Quiquiera que fuese el culpable de ese raro sonido iba a pagar cara su insolencia. Con un gesto de su mano indicó a su guardia que se adelantara.

—Quiero saber qué está ocurriendo —les dijo. Su voz no sonó más alta que una suave brizna de viento, pero el eco de sus palabras producía una extraña vibración que ponía los pelos de punta. Justo cuando los cuatro miembros de su guardia se disponían a cumplir la orden, un soldado de la guarnición de la prisión se postró a sus pies. Había llegado después de verificar que la revuelta era más difícil de controlar de lo que se habían imaginado. Nadie le había dado la orden de ir a buscar al suprem. Él había decidido, por su cuenta y riesgo, que, si era el primero en informar al suprem de la ineptitud de otros, sería recompensado. Se había saltado la cadena de mando, pero era una situación de emergencia.

—Mi señor —susurró—, hay un motín en la prisión.

Sadoc dirigió su cabeza hacia el lugar donde se encontraba la cárcel. No dijo nada. El amotinamiento de los talanta no era un tema lo suficientemente grave como para requerir su atención. Estaba seguro de que los guardias encargados de custodiar a los esclavos no tendrían dificultades en terminar pronto con eso. A él solo le interesaba tener pronto a los cabecillas delante para que recibieran su merecido. Pero había algo que no concordaba en ese asunto. El amotinamiento no explicaba el sonido que seguía llegando hasta sus oídos y en esos momentos le

interesaba más hallar el origen de ese ruido que presenciar el desenlace del aprisionamiento de los revoltosos.

—Que me traigan a los cabecillas aquí en cuanto los capturen —le dijo el suprem a modo de orden.

—Pero, mi señor, llevan —remarcó mucho esta palabra cuando la pronunció, quitándose él de en medio y de posibles responsabilidades— más de tres horas intentando localizar al grupo de talantas que se ha escapado. Por eso he creído oportuno avisaros.

Sadoc, que apenas prestaba atención a lo que decía el guardia llegado de la prisión y que se esforzaba por ver qué ocurría en las calles de Bankada, se giró de repente y clavó sus ojos en los de aquel soldado inoportuno. Pero si era verdad lo que decía... Si era verdad que había un grupo de talantas al que no lograban localizar..., alguien se iba a acordar muy bien de aquel día.

El extraño resplandor tomó un tono verdoso que intrigó al suprem. Ordenó que mandaran refuerzos a la prisión y él decidió averiguar por su propio pie de dónde provenía aquel sonido y ese resplandor. Su guardia personal lo siguió cuando se adentró en las calles desiertas y llenas de agua de la capital. Ganix, que había estado atento a cada una de las palabras que allí se habían pronunciado, intentó descifrar los acontecimientos por el comportamiento de unos y otros. Cuando Sadoc desapareció en la oscuridad de aquella despacible noche, Erlea hizo ademán de meterse en el interior de nuevo, pero Ganix la detuvo.

—¿Qué sucede?

—Espera. No sé muy bien qué está pasando. Pero algo ocurre en la prisión y en la ciudad.

—Nada de lo que ocurra con los banelatus puede interesarnos.

—Esto puede que sí. No sé, pero me parece que Sadoc está intrigado, a su manera quiero decir, y eso puede significar algo bueno para los talantas.

Tixaso se asomó a la ventana. Su fino oído había captado un sonido extraño hasta entonces para ella. El palacio parecía tranquilo. De vez en cuando se escuchaban las pisadas de los guardias haciendo la ronda y buscándola, pero, por lo demás, no había ningún otro sonido. Así que el zum de las calles contiguas se escuchó con cierta claridad. En un primer vistazo, Tixaso no vio nada que le llamara la atención. Fue al girar la cabeza para cerrar la ventana cuando vio aquel resplandor. Una débil luz de tonos verdosos empezaba a esparcirse por la ciudad. La primera explosión pilló desprevenida a la banelatu, pero no rompió su impassibilidad. Se asomó de nuevo a la ventana y dirigió su mirada hacia el lugar del que creía que había venido el sonido. A su derecha, una pequeña nube de polvo se elevó por encima de unas casas. El primer impulso fue pensar que había sido un rayo. Aquella noche había habido unos cuantos. El eco de unas voces se elevó entonces hasta donde ella estaba. A lo lejos vio a varios guardias reunidos. Después, cada uno volvió a su puesto y se desplegaron de nuevo por el palacio. Cuando los vio desaparecer, se decidió a bajar. Era hora de salir de allí. El alba estaba cerca. Comenzó a deslizarse por la pared con sumo cuidado y todo lo lentamente que podía. La siguiente explosión la cogió a mitad de la

pared. Era ya mucha coincidencia que en tan poco tiempo hubieran caído dos rayos tan cercanos.

Saturene lanzó un puñado de polvos blancos sobre el muro de la pared que tenía en frente. Habían tenido que subir a un tejado para evitar que el fuego les alcanzara y ahora se movían por la ciudad de tejado en tejado, buscando la muralla para salir de Bankada. La vieja banelatu depositó un puñado en la mano de Aner y otro en la de Aioro. Ninguno de los dos tenía ni idea de qué era lo que lanzaban. Lo único que sabían era que debían tener muchísimo cuidado porque lo que manejaban era muy inconstante y provocaba pequeñas explosiones. Con ellas estaban consiguiendo derrumbar muros. Las piedras caían y les permitían avanzar sin tocar el agua mientras se acercaban a la salida que Saturene había elegido como la mejor opción para abandonar Bankada.

Sadoc sintió un calor penetrante que ascendía por sus piernas. Dio un salto y se encaramó a un pilar de una casa cercana. Desde allí observó lo que tenía ante él. Un río de fuego parecía extenderse por las calles cercanas. Estiró la mano hacia él. Una bola de fuego ascendió y permaneció suspendida en el aire. Era como si quisiera interrogarla, preguntarle qué o quién era el que había creado ese río. Una nueva explosión llamó su atención. Subió de un salto hasta el tejado para tener mejor perspectiva. A lo lejos, tres sombras corrían por las alturas de Bankada. Con agilidad, se movió en la misma dirección.

Los refuerzos enviados por Sadoc acababan de llegar a la prisión. El jefe al mando, al ser informado de su llegada, se relevó él mismo del mando y se clavó su espada en el estómago. Su cuerpo quedó de rodillas en el suelo, con el tronco inclinado hacia delante y la cabeza ladeada; la lengua fuera y los ojos desorbitados. Nadie lo miró, nadie le hizo caso. La situación dentro era más grave de lo que los relevos habían imaginado. Varios grupos de prisioneros, aprovechando la situación, habían intentado huir de alguna manera. Algunos habían sido reducidos y ejecutados en el acto. En la prisión nunca había reinado tanto caos ni desorden.

Nada más pisar el suelo, varios soldados se acercaron hasta la posición de Tixaso. Esta vez no pudo zafarse —y tampoco quiso—. Así que sacó su espada y se preparó para enfrentarse a los tres atacantes, quienes la rodearon sin más dilación. Tixaso se cubrió la espalda contra la pared y observó a sus adversarios. El primero de los guardias elevó su espada y golpeó en horizontal. Con un movimiento rápido, la joven banelatu repelió el primer golpe. A partir de ahí, tuvo que multiplicarse para detener los lances. Tixaso era ágil y flexible y se aprovechó de eso a la hora de defenderse. Agarró con las dos manos su arma y golpeó con precisión sobre uno de los costados del guardia que tenía a su derecha. El banelatu se dobló hacia delante debido al impulso que él mismo había tomado. La sangre salió a borbotones, pero él se enderezó y volvió al ataque. Tixaso paró un golpe por encima de su cabeza. Una fuerza poderosa se transmitió a través de los dos hierros. La banelatu salió despedida hacia atrás y se golpeó contra la pared. De los tres guardias con los que se estaba enfrentando, este parecía ser el más fuerte. Tendría que usar toda su energía

para poder acabar con él. De un salto se puso en pie y extendió su mano. Esta vez fue el guardia el que salió disparado hacia atrás. Tixaso se aprovechó de este hecho y propinó una nueva estocada al guardia que estaba herido. El filo doble de la espada de Tixaso resbaló por el muslo del guardia hasta rasgar uno de sus músculos, dejando inservible esa pierna para el apoyo. El banelatu se cayó hacia la derecha.

El tercero de los banelatus se puso enfrente de ella. Tixaso notaba cómo el herido intentaba ponerse de nuevo en pie. Los dos tomaron impulso, Tixaso se apartó y ellos chocaron entre sí y se hirieron uno a otro.

La lucha contra el tercer de los banelatus se prolongó algo más. Pero a Tixaso ya no le importaba tanto el hecho de derrotarlo como conseguir salir de allí. Después de repeler una de sus estocadas, dio un salto y se encaramó en una de las tapias que había cerca. Desde ese punto emprendió una gran carrera por el borde, manteniendo el equilibrio en el estrecho margen de la tapia. El guardia la seguía de cerca. Comenzó así una pequeña persecución por la ciudad. Atrás empezaba a quedar el palacio del suprem, los banelatus heridos y el robo. Demasiadas pistas. Pero ya no había remedio. Solo esperaba que para Maore todas las piezas que estaba consiguiendo en Bankada formaran un todo con algo de sentido. Esperaba que él pudiera entender qué era lo que se proponía de verdad el líder del supremo del oeste.

Saturene, Aioro y Aner entendieron que era el momento de fugarse y dejar atrás Bankada. Ya no había vuelta atrás. El alba asomaba por el este y traía consigo cierta claridad y un cielo más despejado. El fuego pronto se apagaría y Saturene había sentido la presencia de Sadoc.

Tixaso dio un salto y cayó sobre un gran charco. El agua y el barro salpicaron su cara y parte de su ropa. A grandes zancadas se alejó por medio de la calle. Detrás de ella se escuchó un fuerte chof. Espada en mano, el guardia no cejaba en su empeño de perseguirla. Tixaso se dirigió a la parte de la ciudad en que la muralla era más baja. Era su oportunidad de escapar. Pronto darían la voz de alarma y tendría a decenas de soldados tras ella. «Aunque, quizás», pensó, «hay una forma de evitar que el que me sigue dé la voz de alarma». Pero no allí, debía encontrar un sitio mejor para enfrentarse con él. Siguió corriendo a grandes zancadas. Sus brazos acompañaban rítmicamente a sus pies, impulsando sus movimientos.

Ganix miró a su alrededor. No había nadie. Nadie se preocupaba por lo que hacía o no hacía. No había recibido ninguna orden. Una sonrisa malvada se dibujó en su cara a la vez que cierta idea se cruzaba por su mente. Estiró del brazo de Erlea y le dijo solo una frase.

—No pares de correr, pase lo que pase, y no te separes de mí.

Aner, Saturene y Aioro corrían por los tejados. Tixaso, por las calles llenas de agua. Un agua

caliente que cubría hasta los tobillos. Sadoc corría también detrás de las tres sombras y el guardia lo hacía detrás de Tixaso. Ganix y Erlea corrían pegados a las paredes. Un resplandor verde cubría toda la ciudad, aunque ahora iluminaba con menor intensidad. Bankada, por un momento, parecía haberse vuelto loca.

Sadoc reconoció el pelo rojo de Saturene justo cuando esta llegaba a la muralla oeste. Vio por un instante su melena revuelta y despeinada, agitada por un ligero viento que parecía llegar con el nuevo amanecer. En ese momento no se le ocurrió un razonamiento lógico para explicar su presencia allí. ¿Estaría ella detrás de la revuelta de la prisión? En parte podía ser verosímil que hubiera intentado escaparse y que hubiera organizado un pequeño caos para tapar su huida. Pero era del todo imposible que hubiera salido de su celda sin ayuda del exterior. Quizás la explicación estuviera en sus dos acompañantes. Miró al que estaba más a la izquierda. El otro estaba tapado de su vista en ese instante. El hombre que observaba era un talanta. No cabía duda. Sus movimientos lo delataban.

Saturene se volvió hacia atrás justo cuando iba a empezar a descender la muralla por su lado exterior para abandonar la ciudad.

—¡Aner! ¿Se puede saber qué haces? —le cuestionó la mujer.

Aner había dado un salto hacia la calle y había aterrizado justo al lado de Tixaso. Los dos se miraron antes de ponerse en guardia y mostrarse sus espadas. Al soldado que seguía a la banelatu le entraron ciertas dudas sobre qué significaba la presencia allí de un evocador con una espada. No tuvo tiempo de buscar una respuesta ya que, de pronto, se encontró frente a ambos. Tixaso no hubiera elegido ese lugar para deshacerse de su perseguidor. Pero ahora contaba con superioridad. Al menos, numérica.

Sadoc siguió caminando sobre los tejados. Buscaba con la mirada, en la lejanía, al tercer individuo que formaba parte del grupo de Saturene para identificarlo. Tenía que saber de quién se trataba para poder anticiparse a sus planes. Pero, por algún motivo, había desaparecido de su vista.

Las espadas atravesaban el aire húmedo del amanecer de aquel día tan rápidamente que parecían dejar una estela de fuego tras de sí. Un ruido metálico se repetía a cada choque de las armas. Tixaso y Aner sabían cómo cansar a su oponente. Y lo lograron; este cada vez era menos preciso. El guardia se encontró unos instantes después con dos espadas atravesando su cuerpo. Un calor tan fuerte recorrió su ser que el banelatu hubo de apretar los dientes para que no saliera sonido alguno de su boca. Al menos, le quedaba el honor de morir como un banelatu. Tan fuerte apretó la mandíbula que se le desencajó. El ruido produjo una irritante dentera.

—¡Vayámonos de aquí! —le dijo Aner a Tixaso—. Sadoc está tras nosotros y veo que tú también tienes tus pequeños problemas.

—Después de ti —le contestó ella.

Aner dio un salto y se agarró con las manos a un saliente de la casa. Hizo fuerza con los brazos y se subió al tejado. Esperó a que la banelatu hiciera lo mismo. Después, los dos se acercaron a la muralla.

Aioro y Saturene ya habían descendido y esperaban a los pies de la muralla por su parte exterior. Los nervios del talanta de piel oscura estaban al borde de paralizarlo, pero no se dejó vencer por la sensación.

—¡Corramos! —Saturene interrumpió sus pensamientos—. Aner es rápido y nos pillaré. En cuanto a mí, hace mucho que no uso mis piernas y seré más lenta.

«¿Más lenta?», pensó Aioro cuando la vio correr, «Me gustaría a mí ser siempre así de lento en todo».

Sadoc vio una sombra negra aparecer en lo alto de la muralla. Vestía ropas de evocador, pero había algo en él...

Aner estiró el brazo para agarrar a Tixaso, que acababa de saltar sobre la muralla. En el movimiento, la capucha de la túnica del traje de evocador cayó sobre su espalda.

En ese instante, un grito potente, chirriante y punzante atravesó el cielo de Bankada. Nunca antes en la ciudad del silencio se había escuchado algo parecido. Solo sonó una palabra.

—¡ANER!

El grito de Sadoc retumbó como un trueno por toda la ciudad. Todos los que en ese momento estaban en Bankada, sin excepción, lo escucharon.

Aner y Sadoc se observaron desde la distancia como solo dos viejos conocidos y rivales lo hacen. Alguien tiró de la manga del talanta.

—Si te quedas ahí, Sadoc te atraparé con su mirada y serás suyo en menos de lo que tarda un gallo en cantar.

De un salto, Tixaso se lanzó al otro lado de la muralla. Había cuatro o cinco metros, pero ella cayó con una agilidad felina innata en ella. Aner la siguió. Su aterrizaje no fue tan ortodoxo. Rodó varios pies sobre su cuerpo antes de poder detenerse y levantarse. Estaban fuera de Bankada. Ahora tocaba correr porque, en unos instantes, todo el ejército disponible de Sadoc marcharía tras ellos.

Capítulo XX

Huyendo de Bankada

La atmósfera se había teñido de una suave luz amarillenta. A lo lejos se distinguía el reflejo del amanecer. Al otro lado del cielo, los restos de la tormenta se retiraban y desaparecían poco a poco. Olía a ese aroma que dejan las tormentas tras de sí. Nubes bajas se despegaban de la tierra como si brotaran de entre la maleza. Su-elur estaba nervioso. Se revolvía y piafaba. A su lado, el caballo que había traído Tixaso hacía lo mismo. Varios talantas que habían escapado de Bankada intentaban desatarlos para huir en ellos. Los animales se lo estaban poniendo difícil. Ixaka y Leoiar miraban a aquellos hombres con cierta desidia. Talantas sin disciplina que parecían no haber aprendido a apreciar el valor de la vida durante su cautiverio. Los hombres de Leoiar y algunos conocidos de los clanes de los talantas del norte esperaban en formación a recibir órdenes. Si no fuera por esperar a Aner, haría ya tiempo que se habrían ido de allí. Los dos hombres intentaron poner algo de orden, pero fue inútil. Así que decidieron olvidarse de ellos y de los animales. Los caballos, mientras, se defendían de los golpes que recibían.

—¡Olvidémonos de ellos! —pidió Ixaka—. Preparémonos para partir en cuanto llegue Aner.

Leoiar asintió. En aquellas circunstancias era lo mejor. El rey de los talantas del sur mandó a dos de sus hombres a inspeccionar el bosque mientras esperaban.

Zarala agarró la manga del brazo derecho de su hermano, mientras que con su dedo índice de la mano derecha señalaba un punto en el horizonte. Cuatro siluetas se recortaron a lo lejos. Leoiar, atento a todo lo que pasaba, se puso en guardia. La mujer pronto reconoció la forma de correr de su esposo. Permaneció quieta, embargada por la emoción, sin poder pronunciar palabra alguna, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Tixaso y Aner corrían con sus espadas en la mano a la par de Saturene. Detrás, intentando mantener el fuerte ritmo, venía Aioro. Nunca había corrido a esa velocidad en su vida. Ni siquiera sabía que podía hacerlo. Su corazón latía tan fuerte que parecía que iba a estallar en cualquier momento.

Aner se detuvo seis pasos antes de llegar hasta su esposa, sonrió y se fue hacia ella, envolviéndola en un gran abrazo. El talanta besó sus cabellos, sus mejillas y después sus labios. Esos labios tan deseados y añorados. Ese cuerpo con el que tantas noches en Cannvea había soñado. La notaba más delgada, pero era ella, estaba allí en sus brazos y era lo único en el mundo que importaba.

—Esta es Tixaso —le dijo a su esposa, pero en un tono lo suficientemente alto para que todos los que estaban a su lado pudieran escucharlo y aceptar así la presencia de aquella banelatu—. Ella me ayudó a entrar en Bankada para poder rescataros.

Tixaso estudió a la mujer que le presentaban y luego a Aner. Observó la cara del talanta de los ojos azules. Nunca le había visto con esa expresión. Había algo en ella... Reflejaba algo para lo

que no encontraba palabras. Sin embargo, algo dentro de Tixaso necesitaba encontrar esa palabra. Y lo que veía en Aner era... felicidad. Los talantas no podían usar la energía como la usaban ellos, sin embargo, era energía lo que sentía agitarse dentro del cuerpo de Aner. Pero, al contrario de lo que hacía Sadoc, esa fuerza que sacaba del recuerdo de Zarala Aner la había usado para rescatar a toda esa gente en vez de para destruirla. Esa teoría era algo en lo que debería profundizar.

—Es un placer conocer a la mujer de Aner —dijo Tixaso, en un tono neutro y voz algo aguda, en la lengua de los talanta.

Zarala se abalanzó sobre ella y le dio un gran abrazo. No se atrevió a mirarla a los ojos, aún sentía repulsa al sentir la mirada pétrea y muerta de aquella gente. Pero Tixaso había ayudado a Aner a encontrarla y eso ya era mucho. Tixaso nunca había sido abrazada. El gesto la pilló desprevenida y estuvo a punto de fajarse con ella, pero una palabra pronunciada por Zarala en su oído le hizo cambiar de opinión.

—Gracias —escuchó.

Aner siguió con las presentaciones.

—Esta es Sorgin, una vieja amiga.

Leoiar e Ixaka contemplaron la imagen de la vieja banelatu. No les pasó inadvertida la caja que portaba en sus manos mientras la saludaban.

—Aner —dijo Tixaso—, debemos irnos. Los guerreros de Sadoc se están organizando a las afueras de las murallas.

El talanta miró hacia el punto que le señalaba la banelatu y luego hacia los hombres que se habían congregado allí.

—Debemos irnos —repitió con voz potente—. Atravesaremos el bosque y viajaremos hacia el oeste.

Estas pocas palabras pronunciadas por Aner consiguieron lo que Ixaka y Leoiar no habían logrado. Tixaso se movió despacio hacia el árbol donde estaban atados los caballos salvajes que habían traído consigo. Un gran pasillo se abrió entre los talantas para dejarla pasar. La banelatu se acercó despacio hacia su caballo, le puso la mano en el hocico y le susurró algunas palabras al oído. Después hizo lo mismo con Su-elur. Los desató con cuidado y los llevó hacia Aner. Zarala montó encima de Su-elur y Tixaso ofreció el otro caballo a Saturene. En cuanto las dos estuvieron montadas, el grupo de talantas inició su huida.

El bosque se despertaba entre la bruma. El suelo estaba húmedo y embarrado debido a la continua lluvia recibida durante la noche anterior. Los talantas avanzaban en grupo, unos muy cerca de los otros, en silencio y a al fuerte ritmo impuesto por Tixaso. Algunos no veían con buenos ojos que ella marcara el camino. Pero lo aceptaron porque era Aner con la ayuda, al

parecer, de esa banelatu quien los había sacado de Bankada. Aunque entre ellos había algunos recelosos de las intenciones de Tixaso.

—Has tardado en venir a rescatarnos. Algunos ya empezaban a pensar que eras producto solo de mi imaginación.

—No ha sido fácil llegar hasta vosotros.

—Ah, ¿no? ¿Y desde cuándo confraternizas con el enemigo? —preguntó Ixaka en un tono muy bajo, mientras avanzaban por el bosque.

Aner miró a su cuñado y después fijó la vista en el frente. Seguía llevando la túnica de evocador, pero la capucha caía sobre su espalda, por lo que se vía su cabello largo que sobrepasaba los hombros. Sus ojos parecían algo más hundidos —aunque mantenían su brillo especial— y su rostro más afilado, seguramente producto de largas jornadas de privaciones y búsqueda. El talanta supuso que debía una explicación a su cuñado.

—Cuando os raptaron los banelatus, los que sobrevivimos nos refugiamos en las cuevas del norte. Pero no todos los enemigos se retiraron hacia Bankada. Algunos permanecieron en nuestro territorio con la orden de vigilarnos. Un día, decidieron atacarnos de nuevo —aquí Aner hizo una pausa. No sabía si relatar a Ixaka lo relacionado con el enfrentamiento con Meder. Decidió que era mejor obviar esa parte del relato por el momento—. Ese día, Tixaso se encontraba allí. Tixaso procede de Cannvea, del supremo del este. No venía con los guerreros de Yankel sino que tenía su propia misión. Quería saber qué método usábamos para detener el avance de los banelatus y decidió que yo era quien debía contárselo. Así que durante la batalla se las ingenió para llevarme consigo. No sé qué suerte corrió el resto de los que allí quedaron. Sí —se adelantó Aner a los pensamientos de Ixaka—, tu hermano y toda su familia habían sobrevivido al primer ataque. Pero desconozco qué ocurrió después. Tixaso me llevó a Cannvea. No era libre, pero me trató bien a cambio de que le enseñara nuestra lengua y le hablara sobre el polvo gris que usábamos. Después, Tixaso desapareció y me vendió y acabé perteneciendo a un ser despreciable que se dedica a organizar luchas entre talantas y banelatus y que tenía su propia casa de apuestas. Allí peleé durante más de un año. Mi objetivo era sobrevivir como fuera mientras organizaba mi huida. Pero no era fácil. Mi amo amañaba combates y dirigía los resultados. Me faltaban algunos detalles para completar mi plan de fuga cuando Tixaso retornó a Cannvea. Ella me ayudó a ganar el último de mis combates y juntos salimos de su ciudad.

—¿Qué ganaba ella con ayudarte?

—Ella necesitaba entrar en Bankada sin levantar sospechas. Yo era su coartada. Me convertí en el esclavo que ella quería vender en el mercado a cambio de poder llegar con vida hasta aquí. En este punto, nuestros caminos se separaron. Pero por alguna razón que todavía no entiendo, en el último momento, nos encontramos luchando en el mismo punto de la muralla. Ella huía de un banelatu y nosotros intentábamos salir por la muralla oeste. Supongo que, en cuanto consiga poner algo de terreno entre ella y nuestros perseguidores, seguirá su camino.

—¿Y qué hay de esa que llamas Sorgin?

—¿Recuerdas que alguna vez me has preguntado cómo sabía tanto de los banelatus?

—Recuerdo que nunca me has querido contestar a esa pregunta.

—Pues fue ella la que me lo enseñó.

—Pensaba que los banelatus no envejecían nunca.

—Sí lo hacen, al final de sus vidas. Lo que pasa es que nunca los verás, porque se retiran a un lugar concreto, una especie de ciudad dentro de la ciudad donde pasan sus últimos días.

—Entonces, ¿ella se va a morir?

—No lo sé. Creo que ella no ha envejecido de manera natural. Sospecho que fue Sadoc quien le infligió ese castigo.

Ixaka soltó un silbido al escucharlo.

—Ese Sadoc es un ser depravado. Espero que algún día alguien le dé su merecido. Y que yo pueda verlo.

—Brindo por ello —le contestó Aner.

Tixaso tiraba del conjunto de talantas. Era la única manera de tener alguna posibilidad de sobrevivir. Sin embargo, era consciente de la delicada situación de sus acompañantes. Los talantas eran lentos y débiles. La mayoría de los que estaban allí ni siquiera estarían vivos dentro de una semana. Entonces, ¿por qué tomarse tanta molestia por sacarlos de Bankada?

Hacía fresco. El sol no penetraba con suficiente fuerza entre los árboles robustos y altos de aquel bosque. Casi todos los talantas llevaban las ropas aún húmedas y los pies doloridos. Apenas se habían detenido para beber agua o para hacer sus necesidades. Estaban hambrientos, cansados y ateridos de frío, pero sabían que lo que habían dejado atrás era mucho peor, así que no se quejaban.

Aner habló con Leoiar. Al parecer, sus exploradores habían encontrado un buen sitio donde acampar unos pocos pasos más adelante. Se trataba de un pequeño alto desde el que podían vigilar si llegaba alguien indeseado con el suficiente tiempo para poder reaccionar. El talanta levantó su mano derecha.

—Acamparemos aquí un rato —dijo.

Todos los componentes del grupo se dejaron caer, vencidos por el cansancio. Todos sabían que la alusión a un rato de Aner significaba que no iban a pasar allí la noche, sino que solo iban a descansar unas pocas horas. No tenían nada que llevarse a la boca y Aner lo sabía. Así que se dirigió a Saturene.

—Necesitamos comer —le dijo.

—¿Unas raíces estarán bien?

—Preferiría un buen trozo de asado, pero si no hay otra cosa...

—¡Ven conmigo!

Los dos se alejaron del resto del grupo. Anduvieron unos cuantos pasos sin conversar. El bosque les pagaba con silencio su silencio. Sorgin observó a Aner. Quería reconocer en él al niño curioso y al joven impetuoso que una vez conoció.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos de ventaja antes de que nos cacen? —le preguntó Aner.

Sin embargo, no fue Saturene quien le contestó, sino Tixaso, quien apareció de repente por detrás.

—No creo que nos alcancen. Si lo hubieran querido hacer, ya lo habrían hecho. Creo que sus órdenes son otras. Solo nos vigilan —se escuchó la voz segura y firme de la joven banelatu.

—Estoy de acuerdo. Sadoc no se conformará con aniquilarnos aquí. Lo hará a su manera. Nadie que se enfrenta a él sale impune —intervino la anciana.

—Sí, lo sé. Y nosotros nos hemos puesto entre él y sus intereses. Seguramente nos reserva un premio muy especial.

—¿Crees que tu gente comerá esto? —preguntó Tixaso arrancando una raíz del suelo.

—Lo harán si no quieren morir de hambre.

Saturene utilizó uno de los refajos de su falda a modo de cesta. Allí fueron a parar todas las raíces arrancadas y que servirían de comida.

No todos los talantas que descansaban apoyados en los troncos gruesos de los árboles aceptaron de buena gana lo de comer raíces. Aner no forzó a ninguno. Si no querían comer, no era problema suyo. El joven talanta se sentó al lado de Zarala y le ofreció un trozo. Ella lo agarró como si cogiera algo extraño y delicado y mordió un trozo muy pequeño a modo de prueba. Su sabor le sorprendió en la boca. Se había imaginado algo seco y con sabor a tierra, pero era dulce y fresco. Miró con ternura a su esposo y pasó una mano por su rostro.

—¿De verdad eres tú? —le preguntó en un susurro.

Aner sonrió.

—Soy yo, Zarala. Mi amor.

—Ya no me importa morir, Aner. No si tú estás conmigo.

Aner pasó su brazo izquierdo por detrás de su espalda y estrechó a su mujer. Zarala reposó su cabeza sobre el hombro de su marido y cerró los ojos. Poco después, su respiración pausada y rítmica reveló a Aner que se había quedado dormida.

Tixaso se había puesto la caretesa y observaba a Aner desde su pequeño escondite. Su

comportamiento con Zarala era... No encontraba la palabra. Saturene llegó en ese momento junto a ella. Se dio cuenta del interés que mostraba por todo lo que Aner hacía y se preguntó cómo habría surgido la extraña relación entre ambos.

—¿Quién es tu jefe? —le preguntó Saturene.

—Maore.

—Me refiero al banelatu del que recibes las órdenes.

—Maore —repitió ella.

—Mmmm —murmuró Saturene.

—Vigilaré la retaguardia, comunícaselo a Aner —dijo la joven banelatu parcamente.

—Así lo haré.

Tixaso se alejó envuelta en silencio y oscuridad. Su traje negro escondía su presencia en aquel bosque que se llenaba de sombras. Miró entre los árboles. Todo parecía tranquilo y, sin embargo, oscuros presagios se cernían unos pasos más atrás.

Aner se despertó de su duermevela cuando Ixaka zarandeó su cuerpo. Le había pedido que le despertara para hacer su guardia. El sueño había sabido a poco. Se desperezó, besó a su mujer en la cabeza y se levantó.

—Cuida de ella, ¿quieres?

—Sabes que lo haré.

Ixaka se sentó al lado de su hermana. El sitio estaba caliente. Se apretó junto a ella e intentó dormir un poco.

Tixaso sintió la presencia de alguien a su espalda y se giró con la espada apuntando hacia la sombra.

—¿Ha sido un placer conocer a la mujer de Aner? —le interrogó Aner—. ¿Desde cuándo los banelatus usan esas palabras?

—Solo intentaba ser amable con Zarala. Me he limitado a usar la fórmula que usáis vosotros.

—¿Amable? Si no te conociera, pensaría que te han cambiado.

Tixaso no dijo nada y Aner retomó el trato correcto, pero distanciado, que Tixaso parecía preferir siempre. Aner tomó su espada y se la pasó por detrás de la nuca, colocándola sobre sus hombros, como siempre hacía cuando necesitaba pensar. Ninguna palabra fue pronunciada por ninguno de los dos durante un buen rato hasta que Tixaso rompió el silencio.

—¿Qué significa la palabra «gracias»?

Aner se tomó su tiempo. La pregunta le pilló por sorpresa.

—Utilizamos la palabra «gracias» cuando apreciamos lo que otra persona ha hecho por nosotros. Lo que Zarala quería decirte es que, aunque no tenías por qué haberme ayudado, se alegra de que lo hicieras. Y, teniendo en cuenta que tú eres una banelatu y que ha sido prisionera de tu gente durante casi dos años..., te puedes imaginar lo difícil que fue para ella mostrarte gratitud. Sin embargo, lo hizo desde su corazón.

—Zarala... está muy débil. ¿Lo sabes, verdad?

—Zarala necesita descanso y buen alimento. En cuanto llegemos a un sitio en el que podamos descansar, se repondrá.

—Aner, si me lo pides...

—No pienses que no agradezco tu gesto —le interrumpió Aner—, pero Zarala solo necesita un poco de tiempo para restablecerse.

Tixaso asintió.

Las caras de los presentes reflejaban el sueño, el cansancio y el miedo que todos ellos sentían. Se pusieron en pie de mala gana cuando la noche aún era la protagonista única y principal en medio de aquel bosque. Las sombras eran tan negras que era difícil distinguir nada.

—Caminad juntos, de la mano si hace falta —hubo risas ante este comentario—. Que ninguno se despiste —transmitió Leoiar a sus hombres—. No quiero perder a ninguno de vosotros por un mal paso.

Así caminaron durante dos días más. El bosque parecía infinito y algunos talantas que habían escapado de Bankada empezaron a pensar que caminaban en círculos y que lo único que hacía esa banelatu, que Aner había puesto al frente de esa expedición, era marearlos para terminar entregándolos en bandeja a Sadoc. Las primeras protestas empezaron a elevarse entre ellos. Al principio eran solo susurros, palabras entrecortadas que se llevaba el viento, pero pronto empezaron a convertirse en firmes protestas. Al tercer día, aprovechando un momento en que Aner había salido en avanzadilla con Leoiar para buscar algo de comida, hubo una especie de motín e intentaron atacar a Tixaso. «Ella es la culpable y esa otra vieja», se empezó a escuchar. Tixaso tomó la espada en la mano. No iba a dejar que la atacaran y se quedaran impunes. Aún había mucha energía dentro de ella. Sabía que aquellos que ahora las rodeaban habían esperado el momento oportuno en que Aner no estaba cerca. En el fondo, era una buena estrategia. Había que saber si también eran capaces de desarrollar una táctica adecuada.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Zarala a Ixaka al escuchar el tumulto.

Ixaka se giró hacia el lugar del que provenía el murmullo. Un ruido creciente que, de seguir así,

pronto revelaría a los banelatus el lugar exacto en el que se encontraban. El joven talanta se acercó y enseguida se hizo cargo de la situación.

—¡Esperad! —gritó, intentando hacerse entender por encima de los gritos—. ¿Se puede saber qué es lo que hacéis? Esto es de locos. ¡Basta! —dijo al final, tomando su martillo en las manos y colocándose en el centro al lado de las dos banelatus.

Tixaso observó a Ixaka. El joven se encogió de hombros cuando vio la mirada de Tixaso puesta sobre él. Mientras tanto, Zarala, viendo el cariz que tomaba el asunto, se subió encima de Su-elur y salió al galope, gritando el nombre de su esposo mientras sorteaba árboles y ramas.

—¡Vamos, Su-elur! Llévame con Aner —le susurró al oído, doblando su cuerpo sobre el cuello del animal.

Leoiar hizo un gesto con la mano a Aner. Este asintió tres veces. A unos seis pasos por delante de ellos, un ejemplar joven de ciervo se había detenido a comer. Aner tomó una de las rudimentarias flechas que había tallado mientras marchaban los días anteriores y que Tixaso se había encargado de perfeccionar. Tensó la cuerda del arco con diligencia y apuntó al animal. Justo cuando iba a disparar, el ciervo salió corriendo hacia su derecha en el mismo instante en que su propio nombre llegaba hasta sus oídos. Se volvió rápidamente. El sonido de las patas de su caballo lo sobresaltó.

—¿Qué ocurre? —le interrogó Leoiar.

Aner corrió al reconocer la voz de Zarala. Su-elur se detuvo frente a él en cuanto lo vio.

—¿Han atacado los banelatus?

Zarala negó enérgicamente con la cabeza mientras recobraba el aliento.

—Tixaso y Saturene están en peligro. Las quieren linchar.

Aner montó en su caballo detrás de su esposa. Leoiar los siguió a pie. Cuando llegaron, el círculo se había estrechado y los tres que estaban en medio tenían a los otros a apenas dos pasos. Aner ayudó a Zarala a descender y se fue hacia el grupo. Aioro, que se había quedado al mando de los talantas del sur mientras su rey y Aner se ausentaban, intentaba desde otro ángulo hacer entrar en razón a los amotinados, respaldado por los hombres de su reino. La situación era crítica. Si no se restablecía el orden, pronto no haría falta ni que atacaran los banelatus. Ellos mismos se despedazarían.

Aner dio una vuelta alrededor del círculo. El blanco de Su-elur parecía refulgir a la luz de los rayos que penetraban entre las ramas frondosas de aquellos árboles. El animal relinchó un par de veces. Parecía que él mismo se daba cuenta de lo trascendente de la situación.

—¡Apartaos! —les gritó—. Quiero saber qué significa esto.

—Nos has sacado de Bankada y ahora vas a permitir que estos dos seres nos entreguen de nuevo a Sadoc —se encaró el que parecía ser el jefe de toda esa trifulca.

Aner miró al hombre. Lo conocía. Se llamaba Tirsó. Por su gesto adusto advirtió que debería tener cuidado con él en el presente y en el futuro.

—Os equivocáis si pensáis eso —dijo con firmeza, haciendo que Su-elur se abriera paso entre los amotinados. De esta guisa se colocó en el centro, junto a las dos banelatus y su cuñado. Luego saltó de su caballo y se puso a la altura del que había hablado—. El enemigo no es Tixaso ni Saturene. El enemigo está detrás de nosotros, avanza a cada instante reduciendo su distancia. Si permanecemos unidos, sobreviviremos; pero si nos dividimos, seremos un blanco fácil para nuestros perseguidores. Sé que caminar cada día a marchas forzadas es duro y que hacerlo después de varios años de cautiverio, sin comida y con escasa cantidad de agua es una prueba muy difícil. Pero la recompensa que nos espera merece la pena. Porque nos espera la libertad.

—¿A esto le llamas tú libertad? —protestó Tirsó.

Algunos asintieron con la cabeza a su afirmación. Parecía que las palabras de Aner no habían servido para convencerlos. El joven dejó que continuara con su discurso. Quería saber qué pensaba y hasta dónde era capaz de llegar.

—Es esa a la que tú llamas Tixaso la que nos conduce. Es ella la que nos guía. ¿Te has vendido acaso a los banelatus?

—¿Crees que lo he hecho? ¿Crees que sería lógico que os sacara de Bankada para luego entregaros a los banelatus?

—Tú no nos sacaste de Bankada —gritó todo lo alto que pudo, buscando el asentimiento de los que les rodeaban. Los gestos afirmativos le animaron a continuar—. Tú viniste a por tu esposa y a por tu cuñado. Lo sé bien. Quizás hayas pactado un precio con los banelatus: ellos a cambio de nosotros. ¿Es eso lo que has hecho, Aner?

El joven aludido le sostuvo la mirada. El asunto no llegaba a ningún punto de inflexión, más bien, Tirsó estaba logrando que sus compañeros se mantuvieran firmes en su decisión.

—Yo os digo —continuó Tirsó— que acabemos con las dos banelatus. Esa será la única manera de ser libres. ¡Libertad! —gritó. Y muchos de los que lo rodeaban acompañaron su grito como un eco.

—¡Basta! —intervino Ixaka—. ¿Os estáis volviendo locos? Debemos seguir el rumbo que Aner ha preparado. Si Tixaso abre la marcha es porque sus cualidades físicas son mejores que las nuestras y ella puede hacernos mantener un ritmo que nos proporcione la suficiente ventaja sobre los banelatus que nos persiguen.

Los gritos de unos y otros formaron un guirigay en el que era difícil entenderse. Las discusiones empezaron a convertirse en amenazas. Poco faltaba para llegar a las manos.

Tixaso se mantenía con la espada en la mano, contemplando desde su pose de estatua todo lo

que ocurría. «¡Menuda pérdida de tiempo!», pensó, «Esto no ocurriría entre los banelatus. Cada uno tiene definida su misión. Así no se pierde el tiempo en discusiones. Si Aner quisiera, yo podría acabar ahora mismo con todos los que se le están enfrentando. O incluso él. No le costaría mucho hacerlo y esta situación se acabaría en un abrir y cerrar de ojos».

Aner la miró en ese instante. Por un momento le pareció que aquel talanta había escuchado lo que acababa de pensar. El joven talanta pidió silencio sin conseguirlo. A unos pocos pasos, Leoiar se mantenía alerta con sus hombres, sin intervenir, pero preparado. Aner miró a lo alto. El sol parecía moverse con rapidez en el cielo y necesitaban todas las horas posibles de luz para marchar.

—¡Quedaos en el centro! —pidió a Saturene, Tixaso e Ixaka. Después se adelantó y se colocó frente a Tirsó.

—¿Qué te propones? —le preguntó.

—La presencia de las dos banelatus no es bienvenida. Si yo tuviera una espada, ahora mismo me enfrentaría a ti y a ellas. Tú solo estás al mando porque portas una espada, pero ¿qué pasaría si fuera yo el que llevara tu espada? Entonces tendrías que acatar mis órdenes.

Aner no contestó enseguida a la pregunta. Esperó unos instantes. A continuación, desenvainó su espada. El filo de su hoja refulgió al hacerlo, como si quisiera aseverar así que Aner había elegido el nombre correcto para ella al nombrarla: Hoja de Fuego.

Un suave clín sonó cuando la punta de la espada quedó al descubierto y el silencio retomó el protagonismo en aquel bosque, a la vez que el aire se cargaba de una pesada tensión.

—¿Quieres saber qué pasaría si tú tuvieras mi espada? —le preguntó Aner a Tirsó.

Ixaka, que estaba detrás de su cuñado y seguía con atención sus palabras, dio un paso al frente. Pero, en ese momento, la mano de Tixaso lo retuvo. Se volvió para replicarle, pero Tixaso movió un par de veces su cabeza en forma negativa. Saturene parecía estar divirtiéndose. Ixaka se reprimió y se quedó quieto, aunque no era su deseado.

—¿Quieres mi espada? —le repitió Aner—. Pues cógela —le dijo, poniendo la empuñadura a su alcance y sujetándola por la mitad.

Tixaso observó con interés la reacción de Tirsó. Notó todos los músculos del cuerpo de aquel hombre en tensión. Sus ojos rojos y abiertos. Sabía que deseaba atacar. Conocía muy bien ese comportamiento en los talantas. Su respiración era agitada y los orificios de la nariz aparecían ensanchados. La boca se abrió entonces en una sonrisa forzada, lo que indicaba que no tardaría en atacar a Aner. Y entonces Tixaso sintió algo que nunca antes había sentido. Sintió el deseo de ese hombre por matar a Aner. Podía notar su intención y, aún es más, supo por qué lo quería matar. Tirsó, en ese instante, envidiaba a Aner, lo odiaba. Envidiar y odiar. Dos palabras que nunca antes había oído, que nunca antes había aprendido y que jamás había pronunciado bailaban en ese momento en su mente, plenas de significado.

Miró a Aner. Se mantenía firme en su posición, ofreciéndole la espada. Aner no odiaba a Tirsó,

simplemente estaba molesto con su actitud y quería darle un escarmiento.

—¡Vamos! ¡Cógela! —le insistió Aner.

—¿Cómo sé que no me la vas a arrebatarse en el último momento y me la vas a clavar?

—¿Piensas eso de mí? ¿En tan baja estima me tienes? Está bien. Esto es lo que voy a hacer. Clavaré la espada delante de mí y me retiraré. De ese modo, podrás tomarla cuando tú quieras.

Zarala, que escuchaba desde atrás, se llevó las manos al pecho y suspiró agobiada. Intentó hacerse un hueco entre aquel barullo de gente, pero Leoiar la cogió por los hombros y la abrazó.

—Aner sabe lo que hace —le dijo.

Ella lo miró con cierta súplica, pero entendió que si se entrometía podía hacer que la situación empeorara. Un nudo se extendió por la zona de su estómago. A duras penas podía contener el desasosiego. Las lágrimas acudieron a sus ojos rompiendo las escasas fuerzas que le quedaban.

En el otro lado del círculo, Ganix y Erlea seguían con atención los sucesos. Tenían curiosidad por saber qué se proponía Aner. Ese talanta al que habían conocido vestido de evocador y cuyo nombre pronunciado por Sadoc había hecho mover los cimientos de Bankada.

Aner se apartó. La empuñadura de Hoja de Fuego osciló por unos instantes de izquierda a derecha. Tirsó, con una sonrisa acentuada en su cara, caminó hacia ella. Tixaso estiró su cuello y su respiración se hizo más rápida. No era una respuesta a la llamada de la lucha ni una reacción de su cuerpo a una amenaza. Respondía más bien al temor por la vida de Aner. «¿Por qué me está pasando esto?», se interrogó a sí misma, «Tirsó nunca podrá coger esa espada».

El talanta vio cómo Tirsó se acercaba a su espada. Un grito entrecortado se escuchó en ese momento. Fueron muchas las gargantas de las que salió, pero sonó como si hubiera nacido de un solo sitio. Tirsó intentó sacar la espada, pero no pudo y cayó hacia atrás. Recuperado de su primer fracaso, volvió a intentarlo con el mismo resultado. La tercera vez que lo intentó provocó alguna pequeña carcajada. En la cuarta y en la quinta, las risas fueron más generalizadas.

—¿Es así como piensas atacarnos a Tixaso, a Sorgin y a mí? —especuló Aner.

Tirsó, rojo de ira por el despecho infligido, se abalanzó sobre el talanta. Este se movió lo justo para esquivar el golpe.

—¿No crees que ya has tenido bastante por hoy? —le dijo, mientras marchaba hacia su espada, la desclavaba y la metía en su funda—. ¿Cómo vas a atacarnos si ni siquiera eres capaz de levantar una espada?

Tirsó se resignó. Insistir en su obcecación no iba a cambiar los resultados. Pero Tirsó sabía que la vida daba muchas vueltas, solo tenía que esperar su ocasión. Aner era valiente, pero también era un engreído. Llegaría su momento.

—Nadie os obliga a permanecer aquí con el grupo —les dijo Aner una vez la situación parecía

haberse tranquilizado—. Si alguno tiene otra idea, es libre de marcharse ahora. —Aner aguardó unos instantes y avanzó unos pasos, atento a las miradas y a los gestos de sus interlocutores. Luego continuó—. Y si hay alguien más entre los presentes que no esté de acuerdo conmigo y quiera luchar como Tirsó, aunque espero que mejor que él —añadió—, lucharé, pero nadie, me oís bien, nadie tocará un solo pelo de estas dos banelatus sin antes combatir conmigo.

Aner mantuvo sus brazos en jarras y se movió despacio y tranquilo, con pequeños pasos. Tixaso guardó su espada y Saturene siguió sonriendo. Mientras, poco a poco, el círculo se deshizo.

Después del episodio del fracasado amotinamiento, el ambiente estaba tenso. Cada día era igual que el anterior. Escasas horas de sueño y marcha casi sin descanso. La comida era exigua, aunque todos los días habían tenido algo con qué llenar su estómago al menos una vez, aunque solo fueran raíces y setas. Los fuegos estaban prohibidos, para no delatar su presencia, y las noches eran frías y húmedas. Los huesos dolían de dormir espalda con espalda o apoyados en los troncos de los árboles. Algunos lamentaban haberse escapado. Al menos en Bankada no les faltaba comida ni sitio donde dormir. La memoria del hombre es corta a veces y muchos parecían haber olvidado la verdadera situación en la que se encontraban entre los banelatus.

Después de enfrentarse a los talantas, muchos de ellos de la misma tribu que la de su familia política, el estado de ánimo de Aner había cambiado. Estaba más silencioso y serio que en los días anteriores y pasaba la mayor parte del tiempo junto a su esposa. La risa de Zarala era contagiosa. Cuando estaba junto a ella sonreía y reía, pero, después, parecía otro. Aner había intentado en un par de ocasiones interrogar a Zarala acerca de su hijo, pero no había tenido suerte. Lo único que había logrado era que su semblante se tornara triste y cambiara de tema. Después de eso, la salud de la mujer se había resentido y Aner había dado el tema por zanjado, aunque algo dentro de él seguía queriendo averiguar qué había sucedido. Si su hijo había nacido, quería saberlo. No permitiría que su propia sangre creciera como un esclavo. Su cuñado tampoco fue de gran ayuda.

—Necesito saberlo, Ixaka —le había dicho con gran intensidad y fuerza, casi amenazándolo—. Necesito saber qué sucedió.

—No lo sé, Aner. De verdad. Te lo juro. Zarala nunca me habló de ello. Cuando llegamos a Bankada, nos separaron a hombres y mujeres. Tardé casi un año en volver a verla. Pasó tanto tiempo que ya había comenzado a pensar que mi hermana había muerto. Cuando nos reencontramos, estaba como ida. Los primeros días no parecía ni siquiera reconocermé. Nunca conseguí que hablara de lo que había sucedido durante esos meses. De verdad te digo que no sé si estaba así porque había perdido a su bebé antes de tiempo o porque se lo quitaron al nacer. ¡Déjalo estar, Aner! Podréis tener otros hijos.

Pero no podía. Algo quemaba dentro de él cada vez que pensaba en la suerte que podía haber corrido su hijo. Si estaba muerto..., se repetía, aun sabiendo que esa clase de suerte casi seguro que sería la mejor, eso le evitaría muchos dolores. Sobre todo si Sadoc ataba cabos y lo encontraba. Porque entonces lo podía utilizar en su contra. Al pensarlo, se sintió vulnerable. Cavilaba en todo eso mientras hacía guardia en aquel anochecer. Se llevó la mano al amuleto que

llevaba colgado del cuello y lo apretó en su mano derecha. Caminó varios pasos, resignado. Tixaso, que hacía guardia un poco más a la derecha, vio cómo se sacaba el colgante de debajo de su ropa y lo apretaba con fuerza. Se preguntó qué pasaría por su cabeza. Y, como si alguien hubiera escuchado su pregunta, ella misma se respondió: dolor

Ixaka llegó en ese momento e interrumpió el hilo de los pensamientos de ambos. Parecía feliz y contento, pero Ixaka siempre tenía una sonrisa pintada en su cara. «Es valiente», reconoció Tixaso. Su gesto de ponerse al lado de Saturene y de ella antes de llegar Aner demostraba su valentía y la devoción que sentía por Aner, del que parecía fiarse completamente. Había un vínculo especial entre aquellos dos jóvenes talantas y no era solo por Zarala, que les servía de cordón umbilical. Había entre ellos una afinidad especial, un vínculo difícil de romper, una lealtad... —no, decidió Tixaso—, lo que había entre ellos era... amistad.

Tixaso vio cómo Aner e Ixaka se saludaban agarrándose por las muñecas.

—Ve a descansar —le dijo Ixaka.

Las palabras llegaban nítidamente hasta el fino oído de Tixaso.

—¿Todo el mundo ha comido algo?

—Creo que sí. Y el que no lo ha hecho ha sido porque no ha querido. Algunos escrupulosos siguen sin querer probar la carne que Saturene asa sin fuego.

—Ellos se lo pierden.

—Saturene dice que perdió su magia por tu culpa.

Aner sonrió ante la ocurrencia y meneó la cabeza.

—Saturene no ha perdido su energía. Tan solo se la han sacado de su cuerpo.

—No tengo ni idea de qué significa lo que has dicho, pero no pienso preguntarte nada al respecto. Anda, ve a dormir. Zarala ha preguntado por ti.

Ixaka ocupó el puesto de su cuñado. A su derecha, Tixaso hacía guardia. Mantenía el cuerpo muy recto y su cabeza se movía despacio de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, como si leyera por líneas la información que sus ojos captaban. Ixaka la saludó elevando una mano. Le daba cierta seguridad saber que ella estaba cerca y que Aner confiara en la banelatu.

Aner caminó hacia el lugar donde el grupo descansaba. Le preocupaba que la distancia con los banelatus perseguidores se mantuviera. Debían llegar pronto a un lugar adecuado para perderlos de vista y así encontrar un sitio donde empezar a recomponer sus vidas. Pero ¿dónde encontrar ese lugar? Caminaba directo hacia donde creía que se encontraba el bosque mágico sin saber si allí encontraría una solución a sus desvelos. Ni siquiera sabía si ese lugar existía de verdad o solo formaba parte de las leyendas que se cuentan al lado de una buena hoguera. Si lo encontraban y si conseguía convencer a las criaturas mágicas que en él habitaban para que les dejaran atravesarlo, quizás tuvieran alguna posibilidad. Si, Si... había demasiadas condicionales.

Se sentó al lado de su esposa y la abrazó. Zarala le correspondió y cobijó su cabeza en su hombro. Estaba cansada. A pesar de cabalgar sobre Su-elur, notaba dolor en cada poro de su cuerpo. Al menos, ella tenía un caballo y no tenía que andar. Un ligero temblor se apoderó de su cuerpo. Los párpados pesaban.

—Aner... —dejó caer—. Gracias.

El talanta sonrió, aunque en la oscuridad no se apreció el gesto. La besó.

—Me gustan tus besos. Como aquel que me robaste la noche que llegaste a nuestro clan y mi hermano te llevó a nuestra casa. Ese beso me hizo sentir, me hizo soñar. Y me alejó de Meder. Mi hermano tenía pensado anunciar nuestro compromiso esa misma semana. Pero tras tu llegada... ya nada fue lo mismo.

—Me alegro de haberte besado, aunque esa noche te enfadaste mucho y estuviste dos días sin hablarme.

—Con el que sí hablé y mucho fue con mi hermano. Le convencí de que aún era muy joven y que necesitaba tiempo para hacerme a la idea de que me iba a casar con Meder. Si le hubiera dicho que nunca podría querer a nadie más en el mundo que no fueras tú, me habría obligado a casarme en el acto con Meder.

—Te habría rescatado y nos habríamos ido muy lejos.

—Sé que eres capaz de eso. Gracias a la diosa Mari, no hizo falta.

—Creo que Luar se arrepintió de dar su consentimiento a nuestro enlace y que Meder nunca se lo ha perdonado. Ahora tu hermano mayor siente que tiene una deuda con Meder.

—¿Crees que seguirá vivo? Me refiero a mi hermano.

—Lo estaban él y su familia la última vez que los vi. Pero de eso hace ya casi dos años.

—¡Ojalá estén vivos! —Zarala se quedó callada, escuchando el silencio que devolvía la noche estrellada, cuyas luces, sin embargo, quedaban ocultas por la espesura de las ramas.

Aner apretó el cuerpo de su mujer junto al suyo. Cerró los ojos e inhaló aire hasta que sus pulmones se llenaron por completo. Besó despacio su pelo, después su cuello, dejando que sus manos resbalaran por su cara hacia su cuello y después más abajo, buscando sus senos.

—Aner...

—¿Sí? —dijo él con su cabeza escondida entre los pliegues de la blusa de ella.

—Te quiero. Betiko.

—Te quiero. Betiko.

Aner agarró a su mujer por la cintura y la sentó encima de él. La deseaba... tanto.

Aquella mañana de escaso sol y viento norte salieron del bosque. Delante de ellos se abría una gran extensión de tierra en la que no se veían árboles ni hojas por el suelo. Ya no había ramas que taparan el sol ni sombras que cubrieran su vista de la de los banelatus. Aner miró a lo alto. Algunas aves volaban a gran altura. Zarala estaba a su lado, agarrada a su mano y pegada la cabeza a su hombro. Sonreía. La noche anterior habían hecho el amor, como todas las últimas noches. La mujer había recuperado el color de sus pómulos. Sus ojos parecían más vivos y sonreía sin parar. Se sentía bien y había hecho parte de la marcha a pie, al lado de su esposo. Aner se sentía vivo, disfrutando de cada momento junto a Zarala.

Delante de ellos no había ningún sitio para esconderse. En cuanto abandonaran el bosque, sus cuerpos serían visibles para sus perseguidores. Todos los fugados de Bankada permanecían quietos. Pero allí donde otros veían una dificultad más a la que enfrentarse, Aner solo veía la libertad más cerca. Miraba hacia el futuro. De la mano de Zarala, todo parecía más fácil o, al menos, las penurias se hacían más llevaderas. Ixaka se acercó a ellos y miró, como todos, al frente. Leoiar había mandado a dos de sus hombres por delante. Tixaso había ido con ellos. Los demás, mientras, aguardaban noticias para decidir cuál era la mejor dirección por la que seguir.

—Por ahí vienen —dijo Ixaka, moviendo el brazo en la dirección en que los hombres de Leoiar y Tixaso aparecían.

Tixaso observó a todos los talantas esperando, aún parapetados por los últimos árboles. La banelatu había hablado en numerosas ocasiones con Aner sobre la dirección que debían seguir.

—¿No has pensado que tendrías más opciones de sobrevivir si viajaras por tu cuenta? —le había preguntado Aner en una de esas ocasiones tras confesarle él que quería encontrar el bosque de los seres feéricos.

—Sí, lo he pensado.

—¿Entonces?

—Tendrás que soportar un poco más mi presencia.

—Supongo que no me vas a dar ninguna explicación.

—Supones bien, Aner Bortu.

—¿Tienes curiosidad por saber si verdaderamente existe, no?

—¿Si existe qué?

—El bosque mágico, el bosque de los seres feéricos.

—Ese sitio que buscas no existe, Aner —le había dicho ella muy convencida.

—¿Y si existiera? —le había preguntado él para ponerla a prueba

—He recorrido todos los caminos conocidos por los banelatus. Nunca he encontrado ese bosque ni conozco a ningún banelatu que haya estado en él. No hay ninguna referencia ni en libros ni en textos antiguos.

—Eso es porque no has mirado con los ojos adecuados.

Tixaso no había comprendido el significado de esa frase. A veces parecía hablar con acertijos.

—¿Qué es para ti mirar con los ojos adecuados?

—Los ojos del corazón —le había dicho él, como si fuera algo obvio. Algo que hasta el más tonto de los tontos sabe.

—El corazón no tiene ojos.

—En eso tienes parte de razón. El corazón de los banelatus no tiene nada. Ni siquiera sangre.

—Sí tiene sangre.

—Pero no tiene sentimientos.

«Sentimientos», se había repetido Tixaso para sus adentros, «Sentimientos...».

—Cuando te puedas poner en el lugar del otro —siguió Aner con sus palabras—, entonces tendrás sentimientos. Pero de eso no sabéis nada los banelatus.

Aner dejó de hablar, consciente de que su compañera estaba dándole vueltas a lo que acababa de decirle. Jugaba con una fina hierba que había arrancado del suelo y que se había metido en la boca. Disfrutaba poniendo a prueba a Tixaso. La guerrera quería entender con mente banelatu lo que solo una mente talanta podía captar.

—Piénsalo, Tixaso —le había recomendado él al fin, mientras comenzaba a andar en dirección a su esposa que había aparecido en el horizonte—. Si ese bosque existe, podrás llevar a Maore algo de lo que busca.

—¿Y tú qué crees que busca Maore?

—Maore busca algo que detenga el loco avance de Sadoc, porque se ha convertido en una amenaza no solo para nosotros, sino también para los banelatus del este. Por eso te envió a buscarme y por eso te ordenó ir a Bankada. Maore busca el punto débil de Sadoc.

Los dos se habían quedado mirándose.

—Estoy en lo cierto, ¿no?

Tixaso no le contestó. Entre sus dedos metidos en un bolsillo movía los imanes que había encontrado en la habitación del suprem del oeste.

Mientras avanzaba hacia el encuentro de los talantas, tras inspeccionar con los hombres de Leoiar los alrededores, escondida su cara bajo la caretesa, recordaba las palabras de Aner. Cada vez le intrigaba más aquel joven guerrero talanta. No era como los otros, al menos a ella no se lo parecía. Leoiar salió al encuentro de sus hombres, lo mismo que Aner.

—¡Informad! —les pidió el rey.

Los hombres resumieron en pocas palabras lo que habían visto. Delante de ellos había decenas de leguas en línea recta. Campo abierto. Demasiado expuesto.

Capítulo XXI

Bankada: capital supremio banelatu del oeste

Por primera vez desde su fundación, Bankada se despertaba entre humo y niebla. Nunca jamás en su historia, la ciudad, sede del supremio banelatu del oeste, había sido atacada ni asediada. Nunca había sufrido un incendio ni una inundación y, mucho menos, las dos cosas a la vez.

Las llamas verdes habían desaparecido por efecto del agua que, en esta ocasión, le había ganado la batalla al fuego. La brisa del amanecer se llevaba el humo hacia el sur y dejaba un rastro de un olor desconocido. Y las calles seguían anegadas de barro y suciedad. Todos los banelatus estaban despiertos a esas horas después de que el grito del suprem los alertara e hiciera tambalear a la ciudad de pleno.

Reunidos en la gran plaza que quedaba justo delante del palacio del suprem por orden expresa de Sadoc, todos los ciudadanos de Bankada esperaban la aparición de este. Dos destacamentos formados por una veintena de guerreros banelatus habían salido de la ciudad con la orden clara y concisa de seguir a los escapados, pero sin atacarlos, manteniendo la distancia. Mientras, un correo había partido ya hacia el norte en un veloz olano con un mensaje para Yankel. La guerra del norte tendría que esperar.

Sadoc miró con atención el gran tablero en que había convertido la mesa que tenía delante. «En el fondo», se dijo, «mis planes no se han alterado. Tan solo ha cambiado el orden de los tiempos». El suprem tomó una figura de la parte superior de la mesa y la desplazó hasta donde se encontraba Bankada en ese gran plano. «Yankel vuelve a casa», pensó. Después, despacio, se volvió hacia el armario donde guardaba todas las figuras y rebuscó hasta encontrar la que necesitaba. «Volvemos a encontrarnos, Aner», dijo en voz alta colocando la figura al oeste de Bankada. Junto a ella, situó una figurita de pelo rojo y otras dos sin rostro definido. «Ganix y Erlea, os habéis atrevido a escapar», dijo mientras las colocaba todas juntas. Se sentó en silencio mientras cavilaba. En una de las esquinas esperaba un trozo de madera a medio modelar. De él sobresalía ya una forma delgada y fina vestida de negro. Sadoc la tomó en sus manos y la talló con precisión. «No sé tu nombre», pensó, «pero sospecho que eres alguien cercano a Maore. Da igual, pronto habrás desaparecido de la historia de los banelatus».

El sonido de los pasos era perceptible dentro de la gran plaza que parecía incrementar su audición. Los presentes se giraron hacia atrás y abrieron paso para que la guardia personal de Sadoc y todos los guerreros que quedaban en la ciudad para protegerla pudieran acceder a la plaza. Sin embargo, todos aquellos aguerridos soldados no estaban allí para proteger al suprem. En medio de ellos caminaban los esclavos que aún quedaban vivos en Bankada y que no habían podido escapar de la prisión. Los talantas llevaban la cabeza gacha y arrastraban sus pies, presos de un terrible miedo que parecía extenderse por la ciudad. Los guardias los condujeron hasta la primera fila y allí esperaron. No había prisa para aquellos seres que vivían cientos de años.

Era mediodía cuando Sadoc apareció por la gran puerta de su palacio. Vestía enteramente de negro y su cara permanecía tapada por una caretesa bordada en oro y plata.

Los viejos banelatus habían sido llamados también y aguardaban en una habitación de la primera planta del palacio. Sadoc quería que estuvieran presentes y que fueran testigos, pero no deseaba que nadie los viera. Así que habían sido introducidos por uno de los laterales, cubiertos por amplias túnicas y grandes caretesas.

La historia de lo ocurrido durante la noche se había extendido por toda la ciudad de boca en boca. Todos sabían que la reacción de Sadoc iba a ser dura y rápida. Aquel desplante no iba a quedar impune. Y sabían, además, que lo que ocurriera en ese instante y en aquella plaza era solo el comienzo de su venganza, aunque para un banelatu no existiera la venganza, sino la justicia. Y la justicia era mantener el estatus de la naturaleza. Los banelatus eran seres superiores y los talantas seres inferiores a los que, por tanto, se les podía usar como esclavos y cuyas vidas no valían más que la de un animal.

Andima respiró con dificultad por primera vez en su vida. Había algo dentro de él que ya no funcionaba igual. Seguramente si se quitaba la caretesa el aire llegaría con más facilidad hasta sus pulmones. Pero no podía, no debía. La cercanía de la muerte le hizo mirar hacia atrás en su vida. Había servido bien al supremo. Pensaba en ello cuando la voz de Sadoc sonó clara y alta en medio de la gran plaza.

—No hay más camino que la justicia. No hay más justicia que la de la naturaleza. El que está arriba no puede bajar y el que está abajo no puede subir. La naturaleza nos ha dotado mejor que a ningún otro ser de este mundo. Hemos evolucionado hasta lo que somos porque estamos llamados a dominar y a mantener el orden de las cosas. Así será por siempre.

No hubo más palabras. Sadoc no lo consideró oportuno. Era hora de actuar y no de palabras. Bajó las escaleras hasta situarse en frente de los esclavos. Era el momento adecuado para que todos conocieran su poder y lo reconocieran como el más poderoso entre los banelatus. Lo que hasta entonces solo conocían unos pocos iba a ser revelado. Nadie pondría en duda su potestad a partir de ese momento.

Elevó su mano al cielo envuelta en llamas. De sus dedos fluyó una gran energía que se transformó en pequeños rayos. Luego dirigió su mano al esclavo que estaba situado en segundo lugar. El talanta cayó al suelo fulminado, mientras una gran bola de energía blanca salía de su cuerpo y quedaba suspendida en el aire. Sadoc movió su brazo y la bola de energía le siguió. Sin tocarla, hizo un gesto con el brazo y la bola salió disparada en dirección al cuarto esclavo. La esfera de luz blanca chocó contra su pecho. El esclavo sintió un profundo calor que quemó sus pulmones. Murió entre grandes alaridos.

El pánico cundió entre los hombres y las mujeres que esperaban en fila. Era tal el pavor que sus rostros se desencajaron, pero eran incapaces de moverse. El propio miedo tenía anclados sus pies al suelo. Sadoc repitió la operación tantas veces como fue necesario. Aquel día dio muerte a uno de cada dos esclavos. Cuando la matanza terminó, los esclavos que habían tenido la suerte de sobrevivir fueron conducidos a la prisión de nuevo. Sadoc completó las ejecuciones con aquellos banelatus que habían sido incapaces de sofocar la primera revuelta. Pero esta vez hizo que se

mataran entre sí, enfrentándose en un combate a muerte. El último en quedar vivo fue indultado, pero se le castigó a abandonar la ciudad y a vagar eternamente sin nombre y sin rostro, lejos de cualquier contacto con los banelatus. El propio suprem le marcó la cara con la letra M de muerto con fuego de su propia mano.

Cuando concluyeron las ejecuciones, los ancianos fueron enviados de nuevo a su pequeña ciudad. Andima entró en su casa y se sentó, dejando caer su vencido cuerpo. Su respiración se hacía cada vez más estentórea. En su cabeza daba vueltas a lo que acababa de ver sin poder decidir si era bueno o malo para los banelatus. Cerró los ojos. Cientos de imágenes se colaron en su mente. No supo decir si lo que veía se correspondía con algo que había vivido o con lo que iba a suceder. Hasta que vio Bankada consumida por las llamas. Pero ya era demasiado tarde, porque su corazón acababa de dar su último latido.

Capítulo XXII

Huyendo de Bankada

Aner escuchó con atención las explicaciones de Tixaso. Pero él creía que caminar hacia el norte los retrasaría mucho y los apartaría de su destino.

—Solo un día, a lo mucho dos con vuestro paso —se reafirmaba la banelatu—. Es más seguro que ir hacia el sur. El camino allí es más abrupto. Conozco ese terreno. Hay que pasar por caminos estrechos, muy propicios para emboscadas.

«Emboscadas», pensó Aner. Eso era lo último que quería. Miró al norte. Era hora de decidirse, pero él no era el único que debía tomar la decisión. Si fuera por él, apostaría por caminar en línea recta hacia el oeste. Estaba casi convencido de que si los banelatus no habían atacado era improbable que lo hicieran. Pero mientras existiera una posibilidad, también había que tenerla en cuenta. Giró la cabeza. Detrás, descansando, varias decenas de talantas esperaban la decisión. Sus caras estaban sucias y sus ojos miraban con cierto temor cualquier acontecimiento al que tuvieran que enfrentarse.

—Creo que deberíamos ir hacia el norte. Cubrirnos mientras podamos por el bosque y reconducir después la marcha hacia el oeste —aportó Leoiar al ver que Aner se tomaba con calma lo de adoptar una decisión.

El joven talanta se decidió por fin.

—Supongo que es la mejor de las opciones.

En cuanto Aner hubo pronunciado la última palabra, la orden de partida se escuchó de fila en fila. Había que moverse deprisa. Erlea y Ganix caminaban en la parte central. Aner había montado sobre Su-elur y se desplazaba de adelante atrás y viceversa para comprobar que nadie se quedaba rezagado. Los más débiles y los heridos eran ayudados por otros. El miedo a ser presa de un banelatu hacía que nadie quisiera quedarse el último. Aner palmeó el cuello de su caballo. Ni por asomo se había imaginado que el rescate de Zarala y de Ixaka iba a terminar así.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Saturene cuando pasó a su lado. El joven talanta estaba asomado a una pequeña colina. Oteaba el horizonte. El viento, ligero, empujaba sus cabellos hacia atrás.

Aner hizo una mueca, sonriendo. Llevaban dos días caminando hacia el norte. Pequeños grupos de árboles parapetaban algo su huida, pero eran demasiado escasos para poder camuflarse entre ellos y permanecer ocultos a la vista de sus perseguidores.

—¿Hay algún lugar en la Tierra donde un talanta se pueda esconder de los banelatus?

—Si lo hay, estoy segura de que tú sabrás encontrarlo.

Tixaso los alcanzó por detrás.

—¿Siguen aproximándose? —le preguntó Aner.

La banelatu asintió. En los últimos días, los guerreros enviados por Sadoc habían ido acercándose a su posición y eso preocupaba a Aner, que buscaba una razón para ello. Hacía frío y anhelaba encender un fuego para calentarse, pero de momento habían decidido seguir así. De todas formas, con los banelatus pisándoles los talones y, teniendo en cuenta que sabían exactamente dónde se encontraban, el fuego no iba a delatar más su presencia de lo que ya estaba. Él solo aspiraba a tener un rinconcito en el mundo donde vivir en paz. ¿Era eso mucho pedir? Un lugar pequeño cerca de un riachuelo, a ser posible, donde poder compartir su vida con Zarala. Como atraída por su pensamiento, la mujer llegó hasta donde él se encontraba. Saludó a las dos banelatus. Todavía se le hacía extraño escuchar a su esposo hablar el idioma de los banelatus, que él parecía conocer y dominar con soltura y que para ella era extraño y sumamente complicado de entender. El talanta abrazó a su esposa. La tibieza de su cuerpo le transmitió el calor que parecía haber perdido al comprobar que tenían al enemigo tan cerca. Volvieron hacia el campamento, se repartieron algo de comida y se prepararon para pasar otra noche corta a la intemperie. En cuanto hubieran descansado algo, empezarían otra vez la caminata.

Hacía días que se notaban ciertas vibraciones en el aire. Y esas vibraciones no presagiaban nada bueno. Aner era consciente de la debilidad de todo el grupo, del blanco fácil que representaban para una fuerza entrenada para matar.

Sorgin había estado buscando la forma de que la energía que Sadoc extrajo de su cuerpo volviera a ella, pero todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos por el momento. Mientras tanto, trataba de volver a ser una banelatu, probando a extraer la energía de todo aquello que la rodeaba. Lo que antes era un simple juego —tomar la energía procedente del viento al mecer las flores y transformarla en fuerza que empuja a una persona, por ejemplo— era ahora una misión imposible. Sus ensayos provocaban pequeños desaguisados, para frustración de la vieja banelatu y el divertimento de Ixaka y de Aner, que de vez en cuando soltaban alguna que otra risotada. «Sois crueles», les decía Zarala. Tixaso, mientras tanto, intentaba comprender cómo Sadoc había logrado extraer la energía de Saturene, meterla en una caja de madera y conservarla allí.

Era de noche, Aner acababa de dar muerte a un banelatu que se había adelantado al grupo y que trataba de llegar hasta los talantas. De momento, el incidente no había trascendido y Leoiar, Aner y Tixaso habían decidido redoblar la vigilancia. Se conservaba cierta calma tensa entre los que conocían la noticia. Aner contempló el cuerpo del caído. Su cara hierática no difería mucho de cuando estaba vivo.

—Esperan la llegada de alguien —dijo Saturene—. Si se han acercado hasta nosotros es para buscar información.

—Sadoc habrá llamado a Yankel. Es su mejor general. Si hubiera querido cazarnos, él mismo habría salido detrás de nosotros nada más producirse la huida —concluyó Tixaso.

—¿Deshazte de él! ¿Querrás? —le pidió Aner a Tixaso. La banelatu estudió con cuidado los movimientos del talanta mientras asentía con la cabeza.

Aner se alejó. Limpió su espada con varios matojos de hierba cercana y, cuando estuvo satisfecho, la metió en su funda.

—Lucha como un banelatu, pero no es uno de nosotros, ¿no es así? —le preguntó Tixaso a Saturene. Las dos banelatus eran las únicas que quedaban delante del guerrero muerto.

—Tuvo al mejor de los maestros —le informó Saturene.

Tixaso no dijo nada, pero la anciana supo que esperaba una aclaración.

—Sadoc —mencionó, pronunciando cada una de las sílabas por separado para darle mayor importancia.

—Sadoc elige muy bien a quién entrena entre los mejores banelatus. Nunca escogería a un talanta.

—¿Qué sabes de Aner, Tixaso?

—Lo conocí hace un par de años, dos meses y tres días. Su vida anterior es desconocida para mí.

—Siéntate —le pidió Saturene.

Los ojos de la vieja banelatu cambiaron de expresión, de pronto pareció como si se hubieran hecho más pequeños. Recordaba el pasado. Había en su gesto una mezcla de añoranza y de tristeza. Tixaso ya se había dado cuenta de que el rostro de Saturene no era enteramente un rostro al uso banelatu —su semblante no era del todo hierático—, pero nunca osaría preguntar cuál era la causa. Saturene siempre había gozado de una buena reputación entre su gente. Además, la vieja banelatu nunca había sido una banelatu corriente. Tenía el pelo de color rojo y eso era muy raro entre su raza, por no decir único. Así que tampoco había dado demasiada importancia al hecho de que su rostro a veces tomara gestos propios de los talantas.

La joven banelatu levantó las manos que permanecían abiertas sobre el cuerpo del banelatu muerto. Ramas, raíces y hierbas habían crecido sobre el cadáver durante el tiempo en que ella había mantenido sus manos sobre él, como si varios años hubieran pasado en tan solo unos instantes. Saturene comenzó su relato nada más tomar asiento. La joven se sentó enfrente de ella.

—Bankada siempre ha sido una ciudad próspera. De ella han salido los más grandes sabios, los mejores estrategas, los más arriesgados y valientes guerreros que han dado gloria a su nombre, los descubridores más eminentes... Hace unos años, la ciudad gozaba de uno de sus períodos más prósperos. Decenas de esclavos llegaban a sus puertas, haciendo más fácil nuestra vida y más extenso nuestro territorio. En una de esas caravanas de cautivos llegaron Aner y su padre. Como sabes, nada más llegar, los prisioneros son clasificados y cada uno destinado según sus condiciones y habilidades. Los niños son separados de sus padres de inmediato, cortando todo vínculo con sus progenitores y otorgándoles una educación apropiada según el departamento al

que se les destinará en cuanto puedan realizar algún tipo de trabajo útil para el supremo.

»El padre de Aner, Adur, no era un hombre de complexión fuerte, pero sí ágil, fuerte y hábil con la espada y con el arco. Supongo que te imaginas cuál fue su destino. Sadoc organizaba combates entre talantas. Le gustaba observar sus reacciones, como también nos gustaba a nosotros. Sí, yo también contemplaba esos combates a muerte entre amigos, familiares... —aclaró Saturene—. Por la forma de mirar y moverse, sabíamos si iban a atacar, si se iban a defender, si daban la lucha por perdida... Eso nos permitía anticiparnos a ellos en las guerras que manteníamos con esos pueblos. Nuestras victorias eran cada vez mayores y más rápidas gracias a esa observación. Sadoc descubrió que los talantas luchaban con mayor ferocidad y se defendían mejor si sus seres queridos estaban cerca. Así que buscó los parentescos de los luchadores. Seleccionó sobre todo a niños, a los cuales les hacía presenciar los combates a muerte de sus propios padres. Te puedes imaginar el alboroto que se formaba. Los padres intentaban morir lo más dignamente posible delante de sus hijos mientras estos lloraban llamándolos a gritos. Pero, entre todos ellos, había uno, un pequeño niño de tan solo cuatro años que se mantenía firme, serio, pero sin llorar ni alborotar. Ese niño llamó la atención de Sadoc.

—Ese niño era Aner —puntualizó Tixaso.

Saturene asintió y suspiró.

—Si se hubiera comportado como los demás niños, tan solo habría sido uno más, pero Aner era diferente. Un día, Sadoc bajó hasta donde estaban las criaturas, así le gustaba llamarlos. Todos reaccionaron con verdadera aversión. Muchos de ellos lloraban y gritaban. Todos bajaban la mirada, algunos incluso se hacían sus necesidades encima. La presencia del supremo les provocaba lo que los talantas denominan verdadero miedo, terror, pavor. ¿Sabes a lo que me refiero? —preguntó de manera retórica—. Cuando llegó a la altura de Aner, este se quedó quieto. No retrocedió ni se apartó y le miró directamente a los ojos. Creo que era el primer talanta que lo hacía. Hoy en día no creo que haya muchos banelatus que lo hayan hecho y estén vivos para contarlo. Solo sus más próximos tienen ese privilegio. Imagínate, un talanta.

»Yo me encontraba entre ese reducido círculo, pero esa es otra historia. Mejor me centro en Aner. Para Sadoc se convirtió en algo personal. Se dio cuenta de que no todos los talantas reaccionaban igual ante un mismo estímulo. Eso le hizo apreciar también por qué no era tan fácil derrotar a esos seres que él creía inferiores y que, según con quién se topara, no todo iba a ser un camino de rosas en su obsesión por conquistar el mundo conocido. Así que decidió hacer un pequeño experimento. Recuerdo bien aquel día en que la vida de Aner cambió para siempre. A media mañana, los cielos se cubrieron de intensas nubes negras. Un enorme relámpago surcó el cielo y a continuación se escuchó el trueno más sonoro que jamás se había oído en Bankada hasta el del otro día. Comenzó a llover con intensidad. El supremo nos reunió a todos los de su círculo en la planta baja del palacio, donde tenían lugar los combates. No quiso otros espectadores. Adur combatía aquel día. Los guardias de Sadoc tomaron a Aner por los brazos y lo situaron frente a su padre. No sé describir bien qué significó aquel momento para los dos. Cruzaron sus miradas y el tiempo pareció detenerse. Adur movió sus labios y le dijo a Aner: «Recuerda, sé siempre valiente. Te quiero». Ni siquiera llegó a pronunciarlo, solo lo gesticuló con los labios. El muchacho asintió, con sus ojos muy abiertos y los puños apretados, sin poder moverse porque dos guardias lo sujetaban con gran fuerza. Aquel día Aner cumplía seis años. El combate fue como

siempre, pero, cuando Sadoc se cansó, mandó llamar a ambos contrincantes. Entonces sucedió. Nadie de los que estábamos allí pudimos anticipar lo que íbamos a presenciar a continuación. El suprem se acercó al hombre que luchaba contra Adur. Extendió su mano e hizo girar su muñeca. De alguna manera, la energía de ese hombre o, lo que es lo mismo, su propia vida se transformó en una enorme bola de luz. El cuerpo del talanta tembló un par de veces antes de desplomarse de bruces contra el suelo. Sadoc dominó aquella bola de energía y la lanzó contra Adur. El padre de Aner recibió el impacto en pleno pecho. Un grito de dolor surgió de su garganta. Aner intentó zafarse de sus captores, mientras el cuerpo de su padre quedaba envuelto en una gran llamarada que duró apenas un instante. Tiempo suficiente, después de todo, para acabar con su vida. Cuando Aner llegó hasta su padre, este ya había muerto. El pequeño escondió la cabeza en el pecho abierto de su padre. Sé que las lágrimas se escaparon de sus ojos, pero se las frotó cuando sintió las manos de Sadoc sobre él. Aner lo miró de frente. Había reto, miedo, impotencia y osadía a partes iguales en aquel brillo azul. Sadoc se creó un enemigo aquel día que no era poderoso ni tenía ninguna habilidad especial que pudiera representar un peligro para él. Pero era también un enemigo ansioso por saber, entender y aprender. Y en eso empeñó su vida Aner en Bankada. Solo buscaba la manera de vencer y de vengarse de Sadoc.

—Hay algo que no termino de comprender —habló Tixaso que hasta ese instante había estado callada—. ¿Qué le llevó a Sadoc a querer entrenar a Aner?

—Sadoc se empeñó en poner al alcance de Aner los mejores medios de que disponían los banelatus con dos objetivos. El primero, demostrar que los talantas no pueden aprender de igual manera que nosotros. El segundo reto consistía en lograr que Aner fuera el mejor talanta al que nunca se tendría que enfrentar. De esa forma, si lograba vencer a Aner, podría vencer a cualquier otro de su misma raza en el mundo.

—¿Tú participaste también en su formación?

—Sadoc me impuso la tarea de formarlo como a cualquier otro de mis discípulos.

—¿Y era bueno?

—Muchos banelatus habrían dado uno de sus brazos por ser la mitad de buenos que él.

Saturene dejó de hablar en esos momentos. Aner se acercó hasta ellas. Quería cerciorarse de que el cuerpo del banelatu había desaparecido. Tixaso se quedó con las ganas de hacer más preguntas a la vieja banelatu. Su relato había sido muy ilustrativo y había conocido una nueva faceta de Sadoc que desconocía. Y también de Aner. Se puso de pie cuando el joven llegó hasta ellas. En aquel instante lo miró de forma distinta. Ahora entendía por qué Aner conocía tan bien las costumbres de su pueblo y cuál era la razón por la que dominaba su idioma.

Hacía más de dos horas que a lo lejos se habían empezado a dibujar sombras de árboles. Al principio fueron solo unas manchas difuminadas en la lejanía. Ahora se veían con más claridad sus copas altas y redondeadas, llenas de hojas de distintas tonalidades de verdes. Hasta la humedad y el frescor de su vegetación parecía llegar hasta ellos. Tixaso se adelantó unos pasos. Había estado allí otras veces. Tan solo era un bosque más entre los muchos que salpicaban aquella

región. Sin embargo, Aner lo estudió con detenimiento conforme se acercaban, preguntándose si aquel podría ser el bosque que buscaba. Era cierto que no parecía un bosque especial ni distinto de cualquier otro y mucho menos un bosque habitado por seres feéricos, pero los banelatus estaban demasiado cerca de ellos. Muy pronto les tendrían que hacer frente, salvo que encontraran un sitio donde perderse. Leoiar le estaba proponiendo a Aner enviar a un par de sus hombres a explorar el bosque cuando la voz de Ixaka les interrumpió.

—¡Aner, ven rápido! —dijo el joven entrecortadamente.

—¿Qué ocurre?

—Es... Zarala. Creo que no se encuentra bien.

—Envía a esos hombres —le dijo a Leoiar, mientras él se volvía y salía a la carrera para atender a su esposa.

Zarala se apretó el estómago. Sentía arder sus entrañas mientras tosía y escupía sangre. Cuando Aner llegó, estaba vomitando junto a unos matojos apartados, atendida por Saturene. Esta, al ver a Aner, le pidió que esperara con la mano. La cara de su mujer estaba tan pálida que casi parecía transparente. Su cuerpo parecía haber perdido varios kilos de golpe. Zarala sintió flaquear sus piernas. Aner se acercó y la sujetó antes de que perdiera el equilibrio.

—Aner... —le dijo con una triste sonrisa que casi no llegó a dibujarse en sus labios.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy... bien. Se me pasará.

—Ayúdame a sentarla —le pidió a Saturene con cierto pánico asomando a su voz.

La vieja banelatu sujetó firmemente el brazo de la mujer. Mientras la sentaban, Saturene miró a los ojos del talanta y meneó negativamente la cabeza. Aner se asustó, pero no dijo nada.

—Llamaré a Tixaso, si quieres —se ofreció Sorgin.

—Está bien. Llámala.

Aner e Ixaka se quedaron al lado de Zarala. Estaban algo apartados del grupo. El viento se dejaba sentir suave y fresco. Zarala tiritó y Aner se quitó la túnica de evocador y se la puso por encima a su esposa.

Tixaso llegó a paso rápido. Sin decir nada, se puso de rodillas cerca de la mujer y le hizo tumbarse. Luego extendió sus manos sobre Zarala. La banelatu sabía distinguir cuando alguien tenía una enfermedad grave y Zarala tenía muchos síntomas de ello. Pero se guardó muy bien de comentar nada en su presencia. Ya hablaría más tarde con Aner, a solas. Ahora debía intentar paliar, en la medida de lo posible, el sufrimiento de esa mujer.

No había hecho más que empezar cuando se escuchó la voz de Leoiar a sus espaldas. Aner, que

tenía sujeta la mano derecha de su esposa entre las suyas, miró molesto al rey de los talantas del sur. Era un momento privado y demasiado delicado para interrumpir.

—Siento la interrupción —dijo nada más darse cuenta de la situación—. Pero se ven nubes de polvo detrás de nosotros. Deben de ser los banelatus.

—Ve —le dijo Zarala con un hilillo de voz apenas audible.

Aner se puso en pie despacio y siguió a Leoiar. La polvareda que levantaban los olanos al cabalgar era bastante visible. El joven talanta debía decidir qué hacer.

—Debemos movernos. Rápido.

—¿Han regresado tus hombres? —le preguntó Aner.

—Todavía no, pero no hay tiempo.

—Adelantaos. Nosotros iremos enseguida.

Todos los talantas se pusieron en marcha, instigados por los gritos de Leoiar y sus hombres. A toda prisa se dirigieron hacia el bosque.

Tixaso interrumpió su tarea. Para entonces, la nube de polvo era aún más visible desde donde se encontraban.

—Será suficiente para que pueda trasladarse sin molestias —le dijo Tixaso a Aner.

Entre los tres la montaron sobre Su-elur. El animal parecía consciente de la debilidad de Zarala y se mostró sumiso y cooperativo. Después, todos echaron a correr. Al llegar cerca de los lindes del bosque, se encontraron a Leoiar. Este discutía con dos de sus hombres. La cara del rey denotaba sorpresa e incredulidad.

—¿Qué ocurre? —quisieron saber los recién llegados.

—Mis hombres dicen que es imposible reconocer el bosque. Que es como si él mismo los sacara afuera.

—No te entiendo —le dijo Ixaka—. ¿Qué quieres decir con eso de que el bosque te saca fuera de él?

—Mis hombres dicen que han intentado penetrar varios pasos, pero se han encontrado fuera de pronto.

—¡Los banelatus se acercan! —gritó alguien.

Entre los presentes empezó a cundir cierto desánimo y un buen grado de terror. Estaban atrapados entre los banelatus y un bosque que no parecía querer que entraran en él.

Capítulo XXIII

El Valle de la Luz

La primera hoja del otoño cayó despacio, balanceándose de izquierda a derecha hasta posarse sobre el suelo húmedo y esponjoso sin hacer ruido. La luz del sol la iluminó de manera oblicua dando a su marrón un tono dorado. Los árboles, de troncos gruesos, se elevaban hacia el cielo en un intento por besar las nubes. El viento mecía despacio las hojas que resplandecían en una sinfonía de colores diferentes. En medio de aquella paz y quietud, un árbol distinto parecía poner la nota discordante a tanta perfección. Su tronco se enroscaba en infinitos nudos y sus hojas grandes, de un verde oscuro, tenían forma de corazón. Era más bajo y pequeño que los demás y emitía destellos de luz plateada que iluminaban el entorno.

En una de sus ramas más altas, dos geniecillos minúsculos de color rojo reían sin parar. El mayor de ellos rompió un trozo de hoja, hizo una bola y se la tiró a su compañero. Este último interrumpió su risa al recibir el impacto, puso sus brazos en jarras y se encaró con el primero. Tomó una rama pequeña y la dobló hacia atrás, soltándola de golpe. Galtxagorri —así se llamaba el geniecillo de mayor edad— recibió un pequeño latigazo justo en su barriga rechoncha y gorda. Cayó hacia atrás y se golpeó el trasero con la rama.

—¡Prakagorri! —le recriminó—. No tienes ningún respeto.

El geniecillo más joven se había sentado en una de las hojas y se apretaba las tripas intentando contener la risa. Daba patadas con su pie izquierdo sin poder parar de reír. Galtxagorri se levantó y se sacudió las ramitas que se habían adherido a su ropa.

—¡Eh!, mira —le dijo a Prakagorri—. Otro talanta tonto que intenta penetrar en el bosque. Divirtámonos un poco con él.

—Está bien, acércate.

Galtxagorri se situó al lado de su compañero.

—Ahora verás —le dijo a Prakagorri.

—¿Qué le vas a hacer?

Galtxagorri no contestó, pero le hizo un gesto al otro para que lo siguiera. El geniecillo mayor pronunció unas palabras en bajo y señaló con su dedo índice hacia el talanta. En ese instante, Prakagorri le empujó con su codo, desviando la trayectoria de su conjuro, que fue a impactar en uno de los troncos cercanos al talanta.

—¿Se puede saber qué haces?

—¡Es Aner!

—¿Aner? —preguntó Galtxagorri, sin entender, mientras entornaba los ojos para aguzar su mirada—. No puede ser Aner ese talanta tan grande.

—Ha pasado el tiempo suficiente para que nuestro Aner crezca.

—Aun así, Aner tenía apenas dos o tres años cuando...

—Sí, sí, sé la edad que tenía Aner cuando se fue. Llamémosle. Si es él nos contestará.

Galtxagorri y Prakagorri gritaron al unísono. El talanta, que estaba al lado del árbol que había recibido el impacto del conjuro del geniecillo, estiró el brazo y tocó el tronco justo en la zona dañada. Estaba caliente y salía humo. Miró en derredor y sacó la espada. Un silencio tranquilo se extendía por todo el campo visible desde allí. Flexionó las piernas y estiró su brazo izquierdo, alerta, mirando a todos los lados en busca de una explicación.

—No nos ha oído —dijo Prakagorri.

—Es que no es Aner.

—Aproximémonos a su oído. Si es él nos reconocerá.

—Pierdes el tiempo. Aunque nos oiga y, suponiendo que sea él, no nos reconocerá. ¿O es que no recuerdas el conjuro de Lamin?

—Aner nos reconocerá.

Los dos geniecillos revolotearon alrededor del joven. Eran pequeños, del tamaño de un colibrí. A su paso quedaba una ligera estela de color rojizo. Se quedaron suspendidos sobre el hombro derecho del talanta. Aner subió su brazo izquierdo para espantar a aquellos dos insectos. Le pareció escuchar su nombre en un tono muy bajo. Giró la cabeza hacia ambos lados buscando la fuente de donde llegaba su nombre y sacudió la cabeza, con las cejas enarcadas. Quizás los que esperaban en la periferia del bosque le llamaban, pero su nombre sonaba demasiado lejano y él no se había alejado tanto.

—¡Aquí, Aner! —escuchó—. Sobre tu hombro.

Aner giró el cuello hacia el lado derecho y se separó algo para ver mejor lo que había allí. Al fijarse, se dio cuenta de que lo que había creído dos insectos tenían forma y cuerpo humano, solo que eran diminutos y de color rojo.

—¿Quiénes sois y cómo sabéis mi nombre?

—¡Es él, te lo dije! —gritó exultante Prakagorri—. Somos nosotros, Galtxagorri y Prakagorri.

El talanta se quedó callado, preguntándose si no se estaría volviendo loco. Si no sería todo una alucinación.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito ayuda —dijo algo desorientado. No tenía nada que perder. Si esos dos seres lo conocían, bien podían estar dispuestos a ayudarlo y, si solo se trataba de una visión producto de una mala interpretación de su mente, nadie sería testigo de que hablaba solo en el bosque—. Los banelatus nos siguen, necesitamos refugiarnos para despistarlos.

—Venid por aquí —se ofreció enseguida Prakagorri.

—¿Estás loco? —le increpó el otro genio—. No podemos llevar a nadie al Valle de la Luz.

—Aner no es nadie y necesita ayuda. Prometimos dársela siempre que la necesitara.

Galtxagorri se quedó pensativo. No era habitual que estuvieran en esa parte del bosque. De hecho, hacía más de diez años que no iban por allí. Pero aquel día habían decidido tomar esa ruta y los dos habían estado de acuerdo. Y eso tampoco era nada habitual. Estaba en medio de esas reflexiones cuando se dio cuenta de que Aner y Prakagorri corrían hacia el comienzo del bosque.

—¡Por aquí! —gritó Aner en cuanto vio a sus compañeros—. He encontrado un camino.

Todos los talantas se pusieron en marcha enseguida, siguiendo a Aner sin demora.

—¿Podéis borrar nuestras huellas? —preguntó el joven talanta a los geniecillos.

—Claro que podemos. ¿O es que ya no te acuerdas de lo poderosos que somos? —se enfadó Prakagorri.

Los dos geniecillos volaban sobre el hombro del talanta y le dirigieron hacia el árbol plateado.

—¿Y ahora? —preguntó Aner deteniéndose delante del tronco nudoso.

—Hay que atravesar el tronco. ¿No te acuerdas?

—¿Estás de broma? —expresó Aner.

—Yo nunca estoy de broma —dijo Prakagorri muy serio.

—Tú siempre estás de broma —le contradijo Galtxagorri.

—¿Vais a discutir eternamente? —les cuestionó Aner.

—¿Con quién hablas? —le preguntó en ese momento Zarala que había llegado a su lado.

Aner no dio tiempo a contestar. Estiró su brazo hacia el árbol y lo atravesó como si aquel tronco no fuera más que una ilusión.

—¡Por aquí! —les dijo—. Hay que atravesar el árbol.

Todos se quedaron quietos, tomándolo por loco. Fue Tixaso la que, con decisión y después de haber visto desaparecer el brazo de Aner tras tocar el tronco, se atrevió. Avanzó hacia el árbol y lo atravesó. Saturene la siguió, luego Ixaka y Zarala. Y, así, todos y cada uno de los huidos de

Bankada. Aner fue el último. Después, el bosque quedó envuelto en el mismo silencio sereno y tranquilo de siempre.

La luz era más rosácea y el clima más tibio. Pequeñas partículas flotaban en el aire a modo de diminutos copos de nieve. Sin embargo, no hacía frío. El ruido del murmullo del agua anunciaba la presencia de un manantial cercano. Aner tenía la impresión de haber estado antes allí. Una intuición próxima a un sueño. Agarró de la mano a Zarala que iba montada sobre Su-elur. Le pareció más delgada y fría que de costumbre y la apretó con fuerza para darle calor.

Un delicioso aroma dulce y afrutado llegó hasta ellos. El cielo estaba despejado y una brisa cálida flotaba en la atmósfera. Aner miró al conjunto de hombres y mujeres que caminaban delante de él. Estaban fuera de lugar. Sus ropas sucias y raídas, sus caras delgadas, sus pelos sin lavar, su andar cansino... chocaban con aquel espacio en el que todo parecía encajar de manera perfecta. Por un momento pensó que estaba soñando. No podía existir un mundo así. ¿O sí?

Galtxorri se retorció las manos repetidamente, una, dos, tres veces.

—Pareces nervioso —se percató Prakagorri.

—A Lamin no le va a gustar esto.

—¿Cómo no va a gustarle a Lamin volver a ver a...?

—Sshhh, no digas más. Nos va a matar.

—No puede matarnos. Ya sabes cuáles son las leyes que defienden Lamin y Mari: No robarás, no matarás, no te jactarás por soberbia, cumplirás con la palabra dada, respetarás al otro y asistirás a los demás.

—Si, sí. No hace falta que me lo recuerdes.

—Pues nosotros no hemos hecho mas que cumplir con la ley.

—Lamin no lo interpretará así.

La presencia de los dos geniecillos no había pasado inadvertida para Saturene ni para Tixaso. Ambas estaban atentas a los movimientos de esos pequeños hombrecillos de color rojo que se movían alrededor del joven talanta de los ojos azules. «Después de todo, quizás sí que existe el bosque de los seres mágicos», pensó Tixaso, «¿Cuántas sorpresas más esconderá el pasado de Aner?». ».

Saturene miraba alrededor con cara de curiosidad y sorpresa. El aire de aquel sitio insuflaba vida dentro de su cuerpo. Encontró cierto placer que pensó que nunca iba a volver a sentir de nuevo. El recuerdo de su prisión le hizo disfrutar con mayor intensidad de la libertad que allí se

respiraba. Todo parecía nuevo otra vez ante sus ojos.

El camino les condujo hasta un gran lago de negrísimas aguas. Sabiéndose a salvo del peligro, muchos talantas se sentaron a descansar cerca de la orilla. A lo lejos, se distinguía un pueblo de pequeñas casas de piedra grisácea que cubrían la ladera de una colina ancha. En la cima, la silueta de un castillo resaltaba sobre el horizonte de un cielo azul libre de nubes. Aner ayudó a Zarala a desmontar. La mujer se dejó caer.

—¿Estás bien?

Su cabeza se meneó varias veces de arriba abajo y ensayó una sonrisa sencilla y dulce.

—Espera aquí. Me presentaré al dueño de este sitio y le pediré cobijo y algo de comer.

El joven talanta se retiró del grupo en busca de los geniecillos. Su color rojo se había intensificado y parecían discutir airadamente. Al ver acercarse a Aner, Galtxagorri carraspeó y los dos se callaron.

—¿A quién pertenece este lugar? Me gustaría presentarme y darle las gracias por su hospitalidad.

—Solo tienes que seguir la orilla del lago. Allí encontrarás a la persona que buscas.

—Gracias.

Aner se alejó despacio de ellos.

—Está bien educado, ¿a que sí? —indicó Prakagorri.

—¿No le deberíamos haber dicho con quién iba a encontrarse?

—No. Así será una sorpresa.

Ajeno a los comentarios de los dos geniecillos rojos, Aner siguió el camino que marcaba el lago. Sus aguas eran tan oscuras que casi daba la impresión de poder andar sobre ellas. El sol incidía tan violentamente sobre la superficie que su reflejo molestaba a los ojos. El lago terminaba en una pequeña explanada llena de guijarros de color blanco. En su orilla, una mujer vestida del mismo color cepillaba su larga melena rubia con un cepillo de oro. Al escuchar los pasos de Aner, se giró y se quedó mirándolo. Sus ojos claros casi parecían transparentes. Su cara no reflejaba ni extrañeza ni cordialidad ni alegría ni tristeza.

—Soy Lamin —le dijo apenas sin mover los labios.

—Yo soy Aner y quería darte las g...

—¿Aner? ¿Aner Bortu? —le preguntó en un susurro.

—Sí —contestó él con algún que otro titubeo.

—Los genios no debieron abrir la puerta para vosotros —se volvió airada y en ese momento cierta furia asomó a su rostro eternamente bello.

—Comprendo lo inconveniente que es para ti nuestra presencia aquí. Solo quería disculparme, darte las gracias y rogar..., suplicar que nos des cobijo hasta que podamos irnos. No estaremos mucho. Solo el tiempo necesario para recuperarnos. Algunos de nosotros estamos enfermos y los banelatus están al acecho muy cerca del bosque.

—¿Banelatus cerca? —preguntó con cierto interés.

—Sí.

—Los genios no debieron abrir la puerta del valle —volvió a repetir—. No sois bienvenidos. Los llamaré para que os lleven de regreso al bosque.

La mujer se movió y le dio la espalda a Aner. Al hacerlo, sus extremidades inferiores quedaron al descubierto. Sus pies no tenían forma humana, sino que eran semejantes a los de una gallina.

—Por favor —pronunció él después de sobreponerse a un cierto sobresalto—. Necesitamos descansar. Si salimos ahora de este valle, estaremos sentenciados. Los banelatus caerán sobre nosotros y no tendrán piedad. Al menos déjanos descansar aquí esta noche. Podemos trabajar para ti a cambio de comida y dormiremos al raso.

La mujer se alejó despacio.

—No —sentenció.

Aner iba a volver a suplicar y avanzó despacio hacia ella. No quería que pensara que se dirigía de manera hostil ni amenazante hacia su persona. En ese momento, los dos genios aparecieron a su lado.

—¿Se ha alegrado de volver a verte? —preguntó Prakagorri.

—¿Alegrado dices? ¿Estás de broma?

—Te dije —interrumpió Galtxagorri— que no le iba a gustar.

—Tú siempre dices que no le va a gustar. ¡Lamin, Lamin! —gritó Prakagorri.

—¡Ah! Estáis aquí —dijo la mujer girándose ciento ochenta grados—. Quiero que acompañéis a estos talantas fuera del bosque otra vez.

—Pero, pero, pero... —tartamudeó Prakagorri—. No puedes hacerlo.

Aner vio el semblante de Lamin. Parecía seriamente enfadada.

—Espera aquí —le pidió el más joven de los genios a Aner.

Mientras, los tres se apartaron un poco. Aner los veía gesticular y discutir, pero sus palabras no

llegaban hasta él, por lo que no se podía hacer una idea de lo que trataban. Esperaba que esos dos geniecillos pudieran convencer a Lamin. Necesitaba tiempo. Tiempo para pensar, para descansar, para reponerse y para que Zarala se recuperara de su enfermedad. Miró hacia atrás. En la distancia pudo ver a Ixaka, a Leoiar, a Tixaso y a Saturene que, aunque en distintos sitios, le observaban a la espera de noticias sobre dónde hospedarse. «El peso de la responsabilidad es grande», pensó el talanta. Aquellos hombres y aquellas mujeres dependían de que dos geniecillos pudieran convencer a Lamin para que el grupo se quedara. ¡Ojalá lo consiguieran!

El interés de Lamin por el grupo recién llegado —que había sido escaso o nulo hasta ese momento—, pareció crecer por un instante. Aner observó cómo la mujer dirigía su mirada hacia ellos. Era la suya una mirada transparente que transmitía la sensación de flotar en el agua. Ya no parecía hacer caso de las explicaciones que Prakagorri se empeñaba en darle. Aner también miró hacia aquel grupo de talantas cansados. Por un momento, sintió la necesidad de estar cerca de Zarala. La brisa doblaba la superficie del lago en olas diminutas. A pesar de su oscuridad, daba la sensación de tratarse de aguas cálidas. Prakagorri llegó a su lado dando saltos por el aire. Se puso al lado de su hombro y lo empujó. Aquel geniecillo debía de tener una fuerza descomunal para su estatura, pues consiguió mover al talanta de su sitio.

—Lamin quiere hablar contigo.

Aner se acercó a trompicones, empujado por el genio que parecía tener mucha prisa. Se detuvo a un par de pasos de Lamin. Si moverse, sin pestañear, los dos se quedaron uno enfrente del otro. El rostro de Aner estaba serio y en él se reflejaban el cansancio y la fatiga, pero, también, una gran fortaleza de ánimo y un gran valor. Lamin se asemejaba a veces a una joven, otras veces a una mujer madura. Sus largos cabellos parecían recoger la luz del sol directamente.

—Podéis quedaros —pronunció con suavidad, pero sin matices.

—Muchas gracias, no sabes cuánto... —las palabras de Aner se quedaron suspendidas en la tibieza del aire, en la frontera que separaba al talanta del espacio vacío que había dejado Lamin al irse.

—Ya sabes que no es muy comunicativa de entrada —le recordó el más viejo de los duendecillos rojos—. Pero cambiará. Vamos, os mostraremos dónde podéis quedaros.

A partir de ese momento, el trabajo se multiplicó para Aner. Junto a Ixaka, Leoiar y Tixaso examinó las viviendas que caían en cascada por la ladera de la colina. Todas estaban vacías, con signos de no haberse utilizado en años, pero limpias y ordenadas.

—¿Quién vive aquí? —interrogó Aner a los duendecillos.

—Nadie. Este sitio fue abandonado hace mucho tiempo y Lamin hizo de él su hogar.

«Supongo», pensó él, «que no es fácil convivir con alguien como Lamin». Aner entró en la casa que estaba ubicada en el lugar más alto de la colina, cerca del castillo. Desde la ventana de la sala principal se veía el lago en toda su extensión. Era más grande de lo que había imaginado a ras de

suelo. Las sombras de las aves sobre él apenas provocaban un ligero cambio en su tonalidad, pero esa masa negra ejercía cierta atracción sobre él.

—Me instalaré aquí —dijo convencido.

—Sabía que elegirías esta casa —dijo Prakagorri haciéndose el listillo.

—¿Lo sabías? —le cuestionó el talanta.

—Estaba cantado porque... —el genio recibió un codazo de su compañero, interrumpiendo su frase.

—Esta es una buena vivienda, Aner. No le hagas caso a Prakagorri. Él siempre habla sin parar. Y el que mucho habla, muchas tonterías dice y muchas mentiras.

—¿Por qué le has dicho eso? —le increpó el más joven.

—Esta vivienda es una buena elección, Aner —le volvió a comentar Galtxagorri, sin hacer caso de lo que decía el otro—. Nosotros ahora nos vamos para dejaros que os instaléis. Más tarde vendremos para deciros dónde y qué podéis cenar.

Nada más marcharse los genios, la vivienda se quedó en silencio. Aner la recorrió despacio. Aquella casa, no sabía muy bien el porqué, le recordaba a los primeros años de su infancia. Salió a la puerta. Justo en ese momento, Ixaka llegaba con Zarala y Saturene.

—Bienvenidos a vuestra nueva y provisional casa —les dijo con un tono que denotaba buen humor. Besó en la frente a su esposa mientras le preguntaba a esta qué le parecía y le mostraba las vistas que había desde la sala principal.

—Zarala necesita descansar —les dijo Saturene—. He preparado su cama. Me quedaré con ella mientras vosotros organizáis lo que tengáis que organizar.

—¿Y Tixaso? —le preguntó Aner a Ixaka cuando salieron.

—Ha preferido ir a dar una vuelta por los alrededores para conocer bien el sitio.

—Supongo que lleva en la sangre su instinto de exploradora y de superviviente. Nunca la he visto en compañía de otros banelatus. Creo que está acostumbrada a estar sola y a no depender de nadie.

—Si quieres que te sea sincero, a veces me da miedo y casi siempre me desconcierta.

—Me imagino que nunca se puede llegar a conocer bien a un banelatu, pero creo que acertaré si te digo que no permanecerá mucho tiempo aquí.

Casi todos los talantas estaban ya instalados. Las casas eran suficientes para todos. Eso, unido al cansancio que todos acumulaban, hizo que nadie quisiera entrar a discutir por el sitio. Casi todos ellos se conformaban con disponer de un lugar caliente y a salvo del peligro. Por un momento, hasta se hacía raro vivir sin el temor a un ataque sorpresa y sin la amenaza constante

pendiendo sobre cada uno de ellos.

Ixaka y Aner se dirigieron despacio hacia la orilla del lago. Allí se sentaron a la sombra de un sauce llorón cuyas ramas acariciaban la superficie.

—¿Sabes de qué me acuerdo? —dijo Ixaka después de un largo silencio—. De la historia que nos contaste en el clan sobre el Valle de la Luz. Pensé que te lo estabas inventando, pero en realidad te referías a este sitio...

El lago se reflejaba en los ojos de Ixaka, haciéndolos parecer más oscuros. En aquel momento, su cuñado parecía extremadamente joven. Pero un joven que había tenido que crecer deprisa, saltándose la pubertad. Aner rememoró la escena de la que hablaba Ixaka. Es cierto que habló de ese lugar, o de alguno que se le parecía, pero no porque en ese momento creyera que existiera de verdad, sino porque era un sitio del que su padre le había hablado. El lugar en el que se refugiaba en las vacías y solitarias noches de Bankada cuando la oscuridad traía terror y dolor entre sus garras.

—Un sitio soñado —rememoró.

—Un sueño que todos merecíamos.

Poco a poco, al caer la tarde, los alrededores del lago se llenaron de cientos de diminutas luces que competían con las estrellas. Un delicioso aroma a carne asada se repartió por todo aquel paraje. Ixaka tuvo que apretar sus tripas para que no se escucharan sus lamentos. Despacio, los talantas se asomaron a sus puertas y se encaminaron hacia lo alto de la colina, desde donde llegaba un delicioso aroma.

Cerca del castillo, antes de su entrada principal, alguien había dispuesto varias mesas y, sobre ellas, diversas exquisiteces recién preparadas por una mano invisible. Los talantas creían estar viendo alucinaciones. Después de tantos días de penurias y privaciones, aquel despliegue de comida y de bebida más bien parecía fruto de la imaginación.

Aner e Ixaka fueron a buscar a Zarala y Saturene antes de seguir sus propios instintos y de presentarse en la puerta del castillo sin ellas. Subieron despacio. Zarala, después de un sueño reparador y de los cuidados de la vieja banelatu, parecía encontrarse mejor. Sin embargo, comió poco, ya que se sentía sin apetito. Aner, sentado a su lado, la miraba embelesado y ella se sentía sonrojar, como las primeras veces que él la rondó.

Aquella sobremesa no se alargó mucho. Todos tenían ganas de descansar, de dormir sobre algo que no fuera el duro suelo y de hacerlo durante más de dos horas seguidas y sin temor a ser pisoteado por los banelatus.

Tras la cena, el silencio envolvió pronto aquel asentamiento. Las pequeñas lucecitas que revoloteaban por el lago se fueron apagando. Arriba quedaron miles de estrellas como testigo de que, de vez en cuando, algo sale bien en la vida.

Aner abrió los ojos a media noche. A su lado sentía el cuerpo de su esposa ardiendo. Se asustó. Encendió un candil que habían dejado sobre la mesa antes de acostarse. El rostro de Zarala estaba encendido. Sus carrillos tenían color rosado y sus labios hinchados aparecían agrietados. Tocó su frente, aunque no le hacía falta hacerlo para saber que su esposa tenía fiebre. Tragó saliva y fue a buscar unos trapos húmedos para poner sobre su frente.

Saturene se había sentado fuera, muy cerca de la puerta. Contemplaba las estrellas y dibujaba constelaciones con sus dedos. Sonrió con esa sonrisa suya que era tan diferente de la de los talantas, pero una sonrisa al fin y al cabo. Y en silencio se jactó de ser la única banelatu que podía sonreír y mirar las estrellas. Al ver la luz del interior, se levantó despacio y entró sin hacer ruido.

—¿Qué ocurre? —le interrogó a Aner.

—Es Zarala. No se encuentra muy bien.

La vieja banelatu se acercó hasta la cama donde Zarala dormía en un agitado sueño. Su pecho subía y bajaba a gran velocidad y su respiración provocaba un estertor cada vez que inhalaba aire.

—¿Puedes hacer algo?

—No estoy en plena disposición de mis facultades. Cualquier cosa que intentara bien podría matarla. Tú lo sabes.

El talanta se quedó pensativo.

—¿Qué tiene?

—La humedad de las mazmorras de Bankada y su aire viciado son en exceso perjudiciales.

Aner se pasó su mano izquierda por la cara y la frente, apartándose el pelo hacia atrás en un intento por aclarar sus ideas. Era una contrariedad que Zarala estuviera así después de salvar tantos obstáculos. Precisamente ahora que el sol volvía a brillar para ellos.

—¿Crees que Tixaso...? —su pregunta era más bien la expresión de un pensamiento en alto o de un deseo—. Iré a buscarla.

Nada perdía por intentarlo. Afuera la temperatura era templada y la noche tan negra como lo había sido antes la superficie del lago. Con una pequeña lámpara en la mano y, siguiendo su instinto, se aventuró a caminar entre las calles de un pueblo que apenas conocía hasta llegar al castillo. No se había fijado antes, pero su parte sur tenía una fisura en la muralla. Varias piedras habían caído o alguien las había derrumbado y nadie se había encargado de repararla. Apartó de su mente ese recuerdo de otra muralla agrietada que él intentó reparar para contener a los banelatus y que había recordado al verla. Tixaso estaba allí, sentada muy recta sobre una de las piedras, estática, camuflada entre las ruinas. Al sentir la presencia de Aner, se levantó de golpe y le apuntó con la espada.

—Soy Aner —le dijo muy quedamente, a pesar de que sabía que no hacía falta decirlo porque ella podía ver en la oscuridad sin falta de luces.

Tixaso guardó su arma y se colocó enfrente del talanta. A la intermitente luz de la lamparilla, los ojos de la banelatu parecían carecer de pupila y se veían casi redondos.

—Venía a pedirte un favor —dijo sin rodeos.

—¿Un... favor? —replicó ella sin entender a qué se refería.

—Quiero pedirte que hagas algo por mí solo porque te lo pido, sin que yo te deba nada, a no ser otro favor.

—Y ese favor que me quieres pedir, tiene que ver con...

—Zarala. Está enferma y tú puedes curarla.

—Puedo intentar curarla —matizó ella.

—Solo te pido que lo intentes.

Tixaso se quedó en silencio durante un largo rato que Aner no quiso interrumpir.

—Está bien —le dijo la banelatu.

Regresaron en silencio. La banelatu sentía cierta agitación en el hombre que caminaba a su lado. Entraron despacio en la habitación donde descansaba Zarala. Tixaso extendió sus manos sobre la cabeza de Zarala y las mantuvo así durante largo rato. Al cabo de unos instantes, las facciones de Zarala se relajaron. Su respiración se hizo más uniforme y menos agitada. Saturene puso entonces sus manos en los hombros de Tixaso.

—Debes descansar —le dijo. La banelatu había gastado gran energía en su esfuerzo por devolver la salud a Zarala.

Tixaso se apartó. Aner observó el rostro de su mujer y se permitió sonreír. La fiebre había remitido. Zarala abrió los ojos y se encontró con la dulce mirada de su esposo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó este.

—Un poco débil —le dijo.

Las dos banelatus, al ver que Zarala se encontraba mejor, los dejaron solos. Salieron discretamente de la habitación. El talanta incorporó un poco a Zarala y le arregló los almohadones para que pudiera sentarse. Al levantarla, le pareció que su cuerpo era ligero. Aner la tomó de las manos. Las recordó recorriendo su cuerpo y acariciando su cara. Sus dedos finos quedaron protegidos por aquellas manos grandes. Zarala tembló y su esposo la cubrió con la manta.

—Cuando era pequeña —dijo Zarala—, soñé contigo. Te apareciste en mis sueños y hoy no estoy segura de que no seas solo ese sueño.

—Pues no soy un sueño. Estoy aquí, a tu lado. Pronto te pondrás bien y buscaré un lugar en la tierra donde podamos ser felices nosotros y nuestros hijos.

Zarala lo miró con cariño y estiró una de sus manos hacia su cara.

—Aner, aunque no hemos tenido mucho tiempo para estar juntos, quiero que sepas que he sido inmensamente feliz a tu lado.

—Ahora tendremos más tiempo y te prometo que no me separaré nunca más de ti.

—Aner, prométeme que acabarás con los banelatus.

—Aquí estamos bien, en este sitio.

—Tú sabes que esto es solo un sitio provisional. Que tarde o temprano tendréis que marcharos de aquí y que, entonces, lo único que queda es enfrentarse a los banelatus. Prométeme que encontrarás una forma de vencer a esos seres despiadados. Bueno, con excepción de Saturene y de Tixaso.

Aner conocía a Saturene, pero no estaba seguro sobre Tixaso. Ella era y sería siempre una banelatu. Si tenían que luchar, ella estaría en un lado y él en el contrario. Zarala vio la duda marcada en el rostro de su esposo.

—Tixaso no es como ellos, al menos no del todo. Lo he sentido en mi sangre y en mi corazón cuando ha puesto las manos sobre mí. Otros banelatus han puesto las manos para sanarme, pero ninguno del modo en que lo ha hecho ella. No sabría explicarlo muy bien, pero... quizás ella tenga la clave para derrotar a los ban...

Zarala tuvo que callarse ya que un acceso de tos interrumpió sus palabras. La mujer tomó un pañuelo que tenía escondido bajo la manga. Cuando se calmó, ocultó el trozo de tela teñido de rojo a los ojos de Aner.

—Será mejor que descanses.

—Me gustaría hablar con Ixaka —le pidió ella.

Aner la miró sorprendido.

—¿Puedes llamarle?

El corazón de Aner se cubrió de una especie de sombra de tristeza inexplicable. Asintió y salió despacio de la habitación. Ixaka dormía a pierna suelta. Cuando Aner lo despertó, estuvo a punto de enfrentarse con él pensando que se trataba de un personaje de pesadilla de su sueño.

—Zarala pregunta por ti —le dijo.

El nombre de su hermana terminó de despertarlo. Ixaka se puso en pie de un salto. Su pelo estaba revuelto y su rostro reflejaba todo el cansancio que aún no había tenido tiempo de despegar de su cuerpo. Si su hermana pedía verlo a esas horas de la noche, es que algo no iba bien.

—¿Tan grave está?

—Tixaso ha conseguido que la fiebre desaparezca. Pero esa tos se repite con frecuencia. Mañana iré con Saturene a buscar hierbas para tratarla.

Ixaka entró solo en la habitación. Aner se quedó en la puerta. Si hubiera estado más lúcido, se habría dado cuenta de que la entrevista entre Ixaka y Zarala olía a despedida, pero su cabeza estaba ocupada pensando en cómo conseguir que su esposa se recuperara.

Zarala miró con cariño a su hermano cuando este le sonrió y se rascó la cabeza mientras se sentaba a su lado en la cama. Dos hoyuelos aparecieron en sus carrillos. La cara de niño pícaro que ella tan bien recordaba estaba allí de nuevo. Ixaka miró a su hermana. Aparentemente estaba bien y animada. Tenía buen color, al menos lo que la luz de aquella lamparilla permitía apreciar, y respiraba tranquila.

—Siempre has sido un niño consentido, Ixaka. El ojito derecho de nuestros padres.

—No es cierto —protestó con modestia.

—Hay algo en ti que hace que la gente te coja afecto y tú te dejas mimar, debes reconocerlo.

—Supongo que no me habrás hecho venir aquí a estas horas de la noche solo para decirme lo mala persona que soy.

El comentario hizo que Zarala soltara una pequeña risita, breve, espontánea, fresca, muy cerca de la que pertenecía a aquella niña feliz de siete años que un día fue.

—No, lo cierto es que no —y al decir estas palabras se puso más seria—. Ixaka —dijo mirándole a los ojos—. Los banelatus merodean y quieren acabar con nosotros. Nuestras vidas no valen nada para ellos. No te voy a descubrir nada que no sepas ya.

Después de decir esto, se quedó callada. Su hermano no sabía si debía añadir algo o dejar que Zarala continuara y tampoco se le ocurría qué podía comentar.

—Ixaka, sé que me queda poco de vida —Ixaka notó un nudo en su estómago cuando su hermana pronunció estas palabras y apretó todo lo fuerte que pudo su mano derecha—. Hay un par de asuntos que me preocupan y por eso quiero pedirte algo. De hecho, son dos promesas. Quiero que me prometas que ayudarás a Aner a acabar con los banelatus. Es importante que estéis juntos y, por favor, sigue sus consejos en todo momento. A ti a veces te puede demasiado esa vena heroica que tienes.

El joven iba a decir algo, pero ella lo detuvo con su mano.

—Solo prométemelo.

Ixaka accedió.

—Te lo prometo.

Zarala dio un largo suspiro. Sintió que se había quitado un gran peso de encima.

—¿Y qué hay de la otra promesa? —quiso saber él.

—El otro asunto que quiero tratar es sobre nuestro hermano Luar. Ya sabes que entre él y Aner hay... tiranteces. Me gustaría que intentarais localizarlo y, si sigue vivo, que estuvierais juntos. Tendrás que convencer a mi esposo si no quiere ir a buscarlo. Y lo que quiero que me prometas es que no permitirás que Aner y él se peleen por nada. Quiero que Luar entienda que, aunque yo no esté, Aner forma parte de nuestra familia y que Aner comprenda lo mismo. Los dos tienen un carácter muy fuerte y a veces es difícil que quieran ceder. Se que tú puedes hacerlo. Madre y padre nunca te podían negar nada cuando lo pedías.

—Zarala, no hables así. Me estás... asustando.

—Júramelo —le apremió ella, apretando su mano.

—Está bien. Si tan importante es para ti, te lo juro.

—Gracias, hermano. Siento haberte despertado en medio de tu feliz sueño. Ahora ya puedes volver a la cama y dile a Aner que ya puede entrar. Te quiero.

—Yo también te quiero, hermanita. Descansa —le dijo, levantándose y dándole un beso en la frente.

Aner intentó leer en la cara de su cuñado qué era lo que con tanta urgencia su esposa tenía que tratar con él, pero Ixaka pasó a su lado arrastrando los pies y bostezando.

—Creo que me iré a dormir —le dijo.

—¿Estás bien? —se interesó Aner al entrar en la habitación.

—Sí, mi amor.

—¿Quieres que te traiga algo? —se ofreció él.

—No, solo quiero que vengas a mi lado.

Aner se sentó al lado de su esposa. Los dos se acomodaron sobre los almohadones. Él pasó su brazo sobre la espalda de ella y Zarala apoyó su cabeza sobre el pecho de su esposo. Afuera todo estaba tranquilo. En aquella habitación, alumbrados por la pequeña lámpara que lanzaba más sombras que luces, ambos recordaron aquellos primeros días en que se conocieron. Aner reía con los comentarios que hacía Zarala. Era feliz. Respiró el aire de aquel lugar como quiera que se llamara y dio las gracias en silencio al cielo por permitirles poder refugiarse, al menos, durante algún tiempo en aquel sitio fuera del peligro de los banelatus. Besó el cabello de su esposa y cerró los ojos mientras conversaban despacio.

—Pronto amanecerá —dijo ella.

—¿Te acuerdas de aquel día que nos escapamos para ver amanecer?

—Te costó un azote de mi hermano.

—Pero mereció la pena.

—Escapémonos hoy de nuevo.

—¿Estás segura?

—Sentémonos en el porche y esperemos el amanecer.

Aner se levantó sin hacer ruido. Sacó varias mantas y almohadones y los colocó cerca de la pared de la casa. La piedra estaba caliente y la temperatura era templada. Fue a buscar a Zarala y la ayudó a sentarse con la espalda apoyada en la pared. La primera claridad se sintió enseguida. El sol se asomó despacio. Zarala extendió su mano hacia esa claridad. Los primeros rayos se reflejaron sobre su piel.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero? —le dijo Aner.

Ella lo besó fugazmente en los labios y le sonrió. Era una sonrisa tan perfecta, y esos ojos tan brillantes que se clavaron sobre él le hicieron sentirse el hombre más afortunado del mundo. Zarala apoyó la cabeza en su hombro.

—Se está bien aquí, ¿verdad? —le dijo casi al oído.

Aner iba a decir que sí cuando sintió que la mano de Zarala que tenía asida perdía fuerza. Se movió para verle la cara. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa dibujada aún en la boca.

—¡Zarala! —le dijo—. ¡Zarala! —repitió más alto, moviéndola suavemente y después casi zarandeándola. Su cabeza empezó a negar, mientras sus ojos brillaban fruto de unas lágrimas que no terminaban de brotar. Bajó sus manos derrotado y después abrazó fuertemente a su esposa.

»¡Nooooooo! —gritó hasta quedarse ronco. El eco de sus palabras se perdió en la distancia, trayendo solo miseria y derrota. Un frío intenso, cercano a la muerte, amortajó su ser. Se quedó parado para siempre en un invierno impenetrable, duro, gélido. Aner, arrodillado junto a su esposa, con su cuerpo pegado al de ella, no paraba de negar la evidencia, gritándole al sol en silencio que volviera sobre sus pasos para que la vida regresara al cuerpo de Zarala.

Aner sostenía en brazos el cuerpo inerte de su esposa. Varias mujeres se habían ofrecido para preparar el cadáver y esperaban a que se lo entregaran, pero Aner parecía no terminar de decidirse. El joven talanta miraba sin ver aquellos rostros que lo rodeaban. «Es curioso», pensó, «Yo fui a Bankada a rescatar a Zarala y sin embargo son otros los que siguen vivos, mientras que mi esposa ha fallecido». Aner depositó al fin el cuerpo de su mujer sobre la cama. Miró su rostro. En él no se mostraban las huellas de la muerte. Tenía una expresión dulce que la hacía parecer dormida. Sabía que era la última vez que observaría aquella cara hermosa y eso convertía esos momentos en trascendentales.

Ixaka estaba a su lado, desconcertado y roto por el dolor. Su hermana había intuido su final y él no había sido consciente de que las palabras que cruzó con ella a media noche iban a constituir la

última conversación entre ellos. No habían pasado ni siquiera dos horas desde que Zarala dejó de respirar y ya la echaba de menos.

Percatarse de que no tenía nada que ofrecer a su esposa en su despedida no hizo sino agrandar su pena. No había nadie a quien pedir que dirigiera la ceremonia de despedida. No tenía casa propia a la que invitar a los parientes y amigos. No disponía de comida ni de bebida con la que convidar a aquellos que querían compartir su dolor. Si lo pensaba bien, ni siquiera había allí parientes o amigos que lloraran la pérdida de su amada, a excepción de Ixaka. Porque Saturene y Tixaso no contaban, ya que ellas nunca sabrían lo que significaba para un talanta perder a alguien a quien amaran. Tampoco disponía de un trozo de tierra adecuado en el que enterrar a Zarala, aunque, sin pensarlo, se dio cuenta de que ya había elegido el sitio.

Aner dejó atrás la habitación y se encaminó al exterior. Ixaka, que no sabía muy bien qué hacer y que no deseaba ver cómo preparaban a su hermana, lo siguió. Prakagorri y Galtxagorri salieron a su encuentro. El grito de Aner había roto aquella madrugada y no había pasado inadvertido para nadie. Los dos geniecillos se colocaron a su lado.

—Sentimos lo que ha pasado —le dijeron.

—Necesito hablar con Lamin. Quiero pedirle permiso para enterrar a mi esposa.

—Lamin no está —dijo Prakagorri.

—Os ruego que me aviséis cuando vuelva.

—Es que... no sabemos cuándo puede volver.

El talanta asintió varias veces en silencio, valorando la información de la ausencia de Lamin. Después habló y les pidió una pala.

—¿Una pala? —preguntaron a dúo.

—Sí, una pala —contestó.

—¿Una pala? —volvió a preguntar Galtxagorri.

—Sí, ha dicho una pala —repitió Prakagorri.

—¿Y para qué quiere una pala?

—Quiero —Aner carraspeó para llamar su atención—, digo que quiero una pala para cavar una tumba para mi esposa.

—¿Una tumba?

—Sí, una tumba —repitió Aner—. ¿Es que os vais a pasar el rato repitiendo todo lo que diga? Tan solo quiero saber dónde puedo encontrar una pala. Habrá alguna por aquí, supongo.

—No puedes enterrar a tu esposa en esta tierra. Lamin se enfadará.

Aner se encaró con los dos geniecillos.

—Mi esposa ha muerto, debo enterrarla en algún sitio y no voy a salir al bosque para hacerlo y tampoco puedo dejarla sobre la cama hasta que Lamin regrese. Así es que o me traéis esa pala o yo mismo cavaré la fosa con mis propias manos.

—Te traeremos una —dijo con cierta decisión Prakagorri.

—Pero a Lamin no le va a gustar nada —corrigió Galtxagorri.

—Bueno, pero ella nos permitió ayudar a Aner y él quiere una pala. Si nos pregunta, ya le diremos que no sabíamos para qué la quería.

—No nos va a creer.

Los dos geniecillos se alejaron volando y discutiendo sin parar. Aner se volvió entonces hacia su cuñado. A pesar de estar agotado por el inmenso dolor que sentía dentro, no pasó inadvertida para él la expresión marcada en su rostro juvenil.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó Aner.

—Nada —le mintió.

Vistos y no vistos, los geniecillos aparecieron con una pala. Su llegada interrumpió la breve conversación que los dos jóvenes acababan de iniciar. Aner se la puso al hombro y caminó por la orilla del lago. Siguió justo la dirección contraria que habían tomado al llegar. Los sauces llorones movían sus ramas al pasar acompañando su dolor. Tal y como recordaba, un roble alto, de madera fuerte, exhibía con orgullo sus hojas perennes. No sabía por qué, pero le pareció un sitio adecuado para que el cuerpo de Zarala descansara para siempre. Comenzó a cavar con fuerza, arrancando a la tierra sus capas una a una. Trataba de alejar el dolor y la pena agarradas a su alma y a su corazón. Ixaka, que parecía nervioso, por fin se decidió a hablar a Aner.

—Aner, ¿puedo hablar contigo?

El joven se detuvo en sus esfuerzos y miró a su cuñado.

—Quería comentarte —le dijo dubitativo—. Lo que quería decirte es que...

Su cuñado lo miró interrogativamente.

—... que es costumbre de nuestros clanes incinerar a los muertos.

—También es costumbre de vuestros clanes respetar el deseo del marido.

Ixaka bajó la cabeza y se lamentó por la manera en que había abordado el tema. Le dolió la palabra vuestros clanes, porque le recordó la promesa que le había hecho a su hermana de que, pasara lo que pasase, Aner debía comprender que formaba parte de su familia.

Aner se dio cuenta de que había sido duro con sus palabras. No pretendía serlo, pero la muerte

de Zarala lo tenía alterado. Cerró los ojos y apretó la mandíbula. Dejó la pala en el suelo por unos instantes y se acercó a su cuñado.

—Lo siento —se disculpó—. Es mi deseo enterrar a tu hermana aquí. No sé si es lo correcto o no, pero es lo que mi corazón anhela. Deseo tener un sitio al que acudir cuando me encuentre solo, un sitio al que poder ir a visitarla. Un sitio que sea nuestro. Pero he debido escucharte porque, después de todo, eres el hermano de Zarala y espero que solo por ese motivo lo seas también mío. Para siempre.

Los dos cuñados se abrazaron y, por primera vez durante aquellas horas, permitieron que sus lágrimas se vertieran por fin.

—Te ayudaré, si ese es tu deseo —le dijo Ixaka.

Así, entre ambos, cavaron una fosa lo suficientemente profunda para que allí durmiera para siempre Zarala.

Tixaso observaba todo desde una distancia prudencial. Ejercía de espectador que quiere saber, pero sin ser visto. El grito de Aner aquella madrugada había sonado en su interior de forma distinta a cualquier otro grito talanta que antes hubiera escuchado. Desde ese instante, había estudiado todas y cada una de las reacciones de aquellos seres que habían llegado a aquel valle huyendo de Bankada. Y fue consciente por primera vez de que las expresiones de sus rostros tenían que ver con lo que sentían. Hasta ese instante, había creído que las reacciones corporales de los talantas se debían a influjos externos, pero se había dado cuenta de que más bien derivaban de algo que sentían por dentro. Los sucesos externos influían, pero no reaccionaban a ellos, sino a los estímulos que ellos generaban en su interior.

Las acciones de los banelatus, sin embargo, surgían de los estímulos exteriores. «Si nieva», pensó Tixaso, «nos abrigamos más para que nuestro cuerpo no baje de temperatura. Es un simple ejercicio de supervivencia. Si comemos es porque lo necesitamos para vivir, igual que usamos la respiración. Si esclavizamos a los talantas es porque los necesitamos para realizar ciertas tareas y que todo guarde un equilibrio. Para que nosotros, superiores en inteligencia, podamos llevar a cabo nuestro destino. Si matamos a los talantas...». Los pensamientos de Tixaso quedaron suspendidos en el aire. «Si matamos...», se repitió sin encontrar respuesta para eso.

Aner se cortó el pelo tras la muerte de Zarala. La marca del relámpago de la parte posterior de su cuello quedó al descubierto. Sus ojos habían perdido brillo y siempre que podía buscaba la soledad. Visitaba con frecuencia la tumba de su esposa y se quedaba allí durante horas, sentado a la sombra del roble.

El talanta había marcado el lugar donde reposaban los restos mortales de su esposa con piedras blancas. Allí, recostado sobre el tronco del árbol, observaba la actividad que llegaba desde el poblado. Durante las últimas semanas había intentado llenar el dolor que sentía con actividad. Se había implicado en la organización de la vida de los talantas. A alguno de ellos, quienes habían

vivido toda su vida en cautividad, se les hacía imposible realizar actos por propia iniciativa. Tuvieron que aprender a ser libres, pero, para empezar, alguien les tenía que decir qué hacer y cuándo hacerlo. Luego estaban los hombres de Leoiar, soldados y guerreros que no estaban preparados para adaptarse a una vida apartada de su oficio. Si bien todos los días hacían prácticas de luchas, tiro y espada, también tuvieron que aprender a desempeñar otras tareas.

Estaba pensando en esa nueva vida que se abría ante él y que carecía de sentido al no poder compartirla con su esposa cuando vio la silueta de Tixaso que se acercaba desde lejos. Hacía tres días, una quincena de hombres había intentado echarla por la fuerza del Valle de la Luz en un arrebato de furia. Creían que si la entregaban a los banelatus que merodeaban por el bosque, se olvidarían de ellos y los dejarían vivir en paz. Aner, ausente en ese momento, fue avisado por Saturene. Cuando llegó, varios talantas la tenían rodeada otra vez, como ya había pasado durante su huida. Seguramente no hubiera sido necesaria su intervención para que Tixaso saliera airosa. Pero el joven talanta sabía que, si Tixaso se empleaba a fondo, no habría dudado en matarlos. Y, con que solo hubiera muerto uno de ellos, eso habría supuesto una excusa para matar a la banelatu o, al menos, intentarlo. Sin embargo, Tixaso no lo entendió así y le recriminó a Aner su aparición. El talanta, con la espada en la mano, les advirtió de que el que lo volviera a intentar tendría antes que luchar con él.

—¡Marchaos todos! —les dijo—. Y, si alguien aún tiene ganas de linchar a Tixaso, que venga aquí ahora y luche conmigo. Yo le daré una espada.

Poco a poco, todos los talantas se marcharon. Aunque Tirsó no se encontraba entre los agresores, Aner estaba casi seguro de que había sido uno de los instigadores. Tixaso, al pasar a la altura de Aner, le recriminó su ayuda.

—Está bien —le dijo algo enfadado—. Otro día dejaré que te maten. O mejor aún, lo haré yo mismo.

Acercándose al roble, la banelatu recordaba esas palabras cuyo significado no había llegado a comprender del todo. Cuando se lo comentó a Saturene, esta le explicó que los talantas a veces dicen la verdad, otras veces solo intentan ser irónicos y justamente quieren decir lo contrario de lo que esas palabras significan.

Tixaso llevaba un pequeño ramo de flores en la mano. Al llegar debajo del roble, las depositó sobre la tumba de Zarala. Había cogido la costumbre de hacerlo. Solo que hasta ese momento siempre lo había hecho cuando Aner no se encontraba allí. La banelatu se sentó cerca de él.

—Yankel ha llegado —le informó.

—Tarde o temprano tenía que suceder. ¿Crees que será capaz de encontrar la entrada al valle?

—Creo que es capaz de hacerlo —contestó ella con la brevedad de siempre—, aunque espero que la magia que protege este lugar se lo impida.

—Que Yankel esté cerca complica nuestra salida.

Tixaso lo sabía. Llevaba días dándole vueltas en su cabeza. Era hora de regresar junto a Maore

y contarle toda la información que había recogido. Sabía que el propio Maore estaba en peligro. Pero que Yankel estuviera tan cerca significaba que había que estudiar bien todos los movimientos. No solo para poder salir del bosque indemne, sino también para que ningún banelatu descubriera por dónde habían desaparecido los talantas. La banelatu miró a Aner. No habían hablado desde el incidente con los talantas que querían lincharla. Sus ojos se cruzaron. Ninguno de los dos desvió la mirada.

—Todavía no te he dado las gracias por lo que hiciste por Zarala —le dijo Aner.

Cuando Zarala murió, Aner culpó durante varios días a Tixaso por no haber hecho lo suficiente por ella. Pero, poco a poco, esas dudas habían ido disipándose. Ahora se daba cuenta de que, sin los cuidados de Tixaso, su mujer habría caído en un estado febril que le habría impedido despedirse de Ixaka y de él.

—No pude salvarla como era tu deseo.

—Te pedí que lo intentaras y lo hiciste. Ni siquiera los banelatus podéis librar de la muerte a quien ya pertenece a ella. Eso es lo que me enseñó Saturene. Pero, aunque no la salvaste, hiciste que los síntomas remitieran y muriera sin dolor.

—Fue, ¿cómo decís vosotros?... un placer.

—¿Dices que fue un placer por copiar nuestra expresión o porque verdaderamente lo sientes?

—¿Lo siento?

—Quiero decir, si lo notas dentro de ti, en tu corazón.

—En mi corazón no noto nada. Solo bombea sangre.

—Entonces, me alegro. Sigues siendo una banelatu de pies a cabeza. Por un momento he pensado que se te podía haber contagiado algo de nosotros.

—Estás siendo irónico —le dijo, reconociendo el tonillo de voz que había usado después del incidente en el que habían intentado lincharla.

Sus miradas volvieron a unirse. Aner sonrió. Era la primera vez que lo hacía tras la muerte de su esposa. Tixaso notó algo en el estómago, como si sobre él bailaran mariposas y su corazón se aceleró. Desvió la mirada hacia el lago y después volvió a mirarle. Él seguía observándola.

—Creo que te sienta bien la vida al aire libre sin esa caretesa. Tu cara ya no tiene ese color níveo que te hacía parecer un fantasma. Incluso tus ojos parecen tener vida.

En un acto reflejo, Tixaso se tocó la cara.

—¿Se trata de un... cumplido, Aner Bortu?

—Digamos que sí, aunque no estoy seguro de que lo que acabo de decir sea un cumplido para una banelatu.

—Eres malvado, orgulloso, engreído y maleducado —recitó de golpe ella.

—¡Vaya! Me dejas asombrado. Nunca creí que fueras capaz de describir lo que ves y lo que percibes. Ten cuidado o llegaré a creer que puedes pensar como uno de nosotros.

—Ni en sueños, Aner. Ni en tus sueños más imposibles.

Tixaso se levantó y lo miró desde arriba. Aner sonreía divertido. Le gustaba tomarle el pelo a Tixaso. Al menos a ella se lo podía hacer sin recibir una herida a cambio. Con Sadoc no le había funcionado.

—¿Cómo escapaste de Bankada? —le preguntó de repente ella, volviendo a sentarse y usando un estilo práctico y más informal.

—Tú lo sabes. Estabas allí conmigo.

—No me refiero a esta vez, sino a la anterior.

—¿Cómo sabes que hubo una anterior?

—Saturene me lo contó.

El gesto del talanta se tornó serio y reflexivo. Su mirada se perdió dentro, en la lejanía de unos recuerdos de un pasado doloroso. Se sintió caer a un pozo sin fondo y casi le dio vértigo asomarse a ese episodio de su pasado.

—Supongo que fue suerte —dijo al fin—. Igual que escapé, pude haber muerto.

—No creo en la suerte. Tú llamas suerte a lo que yo reconozco como causalidad y habilidad.

—Yo llamo suerte a ese añadido que debe juntarse con la causalidad y la habilidad y que también cuenta.

—Te gusta enredarme con las palabras.

—¿Acaso no eres tan hábil con las palabras como con las armas?

—No necesito serlo, pero podría llegar a ser tan hábil o más que ningún otro banelatu si me escogen para ese trabajo y estudio para ello. De todas formas, no quiero discutir sobre eso, solo quiero saber cómo saliste de Bankada.

—¿Quieres saber si fui capaz de burlar a Sadoc? ¿Por qué?

—¡Aner!

El talanta hizo una mueca divertida antes de comenzar su relato.

—Había crecido lo suficiente como para que mis ojos llegaran a la altura de los ojos del suprem. Su mirada helaba el alma. Aun así, me obligaba a mirarle, diciéndome en cada instante

que nuestros ojos se cruzaban que algún día sería capaz de vengar la muerte de mi padre. Saturene se había esforzado mucho por enseñarme. Creo que de tanto estar conmigo me había tomado cierto aprecio, quizás incluso hasta cariño, si es que un banelatu puede ser capaz de sentir algo así. Ella me enseñó todo lo que sabía referente a hierbas, pociones, cultura, escritura, ciencia... Me enseñó a conocer mi cuerpo y a dominarlo, a sacrificarme y a entrenarme; incluso llegué a controlar de alguna manera la energía de mi cuerpo para que no pudieran arrebatármela. Saturene tenía miedo de que Sadoc hiciera conmigo lo mismo que había hecho con mi padre. A pesar de todas sus enseñanzas y esfuerzos, lo que nunca pudo hacer por mí fue evitar que tras los enfrentamientos con Sadoc quedara al borde de la muerte.

»El propio Sadoc, si tenía tiempo, sanaba mis heridas. El proceso era rápido y doloroso. Me gustaba más cuando era Saturene quien lo hacía. Tardaba más, pero el dolor era más tenue, más cálido. Susurraba palabras suaves cerca de mis oídos que lograban que me separara de mi propio dolor. Sentía que podía salir de mi propio cuerpo mientras lo sanaba. Supongo que todo era producto de mi imaginación y de los brebajes que preparaba Saturene.

»Ella y yo sabíamos que, si Sadoc continuaba con lo que él llamaba mis entrenamientos, acabaría matándome. Así que, simplemente, dejé que pasara. Aquel día recuerdo que hubo tormenta por la mañana. El cielo estaba grisáceo y el ambiente pesado. El entrenamiento empezó como siempre. Dejé que todo pareciera igual. Después, tan solo me quedé tirado en el suelo, muy quieto. Solo tuve que hacer que mi corazón latiera muy despacio, tan despacio que era como si ya no latiera. Supongo que Sadoc aceptó algo que sabía que tarde o temprano pasaría. Se había divertido, me había hecho sufrir, pero yo era un talanta.

—¿Saturene te permitió llevar a cabo ese plan? Sadoc se podía haber dado cuenta...

—No le dije nada a Saturene. Si Sadoc se daba cuenta de que estaba vivo, tan solo volvería a curarme y, si me creía muerto, nunca podría percibir en Saturene lo que planeaba. Sin embargo, Saturene estuvo a punto de estropearlo. Estaba tan sorprendida y creo que un poco apenada que pidió al suprem que le dejara quemar mi cuerpo. Tuve suerte de que Sadoc no se lo concediera. Si no, a buen seguro que estaría muerto de verdad. Sadoc dispuso que mi cadáver fuera echado en el vertedero. Así salí de la ciudad. Si lo miramos bien, no tuve ni que escaparme, fue el propio suprem el que me abrió la puerta de su ciudad. No era una gran puerta, pero a mí me pareció la más grande que había visto en mi vida.

—¿Y Saturene? ¿Supo que no estabas muerto?

—Sí. Al final consiguió que Sadoc le permitiera llevarse mi cuerpo y ser ella misma la encargada de prepararme para el trance. Me llevó a sus estancias, me lavó, me peinó y me susurró palabras al oído. Tenías que haber visto su cara cuando la agarré por la muñeca y abrí los ojos. Fue difícil separarnos, nos habíamos tomado cariño y nos entendíamos, pero ella comprendió que debía irme. Estuvo presente cuando Sadoc me arrojó a la basura. Así escapé de Bankada, adonde juré no volver más. Y, ya ves, he roto mi juramento.

—Zarala era una buena causa para romper tu juramento.

—Por supuesto que lo era. Y lo volvería a hacer aunque no haya servido para nada.

—Zarala murió en tus brazos, en los brazos de quien amaba... —Tixaso dejó la frase en suspenso.

Capítulo XXIV

El Valle de la Luz

Yankel había hecho formar a todos los banelatus en una fila muy cerca del bosque. Estaba convencido de que aquellos que tenía enfrente carecían de verdadero honor banelatu y de que todos eran unos perfectos inútiles; la deshonra de su raza. Montado con la espalda muy recta sobre su olano, se paseaba de arriba abajo observando a cada uno de ellos en busca del más débil.

Su olano era alto, fuerte, de patas tan poderosas que arrancaban la hierba en cada paso. Yankel se había interpuesto entre el sol y uno de los soldados. Todavía esperaba una explicación convincente que le aclarara por qué uno de los mejores rastreadores de Bankada había perdido el rastro de unos talantas mediocres. Se olvidó del más débil. Quería al rastreador. Yankel desmontó de un salto y se plantó delante de él. Le pasaba casi una cabeza. Su presencia eclipsó el sol para el rastreador. Yankel puso su mano izquierda en forma de cuenco. De ella salió una pequeña esfera de energía que posó sobre su espada. Invitó al rastreador a hacer lo mismo. La espada salió de su funda y produjo un sonido sibilante. Resplandeció bajo los rayos de sol que se posaron sobre ella, aunque el brillo fue efímero. Yankel asestó el primer golpe que el otro paró a tiempo. El combate fue breve. El silencio pareció más denso cuando el rastreador cayó desplomado al suelo. La espada de Yankel le atravesó el vientre de lado a lado.

—¡Curadlo! —dijo el líder sin referirse a nadie en particular—. Él se adentró en el bosque. Dio varios pasos y se agachó. Cogió unas hojas secas y se las llevó a la nariz. Con la mirada buscó el rastro, un rastro que se había desvanecido en el aire.

»Peinad el bosque —les dijo al centenar de banelatus que le habían seguido desde el norte.

Alots asumió el mando mientras el líder se dirigía adonde esperaban los soldados que habían perdido a los talantas. Se enfrentó a ellos, uno a uno, sin que ninguno de ellos se librara. Cuatro banelatus murieron aquella tarde y varios más quedaron mutilados. Ellos mismos se dieron muerte clavándose una daga en el corazón.

Lamin apareció en la puerta de la casa que ocupaba Aner. El joven talanta levantó el rostro de los papeles que tenía desplegados sobre la mesa y la miró entre curioso y asombrado. Tenía un rostro bello, de finas facciones, con unos rasgos proporcionados. Una nariz fina y delgada partía en dos su cara perfectamente simétrica. Sus finos y largos cabellos parecían atrapar la luz del sol en ellos. Una larga falda blanca caía hasta los pies. Al advertirlo, sintió cierta grima al pensar que debajo de ella se escondían unas piernas semejantes a las de una gallina.

—No debiste enterrar a Zarala en este lugar.

Aner se quedó en silencio, a expensas de sus propios sentimientos que iban desde la lealtad que sentía hacia su esposa hasta el agradecimiento a Lamin por permitirles permanecer en su valle. Se

esforzó por buscar las palabras adecuadas, pero tampoco encontró un argumento lo suficientemente convincente.

—No tuve otro remedio —dijo al fin—. Y tú no estabas aquí para consultarte.

—Yo poseo este lugar, lo domino y pongo las reglas. Todo lo que aquí ocurre tiene un precio. Todo, Aner. ¿Lo entiendes?

Sus palabras sonaron desconcertantes.

—Tu osadía —prosiguió ella sin dejar que Aner interviniera— debe ser castigada. Nunca podrás amar a otra mujer talanta y ser correspondido.

El joven la miró. En su cara había una inexplicable mezcla de bondad y crueldad. Por un momento, le pareció que se iba a arrepentir de lo que le acababa de decir, pero el momento pasó.

—¿Es todo? —le preguntó él en un tono distante y arisco, levantándose. Lo que acababa de decirle constituía la menor de sus preocupaciones en esos momentos. Con Yankel tan cerca y Sadoc enfurecido, iba a necesitar más que suerte para seguir con vida. Una vida que se empeñaría en alargar solo para vengar la muerte de su esposa. Después..., el después ya no tenía sentido sin ella y en esos instantes sentía que nunca podría amar a ninguna otra mujer después de Zarala. Por lo que su maldición no le importaba lo más mínimo.

Lamin salió de la casa, dejando tras ella un rastro de aroma a flores. Aner miró hacia la puerta durante un buen rato más.

Se había acostumbrado a darse grandes caminatas. Los talantas la evitaban y ella estaba demasiado acostumbrada a vivir en solitario. Acababa de tomarse una infusión de manzanilla —según tenía molestias en su estómago—, pero no había tenido ningún efecto. Sobre una roca, observaba el sol en su descenso por occidente. De su bolsillo sacó los imanes que había sustraído de los aposentos del suprem. Los miró con curiosidad y jugueteó con ellos. El viento le llevó retazos de una conversación. Se guardó los imanes y se encaminó hacia el lugar del que provenía la conversación.

Una mujer reía, mientras las palabras de un hombre llegaban entrecortadas hasta sus oídos. Aun así pudo reconocer la voz de Ixaka. Se acercó con curiosidad. Desde detrás de un árbol espió a los jóvenes. Los ojos de Ixaka brillaban y en sus mejillas se podían apreciar unos hoyuelos que se formaban cuando sonreía. Tixaso había observado que las mujeres talantas tenían una forma especial de mirar al joven. La misma forma con que Zarala miraba a Aner.

Ixaka puso su mano sobre el cuello de la mujer y lo acarició con suavidad. Ella cerró los ojos. Ixaka se apretó más junto a ella y la estrechó entre sus brazos, luego buscó sus labios y se fundieron en un largo y profundo abrazo.

Tixaso se alejó despacio. Miró hacia atrás una vez más y se fue en busca del sol, corriendo hacia él. Sin darse cuenta, se vio pensando en Aner e imaginó su sonrisa dibujada entre las nubes

rosadas del atardecer. Regresó cuando las últimas luces bañaban la superficie de la tierra. Ixaka estaba sentado en la puerta de la casa. Al pasar, la saludó. Tixaso se sentó a su lado.

—¿Cómo es cuando os apareáis? —le preguntó ella a bocajarro, sin utilizar el permiso señalando con el dedo, ya que a un esclavo no se le pedía permiso para hablarle, este rito solo es utilizado entre banelatus. Aunque ella misma hubiera hecho una excepción con Aner.

—¿Nos apareamos? Lo dices como si fuéramos animales —le contestó Ixaka ofendido—. Nosotros no nos apareamos como los animales. Nosotros amamos, pero supongo que tú no sabes a qué me refiero.

—Te he visto con esa chica.

—No me he apareado con ella, si es eso a lo que te refieres. Quizás lo haga, no digo que no quiera hacerlo. Me refiero a hacerle el amor durante toda la noche y tenerla entre los brazos y desnudarla... —dejó caer sus palabras. Pensaba en alto. Observó a Tixaso que lo miraba con esa cara suya inexpresiva—, pero de momento no lo he hecho —sentenció. Y al hacerlo se sintió raro por comentar eso con alguien que no podría entenderle—. ¿Sabes lo que es estar enamorada?

—¿E-na-mo-ra-da? —repitió ella, silabeando.

Ixaka se rio divertido.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Aner que entonces asomaba la cabeza por la puerta.

—Tixaso quiere saber cómo nos apareamos y qué es estar enamorado —dijo Ixaka—. Anda, explícaselo tú. Yo voy a ver si Saturene ha terminado de hacer la cena. Tengo hambre.

—Pensaba que estabas enamorado y eso quita el hambre —le gritó su cuñado mientras lo veía desaparecer hacia el interior de la casa.

Aner sintió la mirada de Tixaso clavada en él. La banelatu no dijo nada, pero él sabía cuándo esperaba una respuesta.

—¿Has estado enamorado, Aner?

Los labios de Aner esbozaron una pequeña sonrisa al recordar.

—Cuando estás enamorado, se te quita el apetito y sientes bailar mariposas en el estómago cuando estás cerca de la persona a la que amas. A veces estás tan feliz que ríes a carcajadas aunque no haya nada gracioso de lo que reírse, otras veces lloras y sufres, cuentas las horas que faltan para veros y los días se hacen eternos cuando estás alejado de ella. Sientes que la vida sin la otra persona no tiene sentido, buscas con frecuencia su compañía y subes hasta el cielo si consigues que te dé un beso.

Su mirada, que había estado bañándose en un dulce recuerdo, regresó y se posó sobre los ojos de Tixaso.

—Y no me preguntes cómo nos apareamos. Eso, si quieres averiguarlo, tendrás que experimentarlo, porque no se puede explicar con palabras.

Con las primeras luces del día, Aner se levantó y se dirigió a los establos. Su-elur pareció contento de verlo, puesto que inició una danza con sus patas delanteras. Era un caballo brioso. Llevaba el fuego tatuado en su brillante pelaje blanco y suave. Aner le pasó el cepillo por el lomo. Él se lo agradeció, apoyando su cabeza en su hombro y, a continuación, le golpeó la cabeza.

—Ten paciencia —le dijo Aner—. Ahora saldremos a cabalgar. Ten paciencia —le repitió.

Aner, conscientemente, dejó correr el tiempo. Lo ensilló despacio y lo sacó de los establos. El joven se subió, se inclinó hacia delante y le susurró una orden al oído.

—Despacio, Su-elur, despacio.

El caballo, mansamente, siguió las indicaciones, a pesar de que quería salir al galope. Aner lo contuvo con su cuerpo y sus palabras.

—Ahora, más deprisa.

Su-elur comenzó a trotar cada vez más y más deprisa hasta que inició una carrera veloz. Aner, sobre él, apretó la mandíbula e inclinó su cuerpo hacia el cuello del animal. Tixaso vio salir a Aner. Su corazón se aceleró al verle. Miró su manera de andar y cómo se montaba sobre su caballo. En el horizonte, sobre el que despertaba el sol, jinete y animal formaban una bella estampa. La banelatu inclinó la cabeza hacia la izquierda, sus ojos y sus labios se movieron como reflejo de lo que su corazón sentía en ese momento. Fue la primera sonrisa de Tixaso, aunque ella, en ese momento, no se dio cuenta.

Aner y Su-elur transmitían una gran sensación de libertad. El talanta cabalgaba seguro sobre él, dándole instrucciones con cada movimiento de su cuerpo y con cada palabra. Repitiendo una y otra vez las órdenes. Aner no solo cabalgaba sobre su caballo. Lo entrenaba para el asalto, lo preparaba para el combate. Tixaso se llevó la mano derecha al estómago. Otra vez esa sensación. Empezaba a pensar que tenía alguna enfermedad grave en ese órgano ya que ni las infusiones que se preparaba ni la energía que ella misma se transmitía a través de sus manos funcionaban. Entonces unas palabras escuchadas no hacía mucho llegaron hasta su cabeza. «Cuando te enamoras, sientes mariposas en el estómago...». Miró de nuevo hacia Aner. Parecía disfrutar sobre su caballo y deseó estar allí junto a él. «Los banelatus no nos enamoramos», se encontró diciéndose a sí misma mientras intentaba calmar los latidos vertiginosos de su corazón. Aner desapareció por unos instantes de su vista y ella se cambió de sitio para no perderse ningún detalle de lo que él hacía. Se desplazó entre los árboles, apartando las ramas con las manos, avanzando con rapidez. Las ramas, al soltarse, daban sobre su cara y sintió... dolor. ¿Era eso el dolor? Nunca había sentido dolor.

Su cabeza empezó a negar reiteradamente y se llevó la mano a la parte trasera del cuello y recordó el momento en que le preguntó a Aner si podía enseñarle las palabras prohibidas. «Puedo hacer algo más», había dicho él, «puedo hacer que las recuerdes». Tixaso, en pie, entre las

frondosas ramas de los árboles que escondían su figura, se colocó la caretesa y salió a la carrera hacia la casa de Aner.

A Su-elur y a Aner les había sentado muy bien la carrera matutina. El talanta desensilló su caballo, le palmeó la grupa y dejó que pastara por su cuenta. Se remangó la camisa y se dirigió a la parte de atrás de la casa donde había una gran cuba en la que se recogía el agua de la lluvia. Se lavó con ella la cara, la cabeza y los brazos. Más tarde se bañaría en el lago, pero eso sería después de darse el gustazo de un buen desayuno. Saturene había encendido fuego y horneaba el pan.

—¿No te han dicho nunca que deberías descansar más? —le preguntó la vieja banelatu.

—Si me lo han dicho, no lo recuerdo —le comentó él, llevándose un pedazo de carne a la boca.

La puerta se abrió de golpe y sobre el umbral quedó recortada una silueta amenazante que portaba una espada.

—¿Qué me has hecho? —preguntó Tixaso acercándose a Aner.

La punta de su espada señalaba directamente al corazón del talanta. Aner, sin comprender qué ocurría, dejó de masticar y se tragó el trozo de carne que tenía en la boca. Tuvo que hacer fuerza extra para que pasara.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Te repetiré la pregunta. ¿Qué me has hecho, Aner?

Tixaso había utilizado un tono más enérgico, cercano al grito. Ixaka, recién levantado, se asomó por la cocina preguntándose qué ocurría. Cuando vio a Tixaso apuntando con la punta de su espada al corazón de Aner, a menos de un palmo de distancia, se quedó paralizado.

—No sé a qué te refieres. Si has tenido algún problema con el resto de talantas, lo podemos arreglar, ya les dije que...

—Solo tengo problemas con un talanta y ese talanta eres tú.

—Entonces dime qué es lo que ocurre.

—No me estás tomando en serio.

Saturene intentó intervenir, pero lo único que logró fue que la banelatu pareciera más empeñada en su empeño.

—Salid los dos —les conminó a Saturene y a Ixaka.

Aner asintió.

Ixaka no se movió hasta tener la confirmación verbal de Aner.

—Sí, id.

Los dos, temerosos aunque obedientes, se dirigieron a la puerta.

—Cierra la puerta —le pidió a Ixaka.

—¿Estás seguro? —le preguntó su cuñado que empezaba a preocuparse de verdad.

—Sí, esperad fuera.

Aner aguardó hasta escuchar el sonido de la puerta al cerrarse y entonces dirigió su mirada hacia Tixaso. Su pelo mojado y despeinado no hacían sino añadir atractivo a su figura y eso no se lo ponía muy fácil a la banelatu. Su brazo derecho, recto y estirado, amenazaba aún al talanta. Movi6 su muñeca, pero no relaj6 la guardia.

—¿Quieres sentarte y hablar? —le dijo Aner.

—No. Solo quiero que contestes a mi pregunta.

—Lo haría si me explicaras un poco más sobre qué estamos hablando.

—Cuando te pedí que me revelaras las palabras prohibidas, me dijiste que podías hacer algo más. Me dijiste que podías hacer que las recordara.

El talanta la miró con cara de interrogación, pero no se atrevió a decir nada hasta averiguar por qué a Tixaso ese episodio le había causado esa extraña reacción justo en ese instante.

—Pero lo que no me dijiste es que iba a sentir lo que esas palabras significaban.

Lo que la banelatu había dicho propagó un denso silencio por la casa. Por un instante, los dos fueron conscientes de lo que eso significaba.

Aner comprendió que los banelatus, después de todo, podían ser vulnerables. Quizás sí hubiera una forma de derrotarles, una forma de hacerles sentir dolor. Si Tixaso sentía lo que esas palabras significaban..., seguramente el resto de su raza también lo podría sentir. Lo difícil sería acceder a cada uno de ellos para tocar su cuello y poner los dedos en los lugares adecuados. El talanta, que se había dejado llevar por la revelación, volvió a posar su mirada sobre la cara de Tixaso, cubierta por la caretesa. La banelatu comprendió que tenía delante al único talanta que guardaba en su mano el poder de vencer a los banelatus. «No digo que algunos no se lo merezcan», pensó Tixaso, «pero Aner se ha convertido en un peligro para mi raza. Mi deber de banelatu es matarlo ahora mismo. Solo tengo que empujar unos palmos mi espada».

—Aner Bortu, eres una amenaza para mi gente. Una amenaza que no nos podemos permitir —

Tixaso hizo ademán de levantar la espada.

—¡Espera! —le pidió él en el último momento—. Al menos déjame defenderme. Es lo justo y me lo debes —le dijo, dejando al descubierto la cicatriz de su frente.

El silencio recogió la petición de Aner. Un silencio que chocó con las paredes de la habitación. Tixaso tardó en hablar.

—Coge tu espada —dijo al fin.

Cuando los dos salieron fuera, Ixaka se acercó a ellos, preguntándoles qué era lo que había ocurrido.

—Aún no hemos acabado —dijo la banelatu dirigiéndose a una llanura lo suficientemente amplia para batirse. Ixaka y Saturene los siguieron con curiosidad. Antes de comenzar, Aner se paró delante de la banelatu para hablar con ella. La joven banelatu tenía muy cerca el cuerpo de Aner, tanto que podía sentir el ritmo de su respiración y el palpito de su corazón.

—Cuando dos banelatus se enfrentan en duelo, el que ha retado elige una de las tres modalidades de enfrentamiento. ¿Cuál eliges? —le preguntó él.

—Ninguna. Quiero un combate sin reglas.

—Entiendo —contestó él, subiendo su mano hacia la cara de Tixaso. Le quitó la caretesa y la dejó caer sobre el suelo. Ella notó un cosquilleo que recorrió todo su cuerpo—. Quiero verte la cara cuando te hiera.

—Nunca, Aner Bortu, conseguirás herirme.

Cuando Ixaka los vio colocarse en posición de enfrentamiento, creyó que simplemente iban a hacer un entrenamiento, pero pronto se dio cuenta de lo equivocado que estaba. Los golpes y la manera de luchar no eran los propios de un entrenamiento. Esos dos iban en serio.

—¡Basta! —les gritó—. ¿Es que os habéis vuelto locos? Saturene, haz algo —le pidió a la vieja banelatu cuando vio la primera herida en el brazo de Aner.

La afiladísima espada de Tixaso le había rozado lo suficiente para provocarle una herida en su brazo derecho. Superficial, en principio, aunque ninguna herida banelatu era superficial. Las espadas chocaron en lo alto y se produjo un sonido agudo y metálico prolongado. Aner empujó a Tixaso y el contacto desapareció, pero pronto se restableció la lucha. Ixaka se llevaba las manos a la cabeza mientras intentaba por todos los medios separarlos aun a costa de exponerse a recibir un toque él mismo. Al ver que no lograba nada y que los dos seguían luchando, como si en ello se les fuera la vida, se dirigió hacia Saturene. La vieja banelatu observaba sin decir nada. Se rascó la barbilla.

—Mmmm —es lo único que dijo.

—Saturene, ¿puedes explicarme a qué viene todo esto y pedirles que dejen de luchar?

La espada de Aner rozó el hombro de Tixaso. Al hacerlo, esta frunció el entrecejo.

—¡Tensaloo! —gritó Saturene de repente.

Ninguno hizo caso a su palabra.

—¡Tensaloo! —volvió a gritar, situándose en medio de los dos. La espada de Aner pasó tan cerca de su cabeza que le cortó un mechón de pelo sin querer.

—¡Tensaloo! —gritó por tercera vez.

Las espadas dejaron de luchar y, por primera vez, los dos contrincantes miraron algo que no era el rival o su espada y prestaron atención a la vieja de pelo rojo.

Ixaka no tenía ni idea de lo que esa palabra significaba, pero bendita era si había conseguido que los dos dejaran de intentar matarse. Tixaso posó su mirada en Aner, luego miró a Saturene y se alejó de allí. Su hombro derecho sangraba. Aner fue a decir algo, pero Saturene le cortó la idea con un gesto de su brazo izquierdo

—Ahora no, Aner. Entra y deja que mire esa herida.

El talanta se sentó en una silla en la cocina. Olía a pan quemado. Ixaka lo retiró del horno donde se cocía y comenzó a retirar las partes abrasadas con un cuchillo. Mientras, miraba de reojo a Aner y a Saturene. La vieja banelatu procedió con delicadeza a limpiar muy bien la herida de su brazo. Era un corte limpio y poco profundo, pero habría que tratarlo para que no se infectara y cicatrizara bien. En un acto reflejo, con su mano izquierda, Aner se echó para atrás el pelo de la frente. Saturene se fijó entonces en ella. Sus ojos se pusieron redondos de pronto y tomó con fuerza la barbilla del talanta.

—¡Por todos los banelatus inmortales! —exclamó de pronto ella—. Dime que esta cicatriz no tiene nada que ver con un adiuSTEM.

—Esta cicatriz no tiene nada que ver con un adiuSTEM —repitió Aner.

—¡Mientes tan mal que me dan ganas de sacudirte!

—Solo hago lo que tú me has pedido.

—No pretendas ser sarcástico conmigo, no te va a funcionar. ¿Quién es el banelatu con el que has cometido esta atrocidad?

—Ella fue la que me lo propuso.

—Y tú, ingenuo, aceptaste.

—¿Qué querías que hiciera? Estaba en sus manos.

—Un adiuSTEM nunca puede ser coercitivo. Si lo es para alguno de los dos, puede llegar a ocasionar la muerte. Y yo os he visto a los dos muy vivos.

Aner se encogió de hombros. Saturene terminó de curarle la herida y le preparó algo de comer. Aner se había quedado sin apetito. Salió fuera de la casa. Oteó el horizonte en busca de Tixaso. Su figura se había perdido entre las tenues luces del amanecer. No había rastro de ella. Se quedó quieto, con el sol como único testigo.

Ixaka no desperdició el desayuno. Aquella mañana se había levantado con hambre. Se comió su parte y la de su cuñado.

—¿Qué significado tiene la palabra Tensalao? —le preguntó a Saturene entre bocado y bocado.

La vieja banelatu se sentó. Parecía abatida. Vio en aquel talanta bondad, inquietud y fortaleza. Y la misma determinación en su mirada que un día descubrió en Aner. Una mirada que podía cambiar del odio más ensangrentado cuando se enfrentaba a un enemigo a la más dulce ternura cuando miraba a una mujer.

—Cuando entre dos banelatus surgen desavenencias, pueden decidir resolverlo en un duelo a muerte. Si ocurre eso, otro banelatu puede convertirse en una especie de árbitro entre los dos. Eso es lo que llamamos tensalao. Existe una especie de deuda de honor hacia ese tercer banelatu que se ha prestado a intervenir para solucionar aquello que ambos tienen pendiente. Normalmente suelen aceptarlo. Aunque la mayoría de las veces se soluciona el problema sin llegar a tener que usar las espadas, en algunas ocasiones, lo único que se consigue es retrasar el duelo.

Ixaka se quedó pensativo. Si Saturene no hubiera intervenido, uno de los dos no estaría ya vivo. Y ese alguien, probablemente, sería Aner.

—¿Qué problema tan grave puede haber entre los dos como para llegar a ese extremo?

—Eso es lo que voy a intentar averiguar —dijo la vieja banelatu, levantándose y apoyándose en el hombro del joven.

—¿No dejarás que se maten, verdad?

Saturene palmeó dos veces la espalda de Ixaka.

—Intentaré hablar con Tixaso —le dijo al mismo tiempo—, ella es la que ha comenzado todo esto.

Por primera vez en su vida, Tixaso se sentía confusa. Había recorrido la orilla del lago y se había sentado al otro lado. La negrura de aquellas aguas reflejaba muy bien el vacío en el que se encontraba suspendida. La imagen de Aner volvía una y otra vez a su cabeza. Sentía deseos de matarlo y, al momento, unas ganas terribles de que la cogiera entre sus brazos como había visto hacer a Ixaka con aquella talanta. Su mano izquierda sostenía la caretesa y temblaba igual que su labio inferior. Su mano derecha sujetaba aún con fuerza la espada en la que todavía se veían los restos de sangre de él. Dejó caer la caretesa y pasó con cuidado su dedo índice izquierdo sobre esa parte. Su yema se quedó impregnada de rojo. Se llevó la mano a la cara. Sus mejillas estaban mojadas. Se extrañó por ello. Y se asustó al comprobar que eran lágrimas. Ella nunca había

llorado ni siquiera sabía que podía hacerlo. Los sentimientos que nunca había tenido, que nunca poseyó, se escapaban ahora por todos los poros de su cuerpo. Ni siquiera el duro entrenamiento banelatu al que había sido sometida durante toda su vida parecía ser capaz de conseguir que dominara lo que su cuerpo notaba.

Pasó largo tiempo antes de que Tixaso consiguiera su objetivo. Al final, la banelatu que llevaba dentro se impuso. Lo peor de aquel arrebato había pasado y se prometió a sí misma que nunca iba a dejar que ocurriera otra vez. Pero había algo que debía arreglar. Todavía no sabía qué hacer con Aner. Había mucho que pensar.

Cuando Saturene llegó, Tixaso había recobrado su compostura. La encontró sentada sin moverse, con su semblante hierático y sin apenas pestañear. No se movió cuando la vieja banelatu se colocó a su lado.

—Además del adiestramiento, ¿hay algo más entre vosotros que debería saber?

Los ojos de Tixaso estaban fijos en el lago. La intensa luz que reflejaba su superficie incidía sobre sus pupilas e iluminaba su rostro. La careta descansaba a su izquierda y la espada estaba recogida dentro de su funda. Tixaso no respondió.

—Tixaso —le dijo Saturene—, ¿qué es lo que te ha llevado a retar a muerte a Aner?

—Sabe demasiadas cosas sobre nosotros. Es peligroso para nuestra raza.

—¿En qué sentido?

—Creo que ha encontrado la forma de dominar a un banelatu.

—Aner ha matado a algún que otro banelatu, pero no es el único talanta que lo ha hecho.

—No me refiero al hecho de conseguir una o dos victorias sobre fuerzas mal entrenadas y peor dirigidas o sobre grupos que los minusvaloran. Me refiero al hecho de cambiarnos, de hacernos vulnerables.

—¿Lo ha hecho contigo?

—Sí... No. No, a mí no me ha dominado.

—¿Entonces?

—Necesito pensar sobre ello. Aún no he decidido cómo actuar.

Las dos banelatus callaron. El gorjeo de los pájaros se sentía cercano, casi musical. El viento mecía las ramas de los sauces llorones que golpeaban la superficie del agua. El siseo del aire al correr entre las hojas relajaba el ambiente. Todo parecía estar en orden, en perfecto equilibrio.

—¿Cómo se te ocurrió sellar un adiestramiento con un talanta? Nunca se había hecho. Podría haber resultado mortal para ambos.

—Tenía que hacerlo. Necesitaba a Aner para entrar en Bankada. Era la única forma de que confiara en mí y de que yo tuviera pruebas de que cumpliría el pacto hasta el final.

—Pero podías haberle obligado imponiendo tu voluntad sobre él.

—Podría haberlo hecho con cualquier otro talanta, pero no con Aner. Llevaba mucho tiempo observándolo. Su clan había logrado varias victorias sobre Yankel. Esas noticias llegaron hasta Cannvea. Mis órdenes eran averiguar cómo y por qué se habían producido y si eran una casualidad o fruto de algo más. Cuando vi por primera vez a Aner elevarse y lanzar su flecha contra un banelatu, supe cuál era la razón. Algún tiempo después, me encomendaron otra misión y supe que, si quería ejecutar esa orden con precisión, necesitaba de alguien como Aner para hacerlo. Podía haber usado a cualquier esclavo para entrar como comerciante en Bankada, pero... —Tixaso se calló. Aún no había concluido su misión y estaba revelando demasiados datos sobre ella.

— ... pero ningún otro talanta se hubiera atrevido a intentar burlar a Sadoc —concluyó Saturene por ella.

Hubo otro largo silencio antes de que Saturene volviera a hablar.

—Te contaré algo que jamás he contado a nadie —dijo entonces—. Aner aprendió rápido a esconder sus sentimientos. Supongo que porque en ello le iba la vida. Ante la presencia de los banelatus, su rostro permanecía lo más pasivo posible. Cuando empecé a darle clases, tenía la misma actitud conmigo, pero esa actitud cambió pronto. Su rostro se iluminaba cuando le mostraba un libro o un tratado o una nueva forma de hacer algo. Y de ahí saltó enseguida a la sonrisa y de la sonrisa a la risa. Su entusiasmo era contagioso. Nunca ninguno de mis alumnos habían mostrado ese interés. Todos estudiaban y preguntaban porque era su obligación, pero enseguida entendí que Aner lo hacía por mero gusto. Esa actitud me dio otro enfoque sobre la realidad y empecé a hacerme preguntas. Cuestiones que nunca antes me había planteado. Y, si quieres saber la verdad, encontré placer en esa búsqueda, en enfrentarme a nuevos retos, en buscar respuestas para algo que ningún banelatu se había cuestionado antes.

Saturene se paró antes de continuar. Era casi de noche. La luna creciente se reflejó en la superficie del agua.

—Cuando Aner cumplió los dieciséis años, ya se había convertido en un joven alto y fuerte, marcado de cicatrices, sí, pero con una fuerza arrolladora dentro. Era lo que nosotros consideramos un líder, solo que no tenía a nadie a quien liderar. Un día tuve que buscar un sustituto para un maestro en una de las materias. Cuando llegué con el nuevo maestro, en medio de todos los alumnos se encontraba uno al que todos parecían admirar. Lo trataban con respeto y le pedían su opinión. Cuando habló por primera vez y reconocí su voz, casi me caigo de espaldas. Si Sadoc se hubiera enterado, nos habría matado a los dos. Fue entonces, viéndolo asistir a esas clases refugiado en una caretesa y escondiendo su cabello y sus ojos debajo de una gran capucha negra, cuando me percaté de esa capacidad de liderazgo que parecía tan innata en él. Me confesó que a menudo se colaba en las clases. Se lo repriminé, pero me consta que no me hizo caso.

Hubo otra pausa antes de continuar el relato.

—Fue fácil enamorarse de él —soltó de pronto.

Tixaso, que había permanecido inmutable, con su mirada al frente durante toda la exposición, se giró hacia la vieja banelatu.

—¿E-na-mo-rar-se?

—Ni yo misma sé cómo ocurrió —prosiguió ella sin atender a la pregunta de Tixaso. Parecía atrapada en un recuerdo agradable—. Me gustaba estar a su lado, hablar con él, sentarme cerca, notar el ritmo de su corazón y su mirada en mis ojos. Para cuando quise darme cuenta, ya no podía vivir sin él. Yo entonces no tenía este aspecto. Tenía un rostro sin arrugas, joven y un aspecto saludable. Me comparaba con mujeres tantas de la edad de Aner y pensé que él se podía acabar fijando en mí, aunque nunca le revelé mis sentimientos. Incluso a mí misma me costó aceptar lo que sentía y, cuando le pude poner nombre a ese sentimiento, ya estaba atrapada por él. Lo que te quiero decir con esto es que Aner es muy especial para mí. Alguien muy importante, pues me hizo ver la vida desde otra perspectiva. Por eso, protegeré su vida con la mía —al decir esto la miró muy seria—. No sé si entiendes lo que te he querido decir.

Tixaso lo entendía mejor de lo que Saturene podía imaginar, pero no dijo nada al respecto.

—¿Qué te hizo para que te enamoras de él?

Ahora fue Saturene la que se quedó mirándola.

—Nada y todo. Él quería saberlo todo sobre los banelatus y yo le abrí las puertas de ese conocimiento; incluso las que estaban vedadas para los propios banelatus. Yo aprendí con él. Se preguntaba cosas para las que ni yo tenía más respuesta que la socorrida frase: Siempre ha sido así. Pero él no se conformaba con ella. Así que empecé a buscar otras respuestas y esa sabiduría que encontramos me hizo más fuerte y más sabia. Compartíamos puntos de vista y a veces nos enfrascábamos en discusiones. Fue por entonces cuando esa búsqueda me llevó hasta las palabras prohibidas. Lo demás vino sin llamarlo, sin esperarlo. Entre los banelatus, conseguí el mayor de los reconocimientos. Fueron mis años de gloria. Llegué a ser la mejor en mi especialidad, todos me buscaban y me preguntaban —Saturene hizo una pausa. Las dos banelatus se miraron—. Pero nada me daba tanta satisfacción como estar cerca de él. Él era la fuente de la que yo bebía —Saturene hizo una pausa—. No me arrepiento de lo que hice, Tixaso. Nunca me he sentido tan viva en mi vida como en esos años que tuve el placer de compartir con él. Solo esos valen más que los doscientos que viví con anterioridad. Quizás algún día comprendas lo que trato de explicarte o quizás no. Pero, si tienes la suerte de sentir lo que yo sentí, lo que yo puedo sentir dentro, verás todo con otra perspectiva. No tomes la decisión equivocada solo porque pienses ahora que es la que debes escoger.

La vieja banelatu se apoyó en su cayado y se levantó del suelo.

—Tixaso —le dijo tomando una actitud paternalista—, ¿has pensado en las consecuencias que puede tener para ti matar a alguien con quien has sellado un adiustem?

—Lo he hecho.

—¿Y bien?

—Si creo que debo matar a Aner porque supone una amenaza para los banelatus, lo haré aunque eso signifique sacrificar mi vida junto con la de él.

Hacia una noche despejada y luminosa. Las estrellas se contaban por millares en el cielo y la luna, celosa de ese protagonismo, parecía querer rivalizar con su brillo. Leoiar, Ixaka y Aner llevaban largas horas encerrados en la habitación de atrás de la casa de Aner. Allí, Aner había dispuesto una gran mesa sobre la que los tres hombres trabajaban. Los tres sabían que tarde o temprano se tendrían que enfrentar a los banelatus.

—Mis guerreros y yo os estamos agradecidos —era Leoiar el que hablaba—, pero tenemos ganas de regresar a nuestros hogares, de saber cómo están nuestros familiares. Queremos defender nuestro territorio. Por eso he venido aquí para hacerte la propuesta. Solo necesitamos un poco de distracción.

Leoiar y los suyos parecían haber estudiado con minuciosidad cada una de las acciones de su plan. Se trataba de lograr burlar el despliegue de los banelatus y salir del bosque, pero necesitaban que Aner realizara una maniobra de distracción con otros hombres para lograr su objetivo. Aner escuchaba con atención las palabras del rey de los talantas del sur. Comprendía su punto de vista y sus razones para querer abandonar un sitio donde estaban a salvo, pero Aner vio en ello la oportunidad de pedir algo a cambio. El joven talanta volvió a repasar los papeles que Leoiar había puesto sobre la mesa.

—Es arriesgado tanto para vosotros como para los que nos quedemos.

—Te creía por un talanta con más arrojo —intentó picarle en su amor propio Leoiar.

Aner sonrió y reclinó su espalda hacia atrás hasta descansarla en el respaldo de la silla. Hubo unos instantes de tensión en los que Ixaka tragó saliva dos veces. Conocía lo suficiente a su cuñado como para saber que no consentiría que nadie le llamara cobarde. Entre otras cosas, porque no lo era.

—Solo he dicho que es arriesgado, no que no esté dispuesto a llevarlo a cabo —Aner dejó que el eco de sus palabras resonara un poco más en la estancia. Separó un poco la espalda del respaldo y fijó su mirada en su interlocutor—. Supongamos que te ayudamos, conseguís salir del bosque y llegar hasta vuestro reino. Y, después, ¿qué?

—Después seguiremos luchando.

—Exacto —dijo Aner casi cortándole las palabras—. Seguiréis luchando hasta que todos muráis.

Los ojos de Leoiar mostraron la tensión que esas últimas palabras habían provocado en el rey.

—Sadoc —continuó Aner— no descansará hasta que el último de nosotros haya muerto. Por

eso quiero invitarte a que luchemos juntos. Te ayudamos a regresar a tu reino, pero, en vez de luchar cada uno por nuestro lado, deberíamos preparar un frente común.

—¿En qué piensas? —le preguntó interesado.

—Una vez que llegues a tu reino, deberás juntar todos los hombres que puedas. Con ellos regresarás para unirte a los que yo pueda reunir. Juntos nos enfrentaremos a Sadoc.

—Tu plan es muy arriesgado.

—Te creía un rey con más agallas.

Leoiar se levantó y apoyó los puños en la mesa. Inclino su cuerpo hacia Aner de tal modo que su cabeza quedo casi encima de la del otro. Este no retrocedió ni una pulgada. Ixaka, sorprendido por el comportamiento de uno y otro, esperaba que de un momento a otro las palabras derivaran en pelea. La tensión era muy fuerte en ese momento.

—He dicho que es muy arriesgado, no que no lo vaya a hacer —le contestó entonces Leoiar.

La sonrisa de Aner volvió a brotar en su cara. Leoiar relajó sus músculos y se rio. Pronto los dos hombres reían juntos. Ixaka se unió también más relajado. «Bonita forma de relacionarse la que tienen estos dos», pensó Ixaka, «Por un momento he creído que se iban a pelear aquí mismo».

—Hasta ahora —dijo Aner una vez que todos terminaron de reírse—, Sadoc solo nos ha dejado la opción de huir y de escondernos. Nos hemos enfrentado a sus fuerzas como hemos podido y los resultados casi nunca nos han dado como ganadores. Pero creo que hay una forma de vencer a Sadoc retándole a una batalla definitiva.

—Sadoc es demasiado listo para plantar batalla donde nosotros elijamos.

—Le haremos creer que es él el que lleva las riendas del juego —dijo Aner con aplomo.

—Espera, espera —le pidió Ixaka—. ¿Insinúas que quieres enfrentarte a Sadoc en una batalla en campo abierto? Para eso necesitaríamos un ejército al menos diez veces superior al suyo —intervino Ixaka—. Y aun así, eso no inclinaría la balanza a nuestro favor.

—Sadoc querrá librarse de nosotros. Querrá dar una lección al mundo conocido sirviéndose de nosotros como escarmiento. Le haremos creer que queremos batirnos con él en una batalla, pero nosotros, a diferencia de él, no buscaremos vencerlo.

—¿Ah, no? —dijo un sorprendido Ixaka—. Entonces, ¿qué se supone que pretendemos conseguir al enfrentarnos con Sadoc?

—Esto —dijo Aner señalando un punto en uno de los mapas que mantenía abiertos sobre la mesa.

Los tres hombres se quedaron mirando el lugar sobre el que señalaba el dedo índice de Aner.

—Estás loco —dijo Ixaka.

—Completamente loco —sentenció Leoiar.

La cabeza de Aner llevaba mucho tiempo ideando un plan para vencer a los banelatus, si no de manera arrasadora, al menos de forma que les dejaran vivir en paz. Esa idea había empezado a surgir desde el mismo instante en que sus pies pisaron por primera vez la ciudad de Bankada. La muerte de Zarala solo había acentuado esa necesidad. Durante sus largos ratos de silencio junto a la tumba de su mujer, Aner había ido dando forma a los detalles. Se había interrogado una y mil veces por los puntos débiles de sus tácticas, siendo consciente en cada una de las decisiones que tomaba de que con Sadoc era imposible tener todo controlado. Además, todavía le faltaba información. Seguía sin tener ni idea de qué era lo que buscaba el suprem en aquella mina en la que con tanta intensidad hacía trabajar a los esclavos ni tampoco para qué quería usarlo una vez que lo tuviera en su mano.

Aner se estiró y bostezó. Tenía los músculos entumecidos. Había permanecido durante mucho tiempo en la misma postura. La sombra del roble se proyectaba sobre la tumba de Zarala en medio de la cual descansaban varias flores. Tixaso no había dejado de llevarlas a pesar de haberse enfrentado con Aner. De eso hacía ya dos días. Desde entonces no la había vuelto a ver y Saturene tampoco había hecho mención de hablar con él sobre el tema a pesar de que, como árbitro en el conflicto al haber sido reconocida su petición de tensaloo, le correspondía hacerlo.

El joven talanta se levantó. Sus ojos brillaron cuando miró por última vez el lugar donde descansaba el cuerpo de su esposa. La echaba de menos, la echaba mucho de menos. Se encaminó hacia el poblado. De muchas de las casitas que se apiñaban en la ladera de la colina, salía humo.

El intenso olor a verduras aún permanecía en toda la sala. La temperatura era agradable y, con el estómago lleno, Ixaka sintió un suave sopor que le incitó a dormir la siesta. Esparció varios cojines sobre el suelo cerca de la chimenea y se tumbó sobre ellos. De pequeño, su madre le ponía cerca de la lumbre para que no pasara frío y, aunque la chimenea no estaba encendida en ese momento, le atrajo la idea de recordar viejas costumbres. Aner estudiaba de nuevo decenas de mapas que él mismo se había fabricado. Estaba tan metido en su propia guerra que Ixaka empezaba a pensar que lo suyo era pura obsesión. No había hecho más que cerrar los ojos cuando Saturene apareció por la puerta. No la habían visto en todo el día. Iba con el cabello revuelto y mojado y en sus manos llevaba varias raíces y hierbas. Nada más entrar, se dirigió hacia Aner y se quedó de pie frente a él, al otro lado de la mesa sobre la que descansaban varios papeles extendidos llenos de números y anotaciones.

—¿Puedes dejarnos solos? —le pidió a Ixaka.

El joven, remoloneando y molesto, se levantó de sus cojines. Respetó la petición de su cuñado, pero no entendía a qué esa demanda. «Total», pensó, «hablen de lo que hablen, lo van a hacer en banelatu y no voy a entender nada y, además, me iba a dormir en un abrir y cerrar de ojos».

El cielo estaba cubierto de nubes que descargaban una fina lluvia sobre el poblado. Ixaka levantó la cabeza y dejó que la lluvia mojara sus párpados y su rostro. El agua le espabiló un

poco. Era agradable sentir aquel roce. Esa sensación le recordó otra aún más agradable. Sin pensárselo dos veces, se dirigió a ver a Aiala.

La mujer a la que le había visto cortejar Tixaso se llamaba Aiala. Tenía grandes ojos avellanados y unos largos cabellos negros que le llegaban por debajo de la cintura. Compartía hogar con otras dos mujeres en una de las casas del lado este de la colina. Ixaka se plantó delante de la vivienda y llamó con los nudillos. La propia Aiala se asomó a la ventana. Al poco rato, la puerta se entreabrió y su cara apareció pegada al borde de la puerta.

—¿Te gustaría dar un paseo, bella dama? —le propuso Ixaka.

—Llueve —respondió ella con obviedad.

—¿Llamas a esto lluvia? —le dijo ofreciéndole el brazo.

Desde atrás, las otras dos mujeres la empujaban para que fuera. Al final, ella aceptó. Agarrados de la mano, llegaron al extremo del poblado. El agua de la lluvia era templada y las finas gotas golpeaban sobre la superficie del lago erizándola. Cuando la lluvia comenzó a arreciar más, se cobijaron en una de las casas que no estaban ocupadas. Ixaka encendió la chimenea. Una agradable sensación de calor invadió sus cuerpos mojados. Ixaka se acercó a ella y le acarició el pelo. Con sus manos aún mojadas, comenzó a quitarle sus ropas húmedas.

—Ixaka... —se quejó ella mirando sus expresivos ojos oscuros. Durante los últimos días, habían intimado mucho. Ella se había acercado a Ixaka tras la muerte de su hermana, le había servido de sostén y de consuelo. Eso les había proporcionado el ambiente adecuado para contarse sus penas, para charlar amigablemente y para comprenderse sin palabras. A Aiala le gustaba escucharle hablar. Se sentía protegida, a la vez que alagada.

El joven le retiró el cabello y pudo ver la blancura de su cuello. Pasó su mano derecha sobre él y su tacto despertó cientos de sensaciones dentro de él. En ese momento, la deseó. Besó su cuello con suavidad, justo en el nacimiento de la columna.

—Ixaka... —volvió a protestar ella, que sintió el deseo de él—. ¿Podemos hablar?

—Habla mientras te desnudo —le susurró él al oído.

—No sé si quiero...

—¿No sabes si quieres hablar?

—No sé si quiero...

Ixaka se puso frente a ella. Le sonrió. Le pareció ver un leve temblor en su cuerpo.

—Disfrutemos del momento —le dijo—. La vida es demasiado corta.

—Aun así, Ixaka —dijo ella, separándose de él.

—Pensaba... creía que... —se disculpó él al ver la cara de Aiala que reflejaba temor. La chica

parecía compungida.

Aiala se puso a llorar. Estaba confundida. Lo deseaba tanto como él, pero tenía miedo, un miedo atroz a no sabía muy bien qué. Ixaka, midiendo sus actos y sus palabras, se acercó un par de pasos a ella, pero guardó las distancias.

—No era mi intención forzarte. Si quieres te acompaño a casa.

—¡No! —dijo ella esforzándose por dejar de llorar.

—Tengo dieciséis años, Ixaka. Desde los ocho he estado cautiva en Bankada. Nadie me ha explicado nunca... nadie me ha dicho... —Aiala se tapó la cara avergonzada mientras que Ixaka se permitió una sonrisa. Así que era eso, por un momento había pensado que le rechazaba, pero era solo la inseguridad propia de la primera vez.

—Ven —le dijo, ofreciéndole su mano.

La muchacha se puso de pie y avanzó hasta situarse a dos pasos de él. Ixaka le sonrió. En medio de su ingenuidad y de su desconocimiento, aún le parecía más bella. Ixaka recorrió el espacio que los separaba. Pasó su mano por el rostro de ella y le secó las lágrimas. Aiala era hermosa y a la luz de aquel fuego aún se lo parecía más. Ella representaba para él esa pequeña llamita que calentaba su vida en esos momentos. La realidad que le recordaba que en pequeños instantes aún se podía ser feliz. Así se lo hizo ver. Aiala no era un simple capricho, era la mujer con la que le gustaría vivir el resto de lo que le quedase de vida.

—Eres hermosa, Aiala, como el reflejo de la luna en el lago. Me gustaría compartir contigo lo que tengo y la vida que nos quede por delante. Si estás de acuerdo, pediré a Aner que bendiga nuestro amor y buscaré una casita en la que comenzar una nueva vida. Tú y yo. Cuando estés preparada para dar ese paso, yo estaré esperando.

Tocó con suavidad su cabello. Las llamas se reflejaban oscilantes en sus pupilas.

—¿Lo dices en serio?

Ixaka afirmó.

—Esperaré, Aiala. Lo que haga falta.

La joven tomó la mano de Ixaka, que estaba enredada en su pelo, y la besó. Luego la dirigió hacia su ropa y ella misma le ayudó a que se la quitara. Muy despacio, Ixaka la besó en el cuello, en los hombros, en los labios...

Saturene danzó por la cocina antes de empezar a hablar con Aner. Luego se sentó en la mesa. Aner la estudió con detenimiento. Se había ocultado bajo su máscara banelatu y, por lo tanto, iba a ser difícil desenmascarar sus sentimientos. Parecía que se había tomado muy en serio su papel de mediadora.

—Tixaso ha intentado matarte —empezó por fin ella.

—Lo sé.

—Y volverá a hacerlo.

—Confío en ella. No lo hará.

Hubo una pausa. Saturene tomó aire y su respiración se escuchó por toda la cocina. Aner la miraba sin apartar su vista de ella.

—¿Le has hablado a Tixaso de las palabras prohibidas?

—Ella preguntó.

—¿Y se las enseñaste?

Aner negó con la cabeza varias veces mientras recordaba la conversación que había tenido con la joven banelatu durante su viaje.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Solo lo que me pidió.

—¿Y qué te pidió exactamente?

—Que le enseñara a recordar.

Saturene, reflexiva, intentaba atar cabos. Aner sabía que repasaba cada una de las palabras que había pronunciado para darles el significado apropiado. Por fin, la vieja banelatu se levantó y dio varias vueltas por la estancia, de arriba abajo y de abajo arriba. Solo se paraba de vez en cuando para mirar a Aner. A veces lo hacía de soslayo y otras directamente. Aner, mientras tanto, permanecía quieto en su sitio, sin mover ni un ápice su cuerpo.

—¿Sabes por qué ha intentado matarte Tixaso? —le interrogó después de más un largo rato de silencio.

—Supongo que porque piensa que ya no me necesita para sus planes.

—Aner, Aner. O estás ciego o no quieres ver.

Ganix llevaba días enteros dándole vueltas al mismo asunto, pero, de momento, no había encontrado el momento adecuado para hablarlo con Aner. Se le había ocurrido tras la muerte de Zarala, pero no le acababa de parecer oportuno proponérselo. Además, Aner le parecía una persona fría y distante, a diferencia de Ixaka. Por eso había pensado que el joven cuñado podía servirle para llegar hasta Aner.

Ixaka silbaba una melodía pegadiza. En sus ojos se veía marcada la felicidad y caminaba despacio. En cada paso que daba, se notaba la seguridad y el aplomo de su juventud. Lo cierto era que aquel joven siempre parecía estar de buen humor. Ganix se hizo el enconradizo e Ixaka se detuvo a hablar con él. Después de intercambiar varias palabras de formalidad, el que había sido esclavo al servicio de Sadoc le planteó su deseo de hablar con Aner. «¿Por qué no vienes conmigo ahora?», le propuso enseguida Ixaka. Así fue como los dos hombres se encaminaron hacia la casa que ocupaba el joven al que, en parte, debía su libertad. Solo esperaba que Tixaso no estuviera en esos momentos en la casa. No le gustaba su presencia como no les gustaba a otros, pero Aner la había defendido por encima de todos y había dejado muy claro que no debían molestar a la banelatu.

Aner acogió con apatía la solicitud de su cuñado de recibir la visita de Ganix, pero al final claudicó cuando Ixaka le informó de que aquel talanta había sido el esclavo particular de Sadoc. Aner observó al hombre que acababa de entrar en la habitación. Se presentó como Ganix de Salba, un pequeño poblado situado en el extremo este de los territorios talantas. Ganix era un hombre corriente, de cabeza pequeña, espesa barba y entradas en la frente. De su rostro, el rasgo que más destacaba eran sus ojos, no por su belleza en sí, sino por su manera de mirar. Era una mirada que transmitía seguridad, calma y que traslucía la inteligencia que se escondía tras aquella cabeza. Aner se levantó para recibirle y le estrechó la mano a la vez que le invitaba a sentarse.

—Ixaka me ha dicho que querías tratar algunos asuntos conmigo.

A diferencia de lo que esperaba, Aner se mostró cercano e interesado. Quizás le había juzgado mal. Esa pequeña estancia, vacía de adornos, estaba llena de pergaminos perfectamente ordenados y clasificados. Había algunos escritos en su lengua y otros en banelatu. Sobre la mesa descansaba un recipiente con tinta y una pluma. Parecía que Aner no respondía al tipo de persona que improvisa sus actos, antes bien, parecía meditar cada una de sus decisiones.

Ganix se había preparado una sencilla exposición para ese momento, pero todo se fue por tierra porque fue Aner quien tomó la iniciativa. Era obvio que estaba acostumbrado a hacerlo.

—Ixaka me ha dicho que estabas asignado a la casa de Sadoc —dijo Aner nada más sentarse.

—Sí —Ganix iba a añadir algo más, pero el joven que tenía delante se le adelantó con una nueva cuestión.

—Me preguntaba —dijo—, cómo alguien que no trabajaba en la mina acabó escapando con nosotros.

—Como esclavo personal de Sadoc, debo estar informado de todo lo que ocurre en Bankada. Cuando entendí lo que ocurría, me aproveché del revuelo y Erlea y yo salimos.

—¿Cuánto tiempo has estado en el palacio?

—Cinco años.

Aner afirmó con la cabeza.

—Una larga estancia en el infierno.

—No lo habría definido mejor.

—¿Y a qué debo tu visita?

Por fin Aner había hecho la pregunta.

—Quería hablarte sobre Erlea. Ella es la mujer que escapó de Bankada conmigo. La vida en el palacio de Sadoc no fue fácil para ella. Ahora, aún en libertad, en este lugar tan hermoso, la veo triste y deprimida. Yo salgo a los campos con los demás hombres y ocupamos el tiempo libre en entrenamientos y, bueno, cada uno en lo que puede o sabe, quién soy yo para juzgar a nadie. Pero ella pasa demasiadas horas sola y no se relaciona con mucha gente. Por eso se me había ocurrido que podrías contratarla para que os ayudara con las tareas domésticas. Es muy buena en su trabajo. Creo que, si tuviera alguna tarea asignada, las horas se le pasarían más deprisa y volvería su buen humor.

—¿Crees que nuestra casa necesita de alguien que la cuide y la arregle? —le preguntó el joven.

—Bueno, no quería daros la impresión de que os juzgo descuidados, tan solo que Erlea podía asumir esa carga para que vosotros os dedicarais...

La frase de Ganix quedó cortada por una sonora carcajada de Aner.

—No te esfuerces, Ganix. Yo sí creo que nuestra casa necesita cierto orden y mantenimiento. Saturene hace lo que puede, pero no ha sido entrenada para eso e Ixaka y yo somos unos desastres. Aceptaré a Erlea a cambio de toda la información que puedas darme sobre Sadoc y sobre lo que buscaba en las minas. Cualquier cosa que recuerdes será bienvenida.

Ganix se quedó un rato más. Le relató cómo era la rutina en la casa de Sadoc y cómo desde hacía meses se había trasladado a vivir a la mina. Le contó que el suprem examinaba personalmente todas las piedras que se sacaban de aquellos terrenos y que muchas veces él mismo pulía y separaba los metales de sus impurezas. De vez en cuando, se guardaba alguna especial en su dormitorio. Después de eso, pasó a contarle lo del robo en la habitación del suprem.

—¿Cómo era ese metal?

—Era oscuro, pero nunca me atreví a tocarlo. Él lo habría notado.

Aner se levantó para despedir a Ganix y le acompañó hasta la puerta.

—La amas mucho, ¿no? —le preguntó antes de que se fuera.

Ganix afirmó.

—Espero que el futuro os sea propicio a los dos —le deseó Aner.

Ganix se marchó despacio. La charla con Aner había sido gratificante y le había dejado una buena impresión. Detrás del guerrero al que todos describían como frío y despiadado, parecía

haber un talanta íntegro y con los pies en el suelo. Él mismo le había visto luchar. Sus ojos se volvían gélidos, pero él acababa de hablar con un hombre cuya mirada era directa y cálida. Y, si le había preguntado sobre la vida de Sadoc, tenía que ser porque estaba decidido a acabar con el suprem. Y, si Aner pretendía enfrentarse al más cruel de los banelatus que jamás había existido, Ganix estaría allí para ayudarlo. Seguramente no era el más adecuado para blandir una espada, pero, si con su información podía ayudar a Aner, él le contaría con pelos y señales todo lo que recordaba de sus últimos cinco años de prisión en aquel palacio, por muy doloroso que resultase el recuerdo.

Erlea se presentó muy pronto a la mañana siguiente. Era muy tímida y esquiva, pero también dulce y sensible. Aner e Ixaka la dejaron hacer sin interferir en sus tareas. Ella solo abría la boca para preguntar sobre la forma en que a ambos les gustaba que se hicieran las cosas. Por lo demás, era como si no hubiera nadie en la casa. La mujer abrió todas las ventanas y dejó que las habitaciones se ventilaran. El sonido de la naturaleza se coló en cada una de las estancias y una agradable calidez envolvió el ambiente de aquel hogar. El aroma a espliego se coló junto con el aire renovado.

Aner miró al cielo. Estaba limpio de nubes y su marcado azul transmitía paz. Junto al lago, Galtxagorri y Prakagorri esperaban en medio de una discusión, como hacían siempre. Al verlo, los dos callaron. Quedaban allí cada mañana, antes de que los dos geniecillos partieran hacia el bosque, para recibir instrucciones. Gracias a sus salidas, Aner y Leoiar empezaban a hacerse una idea de por dónde andaban los banelatus. Para poder preparar el plan de fuga de Leoiar y de sus hombres, era imprescindible estudiar primero sus movimientos y trazar una vía de escape sin dejar rastro. Aner se despidió de ellos y les advirtió que no se demoraran para relatarle todos los detalles.

Los geniecillos desaparecieron volando por el sendero que daba entrada al valle. Aner fue testigo de cómo sus figuras desaparecían poco a poco. Cuando se volvió para regresar a las tareas que él mismo se imponía todos los días, vio que alguien se acercaba por el sendero. Su figura recortada a contraluz no se identificaba lo suficiente. Conforme se acercaba, Aner reconoció la silueta de Tixaso. No se veían desde el día en que ambos habían iniciado el duelo mortal. Durante los últimos días, le había preguntado varias veces a Saturene si sabía algo de ella, pero la vieja banelatu no le había querido dar ninguna referencia al respecto.

El joven se puso en guardia y llevó su mano derecha a la empuñadura de su espada. El gesto no pasó desapercibido para la banelatu. Conforme avanzaba, su corazón se aceleró más y más, respondiendo a un impulso desconocido para ella. Su ritmo desenfrenado era mucho más difícil de controlar que cuando se encontraba en mitad de una batalla. A pocos pasos de Aner se detuvo y se quedó enfrentada a él observándole, callada. «Los ojos de Aner tienen el color del cielo justo antes de romper a anochecer», pensó la joven, «y su sonrisa tiene la calidez de una noche templada de verano». No sabía a qué se debía, pero, cuando lo miraba, esas palabras florecían dentro de ella sin haber sido llamadas. Aner apartó la mano de su espada y relajó sus músculos. Tixaso no venía para pelear. Desde hacía varios días había estado venciendo la tentación de verlo, pero, aquel día, ya no había podido resistir más y había salido a su encuentro. Y allí estaba, en frente de aquel talanta que había desgarrado su corazón no ya desde fuera, sino desde dentro.

Era una sensación nueva la que sentía cuando él estaba cerca y lo peor de todo era que le gustaba. El sol se había elevado lo suficiente como para superar la altura de algunos árboles y sus rayos resbalaban directos hacia el lugar en el que se encontraba él. Rodeado de sombra, aquel lugar bañado por una luz blanquecina y pura parecía mágico. Y, en medio, Aner recibía el calor y la luz de aquellos rayos. Parecía un ser mítico.

El joven esperó su reacción. Por fin ella se decidió a recorrer el camino que les separaba. Despacio, lo rodeó varias veces. Pensó en cómo sería tocarle, rozarle suavemente con la yema de sus dedos y que él hiciera lo mismo. Aquel pensamiento abrió su mente y fue como si todas las palabras prohibidas acudieran juntas a ella.

—¿Qué se supone que haces? —le preguntó él después de un rato.

Tixaso se detuvo frente a él. En su forma de hablar y en los gestos de su cara —con los músculos relajados— se notaba que no estaba enfadado. Se diría que casi estaba divertido.

—Decido si...

—¿Si...?

—Si el que debe morir eres tú o yo.

—Si quieres mi opinión, creo que no debemos morir ninguno de los dos. Para serte franco, creo que debemos unir nuestras fuerzas. Tixaso, si me permites...

—Paseemos —le propuso ella—. El lago está muy hermoso a estas horas de la mañana.

Aner enarcó una ceja algo incrédulo por las palabras que escuchaba de ella.

—¿Unir nuestras fuerzas? —repitió ella mientras llegaban a las inmediaciones del lago, en cuya superficie se reflejaban cientos de lucecitas doradas—. ¿Por qué habríamos de hacerlo?

—Sadoc. Él es un enemigo tanto para vosotros como para nosotros.

—Eso lo decidiremos nosotros.

Caminaban despacio. Un par de mariposas revolotearon a su alrededor. Tixaso las siguió con la mirada. Luego cerró los ojos.

—Quiero mostrarte algo —le dijo ella.

Se llevó la mano a un bolsillo interior y sacó los dos imanes que había sustraído de la habitación del suprem.

—¿Sabes qué son?

—Imanes —le contestó él tomándolos de su mano. El breve roce provocó una sensación única en Tixaso que recorrió toda su espalda—. ¿Qué tienen de particular?

—Los cogí de los aposentos de Sadoc.

—¡Así que fuiste tú!

—¿Lo sabías?

—Ganix me contó que alguien se había colado en las habitaciones de Sadoc y que había sustraído dos metales. El no supo decirme qué eran.

Se detuvieron y se quedaron mirando los dos imanes que Aner tenía en la palma de su mano.

—¿Sadoc busca imanes en la mina? ¿Pero para qué? —se cuestionó Aner en alto.

—Mira —le dijo ella.

Tixaso puso su mano derecha en forma cóncava y apuntó hacia los imanes. La energía que surgió de ella rebotó en el metal y salió en dirección al pecho de Aner. Este dio un salto hacia atrás y soltó un pequeño grito.

—¡Au!

—Imagínate uno de estos del tamaño de una persona.

Aner se llevó la mano al pecho. La energía de Tixaso le había quemado la ropa, haciéndole un pequeño agujero, aparte de dejarle la piel de un intenso color rojo. El joven miraba aún incrédulo lo que acababa de hacer Tixaso y lo que eso significaba para sus planes. Tixaso acercó su mano a la de él y se la cerró despacio. Aner apretó los imanes dentro de ella.

El joven talanta miró sin disimulo los profundos ojos de la banelatu. No se había dado cuenta de cómo eran en realidad o quizás nunca había estado lo suficientemente cerca para apreciarlo. Le pareció que sonreía. Aún pensaba en eso cuando unos gritos interrumpieron ese momento

—¡Aner, Aner! —los dos geniecillos volaban a gran velocidad mientras gritaban el nombre de Aner y discutían sobre quién debía ser el que se lo contara.

—¡Aner! —gritó un fatigado Prakagorri—. ¡Hay talantas en las proximidades del bosque!

Capítulo XXV

El Valle de la Luz

Nubes negras asomaban por el norte. Eran oscuras, espesas. El viento, aunque soplaba suave, traía humedad consigo. Marz se plantó cara al viento con los brazos en jarras. En frente de él tenía un horizonte nada halagüeño. Habría que buscar un refugio para protegerse de la lluvia que estaba cerca. Miró alrededor. A lo lejos se veía un bosque, «quizás en él haya algún refugio», se dijo. Los demás lo seguían, más por inercia que por ilusión. Sus cuerpos se veían delgados dentro de unas ropas que les venían holgadas. Arrastraban cansancio. Estaban fatigados y hartos de tanto andar, pero era lo único que podían hacer: huir. Astu avanzaba con pasos cortos apoyado en un grueso bastón. Silban seguía de cerca a Marz. No quería quedarse atrás. Hablaban poco. Todavía no estaban desanimados, pero cada día que pasaba era desalentador. Pasaban las montañas, los ríos, los valles, los árboles y los arbustos, pero lo que no desaparecía era el miedo a que detrás de cada roca, de cada curva, de cada tronco, apareciera un banelatu y acabara con sus vidas.

Se aproximaron al bosque. Un viento frío y gélido comenzó a soplar con fuerza. En un gesto instintivo, las mujeres se encogieron y cruzaron sus brazos para evitar que se escapara el calor de sus propios cuerpos. Silban, que portaba en esos momentos a la pequeña, se dobló sobre ella para protegerla.

Al entrar en el bosque, protegidos por los árboles, el viento se sentía con menor intensidad, aunque se seguía escuchando su ulular. Al pasar entre las hojas, producía un suave silbido. Era el único sonido que se escuchaba. Para Marz, acostumbrado a observar todo lo que le rodeaba y a interpretarlo —porque de ello había dependido en numerosas ocasiones sus vidas—, la ausencia de ruidos no pasó desapercibida. Se detuvo dubitativo. Los demás lo imitaron.

Aner se puso a dar órdenes sin parar. En poco tiempo, Leoiar y cinco de sus hombres estaban junto a él, así como Ixaka. Si había talantas en los alrededores, debían ayudarlos. Además, eso le permitiría estudiar de cerca dónde se encontraba Yankel.

—Os acompañaré —le dijo Tixaso.

Aner le hizo un gesto afirmativo y todos ellos se movieron con rapidez. Los dos geniecillos marchaban delante. Los hombres de Leoiar iban fuertemente armados. Durante los últimos días, el rey de los banelatus del sur había hecho encender una fragua y tenía a varios hombres día y noche templando hierros y fabricando las mejores espadas que podían. Portaban asimismo escudos y cascos. Ixaka llevaba una espada pequeña de una mano y un arco con flechas.

Aceleraron el paso hasta llegar al grueso tronco, que era la puerta de acceso al bosque. Prakagorri y Galtxagorri fueron los primeros en pasar. Luego, con sumo cuidado, los siguieron los demás. El viento empezó a soplar. Aner miró al cielo. Desde el norte, varias nubes de tormenta se acercaban a toda velocidad. El suelo estaba mullido, pisarlo producía una sensación extraña. Se

colocaron en línea, separados unos de otros por un par de pasos. Avanzaron todos a la vez, controlando los movimientos de los demás.

Astu se puso al lado de Marz. Él también había notado esa irritante ausencia de sonido y se preguntaba si sería la calma que precede a la tempestad. Miró hacia la derecha y, de pronto, esa sensación desapareció sustituida por otra de certeza.

—Por aquí —les dijo el viejo Astu. Era la primera vez que se ponía al frente de la expedición. Parecía decidido y seguro sobre la ruta que había que seguir.

Yankel estudiaba cada tronco y cada hoja, cada seta, cada rama. Oía el viento y lo sentía agitando las ramas altas de los árboles y haciendo que las hojas se removieran constantemente. De pronto, notó una vibración. Llamó a sus hombres. No hizo falta decirles nada.

—Rápido, rápido —dijeron a la vez los dos geniecillos—. Los banelatus se mueven.

Era cierto, el suelo se había puesto a temblar imperceptiblemente, pero Tixaso y Aner lo podían sentir. Y si ambos podían sentir a los banelatus, también ellos podrían percibir su presencia. A partir de ese momento, se movieron con rapidez. Lo importante era encontrar al grupo lo antes posible. Prakagorri y Galtxagorri los dirigían a toda velocidad por entre los árboles. Aner iba en cabeza. Se detuvo. Acababa de ver al grupo.

Ellos también los vieron. Por un instante, el corazón de Marz dio un vuelco. Aquellos hombres habían aparecido tan de repente que, en un primer momento, no había podido deducir de quién se trataba. Su corazón comenzó a latir tan deprisa que lo sentía salir de su pecho. Por un instante, pensó que todo estaba perdido. Allí era imposible defenderse de un ataque. De pronto escuchó a Astu pronunciar una sola palabra.

—¡Aner!

El joven talanta esbozó una gran sonrisa.

No había tiempo para saludos ni para presentaciones. Solo cabía huir. En un santiamén, los hombres de Leoiar rodearon al grupo de Marz y los ayudaron. Los condujeron a toda velocidad hacia el tronco. Todo ocurrió muy deprisa. Maldea tenía la sensación de que volaba entre los árboles. Dos hombres la habían cogido por los brazos y la llevaban en volandas. Los árboles, las hojas... todo pasaba con prisa fugaz delante de sus ojos. De pronto, vio un tronco grueso, lleno de nudos, justo delante de ellos. Se dirigían hacia él. «Nos vamos a chocar», pensó. Intentó zafarse de esos dos talantas. Entonces, se fijó bien en sus pieles oscuras y sintió miedo. Los iban a matar a todos. Y a Aner no parecía importarle.

Las primeras gotas de lluvia no llegaron a mojar el suelo del bosque. Los altos árboles servían de parapeto. Aner los apremiaba a todos. Si el suelo se mojaba, dejarían huellas que llevarían a los banelatus hasta la puerta de acceso al valle. Había que evitarlo.

Era imposible zafarse de aquellos hombres. Maldea intentó gritar, pero se sintió tan presa del pánico que le fue imposible hacerlo. Miró hacia atrás en un intento por ver a Marz, aunque fuera por última vez. Después giró la cabeza hacia el frente y cerró los ojos con fuerza, dejándose llevar.

Esperaba un fuerte golpe, pero en cambio notó un ligero viento sobre su rostro. La presión de los brazos que la portaban desapareció y sintió los pies en el suelo de nuevo. Maldea abrió los ojos. El bosque había desaparecido. Se volvió y vio a Marz detrás de ella. Una agradable sensación la cubrió de lleno cuando el joven la abrazó.

Tixaso atravesó la última el árbol. Ella y Aner llevaban de los brazos a Astu. El viejo mago, una vez fuera de peligro, miró con curiosidad a quien tenía a su derecha. No se sorprendió demasiado al reconocer a una banelatu.

—Creo que hay muchas cosas que debes explicarme —le dijo Astu a Aner.

—Yo también me alegro de verte —le contestó él—. Ahora debéis descansar. Ixaka os acompañará a una de las casas. Yo iré después a veros. ¡Ixaka! —llamó—. ¿Te encargas tú?

—Hecho —dijo el joven.

El grupo tomó el sendero que se dirigía hacia la colina. Aner y Tixaso se quedaron solos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó ella.

—Nada. Solo quiero cerciorarme de que Yankel no ha encontrado la puerta hacia el valle.

Aner esperó a que todos se alejaran y se introdujo despacio en el hueco del árbol. Tixaso se pegó a él tanto que el talanta se volvió hacia ella por si había tropezado. Sus miradas se encontraron. Sus rostros apenas estaban separados por un par de pulgadas.

—¿Estás preparado? —le dijo ella en un susurro.

—Sí.

—Te cubriré. Ve despacio.

Aner cerró los ojos antes de asomar su cabeza y aguzó el oído. Abrió los ojos despacio. El cuerpo de Tixaso estaba pegado al suyo. Notaba su calor, su enorme serenidad y la gran energía que emanaba de ella. Asomó despacio su cabeza y miró hacia todos los lados. La parte de atrás quedaba en ángulo muerto. Debía ser precavido. Sujetó con fuerza su espada, que apuntaba hacia el suelo, pero dispuesto a utilizarla. Salió despacio. Miró hacia atrás y allí estaba el mismísimo

Yankel. En un acto reflejo se introdujo de nuevo en el tronco del árbol. Tixaso notó su respiración agitada y sus músculos en tensión. No tuvo que preguntar para saber que Yankel estaba cerca. Solo esperaba haber borrado bien las huellas para que el líder banelatu no encontrara su rastro hacia el tronco del árbol.

—¿Qué opinas? —le preguntó a ella.

—Solo es cuestión de tiempo. Tienes invitados a los que atender. Yo me quedaré un rato más por si acaso.

—Tixaso..., gracias.

Aner se encaminó hacia la colina. Después de dar cuatro o cinco pasos giró su cabeza y posó su mirada sobre la banelatu.

Ixaka, asistido por Erlea, ayudaba a los recién llegados a instalarse. Los nuevos aún no daban crédito a todo lo que acababa de suceder. Era increíble haber encontrado a Aner y más increíble aún poder descansar en un sitio tan maravilloso, lleno de luz y sin tener que dormir con un ojo cerrado y el otro abierto. Cuando Aner entró en la casa, todos se quedaron en silencio. Astu fue el primero en ir hacia él. Los dos se fundieron en un abrazo sincero y emocionado.

—Viejo Astu —le dijo Aner.

—Ha sido difícil encontrarte.

—Pero lo has conseguido.

Alaón fue el siguiente en acercarse a él.

—Mis respetos, guía del primer clan —le dijo Aner.

Alaón correspondió a su saludo con un apretón de manos.

—Ha sido una agradable sorpresa que nos encontrarais. Este es mi hijo —comentó mientras dirigía su brazo hacia un muchacho alto y fuerte, a mitad de camino de convertirse en un joven apuesto y lleno de valor.

—Marz, ¿verdad? —le dijo Aner—. Recuerdo a un muchacho de piernas largas y mirada esquiva. Pero en ti no queda mucho de él. Me alegro de volver a verte.

—Te presento también a Silban y a Maldea y esa de ahí es Anaiansa —prosiguió Alaón.

La mujer estaba sentada en una silla próxima a un rincón con su bebé en brazos al que amamantaba. Aner se giró hacia el último de los invitados. Cuando lo vio, brotó de su cara una sonrisa sincera.

—Es un placer volver a encontrarnos, dux.

Galder aceptó la mano que le tendía Aner. A su lado, se sintió más viejo y cansado. Su rostro y su cuerpo dejaban al descubierto las cicatrices de la vida y de la guerra. Al ver a Aner, pensó que iba a rechazarlo por su nuevo estado. En él quedaba poco de aquel aguerrido y temido guerrero talanta. Y, sin embargo, Aner le recibía con el mismo respeto que si hubiera tenido delante a aquel dux que parecía haberle abandonado.

—Erlea e Ixaka os traerán algo de comer y después podréis descansar.

Con el estómago lleno y sintiendo sobre sus hombros el calor directo de los rayos del sol, Maldea se relajó. Marz acudió a su lado. Desde el porche de la casa contemplaron el hermoso lago que se extendía delante de ellos, con sus sauces llorones saludando a las aguas. Aquel paisaje transmitía tranquilidad.

—Lo hemos conseguido, Marz —le dijo mientras le sonreía—. Nos has traído a un lugar seguro en el que no tendremos que preocuparnos por los banelatus.

Marz se acercó a ella. Sabía que nada había acabado. Ese lugar era un vergel en un desierto, cierto, pero, con los banelatus tan cerca, no había tiempo para relajarse. Esa era la verdad y ninguna otra. Sin embargo, no quiso compartir ninguno de sus malos pensamientos con ella. A cambio, la abrazó y la besó en los labios, despacio, con ternura.

—¡Marz! —la voz de Alaón interrumpió el mágico momento.

—Debo ir —dijo el muchacho con sus labios casi pegados a los de ella.

Maldea sonrió, estaba feliz, feliz y cansada, pero sobre todo feliz. Entró en la casa y ayudó a Anaiansa con el bebé. Hasta la niña parecía entender que estaba fuera de peligro y hacía gorgoritos con su garganta.

—Creo que debemos dar una fiesta —comentó de pronto Ixaka.

Aner levantó por primera vez en las últimas dos horas su vista de los papeles que estudiaba con atención y que estaban esparcidos por toda la mesa. Elevó su ceja izquierda y miró a su cuñado, como si se hubiera vuelto loco. Luego retornó a su tarea.

—Aiala y yo queremos casarnos —continuó Ixaka. Aquellas palabras terminaron por captar toda la atención de Aner—. Como cabeza de familia, pido tu consentimiento y tu bendición y..., además, nos gustaría que fueras tú el que nos casara.

—¿No crees que eres un poco joven para casarte?

—Eso es lo típico que diría Luar, reconócelo —en ese momento Ixaka se preguntó si habría sido buena idea la de mencionar a su hermano, pero ya no tenía remedio—. Aner, casi tengo la misma edad que tú cuando te casaste con mi hermana —el joven lo miró de frente, hablándole de

manera franca—. Sé que la muerte de Zarala está reciente y entiendo que no tengas ganas de fiesta. Yo también llevo una sombra en mi corazón que me produce hondo pesar. Pero amo a Aiala y la presencia de los banelatus tan próxima a nosotros no hace sino recordarme lo cerca que estamos cada día de la muerte. Por eso, quiero aprovechar cada instante de lo que me quede de vida.

Aner se levantó de la silla y se paseó por la sala. «Al menos no ha dicho de entrada que no», pensó Ixaka viéndolo moverse de un lado a otro. Aner se pasó la mano por el cuello y luego por la barbilla. Después, se detuvo frente a su joven cuñado.

—A veces olvido lo rápido que pasa el tiempo —los ojos de Aner parecieron traspasar el alma y el corazón de su cuñado. Saturene, sentada en una silla un poco más atrás de ellos, los observaba con atención. Le gustaba admirar los gestos de Aner y deleitarse en su manera de hablar, de reír, de comportarse. A su manera, seguía enamorada de aquel joven talanta empeñado en sobrevivir entre banelatus, que había aprendido de ellos y que, de momento, había logrado salir airoso de su empeño.

»¿La amas? —le preguntó mientras intentaba decidir si era conveniente o no distraerse del objetivo de acabar con los banelatus.

Lo pensó bien. Lo cierto era que todos los talantas que estaban en aquel lugar habían tenido más bien pocos motivos y menos ocasiones para hacer una celebración. Además, Leoiar y sus hombres estaban a punto de marcharse y, si todo se desarrollaba tal y como Aner lo estaba planificando, les esperaba una dura batalla contra los banelatus.

—Como nunca nadie ha amado.

—Entonces, sea —le dijo Aner abrazándolo—. Y ahora habrá que celebrarlo de alguna manera.

—¿Qué es lo que hay que celebrar? —preguntó Astu, que acababa de entrar por la puerta.

Astu y Saturene congeniaron enseguida. Nada más mirarse por primera vez, los dos comprendieron que tenían muchas cosas en común. Aner los observaba, entregado a una jarra de vino. Hacía mucho que no lo probaba. Echó la vista hacia atrás. Había sido el día de su boda y aquel día tampoco quiso tomar mucho porque quería tener todos sus sentidos intactos para poder emborracharse solo del hechizo de Zarala. Zarala... Su pérdida era más dolorosa que cualquier herida banelatu.

A Astu no pareció importarle la procedencia de Saturene. El estudio de la ciencia, de la magia, de la medicina les unía más que el hecho de ser originarios de mundos tan diferentes y enfrentados. Astu había preparado una pipa con algunas hojas que siempre llevaba consigo. Nadie sabía qué eran y él nunca lo contaba. Ahora él y Saturene charlaban envueltos en una espesa capa de humo. Aner comprobó que a Saturene no se le había olvidado sonreír. Ese misterioso gesto, rasgo común de los talantas, siempre había intrigado a la banelatu. La sonrisa responde a un sentimiento interior. Cuando uno es feliz o está contento, sale sola, le había dicho en numerosas ocasiones Aner. Al principio no había entendido qué era lo que eso significaba, pero, pasados los años, llegó a comprenderlo. Ahora ya formaba parte de su ser.

Aner charlaba con Ixaka y con Aiala. Verlos juntos produjo en el talanta de los ojos azules cierta sensación de ahogo y de envidia. Los recuerdos de Zarala saltaron de su memoria a su corazón y sintió una punzada de celos. El destino los había separado de la manera más cruel posible. Se había quedado sin su esposa para siempre. Dejó a los amantes solos y salió a despejarse. Se llevó la jarra de vino en su mano e intentó ahogar sus penas en aquel pequeño recipiente que era escaso para tantas como sentía. Tixaso se acercó a la casa. Aner estaba apoyado sobre una barandilla que delimitaba el porche de la vivienda. Sus ojos miraban muy lejos, quizás a otro mundo. La banelatu se acercó a él, respetando su silencio. Comprendió desde un primer momento que necesitaba estar solo, pero también comprensión. Se apoyó junto a él en la barandilla. Aner le pasó la jarra de vino y entonces ella vio los ojos del talanta enrojecidos.

Tixaso nunca había bebido vino. En su paladar sintió de pronto una sucesión de sabores que ningún otro alimento o bebida le habían producido antes. Y esas sensaciones no le llegaron solo a través de su paladar, sino también a través de su nariz. La joven le devolvió la jarra. Lo cierto era que el vino tenía un poder embriagador.

—¡Salud! —dijo él con voz algo pastosa, sorbiendo de nuevo. Ella notó sus ojos clavados en los de ella—. ¿Sabías que la luna se refleja en tus ojos? Si sonrieras, podrías llegar a ser una mujer bella.

—¿Cuántas de estas te has bebido?

—¿Acaso importa las que me he bebido? Lo que verdaderamente importa son las que no he podido beberme. Las que vosotros —dijo vosotros pronunciando la palabra con más fuerza— no me habéis permitido disfrutar. Por los banelatus —siguió hablando mientras elevaba su copa en un brindis. Luego tomó otro trago—. Por los seres más miserables y viles que hay en el mundo conocido. Por todas las vidas que habéis destruido o roto.

Aner apuró la jarra hasta el final y después la dejó caer. El recipiente de barro se rompió al llegar al suelo. El talanta se alejó con la mente algo turbia y una gran sensación de pena. Tixaso consideró que no estaba en plenas facultades y lo siguió. Parecía que Aner tenía dificultades para mantener la línea recta, pero aun así caminaba erguido. Se dirigió al roble donde descansaba Zarala. Tixaso se quedó a unos pocos pasos de él. El talanta se apoyó en el tronco del roble y las lágrimas acudieron a sus ojos. Tixaso sintió una enorme empatía con él en ese momento. Tenía la sensación de que algo se desgarraba dentro de ella.

—Aner —le llamó ella con voz queda después de un rato.

El talanta giró la cabeza. Tixaso no sabía muy bien qué hacer.

—¿Qué hace un talanta cuando un amigo lo está pasando mal?

—Habla con él, lo acompaña, le ayuda... A veces basta con estar ahí, con abrazarle...

Tixaso tomó sus últimas palabras como una invitación y, sin pensárselo, abrazó a Aner. Este se sintió confuso. En su estado, no sabía muy bien si lo que ocurría era real o si el vino tenía algo que ver.

—Siento lo de Zarala. De verdad que lo siento mucho. Quiero que sepas que no todos los banelatus somos tan crueles como Sadoc. Aner, ¿entiendes lo que te quiero decir? —le preguntó apartando un poco la cara de su hombro.

Aner la contempló en aquella noche de luna llena. En su rostro brillaba una lágrima. Él llevó su mano hacia la cara de ella y recorrió el surco que había dejado la lágrima.

—Tixaso, la que brilla en solitario —dijo él. Su voz ya no sonó tan pastosa, sino firme y fuerte.

—Quiero hacerte un regalo —le dijo ella.

Tixaso se apartó un poco de él y colocó su mano izquierda en forma cóncava. Una pequeña bola de energía de color azul brotó dentro de ella. Con su otra mano, cogió la derecha de Aner e hizo pasar a ella la bola.

—No te entiendo. Hace unos días querías matarme.

—Esto no significa que no siga queriendo hacerlo. Solo que te protegerá de que otro banelatu lo haga antes que yo. Me reservo ese privilegio —le dijo mientras cerraba la mano de Aner y la bola de energía era absorbida por su cuerpo.

—¿Estás siendo irónica?

—Tal vez.

La boda de Aiala e Ixaka se convirtió en una gran fiesta en la que todos se implicaron de manera muy activa. En cuanto se corrió la voz de que los dos se casaban, cada uno quiso aportar lo que pudo. A las enormes ganas que todos tenían de poder celebrar algo, se unió el hecho de que Ixaka era muy querido entre ellos. Dirigidos por la experta batuta de Erlea, quien resultó ser una gran organizadora, el pequeño poblado se convirtió en un lugar encantado. Guirnaldas de flores adornaban la explanada cercana al lago, donde se había preparado todo para el evento. Y varias mesas colocadas en la parte de atrás aguardaban repletas de ricos manjares para el posterior banquete. Prakagorri y Galtxagorri habían conseguido que Lamin se implicara también de algún modo y les había regalado dos terneras y varios corderos, que en ese instante se asaban en grandes fogatas preparadas para la ocasión.

Erlea caminaba por el lugar. Daba órdenes en tono quedo, pero, por alguna extraña razón, todos cumplían sus encargos. Aner se fijó en ese detalle. Erlea no era una mujer corpulenta ni de fuerte carácter. Sin embargo, se hacía obedecer. No le hacía falta elevar la voz ni repetir una segunda vez los encargos. A pesar de la fragilidad que mostraba en un primer momento, parecía haber forjado un gran carisma. A Ganix se le veía orgulloso de ella mientras seguía sus andanzas de un lugar a otro. A su paso recolocaba una guirnalda que se había caído o encendía una vela o colocaba unas flores... Nada escapaba a sus ojos.

Aner se colocó al frente de los asistentes. A su lado, Ixaka esperaba la llegada de su prometida. La inmortal sonrisa de su cara transmitía la profunda felicidad que sentía dentro de él. Aiala

vestía una sencilla túnica blanca. Adornaba su cabeza con pequeñas flores de colores colocadas entre los distintos mechones de su pelo recogido en una larga trenza espiga. En su cara se dibujaba la misma sonrisa que lucía la de Ixaka.

Aner bendijo su unión de manera sencilla. Reconoció el amor que existía entre los dos y unió sus manos con un gran lazo de color azul que enredó entre sus dedos.

—¡Bésala de una vez! —le dijo Aner, a quien también se le veía feliz, aunque quien le conociera bien podía percibir en él la melancolía que arrastraba.

El beso, largo e intenso, fue acompañado de aplausos y silbidos. Ixaka era el vivo retrato de la felicidad. Tenía asida del brazo a su esposa y sonreía abiertamente.

—¿No hay nadie más que quiera sellar hoy su amor? ¡Aprovechad que hoy Aner no os lo negará!

Desde las últimas filas, alguien se movió. Ganix miró a Erlea. En sus ojos había apremio, amor, preguntas. Ella sonrió. Se acercaron con timidez. Ixaka salió a su encuentro y los acompañó hasta las primeras filas. Ganix miró al joven talanta que esperaba delante de todos. El esclavo de Sadoc le lanzó una mirada interrogante en la que pedía permiso. Aner dio unos pasos hacia él y tomó a Erlea de la mano. Había pasado tanto tiempo en la oscura prisión de la esclavitud que todavía no acababa de acostumbrarse a la libertad. Aun así, Ganix había conseguido una chispa de luminosidad en esa cara triste.

Aner entrelazó las manos de Ganix y Erlea y acompañó el acto con unas breves palabras. Su beso, más corto que el de Ixaka y Aiala, también fue acompañado de fuertes aplausos y silbidos.

—¡Que empiece el convite! —gritó alguien después de cerciorarse de que nadie más quisiera celebrar su boda aquel día.

Galtxagorri y Prakagorri se lanzaron sobre un pedazo de carne recién asada. Los dos estiraron a la vez hacia atrás y lo único que consiguieron fue caer sobre la mesa dando varias piruetas acrobáticas. Las conversaciones subieron de tono, los codos se empinaban para dejar que el vino llegara a las gargantas y un delicioso aroma a asado y miel flotó en el aire. La música empezó a sonar. Las notas se transportaban por el aire. Los pies se volvían ligeros y los cuerpos volátiles. Los nuevos esposos abrieron el baile. A ellos se les unieron varias parejas más, entre las que se encontraban Marz y Maldea. Hasta el llanto del bebé de Anaiansa parecía hermoso en medio de aquellos sonidos que repartían felicidad. Astu agarró del brazo a Saturene y esta aceptó la invitación, gustosa. No recordaba haber bailado nunca, pero le resultó fácil. Ya no se sentía vieja y cansada, tan solo notaba una grata sensación que recorría su cuerpo. Una risita aguda salió de su garganta.

El cielo estaba azul, limpio de nubes y el sol brillaba con intensidad. El lago semejava una inmensa superficie negra sobre la que parecía posible andar. Aner se alejó unos pasos. El bullicio y la algarabía eran notables. Los acordes parecían volar llevados por el mismo viento.

—Tu mente te aleja de la fiesta —escuchó cerca de su oído.

Tixaso notó la mirada de Aner cargada de fuerza y de fuego; un fuego intenso, pero agradable.

—¿Has estado alguna vez en una fiesta?

—Pues claro, nosotros tenemos fiestas.

—Lo que tú digas.

Él sonrió de una forma pícaro, semejante a la mueca que hace un niño, al que se le acaba de ocurrir una travesura que no debería hacer, pero que sabe con seguridad que la va a llevar a cabo. Se colocó delante de ella.

—Escucha —le susurró— y cierra los ojos.

Aner esperó a que ella lo hiciera y le quitó la careta de su cara. Al principio, ella se llevó la mano a la cara para que no lo hiciera, pero él le volvió a susurrar despacio.

—Solo escucha, deja que las notas te envuelvan y te guíen —tomó su mano derecha y la acercó a su propio pecho—. La música se siente aquí, en el corazón, y él la transporta a todo el cuerpo.

La música se escuchaba con claridad, empujada hacia ellos por una suave brisa que hacía que sus cabellos se movieran. Una voz femenina, clara y límpida acompañaba a la melodía.

—Ahora abre los ojos —le dijo Aner— y sígueme. Es fácil, pero debes sentir el ritmo en tu corazón y dejar que la sangre lo lleve por tus venas.

Tixaso comenzó con movimientos titubeantes. Luego todo empezó a ser más sencillo y se vio copiando los pasos de Aner, quien la sujetaba de la mano. En uno de esos pasos sus cuerpos se juntaron y sus miradas también. Los dos danzaban ajenos a lo que ocurría con el resto de los talentos y los talentos se divertían ajenos al baile de Aner y Tixaso. Solo había un ser que se había dado cuenta de ello. Saturene no dejaba de observar los movimientos de los dos. Viendo a Aner y a Tixaso juntos, tuvo una sensación extraña. No estaba segura de si para bien o para mal. Su relación podía llegar a ser algo tanto peligroso como fructífero no solo para ambos, sino también para los sucesos que estaban ocurriendo en el mundo conocido y otros que podían llegar a ocurrir. Y quizás era ella la única que se daba cuenta de lo importante de esa relación y de lo que podría traer consigo. Aner y Tixaso se alejaron unos pasos hacia el lago. Las ramas de los sauces llorones los ocultaron a su vista.

El bullicio continuó durante todo el día y toda la noche. Las almas cansadas de miedo, frío y esclavitud se entregaron a los excesos de la comida, del baile, del alcohol y de la carne. Pero todo parecía armonioso y correcto. Por una vez, no había miedo a morir, sino solo ganas de vivir.

Capítulo XXVI

Cannvea: capital del supremo banelatu del este

Sadoc partió con tranquilidad hacia Cannvea. No tenía prisa. Sobre su tablero particular estaban colocadas todas las piezas, piezas que al menos se habían movido una vez. Todas excepto una, la suya. Y el primer movimiento del suprem le llevaba a Cannvea. Llevaba con él a todo su ejército menos una pequeña escolta de medio centenar de hombres que había dejado en Bankada y los guerreros que tenía Yankel a su servicio. El resto de soldados había sido llamado para seguirlo.

Las huestes de Sadoc ocupaban una larga hilera que se movía al unísono. Primero, los soldados de élite montados en olanos feroces, de fuertes patas, entrenados para enfrentarse a los peligros de una batalla y no retroceder ante ningún obstáculo. A la derecha marchaban los uher, los más poderosos guerreros, que en la batalla se ponían a las órdenes directas del suprem. Por detrás caminaban las fuerzas pesadas, las más numerosas y también las más vulnerables —si es que a un banelatu se le podía considerar vulnerable—. Cerrando la formación marchaban los masatras.

Nadie hablaba durante la marcha, nadie miraba a un punto distinto que no fuera el frente. La fortaleza de aquel ejército se basaba en una férrea disciplina y en un feroz entrenamiento. Sadoc era la batuta de unas huestes que se movían en un estudiado y meditado equilibrio.

Se trasladaron durante una semana sin apenas descansar. Hasta que una mañana en que nubes blancas y pequeñas se movían con rapidez lejanas a la tierra, Sadoc levantó su brazo. Todos obedecieron su llamado y explícito mensaje. Allí acamparon. A partir de ese momento, solo los uher siguieron su estela. Eran exactamente doscientos cuarenta y cinco. Este número no estaba sacado al azar; era el resultado de multiplicar siete por treinta y cinco. El siete era un número principal entre los banelatus. Siete eran los consejeros que elegían al suprem, siete los evocadores de cada una de las capitales, siete los templos sagrados repartidos por siete colinas que formaban un círculo cuyo centro era Bankada. Y treinta y cinco era el resultado de sumar cinco veces el número siete. Cinco eran los días que, según contaba la tradición, había tardado el primer banelatu en construir el templo de Bankada.

Sadoc detuvo su olano. A lo lejos se veía ya la torre cuadrangular del lado oeste de Cannvea.

Maore miró a los ojos de su consejero. Ya no le cabía duda de que le había traicionado, aunque había sabido ocultárselo hasta el último momento. Y había sido una frase, una maldita palabra para ser más exactos, la que lo había delatado. Hacía unos instantes que el guardián de la torre cuadrangular del lado oeste había advertido la presencia de jinetes a lo lejos. Él mismo en persona había ido a avisar a Maore, que en esos momentos se hallaba reunido con su Consejo. Rancandor, el consejero encargado de coordinar la guardia de Cannvea, había contestado ordenando que se abrieran inmediatamente las puertas a Sadoc y a sus uher. Y esa última palabra lo había traicionado.

El suprem del oeste nunca viajaba con sus fuerzas de élite si iba de visita. Solo lo hacía cuando preparaba una campaña. Maore se levantó despacio de su asiento y se enfrentó al consejero que acababa de dar la orden. Desenvainó su espada y la precipitó sobre el vientre de su consejero. El banelatu cayó a sus pies con las manos presionando su herida. Maore no le dio tiempo a intervenir. De un tajo, sesgó su yugular y la cabeza del consejero cayó hacia un lado en una postura imposible. El resto de consejeros se levantó. Maore los miró a todos, preguntándose cuántos de ellos estarían también involucrados y qué les habría ofrecido Sadoc para precipitar el cambio de lealtades. Precisamente, Maore había propuesto a sus consejeros en función de su talento, pero también por su integridad y dignidad.

El mandatario del supremio del este decidió detener al guardián y ordenar la defensa. Quizás aún estuviera a tiempo de cerrar la ciudad a Sadoc y de organizar una resistencia. Aunque todo indicaba que sería inútil. A pesar de todo, lo intentó. Era su deber. Como buen banelatu, estaba convencido de la superioridad de su raza sobre cualquier otro ser viviente del mundo conocido, pero no estaba de acuerdo con los métodos que usaba Sadoc para dominarlos. No estaba convencido de que el camino tomado por Sadoc les llevaría a un mayor desarrollo como quería hacerles creer. Tenía sus dudas. Y esas dudas se las había planteado al suprem del oeste durante las últimas entrevistas mantenidas. Sadoc le había tanteado a través de mensajeros y de correos. Y, como no había obtenido los resultados que deseaba, había usado otra táctica, o quizás las hubiera simultaneado. Había sembrado la división entre sus colaboradores hasta hacer que el mismísimo veneno corrompiera las venas del supremio del este.

Maore había tomado sus precauciones. Había puesto a funcionar su red de espías y de contactos para conocer de primera mano las intenciones del suprem. Pero estaba claro que sus medidas habían sido insuficientes. Había creído que el supremio del este estaba a salvo de las maquinaciones de Sadoc y que, si este persistía en sus intenciones, le resultaría fácil unir fuerzas en torno suyo y resistir lo suficiente para que Sadoc retirara sus tropas. Ahora ya no tenía muy claro que siguiera teniendo el poder.

Llamó al guardián que acababa de salir por la puerta y le dio la orden directa de cerrar todas las entradas de la ciudad y de llamar a su guardia personal y al ejército. Como si le hubiera escuchado, el líder de las fuerzas armadas, Tédrano, apareció por la puerta. La mente de Maore empezó a funcionar con rapidez para dar las primeras órdenes. Pero para su sorpresa, Tédrano lo único que hizo fue pararse en seco delante del guardián, desenfundar su espada y darle muerte allí mismo. Su cadáver quedó enfrentado al del consejero. La sangre se empezó a esparcir por el suelo.

—Tédrano, quedas relevado de tu puesto —dijo delante de los seis consejeros que quedaban aún en la sala. Pero Tédrano no hizo caso, sino que se plantó delante de Maore.

—Esperaremos aquí hasta que llegue Sadoc.

Parecía que todo se ponía en su contra, pero Maore no se daba por vencido. Tan solo se recriminó no haber tomado una serie de decisiones antes, pero quería haber recibido primero las noticias de Tixaso antes de actuar. Su mente pensó en ella. La suerte que podía haber corrido era dudosa. Bien podía estar muerta o haber sido descubierta o, tal vez, se hubiera pasado al enemigo. Aunque esta última posibilidad era remota, Maore decidió que debía considerar todas las

opciones posibles para que las acciones que tomara a partir de ese momento no le llevaran a un punto peor del que se encontraba.

Miró en derredor a sus consejeros. De un vistazo se dio cuenta de que no podía contar con ninguno de ellos, salvo con Ager. Maore levantó su espada bañada en rojo y le hizo un gesto con la cabeza a Ager. Este, como única respuesta, se pasó su dedo índice de la mano derecha por la nariz. El suprem del este lo tomó como una respuesta afirmativa. Elevó su espada por encima de su cabeza y atacó al líder de las fuerzas armadas. Nadie podía desafiar al suprem y quedar impune. Y en este caso, Maore era el encargado de repartir justicia. En el enfrentamiento, los consejeros tuvieron que moverse para dejar espacio suficiente a los contendientes que se movían de un lado para otro con enorme velocidad. Ager aprovechó el constante movimiento para acercarse a la puerta y salir. Se apresuró por los pasillos y se dirigió a su casa. Allí tenía todo lo necesario para sobrevivir unos días, pero debía darse prisa y esconderse. Al primer sitio al que irían a buscarlo sería allí. Si actuaba con rapidez, llegaría a su escondite antes de que dieran la orden de buscarlo.

Intentando no llamar la atención, pero sin demora, se adentró por las calles cercanas al palacio y llegó a la gran casa que ocupaba como miembro destacado del Consejo. No se demoró, ni siquiera llamó a su esclavo para que le ayudara. Tomó una alforja que estaba oculta debajo de su cama y se marchó. Al salir de casa, notó una vibración en el aire. Sadoc acababa de llegar a Cannvea.

En la sala principal del palacio de Maore, continuaba la lucha y siguió así hasta que el propio Sadoc atravesó la puerta. Impertérrito, frío, sumergido en la máscara de cera de su rostro, esperó allí hasta analizar la situación. Los consejeros, uno a uno, al ver al suprem del oeste, detuvieron sus pasos y la lucha entre Maore y el líder de sus fuerzas armadas pasó a segundo plano. Cuando Sadoc se dio por satisfecho, avanzó hacia los dos contrincantes.

—¡Basta! —dijo en un tono lo suficientemente alto como para que todos lo escuchasen, pero sin gritar.

Maore, lejos de darse por vencido, siguió luchando. Tuvo que ser la espada del propio Sadoc la que interceptara el golpe que había dirigido hacia la cabeza del líder. Sadoc hizo uso de su gran fuerza. El combate se detuvo. En la puerta había aparecido media docena de los uher del suprem. Maore sopesó sus posibilidades. En su interior aceptó una derrota momentánea. Sabía que, de momento, no había mucho más que hacer, salvo escuchar la propuesta de Sadoc.

Este se paseó por la sala. En contra de lo que todos esperaban, se dirigió de frente hacia el líder de Maore y, sin preguntar ni mediar palabra alguna, cogió su espada y le atravesó el cuello. Mientras lo tenía ensartado, antes de que el último hálito abandonara su cuerpo, le susurró al oído: «Has dejado escapar a un miembro del Consejo». Sadoc aflojó su espada y el banelatu cayó al suelo. Antes de llegar a él, ya estaba muerto.

Maore esperó quieto. Ni su cuerpo ni su rostro exteriorizaban signo alguno del reciente enfrentamiento.

—¡Salid todos! —pidió.

La puerta se cerró. En la sala solo quedaron los dos supremos. Solo dos uher custodiaban la entrada.

—A dos leguas de aquí —comenzó a hablar Sadoc— mi ejército espera a que el tuyo se reúna con él. Es una invitación que haré solo una vez. Los banelatus estamos llamados a dominar todas las tierras del mundo conocido. Es hora de que todos reconozcan nuestra supremacía. Tengo un plan para terminar de conquistar todos los territorios que nos faltan por dominar. Tú puedes participar en él o quedarte al margen.

—Los banelatus somos superiores. No nos hace falta demostrarlo cada día —Maore contestó a su invitación de manera seria y con palabras medidas.

—No sabes de lo que hablas. Te has refugiado tras estas murallas y has obviado lo que sucede en el exterior.

—Sé muy bien lo que sucede en el exterior y creo que debes dejar las cosas tal y como están. El mundo conocido necesita un equilibrio...

—No he venido aquí para charlar contigo. Necesito tu ejército, aunque mal entrenado y con piezas mediocres en su engranaje, me será útil para mis planes. Puedes ponerte al frente de él y sumarte a la gran victoria de los banelatus, que será recordada por siempre, o puedes seguir escondido tras estos muros. De cualquier forma, yo tendré a tu ejército.

Maore no se movió. Pensó si no hubiera sido mejor opción haber movido a su ejército antes contra Sadoc, pero había sido reacio a enfrentar a los banelatus y aún lo era. Sin embargo, dejar a su ejército en manos de Sadoc significaba perder todos los valores de su raza.

—Tomaré el mando de mis ejércitos —dijo Maore después de sopesar todas sus posibilidades.

Sadoc esperó antes de dar su aprobación. Quería saber cuáles eran las intenciones de Maore. No se fiaba de él y quería tener bien asegurada su lealtad. Ni por asomo iba a permitir que Maore se permitiera el lujo de desertar a mitad de batalla.

—¿Ves esos dos uher de la entrada? —le preguntó Sadoc.

Maore desvió la vista hacia ellos y asintió.

—¿Cuál dirías que es el mejor de los dos?

El supremo los miró con detenimiento y señaló al que estaba más a la derecha.

—¡Acércate! —le pidió Sadoc—. Saca tu espada.

El uher obedeció y le ofreció su espada al supremo.

—No quiero tu arma, quiero que luches conmigo y que lo hagas lo mejor que sepas.

Sadoc y el uher comenzaron a luchar. El silencio de la sala quedó roto por el golpe de los metales. Sadoc hirió al uher en una pierna y después en un brazo. Poco después, Sadoc extendió hacia él su mano izquierda y el uher cayó de rodillas. Notó primero una fuerte presión en la mano, que le hizo arrojar su espada, y, después, se llevó ambas manos al cuello al sentir una fuerte sensación de ahogo. En el mismo instante, una gran bola blanca se elevó en el aire y el uher quedó muerto al instante. Sadoc dominó esa energía y la lanzó contra Maore. Este justo tuvo tiempo de poner sus manos delante a modo de escudo. El impacto, a pesar de ello, fue grande y le tumbó en el suelo. Maore se concentró para repeler aquel ataque. Nunca había notado una fuerza tan grande de la que tener que defenderse. La opresión sobre su pecho era enorme.

—Si me fallas —escuchó a lo lejos la voz de Sadoc—, yo mismo extraeré la vida de tu cuerpo y serás pasto de los perros.

Maore se quedó en el suelo sin moverse. Sus músculos estaban agarrotados, percibía poca luz y respiraba con dificultad. Sin embargo, era un gran guerrero y estaba entrenado para superar retos como aquel. Poco a poco recuperó el dominio sobre su propio cuerpo y se levantó del suelo. La noche empezaba a caer sobre Cannvea. Los banelatus estaban en pie de guerra. Ya no había vuelta atrás.

Capítulo XXVII

El Valle de la Luz

El agua repiqueteaba sobre la superficie de la roca y salpicaba la hierba que crecía alrededor. Tixaso contemplaba la suave caída del líquido que parecía querer acariciar la piedra. Se acercó a la pequeña cascada, puso la mano derecha en forma de cuenco y bebió con avidez. El agua fresca resbaló por su garganta y sació su sed. Le pareció escuchar el sonido de un laúd a lo lejos, aunque quizás fuera su imaginación.

El atardecer era cálido. El viento pasaba entre sus dedos y la hierba, alta, se mecía en un claro homenaje al viento. Miró al frente hasta que un sonido la distrajo. Le pareció escuchar su nombre. Sabía que alguien, en la distancia, requería su presencia. El tiempo de partir había llegado, pero aún tenía cosas pendientes. Debía tomar una decisión sobre Aner. Como si le hubieran leído el pensamiento, Saturene mandó a buscarla.

Varios talantas atravesaron a toda velocidad el árbol de grueso tronco que servía de entrada al valle. Uno de ellos venía herido. Al menos había tenido más suerte que los dos que se habían quedado por el camino. Aner les conminó a que siguieran corriendo a pesar de estar a salvo. Él mismo sujetaba al herido por uno de sus brazos. Perdía mucha sangre.

Durante las últimas semanas, habían tenido que llevar a cabo numerosos rescates como el que acababan de realizar. Cada uno de ellos suponía un grave riesgo para todos. Primero porque los banelatus cada vez estaban más cerca y, segundo, porque podían encontrar la entrada al Valle de la Luz. Pero muchos talantas vagaban por los alrededores sin saber adónde ir y los que estaban dentro se sentían en la necesidad de rescatarlos.

Leoiar ayudó a Aner con el herido. El rey de los talantas del sur se preguntaba si en esas condiciones iba a ser posible seguir el plan trazado y abandonar el valle. Aner le aseguraba una y otra vez que lo harían, pero ese momento parecía dilatarse en el tiempo.

Ixaka fue a avisar a Astu. El mago llegó acompañado por Saturene. Quienes no sabían su verdadera procedencia, la tenían por una maga talanta, un tanto extraña eso sí, pero ¿acaso no lo eran todos los brujos? Además, Aner siempre la llamaba Sorgin, nombre que contribuía a confirmar ese parecer. Existían rumores, habladurías. Algunos les hacían caso, otros no, y a la mayoría no le importaban.

Astu dio al herido una infusión que lo dejó dormido. Se quejaba entre dientes y meneaba la cabeza. Hizo salir a todos.

—Tenemos que hablar —le dijo Sorgin al oído de Aner cuando coincidieron—. Dentro de media hora, al otro lado del castillo.

Aner pegó un gran brinco y saltó desde lo alto de la muralla. No le sorprendió ver la silueta de Tixaso recortada sobre el atardecer. Ambos se contemplaron sin hablar. Los dos sabían para qué habían sido citados allí. Aner se notó tenso. Si Saturene daba por válida la justificación de Tixaso para enfrentarse, deberían hacerlo en ese momento y el talanta tenía demasiados asuntos en la cabeza de los que ocuparse. La espada banelatu que ahora le acompañaba chocó contra su gemelo izquierdo. No se llevó la mano hacia ella, entre otras cosas, porque habría sido mal entendido, pero fue consciente de su presencia. Hacía días que no coincidía con Tixaso. Desde el día de la boda de Ixaka apenas habían hablado y, en cuanto empezaron a llegar más talantas, había desaparecido. Tan solo formaba parte de los comentarios de los que llevaban más tiempo cuando les contaban a los recién llegados que entre ellos había una banelatu a la que Aner protegía. Ella se había vuelto invisible para sus ojos. Quizás fuera mejor así.

Tixaso solo se movió cuando notó la presencia de Saturene. Aner también lo hizo. Los dos esperaron en silencio el veredicto de la vieja banelatu.

—No considero a Aner un peligro para los banelatus —empezó diciendo—. El verdadero peligro viene de otro lado, por eso Maore te envió a Bankada. ¿No es así?

La aludida contestó de forma pausada.

—Los motivos por los que fui enviada a Bankada no vienen al caso con lo que aquí se trata —dijo muy despacio— y yo sí creo que Aner es un peligro para nosotros. Más, después de haber conocido tu experiencia. Tú ya no eres una banelatu.

—¿Qué experiencia? —preguntó el talanta. Aunque no fue respondido y Saturene se dirigió de nuevo a Tixaso.

—¿Acaso no entiendes aún que vuestros destinos están unidos y que tú no puedes disponer de ellos?

—Aner y yo pertenecemos a mundos diferentes, separados, divergentes, que nunca se encontrarán.

—Dices que nuestros mundos son divergentes. Si lo son es porque una vez estuvieron unidos y de ahí divergieron. Solo hace falta que todos estemos dispuestos a retroceder un poco para volver a unirnos.

—Tú ya no eres una banelatu —le dijo de nuevo Tixaso muy convencida.

La joven banelatu se había encerrado en su máscara más fría y hermética, en su disciplina más rígida. Había vuelto a ser la banelatu para la que fue concebida. Quizás en aquel valle había olvidado su misión, pero aquella llamada que había sentido esa misma tarde le había recordado quién era. Se había reprochado haber sido tan débil, haberse dejado llevar por Aner y había decidido poner punto final a todo eso.

—Vuestros destinos ya no pueden separarse. Os he visto juntos. Sois la única esperanza que

tenemos. No conoces al verdadero Sadoc. El suprem es un peligro no solo para los talantas, también lo es para los propios banelatus.

—No insistas. Mi sitio está entre los banelatus. Aner te hizo débil. A mí no me pasará lo mismo.

Saturene siguió hablando pausadamente. Sabía que estaba perdiendo a Tixaso, pero ella no debía perder la calma.

—Mi veredicto es el siguiente —dijo con autoridad y voz clara—. Os convierto al uno en el guardián del otro.

—No puedes hacer eso —intervino Aner, que hasta ese momento había permanecido en silencio, dando un paso al frente—. No puedes convertir en mi guardián a alguien que quiere matarme.

—Por eso mismo lo hago.

—Estoy dispuesto a enfrentarme a ella si...

Aner se detuvo al ver la cara de Saturene que lo miraba con severidad.

—Ese es mi veredicto y los dos debéis acatarlo.

El talanta miró a Tixaso. Permanecía hierática.

—Quiero vuestro juramento —les dijo a ambos—. ¡AHORA! —su voz sonó como un trueno en la distancia—. ¡Aner! He dicho ahora.

El talanta se acercó hasta la vieja banelatu. A lo lejos se estaba formando una pequeña tormenta. Los relámpagos parecían pequeños latigazos dados al cielo. Sacó su espada y esperó.

—¡Tixaso! Ahora.

La joven se acercó. No era lo que quería, pero estaba obligada a cumplir las normas de sus antepasados y a someterse a ellas. Sacó su espada y esperó.

—Ligad vuestras espadas —les pidió Saturene

Las espadas banelatus se movieron hasta chocar suavemente mientras cada uno apuntaba al pecho del otro.

—Ahora, proclamad el juramento. Tú primero, Aner.

—Lo juro —dijo a regañadientes.

—¿Juras, qué?

—Cumplir la sentencia de Saturene.

—¡Exprésala! Y no me mires a mí, mírala a ella —le dijo al ver que Aner torcía la cabeza hacia donde estaba.

—Juró defender y proteger tu vida, Tixaso.

—Ahora es tu turno.

—Lo juro.

—¿Juras, qué? —repitió Saturene.

—Cumplir la sentencia de Saturene.

—¡Exprésala!

—Juro defender y proteger tu vida, Aner.

Los dos separaron sus espadas. Aner extendió su brazo izquierdo. Tixaso le hizo un corte suave en el antebrazo, que le resultó abrasador y llenó su cuerpo de un dolor agudo. Se mordió la lengua para no expresar nada y no dejó de mirar a Tixaso a los ojos, sin cambiar el gesto de su semblante. Después fue ella la que estiró el brazo. Aner repitió el ritual. Desde ese momento, sus espadas reconocerían al otro y no les producirían heridas graves si se cruzaban.

—Hecho está y está hecho —dijo Saturene.

El tiempo pareció detenerse en ese momento. Los tres permanecieron sin moverse tras las piedras caídas de la muralla del castillo. La tormenta se acercaba, curiosa, a ver lo que ocurría.

Aprovechando el sonido del trueno y la oscuridad que acompañó a la tormenta, Tixaso desapareció.

—¡Espera! —le gritó Aner. Pero el suyo fue un grito al vacío, a la nada.

—No es el momento —le dijo Saturene—. Regresemos.

—Necesito estar solo.

Sorgin apoyó su mano en el hombro del talanta y aseveró con la cabeza. Se marchó y lo dejó solo. Las primeras gotas cayeron poco después, gruesas, cálidas. Fueron pocas y pasaron enseguida. Aun así dejaron su huella de humedad en su ropa.

Aner se sacudió la camisa. Sus botas hicieron ruido al chocar contra la madera del pórtico. Estaba cansado. El juramento que acababa de hacer no solo le había dejado mil preguntas en la cabeza, también sentía un terrible cansancio en todo su cuerpo. Abrió despacio la puerta de su casa. Ni siquiera tenía ganas de cenar. Solo deseaba tumbarse en la cama y cerrar los ojos.

Pero aquella noche, sus deseos no iban a ser escuchados. Dentro de su casa, lejos de paz y

tranquilidad, encontró una gran actividad. Nada más entrar casi se da de bruces con Luar y Meder. Su grupo había sido rescatado en los alrededores del bosque hacía dos días. Aner no había tenido mucho tiempo de estar con ellos y tampoco lo había buscado. Se alegraba de que Luar y su familia estuvieran vivos, pero se le hacía insoportable reencontrarse con Meder. Sin embargo, parecía que Ixaka había tenido ese tiempo que a él le había faltado. Lo buscó con la mirada. El joven lucía una de sus maravillosas sonrisas. En cuanto lo vio entrar, se dirigió hacia él. Le puso una mano en la espalda mientras le comentaba lo maravilloso que era que la familia estuviera de nuevo reunida. Ixaka lo acercó a la mesa y le hizo sentarse. Erlea, solícita, le sirvió una copa de vino, después se alejó hacia la cocina donde Aiala y Dulanto ultimaban los detalles de la cena.

Ixaka había insistido en que se preparara la comida preferida de Aner. Lo quería de buen humor. Sabía que entre Luar y él había habido sus diferencias y la rivalidad con Meder, principalmente debida a la lucha por Zarala, era manifiesta. Pero él había hecho una promesa a su hermana en el lecho de muerte y la iba a cumplir. La familia y el clan eran lo primero.

Los hombres se sentaron después de que lo hiciera Aner, justo cuando sus sobrinos pequeños corrieron a saludarlo. Lordi, el mayor, se quedó un poco más atrás, pero Almika se sentó en su rodilla derecha y Burni se colocó al otro lado, muy pegado a su hombro. Por un instante sintió nostalgia de su propio hijo al que ya nunca conocería. Los niños estaban bastante más delgados de lo que recordaba, pero parecían bien de salud. Almika se recostó contra su pecho, se metió el dedo gordo en la boca y cerró los ojos. Aner le retiró el pelo de la cara, pero el mechón volvió a caer sobre su mejilla.

Los hombres empezaron a hablar. Ixaka, colocado al lado de su hermano Luar, parecía envuelto en una inmensa nube de alegría. A su derecha se había colocado Meder. Ganix ocupó un asiento entre el jefe del clan y Astu. Aner los miró a todos mientras sentía en su nuca la respiración agitada de su sobrino mayor y en su pecho la tranquila y relajada de la pequeña Almika. Cuando su madre salió de la cocina y vio a sus hijos pegados a Aner, fue hacia ellos y les recriminó que estuvieran allí.

—¡Oh! Almika se ha dormido —dijo con el tono cambiado, más meloso, al ver a su pequeña.

—Yo la acostaré —se ofreció Aner—. En cuanto a Lordi, si Luar no tiene inconveniente, creo que ya es lo suficiente mayor como para comer con los adultos.

Dulanto miró a su esposo. A este le bastó un signo negativo de su cabeza para que ella comprendiera. Se llevó a sus dos hijos varones a la cocina y luego siguió a Aner hasta uno de los cuartos donde acostaron a la pequeña.

—Todavía no te he dicho lo mucho que siento la muerte de Zarala.

Aner asintió mientras le daba las gracias.

—Supongo que ha sido muy duro para ti.

—Lo es, Dulanto. Aún la extraño mucho.

La mujer lo abrazó. No sabía qué más podía hacer en ese momento. Almika respiró con más

fuerza en ese instante y se volvió de lado. Los dos la miraron.

—Siempre he dicho que se parecía a ella —dijo con los ojos brillantes y la voz entrecortada.

El joven posó su mano en el hombro de la mujer. Salieron a la sala donde ya estaban colocando las viandas.

Luar miró con dureza a su cuñado. Estaba molesto por el comentario que había hecho acerca de su hijo mayor. Él y solo él era el responsable de tomar decisiones sobre su vástago. No le gustaba que nadie se inmiscuyera en esos asuntos. Ixaka también miró a Aner cuando tomó asiento. Parecía llevar en su cara una de esas máscaras que tan bien sabía usar y que hacía su mente impenetrable. Dulanto achacó su tristeza a la reciente pérdida, mientras que Aner solo deseaba que se fueran cuanto antes para poder irse a descansar. Pero el resto de los allí reunidos no pensaba lo mismo. Aún tardaron en marcharse.

Luar y Meder fueron los últimos en salir. La noche, envuelta en el canto de un grillo, estaba tranquila y templada. Cuando se alejaron unos pasos, Meder puso su mano izquierda sobre el pecho de Luar y lo detuvo.

—No deberías dejar que Aner se inmiscuyera en tus responsabilidades.

—No lo hago —replicó este un tanto molesto.

—Sabes a qué me refiero. Lordi es tu chico.

—Como has podido ver, no he dejado que tomara la decisión.

—Tú sigues siendo el cabeza de familia. Aner debe respetar de una vez el orden de mando del clan.

—Me encargaré en persona.

—Así lo espero —le replicó Meder, dando por zanjada aquella conversación.

El jefe del quinto clan de los talantas estaba bastante enfadado porque Aner no les había dejado participar en el rescate de ese día ni en el que se llevó a cabo el día anterior. Meder quería que se respetara la línea de mando que correspondía a su clan, sin darse cuenta de que su clan ya no existía. Al menos, no de la forma en que una vez había sido.

Los sucesos se precipitaron en los siguientes días. Todas las acciones tomaron un ritmo vertiginoso. El destino estaba presto a cobrarse sus víctimas y sus héroes. El mundo conocido había llegado a un punto sin retorno.

Aner estaba sentado en frente de la mesa que le servía de estudio, pero, al contrario de otras veces, esta se encontraba vacía. Había recogido todo con cuidado. Al entrar en su habitación, le había parecido ver una sombra saltando por la ventana, pero al asomarse a esta no había

encontrado nada raro en las cercanías. Luego, al volver sobre su escritorio, se había quedado con la impresión de que había algo fuera de su sitio. Por eso había ordenado los papeles. Necesitaba comprobar que no faltaba nada. Aparentemente, todo parecía estar en orden.

Cuando entraron Ixaka y Leoiar, el joven jugueteaba con algo en la mano. Se trataba de los imanes que le había dado Tixaso. Los hizo rodar por su mano un par de veces más y después se los guardó en su bolsillo.

—¿Cuántos talantas crees que puedes juntar? —preguntó a bocajarro Aner casi sin dar tiempo al rey de los talantas del sur a sentarse.

—Seis mil, seis mil quinientos si mi pueblo ha conseguido refugiarse en el desierto.

—El norte ha sido más castigado. No creo que lleguemos a los cinco mil.

—Eso suponiendo que todos quieran luchar —expresó Ixaka en alto.

Los tres compañeros se quedaron unos instantes en silencio, meditando la situación en la que estaban.

—Lo haremos pasado mañana —comentó Aner rompiendo el silencio—. Abriremos el pasillo para que podáis ir a vuestro reino. Nos juntaremos en cuatro semanas en el lugar convenido. Una vez que salgáis de aquí, enviaré emisarios a los distintos pueblos que aún quedan libres o cuyas posiciones han abandonado los banelatus. Nosotros transportaremos las armas que dejéis y los víveres.

—Necesitaremos más armas y muchos puntos de abastecimiento para mover a un ejército como el nuestro.

—Lo sé. Me estoy encargando de ello —dijo Aner.

—Entonces, lo prepararé todo para dentro de dos días.

—Sed discretos. La gente se puede poner nerviosa.

Leoiar e Ixaka se levantaron. Había muchas cosas que preparar y que decidir.

—¡Ixaka! —le detuvo la voz de su cuñado—. Debemos hablar.

El joven bajó la voz tanto que sus palabras se convirtieron en susurros.

—Galtxorri y Prakagorri han sabido que Sadoc en persona ha ido a Cannvea. Parece que ha asumido el mando de los dos ejércitos.

—¿Y Tixaso?

—No lo sé. Hace un par de días que no la veo.

—¿Crees que se ha marchado?

—No creo que se fuera sin despedirse. De todas formas, eso da igual ahora. Quiero hablarte de algo. Sé dónde podemos encontrar armas, pero necesito que me acompañes.

—¿Me estás hablando de dejar sola a Aiala?

—No nos alejaremos mucho. Partimos en una hora.

—No me dejas mucho margen de maniobra.

—Despídete de ella, pero no le digas adonde vamos.

—Me calará.

—Entonces, no le digas nada. Sé bueno y, por una vez, obedéceme.

A la hora convenida, Ixaka se reunió con su cuñado detrás de la muralla del castillo. Aner ya estaba allí. Llevaba una bolsa con comida, varios odres de agua y varias cuerdas. Los dos geniecillos esperaban cerca, junto a un carro tirado por un caballo viejo. Al lado aguardaba otro caballo sin ensillar.

—¿Para qué esas cuerdas? —le preguntó inocentemente Ixaka.

—Por si tenemos que escalar.

—Muy gracioso.

Aner le hizo caminar durante dos largas horas a un ritmo endiablado. Agarraba fuerte las riendas del caballo viejo que, a su vez, tiraba del carro. Su cuñado le seguía, entre resoplido y resoplido, mientras intentaba mantener su ritmo y se preguntaba si no sería mejor subir al carro y que fuera el caballo quien hiciera el esfuerzo.

—¿Me vas a decir ya adonde nos dirigimos?

—Supongo que ya es hora de que lo sepas. Vamos a ver a Suge.

—¿A quién?

—Al dragón —le aclararon Prakagorri y Galtxagorri al unísono.

—Los dragones no existen, así que supongo que vamos a visitar a alguien con ese mote, ¿no? —dijo esperando corroborar su deducción.

—Vamos a ver un dragón de verdad. De los que escupen fuego —le contestó Aner muy serio.

—¿Sabes? Eso me tranquiliza. Si no quieres decirme la verdad, entonces, no haré más preguntas.

Sin embargo, el joven Ixaka no pudo aguantar la curiosidad.

—¿A qué dragón vamos a visitar?

—A uno muy especial que nos puede proporcionar lo que necesitamos.

Caminaron aún una larga legua antes de que apareciera una gran pared vertical ante ellos.

—¿Pretendes que escalemos esta pared?

—No, solo pretendo hallar la entrada a la cueva. Galtxagorri y Prakagorri están aquí para eso. Ellos nos orientarán, nos lo harán saber cuando la encuentren y nosotros buscaremos el mejor sitio para llegar hasta ella.

—De ahí las cuerdas —dedujo Ixaka.

Los dos geniecillos se pusieron a revolotear cerca de la gran pared.

Ixaka se sentó a esperar. No sabía si le aterraba más la idea de escalar esa empinada pared o la de entrevistarse con un dragón. Aner parecía muy convencido de que iban a ver uno. Se llevó una pajita a la boca y la mordisqueó con los dientes para entretenerse. Al poco rato, Galtxagorri anunció la localización de la entrada a la cueva. Aner les preguntó si estaban seguros de que era esa. Los dos afirmaron con vehemencia.

—Está bien. Allá vamos.

Les costó un rato preparar las cuerdas y otro rato más largo llegar hasta la boca de la cueva. Por fortuna, esta era lo suficientemente grande como para pasar por ella sin tener que agacharse.

—¿Has visto alguna vez un dragón? —le preguntó Aner.

—Me encuentro con uno de ellos todos los días al amanecer.

—Ja, muy gracioso.

Las antorchas que acababan de encender iluminaron un estrecho pasillo algo más alto que un hombre. Caminaron despacio, apretados a las paredes sobre las que rebotaba la luz y en las que se formaban vetas de colores.

—Ese dragón que vamos a visitar... ¿sabe que venimos? —preguntó Ixaka.

—No.

—¿Y crees que nos recibirá bien?

—No creo que seamos bienvenidos. Habrá que ser sutiles, utilizar muchas dosis de paciencia y dotes de convencimiento. Para eso último te he traído hasta aquí.

El joven caminaba muy cerca de Aner. No se sentía cómodo sumergiéndose en las entrañas de

la tierra. Prefería mil veces tener el cielo sobre su cabeza a un montón de rocas.

En el poblado de la colina había mucha actividad a esas horas, aunque, aparentemente, todo parecía tranquilo. Los hombres de Leoiar empaquetaban sus cosas y preparaban la marcha para dentro de dos días. Cada talanta iría bien protegido y portaría dos armas, salvo los cuatro encargados de transportar la comida y la bebida. Ellos llevarían bastante peso sobre sus espaldas, por lo que sería imposible que a la vez pudieran defenderse de los banelatus. A cambio, cuatro talantas se encargarían de su protección. Lo habían ensayado decenas de veces en los últimos días para que, dentro del caos propio del enfrentamiento, las acciones salieran lo mejor posible. El rey se encargaba de supervisar todo. No quería dejar ningún cabo suelto y mucho menos permitir que en el último momento hubiera que tomar decisiones al azar.

Meder vio pasar una sombra por la ventana. La habitación que ocupaba estaba en penumbra y con las cortinas cerradas. En sus ojos había un brillo especial y una mueca dibujada en sus labios. Tirsó golpeó tres veces la puerta y la empujó sin esperar a que nadie le concediera permiso para entrar.

—Aner no está en la aldea —dijo Tirsó nada más encontrarse.

—¿Estás seguro?

—Me ha costado un poco averiguarlo, pero me he enterado de que él e Ixaka han salido con un carro y un caballo.

—Entonces, creo que ha llegado la hora.

Tirsó salió y fue a cumplir los encargos que los dos habían preparado. Desde la llegada al Valle de la Luz, Meder y Tirsó se habían hecho amigos. Si bien era cierto que no tenían mucho en común, habían descubierto por casualidad, en medio de una charla, al parecer sin importancia, que los dos sentían algo parecido al odio por Aner. Y ese hecho había creado un vínculo entre ellos que no se hubiera producido en otras circunstancias.

De la casa de Aner salía un olor ácido, como a leche fermentada. Tixaso entró y el olor nauseabundo cobró vida haciéndose más patente. Claro que dentro de la casa estaban Astu y Saturene. Y con ellos juntos se podía esperar cualquier cosa. Tixaso había atravesado el poblado y acababa de pasar por delante de la casa de Meder.

—¿Y Aner? —les preguntó.

Ellos, sin levantar la cabeza del caldero que tenían delante, le informaron de que Aner había partido hacía unas horas y les había comentado que no le esperaran a cenar. Tixaso se fue sin hacer ningún comentario más. En cuanto estuvo fuera, se detuvo en la puerta, entró de nuevo y se dirigió al cuarto de Aner. Seguramente, Astu y Saturene ni se enteraron. El cuarto del talanta estaba perfectamente ordenado. No había nada fuera de su sitio. Tixaso tomó una pluma, tinta y un

trozo de pergamino y escribió unas líneas. Después dejó el escrito sobre la cama de Aner y se fue.

Caminó erguida entre las casas de la pequeña aldea, descendiendo la colina. Llevaba puesta la caretesa de la que solo destacaban dos ojos oscuros y redondos. Su traje oscuro la hacía parecer más delgada y alta. En su cintura colgaba su espada banelatu de doble filo. En una pequeña bolsa había recogido algo de comida y un poco de agua. Andaba con pasos largos y firmes, acompañando su caminar con un movimiento de sus brazos que parecían darle impulso. Llevaba el pelo recogido en una larga coleta, sujeta con lazos de color negro que apenas destacaban del color de su propio pelo. Se detuvo unos instantes delante de la tumba de Zarala y depositó las últimas flores. Miró en derredor para comprobar que nadie la estuviera viendo en esos instantes y se acercó sigilosa al árbol que permitía el acceso entre el bosque y el Valle de la Luz. Volvió su cabeza por última vez hacia los talantas, hacia Aner ausente, y salió.

El bosque estaba tranquilo, no se apreciaban rastros de banelatus en los alrededores. Cogió aire y comenzó a correr con tal delicadeza que sus pies apenas rozaban el suelo. Con la mente puesta en su misión y en Maore, partió hacia Cannvea.

Meder observó el grupo de talantas que había reunido. Todos estaban de acuerdo con él y había sido fácil convencerlos. El plan era sencillo. Encontrarían a los banelatus, les mostrarían una bandera blanca y entablarían conversación con ellos. Meder estaba convencido de que era lo mejor y lo más inteligente por su parte. Si los banelatus querían a Aner, él se lo daría. Les mostraría el camino hacia él a cambio de que dejaran marchar a su grupo. En cuanto a las mujeres y los niños, se unirían a ellos una vez que establecieran las condiciones para que les dejaran marchar en paz. El jefe del quinto clan de los talantas había repasado su plan una y otra vez en la cabeza. Tenía que funcionar. Y la ausencia de Aner le había puesto el momento en bandeja. No debían demorarse, porque no estaba seguro de cuánto tiempo iba a estar fuera de la aldea de la colina.

Luar miró con cierta desconfianza a su jefe. No entendía a qué venía tanta camaradería con Tirsó, al que conocía tan solo de hacía apenas un par de días. Cuando se enteró de que iban a salir del valle, se preguntó qué tramaba Meder; aunque no era difícil adivinarlo. Entre Meder y Aner continuaba la rivalidad de siempre. Aner no había contado con él para sus misiones de rescate y Meder debía querer protagonizar una para demostrarle a Aner que era capaz de hacerlo.

El jefe del quinto clan de los talantas sabía que tenía la confianza de todos aquellos hombres. Los repasó con la mirada mientras daba las últimas órdenes hasta que sus ojos se posaron en Luar. El talanta era un gran guerrero, fuerte, aguerrido y valiente. Pero no sabía el verdadero alcance de la misión que estaban a punto de comenzar. La conocería a su debido tiempo. Meder había dudado sobre si contárselo o no. Al final, había decidido que era más oportuno callarlo. Había tenido miedo de que, en última instancia, tirara más la sangre y Luar sintiera que tenía una deuda hacia su cuñado debido a Zarala y eso le hiciera reacio a participar en su plan. O lo que era peor, que se lo contara. Pero eso ahora no tenía mayor importancia, porque, una vez que lograsen la libertad, ¿qué era la vida de un talanta en comparación con la posibilidad de que cientos de talantas pudieran vivir libres en el oeste? ¿No era poco el precio del sacrificio de Aner a cambio de la vida de centenares de ellos? Y todo eso se lo deberían a él y a su inteligencia. En cuanto a Ixaka, no estaba

muy seguro de si su ausencia era buena o mala. Aceptó que había ocurrido y ya está. Si llegaba a tiempo, podría elegir irse con ellos y, si no lo hacía, él mismo sería el que habría escogido morir.

—Saldremos de inmediato —confirmó Meder.

El dragón al que iban a visitar Aner e Ixaka tenía forma de una enorme serpiente. Según le había contado la propia Lamin, se alimentaba de animales grandes como caballos o burros y algunas veces había raptado seres humanos. A estos los ahogaba y se los comía o, simplemente, se entretenía volviéndolos locos. Surcaba el cielo a gran velocidad y dejaba tras de sí una estela de fuego. Un temible grito salía de su garganta. Pero Suge era también el guardián de un gran tesoro. En las entrañas de aquella montaña se guardaban monedas y oro que Aner necesitaba para comprar alimentos y animales, adquirir vestidos y pagar a los soldados. Aunque la mayoría de ellos iba a luchar por defender sus propias tierras y familias —lo cual ya era una ventaja y una motivación—, el dinero siempre era un aliciente que pesaría sobre los indecisos. Pero lo que más le importaba a Aner, lo que con mayor interés iba a buscar, eran las armas que Suge guardaba. Lamin le había comentado que bajo su vigilancia había cientos de escudos de madera, forrados con piel, confeccionados por los habitantes del bosque hacía cientos de años, pero tan resistentes que podrían repeler una espada banelatu. También había corazas de cuero tejidas de tal manera que era imposible que una espada penetrara en ellas. Además de dagas, espadas, lanzas, arcos y flechas. Y todo eso le interesaba a Aner porque había estudiado el comportamiento de los imanes con los escudos y protecciones de metal. Si era cierto, como creía Tixaso, que Sadoc iba en busca de un imán gigante que redoblara el poder de su energía, también era cierto que ese imán podría actuar sobre las protecciones de metal de los talantas, haciendo que sus movimientos fueran torpes e inútiles en el campo de batalla. Si conseguía que el mayor número posible de talantas llevaran ese otro tipo de defensas, podría neutralizar esa fuerza.

A medida que avanzaban hacia las entrañas de la tierra, el calor se hacía más sofocante y un olor fuerte y penetrante convertía la respiración en una ardua tarea. La oscuridad, sin embargo, iba cediendo. Cada vez se veían las paredes con mayor claridad y los techos se iban elevando. En el silencio de aquella enorme madriguera, se percibía con claridad el sonido del agua al filtrarse entre las grietas de las rocas y de la tierra. Un grito horrendo surcó el aire. Los dos talantas sintieron cerca un hálito fétido que los paralizó. Aner, después de recuperarse de la primera sorpresa, elevó un poco su antorcha para ver mejor.

—¿Quién ha osado invadir mi casa? —tronó una voz hueca y grave que sonaba como un trueno.

—Venimos a ver al gran Suge —dijo Aner mientras los dos geniecillos se escondían detrás de Ixaka, que es el que estaba más cerca de la salida.

En el interior de la cueva se escuchó otro gran rugido, ahora ampliado por el eco de la estancia. La luz se difuminaba dentro, procedente de un enorme agujero que se veía a lo lejos, en lo alto del techo que recubría la caverna. Un enorme dragón se situó en el centro. El color de sus escamas era oscuro y sus ojos grandes, desprovistos de párpado, con pupilas de forma romboidal. El animal se acercó hacia los visitantes. Ixaka giró la cabeza. Calculó las posibilidades que tenía de alcanzar la salida si a Suge le daba por atacar. Estas se movían entre escasas y nulas. Nunca se había

imaginado que sus días terminarían en el estómago de aquella gran serpiente y no quería que sucediera.

—¿Qué queréis de él?

—Mostrarle nuestros respetos y hacerle una petición.

—¡Mientes! Habéis venido a matarlo —dijo refiriéndose a sí mismo, pero hablando en tercera persona.

—Lamin nos ha dicho que tú podrías ayudarnos en nuestra empresa.

—¿Conocéis a Lamin?

—Ella nos ha acogido aquí y nos ha rescatado de los banelatus.

—Mal ha hecho. Mal por haberos acogido aquí y haber llenado nuestro valle de intrusos. Y mucho peor para vosotros por haberos enviado a mí. Aunque yo me alegro. Hace mucho que no doy un gran banquete. La carne humana es sabrosa.

Ixaka retrocedió unos pasos y con él los geniecillos. Sin vocalizar, le instó a Aner a abandonar aquella empresa antes de quedar atrapados para siempre en una agónica digestión de varios meses dentro del estómago de aquella bestia.

—Necesitamos tu ayuda —prosiguió Aner sin darse por vencido—. Los banelatus están cerca. Si no nos apresuramos, entrarán aquí y destruirán tu hogar. Queremos pedirte que nos prestes armas, escudos y corazas y dinero para poder combatir a los banelatus. Sin ellos, nuestra raza desaparecerá para siempre.

—¿Y por qué debería importarme a mí eso? —cuestionó Suge, a la vez que se acercaba a Aner y parecía querer enroscarse en él. El talanta sintió entonces su aliento muy cerca. Sus músculos se tensaron y barajó las posibilidades que tendría de poder atravesar con su espada la gruesa capa de piel del animal.

Ixaka, algo nervioso, se daba cuenta del desequilibrio que significaba aquella conversación que no llevaba a ninguna parte que no fuera el estómago del tal Suge.

—Los banelatus no se conformarán con nosotros, después vendrán también aquí. Destruirán la belleza de este lugar y os esclavizarán como llevan haciendo años con nosotros. Hemos de unir nuestras fuerzas —intervino Ixaka por fin.

Su voz llamó la atención de Suge, quien se movió hasta él. El joven abrió mucho los ojos. Quería moverse, pero sus pies parecían estar adheridos al suelo. Aner volvió a hablar para atraer hacia él la atención de Suge.

—Te hemos traído un caballo a cambio de tu préstamo.

—¿A eso que habéis traído con vosotros le llamas caballo? —dijo el dragón. Tras la pregunta

vino una especie de sonido que parecía querer ser una risa. Suge se deslizó por el suelo y se quedó a los pies de Aner. El talanta se quedó quieto. El dragón comenzó a moverse por sus piernas, enroscándose en su cuerpo. Aner sentía la presión conforme ascendía hacia su tronco.

Meder, convencido de lo que hacía, guio a sus hombres hacia la salida. Les pidió silencio y miró a ambos lados antes de salir al bosque. El paisaje cambió de pronto. La luz llegaba ahora tamizada por los cientos de ramas que se anteponian a los rayos del sol. No les fue difícil encontrar a los banelatus. O, mejor dicho, los banelatus los encontraron a ellos. Meder sacó su trazo blanco y lo enseñó para que los enemigos pudieran verlo con claridad. Yankel ordenó a sus hombres que los rodearan. Él mismo se acercó a Meder y le habló mientras le apuntaba con su espada. Conocía el idioma de los talantas. Aunque entre un banelatu y un talanta nunca había demasiado diálogo —puesto que los banelatus tomaban y no preguntaban—, había aprendido su idioma. Prefería parlamentar y preguntar él mismo a ser traicionado por un traductor inepto o que pretendiera engañarle.

—Sabemos dónde se esconde Aner —dijo Meder. Luar abrió mucho los ojos sin entender qué pretendía su jefe. Había salido creyendo que iban a hacer una ronda para ayudar a posibles talantas y se encontraba rodeado de banelatus y con aquellas palabras de Meder. Sabía que entre él y su cuñado siempre había habido una gran rivalidad, pero de ahí a traicionar así a Aner había un abismo.

Las palabras de Meder despertaron el interés de Yankel.

—A cambio de decírtelo, queremos nuestra libertad y la de nuestras familias que se encuentran con nosotros. Y tú tendrás lo que buscas.

Luar apretó los puños. Estaba confundido.

—¿Qué te hace pensar que no puedo sacarte a la fuerza esa información y después mataros a todos aquí mismo?

El pánico recorrió los rostros de aquellos hombres que se encontraban rodeados por una fuerza más numerosa y fuerte que ellos. Meder continuó con su estrategia.

—Si no regresamos de inmediato, uno de mis hombres que se ha quedado en el refugio avisará a Aner y se te volverá a escapar.

Yankel miró a aquel talanta insolente que se había atrevido a negociar con él, pero no hizo ningún comentario. En poco tiempo repasó las posibilidades. Y solo había dos: o el propio Aner les había tendido una trampa y mandaba a esos talantas como cebo o bien ese talanta decía la verdad y había traicionado a Aner. Fuera cual fuera la verdadera causa, él tenía una misión y esa misión era entregar a Aner a Sadoc vivo. No podía desaprovechar esa oportunidad que se le ofrecía. Repasó las fuerzas de las que disponía. Por muchos hombres que hubiera conseguido reunir el talanta, ellos eran más.

—Llévame hasta él.

—Tienes que prometer que nos dejarás libres.

—Os dejaré libres, pero ahora llévame hasta Aner. Si intentas cualquier cosa que no sea lo que has venido a ofrecer, tú serás el primero en morir.

Luar se quedó intranquilo. Un banelatu nunca hacía concesiones y lo de dejar libres a aquellos que entregaran a Aner no cuadraba dentro del comportamiento de aquella raza cruel y despiadada. De aquello no podía salir nada bueno. Y, aunque consiguieran la libertad y Aner estuviera de acuerdo en sacrificarse por todos ellos, no estaba seguro de que ni Ixaka ni su mujer le fueran a perdonar nunca haber participado en aquel engaño hacia quien era parte de su familia. Y, aunque ellos lo hicieran, ¿podría él mismo perdonarse?

Aner sintió miedo. La frialdad de la piel del dragón se transmitía a su cuerpo y sabía que estaba a su merced. Quizás había sido demasiado confiado en sus posibilidades. Suge ascendía poco a poco, tomándose su tiempo. Ixaka se acercó a él espada en mano, sin estar muy seguro de lo que podría hacer para salvar a su cuñado.

—Vosotros conocéis al dragón. ¿Qué debo hacer? —preguntó un desesperado Ixaka a los dos geniecillos que permanecían detrás de él.

—¿Con quién hablas? —preguntó Suge sin apartar su vista del cuerpo de Aner.

Prakagorri susurró algo en el oído de Ixaka y este repitió lo que le acababa de decir.

—Lamin no te perdonará jamás que mates a Aner —dijo con voz trémula.

La cabeza de Suge se giró deprisa hacia Ixaka y, después, otra vez hacia Aner. El dragón dio una vuelta más y llegó hasta su nuca. Aner cerró los ojos un instante e intentó coger aire. Luego abrió los ojos de nuevo. Suge sopló en su nuca y su pelo se movió, dejando su tatuaje al descubierto. El dragón se rio de nuevo.

—Aner, tximistaren semea. Herensugearen semea⁵ —susurró el dragón al oído de su presa, de tal forma que solo él pudo escuchar aquellas palabras—. A Lamin le gusta jugar con la vida de los demás, pero nunca creí que sería capaz de hacerlo con la de su propio hijo, enviándolo a mí para que me sirviera de comida —continuó en igual tono. Aner se movió confundido. La presión sobre su cuerpo se había aflojado, pero las palabras de Suge habían sembrado confusión en su mente—. Ella nunca te lo ha dicho, ¿verdad? Y nunca lo hará. Tu padre fue muy valiente y muy sensato al alejarte de ella —Suge hizo una pausa—. Te daré lo que me pides. Tómallo ahora, antes de que me arrepienta.

El dragón se desenroscó con rapidez y se perdió en la oscuridad de las entrañas de la tierra.

—¡Espera! —le gritó—. Tengo algunas preguntas.

—Antes de que me arrepienta —repitió.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ixaka tan confundido y atónito que lo único que era capaz de articular eran tonterías.

—Gracias por lo que has dicho —le dijo Aner.

—Prakagorri me lo ha chivado.

—Ahora movámonos y cojamos lo que hemos venido a buscar.

Yankel se detuvo ante aquel grueso tronco tras el que vio desaparecer a Meder. Si hubiera sido un talanta, se habría reído de buena gana. Había tenido la puerta ante sus narices todo el tiempo y no la había visto. Pero era un banelatu y los banelatus no se ríen. Cogió a uno de los hombres que habían llegado con Meder y se lo colocó de escudo antes de atravesar el grueso tronco. Si intentaban matarlo, aquel talanta recibiría el impacto por él.

La luz se apagó de pronto y volvió a encenderse acto seguido. El bosque había desaparecido. Ya no había hojas ni ramas, tan solo un cielo despejado y un gran lago que se veía a lo lejos.

Yankel esperó a que todos sus guerreros traspasaran el árbol. A la brillante luz de aquella tierra, los banelatus parecían más altos, más fuertes y más temibles. Meder parecía muy seguro de sí mismo. Al otro lado, Luar intentaba permanecer lo más alejado posible de aquellos seres. Estaba intranquilo. Meder había permitido la entrada del líder de los banelatus y ya nada podría impedir la masacre. Aunque de momento todo parecía transcurrir tal y como había sido pactado.

Avanzaron hacia la colina. Yankel hablaba con Meder. Este último parecía contento con sus palabras. Los suyos tendrían la libertad en cuanto Aner estuviera en sus manos. Meder se adelantó para avisar a los talantas. A voz en grito les aseguraba que nada malo les sucedería si entregaban a Aner. Poco después, un grito rasgó el cielo. A una orden de Yankel, el guerrero que iba a su lado traspasó con su espada el cuerpo delgado de uno de los talantas que habían salido al bosque. Una mujer que lo vio desde la ventana no pudo reprimir un grito de horror. A partir de ahí, surgió el caos. Yankel hizo desplegar a sus guerreros.

—Recordad que Sadoc lo quiere con vida.

Los talantas echaron a correr. Todo el poblado se volvió loco. En ese momento, Astu miró a Saturene que estaba al otro lado de la sala y observaba por la ventana.

—Yankel está aquí —dijo con una frialdad impropia de la situación, pero apropiada para una banelatu.

—¿Dónde está Aner? —preguntó Astu.

El viejo caballo tiraba con todas sus fuerzas de aquel carro que transportaba más cosas de las que en principio se podía esperar. Un gran cofre con monedas de oro y plata ocupaba la parte

delantera. Por detrás sobresalían espadas, escudos de madera forrados de piel, corazas de cuero, protecciones, cascos, guantes, flechas, arcos... Los dos talantas empujaban desde atrás para facilitar el paso al caballo.

Ixaka y Aner aún estaban lejos del poblado cuando escucharon un gran griterío que llegaba hasta ellos algo amortiguado, pero claro. Se miraron el uno al otro, enarcando las cejas y preguntándose qué podría hacer eso. Soltaron el carro y se encaminaron hacia un promontorio para comprobar si desde allí se veía el poblado. Una columna de humo se percibió clara en el horizonte. Pensaron que un incendio se había declarado en alguna de las casas de la colina y echaron a correr para ayudar a extinguir el fuego. Después de varios pasos y con el corazón bombeando sangre a gran velocidad, el panorama que vieron los dejó sin aliento.

—¿Cómo demonios...? —se preguntó Ixaka en alto.

Aner sacó su espada y se lanzó a la carrera. Golpeó al primer banelatu que se le puso delante con todas sus fuerzas, utilizando la empuñadura de su espada. Y, cuando este se volvió, lo remató con una buena estocada que atravesó sus costillas. El joven gritó preso de ira y enfado. Se movió entre el humo y la gente que trataba de huir.

Leoiar y sus hombres, después de la primera sorpresa, habían constituido una pequeña fuerza de resistencia. Combatían con pundonor y tesón, pero algunos caían en manos de aquellas bestias. Luar buscaba una espada por algún sitio para poder defenderse. Intentaba llegar por todos los medios a la casa que ocupaba su familia. Temía por ellos. Meder, en medio de aquella confusión, había desaparecido y maldita la gracia de su gran idea. Iba maldiciendo su suerte cuando un banelatu se puso a su lado. Por un momento, se quedó quieto, pero su instinto de guerrero pronto le llevó a moverse para huir de su atacante. Este lo siguió hasta que Luar se quedó cortado entre una casa y varios combatientes. Se detuvo. Lo único que encontró cerca fue un bieldo de los que se usan para lanzar al aire la mies trillada y separar el trigo de la paja. Lo usó como defensa, pero un tajo certero de la espada de su atacante partió el palo en dos. Luar se deslizó por la pared en un intento de huir de la espada que amenazaba con traspasarlo. Después de tres pasos, se dio cuenta de que ya no podía avanzar más y se detuvo, esperando el golpe que rasgara su carne. Su último pensamiento fue para su esposa y sus hijos. Cerró los ojos. Escuchó un ruido metálico y luego notó una mano que empujaba de él. A su lado, Aner había detenido el rumbo de la espada de su enemigo. Dio una patada al banelatu y, cuando lo tuvo en el suelo, lo atravesó con su espada. El joven talanta lanzó a su cuñado una espada que había quedado sin dueño.

—Busca a tu familia —le dijo. Y desapareció entre los combatientes.

Ixaka llegó poco después de Aner y se fue con su hermano en busca de Dulanto y de los niños. Desde la ventana de la casa de Aner, parapetados por el muro exterior, Astu y Saturene lanzaban flechas sin parar. Usaban el arco que Tixaso le había regalado a Aner. El caos era grande. No se podía decir si ganaban unos u otros. «Si perdemos», pensaba Leoiar, «las esperanzas de libertad se habrán acabado». Por eso no cejaba de alentar a sus hombres para que combatieran sin piedad, sin desfallecer.

Yankel llevaba la espada en la mano. Apartaba a quien se ponía delante con un fuerte empujón. Lo único que deseaba era encontrar a Aner. Por fin lo vio. Y Aner lo vio a él. De momento, Aner

estaba en la parte alta de la colina y el banelatu en la baja. Eso le daba cierta ventaja. Pero poco después descubrió a varios banelatus que caminaban detrás de su líder. Algunos parecían dejar su lucha para unirse a ellos. Estaba claro que venían a por él.

Leoiar se extrañó cuando varios de los banelatus que combatían junto a él se alejaron sin decir nada. Tardó en comprender cuál era la estrategia de aquel grupo. Siguió sus pasos con la mirada. Él y sus hombres marcharon detrás sin entender hasta que vieron a Aner unas calles más arriba.

—¡Por detrás! —les gritó a los suyos—. Vayamos por detrás a proteger a Aner.

Los combates cesaron de pronto. Los banelatus supervivientes se alinearon enfrente del talanta. «No pienso dejarme coger», pensaba Aner. Notó la boca seca mientras se preguntaba cómo habían entrado los banelatus allí. Y solo había dos opciones: una era el azar y otra la traición. Dio un potente grito y se lanzó a luchar contra Yankel. Este no ofreció resistencia. Tan solo se dedicó a evitar sus golpes. Aner sabía que iba a por él y que lo quería vivo para entregárselo como premio a su suprem. Sabía lo que iba a pasar. Los guerreros de Yankel formarían un círculo alrededor de él, le darían la espalda y no dejarían a nadie penetrar en él. Así hasta que Yankel venciera a Aner y se lo llevaran. Luego acabarían con la vida de todos los demás.

Aner respiraba por la boca con fuerza. Midió sus posibilidades. En su opinión no tenía ninguna, pero debía intentar hacer... algo. «Lo que sea», se dijo, «antes que dejarme apresar». Si hacía falta, él mismo se quitaría la vida. Los ojos de Aner brillaban con intensidad. Por su rostro sudoroso corrían gotas que oscurecían su cara. Dio varios golpes con su espada, que cayeron en el vacío. Los siguientes dieron contra la espada de su enemigo. Los de fuera no sabían muy bien qué sucedía. Hasta ellos llegaba tan solo el sonido de las armas. Leoiar ordenó una carga contra los banelatus que formaban el círculo, pero fueron recibidos por una fuerza semejante a un muro de fuego. Aquella barrera parecía infranqueable. Volvieron a repetir la carga una y otra vez.

Saturene y Astu salieron con cuidado de la casa. Al ser conscientes de lo que ocurría, se quedaron paralizados. Solo la voz de Ixaka logró que se movieran.

—¿Dónde tienes el polvo gris?

—En mi habitación —le dijo el mago.

Ixaka corrió hacia la casa. Tras coger lo que necesitaba, el joven se subió a uno de los tejados. Además de los banelatus que rodeaban a Aner, había muchos más colocados estratégicamente alrededor del poblado. Aquello era una trampa y habían caído en ella. Apuntó y disparó la primera flecha. Aunque tuviera que hacerlo de uno en uno, iba a matar a aquellos animales. La primera flecha se clavó en el estómago de un banelatu. Cayó de rodillas y poco después se dio de bruces contra el suelo, esperaba que muerto. Ixaka volvió a apuntar. Cerca de él, en el tejado vecino, el joven Marz asomó su cabeza.

—¡Salta! —le invitó.

Marz se dio una gran propulsión y se lanzó al vacío. Aterrizó justo en el borde y tuvo que hacer varios equilibrios para no caerse. Los dos jóvenes siguieron lanzando flechas.

Aner sintió un fuerte dolor en su costado, como si alguien le hubiera quemado la carne. Chilló lo justo y apretó los dientes. Se puso de nuevo de pie. La espada parecía pesar más, pero debía mantenerse en pie. Yankel se tomaba su tiempo. No tenía prisa. Su objetivo estaba delante y en pocas horas cabalgaría con su trofeo para unirse a Sadoc. Aner arremetió con fuerza y lanzó una estocada que dio en el cuello de Yankel. Nada vital, pero para Yankel fue peor que una derrota. Sintió que era hora de acabar. Aner se puso en guardia. Sabía que a su enemigo no le había gustado que le hubiera alcanzado. La herida de Aner sangraba abundantemente y se sentía desfallecer. «Debo aguantar», se repetía una y otra vez, «Debo a... guan... tar». Apretó los dientes. Yankel era muy rápido y él cada vez más lento.

Aner sentía cómo sus fuerzas decrecían. Apoyó la espada en el suelo y, tras dar un potente grito, se lanzó contra Yankel. Este lo único que hizo fue apartarse a tiempo. Sabía que tenía a Aner. Estaba rodeado de banelatus. No podía ir a ningún sitio. Además, ya habría tiempo de ensañarse con él en otro momento. Pero no ahora. La sangre y el sudor cegaban la vista del talanta. Estaba a punto de doblar la rodilla, de rendirse y buscaba fuerzas de donde estaban ya extintas. Estaba dispuesto a morir peleando. Él quería, pero su cuerpo no le obedecía. La mano de Yankel agarró su brazo con fuerza. Un zumbido se instaló en sus oídos. Primero muy suave para ir creciendo. Aner pensó que era el sonido de la muerte. Pero era otra cosa.

Los talantas movieron sus cabezas hacia el cielo, preguntándose de dónde podía venir ese sonido tan desagradable. Era como si el cielo mismo estuviera enfurecido. El sonido se volvió a escuchar. Esta vez mucho más cerca. Algunos se taparon los oídos. Ixaka se levantó en el tejado y gritó.

—¡Sí! ¡Ja! ¡Sí!

Marz lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? Que alguien se va a dar hoy un buen festín —le dijo. Se puso la mano a modo de visera y miró al cielo, señalando un punto en el horizonte—. ¡Mira!

El punto se hizo más grande conforme se acercaba hasta que se interpuso entre el sol y el poblado y pareció que el cielo se había nublado de repente. Los dos geniecillos también saltaban en el aire, dando piruetas y chocando sus palmas.

—¡Herensugearen semea! —se escuchó.

Suge surcó el cielo con grandiosidad. Tras de sí dejó un rastro de fuego. Un extraño olor se extendió por todo el valle, mientras de su boca salía la primera llamarada. Varios de los banelatus que formaban el círculo cayeron al suelo achicharrados. Yankel trató de dar una explicación a lo sucedido con su mente pragmática y lógica. Otra bocanada dejó el círculo de banelatus reducido a un cero chamuscado en el suelo. La gente, que al principio se había retirado presa del pánico, empezó a confiar al ver cómo aquel dragón solo atacaba a los banelatus. Yankel se quedó enfrente de Aner. Por la calle de abajo asomó una mujer de blanco. Iba descalza y de sus vestidos impolutos y brillantes sobresalían dos pies de un blanco níveo, perfectos. Lamin era la misma hermosura hecha realidad. Se quedó a unos pasos de Aner y le sonrió. Este le saludó con la

espada y un breve movimiento de su cabeza. Era todo lo que se podía permitir. Lamin se retiró de nuevo y la luz desapareció. Suge apareció otra vez en el aire y con su cola derribó a Yankel. Este cayó al suelo y se golpeó la cabeza.

—Herensugearen semea —repitió—. El hijo del dragón —Y desapareció.

Leoiar se acercó a Aner y le tocó en el hombro. Aner palmeó también su hombro. Al levantar su brazo, se dio cuenta de que su extremidad pesaba como si estuviera hecha de hierro.

—Limpiad todo esto —le pidió Aner.

Leoiar aseveró varias veces. Aner se marchó con pasos lentos. En su mirada, detrás del cansancio, se podía leer la determinación y el odio que sentía dentro.

Ixaka acompañó a Luar y su familia hasta casa. Con ellos estaba también Aiala. Los niños, lejos de parecer asustados, no paraban de comentar la aparición del dragón en el cielo. Era todo un acontecimiento. Por toda la colina se había extendido un desagradable olor a quemado, pero que sabía a victoria. Aquellos banelatus ya no volverían. Igual lo hacían otros, pero esos ya estaban muertos y bien muertos. Ixaka estaba deseoso de hablar con su hermano a solas para sonsacarle información sobre lo que había ocurrido, pero, por alguna razón, siempre había alguien de por medio. Incluso empezó a pensar que Luar lo intentaba esquivar.

Meder irrumpió de pronto en la casa. Buscó con la mirada a Luar y se fue derecho a por él. Hablaron durante unos instantes, o más bien lo hizo Meder, porque Luar se limitó a asentir varias veces. Ixaka contempló la escena desde el otro lado de la sala. Entornó los ojos para percibir mejor. Había algo extraño en todo aquello. Meder hablaba en susurros, pero lo hacía con determinación.

Las mujeres y los niños se marcharon por fin a otra habitación. En la sala donde se encontraban quedaban todavía otros hombres. Cuando Meder se apartó, Ixaka agarró del brazo a su hermano y se lo llevó a un rincón apartado. Allí, casi en susurros le preguntó qué había pasado.

—Los banelatus entraron de pronto. Apenas tuvimos tiempo de prepararnos para repeler el ataque. Todo ocurrió muy deprisa.

Ixaka le creyó, o más bien le empezaba a creer hasta que vio cómo su hermano intercambiaba una mirada con Meder. Ixaka siguió la dirección de su mirada. El guía del quinto clan parecía advertir a su hermano o quizás... amenazarlo.

—No sé, Luar. Hay algo extraño en todo esto. ¿Sabes cómo funciona la puerta de entrada a este sitio?

—Se entra y se sale. ¿Qué más hay que saber?

—No es tan sencillo. Eso lo puede hacer Aner cuando va con Galtxagorri y Prakagorri, pero no creo que ellos les abrieran la puerta a los banelatus.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero saber la verdad —le dijo Ixaka convincente—. La puerta se puede abrir desde dentro, pero desde fuera solo se puede hacer si alguien se queda en medio, en el tronco. ¿No lo sabías?

La cara de Luar palideció, aunque solo su hermano pequeño lo pudo apreciar. Desde lejos, la palidez quedó vedada por la tupida barba que protegía sus mejillas.

—Fue Meder, ¿verdad?

—No sabes lo que dices.

—Solo quiero saber el porqué.

Luar se quedó callado. Sentía los ojos de Meder clavados en su cogote —se había girado para no tenerlo en frente—.

—¿Pretendía hacer un trato?

No hubo respuesta para esa pregunta e Ixaka se empezaba a desesperar.

—Luar, Aner no es tonto. Hará las mismas preguntas que estoy haciendo yo y llegará a la verdad. Si me ayudas, intentaré facilitar yo mismo una versión a Aner que le deje contento. Pero tengo que saber la verdad.

Luar nunca había visto a su hermano tan convencido de algo. Siempre había sido el hermano pequeño, pero ahora había crecido. Supuso que los dos años que había pasado en Bankada habían forjado su carácter.

—De hermano a hermano, por el juramento de sangre.

—De hermano a hermano, por el juramento de sangre —repitió Ixaka.

—Meder nos dijo que íbamos a salir. Supuse que estaba furioso porque Aner no contaba con él para los rescates y que se quería dar importancia comandando uno por su cuenta. Pero su verdadera intención era cambiar a Aner por la libertad de algunos de nosotros.

—¿Está loco o qué? Parece mentira que a estas alturas ese miserable de Meder no conozca a los banelatus.

—¿Qué vas a hacer? Lo has jurado —le advirtió Luar.

—En otras circunstancias te diría que fueras tú mismo el que se lo contara a Aner, pero, conociéndolo, se pondrá tan furioso que no tendrá piedad con ninguno. Ni siquiera que seas hermano de Zarala lo contendrá. Intentaré sostener la versión que me has dado al principio. Si Meder consigue que ninguno de los que habéis participado hable, quizás Aner lo olvide durante un tiempo.

Ixaka salió al exterior. Necesitaba que le diera el aire. Pero el aire de fuera era insoportable. Atufaba y se hacía irrespirable. El cielo estaba cubierto de ceniza que formaba una pantalla delante del sol. La luz brillante del valle había desaparecido. El joven caminaba con su cuerpo algo encorvado. Su cabeza parecía ir por delante de sus pies. Sus puños estaban apretados y su cabeza bullía de ideas. Sabía que lo sensato era contarle la verdad a Aner, pero había muchas cosas que se lo impedían. Por un lado, estaba el juramento que acababa de hacer con su hermano. La sangre que compartían le obligaba a ello. Por otro lado, estaba Aner, a quien consideraba un hermano y hacia el que sentía gran admiración. Y en medio estaba Zarala. La noche que murió, le había prometido conservar a Aner en la familia y evitar cualquier pelea con Luar. Eso acabó por inclinar la balanza. Debía hacerlo.

Aner, fuera de su casa, caminaba de un lado a otro. Todo su cuerpo manifestaba la tensión que estaba viviendo y lo defraudado y furioso que se sentía. Había repasado detalles y se había acordado de la vez que le pareció ver una sombra saliendo de su habitación. Entonces tuvo la sensación de que alguien espiaba entre sus mapas y sus planos y ahora esa sensación había vuelto. Detuvo su paso cuando los dos geniecillos llegaron a él. Ambos negaron con la cabeza.

El joven rugió y montó en cólera. No estaba. Tixaso no estaba. Cada vez estaba más claro para él que ella había sido la culpable. Ella los había traicionado y se había ido, dejando la puerta abierta para que Yankel apareciera triunfante. Se preguntó cómo repercutiría a partir de entonces la información que la banelatu tenía sobre los siguientes acontecimientos que Aner tenía marcados en su cabeza. Quizás sería conveniente cambiar la estrategia. Era cierto que en sus papeles no había nada escrito que le pudiera hacer pensar cuál era su objetivo. Pero Tixaso era intuitiva y lo conocía. Hizo una mueca de desesperación que se convirtió en una de dolor y maldijo en alto. Con su mano derecha se tocó la herida. Estaba tan furioso que ni siquiera notaba el dolor. Prepararía todo según lo convenido y buscaría a Tixaso por todo el mundo conocido para vengar lo que había hecho. Eso es lo que haría.

Cuando Ixaka llegó a la casa, se encontró a Aner maldiciendo y jurando venganza. El joven tragó saliva y se encogió. Aner estaba peor de lo que había supuesto. Tendría que ser muy persuasivo para convencerlo.

—Juro que mataré a Tixaso —escuchó entonces Ixaka.

—¿A... Tixaso? —se atrevió a preguntar su cuñado.

Aner estaba tan enfadado que no se dio cuenta del tono con que Ixaka había hecho la pregunta.

—¿No lo sabes? No está, se ha ido, ha desaparecido. Justo cuando Yankel irrumpe en nuestro poblado. ¿O te parece demasiada coincidencia? Alguien le ha tenido que abrir la puerta y todo apunta a ella.

—¿Estás seguro? —preguntó Ixaka con cierta vacilación.

—¿Seguro? ¿Qué más pruebas quieres? ¿Acaso la has visto luchar a nuestro lado? Maldita sea.

Aner se tambaleó. Su corazón bombeaba sangre con urgente rapidez. Se volvió a llevar la mano a la herida y entonces Ixaka fue consciente de su existencia.

—¡Estás... herido!

Aner se miró la mano manchada de rojo y cerró los ojos. Sabía que no iba a morir de esa herida. Tixaso le había protegido contra las heridas de otros banelatus. ¿No era irónico que luego le lanzara a Yankel en contra? Pero Tixaso era una banelatu, tenía que recordarlo.

—Será mejor que te tumbes. Has perdido mucha sangre.

Ixaka ayudó a Aner a entrar en la casa. El olor del exterior había penetrado también allí.

—Espera aquí y te prepararé la cama.

Ixaka entró corriendo en el cuarto de Aner. Al quitar la manta, vio la nota que había dejado Tixaso. La abrió e intentó leerla, pero Aner llegó en ese momento, tambaleándose, e Ixaka escondió con rapidez la nota en su camisa. Ayudó a su cuñado a echarse y le dijo que iba a por ayuda. Aner seguía murmurando entre dientes, maldiciendo a Tixaso y su traición.

—¡Ixaka! —llamó Aner con voz ronca—. ¿Cómo está tu esposa?

—A salvo.

—¿Y Luar y su familia?

—Todos están bien.

Aner se dejó caer sobre la cama y cerró los ojos. Necesitaba descansar.

Ixaka tenía un sabor agrisado dentro. Estaba contento porque no había tenido que mentir a su cuñado, pero se preguntaba una y otra vez si dejar que creyera que Tixaso era la culpable sería lo más acertado para futuros acontecimientos. Pero intentar cambiar su versión no conseguiría sino exponer sin necesidad a su hermano mayor. La herida de Aner no era profunda, pero era como todas las heridas banelatus: difícil de curar. Parecían estar impregnadas de un veneno que les impedía cicatrizar.

—Si Tixaso estuviera aquí... —especuló Ixaka.

—Ni la mientes —le dijo Aner.

—¿Sigues creyendo que es la culpable?

—Se ha ido sin decir nada a nadie. Ni siquiera ha dejado una nota. Eso la exculparía. ¿Qué más pruebas necesitas?

—Te recuerdo que fuiste tú el que mantenías por encima de todo que confiabas en ella.

—Pues ahora ya no lo hago.

—Quizás todo se deba a una confusión y se haya tenido que ir por algún asunto grave.

—Aunque se haya tenido que ir con urgencia, podía haberse despedido de Sorgin o de Astu, pero no lo ha hecho —dijo Aner.

Ixaka se llevó la mano a su pecho justo donde había escondido la nota y buscó una excusa para ausentarse. Astu preparó un brebaje y se lo dio a Aner para que se lo tomara. El preparado sabía a cuernos quemados y olía peor que el aire que aún se respiraba en todo el valle.

—Tu herida tardará en curarse —le advirtió Saturene—. Necesitarás reposo.

—No tengo tiempo para reposar.

La vieja banelatu miró con cariño a Aner. Si Tixaso estuviera allí, podría sanar su herida con rapidez. Ella tampoco entendía su desaparición así, sin decir nada, pero no creía que ella estuviera detrás del ataque de Yankel. No compartió sus pensamientos con Aner. No era el momento adecuado. Pero, si Aner pensaba que Tixaso era la culpable, el equilibrio entre ellos podría romperse.

La puerta del cuarto de Aner se abrió despacio. Fue como si la luz misma entrara en la estancia. Lamin estaba muy bella. Su pelo refulgía con la fuerza del sol. Sus labios delgados, de un rojo fuerte, realzaban su rostro. Su nariz pequeña destacaba lo suficiente como para atraer la mirada hacia sus ojos azules claros y brillantes. Aner se quedó mirando a la puerta, embobado. Era difícil desprenderse de aquella visión. El tiempo parecía haberse detenido y una agradable sensación de bienestar inundó todo. Ya no olía a quemado sino a flores blancas, a día soleado, a aire fresco del anochecer. Era fácil imaginarse cómo su padre pudo enamorarse de ella.

Sin pronunciar palabra alguna, Lamin se acercó hacia la cama y examinó la herida de Aner. El joven lo permitió. Lamin preparó un emplasto y lo colocó sobre la herida. Aner reprimió una mueca de dolor y giró la cabeza hacia donde estaba la recién llegada. Se fijó en sus finos pies. Como por arte de magia, habían desaparecido sus patas de gallina. Lamin observó la mirada de Aner y sonrió.

—¿Es cierto que eres mi madre? —le preguntó.

Lamin levantó su vista de la herida y la fijó en los ojos del talanta.

—Yo te traje al mundo, Aner, pero nunca me he comportado como una verdadera madre para contigo.

—¿Por qué?

—Soy un genio. No tengo instintos maternos.

El joven se quedó meditabundo.

—Suge me ha llamado el hijo del dragón, ¿por qué? —le cuestionó al cabo de unos instantes.

—Yo le pedí ayuda para quedarme embarazada. Él preparó una pócima para mí hecha con escamas de su piel y su sangre.

—También me ha llamado hijo del relámpago.

—Cuando naciste, la diosa Mari vino en su carro. Atravesó el cielo majestuosamente con su vestido rojo. Ella te dotó con la fuerza y la intensidad del relámpago. Lo llevas tatuado en tu cuello.

—¿Por qué permitiste que me fuera? Aquí hubiéramos estado a salvo.

—No estés tan seguro. Como te he dicho, yo soy voluble, mi humor cambia constantemente y no tengo instintos maternales. Lo supe al poco de tu nacimiento. Puede que, si tu padre no hubiera decidido alejarse de aquí, tú... —Lamin dejó la frase inconclusa a propósito. Aner pudo imaginar el final de esta.

—¿Soy solo el fruto de un capricho?

—Eres mucho más que eso. El fruto de un deseo.

—Te gusta jugar con los sentimientos de los demás.

—Me gusta y además puedo hacerlo.

—Padre sufrió por eso.

—Tu padre te enseñó bien. Él vive en ti. Ahora duerme —le dijo mientras se marchaba.

Al alejarse, la habitación quedó a oscuras. Aner sintió una fuerte tirantez en la carne que rodeaba su herida. Un suave sopor embotó sus sentidos y le hizo cerrar los párpados. Sin embargo, habían ocurrido demasiados acontecimientos en las últimas horas que le impidieron quedarse dormido profundamente. Se levantó despacio unas horas después. Salió al exterior. El sol empezaba a caer por el horizonte. Se ciñó el cinturón y colocó su espada en él. Sus pasos le abrieron la vista al desastre en que se había sumido el poblado. Parecía que un huracán hubiera pasado por allí. Notó las miradas curiosas de quienes lo reconocían. Con una timidez que nunca había tenido, agachó la cabeza. En la parte baja del pueblo, Leoiar transmitía las últimas órdenes. Se acercó a él.

—Creo que ya no hará falta utilizar toda la estratagema que teníamos planeada para salir de aquí —bromeó el rey.

—Está claro que no.

Leoiar parecía satisfecho. Aner lo miró con respeto. Gran parte del éxito del plan que Aner tenía en su mente para acabar con los banelatus dependía de aquel hombre, del número de talantas que pudiera aportar y de lo disciplinados que fueran en el ataque.

—¿Qué quieres que hagamos con él? —le preguntó a Aner haciendo un gesto con la cabeza para indicarle el lugar donde se encontraba Yankel—. Es el único banelatu que queda con vida. Los que han escapado al fuego del dragón han sido muertos e incluso rematados.

El banelatu estaba atado a un grueso palo con multitud de cadenas que habían sido enroscadas a lo largo y ancho de su cuerpo. Aner lo miró sin disimulo.

—Mañana, al amanecer, me ocuparé de él.

—He supuesto que querías hacer tú lo honores.

En ese momento, llegó uno de los talantas del sur que formaban parte del grupo de Leoiar y pidió hablar con el rey. Aner se alejó para dejarlos solos y se acercó al sitio que ocupaba Yankel. Los dos sabían que no iba a haber demasiadas palabras entre ellos. También sabían que las horas del banelatu estaban contadas. Si lo dejaba vivo, el propio Yankel se quitaría la vida en un lugar apartado. Su misión había sido un fracaso. Jamás se podría presentar así ante su suprem. La otra opción era matarlo allí mismo. Yankel se preguntó por cuál de las dos se inclinaría Aner.

Este se aproximó lo más cerca que pudo a su enemigo. Yankel no pudo encontrar en su rostro ningún gesto que le indicara lo que pensaba, aunque tenía curiosidad por saberlo. Aner estiró su mano hacia la parte trasera del cuello de Yankel y colocó sus cuatro dedos en la parte central. Igual que había hecho con Tixaso, pero en vez de hacerlo despacio y dedo a dedo, lo hizo con todos a la vez. Yankel se preguntó qué había querido hacer Aner con ese gesto. No lo supo hasta el día siguiente.

—¿Quién te abrió la puerta? —le preguntó Aner en un perfecto banelatu.

Yankel no soltó prenda a pesar de que Aner insistió. Que Aner no supiera quién le había traicionado suponía una cierta ventaja para los banelatus. Si lo había hecho una vez, lo haría otra más. Quizás no fuera él quien se lo llevara a Sadoc, pero, tarde o temprano, ese traidor volvería a intentar vender a Aner si eso le podría reportar ventajas para él. No diría nada.

Aner se atrevió a mirarlo. La mirada del banelatu ya no le dolía. Estaba claro que si no hablaba era para proteger a Tixaso.

Sin despuntar el sol, todas las gentes del poblado de la colina estaban despiertas. Cada una de ellas tenía encomendada una misión y todas eran importantes. Aner había transmitido unas órdenes muy concretas y precisas y todos las ejecutaban sin demora. Yankel había sido llevado a la parte central de la colina, justo donde había una especie de planicie pequeña y las casas se ensanchaban en una plaza de dimensiones casi diminutas. En los tejados aledaños había dispuesto una veintena de arqueros que tenían la orden de disparar si Yankel intentaba escapar o si Aner resultaba herido de gravedad. Alrededor de la plaza había colocado varios círculos concéntricos de soldados que impedirían cualquier intento de escapar, con la orden de ejecutarlo.

Aner vestía de negro desde que Zarala había muerto. Se colocó delante de Yankel y soltó poco a poco las cadenas. Había tanta tensión en el ambiente que parecía que una tormenta estaba a

punto de estallar. Nadie sabía cómo iba a reaccionar el banelatu al verse libre. Yankel tenía la suficiente experiencia en la guerra como para saber que Aner no le iba a dejar salir de allí vivo. Al final, esa había sido su opción. Haría honor a su vida y a su raza enfrentando lo que sea que aquel talanta hubiera ideado para poner fin a su existencia, porque no iba a morir sin luchar. Aún tenía la suficiente energía para combatir a Aner. Incluso, con un poco de suerte, podría herirlo lo suficiente como para dejarlo al borde de la muerte o incluso matarlo antes de que los demás lo hicieran con él.

Cuando se vio libre de sus ataduras, se frotó brazos y piernas para que la sangre corriera por su cuerpo. Sin darse cuenta, sus piernas temblaron. Le extrañó. Nunca le había pasado. Aner se colocó frente a él. Portaba la espada banelatu que había usado el día anterior, podía reconocerla desde lejos. No era el momento de preguntárselo, pero sentía curiosidad por saber cómo había conseguido hacerse con ella. El talanta le tiró una espada que él intentó coger en el aire, pero, ilógicamente, se escapó de su mano y cayó al suelo. Hubo risas entre los asistentes. El banelatu miró alrededor justo en el momento en que hubo de defenderse del primer ataque de Aner. Detuvo su golpe, pero sus brazos se fueron demasiado atrás y Aner lo aprovechó para propinarle un fuerte golpe en sus costillas con el codo. Algo explotó dentro de él y notó algo en su interior que no sabía siquiera que existiera, pero que en ese momento incluso pudo nombrarlo: dolor.

Aner lanzó otro ataque. Esta vez Yankel estaba prevenido y no tuvo problemas con su defensa. Aner estaba fresco y golpeó una y otra vez, tres, cuatro lances. El filo de su espada cortaba el aire. Yankel retrocedió, pero fue empujado otra vez al centro por los soldados que formaban el primer círculo.

Luar y Meder observaban desde un sitio privilegiado. De la cara del guía del quinto clan se había esfumado la altanería que siempre le había caracterizado. Luar le había dicho que Aner creía a Tixaso única responsable de lo que había ocurrido. No tenía ni idea de cómo lo había conseguido hacer Ixaka ni pensaba preguntarlo. Pero debía ser cauto porque ahora los Ezkanda tenían un arma que podían esgrimir en su contra. Por su mente incansable pasó en ese momento un pensamiento malévolos. Quizás en la próxima batalla de la que todos empezaban a hablar, la suerte corriera de su parte. Y, si no, siempre podía hacer algo para que eso sucediera y los Ezkanda tuvieran un accidente.

La espada de Aner pasó cerca de donde estaba y sus pensamientos regresaron al presente. Aner se giró con fuerza e hirió a Yankel en un brazo. Este se tuvo que llevar la mano hacia la herida. Era como si alguien le hubiera mordido y aún tuviera su mandíbula clavada allí. Intentó enviar energía hacia allí para olvidarse de ella, pero algo ocurría dentro de él. Su cuerpo no funcionaba como otras veces. Quizás fuera aquella espada un arma que ni los más inexpertos banelatus la aceptarían para sus entrenamientos. El talanta se movía con agilidad, seguro de sí mismo. Era el mismo odio el que movía cada partícula de su cuerpo, el odio y la venganza. «Aquí empiezo a cumplir la promesa que te hice, Zarala. Y ya no descansaré hasta que el último de los banelatus esté muerto o yo haya desaparecido del mundo conocido», pensó. Dos grandes nubes, semejantes a dos líneas paralelas, cubrían la salida del sol. Estaban pintadas de un azul añil que destacaba sobre el azul pálido del despertar de aquel día. Aner hizo una finta para evitar una estocada de su rival y se giró rápidamente. Su golpe se paseó por la espalda de Yankel, abriendo su carne. El banelatu cayó al suelo, presa de un sentimiento inexplicable. A su alrededor se escucharon risas. Ese ruidito que hasta entonces había obviado en los talantas y que ahora casi le molestaba más que

la herida abierta en su espalda.

Con el siguiente golpe, Yankel notó todo el odio y el dolor que arrastraba Aner. A su mente llegaron imágenes del pasado en las que Aner se medía a él o a Sadoc. El dolor que había sentido a lo largo de esos años parecía como si lo descargara sobre él en ese momento.

Yankel rozó por fin a Aner en una pierna. No abrió herida en ella. Le habían dado un arma roma. Eso enfureció al banelatu. Se mofaba de él. Aner no solo quería matarlo, quería humillarlo. Un pensamiento distrajo su mente. Acababa de utilizar palabras que nunca antes había usado, de las que nunca antes había conocido su significado.

Aner lanzó otro ataque y la espada del banelatu saltó por los aires. El talanta lo aprovechó y golpeó a Yankel en la cabeza con la empuñadura de su arma. Su ceja izquierda comenzó a sangrar. Algo cálido y salado se escurrió hasta sus labios. Aner le lanzó la espada de nuevo. Había risas y ruido. Los espectadores, que habían permanecido en silencio hasta ese instante, se volvieron ruidosos, a punto de convertirse en una masa atronadora. Festejaban cada golpe de Aner. Los únicos que permanecían impassibles eran Ixaka y sus hombres que con pulso de acero aguardaban quietos encima de los tejados. Ixaka había escogido personalmente a cada uno de esos talantas.

Yankel recibió una patada en el estómago y se dobló por la mitad, momento que aprovechó Aner para darle otro golpe, esta vez en la parte trasera de su cabeza. Los siguientes golpes cayeron sin resistencia por parte de Yankel, que ya no entendía nada. Estaba preparado para soportar la peor de las batallas, pero para aquello no tenía defensa, porque nunca lo había padecido. La espada de Aner se clavó en sus tripas. Sin darse cuenta, su cara se quebró en una mueca de dolor. Sus ojos, desencajados, parecían querer salirse de sus órbitas y con ellos pedía una explicación que no encontraba su cabeza. El talanta retiró su espada y el cuerpo de Yankel cayó de bruces mientras lanzaba un quejido de dolor que todos pudieron escuchar. Aner le dio la vuelta para que todos vieran su cara. Que les quedara bien grabado que los banelatus también sufren y gritan. Eso inyectaría moral en aquellos talantas y su testimonio lo haría en otros. Yankel expiró en una extraña postura. Su muerte fue largamente festejada. Aner miró a Ixaka que seguía apostado en el tejado. Asintió tres veces.

—A mi señal —dijo entonces Ixaka—. ¡Ahora!

Una decena de flechas surcó el aire en ese instante. Todas llegaron a su destino. Así fue el fin de Yankel, así el principio de la guerra definitiva entre talantas y banelatus.

Capítulo XXVIII

El adiós al Valle de la Luz

Una hoja amarillenta cayó despacio y se posó a los pies de Aner. El talanta detuvo su mirada en ella, reflejo del discurrir corto, breve y fugaz de su propia vida. Miró atrás. Poco quedaba ya por recoger. Leoiar y sus hombres hacía días que habían abandonado el lugar. Detrás de ellos había quedado un vacío raro. Ellos habían sido siempre los más bulliciosos, los más madrugadores y, también, los más disciplinados. Aner e Ixaka repasaban los últimos preparativos. Era la hora, pero todos parecían querer retrasar el momento.

Aner se acercó por última vez a la tumba de su esposa. «Te dejo en un buen lugar, tranquilo y bello como tú eras», le dijo. Sabía que ya no iba a volver más allí y en esa despedida se quedaba parte de su propia vida. Era un adiós doloroso que sabía en parte a derrota. ¡Habían tenido tan poco tiempo! Se agachó y recogió un puñado de la tierra que cubría el cuerpo de Zarala. Se la metió en una pequeña bolsa de tela que ató a su cinturón. Sus ojos se humedecieron con el recuerdo. Lamin lo observaba desde lejos. Aner sabía que no se acercaría a despedirse de él. Supuso que esa era su particular forma de hacerlo. Le sonrió en un gesto que embelleció aún más su rostro y Aner intentó corresponderle, pero estaba demasiado triste y compungido como para conseguir que de su boca saliera algo más que una mueca.

Dulanto miró a su marido por el rabillo del ojo. Desde lo sucedido aquel día en que los banelatus entraron en aquella tierra, estaba más silencioso e irascible. Todo le molestaba. La risa espontánea de Ixaka se escuchó a sus espaldas. ¡Cómo podían dos hermanos tener caracteres tan diferentes! Se imaginó que el mal humor de su esposo se debería a la próxima batalla que parecía acercarse y de la que nadie se atrevía a hablar; a pesar de que todos sabían con certeza que caminaban derechos a ella. La talanta se preguntó si se podría acumular más dolor y supuso que sí, lo cual no era una esperanza nada halagüeña. Si los talantas perdían, solo les esperaba la muerte, el dolor extremo y la esclavitud. Un escalofrío creció en su espalda y no era precisamente por ella, sino por sus hijos.

Uno a uno salieron al bosque por el hueco de aquel enorme tronco que se cerraría para siempre una vez que hubiera salido el último de ellos. Aner se volvió una vez más a contemplar la brillante luz de aquel lugar, el oscuro lago y los sauces llorones rendidos a sus pies. La brisa cálida acarició sus brazos y revolvió sus cabellos. Aquel lugar anhelado se quedaría para siempre atrapado en un sueño. El talanta de los ojos azules apoyó su mano en el tronco y dio el primer paso hacia la salida, justo en el momento en que unas vocecillas lejanas lo llamaban. Prakagorri y Galtxagorri aparecieron volando. Aner pensaba que venían a despedirse una vez más, pero le sorprendieron al decirle que se iban con él.

—Pero no podéis, pertenecéis a este lugar.

—Pertenecemos al bosque, al aire, a la tierra. Los banelatus hacen sufrir al bosque, al aire y a la tierra. Es justo que la defendamos —dijo Prakagorri.

—Además, necesitarás de nuestra fuerza si quieres detener a esos banelatus —añadió Galtxagorri.

Un fuerte rugido surcó el aire en ese momento. Suge voló alrededor del poblado en círculos y después se acercó hasta donde estaba Aner. Sostenido en el aire, hizo un saludo con su cabeza.

—Nos vendría bien tu ayuda —le comentó Aner, quien ya había intentado convencerle para que luchara con ellos en un par de ocasiones.

—Ja, ja —rio Suge con su voz ronca—. Pertenezco a este lugar. Nada que no quepa por el tronco del árbol puede abandonar el valle. Además, no necesitas mi ayuda.

—Lo que pasa es que eres un cobarde —manifestó Prakagorri a la vez que se escondía detrás de Aner, temeroso de la reacción de la gran serpiente.

—He de darte de nuevo las gracias por salvar mi vida —agradeció Aner.

—Las cosas buenas suceden solo una vez en la vida. Tómalas igual que llega la lluvia. Ahora debes irte, pero recuerda proteger siempre tu espalda. A veces, las peores puñaladas vienen de donde creemos estar más seguros.

—Lo recordaré.

Suge levantó el vuelo y se alejó formando círculos de fuego en el aire. Detrás de él quedó una estela de un rojo vivo, entre la que se escuchaba el eco cada vez más lejano de las palabras de Suge: «Herensugearen semea, tximistaren semea».

Hacia cuatro días que Tixaso había avistado el enorme campamento banelatu que Sadoc había levantado a diez leguas de Cannvea. Se había acercado hasta él con cuidado, como hacía siempre. Primero analizar, luego actuar. Varios detalles llamaron enseguida su atención. El campamento estaba vigilado por vigías que controlaban con pulcritud las escasas entradas y salidas de los banelatus. Nada estaba dejado al azar y la disciplina y los entrenamientos formaban parte de la dieta diaria de todos los guerreros. Sadoc preparaba una gran ofensiva.

Bordeando el campamento, al día siguiente de llegar, siguió camino hacia Cannvea, pero allí se encontró con las puertas cerradas y vigías de Sadoc en la entrada. Escaló la muralla por la parte de atrás y caminó por las calles desiertas. Si de por sí las ciudades banelatus eran silenciosas, Cannvea parecía una tumba. El palacio de Maore estaba cerrado, sus ventanas, sus puertas, sus cortinas... también. Todo el edificio parecía abandonado. Cubierta con su caretesa, decidió acercarse hasta su casa. Un ruido de pasos le hizo mantenerse alerta. Miró a ambos lados, no había muchos sitios en los que esconderse y entonces alzó la mirada hacia arriba. Si lo pensaba bien, nunca se le había ocurrido hacer eso antes, pero le fue útil, ya que encontró un saliente y se aupó de un salto a él. Se columpió con las manos y se subió de un impulso. Justo en ese momento, una patrulla formada por seis soldados apareció a su izquierda. Lo extraño era que esos soldados no formaban parte de las fuerzas de Maore ni de su guardia. Aquellos eran guerreros de Sadoc.

Esperó unos instantes antes saltar de nuevo al suelo y estremó sus sentidos. Algo raro sucedía en su ciudad. Se dirigió hacia su casa. El sol estaba alto en el cielo y componía sombras diminutas debajo de los cuerpos. Sus rayos calentaban con fuerza a esa hora. Tixaso estiró el brazo y notó el calor y el brillo del astro rey. La puerta de su residencia estaba abierta. La empujó. A lo lejos se escuchaba el sonido del agua que escurría fresca por la piedra centenaria de la fuente del patio interior. Tixaso adoptó una postura casi felina y se desplazó sin dejar huella de su paso. Aguzó el oído en busca de cualquier sonido extraño, pero no escuchó nada. Se llevó la mano a la empuñadura de su arma por si necesitaba usarla.

Su habitación estaba igual que cuando la dejó. Se decepcionó. Esperaba haber encontrado alguna señal de Maore, alguna instrucción. Revisó todo de nuevo con la mirada y después empezó la inspección manual. Había pocas cosas que revisar. Tixaso era una banelatu que viajaba continuamente y siempre iba ligera de equipaje. Un ruido hizo que se girara. Le pareció que la puerta se había movido. Sacó la espada y esperó con su brazo estirado, sin moverse. La puerta se abrió un poco más y una cabeza se asomó por el resquicio que quedó. Tixaso se lanzó hacia él.

—Soy Ager —escuchó justo en el último momento, a tiempo de desviar su espada lo suficiente como para no hacer blanco en él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tixaso en voz muy baja.

—Aquí no, sígueme.

La banelatu, sin entender muy bien a qué venía todo aquello, pero con inmensa curiosidad por desentrañar aquel misterio, lo siguió.

En vez de salir a la calle, Ager la guio hacia las entrañas de la tierra, hacia unas galerías subterráneas que un día formaron parte de la ciudad, pero que en la actualidad habían quedado en desuso tras ser tapadas por las posteriores construcciones. Allí, Ager había improvisado un sitio donde vivir. Tixaso contempló la lánguida luz de una vela que componía un espacio lóbrego. Ager la invitó a sentarse en el suelo. Estaba húmedo, pero a él no parecía importarle. En susurros, el banelatu le narró los acontecimientos que él mismo había presenciado. Cómo Sadoc se había presentado en Cannvea, cómo había obtenido la aquiescencia del Consejo antes de llegar y cómo habían tendido una trampa a Maore.

—¿Dónde está ahora Maore? —aún se le hacía raro que Maore se hubiera dejado engañar. Parecía, al fin y al cabo, que Aner había tenido razón cuando le advirtió de Tandrem y de sus maniobras.

—Sadoc le ofreció la prisión o unirse a él.

—Y eligió...

—Unirse a él.

—¿Cómo? —dijo ella incrédula.

Ager se quedó en silencio y Tixaso intentó comprender la maniobra de Maore. Tras pensarlo, la

banelatu solitaria concluyó que la única razón que le podía haber llevado a Maore a tomar esa decisión era intentar recuperar el control de los banelatus del este manteniendo su liderazgo, aunque fuera fingido.

—Maore me había llamado. ¿Te dejó alguna orden para mí? —le preguntó a Ager después de pensarlo mucho.

—Ninguna.

Tixaso, en silencio, reflexionaba de nuevo sobre las palabras de Ager. Buscaba un significado interno, un código que Maore hubiera dejado para ella. Pero no lo había y no era propio del suprem dejar nada al azar. Ager respetó otra vez su silencio y su reflexión. Transcurrido un tiempo, habló de nuevo en susurros.

—Maore habló conmigo el día anterior a la llegada de Sadoc. Me dijo que me encomendaba una misión. Debía esperar tu regreso.

—¿Y después?

—No dijo nada más.

La llama de la vela tembló, empujada por alguna corriente de aire. Las sombras oscilaron, moviéndose envueltas en silencio. Tixaso siempre había actuado acatando órdenes, porque así le habían entrenado y enseñado. Pero ahora no había órdenes que seguir. Sabía improvisar para llevar a cabo la estrategia trazada y cambiar de táctica, pero no podía improvisar una orden que no existía. Además, en todo ese asunto fallaba algo. Tixaso siempre trabajaba sola y Ager... ¿qué se suponía que debía hacer? Esperar en Cannvea no era una opción. Presentarse en el campamento de Sadoc para unirse a ellos tampoco parecía ser una idea muy inteligente. Además, si Maore hubiera querido eso, no habría encomendado a Ager que la esperara. Había muchas dudas en su mente y necesitaba meditar sobre los últimos acontecimientos.

—¿Qué vamos a hacer? —escuchó de pronto la voz de su compañero. Aquellas palabras la sacaron de sus pensamientos.

—He de volver a mi habitación.

—Es peligroso. Los guerreros de Sadoc lo registran todo día y noche.

—Entonces nos quedaremos aquí, de momento —expuso Tixaso.

—Traeré algo de comer y agua —dijo Ager, desapareciendo por el pasadizo.

La banelatu se quedó a solas con su silencio. Comenzó a andar de lado a lado por el estrecho pasaje en el que se encontraba. Le vino a la mente la figura de Aner, desfilando de la misma forma con su espada sobre los hombros. De alguna manera le echaba de menos, pero en ese momento debía concentrarse en otro asunto. Si Maore estaba dentro del campamento, no tendría demasiado margen de maniobra. Más bien, estaría a merced de lo que Sadoc deseara. De no ser así, el suprem del oeste no se habría tomado la molestia de cerrar Cannvea a cal y canto.

Ager volvió al rato con algo de comida, una jarra de agua fresca y alguna manta. Tixaso no preguntó cómo lo había conseguido y él tampoco dio explicación alguna. Comieron en silencio. A la comida siguió un buen rato de reflexión, cada uno por su lado. Ager se echó a dormir un rato. Tixaso ni siquiera lo intentó. Tenía demasiados argumentos en su cabeza con los que lidiar.

Tixaso recapacitó durante dos días enteros sobre cuál sería la mejor forma de actuación. Ager esperó pacientemente sin interrumpir el ritmo de sus pensamientos durante aquellos dos días hasta que Tixaso, de pronto, pareció salir de su estado de meditación y fijó sus ojos en él. Entonces supo que había llegado el tiempo de partir.

No era el sitio ideal, pero cerca había un río limpio y ancho y un poblado abandonado cuyas casas estaban aún en buen estado y que servirían para guarecer a las mujeres y a los niños. Eran precisamente ellas, las talantas, las que intentaban dar un sentido de normalidad mientras los guerreros preparaban la que todos llamaban ya la batalla decisiva. Cerca había también un pequeño hayedo, cuyo suelo empezaba a estar cubierto de hojas. Ager se solía escapar allí cuando, abrumado por la enorme empresa que se había echado sobre sus hombros, necesitaba reflexionar y convencerse a sí mismo de que hacía lo correcto. El bosque le devolvía entonces la paz interior que necesitaba. Y, cuando eso también fallaba, volvía la cabeza atrás y recordaba a Zarala. Ella parecía acudir con su cálida sonrisa y envolvía su corazón de una dulce calidez. Pero después se volvía a sentir solo y traicionado. Cada vez que pensaba en Tixaso, sus tripas se revolvían.

El joven talanta se separó del hayedo y se dirigió al río. Se inclinó sobre sus aguas y se mojó la cara. La gelidez de sus aguas le devolvió a la realidad. Hacía menos de una hora que habían concluido sus entrenamientos. Por la forma que cada talanta tenía de comportarse en ellos, podía deducir —sin miedo a equivocarse— cómo iban a proceder en medio de la batalla. Sabía quién de ellos iba a salir huyendo y quién iba a aguantar. Y él buscaba a esos últimos —hombres o mujeres talantas—, porque serían los que en última instancia tirarían de los demás. Por eso también era tan importante trabajar en la motivación y, por qué no, saber picar a los más reacios. Con aquellos entrenamientos, Ager buscaba la compenetración, la camaradería, pero también buscaba líderes. Había puesto los ojos en tres talantas y uno de ellos era Marz. Le exasperaba su extrema juventud, porque eso era un inconveniente, pero había apreciado en él características que lo convertían en un talanta a tener en cuenta.

Ager caminó hacia el campamento, instalado en lo alto de una colina. Bullía actividad. Los talantas eran ruidosos de por sí. En las calles improvisadas de aquel acantonamiento se escuchaban risas, bruñir de espadas, riñas, algún que otro cántico y también algún llanto. Ager apreció una fuerte carcajada. Sin necesidad de girarse, supo de quién provenía. Ixaka lo llamó y Ager lo saludó con la mano. El joven estaba acompañado por su esposa y había decenas de niños a su alrededor que jugaban con él. Ager no quiso detenerse.

El talanta de los ojos azules estaba inquieto. La noticia de la muerte de Yankel se había extendido con rapidez entre los talantas. Ager había enviado mensajeros hacia el norte, convocando a todos a la guerra. Los correos cumplieron bien su cometido, puesto que, no en grandes proporciones pero sí sin descanso, nuevos talantas habían llegado hasta el campamento

que Aner había preparado. Pero los que tenían que llegar no lo hacían. Según lo acordado, Leoiar y sus guerreros deberían haber llegado hasta allí hacía dos días, pero no había rastro de ellos.

Se dirigió a su tienda. Una diligente Erlea le sirvió una copa de agua fresca y algo de fruta. La talanta se preocupaba por él y tanto ella como Ganix tenían puestas grandes esperanzas en ese joven. Ellos especialmente esperaban ver muerto a Sadoc y, aunque ese extremo en esos momentos aún estaba por ver, mantenían la ilusión intacta de que eso sucediera pronto. Aner tomó un grano de uva y se lo llevó a la boca. Eran los primeros racimos que llegaban. Estaban dulces. Tomó en sus manos la copa de agua y se sentó delante de su escritorio. Allí le habían dejado por escrito, tal y como había pedido, todos los detalles de las provisiones que tenían y de las que se esperaban en los próximos días.

Repasaba todas las cifras cuando un mensajero entró en su tienda. El talanta no habló enseguida. Carraspeó para llamar su atención, pero esperó a que este le indicara que debía hablar. Aner levantó la vista del escritorio. Ante él tenía un talanta de unos treinta años. Llevaba el pelo despeinado y el polvo del camino pegado a su rostro. Todos los mensajeros habían sido elegidos por su maestría en el manejo de los caballos y también por sus dotes como corredores. Aner los conocía a todos por su nombre y procedencia.

—¿Qué noticias traes, Yunus?

—Sadoc empieza a levantar su campamento.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Algo más?

—No, dux —le dijo nombrándole por el título que todos habían empezado a utilizar para referirse a él.

—Come, bebe y descansa.

—Gracias, dux.

—Una cosa más —le dijo antes de que saliera al exterior—: ¡mantente con vida!

Yunus le sonrió y salió al exterior en busca de un poco de alimento y bebida fresca. Si tenía suerte, quizás pudiera hasta darse un baño. Mientras, Aner se concentró de nuevo en sacar cuentas y organizar el abastecimiento de aquel ejército improvisado.

Erlea se paseó silenciosa alrededor de Aner. Por nada del mundo quería distraerlo. Encendió varios candiles y la estancia quedó cubierta de una luz anaranjada. Después llevó una bandeja llena de comida que dejó en la mesa. Aner le sonrió a modo de agradecimiento. Al levantar la cabeza, se dio cuenta de lo tarde que era.

—Erlea —le dijo—, ¿no crees que es hora de que vuelvas con Ganix?

—Esperaré a que termines y te prepararé la ropa para la patrulla.

—Lo haré yo. Ve con Ganix.

—¿Estás seguro?

Aner estiró su brazo derecho y se pasó la mano por el cuello.

—Seguro —le dijo.

Erlea le llevó algo de beber y se despidió.

Había refrescado. Aner se echó su capa negra por encima y se dirigió a su puesto de guardia. Con ese aspecto, él había querido ser uno más y entraba en los turnos de vigilancia igual que todos. La noche estaba oscura. Densas nubes negras se pavoneaban delante de la luna. Ixaka se acercó por detrás justo en el momento en que llegaba a la altura de los soldados que debían relevar. Había silencio. Más allá del sonido seco del viento, no se escuchaba nada. Era una noche negra. Si venía algún banelatu, de bien poco serviría la vigilancia, pues llegaría arropado por la misma noche. Se acercó al fuego sin dejar de escrutar la línea del horizonte. El talanta, ya de por sí callado, aún lo estaba más aquella noche. La primera hora de vigilancia transcurrió sin conversación alguna. Aner parecía inmerso en sus pensamientos e Ixaka se entretenía mordisqueando unas hierbas.

Aner decidió no mirar al horizonte mas que lo estrictamente necesario y clavó por un momento su mirada en su cuñado. Entonces se dio cuenta de lo silencioso que estaba y eso en él no era muy corriente. Pensó que igual había discutido con Aiala, pero luego otro asunto le vino a la cabeza.

—¿Ha conseguido Meder lo que buscaba? —le preguntó Aner.

Ixaka se rascó la cabeza mientras articulaba un rácano sí. La cabeza de Meder nunca paraba. Después de haber salido airoso de su intento de entregar a Aner y, sin que este sospechara todavía nada al respecto, había empleado su tiempo en promocionarse como dux de los clanes del norte. Viendo la situación de Galder — descartado este por su situación física—, se había dado cuenta de que el único que podía aspirar a ese puesto junto con él era Alaón. Así que le faltó tiempo para hablar con los supervivientes de sus clanes y presentar su candidatura, predisponiendo en contra la de Alaón. Este último se había encontrado sin mucho margen de maniobra. Para cuando se había querido dar cuenta, Meder ya había organizado una especie de elección que, según informaciones a las que había tenido acceso Aner —y no precisamente por boca de Ixaka—, debía haberse celebrado aquella misma tarde.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada —contestó Aner.

—¿Nada?

Ixaka no estaba muy convencido de que Aner no fuera a hacer nada. Pero últimamente estaba muy callado y absorto. Ixaka estaba casi molesto porque no compartía con él sus planes de ataque. Por un momento había llegado a pensar que Aner sabía lo de Meder. Pero más tarde se había dado cuenta de que, si hubiera siquiera sospechado lo que pretendió hacer, a buen seguro que Meder ya no estaría vivo. Aner miró de nuevo al horizonte. El fuego regalaba un pequeño espacio de calor. Fuera, el frío estrangulaba los huesos.

—Voy a hacer una ronda —anunció Aner.

El dux se envolvió en su oscura capa y desapareció en la oscuridad de la noche. Estaba fastidiado. Si Sadoc había empezado a mover su ejército, no había ya mucho margen de maniobra. Se preguntó si lo habría hecho por libre iniciativa o si habría encontrado su cebo. De cualquier manera, el motivo era casi lo de menos. El hecho era que, si los banelatus avanzaban hacia ellos, debían empezar a prepararse ya si querían estar en el lugar adecuado cuando llegara el encuentro. Eso descartaba casi de cuajo esperar los refuerzos de Leoiar. «¡Mierda!», pensó con rabia. Necesitaba más talantas. Con los que tenía, a pesar de la bravura y el valor de muchos de ellos, no llegarían a aguantar lo suficiente para llevar a cabo la segunda parte de su plan. Esa en la que la balanza debería inclinarse hacia ellos. Sin la superioridad numérica que les darían los guerreros de Leoiar, nunca llegarían a saber si hubiera sido posible. De cualquier manera, Aner estaba dispuesto a intentarlo de todos modos. Y a esas alturas tampoco tenía elección. Regresó junto al fuego y extendió sus manos sobre las llamas.

—Sadoc ha empezado a levantar su campamento —le dijo a Ixaka—. A veces, hasta las mismas sombras parecen escuchar lo que no deben.

—Eso significa que pronto nosotros partiremos a su encuentro —comentó Ixaka un poco más animado al ver que Aner confiaba en él.

—Eso significa que no podremos esperar a Leoiar —dijo escondiendo su rabia por respeto a la amistad entre Ixaka y el rey del sur.

—Vendrá —afirmó muy convencido su cuñado.

—Tienes mucha confianza en él.

—Como tú la tenías en Tixaso cuando se enfrentó a ti.

—¡Y mira para qué ha servido!

—Aún no has hablado con ella. No conoces su versión de los hechos —le dijo Ixaka, que se sentía responsable de la situación en la que había puesto a la banelatu delante de Aner. En el bolsillo de su túnica aún llevaba el papel que ella le había dejado encima de la cama y que no se había atrevido a destruir ni a dárselo a Aner.

—¿Cómo abrirías de golpe las puertas de Bankada?

La pregunta pilló por sorpresa al hermano menor de Zarala, que se quedó pasmado.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Yo te explicaré su mecanismo, pero tú debes encontrar una solución para mi pregunta —le exigió Aner.

Ixaka notó, por el tono en que se lo había pedido, que confiaba en él y empezó a poner su cabeza en funcionamiento, aunque no se atrevió a volverle a preguntar para qué quería saberlo.

Aner sintió unas palmadas en su cara. Como si unas manos diminutas le golpearan sin descanso. Intentó sacudirse esa molestia y un sonido lejano le trajo su nombre hasta sus oídos. Se despertó de golpe.

—¡Por fin! —dijo Galtxagorri—. ¡Qué manera de dormir!

El talanta movió bruscamente su cabeza.

—¿Es que no os han enseñado modales? —se quejó.

—¡Vamos, díselo ya!

—¿Decirme qué?

Prakagorri se aclaró la garganta. Habían echado a suertes y le había tocado a él hacer los honores. Recibió un codazo en las costillas de su compañero, dejó de carraspear y procedió a hablar.

—Leoiar viene por el sur.

Aner saltó de la cama y se empezó a vestir a toda prisa.

—Avisad a Ixaka —les pidió a los dos geniecillos.

Prakagorri y Galtxagorri salieron a todo correr a llevar a cabo su encargo. Mientras, Aner se terminó de vestir. Erlea trajinaba en la estancia contigua. Había preparado un copioso desayuno, del que el talanta tan solo probó un par de bocados. Erlea se preocupaba. Sabía que Aner necesitaba una buena alimentación, una comida de guerrero. Casi le siguió hasta la salida con el desayuno detrás.

—Volveré enseguida. Prepara algo más. Tendremos invitados.

Leoiar, Ixaka y Aner se encontraron a las afueras del campamento. Fue un encuentro corto y emotivo en el que los tres hombres se abrazaron sinceramente. Había muchos asuntos que tratar y poco tiempo, pero lo importante era que los dos ejércitos se habían juntado. Aner invitó a entrar a los talantas del sur, pero Leoiar, sabiendo que eran demasiados, declinó la oferta y propuso preparar su propio campamento. «No lo fortifiques demasiado», le dijo Aner, «nos iremos pronto.

Sadoc ha empezado a mover a sus guerreros».

—Lo sé —le contestó el rey del sur—. Yo también tengo mis propios informadores.

El rey del sur dio órdenes precisas para que sus guerreros comenzaran a preparar el campamento. Mientras, él acompañó a los dos cuñados al interior del suyo. La noticia de que habían llegado los del sur elevó la moral de los acampados y también la tensión. Su llegada anunciaba una pronta marcha sin retorno.

Erlea había llenado la mesa de viandas, frutas y copas. Había situado las tres mejores sillas de las que disponía alrededor y un rojo mantel colgaba por los extremos de la mesa. Los tres amigos compartieron un copioso desayuno. Uno de los escasos placeres que se permitirían desde ese momento hasta la inminente batalla. Aner se había preguntado en los últimos días si debía compartir con Ixaka y con Leoiar todos sus planes de batalla o no. Por un lado, temía que, si hablaba demasiado, sus palabras pudieran llegar a oídos indeseados y perjudicar todo el desarrollo de lo que tenía preparado. Pero, por otro lado, su plan exigía de tan extrema coordinación que no se podría ejecutar si aquellos dos talantas no conocían a fondo el propósito. Además, estaba la posibilidad de que el propio Aner fuera herido o incluso muerto en la batalla, por lo que saber que Leoiar e Ixaka podrían desarrollar su táctica si él caía suponía un pequeño alivio para él.

Pasaron toda la mañana y parte de la tarde trabajando en el plan. Lo hicieron en voz baja. A veces casi en susurros para que sus palabras quedaran entre las telas de aquella tienda. Aner miró a sus dos compañeros intermitentemente. Ambos conocían a grandes rasgos la estrategia que Aner había ideado, pero, cuando este se la desgranó, les pareció que una mente bastante alejada de la cordura la había trazado. Leoiar se levantó por primera vez y se paseó por la tienda. Intentaba visualizar lo que Aner acababa de proponer. Todo era una locura, pero ¿qué otra cosa que una locura podía arreglar lo que ya de por sí era una demencia? Lo que estaba claro era que o bien lo conseguían o bien morían todos ellos. Una vez empezada la lid, ya no habría marcha atrás.

Aner respetó el silencio del rey del sur y sus meditaciones mientras se movía por la estancia. Leoiar al fin se detuvo e hizo la pregunta.

—¿Estás seguro de la potencia de esos imanes?

—Me temo que sí.

—Aún no nos has dicho cómo nos desharemos de ellos.

—No creo que lo podamos hacer.

Leoiar miró a Aner con cara de interrogación.

—¿Quieres decir que habrá que improvisar?

—Quiero decir que lo único que podremos hacer es alejarlos de la batalla para que no nos

afecten demasiado y aguantar.

—Pero los imanes afectarán a quienes traten de alejarlos.

Aner asintió varias veces.

—De lo que se trata es de desviar la atención de Sadoc lo suficiente de nuestro objetivo final para que, cuando se dé cuenta de lo que queremos, sea demasiado tarde para él.

Aún hablaron un rato más entre ellos. Era tarde cuando los tres se retiraron a descansar. Llevaban todo el día reunidos. Diminutas lucecitas parpadeaban en el cielo, haciendo un guiño a la vida y a la muerte. Aner las contempló y se sintió pequeño y solo. Aunque muchos en aquel campamento lo consideraban un gran guerrero, él, en ese instante, se sintió abrumado. Era cierto que había sabido ganarse la confianza y la admiración de casi todos los que lo habían visto en acción. Pero también era verdad que el talanta tenía sus detractores, quienes pensaban que ocupaba el puesto de dux sin merecérselo. Entre estas últimas personas se encontraba Meder.

Aner contempló el cielo estrellado. Aquella inmensidad que flotaba sobre su cabeza le transmitió quietud. Un pequeño murmullo de voces llegó hasta él. La tierra, bajo sus pies, transmitía firmeza. Se metió en su tienda. Apagó todas las luces excepto la de un candil que se apoyaba sobre la mesa. Se sentó allí donde había charlado con Ixaka y Leoiar y se llevó un pedazo de pan a la boca. «Tengo una misión que cumplir y la cumpliré», pensó. Más que nunca fue consciente de su propia existencia. «Soy solo una mota de polvo que flota en el aire», se dijo para sí, «Cuando muera, mi recuerdo durará sobre la tierra el tiempo que permanece un suspiro en el aire. Pero yo haré que ese suspiro sea escuchado por muchos».

Ixaka, Leoiar y Aner volvieron a reunirse al día siguiente. Revestido de grandeza y de una autoridad que aún estaba por demostrar, Meder se presentó en la puerta de la tienda exigiendo ser recibido. Se peleó con los dos guardias que Leoiar había dejado a la entrada para abrirse paso. Estos permanecieron en su puesto tal y como se les había ordenado. Los gritos de Meder llamaron la atención de muchos curiosos, que se preguntaban qué ocurriría en la tienda del dux. Aner no pudo evitar sentirse contrariado. En el fondo no estaba ocurriendo más que lo que tarde o temprano tenía que ocurrir, pero los enfrentamientos entre los distintos jefes no convenían en ese momento cuando estaban a punto de marchar al encuentro del enemigo.

El rey del sur miró interrogativamente a los dos cuñados. Él también había reconocido a Meder como el causante de aquella trifulca. Leoiar se jactaba de conocer bien a las personas al poco de tratarlas y Meder no era el tipo de talanta que le gustaría tener a su lado a la hora de atacar a los banelatus. Había algo en él que lo descalificaba como compañero. Y no era por su falta de valentía o arrojo, sino por su poca cintura a la hora de enfrentarse los acontecimientos. Meder se atenía a unas reglas y a unas costumbres y no había nada fuera de ellas. Para él eso era lo más sagrado, le herencia de su pueblo y de sus antepasados y todo debía girar en torno a esas costumbres. Más allá no había nada.

—Saldré yo —se ofreció Ixaka, mirando a Aner—, si te parece bien.

Aner reflexionó. Si no le dejaba entrar, Meder podía convertirse en un revés para su plan, podía convertir el campamento en un hervidero de luchas internas y eso no convenía.

—Apacígualo y dile que le recibiremos enseguida.

Aner sabía que eso no le iba a gustar a Meder, pero el talanta quería tener el control de los tiempos y hacerle ver a Meder el lugar que ocupaba, pero sin darle oportunidad de quejarse.

Al recién elegido dux no le gustó nada las indicaciones que recibió a través de Ixaka y así se lo hizo saber. Lo dijo en un tono lo suficientemente alto como para que su cuñado lo escuchara desde el interior de la tienda. Leoiar vio a Aner sonreír al escuchar sus protestas. Ixaka intentó apaciguarlo mirándole como diciendo: «No protestes más y da gracias de que aún no le he dicho a Aner que tú le traicionaste y que quisiste venderlo a Yankel a cambio de tu libertad». Meder le contestó con otra mirada en la que decía: «Puedes contárselo a Aner. Pero ¿cómo crees que reaccionará cuando sepa que su propio cuñado le ha traicionado, ocultándole la verdad y dejando que creyera que Tixaso está detrás de todo?».

Ixaka regresó al interior francamente irritado. Meder y sus aspiraciones estaban resultando un verdadero dolor de cabeza. Si aún no le había dicho a Aner lo de Meder era solo por mantener el juramento que le había hecho a su hermana. Y que Meder hubiera resultado beneficiado por ello había sido pura casualidad.

Cuando Meder entró en la tienda poco después, ni Aner ni Leoiar se levantaron para saludarle. Meder, resabiado y vengativo, tomó nota de ello. La mesa había sido despejada de papeles y en su lugar descansaban unas copas de vino.

—Como dux electo de los clanes del norte exijo ser convocado a esta reunión.

—Esta es una reunión de amigos, cuando sean convocados los jefes que hay en este campamento, serás debidamente informado —le dijo Aner sosteniendo su mirada, pero sin incorporarse.

Un rayo de ira cruzó el iris de Meder. Duró tan solo un instante, pero todos lo pudieron notar.

—¿A qué has venido? —le preguntó Aner.

—Exijo que se me informe de los planes de ataque que va a llevar a cabo este ejército, así como que se me reconozca como dux, ya que estaré al mando de las fuerzas aquí reunidas de los clanes del norte.

A Aner no le gustó la petición. Ni por asomo pensaba compartir sus planes ni la forma en que pensaba ejecutarlos con Meder. Tenía que ser más listo con él para contentarlo sin soltar prenda de su estrategia. Aner se levantó despacio y caminó alrededor de Meder.

—¿Vienes aquí —le preguntó sin alterar el tono de su voz—, interrumpes una reunión de amigos y te atreves encima a exigir?

—Para tu información, te diré que se ha celebrado un cónclave...

—Conozco esa reunión y lo que en ella se decidió —le interrumpió Aner—, pero eso no te da derecho a venir aquí como si fueras un gallo de pelea.

Meder no se achantó ante las palabras de Aner, antes bien, decidió contraatacar.

—No sé si te habrás dado cuenta de lo qué significa haber sido nombrado dux de los clanes del norte —dijo Meder mientras una sonrisa maliciosa asomaba a su rostro—. Ahora mismo soy dux de todos los clanes y, por tanto, de todos los talantas que pertenecen a esos clanes y todos ellos me deben obediencia. ¿Te das cuenta de lo que eso significa, Aner?

—No sé lo que significará para ti. Espero que signifique lo mismo que para mí. Que como dux debes estar a la altura de lo que los clanes del norte representan y han representado en el pasado. Que debes mostrar más valor, más entrega que ninguno de los miembros de esos clanes a los que tanto mientas y que debes demostrar no solo tu valía, sino tu sabiduría.

Meder soltó una tremenda carcajada.

—No comprendes nada, ¿verdad, Aner? ¿O acaso te haces el loco? Yo soy el dux de los clanes del norte, yo soy tu dux.

Por un momento, Leoiar e Ixaka pensaron que aquellos dos hombres iban a matarse en aquel mismo momento.

—Te recuerdo que tú mismo me echaste del quinto clan. Además, lo único que me ataba allí era Zarala y ella está muerta.

Ixaka se entristeció al escuchar esas duras palabras de boca de su cuñado. Si Aner pensaba eso en serio, era porque él no estaba cumpliendo con la misión que su hermana le había pedido. Tendría que buscar otra fórmula para que su cuñado considerara a los Ezkanda como su propia familia.

Meder sonrió. Al menos en eso estaban en paz. Él no había podido tener a Zarala y ahora Aner ya no la tendría jamás.

—¿Significa eso que no acatas mi liderazgo?

—Si los talantas del norte han expresado su voluntad, así sea. Pero no te equivoques contándome entre ellos, porque no lo soy, como lo demuestra el hecho de que ni siquiera te planteaste llamarme para que tuviera opción de votar como todos los demás. Hasta Ixaka participó en esas votaciones.

El aludido tragó saliva. Había querido ocultárselo a Aner, por si se lo tomaba como una rebelión por parte de Meder. Pero había sido un tonto al pensar que se podría ocultar a Aner algo de lo que ocurría en su propio campamento. Sin embargo, los clanes del norte necesitaban un dux y eso lo sabía también Aner.

El recién elegido dux de los clanes del norte sonrió para sus adentros. Empezaba a tener lo que quería: un enfrentamiento entre Ixaka y Aner. Pero Meder se equivocaba si pensaba que aquel al que todos habían empezado a proclamar dux —y no solo de los talantas del norte, sino de todos ellos— iba a romper su amistad con su cuñado. Estaba a punto de responder a Aner cuando este le quitó la palabra de la boca.

—Ahora, si no tienes más que añadir, puedes retirarte y, si tienes alguna petición que hacer, es el momento.

Los dos hombres se midieron. Aner no iba armado, pero Meder había observado cómo su espada descansaba cerca de él, en un mueble auxiliar que había al otro lado de la mesa. En ese instante, le bastaba con alargar su mano para cogerla. La espada pareció reconocer que alguien pensaba en ella. En la empuñadura destacaba el dibujo de un dragón con un pequeño rubí que hacía las veces de ojo. Hasta en eso había fallado a los talantas. Aner usaba una espada banelatu. Meder midió sus palabras.

—Me pondré al frente de mis talantas, tanto si lo quieres como si no, y ellos me obedecerán.

Ixaka y Leoiar volvieron sus cabezas hacia Aner. El joven cuñado pensó que Aner no cedería ante Meder y que los dos se enfrascarían en una disputa sin fin.

—Liderarás a los talantas de los clanes del norte y espero no tener que contaros entre los cobardes que huyan a la primera vista de los banelatus —le desafió Aner.

En la cara de Ixaka se reflejó la sorpresa. Frunció el entrecejo sin entender nada.

—Los talantas del norte no huimos. Si aún no lo sabes, es que no has aprendido nada durante el tiempo que has estado entre nosotros.

—He aprendido lo suficiente.

—Aún no has aprendido a obedecer ni a acatar las normas de tus mayores.

Aner estiró la comisura de los labios, haciendo una mueca parecida a una sonrisa.

—Aún no he terminado con tu cometido —le dijo, retomando el hilo de la conversación—. Te cederé el centro del ataque con la condición de que tú me cedas a Ixaka y a Marz.

Ixaka se estiró en su silla. La propuesta de Aner le había sorprendido, no porque su cuñado le hubiera reclamado, sino por el hecho de entregarle a Meder la posición central.

Meder mantuvo la mirada de Aner. Fueron unos instantes tensos. El dux del norte podía muy bien prescindir de Marz. No le gustaba la actitud que había tenido en el episodio de Anaiansa y de su hija. Pero no estaba muy seguro de querer desprenderse del joven Ezkanda. Era un buen arquero y había aprendido bien a manejar su espada.

—Piénsalo bien, Meder —le tentó Aner—, dos talantas a cambio del centro de la batalla.

Meder visualizó la escena. Se vio a sí mismo en el centro de aquel ejército de talantas. Parecería que él era el que dirigía toda aquella multitud de guerreros. Era fácil ceder a la tentación. Aunque, por otro lado, que Aner soltara con tanta facilidad la posición central sembraba de dudas su cabeza. Se trataba sin duda de alguna trampa. Repasó todas las batallas que había vivido, pero no encontró la solución. No se lo pensó mucho más antes de contestar.

—Hecho.

—Mañana a primera hora discutiremos la estrategia aquí —se adelantó a decir Aner para no dar lugar a réplica al talanta ni a ninguno de los otros dos que escuchaban perplejos.

Meder salió de la tienda con una sensación de euforia que hacía tiempo que no tenía. Él estaría al frente de aquella multitud. Nunca ningún dux de los clanes del norte había tenido detrás tal despliegue de tropas.

Ixaka esperó hasta considerar que Meder se había alejado lo suficiente como para que no le escuchara. Aner miraba la puerta de la tienda por la que había desaparecido Meder. Se volvió cuando su cuñado comenzó a hablar. Había satisfacción en su rostro.

—¡Estás loco! —le recriminó su cuñado—. ¿Cómo has podido cederle esa posición en el ataque?

—Porque es más sabio, mejor estratega y un gran guerrero —dijo Aner a punto de reírse— Y, además, ha sido elegido dux de los clanes del norte.

Ixaka se quedó sin saber qué decir.

—Leoiar, ¿quieres hacer tú los honores y explicarle a mi cuñado por qué le he cedido a Meder el puesto de mando?

—Querido Ixaka —intervino Leoiar, que hasta ese momento había estado callado—, ¿aún no te has enterado de que esta batalla se decidirá en los flancos?

—Y en la retaguardia —añadió Aner mirándole.

—Y en la retaguardia —confirmó el rey del sur—. Además, situarlo en el centro significa que lo tendremos en todo momento controlado entre Aner y yo. Situados uno a cada lado de tu querido dux.

Ixaka se rascó la cabeza.

—Sois terribles. Los dos.

—Espero que no hayas cometido la locura de votar por ese mentecato —le recriminó Leoiar con un tono amistoso—. Y espero también que sepas mantener la boca cerrada en lo que se refiere a la táctica que vamos a llevar a cabo. No me fío de Meder. Querrá sonsacarte a las primeras de cambio.

—¿Por quién me tomas? —dijo el joven tomando su copa de vino y elevándola—. ¡Por Aner!
—dijo.

Este tomó su copa y la alzó a su vez. «¡Por Leoiar!», brindó.

El rey del sur hizo lo propio: «¡Por Ixaka!», exclamó.

Los tres juntaron sus copas en el centro. El vino saltó por el choque y mojó sus manos. Manos rojas de vino que pronto se teñirían rojas de sangre.

Un banelatu bajo, en extremo delgado, vestido de negro y con la caretesa enmarcada por un delicado drapeado en hilo de oro pidió ser atendido por el suprem. Esperó a un lado de la puerta de la tienda tal y como le habían indicado. Su mirada baja, sus hombros echados hacia atrás y sus brazos caídos. Sabía su destino y lo aceptaba. Con su labor había contribuido a engrandecer a su supremo. Sentiría orgullo si supiera lo que significaba, pero era un banelatu y solo sabía que había cumplido con lo que se esperaba de él y por eso sería recordado para siempre.

Seis guardias armados custodiaban la entrada. Parecían estatuas esculpidas en negra piedra. Ni un movimiento, sin apenas pestañear, permanecían en su puesto horas y horas.

Pasó mucho tiempo antes de que le indicaran que podía entrar, tiempo en el que él también aguardó sin moverse. Sin embargo, cuando fue llamado, no fue recibido por el suprem tal y como había esperado, sino por uno de sus subordinados que ni siquiera se presentó.

El banelatu le dijo que traía un mensaje urgente para el suprem, pero quien le escuchaba le indicó que se lo transmitiera a él y él juzgaría la urgencia de este.

El banelatu habló en un tono bajo, casi un susurro. Quien le escuchaba, sin inmutarse, le hizo un gesto con la mano para que detuviera su discurso. Casi con la palabra en la boca, se encontró solo de nuevo. Sabía que le observaban, pero él siguió sin moverse, tal y como se esperaba que hiciera. Al rato, una figura alta, espigada, pero de complexión fuerte se presentó ante él. Una fuerte energía recorrió la sala y esa misma fuerza le hizo postrarse ante quien tenía delante. En esa postura, con la cabeza y la mirada gacha, esperó a ser interrogado. Para entonces, Sadoc ya sabía toda la vida de aquel banelatu. Dónde había nacido, quiénes habían sido sus maestros y cuáles eran sus misiones. Y sabía algo más que el banelatu que estaba postrado desconocía: el día y la hora de su muerte.

El banelatu escuchó una voz proveniente de uno de los laterales. No era el suprem el que hablaba, sino el mismo subordinado que le había recibido a la entrada.

—Repite lo que acabas de relatar.

—Íbamos en la avanzadilla número tres. Era a la noche del cuarto día cuando avistamos un cuerpo. Nos acercamos a él. Era un banelatu. Su cadáver, o lo que quedaba de él, estaba atravesado por siete flechas.

—¿Estás seguro de que era él?

—No nos dimos cuenta de quién se trataba hasta que no vimos su anillo y su espada. Era él, seguro. Era Yankel.

Sadoc escuchó toda la conversación sin intervenir. Antes de hacer llegar a ese banelatu hasta él, había examinado él mismo el cuerpo que la avanzadilla número tres había llevado hasta las cercanías del campamento y que había dejado a una legua de allí. El suprem había visto el cuerpo atravesado de su líder por las siete saetas. Quienquiera que lo hubiera ejecutado había dejado las pruebas suficientes para que Yankel fuera reconocido. Yankel tenía una única misión: llevar a Aner ante el suprem. Si Yankel estaba muerto, solo había un ser que lo podía haber hecho —aunque la lógica dictara lo contrario— y ese ser era Aner. Sadoc asintió una vez y su subordinado salió de la habitación. Al poco, la puerta formada por una gruesa tela se descorrió y aparecieron siete guardianes escoltando a los otros cinco miembros de la avanzadilla número tres. A otro movimiento de la cabeza de Sadoc, la guardia desapareció y ante el suprem solo quedaron los seis banelatus que habían formado la avanzadilla número tres. Sadoc extendió su mano. El calor se expandió por la sala. Poco después, seis cuerpos inertes cubrían el suelo de la sala. Discretamente fueron retirados, igual que sucedió con el cuerpo de Yankel. Sus nombres fueron borrados para siempre de la historia del pueblo banelatu.

Lo siguiente que hizo Sadoc fue llamar a Maore. El silencio lo acompañó mientras esperaba. Maore entró en la sala que le había sido indicada, sin prisa. Sadoc, sentado en la cabecera de una gran mesa rectangular, aguardaba cenando. No hubo invitación. Maore observó la sala minimalista, la ausencia de ornamentación, las paredes de gruesas telas, la comida frugal del suprem.

—Maore —habló Sadoc después de un rato, una vez concluida su cena—, ¿estás conspirando contra mí?

El suprem del este no contestó a esa pregunta. Era suprem y no podía consentir ese tratamiento. Sadoc podía enmascarar su presencia allí como voluntaria, mientras lo trataba como a un prisionero, pero él jamás se doblegaría voluntariamente.

—Uno de tus banelatus está ayudando al talanta Aner. Quiero saber si lo hace por orden tuya y qué pretendes con eso.

—Aunque ningún deber me ata a ti para contestar a esa pregunta, te diré que ninguno de mis banelatus tiene orden de ayudar a ese talanta del que hablas.

—Entonces, explícame por qué le ayudó a entrar y a huir de Bankada. A él junto con otros muchos talantas.

—Quizás deberías preguntarte qué falló en Bankada para que la fuga de ese talanta ocurriera.

Sadoc se levantó despacio y apuntó a Maore con su espada.

—Sé que tienes grandes deseos de verme muerto. Pero ten cuidado, Sadoc. Aunque has comprado a mi Consejo, muchos de los banelatus del este no entenderían mi muerte igual que

ellos. No te interesa provocar una guerra entre banelatus ahora que tienes a tu alcance a los talantas.

Una fuerte tensión se pudo sentir en aquella sala. Las palabras, pronunciadas con calma, sonaban casi con dulzura. Sin embargo, la batalla se dilucidaba en el interior de aquellos cuerpos. Sadoc intentó hacer que Maore se postrara ante él, pero el supremo del este tenía una gran energía y resistió.

—Te estaré vigilando.

Maore se retiró. Mientras regresaba a su tienda, pensaba en lo que le acababa de decir Sadoc. Estaba claro que hablaba de Tixaso. Nadie más tenía una misión que cumplir en la capital del supremo del oeste. Mientras hablaban, se había dado cuenta de que Sadoc buscaba en su mente un nombre para ese banelatu que había entrado y salido de Bankada con aquel talanta. Él se lo había ocultado, pero sabía que, si Sadoc quería poner nombre a ese banelatu que ahora permanecía oculto, acabaría encontrándolo. Debía ser precavido. Una vez en su tienda, ocupó su mente intentando buscar una explicación a esa alianza entre Tixaso y Aner.

Capítulo XXIX

Hacia la batalla

Tal y como habían acordado, las fuerzas de los talantas se habían dividido en tres pequeños ejércitos, cada uno de los cuales avanzaba dirigido por su propio líder. Leoiar marchaba al frente de los talantas del sur, Meder comandaba las fuerzas del norte y Aner guiaba al resto de talantas venidos de muy distintos puntos geográficos. Entre estos últimos se encontraban hombres que profesaban una ferviente fe en aquel joven. Uno de ellos era Ganix, quien, desde que escapó de Bankada gracias a la llegada de Aner, se había mostrado eternamente agradecido hacia él. Saturene y Astu también marchaban en aquella formación. Astu ya no reconocía la autoridad de Meder. Y a este no le había importado prescindir de un viejo cascarrabias que gustaba de la compañía de aquella banelatu renegada.

Las tres unidades habían acordado encontrarse en un terreno elevado a media legua de Bankada, donde un destacamento de guerreros especializados preparaba desde hacía unos días un campamento fortificado. El grupo de Aner había sido el último en abandonar las posiciones donde esperaron a Leoiar. Ellos cerraban la formación de aquel ejército que pensaba enfrentarse a los banelatus en la batalla definitiva. Una batalla que marcaría el destino de aquellos talantas. O bien vencían o su raza desaparecía para siempre.

Aquella mañana todo había salido mal. Todas las fuerzas de la naturaleza parecían haberse conjurado en su contra. Al despertar, una espesa niebla flotaba alrededor de toda la colina donde el grupo de Aner había pasado la noche. A duras penas se veían los pies del de al lado y solo si este estaba lo suficientemente cerca. Un miedo incontrolable se extendió por todo el campamento. Aner intentó juntar a todos lo más que pudo para que todos escucharan su voz. Si no conseguía que mantuvieran la calma, acabarían perdidos.

Algunos talantas se pusieron nerviosos y provocaron una estampida en los caballos que acompañaban al grupo. Aner con varios hombres trataron de reunirlos, pero, después de una hora de arduo trabajo, decidieron abandonar la empresa. Habían perdido diez caballos. Sin tiempo para lamentar la merma, decidieron emprender la marcha. Avanzaron despacio, casi agarrados de la mano, hombro con hombro. En el grupo había también mujeres y niños que habían decidido avanzar con sus familiares y compartir su suerte. Todos habían sido avisados de que el ejército no se detendría a esperar a los más débiles y que si se quedaban rezagados deberían buscarse la vida por sí mismos. Todos lo habían aceptado.

A media mañana, la niebla empezó a levantar. Las nubes descubrieron el suelo poco a poco solo para revelar que se habían desviado de su camino, a pesar de los esfuerzos que habían hecho para que eso no sucediera. Aner e Ixaka oteaban el horizonte para situarse y elegir el mejor camino para rectificar la posición cuando tuvieron el primer contacto visual con los banelatus.

—Mira allí —le dijo Aner con un fugaz movimiento de su cabeza.

Ixaka sintió un nudo en su estómago. Ni un solo gesto se marcó en la cara de Aner, pero eso no

significaba que dentro de él no hubiera saltado una chispa de preocupación. Se puso al frente de aquellos talantas y mandó avanzar a todos a marchas forzadas. Apretó los dientes y asumió el desgaste que eso supondría para unos talantas que deberían enfrentarse a la batalla más dura de su vida. Pero no podía dejar que Sadoc eligiera el lugar del enfrentamiento ni que este tuviera lugar antes de lo previsto. Eso supondría tirar todos los planes por la borda. Miró atrás una sola vez. Hasta ese momento no habían tenido problemas para avanzar al ritmo que Aner les había pedido, pero ahora sería distinto. Miró de nuevo hacia delante. Una larga jornada de marcha se abría ante ellos. Habría poca comida y poco descanso. Y, si tenían suerte, al anochecer podrían llegar al lugar convenido.

Al mediodía comenzó a llover. Un pertinaz chirimiri les acompañó durante toda la tarde. Aner no miraba atrás, solo adelante, pero en todo momento estaba informado del avance de sus fuerzas y de las del enemigo. Él caminaba a pie. Su caballo, como el de muchos otros, había sido cedido para que alguna mujer o algún niño siguiera el paso sin convertirse en un problema para los demás. Muchos hombres portaban sobre sus hombros no solo su hatillo, sino a hijos o a hijos de amigos. Nadie hablaba. Las mujeres se apoyaban unas en otras y caminaban sin rechistar sobre un suelo que se estaba convirtiendo en barro y que humedecía sus zapatos y sus pies. Algunas estaban preparadas para luchar al lado de los hombres. Todos seguían adelante. En ese momento en el que avanzar era casi una tarea de vida o muerte, es cuando se pusieron a prueba todos los esfuerzos de aquellas largas jornadas de entrenamientos y de repeticiones de movimientos y tácticas en las que Aner tanto había insistido.

Descansaron lo justo para comer algo y siguieron caminando. La fatiga se reflejaba en los rostros mojados, en las miradas llenas de miedo, pero también de determinación, en los pies llenos de barro que cada vez pesaban más, pero nadie se quejaba, nadie quería quedarse atrás y ser el primero en caer en manos del enemigo. Astu se acercó a Aner durante la parada. Intercambiaron unas pocas palabras. El viejo mago y Saturene habían estado buscando durante días elementos eficaces que utilizar contra los banelatus. Habían experimentado con magnesio y se habían encontrado con que era un elemento muy inflamable cuando se pulveriza. Ellos eran los encargados de transportarlo junto con el polvo gris de Astu. Aner quiso saber si la lluvia podía afectar a la carga. Los dos brujos habían sido extremadamente cuidadosos a la hora de empaquetar y proteger todo, pero, si la lluvia continuaba, podía poner en peligro el transporte. La noche empezó a aparecer por el este. El campamento todavía no se veía.

Sadoc calculó las fuerzas de los talantas que había visto ante él. Le pareció un ejército pequeño y pobre. Si todo lo que Aner había sido capaz de reunir era eso, no le harían falta demasiados esfuerzos para derrotarlo. El supremo no tenía prisa. Incluso se podía permitir el lujo de dejar que el talanta eligiera el lugar donde quería enfrentarse con sus guerreros. Y, aunque Aner pudiera reunir cuatro veces las fuerzas que llevaba consigo, no lograría representar una tropa imposible de batir para un ejército mejor preparado y más poderoso. Sin embargo, no quería más sorpresas como la de Yankel. Una vez que se produjera el primer contacto entre los dos ejércitos, el supremo no iba a dejar ningún cabo suelto.

Tixaso y Ager habían avanzado en paralelo con los banelatus reunidos bajo el mando de Sadoc. Apenas habían compartido palabra durante los cuatro días que habían estado juntos. El silencio, que siempre había acompañado a la banelatu en sus misiones, se le hizo de pronto insoportable. Añoraba la voz de Aner y las palabras de este cuando se dirigía a ella, su fina ironía, su dulce risa y su cálida sonrisa. Echaba de menos también su figura, paseándose con la espada sobre los hombros, y el calor que desprendía su cuerpo. Se quedó mirando un charco grande que se había formado en el camino. En el reflejo buscaba el rostro de aquel talanta de los ojos azules.

La niebla había convertido el amanecer de aquel día en un despertar incómodo y húmedo. Ni ella ni Ager habían tenido problemas en seguir a un ejército que caminaba en grupo como si fueran un solo banelatu. El eco de sus pisadas acompasadas les servía de guía. Cuando la niebla se levantó, Tixaso contempló a lo lejos la silueta lejana de los talantas. En su interior no pudo reprimir la sensación de recordar a alguien conocido y querido. Aner debía encontrarse entre aquellos que marchaban delante. Durante unos instantes de debilidad, sintió deseos de correr hacia él. Luego se centró de nuevo en su misión y se hundió bajo su máscara banelatu. Tenía un cometido y su fidelidad se debía a él. Tenía que contactar con Maore, contarle los resultados de sus pesquisas y esperar órdenes.

Durante el primer día de marcha habían conseguido introducirse entre los suyos y acceder hasta Maore. Tixaso no se acercó hasta su suprem, sino que se puso a la vista de él. Fue el suprem del este quien, tomando todas las precauciones que pudo, se acercó a su discípula y a Ager.

—Necesito que os mantengáis fuera de este ejército y caminéis a nuestro par. Una vez vencidos los talantas, Sadoc se proclamará suprem de todos los banelatus. Sé que intentará asesinarme. Necesito que alguien tome el relevo si eso ocurre. Sadoc es incapaz de controlar el poder que tiene. Su energía le domina y ha cegado su sapiencia. Primero destruirá a los talantas. Cuando estos desaparezcan, los banelatus no tendremos esclavos. Nuestra sociedad se tambaleará y entonces usará a los propios banelatus para los trabajos que hasta ahora hacían los talantas. Nuestra raza y nuestra supremacía están en peligro. Una vez que los talantas sean derrotados, maniobrá contra los banelatus del este hasta someternos. No dudará en hacernos ocupar el puesto que los talantas ya no podrán llenar. Vosotros me tendréis que ayudar desde afuera. Intentaré que varios de los nuestros, que aún me son fieles, se unan a vosotros durante la batalla. De esa manera, si Sadoc nos rodea, podréis hacer una pequeña resistencia que abra un hueco para nosotros.

Tixaso intentó hablar con él varias veces, pero Maore no se lo permitió. Era demasiado arriesgado. Maore quería saber cuál era la causa por la que ella y Aner se habían unido, pero el lugar no era el adecuado para una charla más larga, así que Maore dio por concluida la audiencia.

Tixaso y Ager tenían una misión y la iban a llevar a cabo. Se alejaron de Maore y cada uno regresó a sus tareas. Lo que ninguno de ellos sabía era que Sadoc estaba siendo informado de su pequeña incursión porque tenía a un banelatu vigilando al suprem del este día y noche. A esas horas, cuando la niebla ya se había levantado y una pertinaz lluvia acompañaba los movimientos del ejército banelatu, Sadoc ya sabía que el nombre de la banelatu que había estado en Bankada con Aner era Tixaso. A su debido tiempo, se ocuparía de ella. Primero lo haría con Aner y con los talantas.

El cielo ya se había poblado de estrellas cuando Aner vio a lo lejos las luces del campamento. Sintió alivio por haber llegado. Pero también cierto temor al ser consciente de haberle servido de guía a Sadoc. Aquel pequeño ejército había conducido a sus enemigos directamente hacia ellos. Lo bueno del caso era que la batalla definitiva se desarrollaría en el lugar que los talantas habían elegido. Lo malo, que seguramente se llevaría a cabo sin tiempo de concluir los últimos detalles. Quizás tendría lugar aquella misma noche o a la mañana siguiente.

Aner e Ixaka se miraron. Era el momento. No había tiempo para despedidas, así que en esa mirada de tan solo un instante estaban contenidas todas las palabras que no se iban a decir. Les hubiera gustado abrazarse o al menos estrechar sus manos y desearse suerte, pero no había tiempo. Cuantos menos se dieran cuenta de su ausencia, mucho mejor. Ixaka se dejó caer a la parte trasera del grupo. Junto a él lo hicieron Astu, Saturene y una cincuentena de hombres seleccionados por Aner y él. Esos cincuenta hombres tenían la orden directa de permanecer siempre con Ixaka y de obedecer sus órdenes directas. Ninguno de ellos conocía cuál iba a ser su misión dentro de aquella batalla. Solo Ixaka, Astu y Saturene sabían que su destino no era permanecer aquella noche en el campamento. Aquellos talantas no se detendrían a descansar, sino que seguirían caminando.

La moral dentro de aquel grupo subió cuando se dieron cuenta de que las luces que se veían a cierta distancia eran las de su campamento. A nadie le extrañó que Ixaka pasara a la retaguardia con su pequeña compañía y, en la oscuridad de aquella noche, nadie se dio cuenta de que las puertas se cerraban sin que esos hombres hubieran entrado en el campamento.

Aner dio instrucciones directas para que sus hombres bebieran, comieran y descansaran. Él se fue a hablar con Leoiar y le informó de la situación. El rey del sur aceptó la realidad tal cual era. El momento del enfrentamiento tenía que llegar tarde o temprano y cuanto antes sucediera, mejor. Aner se retiró a descansar. Fue Leoiar el que habló con Meder cuanto este exigió ver a Aner y a Ixaka. Nadie había contado a Meder la misión especial que habían preparado para Ixaka y ni a Aner ni a Leoiar le interesaba que Meder la descubriera. Así que el rey del sur excusó su ausencia diciendo que habían llegado cansados y que necesitaban descansar ante la inminencia de la batalla y la presencia de los banelatus a tan solo una legua de donde se encontraban.

Erlea había preparado ropa seca y un baño caliente para Aner. Este se lo tomó deprisa, se vistió y comió algo. Era importante estar preparado por si se producía un ataque sorpresa. Sabía que era improbable que sucediera porque Sadoc, a priori, no tenía prisa por enfrentarse a los talantas en una batalla que debería inclinarse fácilmente de su lado. Pero tampoco podía confiarse. Quizás Sadoc no se conformara con ganar, sino que pretendía arrasar toda existencia talanta en el mundo conocido. Por eso, la guardia se redobló aquella noche. Pocos fueron los que durmieron y los que lo hicieron tuvieron pesadillas y extraños augurios. La muerte rondaba aquel lugar y todos eran conscientes de ello.

Aner repasó una vez más con Leoiar lo que debía hacerse. Si no se producía un ataque nocturno, los talantas se levantarían antes del alba, desayunarían copiosamente y formarían a media legua por delante del campamento. Los dos talantas estrecharon sus manos. «Hasta la victoria», se

dijeron mientras chocaban sus vasos de vino y bebían en su honor.

Ixaka contempló la alta muralla de Bankada. A la escasa luz de la luna, la piedra desprendía una sombra fría y desprovista de alma, como la ciudad a la que cobijaba. Aquella pared vertical destapó algunos recuerdos en la memoria del joven talanta.

Saturene se adelantó entonces y tomó las riendas de la expedición. A partir de ese momento y hasta que localizaran al enemigo, ella marcaría la ruta a seguir. Ixaka había olvidado la crudeza del silencio que envolvía la ciudad banelatu y sintió un ahogo al traspasar su frontera. Miró a los talantas que caminaban a su lado. A pesar de la oscuridad, en sus rostros se podía apreciar el mismo miedo que sentía él mismo. Decidió olvidarse de sus propias sensaciones y centrarse en aquello que tenían por delante. Aner les había marcado todo lo que debían hacer. Él estaba al mando de aquella pequeña expedición y el dux confiaba en que sus indicaciones fueran seguidas al pie de la letra. Lo que ninguno de los dos sabía en el momento de hablar sobre sus órdenes era que Ixaka iba a disponer de tan poco tiempo para cumplirlas. Habían calculado contar con dos días, pero el hecho de que Sadoc los encontrase entre la niebla y los siguiera había reducido el margen a una noche. Como mucho, dispondrían de parte de la mañana siguiente también, pero era mejor hacer el trabajo antes y estar preparados para cuando llegaran los talantas. Porque una vez que los dos ejércitos se habían juntado, todos intentarían que la batalla tuviera lugar lo antes posible.

Entraron en la ciudad por el vertedero de basura, justo por el mismo punto que Aner una vez usó para escapar de Bankada. El olor era nauseabundo. Ixaka estuvo a punto de vomitar. Por fortuna, lo dejaron atrás enseguida. Astu caminaba apoyado en su cayado. Sus ojos vivarachos observaban todo con intensidad. Más que ver, intentaba captar las impresiones que aquel lugar le transmitía. El viejo mago seguía de cerca a Saturene.

Los intrusos no sabían muy bien con qué se iban a encontrar dentro de las murallas. Aner le había pedido que observara bien antes de actuar, pero, dadas las circunstancias, eso iba a ser un poco difícil de ejecutar. Tendría que fiarse de lo que Saturene le dijera —ya que era la única que podía ver sin dificultad en medio de aquella oscuridad—.

Estaban dentro. Su misión era localizar y eliminar a todos los banelatus que quedaran en la ciudad. A todos sin excepción. Aner había calculado que no serían muchos. Ixaka se había reído cuando su cuñado estimó que serían un centenar.

—Son pocos comparados con los que tú tendrás en frente —le había dicho Ixaka—, pero demasiados para acabar con ellos con los pocos hombres de los que dispondré.

—Una cincuentena de talantas te acompañarán. Solo tendréis que matar dos cada uno. Los ancianos banelatus, encerrados en la ciudad especial, no os molestarán. Todos los demás, excepto el retén de un centenar de banelatus, han sido llamados por Sadoc.

—¿Y si te equivocas?

—Entonces todos estaremos muertos al día siguiente y los banelatus no nos molestarán nunca más.

—Es un buen consuelo —había bromeado Ixaka.

—No te quejes. Nosotros estaremos igualados al comenzar la batalla, pero, cuando más cansados estemos, Sadoc contraatacará con los guerreros que habrá dejado en la retaguardia y que estarán frescos y descansados.

Ixaka recordaba aquella conversación. Bromas aparte, era consciente de lo importante de la misión que le había encomendado su cuñado. Sabía que Aner hubiera sido el mejor candidato para llevar a cabo esa tarea, pero, como él mismo había dicho, si Sadoc no lo veía en el campo de batalla, sospecharía algo. No habían andado ni cincuenta pasos cuando se encontraron con la primera patrulla.

—Cuatro —tuvo tiempo de señalarle Saturene.

Los cuatro guardias escucharon la voz de la banelatu de pelo rojo, pero, sin tiempo para reaccionar, varios talantas les cayeron encima. Fue relativamente fácil eliminarlos, puesto que no les dieron opción de usar su energía. Todo fue muy deprisa. Dos talantas hicieron desaparecer sus cuerpos en el interior de la casa vecina, otros intentaron borrar las huellas de sangre. Sin casi recuperarse del primer susto, se pusieron de nuevo en marcha para proseguir con su misión.

Ixaka reflexionaba a cada paso que daba. Tenía que tomar una serie de decisiones o, más bien, lo que debía hacer era improvisar. Se acababa de dar cuenta de que todo lo que habían hablado con Aner y él no servía para casi nada. Lo que habían planificado estaba pensado para una situación ideal. Y eso no estaba sucediendo. Recordó que Aner le había dicho que si las cosas se torcían demasiado, confiaba en su buen criterio y en su instinto. Esperaba no equivocarse, porque estaba a punto de hacer todo lo que Aner le había dicho que no hiciera.

La primera orden que dio fue formar dos grupos y separarse. De esa forma sería más fácil y más rápido localizar a los banelatus, aunque eso suponía colocarse en inferioridad y desobedecer la primera norma de Aner, quien le había repetido hasta la saciedad que permanecieran juntos. Confió uno de los grupos a Saturene y otro lo encabezó él mismo y quedaron en verse al amanecer encima de la puerta principal de Bankada, en la muralla este.

Para reducir a los banelatus, Ixaka permitió usar el polvo de magnesio. Esa fue su segunda desobediencia. Aner le había ordenado que guardara todo el polvo para cuando recibiera la señal. Primero porque lo iban a necesitar todo y, en segundo lugar, porque, al usarlo, se originarían pequeñas columnas de humo que alertarían a Sadoc. «Pero es de noche y para la mañana siguiente ya habrá desaparecido», pensó Ixaka sin recordar que los banelatus ven bastante bien en la oscuridad.

Los dos grupos se pusieron en marcha y se pasaron la noche localizando y ejecutando banelatus. Debían darse prisa puesto que pronto se darían cuenta de la ausencia de aquellos que habían salido de ronda.

En una guerra, muchos son los aspectos que pueden decantar la victoria hacia uno u otro lado. El clima es uno de ellos. La lluvia, la niebla o el sol de cara pueden afectar al desarrollo de la

batalla. También está la ubicación de un ejército a la hora de encontrarse con el enemigo, el terreno que pise cuando llegue el choque. La organización también cuenta y, por su puesto, el líder de los que luchan y la sintonía que se establezca entre aquel y estos. Pero no solo eso, sino también las estrategias, las tácticas, las acciones heroicas, el miedo, la obediencia, la valentía, la retirada imprevista... Algunos de estos aspectos se pueden controlar, otros no.

El amanecer de aquel día descubrió a dos ejércitos en formación. Aner comprobó que todas sus protecciones estaban correctamente ajustadas y montó sobre Su-elur. El caballo cabeceó varias veces y movió sus patas delanteras en un trote coqueto que terminó con un paso firme sobre el terreno húmedo en el que quedaron impregnadas sus huellas. Jinete y caballo comenzaron un trote en línea recta por delante de sus hombres, mientras comprobaba el correcto orden de todos ellos. Se detuvo en medio del ejército que comandaba. No era hombre de grandes palabras, pero sabía de la importancia de dirigirse a aquellos que le habían seguido hasta aquella batalla y de insuflar en ellos aliento y esperanza, valor y coraje.

—Ha llegado la hora —gritó para que todos le pudieran escuchar—, la hora de la justicia, la hora de nuestra justicia —puntualizó. Hizo una pausa para que sus palabras se repitieran y llegaran hasta los que estaban más atrás—. Ha llegado el tiempo de demostrar a los banelatus que están equivocados. Nos creen una raza pequeña, frágil, insignificante, a la que se puede castigar, doblegar e incluso esclavizar. Pues yo digo..., os digo, que hoy lamentarán haber creído eso. Hoy les vamos a probar que unidos somos más fuertes —dio un golpe con su lanza sobre el suelo para acompañar sus palabras. Una voz se alzó entre las filas y repitió: «más fuertes», a la vez que daba un golpe con su pie sobre el suelo. Otros lo imitaron y el eco se extendió por la explanada que ocupaban los talantas—. Hoy les enseñaremos que somos más valientes —«¡Más valientes!», contestaron sus hombres—. Más temibles —«¡Más temibles!», corearon otra vez—, que somos invencibles —«¡Invencibles, invencibles, invencibles!», corearon como un eco que, en vez de perderse con la distancia, ganaba en intensidad.

»Desde siempre —continuó Aner cuando las voces se disiparon—, los talantas hemos tenido nuestras costumbres, nuestros ritos y los hemos mantenido de generación en generación. Nuestros padres nos enseñaron a ser valientes y antes nuestros abuelos se lo enseñaron a ellos. Hoy vamos a ser valientes por ellos, por las costumbres que nos han transmitido. No vamos a permitir que los banelatus nos quiten nuestra herencia. Que nos oigan hoy, porque hoy vamos a romper para siempre su silencio. Hoy vamos a vengar la muerte de nuestros hermanos, la destrucción de nuestros pueblos y de nuestras familias, la esclavitud de nuestros padres, esposas e hijas. Y para eso solo hay un camino, porque la vida y la muerte, nuestra vida o nuestra muerte, solo conocen hoy un camino: ¡Hasta la victoria, siempre!

«¡Hasta la victoria, siempre! ¡Hasta la victoria, siempre! ¡Hasta la victoria, siempre!».

El ruido de los talantas se volvió ensordecedor. Los guerreros rugían. Sus gritos hicieron temblar aquel día el suelo que pisaban los banelatus. Las vibraciones subían por sus piernas hasta el corazón.

Sadoc se había colocado en el centro de la formación de los banelatus, unos pasos adelantado

al resto de sus guerreros. Algo más atrás estaba Maore, mezclado entre los banelatus del este. Sadoc se había encargado de colocarlos en el centro para que no pudieran escapar por ninguno de los dos lados y para que no les quedara más remedio que enfrentarse a los talantas.

El suprem del oeste miró al frente. Fijó la vista en la extraña figura que tenía unos pasos más adelante y que parecía estar al frente de aquellos talantas. Paseaba de lado al lado con un caballo algo nervioso al que no parecía acabar de controlar. Se le hacía casi imposible reconocer en esa figura a Aner. Y, si no era Aner, ¿quién era esa otra persona y por qué estaba al frente de aquella formación? ¿Sería algún estratega al que no conocía? Sadoc había planteado la batalla suponiendo que sería Aner quien la dirigiera. Que lo hiciera otro no era en sí mismo un problema, pero quizás eso le supondría tener que variar su táctica.

Los talantas habían formado delante del campamento que habían ocupado hasta esa noche. A la luz del día se veía con más precisión cómo habían reconvertido una vieja ciudad casi en ruinas en un campamento bien protegido. Si las cosas se les ponían mal, los talantas podían regresar a él y encerrarse. Habían preparado todo para tener víveres suficientes para aguantar un asedio de varios días. El suprem del oeste observó también la fortaleza. «Un buen refugio para los talantas», pensó. Sadoc había preparado la estrategia para una batalla rápida, pero, si había que hacer un asedio, se haría. De cualquier forma, él tenía todo el tiempo del mundo y la vida de los talantas era más corta y no podrían resistir eternamente un asedio.

Recorrió el frente con la mirada. En los flancos destacaban otras dos figuras. La de quien quedaba a su derecha, esto es en el flanco izquierdo de los talantas, vestía vistosos ropajes de colores y montaba sobre un caballo de pelaje negro azabache. Su tez morena lo identificaba como un talanta del sur. Parecía que Aner, o ese talanta que estaba en frente de él, habían conseguido reunir a talantas procedentes de todos los lugares. Eso era bueno para él. Ahora solo necesitaría una batalla para vencerlos a todos. Después se ocupó de identificar al tercer talanta. Lo observó. Enseguida concluyó que ese sí era Aner. Montaba un caballo de un blanco que parecía reflejar el sol. En ese momento, arengaba a esos talantas que respondían enfervorizados, golpeando el suelo. Había que reconocer que aquellos talantas eran cabezones, pero eso en sí mismo no les serviría para ganar aquella batalla.

Sadoc comprobó que el número de talantas a los que debía enfrentarse era más o menos el que había supuesto. Con un poco de suerte, los banelatus que había dejado en la retaguardia ni siquiera tendrían que entrar en combate. Miró otra vez a aquellos seres que tenía delante, físicamente parecidos a ellos, pero tan lejos de su nivel y de su desarrollo que eran totalmente insignificantes, un retroceso en el sistema evolutivo. Observó sus vestimentas y hubo algo que le llamó la atención: la mayoría de aquellos talantas no usaban corazas de metal sino de otra materia. Miró a Aner, ¿habría intuido aquel talanta la existencia de su arma secreta? El suprem mantuvo la vista en él. Por un momento, sus miradas se encontraron en el vacío de aquel espacio que los separaba. Un abismo en apenas unos cuantos pasos.

Aner se ajustó el casco en la cabeza y levantó su mano en la que mostraba una gran lanza cuya punta había sido afilada con esmero. Era la señal que anunciaba que todos estaban preparados, pero que debían esperar. Bankada, en ese momento, quedaba a su izquierda; durante la batalla tenían que hacer que quedara a sus espaldas.

Meder solo había recibido una orden directa de Aner aquella mañana y era que esperara a que los banelatus se movieran antes de atacar. No la obedeció. «¡Maldito malnacido!», pronunció Aner entre dientes cuando lo vio elevar su puño y hacer avanzar las primeras filas de sus guerreros. Aner apretó los puños y dudó entre ir y enfrentarse a Meder o seguir el camino sin retorno que acababa de marcar el recién elegido líder de los clanes del norte. En la distancia, miró a Leoiar. Parecía tan sorprendido como él. Suspiró e hizo la señal para que los soldados comenzaran a marchar. Los primeros guerreros pasaron sobre su posición. Ganix le hizo un gesto afirmativo al pasar junto a él y Aner le correspondió.

Aner había elegido a Ganix como su segundo en aquel combate. El dux sabía que no era el mejor guerrero que había aquel día sobre el campo de batalla, pero tenía otras cualidades que le serían útiles tanto a él como para el desarrollo de la lucha. Ganix era un talanta equilibrado y valeroso. No dejaría que los que iban con él retrocedieran. Además, era cauto y Aner sabía que sería prudente a la hora de avanzar, pero totalmente efectivo. Lo había visto dirigir a esos mismos hombres en infinidad de entrenamientos y le había gustado el modo en que los miraba con determinación como si les dijera: «No podéis fallarme».

Ganix encogió los hombros hacia delante. Los banelatus habían empezado a moverse. «Quietos», pensaba sin hablar. «Quietos», volvía a repetir en su interior.

Aner y Leoiar pasaron a la retaguardia. Desde allí dirigirían los movimientos de sus tropas y darían las órdenes oportunas. Ambos se habían hecho construir una pequeña plataforma que les permitía elevarse lo suficiente para seguir el desarrollo del enfrentamiento. Meder también se fue hacia atrás. Junto a él estaban varios talantas a los que transmitía las órdenes.

En cuanto Marz vio que Aner se dejaba engullir por sus tropas y se caía a la retaguardia, lo siguió. Esa era la orden que había recibido aquella mañana temprano. Se quedó a unos pasos del dux, intentando averiguar por qué le había hecho retroceder hasta aquella posición. Él quería pelear, no deseaba que nadie pudiera tacharle de cobarde. Aner lo miró, pero no dijo nada, antes de hablar con él quería ver de primera mano cómo iban los primeros movimientos. Si el imbécil de Meder se adelantaba otra vez, descubriría su primer ataque antes de lo previsto y los banelatus estarían prevenidos. Esperaba que en esta ocasión, en vez de buscar la gloria personal y el suicidio de sus fuerzas, pensara un poco más en el desarrollo de la lid.

Las dos primeras filas de talantas hincaron su rodilla en el suelo, prácticamente a la vez. Aner respiró a la vez que escuchaba salir las primeras flechas de los arcos talantas. Los banelatus se protegieron con los escudos, pero muchas saetas dieron en el blanco. Sus puntas, impregnadas en magnesio, comenzaron a arder. Los banelatus prendían por dentro. Pero no se escuchaba ningún lamento, ningún quejido. Era como luchar contra espectros. Para contrarrestar su silencio, de las gargantas de los talantas emergieron gritos de euforia, miedo y exaltación.

Aner se bajó de la plataforma y se dirigió adonde esperaba Marz. La impaciencia se reflejaba en su rostro igual que su determinación.

—Marz—le dijo Aner, mirándole con una intensidad tal que el muchacho sintió un gran peso en su pecho. Entonces supo que la misión que le tenía reservada el dux no era pequeña como había creído. En su mirada entendió que Aner iba a depositar en él una gran responsabilidad. «¿Estoy

preparado?»), se preguntó—. Nuestra suerte hoy depende en gran medida de que nos sepamos mover como si fuéramos una sola cosa. Necesito que sirvas de conexión entre Leoiar y yo para que nuestras comunicaciones sean exactas y precisas. No aceptes informes ni mensajes de nadie más. ¿Entiendes lo que te digo? —Marz afirmó. Tenía muchas preguntas en su cabeza, pero entendió que no debía dejar que salieran de ella. Se debía limitar a obedecer—. Ahora mantenemos aún cierto orden, pero dentro de unos instantes esto será el caos. Deberás moverte entre los combatientes, evitando luchar con nadie. Tu misión, por el momento, es transmitir los mensajes entre Leoiar y yo. Solo aceptarás órdenes de él o de mí y de nadie más. ¿Comprendido? —preguntó Aner aunque sin esperar respuesta y prosiguió con su primera orden—. ¿Recuerdas los puntos que te señalé ayer por la noche?

—Sí, dux.

—Deberás marcarlos tal y como hicimos en los entrenamientos. Sin equivocarte ni una sola pulgada —le dijo muy serio, mientras apoyaba su mano sobre el hombro del muchacho.

—Así lo haré —dijo sinceramente Marz.

—Ahora ve y no te demores. Cuando lo hayas hecho, avísale a Leoiar y luego regresa aquí. ¡Ah! Y Marz, mantente con vida.

Marz afirmó un par de veces, tomó los palos que habían preparado con trapos de colores y se marchó a la carrera. Aner había insistido en los entrenamientos en señalar distintos puntos y hacer que los hombres después se colocaran entre ellos, simulando un combate. Él, como todos los demás, había creído que eran simples ejercicios para aprender a moverse juntos y a acatar órdenes, pero ahora se daba cuenta de que todo respondía a una estrategia bien estudiada. Si alguien creía que Aner había aceptado esa batalla de manera improvisada, estaba muy equivocado.

Aner vio marchar a Marz. Sin tiempo que perder, se subió en la plataforma, dejó el yelmo a sus pies y observó el desarrollo de la batalla. Los primeros muertos habían caído sobre el suelo duro y frío que recibió su último aliento en vida. Los que aún seguían en pie resistían bien de momento. Los banelatus no tenían prisa y bien podían asumir unas pocas pérdidas.

Sadoc contempló el gran tablero que tenía delante. Para él aquella batalla era parte del juego que había entretejido en la mesa de la habitación que ocupaba en la mina. Quizás había errado en el lugar, pero allí estaban todos los jugadores que él había tallado con minuciosidad. Ahora se sentía como un gran maestro que dirigía aquel juego sin que algunos de los jugadores llegaran a tener consciencia de que era él el que movía los hilos. Habían caído algunos de los suyos, pero era un pequeño precio que habría que pagar para que la raza banelatu saliera aquel día victoriosa.

Tixaso no había podido dejar de mirar a Aner montado sobre Su-elur. El destino, una vez más, los había colocado en puntos enfrentados. Uno en contra del otro, como dos caras de la misma realidad que parecen condenadas a no confluir jamás. La banelatu permanecía al lado de Maore. Todavía no les había tocado entrar en combate. Entre ellos nadie hablaba. Todos parecían estar concentrados, esperando órdenes. Tixaso, debajo de su careta, pensaba en Aner. Por alguna

extraña razón, no deseaba que le sucediera nada malo. Notó un pinchazo en su frente y se llevó la mano derecha hacia el punto donde una pequeña cicatriz guardaba recuerdos de un pasado no demasiado lejano. Aner también notó el mismo pinchazo. Él se sacudió la cabeza y siguió concentrado en sus guerreros.

Marz corría a grandes zancadas, encorvado todo lo más que podía sobre el suelo para no llamar la atención. Respiraba por la boca y cogía grandes bocanadas de aire. Llegó sin novedad hasta el primero de los puntos que debía marcar e hincó allí la primera estaca a modo de bandera. Se cercioró de que estaba bien clavada y continuó.

En Bankada amaneció de golpe. Los rostros de los talantas supervivientes —habían muerto tres en los enfrentamientos de aquella larga noche—, estaban salpicados de sudor y de sangre. Ixaka hizo el recuento. Tres bajas y cuarenta y cinco banelatus abatidos. No pudo disimular su decepción, una decepción compartida por todos los que se habían reunido junto a él en la puerta este. Todavía quedaban demasiados banelatus vivos. Estos, en silencio, habían dado la voz de alarma y buscaban a los intrusos. Pronto los tendrían encima e Ixaka aún no había resuelto el asunto de la puerta. Debía encontrar la forma de abrirla de golpe. Esa era su misión y su obsesión desde que Aner le hiciera la pregunta. Desde lo alto de la muralla, observó la gran puerta blanca. Era recia, alta y ancha. Intentó calcular lo que pesaría. Se rascó la cabeza. Astu y Saturene lo miraban en ese instante. Los tres sabían que era imposible, pero también sabían que no por ello iban a dejar de intentarlo.

Ganix ordenó una nueva oleada de flechas. Todavía se encontraban a la suficiente distancia para hacer daño. Seguramente esta sería la última vez que sucediera. El cielo se cubrió por un instante de puntos negros que cogieron gran velocidad una vez iniciaron su caída. Algunos hicieron blanco, un blanco silencioso. Algunos banelatus se desplomaron en el suelo, pero ningún sonido salió de sus gargantas.

El primer choque entre los dos bandos se produjo poco después. El combate ganó en intensidad. Aner apretó los dientes. Más y más talantas caían sin remedio. Metidos en uno de sus bolsillos, Galtxorri y Prakagorri lo observaban sin atreverse a hablar. El momento era delicado. El dux se movió inquieto. Se montó en Su-elur y cabalgó por la retaguardia. De momento, los talantas aguantaban el embate, pero este todavía era contenido.

Luar vio pasar una espada banelatu cerca de él. Como uno de los jefes de su clan, tenía la obligación de mantenerse en primera línea. Alaón peleaba con él, hombro con hombro. De vez en cuando los dos se miraban. La visión del otro les servía a su vez de referencia para calcular sus movimientos.

Al otro lado, Sadoc miraba con frialdad el combate que se libraba ante él. Los que luchaban en

su nombre eran simples peones prescindibles dentro del sistema social de su raza. Banelatus reemplazables que estaban respondiendo bien a lo que se esperaba de ellos. El primer choque había frenado el avance de los dos ejércitos, pero era cuestión de tiempo que los banelatus empezaran a empujar a los talantas hacia su escondite. Conejos heridos que se encerrarían en su madriguera.

Desde su posición, Tixaso no podía ver a Sadoc, pero se lo imaginaba con su mirada estoica y su perfil inamovible mientras dirigía a los banelatus a su antojo. Su unidad seguía sin entrar en combate. Lo haría cuando se retiraran los primeros banelatus para tomar un respiro. En esos momentos sentía más que nunca el deseo de vivir. Nunca se lo había planteado así. Su único objetivo hasta entonces había sido obedecer y servir al supremo, haciendo lo mejor que sabía, aquello que se esperaba de ella. Pero ahora sentía unas ganas tremendas de vivir y de conocer otros lugares, otras gentes, otros sentimientos. Si llegaba su hora de luchar, lo haría. Pero no ya porque era su deber, sino porque deseaba, por encima de todo, defender su propia vida.

Todo había cambiado de repente. El día no era día, el cielo ya no era azul. La sangre teñía la tierra que pisaban de un rojo oscuro y un intenso olor se desplazaba por el campo de batalla, mezcla de miedo y de muerte. Luar miró en derredor. Los banelatus estaban penetrando entre sus filas. Tendrían que empezar a replegarse si no querían perder la cohesión que aún les permitía defenderse con alguna posibilidad de sobrevivir. Si se quedaban rodeados de enemigos, su suerte ya estaría echada.

Aner vio cómo el avance de los banelatus era ya un hecho. Había contado con ello, pero no tan pronto. Su-elur piafó y el talanta agarró fuerte sus riendas, dejando que se pusiera a galopar. Él también necesitaba soltar tensiones. Los dos geniecillos se sujetaron a la tela del bolsillo para no caer a tierra.

—¡Marz! —llamó.

El muchacho acudió a su lado con presteza. Aner descabalgó y le habló en un susurro. El fragor de la batalla traía hasta sus oídos gritos de dolor y miedo. Pero su orden fue expresada de manera clara y concisa.

—Dile a Leoiar que empiece la maniobra.

Marz salió disparado. El campo de batalla se había estirado, o eso le pareció a él. Leoiar vio llegar a Marz a la carrera y salió a su encuentro. Cuando el muchacho le transmitió el mensaje, también él pensó que era demasiado pronto, pero las circunstancias de la batalla eran las que mandaban. Seguramente habían calculado mal sus propias fuerzas y sus posibilidades en contener a los banelatus, para los que avanzar parecía una tarea fácil mientras que para los talantas cada vez resultaba más arduo contenerlos.

—De acuerdo —le dijo Leoiar al oído a Marz.

Tan pronto terminó la frase, Marz volvió a echar a correr. A mitad de camino se tropezó con un pequeño escuadrón compuesto por varios talantas a caballo y soldados de a pie. Un centenar, más

o menos, que avanzaba hacia las posiciones de Leoiar. Aner iba a prescindir de buena parte de sus tropas. Los flancos se iban a descompensar. Marz no se extrañó del movimiento, porque lo había visto ejecutar en algunos entrenamientos, aunque entonces desconocía para qué iba a servir. Leoiar empezó a arengar a sus hombres. Transmitió las órdenes oportunas y mandó resistir y avanzar.

—¡Echemos a esos animales hacia atrás! ¡Hagámosles retroceder!

En Bankada se había formado una pequeña batalla que emulaba a pequeña escala la que se libraba un poco más al oeste. Los banelatus supervivientes habían unido sus fuerzas y presentaban batalla debajo de la muralla.

—¡Necesitamos más hombres! —comentó Ixaka, entre lance y lance, a nadie en particular y a todos en general. El talanta solo expresaba en alto lo que todos pensaban.

—Uno de vosotros debe ir a la mina y liberar a los talantas que allí queden recluidos —se le ocurrió de pronto a Saturene.

«Es una opción», pensó Ixaka. Era posible que Sadoc hubiera decidido matar a todos los que quedaron en la mina después de la huida, pero también era posible que aún quedara alguno. Ixaka tomó una de las flechas, que aún tenía en su bolsa colgada a la espalda, la untó de polvo gris y la clavó en la espalda de un banelatu. Este se desplomó hacia delante, mientras con su mano derecha intentaba alcanzar la saeta que llevaba hincada. Su cara se estampó contra el pavimento y resonó con un sonido de huesos partidos. De un puntapié, Ixaka apartó el cuerpo inerte del enemigo y se acercó a uno de los talantas que luchaban junto a él y le ordenó ir a la mina. El soldado, cuya retirada fue cubierta por el propio Ixaka, corrió hacia el lugar indicado. El tiempo era escaso y debía darse prisa.

En las calles vacías de Bankada resonaba el eco de las zancadas del soldado que avanzaba hacia el otro extremo de la ciudad. Al llegar a la entrada, se detuvo en seco para escuchar. No parecía haber nadie en las cercanías, pero, por si acaso, debía ser precavido. En el interior todo estaba a oscuras. Se movió despacio, pegado a las paredes. Un poco más adentro se encontró con un guardián. Le atacó. El elemento sorpresa corrió a su favor durante los primeros momentos, pero pronto el guardián se sobrepuso. El ruido llamó la atención de los que estaban dentro. Los prisioneros empezaron a agitarse en sus celdas. El soldado de Ixaka y el guardián se peleaban en los pasillos. Los encarcelados propinaban golpes al guardián cuando este se acercaba a los barrotes. El guardián golpeó con toda su fuerza al soldado y este salió disparado hacia una de las paredes, dejándolo inconsciente. Sin embargo, los prisioneros de una de las celdas consiguieron agarrar al banelatu por las vestimentas y lo atrajeron hacia las barras. Uno de ellos sacó el brazo y lo cogió por el cuello. Entre varios consiguieron doblárselo. Instantes después, el guardián dejó de agitarse y su cuerpo de oponer resistencia. Un gran vocerío se extendió por los estrechos y oscuros pasillos. Los de más al fondo, confusos, no paraban de preguntar.

El soldado que había llegado, enviado por Ixaka, seguía inconsciente en el suelo. Los que estaban cerca intentaron reanimarlo. Al cabo de un rato, el soldado se empezó a mover hasta que se puso en pie y fue a buscar las llaves. Los prisioneros salieron despacio. No había muchos. Por el griterío que se había formado, el soldado creyó que serían muchos más, pero no era así. Sadoc

había diezmado a los que habían quedado en Bankada desde que Aner e Ixaka habían huido de allí.

Algunos talantas salieron al exterior despacio. La luz radiante de aquella mañana les hacía daño en los ojos más habituados a la oscuridad y al encarcelamiento. En pocas palabras, el soldado les explicó la situación, aunque sabía que de poco les iban a servir esos cuerpos débiles y famélicos. Algunos lo siguieron; otros, más débiles y enfermos, fueron más despacio.

Cuando el soldado llegó a la puerta este, los talantas seguían combatiendo. Se unió a ellos. Algunos de los que habían salido de las celdas se unieron también, pero eran pocos.

Aner miró hacia su izquierda. Se encontró con los ojos de Galtxagorri. Eran tan oscuros que apenas se distinguía en ellos la pupila. El pequeño geniecillo le dio un codazo a Prakagorri. Este saltaba y brincaba. Daba golpes al aire con sus manos, imitando a los combatientes. Al sentir el codazo, dejó de moverse.

—Es la hora. Marchad hacia Bankada y avisad a Ixaka. Llegaremos allí pronto. Decidle que debe estar preparado tal y como quedamos.

Los dos geniecillos, sin mediar palabra, emprendieron su vuelo.

La tierra sudaba sangre. Aner sabía que la mayor parte de lo que había planificado dependía de la suerte y de otros factores que él no podía controlar. La inferioridad numérica de su flanco pronto se dejó sentir. Los talantas empezaron a huir de sus posiciones. Cuando alguno llegaba a la parte de atrás, solo la presencia de Aner con su poderoso caballo moviéndose de lado a lado le obligaba a volver al frente. De momento le temían más a él que a los banelatus, pero Aner sabía que eso podía cambiar pronto si alguno de ellos no conseguía dominar el terror y el miedo y se producía una desbandada. Sin embargo, Aner confiaba en los hombres que le acompañaban. Tenían que aguantar al menos hasta que la maniobra estuviera hecha.

En la vanguardia, Ganix se desgañitaba para hacerse oír entre la locura de la batalla. «¡A mí!», repetía una y otra vez, «¡Mantened la posición!». Los que estaban cerca, animados por sus gritos y por su empuje, resistían. A su lado, un soldado flaqueó y una espada banelatu le atravesó el corazón. La muerte le sobrevino sin apenas enterarse. Ganix apretó los dientes. Mientras, Marz se abrió paso entre los combatientes, amparado en su escudo recubierto de cuero y de su espada corta, que hacía poco había aprendido a manejar. El sol arriba empezaba a calentar y el miedo le hacía sudar tanto o más que el calor que recibía de él. Le hubiera gustado desprenderse de todo lo que llevaba. Le molestaba el yelmo, el escudo, la protección de su pecho que el propio Aner había atado con inusitada fuerza y que casi no le dejaba respirar. «¡Abrid paso!», se escuchó decir con una voz que no reconocía como suya. Parecía estar pronunciada por alguien distinto a él. Sin darse cuenta, se vio en primera línea de batalla. No se dio cuenta hasta que una cara muy blanca se colocó delante de la suya. Al principio se quedó paralizado, mientras se preguntaba si no sería la misma muerte quien le había salido al paso. Su brazo izquierdo se elevó, respondiendo a un impulso instintivo que su cerebro había enviado. En su interior dio las gracias a Aner por las horas de entrenamiento en las que le había obligado una y otra vez a defenderse así hasta que su brazo no era otra cosa que dolor y agujetas. La espada enemiga rozó su mejilla y el zuuum que

grabó su hoja en el aire se quedó marcado para siempre en sus oídos. Se movió para huir del enemigo. Su misión no era en ese momento enfrentarse a nadie, tan solo debía llegar hasta la posición de Ganix y hacer que este le viera. No debía pronunciar palabras, solo asentir.

Ganix estaba rodeado de enemigos. Su cuerpo aún respondía con agilidad y velocidad a los embates del enemigo. Marz fue testigo de que se defendía con aplomo y valentía. Tuvo que ponerse a su lado para que lo viera. Casi chocan en uno de los lances. La cara de Ganix estaba cubierta de sudor y sangre. Parpadeó varias veces e hizo un breve gesto de asentimiento. Marz no se separó de él hasta que le vio hacer ese gesto. No tenía muy claro que Ganix le hubiera reconocido. Esperó un poco más y se alejó de la primera línea.

Aner se bajó de Su-elur de un salto y corrió hacia Marz cuando lo vio salir de entre los suyos. Sabía que no estaba herido, pero su cara pálida transmitía la soledad y el terror de lo que había vivido en aquellos pocos instantes en que había atravesado las líneas hasta situarse de cara al enemigo. Cuando se encontró frente a frente con el dux, su gesto cambió. Aner se alegró de ver esa modificación en su rostro. Eso significaba que había acertado en sus previsiones a la hora de seleccionar a Marz. Había valor en aquel cuerpo joven.

—Coge aquel caballo —le dijo Aner, indicándole un poderoso caballo tordo que ya había montado antes—. Este flanco pronto iniciará una marcha atrás. Necesito que me ayudes a controlar que esa marcha no se convierta en una huida. Quiero que los talantas se muevan de espaldas y no que empiecen a correr de frente. Haz lo que yo haga. Debemos llegar hasta las marcas que tú has emplazado. ¿De acuerdo? —Marz asintió. No había mucho tiempo para palabras.

Sadoc, desde su posición retrasada, observaba todos los lances de la batalla. Miró las sombras que el sol proyectaba sobre la tierra y calculó la hora de aquel día. No pasaría aquella tarde sin que la victoria banelatu fuera total. Los primeros síntomas de cansancio se empezaban a notar en las filas enemigas. Pronto empezarían a retroceder y luego vendría la huida hacia la fortaleza. Lo había pensado bien, no le apetecía esperar a los frutos de un largo asedio. Si hacía falta, prendería fuego a todo el lugar. Los talantas morirían por el fuego o por una espada banelatu. El resultado sería el mismo. Recorrió con la mirada el frente de batalla. Algo le llamó la atención del flanco dirigido por Aner. Parecía que sus hombres eran los primeros en retroceder. Sintió algo parecido a la decepción. Había esperado algo más de aquel talanta que en un par de ocasiones le había puesto en jaque. Dio órdenes para compensar las líneas. No quería que su frente se partiera. Al menos, no de momento. Miró atrás. En la retaguardia aún esperaban dos sorpresas que guardaba para el final. Quizás no necesitara ni usarlas para llevarse aquella victoria. «De ninguna manera», pensó, «Las usaré aunque no me hagan falta. Quiero probarlas y este es el momento. No habrá talanta ni banelatu que se atreva a enfrentarse a mí después de exhibir mi poder. Hoy es el día».

El movimiento de los ejércitos talantas no había sido tal y como Aner lo había planificado, pero era lo que había. Tendrían que recolocarse mientras cedían terreno. Así se lo hizo saber el dux al rey del sur a través de Marz. En la distancia, los dos generales se miraron y se saludaron. Ya no había marcha atrás. Solo había dos opciones: muerte o triunfo.

Su-elur piafó. Aner elevó su espada en el aire. La pequeña gema de su empuñadura refulgió al incidir sobre ella la luz del sol. Hizo que los últimos talantas que quedaban de fresco tomaran las lanzas y sus armas. Eran los hombres más experimentados en batalla, los que debían conducir con orden aquella retirada. Ninguno sabía que atrás les esperaba la muralla de Bankada. Si lo hubieran sabido, quizás no se hubieran prestado a ello, pero habían prometido lealtad y valor y eso era lo que iban a demostrar en los siguientes instantes. Aner pensó que lo suyo iba a ser un emparedamiento. «Muerte o triunfo», pensó una vez más y se lanzó a arengar a sus hombres.

A Ixaka le zumbó el oído. Su mano se elevó hacia la oreja, espantando al insecto que lo había provocado. Prakagorri tuvo que hacer un giro en el aire para no recibir un manotazo inesperado. Galtxagorri tiró de la oreja del talanta y este, distraído, a punto estuvo de recibir un tajo de una espada banelatu. Prakagorri empujó al banelatu enemigo en ese instante y eso le salvó.

—¡Qué demonios! —dijo entonces el talanta—. ¿Ya es la hora? —preguntó Ixaka sorprendido.

—Aner está en camino.

Un largo zuumm de la espada de Ixaka cortó el aire. Aún quedaban banelatus por abatir y en esos instantes caían más de los suyos que de los enemigos. Además, con los enfrentamientos, no había dispuesto de tiempo para solucionar cómo iba a abrir la puerta de la ciudad cuando su cuñado se lo requiriera.

—¡Necesito ayuda! —les dijo a los geniecillos.

—Déjanoslo a nosotros.

Prakagorri se movió alrededor buscando algo. Ixaka movió su espada para detener un lance del contrario. Cercana, escuchó la risa de Galtxagorri.

—Ixaka, ¡apártate!

El talanta elevó la cabeza al tiempo de ver un grueso tronco de madera volando.

—¡Agacha tu cabezota! —escuchó de pronto, con el tiempo justo de hacerlo. Su reacción no fue seguida por el banelatu con el que luchaba, por lo que este recibió un terrible impacto en el lateral de su cráneo. El banelatu se tambaleó e Ixaka le acertó con su espada. Libre del enemigo, el talanta se movió hacia la puerta mientras sus compañeros luchaban y los dos geniecillos hacían de las suyas.

La retirada era ya un tremendo caos. Las fuerzas hacía mucho que habían mermado y el ejército talanta estaba a punto de dividirse en varios fragmentos. Si esto sucedía, corrían el peligro de ser devorados por los banelatus sin tener tiempo para defenderse.

Ya no quedaba más que luchar. Aner miró atrás una sola vez. El perfil de Bankada se

vislumbraba a lo lejos.

—Marz, quédate en la retaguardia y vigila que nuestro retroceso no se desvíe del camino trazado —dijo antes de azuzar a Su-elur y de abrirse paso entre sus hombres. Algunos corearon su nombre al verlo pasar; otros, sin fuerzas casi en sus cuerpos, tan solo pudieron asentir con su pensamiento. A golpe de espada y de patadas de Su-elur consiguió llegar hasta la primera fila.

Las fuerzas talantas estaban descompensadas, exhaustas y mal colocadas. Aner acababa de pasar a primera línea de batalla, lo que significaba que todas las bazas estaban vendidas. Sadoc observó con ojos de viejo zorro banelatu lo que ocurría delante de él. «Además», pensó el suprem, «el empuje de mis fuerzas ha hecho que las del enemigo se desvíen y ya no tienen cerca el refugio de la fortaleza». Solo había una cosa que le intrigaba de las maniobras de los talantas. Y era por qué habían descompensado las fuerzas de las alas. ¿Se debía a algo casual o a algo premeditado? Sadoc miró hacia atrás. A un gesto suyo, un ayudante se movió y se dirigió hacia un carro que esperaba detrás. Él mismo tiró del caballo y lo hizo avanzar hacia la posición del suprem. Con movimientos calculados, el suprem llegó hasta el carro. Atrás, un gran bulto del tamaño de un banelatu aguardaba oculto por una tela de color oscuro. Estaba protegido cual tesoro y escoltado por diez guerreros de la guardia personal de Sadoc. Uno de estos guerreros subió al carro de un salto y aterrizó como si su cuerpo no pesara en absoluto. Cortó la cuerda y quitó la tela. Una figura en forma de octaedro, bellamente tallada, apareció ante todos. Era idéntica a las que Tixaso había encontrado en la habitación de Sadoc, solo que de un tamaño muchísimo mayor.

—¡Apartaos! —ordenó el suprem con autoridad.

No pasaría aquella noche sin que el mundo conocido reconociera el predominio de su raza y el poder de un solo banelatu: él.

Tixaso tenía la mirada perdida entre las cientos de cabezas que se hallaban delante de ella, sin enfocar en ningún sitio concreto. Los latidos de su corazón se habían disparado, creando el caos en el interior de su cabeza y, sin darse cuenta, había empezado a respirar con urgencia. Sumergida en sus pensamientos y en sus vicisitudes, no había notado que Maore tenía sus ojos clavados en ella. Desde la posición que ahora ocupaban, no podía ver el desarrollo de la batalla y eso le reportaba una nueva sensación de ahogo. Sabía que lo que sentía dentro eran las fuerzas, el empuje y el valor de Aner, pero también su miedo, su cansancio y su disciplina. El terreno se inclinó. Avanzaban sobre el reguero de sangre, cadáveres y cuerpos desmembrados que la batalla dejaba tras de sí. Su pie tropezó con un cráneo. Al mover su cabeza para ver qué era lo que había pisado, se dio cuenta de la mirada de Maore y se colocó la caretesa sobre su rostro. El suprem todavía no le había comunicado sus intenciones. Tixaso empezó a temer las órdenes que pudieran salir de su boca. Sabía que su sitio estaba entre los banelatus, pero le unía a Aner un pacto más allá de lo permitido, una alianza osada y tremenda que ligaba dos mundos imposibles de juntar.

Maore sabía que algo turbaba el pensamiento de su pupila. Así le gustaba llamarla. Esperaba mucho de ella. La noche anterior, en silencio, casi mentalmente, habían discutido, por fin, sobre los descubrimientos de Tixaso. Hablaron sobre el efecto que un imán tan grande como el que

ocultaba Sadoc podía significar tanto en el desarrollo de la guerra como para el futuro de su raza. Porque para ambos estaba claro que lo que con tanto celo trataba de ocultar el suprem era su arma secreta, aquello con lo que pensaba mostrar todo su poder aquel día. Habían hablado de cuándo, cómo y dónde podría usarla Sadoc, pero de lo que no habían discutido era de lo que pensaba hacer Maore en caso de que fuera utilizada. Eso le preocupaba a Tixaso. Maore solía confiarle sus pensamientos o, al menos, dejarle intuir alguno de sus movimientos. Pero esta vez no había habido ninguna pista. Tixaso continuó avanzando. Viendo el rastro de talantas sobre el que caminaba como si de piedras se tratara, solo podía desear una cosa: «Aguanta, Aner, aguanta».

Lo que no sabía Tixaso era que Sadoc había dado órdenes de que nadie se enfrentara directamente con Aner, si no quería perder su vida a manos del suprem. Sadoc quería a Aner vivo. Quería que fuera el último talanta en morir para que viera adonde le había llevado su osadía. El suprem tendría el placer de pasar a la historia por ser quien había sometido para siempre a esa raza inferior y junto a él el nombre de Aner, el último de los talantas.

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

El grito de Prakagorri pilló a Ixaka en pleno estudio de la puerta de Bankada. Una enorme puerta blanca por la que podían pasar a la vez veinte hombres y que se abría con un complicado sistema de poleas y palancas. Aner le había dicho que debía encontrar la forma de que esa puerta se abriera de golpe, en el momento adecuado y que, además, se quedara arriba. Ixaka cambió de posición. El sol le daba en los ojos.

Galtxagorri golpeó en la cabeza al último de los banelatus con un enorme hierro que luego clavó en su pecho.

—¡Sí! —gritó con bastante entusiasmo—. Hacía por lo menos ciento ochenta años que no entraba en acción. Y me gusta.

—¡Ya vienen! —volvió a gritar Prakagorri.

Ixaka creía que tenía la solución. Tenía que cortar las cuerdas adecuadas en el momento oportuno y después introducir un enorme tronco que tenía preparado. Y todo eso justo en el momento...

—¡Ixaka! ¿Es que no nos oyes?

El joven talanta echó a correr.

—¡Voy! ¡Arqueros, a sus puestos! No quiero que nadie se mueva ni asome la cabeza hasta que yo lo ordene. Los banelatus no deben vernos.

Ixaka repasó a los talantas que quedaban. No eran todos los que necesitaban ni mucho menos. Pero a cambio tenían algún otro refuerzo de entre los talantas que habían salido de la mina.

Saturene y Astu terminaron de repartir flechas, magnesio y todo el material. Los arqueros se apostaron con las espaldas recostadas sobre las almenas de la muralla. Silencio.

Un lejano rumor.

Un zumbido claro.

Un estruendo atronador.

Luar miró hacia atrás y dio un codazo a Alaón que luchaba a su lado.

—¡Maldita sea! —gritó Alaón, quien exhibía una fea herida en su brazo izquierdo—. ¿Es esto un bonito regalo de tu cuñado?

Luar no pudo contestar, porque tuvo que defenderse de una estocada que iba a su cabeza. Cogió aire. Sabía que alguna de sus costillas estaba fisurada o rota de un golpe inoportuno que había recibido en medio de su pecho de un escudo banelatu.

Meder, refugiado en medio de los talantas de los clanes del norte y desconocedor de la estrategia de Aner, lo maldijo varias veces por lo bajo. Aner era un perdedor. Sus locas ideas los habían llevado a la derrota más absoluta. Por delante venía la muerte y por detrás les esperaban sus secuaces. Apretó los puños y miró hacia ambos lados. Ese maldito bastardo le había dejado en medio sin posibilidad de huir. No había suficiente hueco. Se rio. Él que pensaba que había conseguido un privilegio, el privilegio de gobernar aquel barco. Lo único que había hecho Aner era emparedarlos y dejarle a él y a los suyos sin la posibilidad de huir. No era él talanta que pensara en un acto como ese, pero antes de morir era preferible tener una segunda posibilidad. Al menos poder contar con la alternativa de escapar y volver a reorganizarse. «¡Maldito seas, Aner!», gritó mientras exhortaba a los suyos a resistir y temiendo que lo peor aún estaba por llegar, tanto por delante como por detrás.

Leoiar miró también hacia atrás, solo que él sabía que, si Ixaka había tenido suerte, lo que vendría de atrás no sería fuego enemigo, sino esperanza amiga. Sus guerreros desconocían esa posibilidad. Los dos líderes lo habían ocultado, querían que todos se esforzaran al máximo antes de que los arqueros de Ixaka alzaran sus arcos al aire.

En aquel mismo instante, Sadoc dio varias órdenes. Varios emisarios salieron con los mensajes hacia distintos puntos. Maore recibió al poco sus órdenes. Había llegado su momento. Debían entrar en combate. El supremo del este miró a Tixaso sin decirle nada. Su boca estaba cerrada en un rictus apretado que hacía desaparecer la línea de sus labios. Sus ojos parecían desenfocados, aunque miraban a la banelatu mientras trataba de penetrar en sus pensamientos. Tixaso se ajustó el

yelmo y desenfundó su espada. Respiró varias veces. Podía escuchar la urgencia de sus pulmones por recoger todo el aire de que fueran capaces. El sol, que brillaba con intensidad, había iniciado ya su descenso. Entonces se dio cuenta de todas las horas que llevaban luchando. Era increíble que aún quedara algún talanta en pie. Los banelatus de Maore avanzaron por el pasillo que les abrieron hasta la primera línea. La formación de banelatus se cerró detrás de ellos con fuerzas de Sadoc. Maore parpadeó una vez y Tixaso inclinó tres veces su cabeza hacia el cuello. Fue suficiente.

Las piedras de la muralla este de Bankada proyectaban el calor que habían recibido durante el día. El invierno estaba próximo, pero aquel otoño inestable les había regalado con un día de calor. Aner esgrimió una vez más su espada. Los banelatus continuaban sin darle cara. Él los mataba igualmente, por la espalda, por el costado, de frente. Lo importante era que el número de enemigos disminuyera. Al menos, aunque bien mirado pudiera parecer un acto de cobardía dar muerte a un enemigo por la espalda, evitaba que mataran a más talantas. Sadoc debía haber dado orden expresa de que nadie le tocara. Eso significaba que lo reservaba para él y que morir no sería fácil ni rápido. Y tal vez la protección que le había regalado Tixaso no fuera suficiente contra el suprem. Pero todavía no había llegado el momento y Aner iba a vender cara su piel.

El primer estruendo pareció un trueno en una mañana de tormenta y se llevó por delante a toda una fila de talantas. También cayó algún que otro banelatu. Sadoc no se había molestado en avisar a los suyos. Lo que le interesaba en ese instante era crear el caos entre las filas de los enemigos. El impacto hizo caer a Aner de Su-elur. Se revolvió por el suelo entre piernas y talantas caídos. Sadoc había empezado a utilizar su arma secreta. El hecho de usar protectores de cuero minimizó algo los daños, pero no pudo evitarlos por completo. Aner continuó luchando a pie. Marz negó varias veces con la cabeza al ver la muralla blanca, alta e inexpugnable de Bankada. Apretó los dientes, avanzó mientras un tremendo grito salía de su garganta y se colocó al lado de Aner.

—¡Bienvenido al primer día del resto de tu vida! —le saludó el dux.

Parecía que Aner estaba de buen humor a pesar de que era más probable que todos murieran a que cualquiera de ellos pudiera ver el sol elevarse de nuevo.

—¡Esperad! —gritó Ixaka parapetado como sus compañeros, que se habían distribuido por toda la muralla. En total unos sesenta talantas. El joven acababa de mirar la posición de los combatientes debajo de la pared. No pasaría mucho tiempo antes de que todo fuera un caos.

»A mi señal, apuntad alto y no dejéis de disparar. Machaquemos su retaguardia —gritó haciéndose escuchar por encima de la vorágine del griterío de la batalla.

»¡Ahora!

La primera oleada de flechas fue insignificante, pero los banelatus de la retaguardia empezaron a caer y a morir como si se hubieran incendiado por dentro. El magnesio, altamente inflamable, empezó a surcar el cielo en forma de flechas de fuego.

Tixaso escuchó los primeros silbidos sobre su cabeza, sin saber muy bien a qué respondían. Cuando vio la estela de fuego que dejaban y el destino de las saetas, elevó su cabeza hacia la muralla. «¡Esto es cosa de Aner!», pensó.

Sadoc, quien acababa de lanzar su segundo impacto de energía sobre los talantas, no vio surcar las primeras flechas. Su mente estaba concentrada en otros asuntos. El impacto había sido mucho mayor que el anterior y había afectado a más talantas. Estaba satisfecho con el objetivo conseguido. Una sombra pasó entonces por encima de él y su mirada se desvió hacia la cima de la muralla. Entonces percibió la figura de varios ¿talantas? apostados a lo largo de la pared. Eran pocos y sus impactos insignificantes, pero eso significaba que los talantas controlaban la ciudad y que el movimiento de las tropas de Aner no había sido producto del todo del empuje de los banelatus, sino un movimiento calculado. De todas formas, los talantas aún se encontraban aprisionados. La puerta de Bankada aún no había empezado a abrirse y su mecanismo tardaba largo rato en elevarla hasta su posición más alta. Además, en ella siempre había apostado un banelatu que velaba porque el mecanismo funcionase correctamente. Aunque algunos talantas hubieran conseguido reducir a los escasos efectivos que él mismo había dejado en la capital del supremo del oeste, no habrían conseguido localizar al banelatu defensor de la puerta. Sadoc tenía tiempo suficiente para machacar a los talantas al pie de la muralla de Bankada. La lluvia de flechas era continua, pero insignificante.

Contagiados y empujados por los gritos de la batalla y deseosos de ayudar a los que se encontraban abajo, los talantas que habían salido de la mina empezaron a contribuir para ayudar a los arqueros.

Sadoc debía de estar muy enfadado porque su fuego se intensificó.

—¡Los escudos!, ¡usad los escudos! —gritaba Aner. Pero era difícil, porque muchos los habían perdido durante el combate. Intentaba protegerlos en una ardua labor, parapetándolos detrás de él. En cualquier caso, era cuestión de tiempo que el caos reinara alrededor y, entonces, todo se convertiría en un sálvese quien pueda. Aner se resistía a creer que su destino fuera morir a los pies de aquella muralla. «¡Vamos, Ixaka! Es la hora de abrir esa puerta».

Luar sintió la mordida de una espada banelatu en su muslo izquierdo. Porque eso era lo que hacían las espadas enemigas. No herían, era mucho peor. Apretó los dientes hasta hacerse daño en la mandíbula y siguió combatiendo. El esfuerzo y la fatiga lo cegaban. Empezaba a dar golpes al aire. Durante aquellas horas de combate había sido relevado en varias ocasiones, lo que le había permitido coger aire de nuevo, pero ya no recordaba la última vez que eso había tenido lugar.

El flanco de Leoiar estaba siendo el menos castigado, ya que no recibían directamente el impacto del imán de Sadoc, cuyos golpes certeros hacían temblar el suelo de un lado al otro de la muralla. Sin embargo, el agotamiento empezaba a pasar factura a los suyos. Él combatía en primera línea desde hacía tiempo, dando ejemplo y arengando a los suyos. Sentía la garganta seca. Su voz salía ronca mientras enviaba órdenes que se perdían entre los gritos de unos y el silencio mágico del enemigo. «Uno más», se dijo, «y después otro».

Como si hubiera leído el pensamiento de su cuñado, Ixaka se lanzó a la tarea de abrir la puerta.

—¡Seguid disparando! —les dijo mientras saltaba al suelo.

Si sus cálculos habían sido correctos, no tardaría mucho en abrirla. Empezó a cortar una de las cuerdas con un cuchillo. Era una maroma gruesa de igual anchura que un brazo. La soga se resistía. Cambió de posición para empezar a cortar por el otro lado.

—¡Cuidado! —le alertó la voz de Prakagorri que había ido a su lado.

Su cambio de posición le había evitado un corte seguro.

—¿De dónde diablos ha salido este banelatu? —se preguntó Ixaka.

—Creía que nos habíamos librado de todos estos malditos banelatus. Pásame la espada —le pidió a Prakagorri mientras esquivaba los golpes de su enemigo.

El geniecillo trajo por el aire la espada de Ixaka, pero este había tenido que subirse por las distintas cuerdas para evitar a su adversario. Ixaka voló agarrado en una de ellas. En el aire hizo una finta para esquivar el filo de la espada y a punto estuvo de caer al vacío.

—¡Ya era hora! —le dijo a Prakagorri cuando llegó con su arma.

Ixaka, sostenido en una cuerda, empezó a luchar contra su enemigo.

—¡Trae refuerzos! Hay que cortar esa cuerda como sea. ¡Vaya contratiempo!

Las flechas que castigaban a la retaguardia enemiga habían hecho que las filas banelatus se apretasen más y los talantas luchaban ya espalda con espalda con la muralla de Bankada.

—¡Maldita sea, Ixaka! ¡Abre ya de una vez la puerta o nos asarán a todos! —dijo Aner entre dientes.

El siguiente impacto de Sadoc le lanzó hacia atrás y quedó tendido en el suelo. Tixaso notó un fuerte golpe en la espalda, aunque nada ni nadie la hubiera golpeado. Sintió la tentación de abandonar la formación y de ir a socorrer a Aner. Maore la miró entonces y ella se centró en

abatir al talanta que tenía delante. Su espada seccionó parte de su intestino. Alaón cayó de rodillas. La sangre salió de su boca. «¡Marz!», dijo con su último aliento.

Un fuerte peso empujaba el cuerpo de Aner hacia la tierra. No podía moverse. Tardó en darse cuenta de que tenía un peso muerto encima de él. Miró hacia arriba. El cielo tenía un color azul tan intenso como el de sus ojos. Por un instante pensó que todo había acabado. La muralla estaba demasiado cerca. Podía ver los rostros de quienes pretendían defenderla sin ser suya. Una cabellera pelirroja se asomó por entre dos almenas. No escuchaba lo que decía, pero pudo leer sus labios sin dificultad: «¡Levántate, Aner, levántate!». El dux apartó al talanta que había caído encima de él y rodó por el suelo en busca de su espada. La encontró a unos pasos de él y la asió con fuerzas renovadas. Lucharía hasta que no quedara ni una gota de sangre en su cuerpo. Vio con agrado que Marz seguía en pie, arengando a los pocos que quedaban y que cada vez se agrupaban más hacia el centro del ataque.

Aquel maldito banelatu había aparecido en el momento más inoportuno. Ixaka se lanzó al otro lado de las cuerdas. Tenía que sacarlo de allí, pero parecía empecinado en defender hasta el final aquel pequeño reducto de Bankada. Ixaka se recriminó en silencio no haber inspeccionado antes toda la puerta. Pero, si no recordaba mal, sí que lo había hecho. Entonces, ¿de dónde demonios había aparecido? Ya no había tiempo para lamentaciones, lo único que debía hacer era darse prisa para poder abrir la puerta cuanto antes. Mientras Ixaka luchaba y se colgaba por las distintas poleas y cuerdas, Prakagorri intentaba seguir con la tarea de cortar aquella cuerda.

Maore sabía que la victoria estaba a punto de decantarse a favor de Sadoc. El plan de Aner había sido sorprendente y audaz, pero no había sido suficiente. La balanza estaba a punto de desequilibrarse definitivamente y caería sobre los talantas como una sentencia de muerte. Sadoc también lo sabía. Así como Tixaso y casi todos los talantas que luchaban allí. Aunque ninguno parecía querer rendirse.

Saturene bajó a tierra, dispuesta a lo que fuera para que aquel banelatu desapareciera de la faz del mundo conocido. Se preguntó si aún quedaría en ella algo de energía que pudiera utilizarse. Lo tenía que hacer y lo iba a hacer única y exclusivamente por una razón. «¡Por Aner!», se dijo mientras levantaba su mano y se concentraba. Saturene sintió la energía recorrer su cuerpo. Hacía mucho tiempo de la última vez y notó cierto cosquilleo. Con toda la fuerza de que fue capaz, lanzó la energía que pudo acumular contra el banelatu. Lo cierto es que no fue un gran impacto, aunque sí suficiente para desequilibrarlo y hacer que cayera hacia atrás. En su caída, quedó colgado de una de las cuerdas del pie izquierdo. Ixaka se movió hacia él. Se columpió de una de las cuerdas y se acercó. Mientras estaba en el aire, clavó su espada sobre el costado del enemigo. Aquel banelatu ya no daría más problemas. O eso es lo que creyó Ixaka en ese momento.

Para Saturene aquel esfuerzo había supuesto quedarse vacía de fuerzas. La ejecución de aquella

maniobra la había dejado abatida en el suelo. Le faltaba el aire y sus pulmones parecían reacios a continuar respirando. Abrió la boca. Alguien llegó junto a ella en ese instante. Esperaba que no fuera Ixaka, pues era más importante abrir la puerta. Astu la incorporó y susurró unas palabras desconocidas en sus oídos. Al poco, el aire empezó a entrar con más facilidad.

Ixaka terminó de cortar la cuerda. Se alejó unos pasos para ver cómo se abría la puerta. Esta se tambaleó unos instantes, pero después no pasó nada más. Una angustia tremenda recorrió su cuerpo y su cara dibujó la mayor de las decepciones. De él dependía la supervivencia de su especie. «¡Maldita sea esta puerta y todas las puertas!», gritó enrabiado.

—¡Es el banelatu! —escuchó que decía Prakagorri.

Ixaka se giró. Tal vez el banelatu había revivido. Quizás no le había matado del todo. Pero enseguida se dio cuenta de que su cuerpo hacía de tope al haber quedado enganchado en una de las cuerdas. De un salto, se volvió a subir encima del mecanismo. «Resiste, Aner, dame tan solo unos instantes».

El cielo iba tornándose de un color oscuro. A lo lejos se vislumbraba ya la noche que se avecinaba. El día era ya corto como cortas eran las horas de la vida que los mantenía aún unidos a aquel mundo. Aner sabía que todo estaba perdido. La única posibilidad que quedaba era tan imposible..., pero era la única. Se enfrentaría a Sadoc. Debía hacerlo. Si los demás banelatus no lo hacían, Sadoc no podría negarle ese duelo. Si debía morir, al menos elegiría la forma de hacerlo. Después de todo, morir en batalla no era una mala muerte. Moriría defendiendo todo lo que para él había significado algo. «Perdóname, Zarala», se dijo reconociendo que había fallado a los deseos de su esposa. Retirando a cuantos molestaban su marcha a empujones, se dirigió hacia Sadoc. Marz lo vio marchar.

—¡No, Aner! —le gritó. Quiso seguirle, pero una nube de banelatus ocultó el avance de su dux.

Faltaban cuarenta pasos para que Aner llegara hasta la posición de Sadoc. El talanta se detuvo hasta estar seguro de que había captado la atención del suprem. Se quitó el yelmo y lo dejó caer sobre el suelo. Se pasó la manga de su brazo izquierdo por su frente y su cara para retirar los restos de sudor y de sangre. En aquel rostro sucio y fatigado, sus ojos destacaban como dos estrellas hermosas llenas de brillo. Sadoc lo miró sin moverse cuando vio que seguía avanzando. «Te dejaré llegar y luchar un tiempo, pero yo elegiré el lugar y el momento de tu muerte, Aner».

Lo llamaban intuición y ella siempre había tenido mucha. La intuición y el entrenamiento la habían sacado de muchos aprietos. Ahora su intuición le decía que Aner corría mucho peligro. Pensaba en la manera de escabullirse en el combate sin que pareciera que sus movimientos se debían a algo más que a su progreso entre las líneas enemigas cuando escuchó la voz de Maore como un susurro en su oído. El suprem pronunció tan solo tres palabras: «Es nuestra hora».

Tixaso giró su cabeza, pero Maore se había vuelto ya hacia su derecha. Su primera estocada no se dirigió hacia los talantas, sino que se clavó en el pecho de Tarsio, su consejero de mayor rango,

el que sabía que le había traicionado. Para entonces, Tixaso ya había entendido.

Dos acontecimientos marcaron el desenlace de aquella batalla. Uno de ellos había sido previsto por Aner, aunque ya no contaba con él. El otro..., el otro no había sido previsto por nadie. Pero sucedió.

Un pequeño temblor sacudió la tierra. Fue tan leve que la mayoría de los que luchaban no lo percibieron. Aner sí lo hizo. Sus pies en ese instante estaban quietos, situados en paralelo. En su mano derecha blandía la espada con la que pensaba atacar a Sadoc y su mirada firme y resoluta no dejaba lugar a dudas de que iba a llevar a cabo aquello que ya había decidido. El pequeño temblor fue seguido de un estridente chirrido y fue eso lo que captó su atención, porque ese ruido no provenía del campo de batalla, sino que había surgido de un lugar concreto, sito a sus espaldas. Se giró. El cielo que quedaba detrás de él era más azul, más límpido y traía una esperanza. La maldita puerta se había abierto. Aner olvidó a Sadoc. Ahora ya no era su prioridad.

—¡A Bankada! ¡A Bankada! —gritó echando a correr hacia los suyos.

Marz, que al principio no entendía los gritos de Aner y que no había asociado aquel ruido con la apertura de la puerta, frunció el ceño sin saber muy bien qué debía hacer.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a Aner cuando llegó a su lado mientras esquivaba una estocada y empujaba su arma sobre el pecho de un banelatu.

—La puerta de Bankada. ¡Ixaka lo ha conseguido! Debemos guiar a todos hacia su interior.

Marz echó un vistazo atrás justo en el momento en que Aner le cubría y le salvaba de un nuevo lance. Pudo ver el hueco de la puerta por la que ya empezaban a entrar los primeros talantas. Quedaba muy lejos para ellos. Sería una misión imposible llegar hasta ella. Si la atravesaban..., sería un milagro. Miró a Aner y comprendió que aquel talanta estaba hecho de una pasta especial, diferente al resto, y que le seguiría hasta el mismísimo infierno si se lo ordenaba. Imitó sus movimientos, imbuido por el tesón que aquellos brazos y aquel corazón transmitían.

—¡Reagrupaos! ¡Reagrupaos! —escuchó gritar al dux.

Los talantas del sur habían forzado al máximo aquella jornada, la más larga de sus vidas. Estaban agotados hasta la extenuación, de tal manera que muchos de ellos pensaban que ya no quedaba otra alternativa que morir. «Esto es el fin», pensó Leoiar viendo caer a sus hombres cada vez con más rapidez a su lado. Él mismo se encontraba herido y exhausto, aunque no por eso pensaba dejar de blandir su espada mientras le restaran fuerzas para empuñarla.

El ruido de la puerta de Bankada sonó como si el cielo se hubiera rasgado. Pero para él fue un ruido más de la batalla sin ningún significado particular. Fue solo cuando el griterío se elevó en el

centro de aquel ejército de talantas, cuando decidió volverse a mirar. No era el típico rugido de terror, sino un griterío que se debía a otra cosa. Una palabra voló hasta sus oídos. «La puerta...». ¡Eso era! La puerta se había abierto.

—¡A mí! —gritó entonces con una fuerza renovada en su cuerpo—. ¡Reagrupaos! ¡A mí! Hacia Bankada. Sus puertas se abren para nosotros.

Los primeros talantas en entrar en Bankada fueron los procedentes de los clanes del norte, con Meder a la cabeza. El dux se había retirado hacia posiciones retrasadas y había estado estudiando la posibilidad de escalar. Los arqueros, cuyas flechas ya no podían impactar en la retaguardia enemiga —mezclada ya con los talantas—, habían estado ayudando a algunos de los suyos a escalar por la pared. Meder iba a ser el siguiente justo cuando se abrió la puerta. Cambió de parecer y fue uno de los primeros en entrar a la ciudad

Ixaka ya había sido advertido por Aner de que, una vez abierta las puertas, habría una estampida sobre Bankada. Él y los que estaban dentro debían procurar que esa estampida fuera lo más controlada posible. Pero Aner pedía un imposible. «Prefiero mil veces enfrentarme a un banelatu que a esta masa descontrolada», pensaba el joven talanta mientras se desgañitaba pidiendo a los suyos que se abrieran hacia los lados. Debía, además, impedir por todos los medios que los banelatus se coloran entre ellos. Su tarea era misión imposible. Ante la inminente posibilidad de verse arrollado y aplastado por la avalancha, decidió echarse él mismo a un lado y controlar la entrada desde uno de los laterales. Sus ojos examinaban de prisa a todo aquel que pasaba. En un par de ocasiones, tuvo que usar su espada contra un par de banelatus. Los talantas entraban con la misma velocidad con la que aquel día parecía llegar a su final.

Aner y Leoiar compartían en ese momento el mismo pensamiento. Si no se daban prisa, corrían el peligro de quedarse cortados por los banelatus que seguían a los primeros talantas que habían entrado en la ciudad. Bien podían hacer una barrera a ambos lados de la puerta y ellos, tan pronto ocurriera, se verían rodeados de enemigos, con un muro de piedra a sus espaldas y otro de banelatus rodeándolos. Así que no paraban de gritar a los talantas para que corrieran como no habían corrido jamás en sus vidas.

Pero entonces ocurrió el segundo hecho decisivo en aquella batalla librada al pie de la muralla de Bankada. Maore, una vez se deshizo de los traidores miembros de su Consejo, levantó su espada. Todo banelatu sabía que era la llamada del suprem, la llamada de su suprem a la que no podían negarse. Maore se colocó a un lado y Tixaso al otro. El suprem dividió sus fuerzas en dos. Los banelatus del este se volvieron contra los del oeste. Ese movimiento dejó vía libre a los talantas, quienes entraron en Bankada sin apenas resistencia. La batalla había dado un giro de ciento ochenta grados. Aquella lucha entre talantas y banelatus era ahora una guerra civil entre banelatus.

Luar se había quedado retrasado. La herida de su pierna le había dejado ese miembro

inutilizado. No podía ponerse en pie. La sombra de un banelatu se cernía sobre él y el talanta lo único que podía hacer era reptar por la tierra. La puerta estaba tan cerca, pero tan lejos para él que no podía caminar... Sus compañeros pasaban a su lado, pero nadie detenía la carrera hacia la libertad que ahora se veía tan cercana, tan real. Su orgullo le impidió pedir ayuda, aunque en su interior estaba maldiciendo a todos aquellos que pasaban sin socorrerlo. Se aferró a aquella tierra regada de sangre, de su propia sangre, arrastrándose hacia la puerta. La sombra fría, sin alma, de un banelatu se proyectó sobre su cuerpo. Se volvió hacia él. Cerró los ojos esperando su final. Escuchó un sonido hueco. Algo o alguien había caído a su lado. Abrió los ojos justo en el instante en que sintió cómo unos brazos lo agarraban con fuerza y lo arrebatában de la tierra.

Aner agarró a su cuñado con una firme solidez y lo elevó del suelo. Acababa de atravesar con su espada al banelatu que ahora agonizaba en el terreno empedrado que rodeaba Bankada. El dux se pasó el brazo derecho de Luar por sus hombros y se lo llevó de esa guisa hasta la puerta. Una vez que la atravesaron, lo llevó a uno de los laterales y lo dejó en el suelo.

—Gracias —le dijo un Luar que aún no daba crédito a lo que acababa de ocurrir.

Aner asintió y se fue de nuevo hacia la puerta. Ixaka, encargado de la inspección de la entrada en la ciudad, salió al encuentro del dux. Aner le sonrió y los dos se abrazaron.

—Veo que, aunque tarde, sabes cumplir mis órdenes —le dijo el dux.

—Tus órdenes no eran fáciles de cumplir y tú lo sabes.

—No me quejo de tus servicios. Ahora cierra la puerta. Abriremos solo la pequeña. La mayoría de los talantas ya han entrado y no quiero que los banelatus dispongan de un espacio tan grande por el que colarse. Además, será más fácil controlar la entrada por la puerta más pequeña.

—No sé si será posible. Me he tenido que cargar todo el mecanismo...

—En otro momento me contarás esa historia. Ahora límitate a cumplir tus nuevas órdenes. Iré a ver qué ocurre afuera.

—Aner —le detuvo Ixaka—, ten cuidado.

—Lo tendré —dijo acompañando sus palabras por un movimiento de asentimiento de su cabeza.

—Aner —interrumpió de nuevo Ixaka su marcha—. ¿Luar...?

—Tiene una fea herida en la pierna, pero creo que se repondrá. Ve a verle en cuanto cierres la puerta.

Aner cruzó de nuevo la puerta de Bankada. Quería asegurarse de que todos los talantas habían entrado en la ciudad y le intrigaba saber qué ocurría entre los banelatus y, sobre todo, quería cerciorarse de que Sadow tenía la muerte que se merecía. El dux miró al frente. Las sombras alargaban las siluetas proyectadas en el suelo cubierto de muerte y destrucción. El sonido de una poderosa carcajada interrumpió sus pensamientos. Se volvió al reconocer a Leoiar.

—¡Lo conseguimos! —dijo casi con incredulidad, levantando sus brazos y su espada en señal de victoria.

—Me alegro de verte con vida —le dijo Aner contagiado de su misma alegría.

—No sé cómo lo has hecho y aún no puedo creer que te siguiera en esta locura, pero lo hemos logrado.

—Todavía no ha acabado. No hasta que Sadoc esté muerto —declaró Aner.

Leojar y Aner contemplaron el enfrentamiento entre banelatus. Sus movimientos y sus muertes tan silenciosas daban escalofríos. Solo el sonido de la energía que sus cuerpos lanzaban rasgaba el aire con un zuumm prácticamente ininterrumpido. La puerta de Bankada cayó a plomo sobre el suelo. Solo una puerta más pequeña, sita en su parte derecha, permaneció abierta. Los gritos de victoria se extendieron entre los talantas. Las risas, incluso los cantos, se empezaron a escuchar en la ciudad del silencio.

Capítulo XXX

Bankada: capital del supremo banelatu del oeste

Al atardecer, el viento del norte hizo su presencia en Bankada. Arrastraba con él fríos aires de muerte y destrucción. Su gélida presencia penetraba en los cuerpos malheridos y cansados. La misma tierra parecía removerse de dolor. Leoiar y Aner entraron en la ciudad después de comprobar que todos los talantas vivos habían sido llevados dentro para ser atendidos. Más tarde reclamarían a sus muertos, cuando todo el peligro hubiera pasado. Dentro había demasiadas cosas que organizar. Lo primero era atender a los heridos en un lugar seguro, alejado de la muralla donde aún se luchaba. Los dos líderes —Meder había desaparecido— dieron instrucciones para que el traslado se hiciera lo antes posible y en las mejores condiciones. Los heridos más graves, aquellos que no podían ser movidos, estaban siendo atendidos en aquel mismo sitio. Las medicinas de Astu eran insuficientes, a pesar de que antes de la batalla había hecho acopio de hierbas y ungüentos. La propia Saturene encabezó una expedición para saquear la botica banelatu.

La segunda prioridad era establecer las reglas por las que deberían regirse en las próximas horas. Y esta necesidad se hizo más patente cuando un talanta del sur informó a su rey de que grupos de talantas habían empezado a saquear, destrozar y quemar la ciudad. Aner tenía razón, aquello no se había acabado; ni dentro ni fuera había paz. Leoiar se encargó de preparar patrullas con la misión de cortar todo intento de saqueo y de llevar a todos los talantas hacia la puerta este. Los líderes tenían algo importante que comunicar. Algunos obedecieron más por curiosidad que por otra cosa. Con otros tuvieron que usar la fuerza.

Los dos líderes esperaron con paciencia. Aner había mandado colocar varios vigías para que fueran informándoles del desarrollo de la batalla. Un ruido seco llegó entonces hasta ellos. Las piedras de la muralla temblaron. Después, silencio de nuevo. Aner y Leoiar se subieron en una plataforma rectangular situada a mitad del ascenso hacia la muralla. En aquel punto, las escaleras se abrían en un espacio mayor que servía para guardar armas y preparar las defensas en caso de asedio.

—Aunque estamos protegidos dentro de estos muros —Aner elevó su voz para que todos pudieran escucharle—, esta batalla aún no ha acabado. Si los banelatus del este ganan, desconocemos las intenciones que su supremo tiene para con nosotros. Si ganan los banelatus del oeste, Sadoc reclamará venganza. Hasta que la batalla entre banelatus haya acabado, debemos permanecer alerta. Se organizarán patrullas de reconocimiento y el resto permaneceremos todos juntos... —en ese instante Aner tuvo que hacer una pausa al aparecer ciertas protestas— He dicho que permaneceremos juntos —prosiguió—. Quedan prohibidas las escapadas, el saqueo y la destrucción de los bienes...

—Tenemos derecho a ello —se elevó entonces una voz que Aner conocía muy bien. Meder se subió al lado de Aner y de Leoiar, reclamando su puesto entre los grandes—. Hemos luchado y hemos conquistado esta ciudad. Reclamo el derecho de saqueo y de botín.

Sus reclamaciones fueron seguidas por gritos a favor.

—Esta guerra no ha terminado aún —la voz de Aner intentó elevarse sobre las demás—. Si quemas la ciudad, nos harás perecer en ella. Por eso... —aquí tuvo que detener otra vez su discurso Aner.

—Los banelatus se destruyen entre ellos. Al amanecer no quedará nadie sobre el suelo que pisan que esté vivo. ¿Acaso pretendes quedarte tú con las riquezas que a buen seguro esconde Bankada? ¿Es eso lo que piensas hacer, Aner? ¿Quitar al pueblo no solo su derecho de venganza, sino su deber de reclamar una indemnización por todos los males que hemos padecido?

—¿Me acusas de querer quitar a los talantas lo que deben recibir por derecho cuando has sido tú el que has incendiado y saqueado mientras el resto atendía a los heridos y sellaba la entrada principal a la ciudad?

—No pretendas confundir a los talantas. Yo no he prendido fuego a nada. No digo que no haya habido algún exaltado que lo haya provocado, pero tenemos derecho a destruir esta ciudad que solo significa el poder de los banelatus. No debe quedar de ella piedra sobre piedra.

—Todo llegará, si debe llegar —expresó Aner—. Pero ahora debemos permanecer unidos. Y, de momento, este es el sitio en el que deberemos vivir unos días. Además, el peligro aún no ha pasado. Nosotros ya hemos entrado y salido de Bankada sin ser vistos, ¿cuánto más lo podrán hacer los banelatus que conocen mejor que nosotros los recovecos de su ciudad?

Ante estas palabras, muchos reconocieron la verdad en ellas. Meder ya no tenía tantos seguidores, aunque sus argumentos habían sido firmes y mantenidos por los sectores más exaltados. Aner tenía ahora toda la atención de su público.

—Permaneceremos, como ya he dicho, todos juntos. Nadie saldrá del perímetro marcado sin autorización expresa de Leoiar o mía —ante esa alusión expresa a los dos líderes que dejaba fuera de toda autoridad a Meder, a este le empezó a hervir la sangre. No podía tolerar esa falta de respeto delante de todos. Meder no supo valorar la oportunidad de la reclamación que hizo a continuación. Él mismo se puso en evidencia al echar la culpa de su humillación a Aner. Se juró que no descansaría hasta haber terminado con su vida. Aner, que también le tenía ganas, no dudó en aprovechar la ocasión que su viejo rival le servía en bandeja de plata.

—Los talantas del norte solo obedecerán mis órdenes —dijo Meder encarándose con Aner.

El dux, lejos de amedrentarse, le plantó cara.

—Los talantas del norte obedecerán, como todos, las órdenes que estamos dando o...

—¿O qué? —se jactó con cierta petulancia Meder.

—O se las verán conmigo.

—Y conmigo —reforzó Leoiar con sus palabras.

—Y conmigo —dijo una voz débil aunque firme entre los que escuchaban. Luar se había puesto de pie con ayuda de Ixaka. Ya era hora de poner las cosas en su lugar.

—¡Bien dicho! —exclamaron Prakagorri y Galtxagorri, quienes seguían todo el discurso con atención.

Meder cerró la boca y bajó, empujando a Aner con su hombro. Poco después desapareció entre la multitud.

—Los que aún puedan luchar y no tengan heridas, que se presenten aquí para preparar las guardias y las rondas. Los que estén heridos, pero puedan andar que se presenten también para otras tareas...

Las órdenes fueron dadas con precisión. Poco después salía la primera ronda de hombres. Su primera misión fue encender todas las luces que pudieran durante su patrulla y recoger comida. Aner, mientras tanto, se encaramó a lo más alto de la muralla. La fuerza del viento era ahora más notable, pero le ayudó a despejar su mente. Ganix se acercó a él con un balde lleno de agua. Hasta ese instante no se había percatado de que llevaba brazos y cara llenos de sudor y sangre. Se refrescó y se secó después con la toalla que Ganix le ofrecía.

—Una gran batalla por tu parte —le dijo Aner agradecido.

—Espero no haberte fallado.

—No lo has hecho. Muy al contrario, has luchado con valor y fe —su voz sonó sincera y cercana a la amistad. Ganix se sintió conmovido. Por encima del dolor que sentía en cada célula de su cuerpo, las palabras de Aner reconfortaron su alma. La recompensa, en aquel reconocimiento por parte del dux, era dulce. Se retiró, dejando al dux con sus propios pensamientos. Este, entre la oscuridad, intentaba adivinar, más que ver, la trascendencia de la batalla que se libraba en frente. Solo la claridad intermitente que producían las descargas de energía de aquellos seres permitían intuir dónde estaba situado cada uno.

—Ese Meder no es de fiar. Ten cuidado con él —le comentó Leoiar nada más situarse a su lado.

—Su problema es que no es tan valiente como quisiera y parece querer demostrar a cada momento que es mejor que los demás. Si dejara de intentar probarse cada vez que hace algo, le iría mejor.

—Pero no lo hará.

—Supongo que no. Antes muerto que traicionar a sus costumbres.

Una ráfaga de viento cruzó entre los dos hombres, que guardaron silencio.

—Aún no me creo que lo hayamos logrado y no me creo tampoco que tú tuvieras una fe absoluta en que tu plan funcionaría.

—Nuestro plan, Leoiar, nuestro plan.

—Nuestro plan, Aner. Es cierto que yo también aporté alguna idea importante.

Los dos talantas se echaron a reír.

—Lo cierto es que ha faltado poco para que no lo consiguiéramos —reconoció Aner—. Y, de no ser por ese último movimiento de Maore, creo que ni tú ni yo hubiéramos logrado entrar a tiempo en Bankada.

—¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Si Sadoc ganaba hoy, no solo nosotros hubiéramos perdido. Con Sadoc victorioso, los talantas estaríamos condenados a desaparecer, pero hubiera ocurrido también otro hecho. La facción más extremista, más purista de los banelatus, se habría impuesto. Eso hubiera significado el fin de Cannvea, el fin del supremo del este.

—¿Qué crees que pasará? —preguntó Leoiar con sus ojos fijos en el horizonte, en una tierra que parecía lanzar luces de dolor, pero de la que no emergía ningún lamento.

—Las batallas entre banelatus son largas, temibles, arrasadoras. El terreno sobre el que se producen se vuelve yermo y un desagradable olor a quemado invade el lugar durante días.

—¿Quieres decir que mañana a estas horas pueden seguir luchando?

—Y quizás pasado mañana.

—¿Qué clase de raza es esa que no siente, no grita, no descansa? —se preguntó Leoiar en alto—. Sin embargo, tú conseguiste que Yankel gritara —dijo el rey del sur, girando su cabeza hacia Aner.

—Quizás, en el fondo, no seamos tan diferentes.

Los dos miraron al frente. Continuos ruidos surcaban el aire. Zuuuuuummm, zuuuuum, zzzuuuummm...

—Creo que deberíamos descansar un poco —dijo Leoiar.

—Supongo que sí, aunque uno de los dos debería estar de guardia. Si te parece bien, me quedaré un poco más aquí arriba.

Leoiar se volvió y puso su mano en el hombro de Aner.

—Ha sido un placer luchar a tu lado.

—Lo mismo digo —respondió el dux—. Admiro la lealtad de tus guerreros. Solo un gran líder recibe esa lealtad de sus súbditos. Eso habla muy bien de ti.

Leoiar sonrió y descendió hasta el pie de la muralla. Aner volvió su mirada al frente. Allí, entre aquellos que libraban tan salvaje enfrentamiento, se encontraba Tixaso. Todavía le guardaba rencor por haberlos entregado a Yankel, pero, para su disgusto, se dio cuenta de que le importaba

más de lo que pensaba la suerte que aquella guerra fratricida pudiera deparar a su vieja compañera de viaje y de infortunios.

El alba llegó tarde, abrigada por una leve bruma y rocío mañanero. Las primeras luces, tímidas y frías, descubrieron a dos bandos que seguían luchando, prácticamente en las mismas posiciones. Aner decidió retirarse a dormir. Descendió de la muralla y se arrinconó en un hueco al lado de la piedra. Saturene le llevó una manta y se sentó a su lado. La vieja banelatu puso una mano sobre su pierna y le dio unas palmadas.

—Tengo ganas de que esto acabe —le confió Aner.

—Todos tenemos ganas.

—De momento, seguimos vivos, pero esta espera me pone furioso. Me gustaría que todo hubiera terminado ya para poder tomar decisiones. Esta espera no es buena —hablaban en banelatu, despacio, como lo hacen dos viejos amigos.

—Cada cosa a su tiempo —le contestó ella—. Todas las grandes empresas necesitan su tiempo y esta es una operación enorme que se debe luchar en varios frentes. No solo en el campo de batalla, sino en otros terrenos. Debes estar preparado —Saturene hizo una pausa, Aner se sentía cansado y sus párpados empezaban a pesar—. Has aprendido bien, Aner.

—He tenido buenos maestros —recriminó con una gran dosis de sarcasmo el comentario de Saturene.

—Hubieras sido un buen líder banelatu, mucho mejor que Sadoc.

—No hace falta mucho para ser mejor que él. Aunque en términos banelatus las excelencias no se miden por el mismo rasero que entre los talantas.

—Lo que quiero decir es que, pase lo que pase, necesitaremos un líder fuerte que pueda hacer de puente entre las dos razas sin que estas se enfrenten de nuevo. Tú conoces el corazón banelatu y el corazón talanta.

Aner se pasó la mano por la cara.

—Necesito descansar. Mis pensamientos son espesos y me traen amargos recuerdos.

—Entonces, duerme.

El frío del amanecer se sentía en los huesos doloridos. El sueño no conseguía reportarle unos instantes de sosiego. El lugar era incómodo y gélido y hasta sus oídos llegaban claros los lamentos de los heridos. Poco después, Aner se despertó sobresaltado. Un regusto ácido en su boca le hizo escupir en el suelo. Sin saber muy bien la razón, su corazón se había acelerado. Miró alrededor, alterado. Los estallidos de energía anunciaban que el duelo aún no había terminado.

—¿Es Tixaso, verdad? —le preguntó Saturene.

—No, no lo sé —le contestó Aner algo aturdido—. No, no tiene nada que ver con ella —dijo, levantándose del lugar donde había echado una cabezadita.

Ganix llegó poco después con algo de comer y un caldo caliente. Mientras se lo tomaba, Aner revisó los rostros de todos aquellos que habían sobrevivido. El miedo aún seguía en ellos. Algunos temblaban y casi ninguno hablaba. La curiosidad les hacía subir a lo alto de la muralla para ver aquel duelo fratricida. Bajaban horrorizados.

Tixaso se dobló hacia atrás. La espada de un banelatu del oeste había pasado esta vez demasiado cerca. Las fuerzas estaban igualadas al comienzo de la batalla y seguían igualadas, a pesar de que el imán de Sadoc les daba alguna ventaja a los del oeste. Maore sabía que, si querían derrotar a Sadoc, debían acabar con esa arma que duplicaba el efecto de su energía. Para ello estaba iniciando una maniobra de distracción y otra de envolvimiento que debía hacerse de manera muy lenta al principio y muy rápida después. Tixaso se encontraba en esos instantes en primera línea, ejecutando la táctica de distracción. Su espada absorbió un par de veces la energía de sus enemigos, pero no logró esquivarla del todo la tercera vez. Una gran fuerza la empujó hacia atrás. Su costado izquierdo, cerca de su cintura, recibió un gran tajo. Entonces fue consciente del dolor que eso le había producido, pero, lejos de sentirse mal, apreció que nunca se había sentido tan viva en su vida. El dolor le hacía ser consciente de su propia existencia, de una existencia única y especial. Fue como si hasta ese momento no hubiera tenido sentido ni valor por sí misma.

Se levantó de un salto. Su costado sangraba, pero solo superficialmente. Asíó con fuerza su espada, ya no luchaba solo por acatar órdenes ni por el supremo de los banelatus del este. Era el momento de luchar por su vida y por darle un sentido.

Tres días tardaron los banelatus del este en doblegar a los del oeste. La táctica de Maore funcionó al fin y varios de los suyos consiguieron llegar y aislar el gran imán. Tuvieron que juntar la energía de más de veinte guerreros para romper aquella gran piedra, que estalló en pequeños trocitos. La explosión se llevó por delante a muchos guerreros de uno y otro bando. Aner vio este último lance desde lo alto de la muralla. El ruido fue tan alto y la onda expansiva tan grande que los observadores cubrieron sus rostros protegiéndose, aunque en realidad estuvieran muy lejos. Las hostilidades fueron cesando. Poco a poco, los banelatus del oeste bajaron sus armas en señal de sometimiento. A continuación, muchos de ellos se arrodillaron y se quitaron la vida. No había otro final si no querían ser olvidados por los suyos.

—¿Qué hacen? —preguntó alguien al lado de Aner.

—Su honor les impide seguir con vida. Solo así serán recordados como caídos en batalla y no como cobardes —respondió el dux.

—¿Qué pasará a continuación?

—Habrá que esperar. Maore, como supremo vencedor, aguardará la rendición de Sadoc. Si este se rinde, podrá elegir entre quitarse la vida o dejar que lo haga su rival. Si por el contrario no

acepta la rendición, aunque sus guerreros lo hayan hecho, habrá un duelo entre ambos.

Un espeso silencio se extendió por todos los rincones de Bankada y por los alrededores. Nadie se atrevía a hablar, nadie sabía muy bien qué decir. El tiempo pasó con lentitud. Toda la vida en el mundo conocido parecía haberse detenido. Aner miró nervioso hacia Saturene. Sadoc no aparecía. Eso solo podía significar dos cosas: o estaba muerto, lo cual era una magnífica noticia, o se había escapado, lo cual era una noticia pésima. La tensión cubrió el silencio que se mantenía entre los talantas. Leoiar e Ixaka, cerca de Aner, contenían la respiración.

Pasó mucho tiempo antes de que algo se moviera en las filas banelatus. Cuatro guerreros de Maore comenzaron a caminar entre los caídos. Su misión era buscar e identificar a los muertos y heridos. Nada. Por fin, el propio suprem del este se movió. Se acercó a uno de sus jefes y le dio unas instrucciones que quedaron ocultas para los talantas. El guerrero partió y, con diligencia, se aprestó a cumplir sus órdenes. Formaciones perfectas de cuatro guerreros rastrearon la zona. El suprem se dirigió hacia Bankada.

—Que nadie dispare —ordenó Aner al ver acercarse a Maore al pie de la muralla. El dux bajó y atravesó la puerta. Salió al exterior. El sol comenzaba un nuevo descenso. Después de todo, la vida no se había parado. La silueta de los dos líderes proyectaba una sombra alargada sobre el terreno.

Maore contempló con interés a aquel talanta de ojos de cielo y cabellos revueltos, en apariencia nada especial. Sin embargo, había conseguido un hito difícil de asimilar para alguien como Sadoc. Aquel talanta le había arrebatado Bankada delante de sus narices. La ciudad bastión y enseña de la raza banelatu. La ciudad inconquistable, con sus altos muros y sus gruesas murallas. La ciudad que guardaba toda la sabiduría y poder de su raza. Pero había otra cosa que le intrigaba de aquel talanta. Tixaso había vuelto distinta después de conocerlo. No sabía qué, pero había algo dentro de ella que había cambiado y él lo podía percibir, aunque no era capaz de ponerle nombre. Y ella se había negado a darle pistas. Maore tocó la frente de Aner con el dedo índice. Aner dio su consentimiento.

—Grande es aquel cuyos hechos hablan por él y cuya sabiduría enciende voluntades —saludó Aner recogiendo unas palabras de un gran sabio banelatu muy conocido.

—Y grande será el que guía a los suyos en medio de la tormenta y los lleva a casa sanos y salvos —continuó Maore, quien, por supuesto, conocía la cita—. Sadoc ha desaparecido —dijo Maore a continuación. Los banelatus nunca perdían el tiempo con palabras vanas.

—Eso supone un problema para ti y para mí.

Maore afirmó.

—¿Cuáles son tus condiciones? —le preguntó Aner.

El suprem se alegró de que Aner conociera las reglas de aquel juego y fuera al grano.

—Debemos encontrar a Sadoc. Intentará entrar en Bankada.

—Yo también lo creo.

—Podría hacer que mis guerreros entraran en la ciudad para buscarlo. Tengo derecho a ello.

—Pero eso crearía desconfianza entre los míos y las luchas se reproducirían.

—Eso es lo que espera Sadoc. Demostrémosle que somos más inteligentes.

Aner entornó los ojos. Quería entender qué era lo que Maore tenía en mente. Guardó silencio y esperó a que el supremo continuara.

—Deja que cuatro de los míos, junto conmigo, entremos en la ciudad. Danos tu palabra de que no seremos atacados. Buscaremos por dentro, mientras el resto de los míos busca por fuera.

—Te daré mi palabra de que no seréis atacados si tú me das la tuya de que no intentaréis dominar ni conquistar Bankada. Nos la hemos ganado.

—Busquemos a Sadoc, luego hablaremos de los premios.

—Entonces, sea. Tienes mi palabra.

—Y tú, la mía.

La búsqueda de Sadoc comenzó poco antes del anochecer. Cada instante que pasaba, el peligro aumentaba para todos. Sadoc se conocía la ciudad como la palma de la mano y, además, podía ver en la oscuridad mucho mejor que los talantas. Maore se presentó en la puerta con cuatro de sus mejores guerreros. Uno de ellos era Tixaso, quien, oculta en su caretesa, pasó en último lugar. Aner no la vio ya que había empezado la búsqueda por su cuenta.

El dux se alejó, por primera vez desde su conquista, de la muralla este de Bankada. Volvía de nuevo a aquella maldita ciudad donde había desperdiciado lo mejor de su vida. Los cuatro talantas que lo acompañaban y él caminaban despacio con los cinco sentidos alerta. Las luces en todas las calles se habían duplicado y un extraño silencio se expandía igual que el agua envenenada. Llegaron a la amplia plaza que terminaba en el palacio. Penetraron en él. Las puertas, las ventanas... todo estaba cerrado. Aner empujó la puerta principal. Se abrió sin hacer ruido. Llevaba una tea en la mano con la que fue encendiendo las luces del palacio.

Capítulo XXXI

Bankada: capital del supremio banelatu del oeste

Marz caminaba con resolución, con los pasos firmes de un guerrero victorioso. Cuando atravesó las líneas banelatus, no agachó su cabeza, antes bien, decidió mantener su barbilla elevada. Tenía una brecha en la ceja y cojeaba de un pie, pero no tenía heridas graves significativas, aparte de las que se llevaba en el alma; esas que no se ven, pero cuyas cicatrices duelen por mucho que el tiempo las separe del arma que las produjo. Los banelatus no le hicieron caso cuando pasó delante de ellos, pero él se sintió orgulloso de poder hacerlo sin que lo intentaran matar. Al menos, en aquella batalla, se habían ganado el derecho a ser respetados.

Avanzó por los prados cubiertos aún de un manto rojo de sangre. A poca distancia vio la fortaleza que, aunque vieja, les había servido para hacerse fuertes y preparar su batalla contra los banelatus. En ella habían quedado unas pocas mujeres, ancianos y niños parapetados tras sus recios muros. Todos sabían lo que debían hacer y lo habían aceptado tal cual. Debían esperar noticias. Si eran los banelatus quienes aparecían a sus puertas, todos estaban de acuerdo en quitarse la vida antes que dejar que fueran esas bestias inmundas quienes lo hicieran. En cualquier otro caso, no debían salir de allí hasta que un talanta fuera a buscarlos.

—¡Maldea! ¡Maldea! —gritó Marz sin poder contener su alegría.

Un pequeño revuelo se empezó a sentir en el interior. Alguna cabeza se asomó por entre un diminuto mirador superior.

—¡Maldea, soy yo, Marz!

—Es Marz, es Marz —se empezaron a escuchar voces desde el interior.

La puerta se abrió por fin. Los niños corrieron al encuentro del talanta. Maldea, con el corazón en un puño, salió del recinto en el que estaba guarecida y que servía de cocina. Paralizada en un principio por la emoción, esperó en el umbral. Un enjambre de niños y mayores se unió en el centro de la calle. Todos estaban deseosos de saber noticias de los suyos.

—¡Hemos ganado! —gritó Marz—. ¡Hemos conquistado Bankada!

Hubo gritos de alegría. Marz era interrogado por la suerte de muchos de los familiares de los que allí se encontraban, sin que pudiera dar noticias exactas sobre su suerte. Avanzó por la estrecha calle. Sonrió al reconocer la carita suave y tierna de Maldea. La muchacha, embargada por la emoción, tenía las manos juntas en el regazo y era incapaz de moverse. Dos gruesas lágrimas caían silenciosas justo por la mitad de sus pómulos. Hasta que no sintió el abrazo de Marz, no creyó que fuera en verdad él. Entonces estalló en un sentido llanto y dio gracias al cielo por poder sentirse abrazada por alguien como Marz, a quien había decidido amar de por vida. Con Maldea aún cogida por los hombros, Marz empezó a transmitir las órdenes que había recibido.

—¡Recoged todos vuestros enseres y la comida que tengáis y hacedlo con rapidez! Aner y Leoiar quieren a todos juntos en Bankada.

Había pocas cosas que recoger y nada por lo que llorar al dejar atrás aquel recinto, así que todos estuvieron listos enseguida. Por el camino, Marz les preparó para lo que encontrarían. Les dijo que tenían que cruzar entre los banelatus vencedores, pero que no debían temer nada de ellos. Y también les preparó para la huida de Sadoc.

Aunque alborozados por las noticias y exaltados por el hecho de haber logrado tan digna empresa, la vista de los banelatus sobrecogió sus corazones.

—Seguidme sin miedo —les dijo Marz en un tono bajo, pero firme.

Poco a poco, aquel grupo se acercó a la muralla de Bankada. Su imagen era magnífica y sus dimensiones impactantes. Casi no se podían creer que sus hombres la hubieran conquistado.

Pasó un día más sin tener noticias sobre el paradero de Sadoc. Después de registrar minuciosamente el palacio, se sellaron todas las entradas, excepto la principal, y se distribuyó a los talantas supervivientes entre las distintas habitaciones. Solo las patrullas correspondientes ocupaban las calles y revisaban la ciudad. Había talantas apostados a lo largo de todo el perímetro y los banelatus buscaban por el exterior. Nadie sabía qué había podido pasar con el suprem. Muchos empezaban a creer que había huido muy lejos, pero no así Aner. Él sabía que Sadoc no se marcharía sin dejar su huella.

Tixaso había intentado en más de una ocasión hablar con Aner, pero no había tenido suerte. Unas veces porque su labor se lo impedía y otras porque lo hacía la del nuevo dux, sus esfuerzos por estar con él se habían desvanecido. Había acabado su ronda hacía unos momentos. Durante las próximas horas, el suprem no la requeriría, así que se encaminó hacia el palacio para intentarlo de nuevo. Tuvo problemas para que la dejaran entrar. Los guardias le pidieron que esperara hasta que recibieran órdenes concretas de permitirle el paso. Fue gracias a Ganix, quien por casualidad se pasó por el vestíbulo del palacio, quien le sirvió de llave.

Aner estaba en la habitación de Sadoc. No se sentía cómodo allí y se la había cedido a Leoiar para su descanso, pero el dormitorio del suprem tenía un magnífico balcón desde el que se dominaba toda la ciudad y le gustaba mirar desde allí y vigilar los movimientos del exterior. Hacía frío. Se había colocado una capa sobre sus ropas de soldado y llevaba ceñida la espada, de la que no se separaba ni de día ni de noche.

Saturene le sirvió un poco de vino en una copa y le llevó algo de comer. Estaba preocupada por él. Aner no había sido nunca muy hablador —claro que tampoco había tenido ocasión, al haber crecido entre banelatus—, pero desde que entraron en Bankada estaba más silencioso de lo habitual.

—Estás muy callado —le dijo.

Aner dio un trago a la copa de vino y la dejó en la barandilla. Luego apoyó sus brazos y se

inclinó hasta dejar que su estómago tocara la fría piedra.

—Tixaso ha preguntado varias veces por ti. ¿Por qué tengo la sensación de que la rehúyes?

—No la rehúyo.

—¿Entonces?

—No tenemos nada de lo que hablar si no es con una espada en medio de los dos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó ella, algo intrigada.

—Ella me traicionó ante Yankel y eso no se lo perdonaré jamás. Le abrió las puertas del Valle de la Luz y a punto estuvo de conseguir la destrucción total del valle y de nosotros.

—¿Ya estás otra vez con eso?

—Es la verdad.

—¿La verdad? Deberías hacer más caso a tu corazón y menos a las malas lenguas.

Tixaso había llegado hasta la habitación de Sadoc, aquella en la que Ganix le había dicho que estaría Aner. La misma en la que una vez había irrumpido sin permiso y de la que se había llevado los imanes. El eco de unas voces que hablaban en banelatu llegó hasta ella. Iba a saludar y a cruzar la estancia cuando escuchó su nombre y decidió esperar. Las palabras de Aner le llegaron con meridiana claridad. Un peso enorme alcanzó su corazón. ¿Aner creía de verdad que ella había ayudado a Yankel a entrar en el Valle de la Luz?

Una voz a sus espaldas interrumpió sus pensamientos.

—¡Hola, Tixaso! —la saludó afectuosamente Ixaka.

Ella se volvió hacia el joven. Saturene y Aner entraron a la habitación al escuchar el saludo. Tixaso se quedó quieta en la puerta, mirando al que ahora se hacía llamar dux de los talentos. En verdad sintió el peso del rencor que aquella mirada emanaba. Fue a decir algo, pero decidió que ya no importaba. Se dio media vuelta y salió. Bajó las escaleras y desapareció.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ixaka—. ¿Por qué se ha marchado así?

—Nada —le contestó Aner.

El joven Ixaka, intuyendo de qué se trataba, miró a Saturene. Necesitaba su confirmación. «¡Maldita sea!», se dijo. «En el fondo sabía que tarde o temprano sucedería», pensó recriminándose. Pero, de cualquier manera, no era el momento de declaraciones sinceras. Aner salió de nuevo al balcón, justo en el momento en que Tixaso abandonaba el palacio. Debajo del balcón, sabiéndose observada, se detuvo y miró una sola vez al dux, luego caminó hacia la puerta exterior.

En su dolor y contrariedad, bajó la guardia y no se dio cuenta de que unos ojos extraños la observaban con detenimiento. Aner entró en la habitación. Llevaba la copa de vino en la mano. La apretó con fuerza y después la tiró contra la pared. El silencio se hizo en la estancia. Ni Ixaka ni Saturene se atrevieron a decir palabra alguna.

En el silencio de aquel nuevo atardecer, cualquier ruido de Bankada se magnificaba, recorriendo como un eco todas sus calles y plazas. Por eso, el grito de su nombre se escuchó por toda la ciudad, otra vez.

—¡ANER! —la voz hueca y timbrada del suprem del oeste se alzó como un dedo sentenciador.

El dux se volvió hacia el balcón, pero se quedó quieto, oculto por las sombras que penetraban en la habitación.

—¡ANER! —se volvió a escuchar.

Los talantas que en ese momento descansaban en el palacio se encogieron ante aquella voz y sus corazones sufrieron un vuelco dentro de sus pechos. Aner tragó saliva y cogió aire.

—Creo que tengo algo que te importa. Baja a por ella y negociaremos el precio de su vida y de paso el de la tuya.

Sadoc sujetaba con fuerza a Tixaso por el cuello. Hacía días que observaba los movimientos de la ciudad de Bankada. Hacía días que había reconocido a Tixaso como aquella banelatu que huyó de Bankada con Aner. Y hacía tan solo unos instantes que había reconocido la decepción y la unión que había entre ella y Aner. Una relación similar a otra que había conocido y que había tenido como protagonista a Saturene. Pero esa era otra historia y la fuerza de sentimientos que gobernaba el cuerpo de aquella banelatu que tenía en su poder en esos instantes era mucho más intensa que la que jamás conoció en Saturene. Enseguida había comprendido que entre Aner y Tixaso había un vínculo especial. Y lo iba a aprovechar, porque, si había algo que a los talantas les hacía débiles, eran sus propios sentimientos y esa endeble fortaleza que exhibían cuando se les atacaba con ellos. Preferían rendirse y morir a ver sufrir a sus seres queridos.

Las palabras en banelatu no habían sido entendidas por los talantas, pero no hacía falta saber el idioma para comprender que el que hablaba era Sadoc. El suprem había dado la cara por fin, pero ahora era Aner quien debía dar la suya.

—No te lo pediré una vez más. Ella morirá ante tus ojos si no bajas ahora mismo.

—Pierdes el tiempo —le dijo en un susurro Tixaso—. Si crees que le importo a Aner, te diré que preferirá verme muerta antes que ofrecer su vida a cambio de la mía.

—Eres tan joven todavía... Has estado con Aner y aún no conoces la auténtica forma de ser de estos seres inferiores. Ninguno de vosotros, los del este, lo habéis hecho. Debería matarte ahora mismo por tu traición, amiga de los talantas, pero esperaré un poco más. Aún debo decidir si serás tú la que muera antes o si dejaré que veas morir a Aner.

—¡Aner! —le suplicó Saturene.

El dux no se movió.

—Escucha a tu corazón.

—La vida de Tixaso no me importa en este momento y es Maore quien debe enfrentarse a él. La suerte está echada. El supremo habrá escuchado la voz de Sadoc y no tardará en llegar aquí. Esto es ya una lucha entre banelatus.

—Te equivocas, Aner. Debes intentar salvar a Tixaso.

—Sadoc cree que me conoce muy bien, pero no voy a exponer mi vida por alguien que ha demostrado tener tan poco aprecio por la mía.

—Por favor, Aner. Escucha a tu corazón. Ni siquiera le has dado la oportunidad de explicarse. Ella no te delató. Ella no...

—¡Sí lo hizo! —exclamó el dux con vehemencia.

Los dos discutían en el idioma de Aner. Aunque Saturene no lo dominaba del todo, había decidido utilizar ese medio para que Ixaka siguiera la conversación.

—Tiene razón —terció por fin Ixaka, a quien el remordimiento le empezaba a pasar factura.

El dux se giró entonces hacia su cuñado

—¡Explícate! —le conminó.

—Ella no lo hizo. Ella no pactó con Yankel tu entrega ni abrió la puerta del valle a los secuaces de Sadoc.

—Entonces, ¿quién fue?

Ixaka permaneció callado. Se mordió los labios por dentro, intentando evitar su confesión.

—Habla, porque la vida de Tixaso está en manos de Sadoc.

—Fue Meder. Aquí tienes la nota que te dejó Tixaso antes de marcharse —le dijo, extendiéndole el papel que había guardado desde entonces dentro de su túnica.

—¿Meder? ¿Meder y quién más? —preguntó mientras repasaba las líneas que Tixaso había escrito para él.

Aner dobló el papel y se lo devolvió a Ixaka.

—Meder y Luar —concluyó el dux al ver la cara de su cuñado.

—¡No! No fue Luar, pero temía que así lo pensaras si descubrías que él había formado parte de

la partida que Meder organizó. Pero Meder le tendió una trampa. No le dijo la verdad de lo que planeaba. Tan solo le comentó que iba a hacer una ronda para rescatar a más talantas. Aner, me gustaría que entendieras mis razones. De acuerdo, te lo oculté, pero no fue con mala intención, no quería que pensaras que había sido ella. Si lo hice... —hizo una pausa—, si lo hice fue solo por cumplir la que prometí a Zarala en su lecho de muerte. Le juré que intentaría que tú y Luar os llevarais bien. Le juré que siempre pertenecerías a nuestra familia. Si te enterabas de que Luar había ido con Meder, lo hubieras culpado igual. ¿Me equivocó?

Aner suspiró.

—No sé lo que habría pasado —dijo al fin—, pero me has dejado pensar que Tixaso...

—Siento interrumpir esta bonita manifestación de sinceridad, pero Tixaso espera —exclamó Saturene en alta voz.

Los tres se quedaron en silencio. La respiración de Aner se escuchaba por encima de él.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó su cuñado.

Aner se quedó pensativo. Los latidos de su corazón se sentían en su sien.

—Supongo que debo hacer lo que debo hacer —murmuró entre dientes.

Con paso decidido se dirigió al balcón y dejó que Sadoc lo viera. La tensión creció dentro de él. El banelatu tenía a Tixaso cogida aún por el cuello y apretaba lo suficiente como para que el aire tuviera cierta dificultad para circular por su garganta.

—Si me quieres —le gritó Aner—, aquí me tienes.

—¡Baja enseguida o la mataré!

Aner se metió dentro y Sadoc comentó al oído de Tixaso: «Como ves, no me he equivocado. Parece, al fin, que sí que le importas algo a ese talanta».

—¡No bajas, Aner! —dijo ella con cierta dificultad, intentando zafarse de la opresión en su cuello—. Deja que Maore se enfrente a él.

—Me enfrentaré a Maore a su debido tiempo, pero primero terminaré con la vida de Aner —le confesó Sadoc.

—¡Espera! —le dijo Saturene a un decidido Aner—. Si vas a enfrentarte a Sadoc, debes protegerte bien antes.

—Pero Tixaso...

—Ella sabrá defenderse hasta que llegues y Sadoc esperará.

La vieja banelatu le ayudó a colocarse las protecciones. Saturene se las apretó con fuerza. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que Ixaka había desaparecido.

—Recuerda, no le mires directamente a los ojos durante mucho tiempo o te tendrá a su merced. Aner, ten cuidado.

—Lo tendr... —sus palabras se quedaron suspendidas en el aire. De pronto un gran revuelo se escuchó en la entrada, justo debajo del balcón.

El corazón de Aner se quedó paralizado por un instante.

—¡Mierda! —exclamó—. ¡Mierda, mierda, mierda! —repetía mientras descendía a toda velocidad las escaleras y salía con furia al exterior.

Ixaka era un joven divertido, extrovertido y cargado de buen humor. Si bien era cierto que en determinados momentos podía tomarse ciertos acontecimientos de la vida con poca seriedad, no era menos cierto que, cuando había que dar la cara, era el primero en presentarse. Ixaka era, ante todo, un talanta aguerrido y lleno de valor. Desde la primera vez que Aner y él coincidieron, entre los dos surgió una gran afinidad, un sincero afecto propio de las grandes amistades. Los hechos siguientes: la guerra, los ataques, las largas marchas, las vigilias, las guardias..., todo ello contribuyó a que esa amistad creciera. La confianza entre los dos era tal, que ambos se sentían protegidos cuando estaban juntos. Por eso, el dolor de Ixaka por lo que había ocurrido era tan grande que solo pensó en reparar de algún modo lo que él había provocado. Y lo hizo sin pensar en las consecuencias que eso podía tener para él. Así fue como, sin recapacitar, se plantó delante de Sadoc.

—¿Manda Aner a un esbirro para que me divierta mientras él se prepara? —le preguntó el suprem.

—No soy el esbirro de Aner. Me he presentado voluntario.

—¿Y tú eres?

—Soy Ixaka Ezkanda, del quinto clan del norte.

—Te recuerdo. Trabajabas en la mina. Veo que los azotes que recibiste no han servido para rebajar tu altanería. Nunca conseguirías derrotarme, pero me alegro de que el destino me haya deparado esta nueva diversión.

Tixaso empezó a notar que le faltaba el aire. Forcejeó para zafarse de esa presión. Sadoc soltó uno de sus brazos, aunque no lo hizo por la resistencia de Tixaso, sino para empuñar su espada. Ixaka le atacó. El suprem, con un sutil movimiento de muñeca se defendió parando el golpe. A pesar de su fuerza, el cuerpo de Tixaso era un estorbo para luchar, así que decidió prescindir de él. Golpeó en la espalda a Tixaso con su rodilla izquierda. Esta, en un acto reflejo, se dobló hacia atrás y se estiró. Sadoc volvió a repetir el golpe y después la soltó, propinándole un fuerte codazo justo donde empieza la espalda. Tixaso cayó de rodillas delante de Ixaka. Tuvo que extender sus

manos para no golpearse con el suelo. El suprem aprovechó la ocasión para arrebatarse la espada de Tixaso.

—¡Ixaka, aléjate! —le gritó ella desde el suelo, al tiempo que rodaba sobre sí misma para esquivar los lances de su rival.

Pero el joven no le hizo caso. Agarró fuerte su espada con las dos manos y el arma silbó en el aire. Fue tal su ímpetu y su fuerza que logró herir a Sadoc en un brazo, pero se desequilibró por el propio impulso y a punto estuvo de caer al suelo. Sadoc no se quejó e Ixaka apretó los dientes con fuerza y se preparó para un nuevo lance. Aner llegó corriendo a la puerta.

—¡Ixaka, apártate de Sadoc! —le gritó con la espada en la mano.

Pero Sadoc no era un banelatu que soltara fácilmente a su presa una vez que había hecho por ella. En un pequeño intervalo de tiempo, se las arregló para enfrentarse a sus dos rivales a la vez. Tixaso saltó por detrás y se subió a su espalda, agarrándose a su cuello. Sadoc se dobló hacia delante y Tixaso salió despedida por encima de él, cayendo con estrépito sobre el suelo. Ixaka se quedó paralizado delante de ella. En el último instante, frenó la carrera que había emprendido hacia su rival para no caer sobre Tixaso ni golpearla. Con agilidad, esta reaccionó y volvió a rodar por el suelo. Sadoc, después de dos intentos, acertó a cortar el costado de la banelatu.

—¡Déjalos a ellos y lucha conmigo! —gritó Aner.

Pero Sadoc se revolvió contra Tixaso. La agarró del cuerpo y, levantándola todo lo más arriba que pudo, la lanzó sobre un muro cercano. La banelatu quedó semiinconsciente por el golpe. Ixaka, mientras tanto, comenzó un nuevo ataque, acertando en la espalda del suprem. Resultaba de gran impotencia la escasa reacción de aquel. A pesar de sus heridas, no parecía inmutarse. Sadoc se quedó quieto con las dos espadas en la mano. Aner llegó en ese momento junto a ellos.

—Ixaka —le dijo a su cuñado—. Retírate. Es una orden.

—Demasiado tarde —interrumpió el suprem—. Ya no hay nada que tú puedas hacer. Ixaka, como tú, deberá luchar hasta el final. Os dejo esa ventaja. Los dos contra mí. Será divertido, Aner. Primero verás morir a Ixaka y después la espada de Tixaso segará tu vida.

—Esto es algo entre tú y yo, deja a Ixaka que se retire.

Los dos cuñados, enfrente de Sadoc, permanecían con las espadas en alto en posición de defensa, vigilando los movimientos de su enemigo. El suprem, enarbolando las dos espadas, se enfrentó a ambos a la vez.

—¡Retírate, Ixaka! —volvió a repetir Aner.

Pero el suprem se fue a por él con fijación y furia, como un cazador que no quiere soltar a su presa. Aner intentó entrar en la pelea y permitir que su cuñado se retirara, pero no pudo. El suprem tenía sometido a Ixaka. Este empezó a notar la falta de aire y la ausencia de control de sus miembros. La espada de Sadoc hizo un giro en el aire de ciento ochenta grados hacia la derecha y después hacia la izquierda. A continuación, golpeó sin piedad, haciendo que Ixaka tuviera que

retroceder y colocar su espada para defenderse. En uno de los lances, las armas de Sadoc interceptaron la de Ixaka. Su espada salió despedida. El joven talanta se quedó indefenso, desarmado, paralizado. Aner se puso a su lado de un salto. Pudo parar una de las espadas con la suya, mas no así la otra, que penetró en el pecho de Ixaka. Este se llevó las manos a la herida mientras caía al suelo.

Si Sadoc hubiera sabido reírse, lo habría hecho en ese instante, pero no se escuchó ningún sonido, salvo el lamento de Ixaka y el grito desesperado de Aner, que intentaba contener con la fuerza de su mente lo que no podía detener con la fuerza física. Fue como si la carcajada de Sadoc se escuchara en su interior. Aner hubiera querido socorrer a su cuñado, pero debía defenderse de Sadoc. Y no solo defenderse, sino también atacarle. Atacarle y acabar con él.

Tixaso se recuperó justo a tiempo de ver cómo la espada de Sadoc atravesaba el pecho de Ixaka. Su grito se unió al de Aner, como si hubieran sido uno solo. Aner se llevó a Sadoc del lugar y Tixaso corrió a socorrer al joven talanta. Ixaka la miró mientras su cuerpo temblaba. Tixaso puso sus manos sobre la herida. Momentáneamente, se sintió mejor.

El combate siguió entre Sadoc y Aner. Las espadas volaban por el aire. Zum, zum, se escuchaba junto al característico tintineo de los metales al chocar. Sadoc había enfundado su espada y luchaba con la de Tixaso, dispuesto a que sus vaticinios se cumplieran. Ixaka pronto moriría y Aner le seguiría poco después. Pero Sadoc desconocía el pacto que Aner y Tixaso habían sellado delante de Saturene. De ningún modo sabía que las espadas de uno y otro no podían herir a sus dueños.

Saturene llegó al lugar donde Ixaka había caído mortalmente herido. Tixaso trataba de controlar la hemorragia y de sanar la lesión. La vieja banelatu agarró con fuerza la mano del joven. Ixaka estaba pálido y tragaba con dificultad. La banelatu del pelo rojo acarició la frente del joven guerrero y le retiró el cabello que caía sobre ella. Con ayuda de Tixaso, movió al herido a un lugar más adecuado. Aunque no era muy recomendable en su estado, Sadoc y Aner luchaban demasiado cerca de allí. Los talantas observaban las maniobras de los dos combatientes parapetados tras las ventanas del palacio. Pocos eran los que se habían atrevido a bajar o a acercarse. La vieja banelatu vio cómo los dos combatían con ferocidad, pero Aner estaría a salvo mientras Sadoc utilizase la espada de Tixaso. Si había decidido matar a Aner con ella, eso podría salvar al dux y ser la sentencia de muerte del suprem. Poco después, Sadoc, cansado de la lucha que no terminaba, decidió olvidarse del arma de la banelatu y usar la suya.

Aner no se amedrentó por ello y siguió luchando de la misma manera, pero ahora los golpes eran más fuertes y más constantes. El dux perdía reflejos y velocidad. Saturene, al ver el cambio de espadas, corrió hacia la puerta y subió a sus aposentos. Abrió un pequeño armario que permanecía cerrado con llave y de él extrajo la pequeña caja que siempre llevaba con ella. Con cuidado, tratándola como a un bebé, descendió las escaleras.

El dux hizo dos paradas y tuvo que recular para protegerse de las embestidas que buscaban su cuerpo. Se daba cuenta de que Sadoc, poco a poco, se estaba haciendo con el control de la lucha. Debía permanecer alerta. Saltó sobre una pequeña muralla, donde continuaron los lances. Los golpes cada vez se escuchaban con más rapidez, aquí y allá, sin descanso. Aner escuchó su nombre, pero sonaba como si fuera dentro de su cabeza. «¿Zarala?», se preguntó. Un nuevo golpe

le hizo sacudir su cabeza. Al momento volvió a escuchar su nombre. Recordó que ya había tenido esa sensación antes. ¡Saturene! Mientras seguía defendiéndose, la buscó con la mirada y la encontró muy cerca. «Te voy a lanzar mi energía», escuchó dentro de él.

Al principio, no entendió qué pretendía Saturene, solo cuando la vio abrir la caja de reojo entendió. El interior parecía estar vacío, pero algo misterioso, casi transparente emergió despacio al meter ella la mano. Aner se separó algo de Sadoc. Debía dejar espacio suficiente. Saturene envió con fuerza su bola de energía, la bola que era la esencia misma de su persona. Aner preparó su espada y golpeó a su vez con todo el impulso que pudo contra Sadoc. «Si el suprem puede extraer la energía del cuerpo de un talanta o de un banelatu y usarla para matar a otros, ¿por qué no puedo hacer yo lo mismo?», pensó Saturene.

Sadoc, aunque algo dubitativo al principio, se preparó para recibir el impacto cuando vio llegar la energía hasta Aner. Parte de esa energía pasó a su cuerpo, hecho que afectó a sus órganos internos, aunque no fue suficiente como para matarlo de golpe. El resto de la energía quedó retenida en su espada, de tal forma que el arma de Aner y la suya quedaron conectadas. Cuando la energía desapareció, los dos cayeron hacia atrás, estrellándose contra el suelo.

Tixaso no pudo reprimir una exclamación de pánico, un suspiro que le salió del corazón, al ver lo que había ocurrido. Deseaba con todas sus fuerzas acudir en auxilio de Aner, pero no podía dejar a Ixaka, su herida era muy grave. Afortunadamente, Saturene llegó junto a ella, apretó con fuerza la herida del joven y Tixaso corrió hacia el dux.

El lance había dejado a Aner aturdido en el suelo. Su respiración se había convertido en algo parecido a golpes entrecortados cortos y rítmicos. Los sonidos a su alrededor habían desaparecido, todo su cuerpo le dolía, pero lo peor de todo era que no podía moverse. Sus miembros no respondían. Solo los ojos parecían parpadear o eso era lo que le parecía. No sabía qué había ocurrido con Sadoc y un terror enorme a que pudiera llegar y arrancar su vida corrió por su interior. Una sombra se acercó por su derecha. En vano, intentó moverse. Tendría que aceptar la muerte si ese era su destino. Alguien se agachó sobre él. Aliviado, reconoció el rostro de Tixaso. Sus labios se movían nombrándolo. Aunque él no podía escuchar el sonido, sabía que lo llamaba. De nuevo intentó moverse, sin otro resultado que el de sentir un intenso dolor por todo su cuerpo. Aner no era muy consciente de si respiraba o no, de si seguía vivo o lo que veía era solo lo que la muerte le dejaba observar antes de llevárselo. Intentó permanecer consciente, aunque un ligero sopor trataba de atraparlo.

Tixaso gritaba el nombre de Aner con desesperación. Sabía que el talanta seguía vivo porque respiraba con jadeos y parpadeaba, pero su cuerpo no parecía responder y no estaba segura de que le estuviera escuchando. Buscó posibles heridas, sin resultados positivos. Lo cual le alegró en parte porque, aparentemente, su cuerpo estaba bien. Sin embargo, temía que tuviera heridas internas difíciles de localizar y curar. Aner intentaba mantener sus ojos fijos en Tixaso, aferrándose a la vida. De pronto, percibió algo distinto, un cambio de luz que no supo a qué atribuir. Ese cambio de luz tomó forma de sombra sobre Tixaso. Intentó advertirle, pero no podía articular palabra alguna. Luego intentó mover su brazo para buscar su espada, pero no sabía muy bien si lo estaba haciendo o no. No sentía nada, salvo ese dolor insoportable que recorría su

cuerpo. La sombra se tornó imagen, la imagen del rostro de Sadoc, cuya espada amenazaba la espalda de Tixaso. Aner abrió los ojos todo lo más que pudo e intentó mover su cuerpo inerte o al menos avisar a Tixaso. Pero tampoco los músculos de su cara parecían responder. De pronto, su cuerpo se movió hacia un lado. El movimiento in extremis permitió que la banelatu se retirara a tiempo para esquivar la espada, pero no fue suficiente para evitar que esta impactara sobre el hombro de Aner, quien sintió una gran quemazón y un dolor desgarrador.

Tixaso se levantó de golpe para defenderse y defender a Aner. La mirada de este le había alertado con antelación suficiente para reaccionar y evitar el estoque del suprem. Pero un grito de horror salió de su garganta al ver cómo la espada banelatu, cruel y traicionera, caía sobre su amigo. Aner la miró desde el suelo. Tixaso desclavó la espada que había rozado su hombro y la levantó en el aire. Al instante, el cuerpo de Sadoc se desplomó a su lado. Sus ojos inmóviles y abiertos, su rostro pétreo y su quietud le hacían confundirse con una estatua. Su cuerpo exhibía una gran espada clavada en la espalda. Ixaka, desde el suelo, había lanzado su arma con precisión. La figura alta y solemne de Maore se asomó por encima de él. El suprem del este había llegado a tiempo de ver el final de Sadoc. Enseguida dio órdenes para que el cuerpo del suprem fuera apartado de allí. Tixaso volvió a arrodillarse junto a Aner y colocó sus manos sobre la herida de su hombro. El cuerpo de Aner se movió hacia arriba por efecto de la energía que Tixaso mandaba sobre él. Aner seguía sin poder moverse.

Era una sensación desagradable, una impotencia tan grande la que sentía Aner que se creía morir. Estaba exhausto y dolorido y deseaba que esa sensación pasara pronto, pero permanecía allí. Intentó tragar saliva. No supo muy bien si lo había conseguido o no. Necesitaba descansar. Cerró los ojos. Tixaso lo llamaba con apremio, pero Aner no la oía. La banelatu dejó de llamarle y se centró en curar la herida del hombro. El cuerpo de Aner, apoyado sobre sus rodillas, reaccionaba levemente. Al menos había conseguido que los jadeos cesasen y se convirtieran en una respiración más tranquila, débil, pero moderada. Tixaso notaba los latidos del corazón de Aner también más pausados. Hasta ese instante, su corazón había parecido el de un caballo desbocado.

Saturene llegó al lado de Aner. Se sentía muy débil. Miró con desprecio el cuerpo sin vida de Sadoc mientras se lo llevaban y se aferró a la mano de Aner. El tiempo pasaba y todo permanecía en silencio. Tixaso se tomó un breve descanso. Dejó pasar unos instantes antes de poner de nuevo sus manos sobre la herida de Aner. De la boca de él salió un leve lamento y su cabeza empezó a moverse hacia los lados. Saturene notó una leve fuerza en la mano que agarraba.

Los talantas, asomados ya sin miedo a las ventanas del palacio, esperaban en silencio el desarrollo de los acontecimientos. Solo una mujer se atrevió a salir de allí. Aiala corrió desesperada, gritando su nombre al cielo.

El silencio se quebró como el primer trueno que anuncia la tormenta. Los oídos taponados de Aner se abrieron. Alguien susurraba su nombre en su oído, era un susurro agradable, cálido. Sus párpados se abrieron e intentó adivinar quién era la persona que tenía delante. Su boca dibujó una mueca que Tixaso tomó como una sonrisa o un intento de ella.

—Te vas a poner bien —escuchó. Y esas palabras lo reconfortaron, aunque por su mente empezaron a pasar imágenes crueles, dolorosas y una palabra le vino a la boca.

—¡Ixaka!

Como una bocanada de fuego, la imagen de Ixaka herido por la espada de Sadoc quemó su alma. Se intentó incorporar. Ayudado por Tixaso logró adoptar una posición de sentado. A unos cinco pasos de él, un cuerpo yacía tumbado y, junto a él, la figura de una mujer, inclinada sobre su cabeza mientras Maore ponía sus manos sobre su pecho. Aiala acariciaba los cabellos de su esposo y los regaba con unas lágrimas que ya no podía contener. Lloraba en silencio. Ixaka estiró su mano izquierda sobre el rostro de su bella esposa. Recogió sus lágrimas y dejó un rastro de sangre de su dedo manchado. Aiala tomó esa mano y la besó una y mil veces.

Aner movió su brazo derecho, estaba dispuesto a sacar fuerzas de donde fuera, pero debía llegar cerca de su cuñado. Tixaso lo agarró por el sobaco y así logró incorporarse. La miró agradecido, aunque sin poder articular palabra. Arrastrando sus pies por el duro suelo, llegó hasta Ixaka y se dejó caer, compungido. Intercambió una mirada con Maore y tuvo que aceptar la verdad de golpe. Era más dolorosa que cien mil estocadas de Sadoc.

El joven talanta herido tenía el rostro pálido, pero no había perdido el brillo de sus ojos ni la franqueza de su mirada.

—Lo hemos logrado, Aner.

Este asintió varias veces con la cabeza.

—Siento mucho haberte fallado —se excusó Ixaka ante el que creía el talanta más grande que jamás había conocido.

—No me has fallado —le dijo Aner entre dientes ya que no podía mover con soltura su mandíbula—. Te encomendé la misión más difícil y tú, no solo la aceptaste, sino que también la llevaste a cabo con éxito. Tú y solo tú abriste las puertas de Bankada para nosotros. Tu hazaña se recordará por siempre.

Ixaka tosió y una mueca de dolor apareció en su joven rostro.

—Pero te fallé como amigo, como familia.

—No es verdad. No soy quién para juzgar tus acciones. Solo debo pensar que, si lo hiciste, fue porque creíste que era lo mejor.

—¿No me guardarás rencor?

—Nunca y, cuando te recuperes, iremos a celebrar tú y yo esta gran victoria.

—Aner, no intentes engañarte, sé que no veré la luz de un nuevo día.

Al escuchar sus palabras, el corazón de Aner se nubló. Aiala lanzó un gemido de dolor y pena. Su esposo la miró con ternura y ella revolvió sus cabellos.

—Aner, debo hacerte una petición. Prométeme que cuidarás de Aiala y de mi hijo.

El dux sonrió a medias. La noticia de que Ixaka iba a ser padre le pilló por sorpresa. Miró con discreción a Aiala, abatida y consternada hasta límites insospechados.

—Tú mismo podrás cuidar de ellos —es lo único que le salió para intentar un consuelo.

—¡Prométemelo! —le pidió con urgencia, pero al mismo tiempo con suavidad.

—Te lo prometo, Ixaka. Protegeré y cuidaré de Aiala y de vuestro hijo mientras viva —le aseguró.

Ixaka sonrió y le pidió a Aner que se acercara. Le habló al oído, de tal forma que solo él pudo escucharle.

—Aner —le susurró—, no dejes escapar a Tixaso. Vuestra amistad puede hacer mucho bien a nuestros dos pueblos.

Tras escuchar estas palabras, Aner contempló a su cuñado herido y entonces se dio cuenta de la gravedad de su estado y fue consciente de que iba a morir. Ya lo había advertido en la mirada que había intercambiado con Maore, pero había intentado negárselo a sí mismo.

—Una cosa más, Aner. Quiero que me prometas que nunca renunciarás a formar parte de nuestra familia, que siempre guardarás un espacio para los Ezkanda. Y esto también te lo pido a ti, Luar —dijo Ixaka al ver que su hermano estaba también próximo a él—. Debéis prometerme que no habrá rencillas entre vosotros y que os trataréis como lo hacen dos hermanos, por Zarala y por mí.

—Así lo haré —dijo Luar.

—Cuenta con ello —se reafirmó Aner, mirando a su cuñado mayor.

—Supongo que esto es todo. Mi bella esposa. No ha sido mucho el tiempo que se nos ha permitido estar juntos, pero no te puedes imaginar todo el amor que me llevo. Eres preciosa...

Los ojos de Ixaka, clavados en los de su esposa, fueron perdiendo fijación mientras la vida se escapaba de su cuerpo. Aiala rompió a llorar. Dulanto y Luar corrieron a abrazarla. Los tres se fundieron en un fuerte abrazo. Aner gritó, gritó con todo el dolor que sentía en ese momento.

—¡Noooooo! ¡No, no nooooo!

Bajó la cabeza y se sintió desfallecer. Las fuerzas se escapaban de su cuerpo. La debilidad y el sufrimiento lo habían dejado exhausto y vacío. Se sentía cansado y derrotado, a pesar de la pequeña victoria que había supuesto la conquista de Bankada y la muerte de Sadoc. Sin embargo, había perdido todo lo que amaba y verdaderamente quería en aquella maldita guerra contra los banelatus. Bueno, no a todos, quedaba Astu, Saturene, los Ezkanda y también... Tixaso. Pero había perdido a Zarala y a Ixaka y eso era como haberlo perdido todo. Ixaka no se merecía ese final, no el talanta que había permitido que los demás talantas entraran por la puerta grande en Bankada y no como esclavos.

Maore contempló la escena con especial interés. Nunca había entendido el comportamiento de

los talantas, pero, a través de lo que había visto, estableció las relaciones que había entre ellos. Y esas relaciones los hacían fuertes. No a cada uno como individuos, sino a todos en su conjunto. Era eso lo que les había permitido desafiar a Sadoc. Su esfuerzo colectivo se había visto recompensado. El valor de unos pocos había arrastrado a todos.

Tixaso agarró por la espalda a Aner que, vencido, se había dejado caer sobre su brazo. Era necesario trasladarlo y dejar que descansara. Maore llamó a un par de banelatus que tomaron el cuerpo de Aner junto con Ganix y otros dos talantas. Así, entre talantas y banelatus, Aner fue conducido a los aposentos que ocupaba dentro de palacio.

—Ganix... —pronunció Aner mientras se lo llevaban.

—Me ocuparé de todo, dux. Me ocuparé de que el joven Ixaka sea preparado para su último viaje y de que todo sea organizado tal y como se merece.

—Gracias, Ganix. Eres un soldado leal.

Aner no pudo pronunciar más palabras. Lo colocaron sobre la cama. Los portadores salieron, haciendo una pequeña reverencia con la cabeza en reconocimiento. La habitación estaba a oscuras. Tixaso quitó las botas al guerrero, así como el chaleco y las protecciones de brazos y piernas. Lo hizo con cuidado y despacio porque, a cada cambio de movimiento del cuerpo del dux, una expresión de dolor aparecía en su rostro y un leve lamento cruzaba su garganta. Aner seguía los movimientos de Tixaso con la mirada, mientras respiraba entrecortadamente. Alguien entró en la estancia. Aner no era muy consciente en esos instantes de lo que pasaba a su alrededor. Astu trajo una infusión para él y salió. Tixaso se la dio a beber a pequeños sorbos. Parte del líquido se escurría por las comisuras de sus labios, pero algo pasaba a través de su garganta. La infusión le hizo dormir unas horas. Tixaso no se movió de su lado. Lo contemplaba cuando dormía relajado y lo asistía cuando se revolvía en sueños. La banelatu había oído hablar de las pesadillas. Los banelatus no soñaban, por eso se le hacía tan raro imaginarse cómo era un sueño y más aún cómo era una pesadilla. Algo que los talantas veían y sentían mientras dormían y que les parecía tan real que podían despertarse con un miedo atroz, como si lo que habían soñado hubiera ocurrido de verdad.

El dux se despertó alterado. Sudaba. Su pecho subía y bajaba deprisa.

—¡Sigues aquí! —exclamó entre sorprendido y extrañado.

—Sssshhhh —le dijo ella—. Debes descansar.

Aner volvió a adormilarse. Nada se escuchaba en la habitación salvo la respiración, agitada a veces, de Aner y sus lamentos. Su cabeza era en ese instante un torbellino de emociones y sensaciones, donde los hechos sucedidos se mezclaban con los sueños y también por la infusión que había tomado. Aner hablaba en sueños. Llamaba a Zarala. Su nombre se repetía con asiduidad, lleno de pena y sufrimiento.

Cuando volvió a despertarse, la primera claridad del día se notaba en la habitación. Tixaso vendaba con delicadeza la herida de su mano. El dux tenía una fuerte quemadura en la palma derecha producida durante el tiempo en que su espada y la del dux estuvieron en contacto a través

de la energía enviada por Saturene. Aner contempló los finos rasgos de Tixaso, la delicada línea de sus labios, que parecían más rojos de lo que recordaba. Los ojos de ella estudiaron con detenimiento el vendaje que acababa de hacer y en ellos se podía distinguir la pupila negra sobre un fondo más gris. Sus miradas se encontraron y él sonrió. Tixaso se preguntó si estaría consciente o si seguiría atrapado en esos sueños que tanto le torturaban.

—Estás muy bella hoy —dijo Aner.

La banelatu pensó que quizás la estuviera confundiendo con su esposa, a la que tanto nombraba y a la que parecía estar unido incluso más allá de la muerte. Por eso Tixaso no se atrevió a decir nada.

—Te agradezco que aún sigas aquí, Tixaso, pero no tienes por qué hacerlo —le aseguró Aner.

La banelatu se sintió algo confundida. La había llamado por su nombre, lo que significaba que su comentario anterior no se refería a su esposa sino a ella.

—Si tanto te molesta, puedo irme —le dijo ella intentando ser sarcástica, pero su voz sonó de manera arisca porque no estaba acostumbrada a hacerlo.

—¡No! —le dijo Aner cogiendo su mano—. No quiero que te vayas. Lo que quería decirte es que tú también necesitas descansar y cuidar tu herida.

—No pensaba irme —le contestó ella. Tixaso se miró el lugar donde la espada de Sadoc la había herido. No sabía muy bien cómo había sucedido, pero, al intentar curar las heridas de Aner, la suya también se había curado—. Estoy bien. ¿Cómo estás tú? —le preguntó ella.

—Como si estuviera descansando sobre un colchón lleno de vidrios rotos.

—Es una buena comparación. Ya que estás despierto, bébete esto.

—¿Qué es?

—No preguntes y bebe.

Obediente, Aner tomó lo que Tixaso le ofrecía. Cuando terminó y, antes de que la banelatu se retirara, Aner acarició su rostro. Ella se sintió turbada. Era una sensación nueva y... agradable, pero, desconcertada, se retiró.

—Perdona si te he molestado, pero estás tan distinta de cómo te recordaba...

—¿A qué te refieres?

—Lo siento, supongo que no digo más que tonterías. Me siento cansado y aturdido —Los párpados le empezaron a pesar y se quedó dormido.

Ayudado por Ganix y por Tixaso, Aner se sentó en la cama. Todo empezó a girar a su alrededor,

su rostro se tornó pálido y tuvo que cerrar los ojos. Un escalofrío hizo que el vello de sus brazos se erizara. Tanto Ganix como Tixaso pensaban que era demasiado pronto para que se levantara, pero sabían que nada del mundo le impediría ir a despedir a Ixaka, así que no se lo impidieron.

Erlea había traído una camisa blanca limpia y nueva. Aner intentó atarse la lazada de su pecho, donde el cordón zigzagueaba hasta su cuello, pero los cordones se escapaban de sus dedos. Ganix lo hizo por él. Una vez que sus botas estuvieron calzadas, Aner se puso en pie. El primer paso fue el más difícil. Arrastró su pie derecho por el suelo, concentrado en mantener el equilibrio. Cada cachito de su piel, de sus músculos y de sus huesos dolía. Poco a poco avanzó por la habitación. Al llegar a la puerta, se sujetó en el marco. Su rostro arrastraba ojeras y su alma penas profundas que dejarían huellas imborrables. Pero miraba hacia delante.

En la planta baja, la sala más grande había sido dispuesta para albergar el cadáver del guerrero que abrió las puertas de Bankada y que había dado muerte a Sadoc. La austeridad de la estancia se había compensado con la disposición de sillas y sencillos adornos. Una larga alfombra granate se extendía desde la puerta hasta el lugar donde se había depositado el cuerpo sin vida de Ixaka. Era mucha la gente congregada en aquel recinto. Hablaban en susurros, pero todos callaron al ver entrar al dux. Le abrieron paso mientras él se acercaba hasta su amigo caído. Aner estaba compungido.

—¡Salid todos! —pidió cuando llegó al lado de Ixaka.

La gente se marchó en silencio.

—Tú no, Aiala —le dijo con respeto a la mujer al pasar a su lado. Aiala se sentó en una de las sillas cercanas al ataúd.

Aner miró a Ixaka. Le habían limpiado y vestido de tal forma que parecía dormido. Los ojos del dux se llenaron de lágrimas tan amargas que sabían a bilis. «¿Por qué, por qué, por qué?», se repetía sin entender, «Soy yo el que debería estar muerto y no tú». Aner hundió su cabeza en su propio pecho. Sus lágrimas regaban la manga de la camisa de su cuñado. «Ahora estarás con Zarala, pero eso no me consuela, querido amigo».

Aiala, al ver el dolor de Aner, se acercó a él. Los dos se abrazaron y lloraron juntos.

La noticia de la muerte de Ixaka se había extendido rápida entre los talantas. Los que lo conocían lo añoraban y contaban sus hazañas. Los que no habían tenido la suerte de tratarlo, se repetían una y mil veces que les hubiera gustado hablar con él o compartir un rato juntos. Así fue como todos los talantas y algunos banelatus se congregaron en la plaza principal, a los pies del palacio, para rendir un último tributo al joven guerrero. En fila y en silencio mostraron su respeto. Era el último adiós de un pueblo que le debía mucho. Aner le había pedido a Ganix que buscara un lugar adecuado para sepultar a Ixaka. «En las entrañas de este palacio debe haber alguna habitación subterránea que sea especial. Prepárala», le había pedido el dux. Y Ganix, que se conocía el palacio como el que mejor, enseguida decidió cuál sería el lugar adecuado y lo preparó con mimo.

El lugar estaba en los sótanos del palacio, pero era una habitación preparada contra la humedad y el paso del tiempo. En ella el supremo guardaba sus pequeños tesoros, unos tesoros que el talanta, con buen criterio, hizo desaparecer. Aner había encargado también la confección de una piedra con un grabado especial que en ese momento no estaba preparado, pero que se colocó dos días después. En él se podía leer: «Del pueblo de los talantas al guerrero que abrió las puertas de la libertad y a cuyos pies se rindió Bankada».

Ixaka fue despedido en aquella cámara por sus seres más allegados. La consternación era mucha, así como el dolor.

Capítulo XXXII

Bankada: antigua capital del supremo banelatu del oeste

Entre los vericuetos y las curvas que se empeña en ofrecer la vida cuando uno más se esfuerza por andar recto, los talantas iban sobreponiéndose a los días de guerra y a las pérdidas sufridas. Apenas había amanecido, pero ya se empezaba a escuchar vida entre los muros que un día albergaron a la más avanzada civilización banelatu. Aner se acababa de despertar. La tristeza aún comandaba sus días. Todavía no había podido superar —o no había querido— el fallecimiento de su cuñado. Se sentía frustrado. Incluso por encima del hecho de haber doblegado a los banelatus, sentía que había fracasado por no haber podido impedir que las dos personas que más había amado en su vida hubieran sucumbido. Además, Aner se había desentendido de toda la organización y responsabilidad, escudándose en que aún debía recuperarse de sus heridas, pero lo cierto era que las ganas de vivir y de luchar se extinguían entre su melancolía. A menudo se lamentaba de lo ocurrido. Tras la muerte de Ixaka, había caído en una notable depresión. Ni los esfuerzos de los geniecillos por hacerle reír habían dado resultado y él se empeñaba en sumergirse en la soledad.

Se vistió despacio y salió al balcón. La ciudad parecía más blanca que nunca, perlada por el agua mañanera. La luz naranja del sol se apreciaba ya por el horizonte, aunque el astro rey permanecía oculto aún tras una montaña lejana. En la ladera derecha, nubes azules parecían cosidas a la cima. Corría un viento helado que intensificaba la sensación de frío. Aquel a quien llamaban dux miró al frente, extrañado de la luminosidad de aquel día gélido. Bankada estaba cambiada. Por primera vez en su historia, banelatus y talantas compartían espacio de igual a igual. Aner entró al calor de la habitación, donde la chimenea había sido encendida. El fuego chispeaba y llamó su atención. Tenía ganas de desaparecer en su propia soledad y lo hubiera hecho de muy buena gana, pero la promesa que le había hecho a Ixaka de cuidar de Aiala y del bebé que llevaba en su seno lo tenían atrapado. Apoyó su mano vendada sobre el alfeizar de la chimenea. Se encontraba confuso y parecía que no había forma de ordenar sus pensamientos ni lo que sentía. Quizás Sadow le había herido de una forma no física, sino dentro de él.

Alguien llamó a su puerta.

—Pasa, Ganix —dijo.

Pero fue Tixaso la que atravesó la entrada. Aner, apoyado aún sobre la chimenea, giró la cabeza para ver quién entraba. Las llamas se reflejaban en el rostro del dux, tornándolo rojizo y en sus pupilas se veía la danza infernal del fuego. Tixaso notó cierta tristeza en su mirada.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

Aner resopló por toda respuesta. «¿Acaso importa?», se dijo.

Tixaso no quiso hacer ningún comentario y apretó los dientes cuando Aner lanzó un vaso contra el fuego. Se empezaba a cansar del juego del talanta. Hacía días que de su boca no salían más que

reproches. Saturene le había dicho que la reacción de Aner era normal y le había pedido que tuviera paciencia con él, pero se estaba hartando de su autocompasión.

—Tu ira no traerá de vuelta a Ixaka —le comentó.

Aner reaccionó con enfado y se revolvió contra ella.

—No tienes derecho a decir eso. ¡Maldita sea! ¿Por qué él? ¿Por qué tuvo que ser Ixaka?

—Siento la muerte de Ixaka tanto como tú, pero ya es hora de que tributes su muerte de otra forma además de con lamentos. Hace días que no paras de decir que la muerte te debería haber llevado a ti y no a él, pero, para tu información, te diré que hay algunos que nos alegramos de que sigas con vida.

Aner se quedó quieto, digiriendo las duras palabras que la banelatu le había dirigido, pero reconoció que contenían mucha dosis de verdad. De pronto, el calor de la habitación desapareció. Sin embargo, el fuego seguía vivo.

—Supongo que tienes razón —dijo al fin—. De nada sirve cubrir de lamentos la tumba de Ixaka.

—¡Bien! —dijo ella. Parecía que Aner había tocado fondo y que estaba decidido a reaccionar.

Aner se pasó la mano por la cabeza, apartándose el pelo de la cara en ese típico gesto tan característico en él. Tixaso lo observaba con detenimiento, como si quisiera o pudiera leer su pensamiento.

—Quiero echar un vistazo a la quemadura de tu mano.

Aner, obediente, estiró su mano. Ella desató con cuidado el vendaje.

—¡Por todos los banelatus sabios de todos los tiempos!

—¿Qué ocurre?

—¡Míralo tú mismo!

La cicatriz de la palma de su mano se curaba bien, pero, al hacerlo, iba apareciendo la marca de un dragón en ella, como si, durante el tiempo en que la espada de Aner y la de Sadoc habían estado unidas, el dibujo del dragón que aparecía en la empuñadura de la del dux se hubiera traspasado a la palma de su mano.

Aner miró con detenimiento la herida.

—Parece que mejora y ya puedo moverla mejor —le dijo mientras abría y cerraba la mano.

—¿Acaso no aprecias la marca?

—La herida cicatriza bien.

—Me refiero al dragón, ¿sabes lo qué significa?

—¿Que tendré que llevar guantes de por vida para que nadie la vea?

—Solo conozco un caso similar...

—Tixaso —le dijo mientras ponía sus dedos sobre sus labios—, solo es una casualidad, ¿de acuerdo? Cuando se termine de curar, me quedará una horrible cicatriz, pero nada más.

Aner se había inclinado sobre ella para hablarle cerca. Sus ojos grises lo miraban sin pestañear. Aner se acercó para besarla. Lo deseaba, lo deseaba. Tixaso sentía el fuego en el interior de Aner. Lo deseaba tanto como él, quería saber cómo era que alguien la besara, pero era una banelatu y ese deseo estaba fuera de lugar. Se apartó de él, echando un pie atrás.

—Debo marcharme. Maore me espera.

—Como desees —le dijo Aner decepcionado, pero sin comentar nada acerca de lo que había pasado o no había pasado. Lo mejor era dejar correr el momento.

El dux se pasó la lengua por el labio inferior y luego se lo mordió con los dientes de arriba. Fue horrible cuando se dio cuenta de lo que podía haber ocurrido. «¿Qué estoy haciendo! ¿He intentado besar a una banelatu?».

Al mediodía, el sol brillaba con intensidad, pero su calor no se dejaba sentir con igual fuerza que su luz. Seguramente, estaría helando. Aner se abrigó para salir a la calle y se envolvió en su capa. Recorrió las avenidas, cobijado en el anonimato que le proporcionaba la capucha. Aún cojeaba un poco de su pierna izquierda, que se había golpeado al caer para atrás en su enfrentamiento con Sadoc. «Sadoc», pensó. El suprem más ambicioso de cuantos había dado la civilización banelatu yacía ahora en el vertedero de la ciudad. Su cuerpo había sido seccionado y enviado al lugar de la basura. Nadie había preguntado por él. Maore en persona fue quien lo descuartizó.

Aner detuvo sus pasos ante la puerta este de Bankada. Delante suya había cuatro personas que querían salir. La puerta estaba custodiada por cuatro guardias día y noche y las entradas y salidas estaban todavía restringidas.

—No se puede salir si no se posee un pase especial —escuchó que alguien le decía.

El dux se quitó despacio la capucha y saludó.

—¿Qué tal va tu guardia, Marz?

—Lo siento, dux —le dijo el muchacho—. No sabía que quien venía escondido tras la capucha eras tú. Todo en orden por aquí. ¿Vas a salir?

—Sí. Maore y Leoiar me esperan fuera.

—Que tengas un buen día, dux.

—Lo mismo te deseo, Marz.

«Ahí va un gran talanta», pensó Marz, «Creo que, aunque pudiera vivir mil años, no encontraría a nadie que le llegara a la suela de las botas que calza».

La tierra que pisaba estaba dura, helada, crujía bajo sus pies a cada paso. La cubría una capa de tono rojizo que Aner no supo muy bien si atribuir a la luz solar o a la sangre derramada apenas unos pocos días antes. Leoiar salió a su encuentro y lo saludó con afecto. Aner le sonrió con franqueza y los dos se abrazaron.

—Me alegra constatar que tu salud mejora con rapidez.

—Y a mí que pueda celebrarlo contigo.

Decenas de ojos banelatus miraban de soslayo la actitud de los dos jefes talantas. En muchos de ellos se había destapado cierta curiosidad por saber más cosas de esa raza a la que siempre habían minusvalorado. No los miraban de frente, lo cual hubiera sido del todo inconveniente, pero los observaban con disimulo.

—Maore nos aguarda.

A las afueras de Bankada, el suprem del este había hecho levantar un campamento para todos los banelatus. Había preservado de ese modo la intimidad de los suyos y había impedido de manera sutil que pudiera haber enfrentamientos de grupos incontrolados. La tienda de Maore era sobria, sin adornos ni muestras de riquezas. El suelo estaba cubierto por alfombras de color granate. En medio había sido preparada una mesa con un pergamino y varias plumas. Un guardia los condujo al interior. Maore se encontraba en medio de la sala. Conversaba con dos banelatus. Uno de ellos era Tixaso. Cuando la cortina que hacía las veces de puerta se descorrió, Maore apreció la figura de los dos talantas mientras eran introducidos dentro. Con un gesto de su mano les dijo que se acercaran.

—¡Sed bienvenidos! —les dijo en el idioma talanta.

—¡Sed bien hallados! —contestaron ellos.

Maore tomó asiento en una de las sillas preparadas alrededor de la mesa. Tixaso y el otro banelatu permanecieron de pie detrás de él. Aner le dirigió una mirada a Tixaso acompañada de una sonrisa espontánea. Ella no cambió la expresión de su cara, Aner tampoco lo esperaba. La voz de Maore, pidiéndoles que se sentaran, hizo que desviara sus ojos.

Aquel día, Maore, Leoiar y Aner firmaron un tratado de no agresión. Maore se comprometía a no tomar a ningún talanta como esclavo. Decidió que si alguno quería trabajar para ellos, sería remunerado como correspondía. Los talantas se comprometían, por su parte, a no intentar anexionarse ningún territorio que en aquellos momentos perteneciera a los banelatus. Los últimos párrafos de aquel corto, pero conciso manifiesto, se referían a la ciudad de Bankada. Maore había decidido renunciar a ella. Ahora se había convertido en el símbolo de la caída de los banelatus.

En realidad, era una especie de regalo y muestra de su buena voluntad que había aceptado a sugerencia de Tixaso. Ellos la habían conquistado. Así se firmó y así se hizo en aquella fría tarde de comienzos del invierno. Un tratado que duraría cuarenta años y que después habría que revisar. Aner no había conseguido más tiempo y Maore había ofrecido lo justo, sabiendo que la vida de un talanta no dura lo que la vida de un banelatu.

Los dos talantas se retiraron en silencio. A pocos pasos de la tienda de Maore, se pararon a hablar. Lo hicieron en un tono sumamente bajo para no turbar el silencio con el que los banelatus elaboraban su trabajo.

—¿Has decidido ya adónde irás? —le preguntó Leoiar.

—Todavía no lo sé. Ahora mismo no hay nada en mi vida que me ate a ningún lugar.

—Siempre puedes quedarte en Bankada.

—¿Bankada? Lo cierto es que no lo había pensado. Quería hablar contigo sobre el futuro de esta ciudad.

—¿Piensas destruirla? —le cuestionó adivinando sus pensamientos—. Aner, escucha. Yo no tengo ningún interés por quedarme aquí. Mi vida, mi familia, está en el sur. Yo allí tengo un reino que levantar, pero creo que sería un buen lugar para que tú pudieras volver a empezar. Un sitio a mitad de camino entre tu pasado y tu futuro.

—Hablas como Astu.

—Eso es porque soy más viejo de lo que tú crees. Aner, hablando en serio, creo que tú representas muy bien lo que Bankada debe significar. Debe ser un sitio en el que brille la libertad por encima de todo, un símbolo de que nadie es más grande que nadie aquí. Solo los méritos deben medir la grandeza de cada uno. Debes mantener viva esta ciudad, Aner. Se lo debes a Ixaka, a tu mujer y a tantos como hemos sido aquí esclavos.

—Me lo pensaré —dijo Aner mientras seguían caminado despacio hacia el interior de la ciudad.

Tras firmar el acuerdo y después de las palabras de Leoiar, Aner se alejó de Bankada. Necesitaba separarse por unos momentos de lo que la ciudad había sido y de lo que debía ser a partir de ese momento. Los pasos le provocaron fatiga, pero no por eso dejó de caminar. Se acercó hasta la fortaleza donde todo había empezado. La corta distancia le pareció larga e impracticable, como le pareció durante la batalla. En esos pocos cientos de pasos que la separaban de Bankada, habían muerto centenares de talantas. Aner se sintió abrumado con ese pensamiento. No se arrepentía de lo que había hecho. Sabía que era la única forma de librarse de la presión de los banelatus, pero... Sacudió la cabeza, no debía envolver su mente en tinieblas de remordimientos. Se apoyó en uno de los viejos muros. Aquellas piedras le recordaban a otras murallas derrumbadas, a otras paredes caídas.

La noche se estaba echando. Parecía que habían hecho tanto, pero quedaba aún mucho por hacer... Las estrellas aparecieron en la bóveda celeste. Parecía que le guiñaban el ojo. Sus pasos, sobre la tierra dura y helada, reverberaban ecos de gritos de miedo, exclamaciones de dolor y signos de bravura. Al llegar de vuelta a Bankada, se detuvo unos instantes al pie de la muralla. Marz, que estaba aún de guardia, salió a su encuentro al reconocerlo. Al principio creyó que no se encontraba bien, pero, al acercarse, vio el brillo de sus ojos y se percató de que Aner se había detenido a propósito.

—¿Crees que Bankada es un buen lugar para vivir? —le preguntó el dux.

—Me gustaba mi casa en el norte. Era un buen sitio para vivir, pero lo era porque las personas que la habitaban la hacían especial. Bankada será un buen lugar para vivir si los que vivan en ella la hacen especial.

—Has hablado con acierto, joven Marz —le dijo Aner golpeándole la espalda—. Entremos.

Mientras Aner daba un paseo, Tixaso había recibido órdenes de preparar todo para la partida. El campamento se levantaría al alba y los banelatus se marcharían hacia el este. La banelatu hizo una inclinación de cabeza ante Maore. Tras recibir el permiso, tocó su sien antes de hablar.

—Quisiera permiso para despedirme de Aner —le pidió. Maore le permitió ir después de caída la noche.

Las calles de Bankada estaban llenas de gente a esas horas, a pesar de que el frío reinante no invitaba a ello. Era noche de celebraciones y de despedidas. No solo los banelatus se marchaban hacia sus territorios, también Leoiar partiría al día siguiente hacia el sur, así como muchos talantas del norte regresarían a sus tierras. Otros, intentarían empezar una nueva vida en Bankada. Aner no tenía muchas ganas de celebraciones, pero había aceptado que estas se llevaran a cabo, aunque aún no había decidido si asistiría a ellas o no. Por un lado, sabía que debía hacerlo, pero, por otro, no se sentía preparado para sonreír. En el palacio, había mucho ajeteo. Ganix se había destapado como un gran organizador. Ya lo era cuando servía a Sadoc, aunque en ese caso lo hacía por obligación. Ahora era diferente, lo hacía porque quería y le pagaban por ello, igual que a Erlea. Los dos ocupaban una habitación en el ala norte del palacio. La mujer había vuelto a sonreír y Ganix estaba feliz. Aner atravesó la puerta principal y se quedó quieto en el zaguán. Dentro se escuchaban susurros, órdenes, palabras, música y risas. Se hacía raro, pero era a la vez maravilloso. Despacio, puesto que el paseo le había dejado exhausto aunque había andado sin forzar, se dirigió a la cripta donde habían enterrado a Ixaka. En las profundidades de aquella estancia se respiraba paz. Y eso era lo que necesitaba el dux en ese instante. Tranquilidad en su todavía abatido espíritu. Aquella sala tenía forma circular y las paredes estaban pintadas de blanco. El suelo era de mármol y la inscripción que Aner había hecho tallar ya estaba colocada en su sitio. Sobre la piedra, un par de primulas de intenso color daban forma a un amor arrancado sin piedad.

El joven talanta aún sentía un torozón en la garganta al tomar contacto con tan cruda realidad. «Querido Ixaka», pensó Aner, «has sido más que amigo, un hermano para mí. Si te exigí mucho, fue porque sabía que no me ibas a fallar. Y ¿quién si no tú hubiera cargado con la misión más

difícil de todas? No fue buena idea enfrentarte a Sadoc, pero admiro tu valentía y el honor que demostraste en ese momento, así como la amistad que te unía a mí. Tú sabes que fue una tontería, ¡maldita sea!, pero recordaré por siempre tu valía. Espero ser digno valedor de tu esposa y de tu hijo y te prometo, otra vez, que cuidaré bien de ellos y le contaré a tu hijo o hija todo lo que su padre fue».

Lo que había hecho Ixaka era noble e imperecederamente loable. Un poco estúpido tal vez, pero valeroso y noble. La vida de su cuñado no debía medirse por su duración, sino por la intensidad de lo que había vivido y los logros cosechados. Y, en eso, habría pocas vidas que pudieran superarlo.

Tixaso se topó con numerosos talantas en su camino hacia el palacio. Muchos la conocían y sabían de su extraña amistad con Aner. Para otros era simplemente una banelatu no enemiga. Ella, sin hacer mucho caso, continuó su camino. No disponía de mucho tiempo. Conforme se acercaba al palacio, el barullo y el gentío aumentaron. Ya dentro de la plaza, se tropezó con varios niños. Curiosa, porque la curiosidad siempre había formado parte de su personalidad y era su forma de acercarse a la realidad y de comprenderla, se quedó un momento observándolos. Los había pequeños, que casi ni andaban, mayores, altos, bajos y casi todos flacos, pero había algo que era común a todos. Corrían sin aparente orden y se reían. A veces se empujaban, otras se golpeaban, pero no paraban quietos. Había visto niños talantas otras veces —nunca niños banelatus de los que sabía que existían porque ella misma había sido una vez una niña—, pero en casi todas las ocasiones en que los había visto era en medio de una batalla y se comportaban de otra manera. Un niño pequeño, al correr, se tropezó con sus pies y cayó delante de ella. El pequeño, que tendría unos dos años, se levantó y desde su escasa estatura elevó la cabeza hacia Tixaso. Algunos muchachos mayores, al ver que miraba con tanto descaro a la banelatu y, temiendo su reacción, desaparecieron de allí y se intentaron llevar a los más pequeños, pero este no quiso. El chiquillo se quedó quieto a los pies de la banelatu y, lejos de asustarse, la miró y le sonrió. Tixaso se agachó para ponerse a su altura. El niño vestía una vieja camisa, sucia y rota, mucho más grande de su talla, y unas calzas que casi no se veían tapadas por la camisa. Esta había perdido las cuerdas con las que se ataba en el pecho y este estaba descubierto. El niño llevaba un colgante. Tixaso alargó su mano para tocarlo. El sol por una cara; la luna, por otra. Ella había visto ese colgante antes. El niño se llevó la mano al colgante y lo ocultó a la vista de la banelatu. Era su tesoro particular, algo que le hacía especial, puesto que nadie más lo poseía. Tixaso miró con detenimiento al pequeño. Tenía unos rasgos finos y el pelo oscuro. Se parecía a su madre, pero la mirada inquisitiva, curiosa, penetrante e intensamente azul la había heredado de su padre.

Ganix pasó varias veces la mano por encima del mantel que cubría la mesa principal para quitar una arruga. Muy cerca de él, varios talantas disponían los primeros platos y vasos. El ruido de la vajilla, junto con el trajinar de las distintas personas y sus comentarios, impregnaban la sala de un cálido ambiente. Ganix comenzó a encender las primeras velas. La tonalidad del lugar cambió. Todo parecía más claro, más alegre. En varias mesas auxiliares se habían distribuido las bebidas y algunas comidas frías. Todo estaba pensado para que nadie tuviera que servir aquel día y todos pudieran disfrutar por igual.

El olor de los asados se empezó a escapar hasta el comedor. Ganix cerró los ojos y se dejó llevar por aquel aroma tan delicioso que le traía recuerdos de su infancia cuando en las grandes ocasiones todo el pueblo se reunía alrededor de una gran fogata. Se alejó un momento de las mesas y contempló el trabajo. Afirmó satisfecho y salió para ir a las cocinas. Justo en ese momento, alguien irrumpió en el zaguán. Llevaba a un niño pequeño en brazos y se movía con rapidez. Ganix no pudo ver la cara de quien portaba al niño hasta que no la tuvo a escasas pulgadas.

—¡Tixaso! —exclamó sorprendido—. Jamás había visto a ningún banelatu interesarse por un niño más allá del simple hecho de educarlo para hacerle sufrir.

—¿Sabes dónde está Aner? —le preguntó ella.

—Está... en la cripta.

—¿Podrías avisarle de que quiero verlo? Estaré en los aposentos que usaba Sadoc.

Ganix dudó un poco. No estaba muy seguro de si sería oportuno interrumpir a Aner mientras estaba en la cripta donde descansaba el joven guerrero Ixaka. Claro que tampoco había dado ninguna orden al respecto. Por otro lado, tenía un montón de asuntos que atender.

—Dile que quiero despedirme de él —añadió ella. Y, sin esperar contestación alguna, se marchó escaleras arriba. Tixaso estaba acostumbrada a no hacer comentarios sobre sus peticiones.

El talanta que un día fue esclavo de Sadoc se quedó por un instante sin reaccionar. La vio desaparecer escaleras arriba. Aquel niño que tenía en brazos no parecía asustado, pero no entendía qué tenía que ver aquel pequeño con el motivo de su visita, que al parecer no era otro que el de despedirse. El sonido de platos y vasos le devolvió de nuevo a la realidad. Giró la cabeza en ambos sentidos y, al final, se decidió por ir a avisar a Aner. Eso tan solo le demoraría unos instantes y Erlea estaba en las cocinas, por lo que estaría todo controlado. Marchó a paso ligero y descendió hacia el interior de aquel palacio que tan bien conocía. Conforme se adentraba en las tripas de esa gigantesca mole blanca que tanto había odiado, el ruido de la festividad y del jolgorio desapareció. Las paredes solo devolvían el eco de sus pies al chocar contra las escaleras. Al llegar abajo, se detuvo frente a la puerta y elevó su mano para llamar, pero la dejó por unos instantes suspendida en el aire sin atreverse a tocar. Esperó y, por fin, llamó.

En el interior, Aner permanecía en el centro, de pie, abstraído en sus propios pensamientos. Hablaba para sí, pero le parecía como si Ixaka le escuchara y le entendiera. Estaba más tranquilo, pero su corazón y su mente aún eran un torbellino de sensaciones y sentimientos difíciles de calmar. De pronto, le pareció escuchar un pequeño golpe en la puerta. Esperó. El golpe se escuchó de nuevo, esta vez acompañado de una voz conocida.

—Siento molestarte, dux, pero Tixaso me ha pedido que venga a buscarte. Al parecer, quiere despedirse... —dijo dejando sus palabras suspendidas en el aire.

—Dile que iré ahora —dijo Aner.

—Ha dicho que te espera en la habitación de Sadoc.

Ganix meditó sobre si debía comentar algo acerca de la presencia de un niño, pero decidió no importunar más a Aner y se retiró.

Aner subió el primero de los peldaños que llevaban a los aposentos de Sadoc pensativo. Llegó arriba casi sin darse cuenta. El dux empujó la puerta. Dentro olía a cerrado y hacía frío, ya que nadie había encendido fuego para calentar el lugar. Leoiar ya había vaciado sus pertenencias y la habitación estaba vacía de enseres. Aner vio a Tixaso enfrascada en revisar unos papeles, sentada al frente de un pequeño escritorio situado cerca del gran balcón. La sala estaba medio a oscuras, por lo que no se percató de la presencia del niño hasta que este no emitió una graciosa carcajada.

Sentado en la gran cama del suprem, un pequeño de apenas dos años de edad se divertía intentando cazar a dos pequeñas criaturas. Prakagorri le hacía burla y empujaba a Galtxagorri, lo que parecía complacer al chiquillo. Aner desvió la mirada unas cuantas veces de la banelatu al chiquillo y entornó los ojos.

—Ganix me ha dicho que querías despedirte.

Tixaso apenas elevó la vista de los papeles que parecía repasar.

—¡Aha! —dijo ella por todo comentario.

—Pero si estás ocupada... ¿Qué hace este niño saltando en la cama del suprem? —le preguntó al ver que el pequeño había cogido los cojines que servían para hacer más cómodo el descanso de Sadoc y saltaba a placer mientras intentaba golpear con ellos a los dos geniecillos.

—Si tienes un poco de paciencia, te lo explicaré todo.

Tixaso siguió concentrada en sus papeles, repasando con el dedo una lista que aparecía en ellos. Mientras esperaba, la risa espontánea que venía del otro lado de la habitación captó su atención. Meneó la cabeza al ver los intentos de Prakagorri y Galtxagorri por esquivar los golpes de cojín.

—¡Vamos, Aner! Es divertido —le gritó Galtxagorri.

El dux meneó la cabeza y suspiró resignado.

—Ya no tenéis edad para hacer eso.

—No seas muermo —le replicó Prakagorri tomándolo por la manga y casi arrastrándolo hasta el pie de la cama. Cuando llegó allí, el pequeño se detuvo unos momentos. Se miraron. Aner intentando entender la presencia de aquel niño allí y el niño preguntándose si aquel adulto era digno de ser invitado a participar en aquel juego. Aner lo observó bien. Era un niño de pelo negro, liso. Sus manos delgadas agarraban con fuerza el cojín que tenía entre sus brazos. Inclínó la cabeza hacia la izquierda y un pequeño brillo apareció en sus ojos.

—¡Divertido! —dijo por fin el niño lanzándole un cojín a Aner que le dio en un hombro. Galtxagorri y Prakagorri contuvieron el aliento y luego soltaron una risotada para, casi al mismo tiempo, reprimirla. Nunca le habían visto a Aner reaccionar ante un niño y no sabían muy bien cuál podía ser su respuesta.

—¡Divertido, divertido, divertido! —repitió el chiquillo con nuevos lanzamientos.

Aquella pequeña acción le hizo retroceder unos pocos años al dux. Recordó fugazmente aquellos ratos que su padre dedicaba a jugar con él. Eran unos recuerdos efímeros, pero gratos. Se preguntó cuántos de esos momentos podía haber tenido un niño como aquel, esclavizado desde su nacimiento por una raza que lo consideraba un ser inferior. Y se dijo, «¿por qué no?».

—¿Divertido, eh? —replicó por fin Aner mientras se subía a la cama y empezaba a lanzar él mismo cojines a diestro y siniestro.

El niño se rio y contraatacó. Se escucharon risas, saltos y pequeñas carreras para esquivar los proyectiles. Pronto, casi todo el cuarto se convirtió en escenario de sus juegos. Tixaso los contempló en silencio. Aner parecía feliz y relajado. La tristeza, al menos por unos momentos, se había alejado de su rostro.

—Aner, divertido —dijo el pequeño.

Y la cara de Aner se iluminó con una amplia sonrisa. Corrió hacia el pequeño y lo cogió en volandas lanzándolo por el aire. Al niño pareció gustarle y pidió más. Su deseo fue concedido. Aner giró sobre sí mismo, sosteniendo con las manos al muchacho. Tras varias vueltas, el talanta se detuvo. En un divertido gesto, Aner sacudió la cabeza. Se agachó, poniéndose a la altura del pequeño.

—Ahora debo hablar con Tixaso —le dijo él señalando a la banelatu.

—Tixaso —repitió él.

—Sí, Tixaso —confirmó Aner.

El pequeño pareció decepcionado, pero pronto sustituyó la atención que le había prestado el dux por la de los dos geniecillos y el juego volvió a empezar.

Tixaso, con la practicidad que le caracterizaba, entregó un par de papeles de los que había estado revisando a Aner. Este se dirigió al punto donde había más luz y comenzó a leer. Estaba escrito en banelatu. Era un documento de registro donde estaban detalladas las entradas de esclavos y el sector al que eran enviados. El semblante le cambió, mostrando una sombra donde antes había sonrisa, al ver anotado un nombre muy conocido para él: Zarala. Se sentó y hundió su cabeza entre las líneas de aquel papel. Las risas del niño se desvanecieron en su mente conforme avanzaba por las letras escritas. Allí estaba señalada la entrada de la esclava Zarala, procedente de los clanes del norte. Estado: embarazo. Los banelatus siempre eran muy escuetos en sus anotaciones. Tan solo acompañaban a esas palabras la fecha de ingreso. Aner se estremeció y su cuerpo se tensó. Le dolía pensar en el miedo y en la soledad que debió sentir su esposa en ese instante y le dolía también enfrentarse a esa sensación de impotencia. Casi obligándose, continuó

leyendo. Según esas anotaciones, su mujer había dado a luz en el plazo estipulado, un varón sano. Se le había permitido amamantarlo y criarlo. Aner separó unos instantes su mirada de los papeles y se pasó la mano izquierda por la cara. Así que había tenido un hijo. «¿Por qué entonces me lo ocultó Zarala? ¿Tan horrible fue para ella?», se preguntó. Sin darse cuenta, pegó un puñetazo en la mesa. Fue suave, pero captó la atención de todos. Ajeno a la reacción de los demás, el dux se obligó seguir. Según aquel manuscrito, el niño había sido separado de su madre a los nueve meses. En el siguiente papel aparecía la anotación del sector al que había sido designado: el más duro y cruel de todos. El mismo en el que Aner había estado y en el que había intentado sobrevivir. Más que nadie, él sabía que allí no había segundas oportunidades. Aner releyó los papeles en busca de alguna información adicional que le ayudara a buscar a su hijo. Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y dejó los papeles sobre la mesa. Miró a Tixaso y después al niño que saltaba en la cama y entendió que Tixaso no lo había llevado allí por casualidad.

—¿Crees que es mi hijo? —preguntó después de un largo, largo silencio. «¿Puede eso ser cierto?», se preguntó para sí.

—Si hubiera más luz, apreciarías el parecido de ese niño con Zarala y verías en él, no solo tus mismos ojos, sino tu intensa mirada. Además, de su cuello cuelga el mismo símbolo que del tuyo.

Aner cerró los ojos, regresando hasta aquel momento en que hizo entrega a Zarala de aquel colgante y le embargó la tristeza. Se mantuvo sereno, a pesar de que la emoción amenazaba con arrasar su compostura. Aquel niño podía ser el regalo más hermoso que su esposa le podía dar después de muerta, pero no quería hacerse ilusiones. ¿Cómo estar seguro de que era su hijo?

En aquel instante, el niño, cansado ya de aquel juego al principio divertido, dejó los cojines y se acercó a Aner. Con una agilidad que el propio dux no había esperado, el pequeño se subió a sus rodillas. Algo había llamado su atención. Se encaramó como pudo y buscó el colgante de Aner, que sobresalía de su camisa. El niño lo miró y sonrió. Luego se sentó sobre las rodillas de Aner y apoyó la cabeza en su pecho. El chiquillo se metió el dedo gordo en la boca y sus ojos se fueron cerrando mientras Tixaso y Aner hablaban en un tono quedo. Las palabras banelatus parecían servir de nana al chiquitín. Aner notó la respiración pausada del niño. Lo contempló, dándose su tiempo, él también se chupaba el dedo de pequeño.

—Creo que deberías acostarlo —le dijo Tixaso.

Aner esperó un poco más. Estaba a gusto así, con él en brazos. Pero, al fin, se levantó despacio y llevó al niño a sus propios aposentos. Allí lo metió en su cama. Galtxagorri y Prakagorri se quedaron para cuidarlo. Aner regresó a la habitación de Sadoc donde Tixaso aguardaba.

La banelatu había abierto la puerta por la que se accedía a la gran balconada y respiraba el aire frío de la noche. Aner salió y se paró a su lado.

—Todo está listo para que partamos —le dijo ella.

Aner la miró.

—¡Quédate!

Tixaso se volvió hacia él.

—¿Pretendes que me quede aquí, en Bankada? ¿Bajo qué pretexto?

—Quédate solo porque quieres quedarte.

—¿Porque quiero quedarme o porque tú quieres que me quede?

—Por ambas cosas. Me he acostumbrado a tu presencia. Creo que formamos un buen equipo. Los dos podemos aprender del otro.

—¿No te basta con haber derrotado a Sadoc, verdad, Aner? Pretendes también derrotarme a mí. Te interesa saber si has conseguido vencer mis instintos banelatus. Pues te diré una cosa. No, no lo has conseguido.

—Te equivocas —se apresuró a decir él—. No quiero derrotarte, si acaso, eres tú la que me ha vencido a mí. Si te lo digo es porque me importas, porque te aprecio y porque sé que te voy a extrañar mucho —Se acercó a ella y le habló casi en susurros—. Yo puedo enseñarte cosas que ni te imaginas, experiencias, placeres, sensaciones únicas que te harán única. Solo has empezado a conocer los sentimientos, conmigo puedes vivirlos, acariciarlos, sentirlos...

—Aner, yo no soy la compañera que un talanta necesita —le interrumpió ella.

—No busco una compañera, si lo hiciera, no te lo pediría a ti. Es solo que siento que nos complementamos, que podemos aprender mucho el uno del otro.

—No sé qué es lo que tú necesitas, pero yo tengo un deber que cumplir y mi deber está junto a Maore.

El dux extendió su brazo hacia su cara, pero la banelatu retrocedió al mismo tiempo y él ya no intentó más aproximaciones. Bajó la cabeza, resignado.

—Que sea una despedida, entonces. Solo déjame darte las gracias por tu compañía, por salvar mi vida y por encontrar a ese niño que parece ser mi hijo.

Y sin esperar a que Tixaso añadiera más palabras, Aner dio media vuelta y se marchó de la habitación del suprem. Estaba resentido y se fue enfadado; más que enfadado, defraudado. «Supongo», pensó, «que es la hora de empezar una nueva vida». Se acordó de aquel niño que dormía plácidamente en sus habitaciones y deseó ir con él. Solo pensar que podía tratarse de su hijo hizo arder su corazón con amor y entusiasmo. «Zarala», pensó, «guíame. ¿Es de verdad nuestro hijo?». Aunque deseaba estar con él, sabía que en ese instante su deber era otro. Debía, como dux, cumplir con sus obligaciones. Bajó al salón donde iba a tener lugar la fiesta. La práctica totalidad de los invitados estaba ya en él. Eran muchos, pero aún cabían bien en el salón. Muchos compañeros habían muerto y algunos talantas ya habían regresado a sus lugares de origen. Aner entró en la sala y se hizo un hondo silencio. Luego todos prorrumpieron en un cerrado aplauso mientras gritaban: «¡Dux, dux, dux!». Aner lo agradeció sinceramente, asintiendo con su cabeza y comenzó a saludar a todos.

Tixaso cerró la puerta de la habitación de Sadoc con cuidado y descendió las escaleras con ceremoniosa pasividad. Hasta ella llegaron los ecos del aplauso con que los talantas saludaron a quien les había conducido hasta el pie de la muralla de Bankada, a quien había logrado doblegar al más sanguinario y frío banelatu de todos los tiempos. Antes de salir al exterior, contempló cómo aquellos talantas celebraban aquella fiesta. Todos parecían felices. Aner charlaba con Leoiar, Luar y el resto de su familia. Alguien debió decir algo gracioso, puesto que todo el grupo prorrumpió en una carcajada espontánea. Los ojos de Aner brillaban. Tixaso se llevó ese recuerdo grabado en su mente y salió al exterior. Al amanecer regresaría a Camnvea.

Justo al alba, cuando el sol rayaba, Aner y el pequeño estaban al pie de la muralla exterior. Los banelatus habían recogido todo el campamento y estaban preparados para partir. El niño había dormido toda la noche de un tirón, pero al sentir el movimiento de su padre se había desvelado. Sentado en la cama, había observado a Aner mientras se vestía y después había decidido vestirse él también. Para cuando Aner se dio cuenta, el chiquillo estaba vestido, o más bien mal vestido, y preparado junto a él. Aner, le sonrió, lo tomó de la mano y buscó algo de ropa de abrigo. Le colocó un grueso chaleco que le llegaba a los pies y lo envolvió después en una capa, cogiéndolo en brazos. De esa guisa se habían presentado los dos para despedir a Maore.

El suprem estaba flanqueado por dos banelatus. Uno de ellos era Tixaso. Aner, aunque la identificó enseguida, no dio ninguna muestra de conocerla. Su despedida ya había tenido lugar la noche anterior. Ya no había nada más que decir y, además, los banelatus no eran una raza que se explayara mucho en las despedidas. Tixaso había decidido mostrarse ante Aner como una banelatu y así la trataría él. El dux se acercó a Maore.

—Te deseo buen viaje —le dijo el dux.

—Aunque Sadoc no hizo honor a lo que la ciudad significa, Bankada siempre fue un lugar sagrado para los banelatus. Espero que recuerdes esto mientras gobiernes aquí.

—Así lo haré.

Y, tras estas palabras, Maore se movió para iniciar la marcha. Se subió a su olano y dio la señal.

El corazón de Tixaso aún estaba desbocado. Cuando la figura de Aner emergió tras la puerta pequeña de Bankada, se estremeció y una pequeña chispa calentó su corazón. Por un instante, visualizó al talanta llegando hasta ella y sintió placer al imaginárselo de nuevo cerca de su cuerpo. Sin embargo, Aner no había dado muestras de verla. Algo dentro de ella explotó. Estaba... decepcionada. Esa era la palabra que buscaba y que de pronto creció en su mente. Cuando Maore montó en su olano, ella hizo lo propio. Se volvió una última vez. Le hubiera gustado ver de nuevo la sonrisa del dux, pero tanto él como el niño entraban ya por la puerta de Bankada. ¿Cómo podía mostrarse tan frío después de lo que le había dicho la noche anterior? Tixaso se puso la caretesa y se colocó a la derecha de Maore.

Aner salió al balcón de su habitación. El sol había ascendido hasta casi la mitad de su recorrido. No calentaba demasiado, pero daba luminosidad a aquel día. El pequeño, su pequeño —al que en un principio había pensado poner el nombre de su tío, pero al que luego había decidido llamar Haitz, por si Aiala daba a luz un varón y quería honrar el nombre de su marido poniéndoselo a su propio hijo—, correteaba a su alrededor. Su entusiasmo era contagioso. Aner pensó que era bonito poder recordar a Zarala a través de él, porque era cierto que se parecía a ella. Los ojos azules del pequeño Haitz se encontraron con los de Aner y corrió hacia él. El dux lo recogió en sus brazos y lo alzó en volandas. Ambos sonrieron.

—Aner, papá —dijo el pequeño.

Lo cierto era que el chiquillo no hablaba mucho. Chapurreaba algunas palabras en banelatu y alguna en el idioma talanta, pero repetía todo lo que escuchaba. Sin embargo, Aner no recordaba que le hubiera dicho nada de que era su padre.

El dux sujetó al niño en sus brazos y con su dedo índice le señaló la ciudad que se extendía ante ellos, explicándole todo lo que habían tenido que hacer para conquistar esa ciudad donde los habían tratado como esclavos. El niño escuchó con interés, frunciendo el ceño, pero sin interrumpir sus palabras. Esa sería la primera de muchas veces que contaría a su hijo Haitz aquella historia. Cuando terminó, volvió a depositar a su hijo en el suelo y este empezó a correr de nuevo.

Aner se asomó a la barandilla. Vio la ciudad con ojos distintos. Ya no le parecía un monstruo que devoraba a los infelices talantas, sino un lugar del que podía nacer una esperanza, un símbolo de la libertad y de la igualdad. Respiró hondo y el aire frío entró hasta sus pulmones. Era tiempo de cambios. Tiempo de acabar y tiempo de empezar. Muchos sueños se habían perdido por el camino y otros aún estaban por llegar y era a estos a los que había que estar abierto.

—Ya se van —le dijo Ganix asomándose a la gran balconada.

Aner asintió y llamó a su hijo. Los dos descendieron hasta la entrada del palacio.

Muchos fueron los talantas que dejaron la ciudad ese día. Primero partió Leoiar, el rey guerrero del sur, con todos sus soldados. Con él se llevaba hermosos caballos, oro y otros tesoros que habían descubierto, gracias a Ganix, escondidos en una de las antesalas del palacio, cerrada a cal y canto. En otro tiempo, los banelatus habían amado la poesía, las letras, la escultura, puede que la belleza en sí misma, pero lo habían olvidado. Alguien debió pensar que todo eso era malo y lo había apartado de las miradas para evitar tentaciones. Toda su riqueza había sido encerrada allí, donde Ganix la había encontrado. Todo había sido repartido a partes iguales entre los vencedores y Leoiar se llevaba la suya.

Los dos jefes se fundieron en un fuerte abrazo.

—Tienes que visitarnos algún día —le dijo Leoiar.

—Lo haré.

—Tenemos mujeres bellas y buena comida.

—Es difícil que pueda amar a otra talanta —dijo el dux con cierta amargura, pensando en su mujer y en las palabras de Lamin que le habían predicho que jamás ninguna mujer talanta le amaría y que él no podría amar a ninguna mujer talanta tampoco—. De todas formas, agradezco el gesto.

—Eso lo dices ahora porque la muerte de Zarala aún es reciente. Cuando pase el tiempo y te sientas solo, necesitarás a una mujer que caliente tu lecho.

—Mis mejores deseos parten contigo —le dijo Aner.

—Yo también te deseo lo mejor, Aner. Ha sido un placer luchar a tu lado. Ixaka no exageraba cuando hablaba de ti.

—También ha sido un placer para mí compartir esta victoria contigo.

La ciudad se quedó más vacía y más silenciosa con su partida. Pero el hueco de esa separación lo llenó la presencia alegre del pequeño Haitz. Aner le sonrió. Luego lo dejó al cuidado de Erlea y llamó a Aiala. Debía hablar con ella.

Aiala era una mujer hermosa, cuya belleza había aumentado con su embarazo. Al verla, Aner se preguntó si le habría pasado lo mismo a Zarala. Un pinchazo de rabia quedó enganchado en su estómago. Le habría gustado tanto poder compartir esos meses con ella, ver crecer su tripa, desaparecer su cintura... estar con ella en el momento del parto...

—Siéntate —le pidió a Aiala.

Esta, algo nerviosa, le obedeció. Descansó sus manos encima de su vientre y esperó las palabras de Aner.

—Prometí a Ixaka que cuidaría de ti y de vuestro hijo y así se hará. Pero me gustaría que expresaras tu opinión y que tú fueras la que tomara la decisión sobre qué quieres hacer y dónde quieres vivir. Si te quedas en Bankada, este será tu hogar. Te quedarás en la habitación en la que ahora estás instalada y yo me ocuparé de la manutención de los dos y, si así lo deseas, reconoceré a tu hijo o hija en nombre de Ixaka. Pero quizás prefieras marchar a las tierras del norte junto a los Ezkanda mañana. He hablado con Luar y me ha expresado su deseo de acogerte, si esa es tu decisión. Yo mandaré dinero suficiente para tu manutención y la de tu hijo hasta que este pueda valerse por sí mismo. Y, si es una hija, velaré por ella hasta que se despose o elija su oficio y por ti hasta que yo muera. Ese es mi trato y mi compromiso. Ahora eres tú la que debe elegir. Si necesitas tiempo...

—No, mi señor, no necesito tiempo para meditar mis deseos —le dijo ella con humildad.

—Soy Aner para ti, Aiala. Puedo parecer un poco rudo a la hora de plantear los asuntos, pero eres la esposa de Ixaka. Él era para mí no solo mi cuñado, sino un hermano. Tú eres ahora parte de mi familia también. Dime qué deseas.

—Me gustaría permanecer aquí junto a la tumba de mi esposo.

—Entonces todo está dicho.

—Gracias. Sé que nos cuidarás bien. Pero me gustaría expresar también mi deseo de buscar un empleo o una ocupación. No me gustaría ser una carga para ti.

—Hablaemos de eso dentro de un tiempo. Ahora ocúpate de criar un hijo sano.

—Gracias, Aner.

—Puedes retirarte.

Aner se quedó solo. Ese era solo el primero de los muchos asuntos de los que debería ocuparse a partir de aquel momento. No sabía si eso lo abrumaba o si, por el contrario, le hacía sentirse más vivo. Decidió que tener asuntos que resolver, por difíciles que estos fueran o parecieran, era lo que a uno le hacía seguir vivo y mantener una ilusión. Y no solo eso, ya que le permitían esforzarse por ser mejor persona.

Ganix llegó poco después. Aner paseaba por la habitación. Meditaba. Pensaba. Tenía su espada apoyada en el cuello y sus manos sobre ella a ambos lados. Estaba descalzo.

—¿Me llamabas?

—Sí, pasa —le dijo Aner dejando despacio su espada banelatu sobre la cama.

Ganix siguió su movimiento con la mirada. La mano derecha del dux aún seguía cubierta con una venda, pero él ya le había visto entrenarse con la espada a pesar de ello. El dux extendió su brazo y le mostró a Ganix un asiento. Sentarse allí le produjo una sensación extraña. Cada una de esas habitaciones aún estaba llena de presencia banelatu.

—Has hecho un buen trabajo aquí, en el palacio —le comentó Aner, sentándose a su lado—, pero creo que ya es hora de que abandones este trabajo.

—Ha pasado poco tiempo. Aún no he tenido el tiempo suficiente para llevar a cabo todo lo que tengo proyectado para que el palacio funcione a la perfección. Si me das unos días más, prometo no defraudarte —dijo con apuro.

Aner sonrió. A Ganix se le veía bastante azorado ante la perspectiva de perder su trabajo.

—No sabía que te gustara tanto este trabajo —le comentó el dux.

—He servido aquí durante años a un tirano. No ha sido una estancia agradable, pero me conozco perfectamente el funcionamiento y, aunque parezca falsa modestia, supe sacar un rendimiento bastante notable de los talentos que estuvieron aquí bajo mi mando.

—No lo pongo en duda. Dime, Ganix —dijo Aner poniéndose de pie y mirando a aquel hombre. Sus facciones mostraban arrugas profundas en la frente—. ¿Qué hacías antes de caer en esta ratonera?

—¿A qué me dedicaba? —le preguntó él, abdicando ante la intensa mirada azul que le examinaba—. Era el depositario de un gran señor. Poseía campos y granjas que otros trabajaban por él. Yo le llevaba las cuentas y cobraba sus impuestos. También realizaba otras tareas menores.

—¿Eras feliz?

Ganix se quedó en silencio ante aquella pregunta que parecía esconder una trampa.

—Supongo que fui feliz si lo comparo con mi experiencia aquí.

—Pero tampoco estás tan seguro.

—Los recuerdos a veces nos hacen burla y nos traen al presente negro lo que una vez fue blanco.

—Ganix, seré sincero contigo. Si te pido que dejes tu trabajo en el palacio no es porque considere que tu organización aquí no sea buena, sino todo lo contrario. Necesito almas como tú que sepan organizar y que tengan clara la idea de qué quieren en la vida. Bankada es ahora mismo una ciudad sin leyes, sin organización, sin recursos. Una ciudad que hay que empezar a levantar desde cero. Solo disponemos del continente, pero hay que llenarla de contenido. Necesitamos leyes, un sistema de gobierno, una organización, debemos estudiar los recursos de los que podemos vivir... Hay tantas cosas por hacer... Ganix, confío en tu trabajo. ¿Qué me dices? ¿Estás dispuesto a sacrificar tu puesto aquí en el palacio para aceptar un puesto en Bankada?

—No creo ser merecedor de tan gran honor.

—No tengo tiempo de regatear contigo. Aprecio tu valía y si te pido que me ayudes es porque considero que eres la persona adecuada, pero no voy a malgastar más tiempo en elogios hacia tu persona.

—Entonces, no creo que haya mucho más de lo que hablar sobre este asunto. Tienes al talanta que buscas.

Aner llenó dos copas de vino hasta la mitad y le ofreció una de ellas a su nuevo socio.

—Por la nueva Bankada —dijo Aner.

—Por quienes la han conquistado —respondió Ganix.

Aner se rio con ganas.

—¿Sabes que habrá mucho trabajo y que no siempre el resultado será agradable, verdad?

—Soy consciente de ello. Y, si alguna vez me quejo, recuérdame que lo acepté libremente.

—¿Tenemos que despedirnos de Aner? —le preguntó Lordi a su madre.

La familia Ezkanda estaba terminando de empaquetar las pocas pertenencias que tenían. Luar las estaba cargando en un pequeño carro del que tiraban dos caballos bastante viejos, pero que les servirían para llevar todo aquello, a su mujer y a los más pequeños de vuelta a su hogar. Luar aún estaba enfadado por el enfrentamiento que días atrás había tenido con Meder. Y en su cara se había marcado un gesto de ceño fruncido, que parecía formar ya parte de su expresión. Meder había intentado huir junto con Tirsó con parte de los tesoros de Bankada que habían separado para los talantas del norte. Aner los había pillado en plena faena, pero Luar le había pedido ser él el que se enfrentara a ellos. Era algo que debía haber hecho hacía tiempo. Aquel talanta hacía mucho que parecía haber perdido el norte, y nunca mejor dicho. Luar lo expulsó de Bankada y le dijo que jamás regresara al norte porque él mismo en persona se encargaría de matarlo. Meder había apelado a su condición de dux para buscar el apoyo del resto de talantas de sus clanes y dejar en mal lugar a Luar. Pero, para su sorpresa, se había quedado solo. Antes de irse, miró con rabia a Luar y con desdén a Aner. Había sido el episodio más sórdido que se había producido después de la victoria sobre los banelatus. Y había llegado justo cuando más unidos debían mostrarse los talantas.

—¿Debemos despedirnos de Aner? —volvió a repetir Lordi.

Su madre lo miró con extrañeza.

—¡Claro! ¿A qué viene esa pregunta?

—No quiero despedirme de él.

—¿Y hay alguna razón para no querer decirle adiós a tu tío?

—Aner no cumple sus promesas.

Dulanto, que conocía bien a su hijo, dejó todo cuanto estaba haciendo y lo miró.

—¿A qué te refieres?

—Aner me prometió que iría a buscar a Zarala y a Ixaka y los llevaría de regreso a nuestro poblado.

—Lordi, tú has visto a los banelatus, ¿qué piensas de ellos?

—Son unos seres malos y repugnantes, los odio.

—¿Crees que son temibles?

Lordi se lo pensó un momento. Luego contestó muy convencido.

—Yo no les tengo miedo.

Dulanto sonrió.

—Me alegro de tener un hijo valiente, pero ¿crees que es fácil enfrentarse a ellos?

Por la cabeza de Lordi pasaron algunas imágenes del ataque que los banelatus realizaron en su aldea.

—Supongo que no es fácil —accedió.

—Aner salió en busca de tus tíos. Y fijate en lo difícil que era esa empresa que Aner tardó casi dos años en llegar hasta ellos y sacarlos de Bankada. Dos años en los que no cejó en su empeño, dos años en los que sufrió infinitamente al preguntarse una y otra vez por la suerte que podían haber corrido Zarala e Ixaka. Lo sé porque yo me he hecho esa pregunta muchas veces y es muy doloroso, te lo aseguro.

—Pero Zarala murió.

—Sí, Lordi. Murió. Y no hay nadie que sienta mayor dolor por esa pérdida que Aner. Pero date cuenta de que Zarala murió libre y en los brazos de su esposo. Tu tío consiguió su libertad. En cuanto a Ixaka, ¿qué te puedo decir de tu tío pequeño? Él llevó su deber hasta el extremo de sacrificarse por todos nosotros. Imagínate lo poderoso que era Sadoc que hicieron falta dos talantas y dos banelatus para derrotarlo. No valores lo que Aner ha hecho solo por los resultados, ten en cuenta otros factores y ten siempre presente que, si tú ahora eres libre, es porque personas como ellos se han sacrificado por nosotros, porque personas como Aner han creído en el amor por encima de todas las cosas y han buscado la libertad por encima de todo lo demás.

Lordi se quedó callado unos instantes mientras asimilaba las palabras de su madre.

—¡Dulanto! —se escuchó la voz de Luar—. Aner ya está aquí.

El rostro del dux aún reflejaba muestras de cansancio y dolor. Debajo de sus ojos azules se marcaban dos sombras oscuras y su cara estaba más delgada. Detrás de él, había quedado la figura de Aiala, de cuya mano venía también el pequeño Haitz. Aner y Luar se abrazaron sinceramente. La muerte de Ixaka y el último episodio de Meder habían propiciado un mayor entendimiento entre ellos. El dux abrazó cariñosamente a Dulanto.

—Cuida de Luar y no le dejes gruñir mucho.

Ella se echó a reír.

—¡Cuídate mucho, Aner! Y de vez en cuando ven a vernos. Nos gustará conocer todas las noticias de lo que aquí ocurre de primera mano.

—Así lo haré —le prometió.

Burni y Almika se lanzaron sobre su tío. Este los subió a los dos, uno en cada brazo, y ambos le dieron un fuerte beso en la mejilla.

—¡Sed buenos y cuidad de vuestra madre! —les dijo mientras los dejaba en el suelo.

Lordi se asomó por detrás. Miró resuelto a su tío y se acercó a él. Aner le tendió la mano, considerando que ya no había que tratarlo como a un niño pequeño. Sin embargo, este se echó en

sus brazos y se abrazó a él. Aner le dio un par de golpes suaves en la espalda.

—Estás creciendo muy deprisa, Lordi. Pronto serás tan alto como tu padre.

—Gracias, tío Aner.

—¿A qué viene eso ahora?

—Gracias por hacer que yo pueda crecer en libertad.

Aner le revolvió el pelo algo emocionado. Esas palabras sencillas, pronunciadas por su sobrino, habían dado sentido a todo lo que había hecho. Había pagado un alto precio, muchos lo habían hecho, pero también habían conseguido un premio valioso.

El dux acompañó a los talantas del norte hasta la puerta. Marchaba al final, conversando con Astu y Saturene. Los dos dejaban Bankada. Parecían felices juntos.

—Ya sé que se te hace raro, aún puedo leer lo que piensas por la expresión de tu cara, pero me marchó con Astu. Quiero pasar con él lo que me quede de vida —le dijo la vieja banelatu a Aner en el oído cuando se despedían—. Aner, nunca olvidaré al talanta que me enseñó a amar.

—Yo tampoco olvidaré a la banelatu que me ayudó a sobrevivir a Sadoc.

—Engáñame y dime que una vez me quisiste un poco.

—No hace falta que te engañe, aún te sigo queriendo.

—Sé que me aprecias y me quieres, pero no de la manera en que a mí me hubiera gustado que lo hicieras. Por fortuna, tengo a Astu que ocupará ese lugar de mi corazón que tú nunca quisiste tener.

—Me alegro de que seas feliz.

—Procura serlo tú también.

Aner asintió. Los talantas del norte desaparecieron en el horizonte. El talanta de los ojos azules se volvió entonces hacia uno de los lados.

—¿Vosotros también os vais?

Galtxagorri y Prakagorri revolotearon alrededor del talanta y soplaron cerca de sus orejas.

—Nuestro sitio está en el Valle de la Luz.

—Lo sé. ¿Cuidaréis de Zarala por mí?

—Sabes que lo haremos.

—Gracias.

Allí, al pie de la muralla, quedaron Marz, Maldea, Silban, Aiala, el pequeño Haitz y Aner. Sus familiares, sus amigos, sus gentes regresaban al lugar de sus antepasados. Arriba, el cielo invernal, pintado de naranja, despedía a los amigos. La tierra, con su manto de escarcha, brillaba como si estuviera cubierta de polvo de estrellas.

Epílogo

El viento rugía entre las hayas desnudas que elevaban al cielo sus finos troncos. El balanceo de sus copas provocaba un vaivén permanente en el bosque. Más allá de eso, solo se escuchaban las pisadas de un caballo, cuyos cascos se hundían en la nieve. Los árboles, desvestidos de hojas, mostraban los nidos de las aves que habían emigrado a tierras más cálidas y que esperaban su retorno en una próxima primavera. En la espesura blanca, no había camino y solo las huellas miraban al pasado. Por delante, un presente por descubrir y un futuro que no sabía muy bien cómo describir.

Los pasos dejaron atrás el bosque y ante Tixaso se abrió una extensa llanura blanca donde parecían juntarse tierra y cielo. Los copos empezaron a caer, pintando de blanco su capa gruesa y oscura. El frío había sonrosado sus mejillas y avivado el brillo de su mirada. Viajaba a lomos del caballo que un día eligió en aquel desfiladero cuando viajaba junto a Aner. El dux se lo había hecho llegar como regalo poco después de la batalla decisiva al pie de la muralla de Bankada. Aparte de la ilusión por recibir algo de él —lo que significaba que le importaba— había apreciado, con cierto recelo, que se sentía decepcionada por no haberlo recibido directamente de sus manos. Aner había enviado un emisario y una carta con unas breves palabras, cuyo significado no acertó a adivinar del todo. «Por si algún día decides recordar», había escrito Aner. Ahora, un año después de que los banelatus hubieran olvidado que una vez existió un suprem llamado Sadoc, Tixaso había decidido recordar. Rememorar la figura de Aner, su voz, el sonido de las palabras pronunciadas en el idioma de los talantas, el color intenso de sus ojos, su fuerza y su instinto, la calidez de su cuerpo cuando estaba cerca de ella, los susurros que ella rechazó. Era como si necesitara con urgencia significar algo para alguien. Eso era lo que Aner le había ofrecido un día, pero ella no había querido aceptar. Quizás ahora fuera demasiado tarde. Tal vez Aner ya la hubiera olvidado o, simplemente, ya no significara nada para él.

Atravesó la muralla de Bankada sabiendo que aquella ya no era una ciudad banelatu y enseguida percibió que los talantas habían imprimido en ella su propio sello. Uno de los guardianes se ofreció para anunciar su llegada, pero ella rechazó la oferta con una delicadeza impropia en su forma de ser, diciendo que prefería que fuera una sorpresa. Las calles estaban cubiertas de nieve. En la parte central, los vecinos habían abierto una especie de camino que de nuevo empezaba a taparse por los gruesos copos que volvían a caer. No hubo demasiados testigos de su llegada. Casi todos los talantas estaban recogidos en sus casas, agrupados cerca de las chimeneas, donde las mujeres cosían y charlaban y los hombres regaban sus gznates con alguna que otra copa de vino.

En apariencia, el palacio seguía como siempre. Tixaso desmontó y agarró las riendas de su caballo para hacer los últimos pasos a pie. Había emoción dentro de ella, como cuando alguien regresa a un sitio conocido del que guarda buenos recuerdos. Miró hacia arriba, hacia aquella balconada donde una vez se asomó con Aner, en la que una vez alguien le susurró al oído que se quedara, donde ese mismo alguien le prometió que con él descubriría cosas que jamás podía imaginar. De la nada, apareció un soldado que tomó las riendas del caballo y la invitó a pasar al palacio. La gran puerta tornó la fría estampa exterior en un agradable ambiente. La mano de Erlea había cubierto el zaguán de color y de luz con su decoración. Se notaba la calidez nada más entrar.

—No esperábamos tu visita —le dijo Erlea, que salió a recibirla nada más ser avisada de su llegada—, pero es muy agradable que hayas venido.

—Gracias —contestó Tixaso.

Erlea no apreció el gesto de impaciencia que apareció un instante en su rostro. Su mirada se escapó hacia la escalera. Deseó ver aparecer por ella a Aner, pero los escalones permanecieron vacíos.

—Pasa —le invitó Erlea—. ¿Puedo ofrecerte algo?

Tixaso iba a rechazar el ofrecimiento, pero Erlea no le dio pie invitándola a entrar en las estancias de la cocina, donde ella misma le preparó una infusión caliente y algo de comer.

—¿Dónde está Aner? —le preguntó a Erlea después del primer sorbo.

—Él no está aquí.

Una desconocida sensación de vértigo invadió el cuerpo de la banelatu. ¿Y si Aner justamente había decidido viajar hacia el norte para visitar a su familia?

—Aner está con su hijo en la campa de entrenamientos. No creo que tarden en venir —le informó Erlea—. Está empezando a nevar con intensidad.

—Iré allí —dijo resuelta Tixaso—. Indícame cómo llegar.

Erlea no se atrevió a contradecirla ni a retenerla y le explicó dónde se ubicaba el lugar. Después informó a su esposo de la llegada de la banelatu.

Aner se había levantado al alba, como todos los días. Ni siquiera la nieve que había caído con insistencia durante los últimos días había modificado sus rutinas. Las primeras horas, tras un desayuno copioso, las dedicaba siempre a hacer maniobras con su pequeño ejército. Una de las primeras decisiones que había tomado Aner tras la guerra contra los banelatus había sido la de constituir un ejército permanente, formado por un grupo de guerreros que supieran lo que iba a significar la ciudad de Bankada para los talantas y que estuviera dispuesto a defender su libertad. De momento no era un grupo muy numeroso, pero sí disciplinado y mentalizado. Aner les hacía entrenarse todas las mañanas y no escatimaba esfuerzos ni ejercicios. Era tan exigente con ellos como lo era consigo mismo.

El resto de la mañana y parte de la tarde las dedicaba a resolver asuntos de política y administración junto con Ganix y un pequeño grupo que se hacían llamar consejeros. La ciudad de Bankada había empezado a vivir de la agricultura, de la minería y habían aparecido los primeros gremios. Y todo eso había que organizarlo y adecuarlo a las necesidades que surgían en la ciudad. A veces esos asuntos se prolongaban, pero Aner siempre sabía sacar un rato para dedicárselo a su hijo. El pequeño Haitz había resultado ser un niño despierto y curioso —también travieso y vivaz— que absorbía los conocimientos que ponían a su alcance con celeridad. A pesar de su corta

edad, era hábil con el manejo de la espada de madera que su padre le había regalado y se manejaba muy bien sobre un pequeño pony de color zaino.

A Tixaso no le hizo falta acercarse mucho para reconocer en la distancia las figuras de padre e hijo. Ambos correteaban y se habían enzarzado en una sucesiva pelea de bolas que les había cubierto la ropa de pegotes blancos. La risa continua del chiquillo parecía rebotar entre los suaves copos de nieve que caían con lentitud sobre la tierra. Tixaso se detuvo a contemplarlos. Nunca se había imaginado que nadie pudiera jugar con la nieve. Nunca llegó a pensar que algo tan simple como el agua helada pudiera causar tanta alegría y jolgorio. Aner corrió tras Haitz. Al alcanzarlo, lo cogió en brazos y lo lanzó al aire entre la lluvia blanca. El chiquillo volvió a gorjear de alegría. Padre e hijo dieron varias vueltas antes de que los pies del pequeño volvieran a tocar la tierra. Fue entonces cuando el niño se percató de la presencia de Tixaso. Se quedó quieto y estiró a su padre de la manga. Luego le señaló la figura que los contemplaba desde la distancia. Tixaso se bajó la capucha y dejó al descubierto su pelo liso y oscuro, recogido en una coleta, su rostro pálido y sus ojos que parecían más redondos y más brillantes que nunca.

El dux tomó a su hijo por la mano.

—Es hora de regresar —le dijo.

Haitz protestó. Se rebeló ante la llegada de aquella desconocida que con su presencia había interrumpido el juego con su padre.

—¿Quién es esa, papá?

—¿Recuerdas a Tixaso?

—Ella te ayuda encontrar mamá y tío Ixaka —dijo con su lengua de tres años.

—Exacto —le contestó su padre sonriendo. Le había contado la historia cientos de veces—. Ven, vamos a saludarla.

Aner y Tixaso se quedaron frente a frente, observándose. La banelatu estudió a Aner mientras se acercaba. Su eterna sonrisa asomaba a sus labios. Tenía los ojos brillantes y su andar era resuelto, a pesar de la nieve. Su espada colgada a la cintura y una hermosa capa de piel cubría sus hombros. El tiempo había amortiguado las marcas de dolor y de sufrimiento de su rostro. Ya no tenía ojeras y sus mejillas se habían llenado. Aner parecía haber encontrado en su hijo la fuerza que le faltó de repente al perder a sus familiares más cercanos.

El dux también contempló a Tixaso. No había cambiado en nada. Seguía vistiendo de negro y llevaba el pelo tan peinado que parecía esculpido en su cabeza. Sus mejillas parecían sonrosadas por el frío, pinceladas sobre una piel tersa, aunque mortecina. Permanecía quieta, estática, aunque debajo de esa máscara hierática empezaba a enredarse un manojito de nervios.

—De una tormenta de nieve sale una perla negra —dijo Aner a modo de saludo.

Del rostro de la banelatu se escapó una pequeña sonrisa, sabía que eso había sido un cumplido. Fue espontánea, sincera. Su expresión había cambiado totalmente. Era más cálida, más cercana, la

embellecía.

—Maore me remite como embajadora y te envía sus saludos —le dijo una verdad a medias. Era cierto que Maore quería enviar una embajada para saber cómo iban las cosas por Bankada, pero no había pensado en ella para esa misión. Tixaso le había sugerido que ella era la más indicada y Maore había accedido convencido de que había sido idea suya.

—Vayamos al palacio —ofreció Aner.

El dux cogió a su hijo en brazos y lo subió luego a los hombros. El niño rio satisfecho.

—¿Cómo van los asuntos por aquí?

—Todavía estamos organizándonos —le aseguró él—. Y no ha sido demasiado fácil. Suerte que he contado con tantas como Ganix, que tiene una gran mano izquierda para tratar los asuntos más delicados. Y a ti, ¿cómo te va en tu regreso a Cannvea?

Tixaso no se atrevió a contestar rápidamente a esa pregunta. Muerto Sadoc, sus misiones de espionaje para Maore habían terminado y ella había sido enviada al aula de estudio. La inactividad le producía un estado de desasosiego que cada vez era más difícil de disimular. Durante los últimos meses, había estado encerrada en una pequeña habitación rodeada de libros y de maestros que preguntaban y que le exigían hacer preguntas. Por eso la embajada a Bankada se le había antojado como algo vital y necesario. Además, aunque había intentado ahogar sus emociones, no paraba de anhelar los ojos azules de Aner ni de desear verlos una vez más. Y ahora que lo tenía delante, aún le parecían más increíbles de lo que recordaba.

—Estoy completando mi formación.

—Entonces, echarás chispas. No te veo yo muy proclive a permanecer mucho tiempo encerrada en una habitación. Seguro que este viaje ha sido una excusa perfecta para escapar de allí.

El dux parecía conocerla bastante bien. La temperatura en el zaguán era agradable. Aner se sacudió la nieve en la puerta y ayudó a su hijo a hacerlo también. Después pasaron al interior. Al escuchar la puerta, Erlea acudió presurosa. Cogió la ropa mojada y repartió toallas calientes.

—Gracias, Erlea —le dijo Aner—. ¿Querrás encargarte de que preparen una habitación para Tixaso?

—En estos instantes están terminando de arreglar la habitación blanca.

El dux asintió.

—He pensado que el saloncito rojo sería el lugar adecuado para la cena de hoy.

—Me parece bien. Me gustaría que Ganix y tú os unierais a nosotros.

—Lo haremos encantados —contestó Erlea—. Puedo acompañar a Tixaso a su habitación.

—No te preocupes, yo me encargo.

En el mismo instante en que Erlea desapareció por la puerta de la cocina, Aiala apareció por las escaleras que daban al zaguán. Llevaba un vestido de recia tela que marcaba el contorno de su pecho abundante de madre reciente. Aner la saludó dándole un beso en la frente y le preguntó por su hijo. Ella le sonrió afectuosamente y le dijo que el pequeño Ixaka estaba bien. Tixaso observó el saludo y algo la mordió por dentro. Sentía ¿celos?

—Me llevo a tu hijo, que está empapado y se va a coger una pulmonía.

—Anda, ve con tu tía —le dijo Aner.

—¿Vendrás luego a decirme buenas noches?

—Claro que sí, hijo. Te diré buenas noches y te contaré una historia.

El niño obedeció y se marchó agarrado a la mano de su tía.

—Por aquí —le dijo después Aner a Tixaso.

Los dos subieron por la escalera y avanzaron por un pasillo hasta parar en la segunda puerta de la derecha.

—Mandaré a alguien para que te avise a la hora de la cena. Si necesitas algo mientras tanto, solo tienes que tirar de esa campanilla que hay al lado de la cama y alguien vendrá a atenderte.

Aner desapareció y Tixaso entró en aquel cuarto que le habían asignado. La habitación blanca era una estancia sobria, sin apenas muebles o adornos. Tenía una cama orientada al norte, un armario pequeño blanco y una gran alfombra del mismo color en el suelo. Se parecía mucho a una habitación banelatu. Y por un instante creyó que no estaba así amueblada por casualidad. Tixaso viajaba con poco equipaje. Este había sido colocado cerca de la cama, pero nadie se había atrevido a abrirlo. Encima de la gran piel que cubría la cama, alguien había dejado ropa para que pudiera cambiarse. La banelatu se acercó a la chimenea. El calor del fuego se reflejó en sus mejillas. Acercó sus manos hacia los troncos que ardían en desordenada agitación. Dudó de si había hecho lo correcto al regresar a Bankada. Sabía que cerca de Aner no iba a ser tan fácil comportarse como una banelatu, no después de que él descubriera para ella un mundo de sentimientos. Era por eso y no por otra cosa por lo que Maore no había pensado en ella para aquella embajada. Había visto la forma de comportarse de Tixaso cuando Aner estaba cerca. No era la manera en sí misma como se miraban, era la forma en que los dos se buscaban con la mirada. Maore conocía el pacto de sangre que habían sellado los dos, pero Tixaso le había ocultado lo de las palabras prohibidas. La banelatu pensaba que intuía que había algo más, pero estaba decidida a mantener el secreto, de momento. Por todo eso, el supremo no había pensado en ella para esa misión. Después, cuando Tixaso se presentó como candidata y expuso sus razones, Maore pensó que sería una buena prueba para ella y para su futura formación. Así que la dejó marchar.

Aner cerró la puerta de su habitación. La llegada de Tixaso, tan inesperada como inoportuna, abrió una ventana a su pasado y removió los sentimientos que su nueva vida empezaba a dejar atrás. Se quitó las botas y las dejó, tal cual cayeron, en uno de los lados de la cama. Apretó los labios y se sentó. Olía a fuego, a leña, a humo; también a pasado, a dolor, a recuerdos. Se tumbó

en la cama, cerró los ojos y suspiró. Si Tixaso había venido por mandato de Maore, habría preferido que otro banelatu lo hubiera hecho en su lugar. Y si venía por otra razón, lo hacía demasiado tarde.

Inquieto, se volvió a sentar en la cama. Agachó la cabeza y se pasó las manos por detrás de la nuca. Se levantó y empezó a andar por la habitación, descalzo, dejando que el suelo se sintiera en sus plantas. Estiró de la campanilla que había al lado de la cabecera y pidió que le prepararan un baño.

El vapor del agua caliente relajó sus sentidos. Sumergido hasta las orejas, dejó pasar el tiempo hasta que el agua se enfrió. Más sereno, salió del agua, se secó y se vistió.

Aquella noche se encendieron varios candelabros más en el saloncito donde se iba a servir la cena. Ganix ya estaba allí cuando Aner descendió por las escaleras.

—¿Es cierto que ella ha venido?

El dux asintió, tomando la copa de vino que Ganix se había servido para sí mismo. Se la llevó a los labios y dejó que el aroma impregnara sus sentidos antes de beber. Apuró la copa hasta el final y la depositó vacía sobre la mesa.

—¿Por qué crees que ha venido ella después de un año? Hasta ahora, Maore había enviado pequeñas delegaciones y ahora se presenta ella sola.

—Tixaso es su mano derecha, supongo que buscará otro tipo de informaciones que esas delegaciones no le han brindado. Y supongo, también, que esperará que ella cierre por fin el tema de los precios.

—¿Crees que peligran nuestros campos y nuestra ganadería?

—No lo creo, pero habrá que averiguar si los banelatus están dispuestos a pagar un precio justo por lo que antes conseguían gratis.

—¿Se lo vas a plantear a ella?

—En vez de esperar a la primavera e ir nosotros mismos a Cannvea como habíamos pensado, ya que Tixaso está aquí, intentaré negociar con ella antes de presentar una oferta sólida a Maore.

Ganix miró a Aner mientras este se servía una nueva copa de vino y la apuraba de nuevo hasta el final. El consejero observó el comportamiento del dux. Solía beber una copa de vino durante la cena, pero nunca antes y menos así de seguidas.

Alguien carraspeó en la puerta y los dos talantas se volvieron a mirar. Erlea y Tixaso entraron en ese instante. Ambos fueron a recibirlas. Aiala excusó su presencia al tener que ocuparse de los niños, así que la cena se sirvió para cuatro. La velada fue un poco tensa. La conversación derivó enseguida hacia temas políticos. Aner dejó las primeras exposiciones a Ganix, que siempre había demostrado un mejor manejo de las palabras. Tixaso esperó a que la última de las palabras del talanta se extinguiera.

—La oferta de Maore no cambiará —eso es lo primero que dijo—. Las delegaciones que envié aquí el suprem antes de llegar yo no eran para negociar, sino para informaros de lo que está dispuesto a pagar.

—Aquí tengo las cifras, los estudios que hemos hecho... —replicó Ganix, aunque no pudo terminar de pronunciar las palabras.

—Nosotros también hemos estudiado las cifras y hemos hecho nuestras previsiones.

Erlea permaneció en silencio durante todo el rato. Miró la cena depositada en su plato. Era sabrosa, ella misma había elegido el menú, pero, por alguna razón, un nudo en el estómago le impedía comer.

—Con ese precio no podremos ni cubrir los gastos de la producción, además está el canon que Maore pretende imponernos por estar en medio de territorio banelatu.

—Nadie os obliga a estar aquí.

La frialdad de Tixaso comenzaba a quemar en el pecho de Aner.

—Estamos intentando ser razonables. Establecer con vosotros un comercio justo. No pretendemos hacernos ricos a vuestra costa, tan solo queremos que las personas que trabajen esos campos reciban un precio razonable por su trabajo que les permita vivir y comer —dijo Aner interviniendo por primera vez. Sus palabras fueron pronunciadas en un tono bajo, serio y directo. Tixaso desvió su mirada hacia él.

—Ese no es nuestro problema.

—Sí, sí que lo es, porque si no llegamos a un acuerdo, os quedaréis sin grano.

—Maore no se quedará sin el grano y tú lo sabes.

A partir de ese momento, las negociaciones se convirtieron en una discusión particular entre Aner y Tixaso quienes empezaron a hablar en banelatu. Ganix y Erlea se miraron, enarcando sus cejas, sin saber muy bien si debían o no intervenir. Mientras, ambos continuaban.

—Lo único que te pido es que no cerréis las negociaciones, sino que nos dejéis defender nuestro punto de vista. Solo queremos hablar con Maore...

—Maore no se rebajará a negociar eso con vosotros.

A Aner esas palabras le mordieron el corazón.

—Hablabais de libertad para nosotros, pero lo hacíais solo de forma hueca. Pensaba que vuestra forma de vernos había cambiado, pero estaba equivocado. Nos hemos ganado el derecho a estar aquí. Lo hemos hecho con nuestra propia sangre y hemos pagado un precio muy alto. Muchos de nuestros amigos y familiares han entregado su vida. Pensaba que eso estaba claro.

Aner y Tixaso siguieron discutiendo después de que Ganix y Erlea se retiraran ya a descansar a

su dormitorio.

—Solo te pido que me conciertes una cita con Maore, que hagas de puente entre los dos.

—Aner, no insistas.

El dux se revolvió casi furioso. Sus ojos centelleaban.

—¿Por qué no estás dispuesta a hacer lo que te pido? —preguntó Aner tratando de controlar el tono de su voz.

Ella no contestó. Tenía su mirada azul clavada en sus ojos y la intensidad de sus palabras pinchadas en su corazón. Tixaso sostuvo su mirada, pero no dijo nada.

—¡Maldita sea! —dijo Aner, claudicando, pero sin dejar de mirarla—. Él no te lo ha pedido y tú no lo harás *motu proprio*. Él te ha asignado una tarea y tú no te saldrás del guion. Después de todo, no hay amistad entre nosotros. Los amigos se intentan ayudar, se hacen favores. Yo lo hubiera hecho por ti. Dime ¿a qué has venido?

La banelatu no contestó. Un silencio frío cortó el aire de la habitación y recorrió la estancia como una serpiente amenazadora. Aner suspiró. Los ojos de Tixaso se habían detenido en el tiempo. Aner supo que nada sacaría así de ella. La miró por última vez y salió de la sala.

Era tarde cuando subió a su cuarto. Antes de entrar, pasó por la habitación de los niños. Su hijo, al escuchar la puerta, abrió un poco los ojillos. Entre sueños abrazó a su padre y le pidió que le contara un cuento. En susurros, intentando no despertar a su sobrino ni a Aiala, que dormía con los dos pequeños para estar cerca de ellos, comenzó una historia algo incoherente. Afortunadamente, el chiquillo tenía mucho sueño y se volvió a dormir después de la tercera frase. Aner salió despacio y cerró la puerta sin hacer ruido. La vela que llevaba en la mano iluminaba justo el espacio por el que transitaba. Entró en su habitación y se metió en la cama. Pasó casi toda la noche en vela, con un fuerte dolor agarrado a su cabeza y un leve mareo que convertía su cama en una embarcación sin control. Se levantó con el alba, cubierto de ojeras y cansancio. Dejó instrucciones para que atendieran a su hijo y para que Marz se hiciera cargo aquella mañana del entrenamiento de los soldados. Necesitaba soledad y necesitaba alejarse de Bankada. Ensillo a Su-elur, el caballo que le había sido fiel y que respondía con docilidad a sus deseos, y salió de la ciudad.

Se adentró en el bosque. Un frío intenso sacudió su cuerpo. El vaho salía por los ollares de Su-elur y por su boca. El viento ululaba con fuerza. Su-elur caminaba con dificultad, pero con cierta elegancia, mientras sus patas se hundían en la nieve. Los lobos aullaban a lo lejos. Sus llamadas se mezclaban con el viento. El fino oído de Aner registró y separó cada sonido hasta que escuchó uno diferente. Giró la cabeza y aguzó la vista. El viento frío penetraba a través de su ropa hasta llegar a sus huesos. Preparó el arco y colocó una flecha, guiando a su montura con los movimientos de su cuerpo y de sus piernas. Alguien lo observaba y Aner hacía un rato que lo había sentido. Avanzó con cautela. El dux era rápido, directo, diestro y mortal con la espada, pero era aún más letal con el arco.

Tixaso observó cómo Aner impregnaba la flecha con polvo gris, la colocaba en su sitio y

disparaba. Un ligero movimiento en el último instante le permitió separarse del punto de impacto. Con rapidez, Aner colocó una nueva saeta en el arco. Tixaso empezó a correr. Aner espoleó a Su-elur y se lanzó tras ella. La banelatu era rápida, pero la nieve reducía la eficacia de sus zancadas. Galopando sobre el suelo blanco, el caballo del dux parecía emerger de la misma nieve. El zuummm de la flecha rozó la oreja de Tixaso, quien se escondió detrás de un árbol.

—¡Aner! Tenemos que hablar.

La boca del dux se abrió en una mueca.

—Ayer fue el momento de hablar. Hoy es el momento de actuar.

La banelatu salió en carrera. Aner se colgó el arco a la espalda y tomó las riendas de Su-elur saliendo disparado en pos de ella. La alcanzó al poco rato y se lanzó sobre ella cuando estuvo a su altura. Los dos rodaron por el suelo. Cuando la inercia se acabó, ambos se levantaron con rapidez. Las espadas salieron de sus fundas y chocaron en el aire una, dos, tres... diez veces.

—No he venido a luchar contigo —dijo ella.

—Sí, lo has hecho. Has venido a terminar lo que un día empezaste y Saturene te impidió concluir. Eres fría, despiadada, no tienes sentimientos ni alma. Eres una banelatu —estas últimas palabras fueron pronunciadas con furia y rabia.

—Te repito que no he venido aquí para luchar.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Te lo diré si dejas de atacarme y me dejas explicarme. Puede que antes no te importara morir, pero ahora tienes a tu hijo. ¿De verdad quieres morir y dejarle también sin padre? ¿Dejar a Aiala sola y no cumplir tu promesa?

—No, no es eso lo que quiero. Lo único que quiero es que nadie como tú pueda hacer daño nunca más a alguien que quiero. Y si para eso tengo que matarte, lo haré.

—Bien, entonces..., ¡hazlo! —le retó ella dejando su espada en la nieve. Aner aún continuó con la espada en alto antes de bajar su arma.

—Está bien, dile a Maore que ahora somos un pueblo libre, que comeremos de lo que cultivemos y criemos y que no le regalaremos lo que con nuestro esfuerzo hemos logrado, salvo lo que le demos como obsequio de buenos vecinos. Dile que tendrá que buscar el grano en otro sitio. Que comercie con los clanes del norte o con el reino del sur. Y ahora déjame en paz —y, diciendo esto, le dio la espalda y se marchó.

—¡Espera!

Aner no se detuvo; no hasta que sintió el hierro de Tixaso sobre sus riñones. Entonces se quedó inmóvil. Con Tixaso cerca, los sentimientos descarrilaban dentro de su ser, chocaban con todo lo que él se esforzaba por desterrar de su vida. Todo parecía desparramarse por el camino

equivocado. El amor se convertía en una flecha que surcaba el aire a una velocidad increíble; la aversión, en un carro sin control. Su ser entero había explotado. Supuso que no le quedaba más remedio que enfrentarse a ella, pero no era con una espada como lo quería hacer. Se giró despacio, con los brazos en alto, alejados de su espada y de cualquier intención de sacarla, y la miró. Con ella allí era difícil poner orden en el caos que gobernaba su mente.

Tan solo la longitud del filo de la espada de Tixaso los separaba. El rostro de él aparecía sereno, serio, enigmático. Su pecho subía y bajaba despacio, acompasado al ritmo de su respiración. Los latidos de ella eran agitados y se encontraban en tremendo frenesí, ocultos bajo la sólida actitud hierática aprendida desde su cuna. Los dos estaban nerviosos, sabedores del abismo que, en esos escasos cinco palmos que medía la espada banelatu que se interponía entre los dos, existía. Él, un talanta decidido, valeroso, nacido de una fortuita coincidencia. Un alma independiente, indómita, hambrienta de libertad, con una vida corta y mortal por delante. Ella, una banelatu sobria, obediente, valiente, fiel a los ideales de sus antepasados, atrapada entre los deberes de su raza y los sentimientos desconocidos que crecían dentro de ella, con un largo futuro por delante. Y a pesar de eso, había algo que los empujaba a buscarse, a permanecer juntos, como dos caras de una misma realidad.

Un aullido prolongado y agudo rompió el momento. Aner notó el movimiento nervioso de Su-elur cerca de él.

—No hagas movimientos bruscos —le dijo Tixaso—, pero agarra tu espada.

Un escalofrío recorrió la espalda de Aner. Una manada de olanos salvajes, hambrientos y furiosos los estaba rodeando. Era extraño ver a una manada por aquellos lugares, pero llevaba nevando muchos días y la comida escaseaba. Debían de haber olido carne fresca. Aner y Tixaso se pusieron espalda con espalda con sus armas en guardia.

—¿Tienes alguna idea? —le preguntó él.

—Matemos al mayor número posible.

Su-elur se agitó nervioso y pifó dos veces. Los olanos se lanzaron entonces al ataque. Eran cinco, pero grandes y rabiosos. No sería fácil deshacerse de ellos. Comenzaron los ladridos y los sonidos de las espadas surcaron el aire mientras cortaba el frío de la noche con sus afilados filos. Aner tenía ante él un ejemplar alto de patas fuertes, cuyos ladridos sonaban cada vez más cerca de sus oídos. Consiguió hacerle un corte en el cuello y él se revolvió furibundo. Tixaso tuvo que revolcarse por el suelo para esquivar un mordisco en el hombro. No era fácil moverse en el suelo cubierto de nieve y el cansancio era doble por el esfuerzo. El hálito de la muerte se escuchaba cerca. Su-elur también luchaba. Uno de los olanos decidió que podía tratarse de un buen aperitivo.

Aner y Tixaso, mientras se defendían, observaban la forma de atacar de los olanos. Patada, mordisco, espada, todo se movía rápidamente alrededor.

—¡Aquél! —dijo de pronto Aner.

—El de la mancha en la cabeza —dijeron los dos.

Tixaso y Aner habían llegado a la misma conclusión. El olano de la mancha blanca en la frente se comportaba como el jefe de la manada. Si lograban vencerlo a él, quizás el resto cejara en su empeño. Los esfuerzos de los dos se concentraron en aquella tarea que no fue nada fácil. Aquel ejemplar era poderoso y fuerte. No parecía temerles. Les costó vencerlo. Aner logró distraerlo lo suficiente. El olano elevó sus patas delanteras hasta casi la altura de sus cabezas. Su panza quedó al descubierto. Tixaso clavó su espada con fuerza y lo abrió en canal. El aullido fue salvaje, largo, agudo y molesto. Luego todo se volvió silencio y el bosque recobró la calma. Aner respiró cuando vio el cuerpo de aquel olano desplomarse sobre el suelo impoluto, que pronto se tiñó de rojo. Tixaso extrajo su espada y Aner descansó la suya sobre el suelo mientras se contemplaba la pierna herida. Un dolor sordo surgió de ella y su rostro lo acompañó con una mueca.

—¡Vámonos! —dijo entonces Tixaso—. Vendrán de nuevo.

Comenzaron a andar. Aner cojeaba y a su paso gotas de sangre se quedaban impregnadas en el manto blanco. Tixaso dudó en ofrecerle su ayuda. Decidió no hacerlo. Lo leyó en el rostro de Aner. Ralentizó el paso y lo amoldó al caminar del talanta. Su-elur también estaba herido. Los tres salieron del bosque y se encaminaron hacia las ruinas donde el ejército talanta se había reunido antes de la batalla decisiva. Entraron en una de las casas que aún quedaban en pie. Allí descansaron.

Aner se sentó y se llevó la mano a la herida. Quemaba. Tixaso encendió fuego. La estancia se contagió de una luz agradable y el calor se empezó a notar enseguida. La banelatu se arrodilló junto a él y, sin decir nada, examinó la herida. Estaba localizada encima del tobillo. Con un movimiento rápido de su cabeza buscó por la habitación. Cuando localizó lo que buscaba, se levantó y tomó una pequeña cacerola. Salió al exterior y la llenó de nieve. Luego la puso sobre el fuego hasta que se derritió, se calentó y empezó a hervir. La retiró del fuego y, mientras se enfriaba un poco, cortó un trozo de tela de la blusa que llevaba y la introdujo en la cacerola hasta que se empapó de agua. Con suma delicadeza limpió la herida. Cuando se dio por satisfecha, desechó la tela y la cacerola y puso sus manos sobre la lesión. Un intenso calor recorrió la zona. Aner apretó los dientes mientras miraba el rostro de Tixaso concentrado en el trabajo que realizaba. La herida dejó de sangrar, aunque el dolor persistía. Solo cuando la banelatu se cercioró de que estaba perfectamente sellada, separó sus manos de la pierna de Aner y desvió su mirada hacia el rostro de él.

—Gracias —le dijo él recostando su cabeza sobre la pared de fría piedra.

—Me ocuparé de Su-elur —se ofreció ella.

El talanta asintió. El caballo tenía alguna herida superficial, cuyo tratamiento no le llevó demasiado. Cuando regresó, Aner estaba descansando en la misma postura en que lo había dejado. Parecía pensativo. Lo cierto era que no sabía cómo enfrentarse a la banelatu. Tixaso se sentó junto a él con las piernas recogidas, agarradas entre sus brazos.

—¿Qué has hecho durante este último año?

—Estudiar.

Aner se rio.

—Siempre tan concisa, tan breve, tan encerrada en ti misma. Te pido que me cuentes un año de tu vida y tú lo resumes con una palabra.

Tixaso lo miró intensamente. Aner se intentó levantar. Se sentía incómodo ante la vehemencia de aquellas pupilas. Entonces Tixaso hizo algo insólito en una banelatu: buscó su contacto. Tomó su mano derecha entre las suyas y la acarició. Sin soltarla, comenzó a hablar.

—He estudiado y he meditado mucho. Especialmente sobre los últimos años de mi vida. He recordado mis viajes hacia el norte y hacia el sur, siguiendo los mandatos de Maore, mientras intentaba ser digna de lo que se espera de mí. He estado sola, días y noches, noches y días. Sin más compañía que mi sombra, el sonido de mi propia respiración y un montón de recuerdos que he olvidado. He intentado alejarme de ti en la distancia, en el tiempo. Maore también lo ha intentado, a su manera, aunque por otras razones. No creo que realmente sepa la amenaza que representas para nosotros, pero en Cannvea se te nombra demasiado. ¿Sabes cómo te llama mi pueblo? El suprem que vino del norte. Maore teme que los banelatus olviden que eres un talanta o que recuerden demasiado que lo eres. Creo que aún no tiene muy claro si debe temerte o no. Por eso es difícil que ceda ante tus peticiones.

—¿Y si le hago comprender que no soy ninguna amenaza?

—No sé si lo lograrás. Si no lo convences, enviaré a alguien para matarte.

Aner tomó aire y lo exhaló despacio por la boca.

—No, Tixaso. No enviaré a alguien a matarme. Te enviaré a ti. ¿Es a eso a lo que has venido?

—Claro que no. Si hubiera sido así, podía haber dejado que los olanos realizaran ese trabajo por mí.

Aner estaba confundido. La presencia de Tixaso funcionaba como una droga que embotaba sus sentidos. Sabía que debía alejarse de ella, pero era a la vez agradable, incluso placentero.

—Aner, Aner, Aner —repitió ella en un susurro—. Tu nombre me ha acompañado en las largas noches en vela. Esas cuatro letras me han descubierto un cielo lleno de estrellas, amaneceres rojos de luz intensa, bellos arco iris entre gotas incesantes de lluvia, cortinas de luz escurriéndose entre las nubes...

El dux observó la transformación de su rostro mientras hablaba. El entusiasmo ruborizó sus mejillas, hizo sus ojos más redondos, sus pupilas más cálidas, su cara más expresiva.

—Y cuanto más me alejaba de ti, mayor era mi deseo de volver a verte, de saborear de nuevo tu mirada en mi rostro, de escuchar tu voz, aunque fuera para reñirme o provocarme. No sé lo que aquella vez, al colocar tus dedos en mi cuello, obraste en mí, ni si será bueno o malo. Solo sé que ya no soy una banelatu y que tú ya no eres un talanta y que ninguno encajamos en lo que fuimos.

La voz de Tixaso dejó de escucharse. Aner sabía que debía decir algo, pero no tenía ni idea de qué. Ella lo miró durante largo rato.

—¿Acaso he dejado al gran Aner sin palabras? —le preguntó ella y parecía divertida al hacerlo —. ¿No es este el gran guerrero que no solo derrotó a Sadoc, sino que le arrebató su más preciado tesoro?

—Ese guerrero murió junto a Ixaka. Ahora soy un talanta que intenta recomponer su vida.

—Y no hay sitio para mí en ella —dijo Tixaso con voz que denotaba tristeza y decepción—. Te has unido a Aiala, ¿no es eso?

—Lo cierto es que no. Aunque podía haberlo hecho. Los primeros meses me lo planteé. Era la manera más conveniente y fácil de cumplir mi promesa y de encontrar una madre para mi hijo. Me dije mil veces que era lo mejor y a punto estuve de cometer una tontería. «Algunas uniones por conveniencia funcionan», me decía. Pero después de haber conocido el amor de Zarala y de recordarlo, supe que jamás podría casarme con nadie a quien no amara.

—¿Qué es el amor, Aner? —le preguntó Tixaso.

El dux la miró.

—El amor es sorber de la otra persona, adelantarse a sus deseos, comprender en su mirada sus estados de ánimo. El amor es cuando no puedes vivir sin el otro, cuando no puedes dejar de pensar en él, cuando un gusanillo te recorre el estómago y se te eriza el vello al oír su voz o cuando está cerca... El amor es cuando piensas en la otra persona antes que en ti, cuando antepones hacerle feliz porque sabes que así tú también serás feliz. Amor es perdonar siempre y olvidar.

Una lágrima se deslizó desde el ojo derecho de Tixaso. Al sentir su presencia, esta se revolvió para que Aner no lo notara. Pero fue demasiado tarde. Aner llevó su mano hacia el rostro de la banelatu y, muy despacio, con su pulgar izquierdo secó la lágrima. Su piel era suave. Recorrió despacio su mejilla y deslizó la mano por su cuello. El cuerpo de Tixaso se estremeció ante su contacto.

—Hace tiempo deseaste besarme —le dijo ella.

—Pero me rechazaste.

—No estaba preparada.

—Y ahora, ¿lo estás?

Tixaso no contestó. Realmente no lo sabía. Aner esperó paciente, sin prisa, sin hacer mención de dirigirse hacia sus labios. La banelatu se sentía confusa. Tenía la opción de elegir. Era libre. Su mente le decía que no debía dejarse vencer así. Pero ¿era eso lo que deseaba o lo que otros deseaban para ella?

Aner comprendió que Tixaso estaba tan confundida como lo estaba también él.

—Llevo un año intentado olvidarte —dijo él por fin—. ¿Sabes lo que he hecho durante los

últimos trescientos sesenta y cinco días? Trabajar, entrenarme, acostarme tarde y levantarme pronto, obligarme a hacer y hacer y hacer para no pensar.

—¿Y lo has conseguido? ¿Has conseguido olvidarme?

—Quizás lo habría logrado si hubieras tardado una semana más en regresar o dos.

—Saturene me advirtió de que debía tener cuidado porque era fácil enamorarse de ti.

Ahora el que pareció sentirse incómodo fue él. Nunca pensó que pudiera escuchar unidas y juntas las palabras banelatu y enamorarse y esa era la segunda vez que las oía. La primera vez habían salido de la boca de Saturene, ahora era Tixaso quien las pronunciaba.

—Esto va a ser complicado —asumió Aner.

—Aner —dijo ella tomando su mano derecha y acariciando la marca de dragón que había quedado en ella. No comentó nada, porque el dux negaría cualquier parecido de esa marca con el gran animal que una vez le llamó hijo suyo—, yo nunca...

El dux colocó su pulgar sobre los labios de su compañera y la frase murió en su boca. Luego se levantó —ignorando la tirantez de su herida y el dolor que se prolongaba hasta su rodilla— e invitó a Tixaso a hacer lo mismo.

—Espera aquí —le dijo el dux.

Aner regresó con algunas pieles y mantas que había metido en las alforjas con las que cargaba Su-elur y las extendió cerca del fuego. Después se acercó de nuevo a Tixaso y dejó que esta se acostumbrara a su presencia y a su cercanía mientras acariciaba su rostro y su cuello con la mano derecha.

—Si no quieres que siga, solo tienes que decírmelo —le susurró cerca de su oído. Tixaso sintió el sonido de sus palabras justo encima del lóbulo de su oreja. Después, por su cuello. Los labios de él se movían a escasa distancia de su piel, pero sin tocarla, arrancando el deseo y destrozando su calma. Aner se detuvo a contemplarla muy cerca de su rostro para estar seguro de que Tixaso estaba bien.

Ella se encontró de pronto nadando en un mar de aguas límpidas y transparentes que reflejaban la luz de un cielo de un azul intenso. Sabía que era su última oportunidad de escapar. Su experiencia guerrera le decía que, en la siguiente maniobra, estaría a merced del enemigo. Y, ciertamente, le gustó la perspectiva. Ya nada importaba salvo tocar aquel cuerpo que tantas veces había observado y que tantas otras había imaginado.

Aner se obligó a ir despacio, marcaba el camino y se replegaba para que Tixaso lo siguiera. Sonrió. Tixaso aprendía rápido. Aner sabía que su compañera era muy lista y que se habría informado sobre la manera de hacer el amor e incluso habría observado, en silencio, cómo se hacía. Técnicamente no era distinto a la forma de reproducirse de los banelatus, pero en los talentos había algo más.

Las ropas de ambos cayeron despacio al suelo sin hacer ruido. Solo el chisporroteo del fuego y las respiraciones profundas de ellos cruzaban la estancia en aquel momento único en el universo que, seguramente, nunca más volvería a suceder. La piel de Tixaso era suave, de un blanco immaculado, cálida. Reflejaba la vida que había dentro de ella, una vida que en cifras banelatus apenas había iniciado su andadura. Aner se detuvo un instante para permitir que todos sus sentidos participaran de esa danza que acababan de comenzar. Respiró hondamente, bebiendo de su compañera. Tixaso se apretó junto a él.

Permanecieron largo rato uno junto al otro, abrazados, sin querer separarse. Tixaso no preguntó. Sabía que Aner estaba satisfecho como demostraba el hecho de que aún permaneciera arropándola con su cuerpo. Aner tampoco dijo nada. Cerró los ojos y saboreó aquel instante. Tenía claro que Tixaso estaba bien y que había disfrutado. Si no fuera así, hacía tiempo que se habría marchado. Pero estaba allí, entre sus brazos, con su cabeza apoyada en su pecho y su pelo resbalando por su brazo. Aner habría dado media vida por poder dominar el tiempo durante un rato. No quería que terminara aquel encuentro. Sabía que la separación iba a doler.

—Aner —dijo ella. El dux abrió los ojos. Sonrió con dulzura—, ahora sé lo que significa amar a alguien. Hasta hace unas horas creía que te amaba. Ahora sé que te amo. Ahora me doy cuenta de que estamos unidos por algo más que por una amistad, un deseo o una simple atracción.

Aner se enroscó en su pierna.

—Sigues siendo un peligro para los banelatus, ¿lo sabes, verdad? —prosiguió ella

—Solo para una banelatu. Pero esa banelatu es muy sensata y no hará nada que pueda dañar a su raza.

—Si Maore se enterara, nos mataría a los dos.

—Maore no está ahora aquí —le susurró volviendo a besarla en los labios.

Tixaso se dejó llevar. Si Aner estaba dispuesto, ella lo estaba también.

Tixaso se fue por la mañana muy temprano, en silencio, sin despedirse. Pero dejó en Aner una sonrisa no ya en su cara, sino en su corazón. Dentro de él resonaban las palabras de Tixaso. «Si Maore se enterara, nos mataría a los dos». Esas palabras tan simples llenaban el corazón de Aner de esperanza, porque lo que él había considerado único, pasajero, fugaz en su breve encuentro con Tixaso, no significaban otra cosa, sino que la banelatu se había planteado la posibilidad de que se volviera a repetir.

Aner la vio marchar desde la balconada de su habitación. No la llamó. Tan solo una última mirada en la distancia fue testigo de la despedida. En aquella mañana de frío y de nieve, el dux se retiró a sus aposentos con calor en el alma y el dibujo de una sonrisa dentro de ella, que ya no se borraría jamás. Sabía que tardaría en suceder, pero tenía claro que Tixaso buscaría la ocasión y

que permitiría que Aner lo hiciera también. Quizás se engañaba. «A lo mejor solo es una treta más del destino», pensó después con cierta duda que intentó rechazar. Solo el tiempo diría si aquello que Aner y Tixaso habían iniciado formaría parte de un círculo perfecto.

Pamplona, 30 de diciembre de 2010

PERSONAJES

Talantas:

Aner Bortu, el talanta de los ojos azules.

Luar Ezkanda, jefe de la familia Ezkanda.

Ixaka Ezkanda, hermano pequeño de Luar.

Galder, dux y guía del tercer clan.

Meder, guía del quinto clan.

Alaón, guía del primer clan.

Inge, miembro de los exploradores.

Astu, brujo y mago.

Zarala Ezkanda, esposa de Aner.

Dulanto, esposa de Luar.

Amaduena, madre de Luar, Zarala e Ixaka.

Lastur, padre de Luar, Ixaka y Zarala.

Lordi, hijo mayor de Luar y de Dulanto.

Burni, hijo mediano de Luar y Dulanto.

Almika, hija menor de Luar y de Dulanto.

Nikole, madre de Meder.

Apain, hermana de Meder.

Lexuri, sirvienta de Meder.

Musko, jefe de familia del clan de Meder.

Leoiar, amigo de Ixaka en Bankada. Rey de los banelatus del sur.

Anaiansa, parturienta.

Marz, hijo de Alaón.

Ienego, muchacho de 4 años que se hace amigo de Ixaka.

Silban, compañero de Alaón y Marz.

Maldea, hermana de Silban.

Adur, padre de Aner.

Aurela, anciana de la posada.

Eako, hijo de Aurela.

Aiala, esposa de Ixaka.

Su-elur, caballo de Aner.

Tirsó, amotinado en el bosque.

Galtxagorri, genio de mayor edad.

Prakagorri, genio más joven.

Haitz, hijo de Aner.

Erlea, esclava de Sadoc.

Ganix, esclavo de Sadoc.

Banelatus:

Tixaso, la banelatu solitaria.

Sadoc, suprem de los banelatus del oeste.

Yankel, líder de los banelatus.

Alots, segundo de Yankel.

Umea, edecán de Yankel.

Raitin, miembro del Consejo de Sadoc.

Totakoxe, miembro del Consejo de Sadoc.

Erta, mujer miembro del Consejo de Sadoc.

Saturene, la banelatu del pelo rojo.

Petvaxo, rival de Aner en el combate en Cannvea.

Andima, maestro de Tixaso.

Maore, suprem de los banelatus del este.

Tandrem, guerrero que lleva un negocio de luchadores en el este.

Ager, miembro del Consejo de Maore.

Voscram, rastreador.

Bibliografía

Alonso, J. Felipe. *Diccionario Espasa. Seres fantásticos. Hadas, duendes y otras criaturas fabulosas*. Espasa Calpe, 2005.

Dueso, José. *Nosotros los vascos. Mitos, leyendas y costumbres*. Bilbao. Lur Argitaletxea S.A. 1987

Ortiz Osés, Andrés y Garagalza, Luis. *Mitología Vasca. Todo lo que tiene nombre es*. San Sebastián. Kutxa Fundación, 2006.

Biografía



Begoña Pro Uriarte nació en Pamplona en 1971. Es licenciada en Ciencias de la Información y gran apasionada del medievo. Su saga *La chanson de los Infanzones* (Tartalo), ambientada en la Navarra de los siglos XII y XIII, cuenta la historia del surgimiento de la Junta de Infanzones de Obanos y consta de los títulos: *El anillo del leal*, *La dama del velo y el laurel*, *Las cadenas del reino* y *Las cartas codificadas*. También ha publicado *Bajo las cenizas de la Navarrería* (Txertoa), donde narra la historia de los *banidos* de la guerra de la Navarrería de 1276, y un libro de relatos titulado *La trovera del Runa*. Ganadora del I Certamen Internacional Castrum Fidelis y del II Certamen Walskium de microrrelato de terror, ha participado también en varios libros de relatos junto con diversos autores navarros.

Agradecimientos

Gracias a aquellos que no habéis perdido la capacidad de asombraros y me apoyáis siempre. Gracias especialmente a mi prima Ana, por su constancia y su involucración en la parte más sórdida de cazar gazapos y errores, en una primera lectura.

Mi agradecimiento más sincero para Multiverso Editorial por acompañarme en esta aventura al pie de la muralla y dejar volar mi imaginación.

1. Supremio: Nombre con el que los banelatus designan a su territorio y que está liderado por un suprem. <<
2. En la mitología vasca, Urtzi era el dios del trueno, de las tormentas y del arco iris. <<
3. Suprem: Nombre con el que los banelatus designan al jefe supremo de cada uno de sus territorios o supremios. <<
4. Los olanos caspes son una raza de olanos muy apreciada por los banelatus. <<
5. Aner, el hijo del rayo. El hijo del dragón. <<

Table of Contents

[Al pie de la muralla](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Epílogo](#)

[PERSONAJES](#)

[Bibliografía](#)

[Biografía](#)

[Agradecimientos](#)